



INGRID CARLBERG

RAOUL WALLEMBERG

La heroica vida del hombre que salvó a miles
de judíos húngaros del Holocausto

PENÍNSULA HUELLAS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Citas

Introducción de Kofi A. Annan

Prólogo: Djursholm, otoño de 2009

Parte I. ¿Qué hace a una persona?

1. Una felicidad precaria

2. Dos viudas y un niño

3. Sin aires de millonario

4. Ametralladoras y arquitectura
estadounidense

5. El trotamundos

Estocolmo, febrero de 2010

6. Solo

7. Un militar con aspiraciones empresariales

Bragevägen 12, noviembre de 2010,
«Farewell Blues»

8. El tratante

Blasieholmen, mayo de 2010

Parte II. ¿Qué hace heroico un

acto?

9. El encuentro en el ascensor

10. La misión

Djursholm, octubre de 2010

11. Salvar a tantos como pudiese

12. «Su relación con Suecia es la empresa Kanthal»

Buda, junio de 2010

13. Barbarie

14. Treinta y una casas y diez mil estómagos que alimentar

Plaza de Raoul Wallenberg, enero de 2010

15. «Soy sueco, natural de un país neutral»

Calle Ostrom, otoño de 2010

Parte III. ¿Qué determina el destino de una persona?

16. De protegido a desaparecido

Prisión de Lefórtovo, abril de 2011

17. Contemplar el rostro de Dios

18. «No le interesas a nadie»

Cementerio de Donskoie, abril de 2011

19. Un sueco y un muro soviético que derribar

20. ¿Qué puede pasar por verdad a medias?

Junto a la Lubianka, abril de 2011

21. Un duelo de profesores

22. La creación de un héroe americano

Versalles, primavera de 2010

23. «Adiós, señor Wallenberg»

Estocolmo y Moscú, 2011

Epílogo: Djursholm, verano de

2011

Agradecimientos

Fuentes y bibliografía

Árbol genealógico

Láminas

Notas

Créditos

SINOPSIS

En la primavera de 1944, más de 400.000 judíos húngaros fueron deportados a una muerte segura, la mayoría en Auschwitz. Hasta 250.000 de ellos permanecieron en Budapest, amenazados con el mismo destino. En un desesperado intento de salvarlos, un hombre, Raoul Wallenberg, enviado especial del gobierno sueco en la ciudad, creó un sistema de pasaportes protegidos y refugió a miles de judíos en casas especiales, en el interior del gueto internacional. A medida que la guerra se acercaba a su fin, Wallenberg se dirigió

voluntariamente a encontrarse con las tropas rusas que habían tomado la ciudad. Detenido como espía, desapareció en las profundidades del sistema soviético para no volver a ser visto jamás. En esta magistral biografía, Ingrid Carlberg hace uso de investigaciones reveladoras para narrar la historia de una vida heroica, y guiar con sabiduría y sensibilidad hacia la verdad sobre su misteriosa muerte.

Raoul Wallenberg

Ingrid Carlberg

La heroica vida del hombre
que salvó a miles de judíos
húngaros del Holocausto

Introducción de Kofi A. Annan

Traducción de Itziar
Hernández

ediciones península

A mis padres, Sonja y Per Carlberg

En esta narración de la vida y el destino de Raoul Wallenberg, he tenido mucho cuidado de adherirme con absoluta fidelidad a los hechos. No hay diálogos inventados, y tampoco he añadido escenas o detalles imaginados, ni he aventurado suposiciones infundadas sobre motivos o emociones personales.

La edición sueca de este libro se acompañaba de un cuerpo de 1.705 notas al pie. En esta edición abreviada, esas referencias detalladas se han suprimido. Invito a todo lector interesado en hallar información o referencias

específicas de cualquiera de los pasajes de este libro a contactar directamente conmigo en www.ingridcarlberg.se

INGRID CARLBERG

«Cada hombre, una puerta entornada
que lleva a un lugar para todos.»*

TOMAS TRANSTRÖMER

INTRODUCCIÓN DE KOFI A. ANNAN

Presidente de la Fundación Kofi
Annan,
Premio Nobel de la Paz
y ex secretario general
de las Naciones Unidas (1997–2006)

Cuando vinieron por los judíos, callé
porque yo no era judío.

Cuando vinieron por mí, no quedaba nadie para alzar la voz.

Estos son los últimos versos de un famoso poema de Michael Niemöller, que nos ha movido a muchos a plantearnos las más inquisitivas preguntas sobre nuestras actitudes.

Algunos, sin embargo, no solo alzaron la voz: también actuaron según sus creencias.

Cuando Raoul Wallenberg dejó su país natal, Suecia, en julio de 1944, para cumplir una misión diplomática temporal en Budapest, tenía treinta y dos años y era un hombre de negocios de Estocolmo relativamente anónimo.

Quienes lo conocían apreciaban su creatividad, su sentido del humor, su energía inagotable y sus soberbias dotes organizativas. Sin embargo, nadie podía imaginar que llegaría a ser un héroe internacional.

Hoy se lo honra en todo el mundo por su valentía y sus hazañas históricas, porque sus actos en Budapest, en el otoño de 1944, salvaron la vida a miles de judíos húngaros.

Por eso es Wallenberg una figura tan importante para todos nosotros, en particular hoy, cuando la intolerancia vuelve a proyectar su alargada sombra sobre el mundo. Nos demostró que cualquiera, con independencia de su

cargo o su capacidad, puede cambiar las cosas. Nos mostró que la lucha por la igualdad no se puede dejar únicamente a los gobiernos o a la teoría política. Entendió que es una responsabilidad individual y actuó en consecuencia.

Insatisfecho con las palabras y los gestos hermosos, buscó resultados concretos, conseguidos mediante la organización y el ingenio. Donde otros retrocedieron ante lo imposible, él vio un reto y entró en acción. Respondió a la maquinaria de la muerte que era la burocracia nazi formando una de las organizaciones de rescate más eficaces de la Segunda Guerra Mundial.

Para finales de 1944, cuando la sangrienta anarquía del terror había paralizado Budapest, Raoul Wallenberg tenía contratadas a cientos de personas en diversas oficinas, que prestaban una amplia variedad de servicios: desde cobijo, aprovisionamiento diario y atención médica, hasta documentos protegidos y patrullas de seguridad. El cargo y la posición de Raoul Wallenberg como diplomático sueco tuvieron claramente su importancia, pero fueron su autoridad, su energía y su iniciativa personales las que lo cambiaron todo. No siempre tuvo éxito en sus operaciones de rescate, pero nunca dejó de intentarlo.

En enero de 1945, el Ejército Rojo llegó a Budapest, y Raoul Wallenberg buscó voluntariamente contacto con los mandos soviéticos. Quería proponer un enfoque colaborativo para salvar a los judíos de Budapest y ofrecer ayuda en la posguerra. Respondieron deteniéndolo y encarcelándolo en la prisión de Lubianka en Moscú.

No volvería a ver su patria. El hombre que desafió a uno de los peores regímenes de la historia, el Estado nazi alemán, fue víctima de otro, la Unión Soviética de Stalin. Al final, cuando necesitó ayuda, no hubo nadie que alzara la voz por él y actuase para liberarlo.

Esta premiada biografía ofrece, por primera vez, la historia completa de Raoul Wallenberg: su vida hasta 1944, sus actividades en Budapest y el trágico misterio de su final, que sigue sin resolverse hasta el día de hoy. Es una lectura absorbente. La meticulosa investigación de Ingrid Carlberg nos transporta a aquella época y amplía nuestro conocimiento del hombre y sus logros.

En 1981, Estados Unidos nombró a Raoul Wallenberg su segundo ciudadano honorario, después de sir Winston Churchill. Wallenberg es, asimismo, ciudadano honorario de Israel, Canadá y Australia. Nombrado «Justo entre las

Naciones» por el Estado de Israel, en el verano de 2014 se le concedió la Medalla de Oro del Congreso de los Estados Unidos por su conducta heroica durante el Holocausto.

Aunque Raoul Wallenberg ha recibido el reconocimiento internacional que merecía, resulta imperioso no reducirlo a la gloria abstracta de las condecoraciones y los honores. Él mismo jamás se habría sentido cómodo en el papel de héroe. La mejor forma de honrarlo es recordarlo como un ser humano corriente que, en uno de los periodos más sombríos de la historia, encontró la fuerza interior y la valentía para actuar y salvar a otros, sin prestar

atención al riesgo en que ponía su propia vida. El ejemplo de Raoul debería seguir inspirando a la generación actual y a las futuras.

Aunque la Declaración Universal de los Derechos Humanos nació del horror de la guerra, Raoul ya actuaba obedeciendo su primer artículo: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad [...] y [...] deben comportarse fraternalmente los unos con los otros».

Debemos recordar que el genocidio comienza con la humillación de un hombre no por lo que ha hecho, sino por quien es. Que el ejemplo de Raoul nos guíe, pues, en nuestra vida cotidiana y

nos ayude a luchar contra la injusticia en todas sus formas. Allá donde se rechace, se humille o se haga daño a alguien por ser diferente, se lo margine en el trabajo, se lo acose en el colegio o se lo vilipendie en el ciberespacio, no seamos nunca espectadores pasivos.

Raoul Wallenberg fue una de las figuras más inspiradoras del siglo XX. Esta es su historia.

KOFI A. ANNAN

PRÓLOGO

DJURSHOLM, OTOÑO DE 2009

Hemos hablado varias veces sobre los soldaditos de plomo, y ahora las cajas han llegado. La hermanastra de Raoul Wallenberg, Nina Lagergren, suena entusiasmada cuando la llamo. Con la ayuda de un bisnieto, ha colocado en una

estantería del sótano los soldaditos, los abanderados y los músicos, todos pintados a mano, de la fábrica de juguetes E. Heinrichsen de Núremberg.

Nina recuerda las delicadas figuritas de plomo de la habitación infantil de Raoul en Riddargatan (Estocolmo) en los años veinte. Su hermano, nueve años mayor que ella, los había heredado de su padre, que había muerto antes de nacer Raoul. Las dos mil piezas estaban guardadas en ochenta y cinco cajas de madera ovaladas: ocupaban casi todo un armario.

—Tienes que venir a echarles un vistazo —me dice Nina.

Unos días más tarde, conduzco hasta Djursholm. Nina Lagergren abre la puerta con su chaqueta más azul y su gesto más risueño. Me quito el abrigo y echo un vistazo a los numerosos cuadros que cuelgan de la pared. Enmarcados hay muchos sellos de correos con la imagen de su hermano. Está el certificado de 1981 por el que se concede a Raoul Wallenberg la ciudadanía honoraria estadounidense, la primera persona en ser honrada con ella después de Winston Churchill. Y está, por supuesto, uno de los miles de «pasaportes protegidos», los llamados *Schutzpässe*, del otoño de 1944 en Budapest.

Este pasaporte concreto está expedido el 20 de agosto de 1944. Era domingo y Raoul Wallenberg estaba en su oficina de la colina Gellért, en Budapest, revisando montones de solicitudes de judíos húngaros desesperados. Ese día tomó otro documento color crema de los muchos que tenía impresos y lo expidió a nombre de Judith Kopstein, de catorce años de edad. La chica luce seria en la fotografía en blanco y negro sellada por la legación sueca. Probablemente este pasaporte le salvó la vida. He encontrado su nombre en las listas de supervivientes del Holocausto. Aunque, por desgracia, nada desde entonces.*

Nina dice que no sabe qué le sucedió.

Las escaleras que llevan al sótano son estrechas y tortuosas. Tenemos que sostenernos contra las paredes para llegar abajo de una pieza. Me dirijo automáticamente al cuarto de la caldera. Allí es donde Nina tiene su cómoda de Raoul, así como pancartas de incontables protestas ante la Embajada soviética en Estocolmo. La cómoda despierta emociones profundas. Fue en ella donde guardó la caja de madera con las pertenencias de Raoul que Nina y su hermano recibieron durante su inquietante visita a Moscú en 1989.

Después de cuarenta y cinco años de silencio, algunos funcionarios de la Unión Soviética, claramente afectados por la euforia de la glásnost,** invitaron a Nina y

su hermano Guy von Dardel^{***} a una reunión histórica con el KGB. Entre otras cosas, les mostraron la ficha de ingreso de Raoul, emitida a su llegada a la prisión de Lubianka, en Moscú, el 6 de febrero de 1945. En medio de la reunión, el vicepresidente del KGB se levantó y, para su estupor, les entregó la caja. Contenía el pasaporte diplomático de su hermano mayor, su agenda de bolsillo de 1944, su libreta de direcciones y una cantidad considerable de efectivo en francos suizos y en la moneda de guerra húngara, el *pengő*. Es decir, sus pertenencias, aunque no una respuesta creíble sobre lo que había pasado en realidad.

Nina Lagergren tiene casi noventa años. Y sigue esperando, como el resto de la familia. Ahora abre con llave un trastero. Me indica con la mano que me acerque.

No hay sitio para todos los soldaditos de plomo de Raoul, pero el despliegue militar es, aun así, impresionante. Coloridos guerreros en miniatura, listos para el ataque. Hay sombreros adornados con plumas y antiguos mosquetes, cañones, tambores y trompetas.

En algún momento de la década de 1970, la madre de Raoul, Maj von Dardel, guardó sus soldaditos en dos grandes cajas que confió al Museo Nórdico de Estocolmo. Pero los setenta fueron una época en la que las preguntas sobre Raoul Wallenberg se

respondían, en su mayoría, con el silencio, en una Suecia intimidada por los soviéticos. Bajaron las cajas al depósito del llamado «nivel del jardín» del museo. Y allí se quedaron. Pasaron decenios sin que nadie supiese qué había pasado con los juguetes. Hasta ahora.

El personal del museo contactó con Nina Lagergren hace un par de meses. Estaban ordenando artículos antiguos del depósito y tropezaron con las cajas de Maj von Dardel. Ahora querían librarse de ellas, a menos que la familia estuviese interesada en donarlas.

Nina levanta un soldadito de casaca roja, con el rifle al hombro. Lo mira con cariño, y sospecho que siente lo mismo que

yo, que es un poco triste que al museo no le interesara la colección. Pero ella nunca diría algo así.

—¿Así que no quisiste darles los soldaditos? —le pregunto vacilante.

Nina Lagergren me mira consternada.

—¿Cómo iba a hacerlo? No son míos. Son de Raoul.

PARTE I

¿QUÉ HACE A UNA
PERSONA?

1

UNA FELICIDAD PRECARIA

La pena y la alegría caminan de la mano, o eso dice un melancólico himno nórdico del siglo xvii. En la primavera y el otoño de 1912, la verdad de esas

palabras se iba a hacer dolorosamente palpable para la recién casada Maj Wallenberg.

No hacía mucho que había vivido el que, hasta aquel momento, había sido el día más feliz de su vida: su boda con el subteniente de la Marina Raoul Oscar Wallenberg,* de veintitrés años. La boda se había celebrado en la iglesia de San Jacobo, el 27 de septiembre de 1911, con la pompa y el boato oportunos: la *Marcha Nupcial* de Mendelssohn y el coro nupcial del *Lohengrin* de Wagner. Después se sirvió a los invitados un menú de nueve platos en el Grand Hôtel de Estocolmo. Cenaron lenguado Waleska, perdiz y el champán favorito

del zar ruso, un Charles Heidsieck. La carta de vinos fue más o menos idéntica a la que se serviría unos meses más tarde en el banquete de los premios Nobel.

Raoul Oscar Wallenberg y Maj Wising se habían conocido dos años antes. Maj era amiga del colegio de Sonja Wallenberg, prima de Raoul Oscar, y los tres eran miembros del mismo club deportivo, que organizaba excursiones los domingos a media tarde en los alrededores de Estocolmo. Tras unos meses de encuentros cada vez más frecuentes con Maj, Raoul Oscar fue incapaz de ocultar sus sentimientos. «No sin cierta desazón, debo admitir que he

acabado por enamorarme», escribió a su padre, Gustaf Wallenberg, desde el barco *H. M. Göta* en la primavera de 1910.

Tan fuertes eran sus sentimientos que Raoul Oscar se sintió obligado a prometerse primero y pedir permiso a su padre más tarde. Eso lo atormentaba, especialmente porque su padre le había impuesto, no hacía mucho, una charla sobre las mujeres. Gustaf había advertido a su hijo sobre «las taimadas sirenas que buscan atrapar a los jóvenes en sus redes».

El proceder inusual de Raoul Oscar tenía también, no obstante, una explicación práctica. Durante los

últimos años, sus padres habían estado viviendo en Japón, donde Gustaf era enviado diplomático de Suecia. En la carta a su padre, Raoul Oscar revelaba que había pedido a Maj matrimonio en marzo de 1910, dos días antes de partir con la Marina en el *H. M. Göta*. Para gran alivio suyo, la respuesta fue sí. Así que estaba orgulloso de poder escribir a sus padres que su prometida, Maj Wising, era de buena familia, la benjamina del famoso neurólogo Per Wising y su esposa, Sophie.

Raoul Oscar describía a Maj como una «chica fuerte y sana y robusta, que no vacila ante la perspectiva de caminar unos treinta kilómetros en una tarde».

Informaba a su padre de que era esbelta y proporcionada, y de que tenía unos pies exquisitos, aunque sus manos no estaban tan bien formadas como las de la madre de Raoul Oscar, Annie Wallenberg. Maj Wising, escribió Raoul Oscar, se mostraba a menudo alegre y llena de vida, aunque era al mismo tiempo una joven seria e inusualmente ambiciosa. Por ejemplo, se había graduado recientemente de la escuela privada de Sofie Almqvist. Un logro singular a comienzos del siglo xx, pues las escuelas secundarias públicas no admitieron chicas hasta 1927.

Por su parte, Raoul Oscar no había encontrado dificultad alguna en aprobar el examen de oficial de la Escuela Naval Militar, parte obligatoria de la educación masculina en la familia Wallenberg, con notas excelentes, y avanzaba a toda vela en su carrera, si bien la intención no había sido nunca que permaneciese en la Marina.

Su padre, Gustaf, era hijo del fallecido André Oscar Wallenberg, conocido oficial naval, político y banquero que había fundado en 1856 el Stockholms Enskilda Bank. André Oscar había sido un padre exigente, al que le gustaba entretener a sus hijos (veinte, de tres madres distintas) con historias de

sus logros y de los de sus antepasados. El deber y la abnegación eran los principios que guiaban la filosofía de vida que había procurado pasar a su progenie. André Oscar había creado, por tanto, un duro programa educacional para sus hijos, que incluía internados extranjeros desde temprana edad, coronado con un título de la Escuela Naval. Una tradición que heredaba ahora la siguiente generación.

El joven Raoul Oscar era uno de los mejores estudiantes de su año. Había sobrepasado ya con mucho a su padre. En el clan Wallenberg, «Rulle», como lo llamaban, gozaba de alta estima. Era el

mayor de los nietos de André Oscar y lo consideraban afable, sabio y expresivo. Era objeto de grandes expectativas.

Pero el destino tenía otros planes para él.

En la época de la boda de Maj y Raoul Oscar, en septiembre de 1911, los Wallenberg estaban ya en camino de convertirse en la dinastía más influyente del mundo de los negocios sueco. La Revolución Industrial había dado un impulso significativo al sector bancario del país. La demanda de créditos

comerciales era enorme y, en torno al cambio de siglo, los nuevos bancos brotaron como champiñones.

En este auge general de la banca, el éxito del Stockholms Enskilda Bank (SEB) se consideraba el más impresionante. Su transformación de empresa emergente amenazada en las décadas de 1870 y 1880 a uno de los tres bancos comerciales dominantes en Suecia veinte años más tarde concitaba respeto.

Tras la muerte de André Oscar en 1886, la responsabilidad de los negocios familiares y su riqueza recayeron naturalmente en los mayores de los hermanos Wallenberg: Knut,

Gustaf y Marcus. André Oscar había indicado que veía a Knut y luego a Marcus, once años más joven que el primero, como los líderes naturales. Puede que fuese esta actitud hacia Gustaf la que determinó el sino de la rama de la familia en la que nació Raoul Wallenberg.

Como correspondía a su edad y autoridad, Knut Wallenberg asumió el cargo de presidente del banco. Pero el emprendedor Marcus no tardó en llamar a su puerta, ansioso por ocupar junto a Knut un lugar que sentía que le iba a él mejor que al hermano intermedio, Gustaf. Al contrario que este, Marcus había dejado la Marina casi de

inmediato tras la graduación para estudiar Derecho en Upsala. Marcus era ambicioso y tozudo, y no se molestaba en ocultar que esperaba el momento de recibir un cargo importante en el banco.

Knut Wallenberg había demostrado ser un líder imponente y expansivo, pero carecía de formación financiera y legal. En consecuencia, en 1890, contrató a Marcus en el banco como asesor legal ocupado de las quejas de clientes, a pesar de que su hermano menor aún no había completado la formación judicial habitual. Dos años más tarde, Marcus

Wallenberg fue nombrado vicepresidente y segundo al mando en el Enskilda Bank.

Fue entonces cuando Marcus, que sentía desde hacía mucho que Gustaf carecía de las habilidades necesarias, decidió que había que mantenerlo a cierta distancia de la gestión cotidiana del banco.

La relación entre Marcus y Gustaf no había sido nunca buena, a pesar de que habían pasado juntos gran parte de su niñez. Gustaf y Marcus tenían doce y once años cuando, conforme al programa de André Oscar, los enviaron a un internado alemán durante varios años para adquirir una educación

luterana que les formase el carácter. André Oscar quería que sus hijos hablasen con soltura alemán, inglés y francés, aprendiesen a obedecer los dictados del deber y se endureciesen emocionalmente. Los padres de los chicos solo contestaban una de cada cuatro cartas para no mimarlos. La morriña se consideraba señal de debilidad.

Y aun así, incluso en un contexto tan difícil, no parece que los hermanos se tomaran cariño. En su biografía de Marcus Wallenberg, Torsten Gårdlund describe la relación entre ellos durante la niñez como amistosa, pero «no exactamente cálida».

Cuando Gustaf, en torno al momento de la muerte de su padre, fracasó estrepitosamente en una atrevida empresa comercial en Estados Unidos, Marcus lo juzgó con dureza. A sus ojos, Gustaf carecía tanto de sentido común como de criterio financiero, lo que para Marcus Wallenberg eran graves defectos de carácter. Pese a que Knut compartía en parte esta visión crítica, tenía intención de convertir de todas formas a Gustaf en director ejecutivo del banco. Marcus fue incapaz de aceptarlo. Escribió un memorándum en el que detallaba las debilidades de Gustaf y convenció a Knut de que abandonase sus planes.

Como resultado, Gustaf nunca ascendió por encima de cargos de gestión de nivel intermedio en el banco familiar y, por fin, en 1902, decidió irse y arreglárselas por su cuenta. Al anunciar su decisión de abandonar la junta del Enskilda Bank, Gustaf escribió: «Todo mi ser va en una dirección contraria a la del banquero».

En Suecia, en aquella época, no era difícil pasar de los negocios al Ministerio de Asuntos Exteriores. Desde comienzos de siglo, Gustaf Wallenberg había ocupado un escaño en la segunda cámara del Parlamento como representante de Estocolmo y del Partido Liberal. Tras la disolución de la

unión con Noruega, fue nombrado primer enviado de Suecia en Asia Oriental, con residencia en Tokio. Se mudó a Japón en 1906 con su mujer y dos hijos. Su hijo Raoul Oscar, de dieciocho años, permaneció en Estocolmo con su abuela.

Cuando la familia se reunió para la boda de Raoul Oscar en septiembre de 1911, Marcus había sucedido a Knut como presidente del Enskilda Bank. Knut tenía ya casi sesenta años y, al contrario que su hermano, no vivía para el trabajo. Llevaba bastante tiempo pensando que cazar urogallos y hacer

viajes de ocio a la Riviera eran ocupaciones más interesantes que afanarse en el banco.

Mientras Marcus Wallenberg alcanzaba un antiguo sueño, Gustaf volvía a estar en dificultades. En Japón lo trataban como a un rey, pero sus ideas algo impulsivas para aumentar el comercio sueco con Oriente no habían sido demasiado bien acogidas por los altos estamentos del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, el Utrikesdepartementet. Había también rumores sobre desórdenes en las cuentas financieras de Gustaf Wallenberg, y acababan de convocarlo para dar las correspondientes explicaciones.

Sin duda, tenía mucho en que pensar durante la ceremonia de la boda de su hijo.

Los recién casados se mudaron a un apartamento en la esquina de Grev Turegatan con Linnégatan, en el mismo edificio que los padres de Maj. Per Wising había abierto consulta allí tras haber renunciado a su puesto de profesor en el Karolinska Institutet un par de años antes.

La nueva familia comenzó a construir su vida en Estocolmo, que estaba disfrutando un periodo de crecimiento económico y optimismo

cultural. Suecia había sido una de las sociedades agrarias más pobres del mundo durante el siglo XIX. Ahora, en el siglo XX, se encontraba en un estado de cambio significativo, en camino de convertirse en una de las principales naciones industriales. La parte de la ciudad en la que se instalaron Raoul Oscar y su esposa había pasado de vecindario de chozas de madera destartaladas y vacas pastando a barrio de elegantes edificios de apartamentos con vestíbulo de mármol.

Raoul Oscar y Maj decoraron su apartamento con grandes alfombras y una amplia colección de muebles *art nouveau*. Raoul Oscar, muy interesado

en el diseño interior, encargó a un hábil carpintero una docena de sillas rococó para el comedor y un dormitorio en estilo gustaviano, todo lacado, muy a la moda, en blanco. En las paredes había retratos familiares y espejos dorados, así como algunos de los óleos y acuarelas del propio Raoul Oscar enmarcados, entre ellos una gran obra que representaba la batalla naval francobritánica de la bahía de Abukir, en 1798.

Raoul Oscar demostraba considerable talento artístico. Siempre tenía a mano un bloc de dibujo y a menudo volvía de sus viajes —a Granada, Venecia o Västervik— con

alguna pintura. En el otoño de 1910, Marcus Wallenberg le había encargado los planos de un mausoleo para el cementerio de la familia Wallenberg en la propiedad de Malmvik, la adorada residencia estival de la familia. Malmvik se encontraba en la isla de Lovön, a las afueras de Estocolmo, y Marcus acababa de heredarla tras el fallecimiento de la viuda de André Oscar, Anna. Raoul Oscar aprovechó la oportunidad para pintar unas cuantas escenas en Malmvik, que enmarcó y envió a su padre a Japón como regalo de Navidad.

Maj se había quedado embarazada. Al mismo tiempo, Raoul Oscar experimentó los primeros síntomas de su enfermedad.

Raoul Oscar tenía la intención de disfrutar un permiso de Navidad en el *H. M. Göta*. Pero, en cambio, sufrió repentinos dolores de estómago y tuvo que guardar cama. Sus compañeros de la tripulación tenían vívidos recuerdos de la epidemia de disentería que habían experimentado después de que la flota atracase en Cherburgo en 1909, pero esto iba a resultar más grave.

Pronto estuvo claro que la fuente de los problemas de Raoul Oscar era un sarcoma maligno. Se trataba de una forma agresiva de cáncer de estómago, que la profesión médica de la época no sabía cómo combatir: al joven marido de Maj Wallenberg solo le quedaban unos meses de vida.

Una enfermera se instaló en el apartamento de Grev Turegatan, aunque solo podía aliviar parcialmente los dolores, cada vez peores, de Raoul Oscar. El futuro padre estaba cada día más enfermo.

Su tío Marcus lo visitó varias veces durante la primavera. Tenían una buena relación: Raoul Oscar lo había

visitado durante sus años de soltero en Estocolmo para pedirle consejo sobre sus planes futuros. La última vez habían discutido el plan de Raoul Oscar de solicitar una plaza en el Instituto Técnico, que Marcus había alentado. Parecía ver a un futuro líder en el joven subteniente.

En abril de 1912, unos días después del hundimiento del *Titanic*, Marcus Wallenberg escribió a su hermano Gustaf:

En verdad serás digno de compasión si pierdes a tu excelente hijo. Puede que sea un leve consuelo para ti saber que se ha conducido continuamente como un héroe y que ha demostrado más preocupación

por sus seres queridos que por él mismo. He ido a verlo de vez en cuando para distraerlo conversando. Por desgracia, no se puede hacer otra cosa por él. La morfina es ahora su mejor amiga.

Hacia el final, Raoul Oscar pidió a Maj su libro favorito, la obra de teatro *Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand. Una noche leyó las páginas finales a su mujer y lloró desesperadamente durante toda la despedida de Cyrano a Roxana. Dijo a Maj: «Seré feliz si el pequeño Baby se convierte en una persona sencilla, amable y buena».

El viernes 10 de mayo de 1912, Raoul Oscar Wallenberg falleció en su casa. Cuando llegaron los portadores del féretro, quedaron estupefactos: «Nos habían dicho que debíamos recoger a un joven, pero ¡es un hombre mayor!». Cuatro días más tarde, el día en que murió el autor sueco August Strindberg, se celebró el funeral de Raoul Oscar en la iglesia de Skeppsholmen. Sus compañeros oficiales acompañaron el ataúd a la finca familiar de Malmvik y lo llevaron a través de las columnas dóricas del mausoleo que él mismo había diseñado solo unos años antes. «Rulle», de veintitrés años de edad, fue el primero en ser enterrado allí.

Los escalones de hormigón estaban cubiertos de coronas. Sobre el propio ataúd, sus amigos habían colocado la bandera sueca y su sable.

Maj Wallenberg, embarazada de siete meses, cumplió veintiún años durante los dramáticos días finales de la vida de su esposo. Tras el funeral se hundió en un estado de depresión. En una carta desesperada a su suegra, Annie, que había vuelto a Japón, escribió que debería haberse dado cuenta de que una «felicidad tan grande y completa» como

la que había experimentado ella desde que conoció a Raoul Oscar no podía durar:

Cada día que pasa, la vida parece más difícil y este vacío y este anhelo infinitos se hacen más y más grandes. ¿Cómo terminará? [...] Ay, mamá, ¿qué será de nuestro pequeño? No dejo de preguntarme si seré capaz de criar al niño para que sea una buena persona. Pobrecillo, haber perdido a su padre.

En junio de 1912, Maj se mudó a la casa de veraneo de sus padres, Kappsta, en el sur de Lidingö, en las afueras de Estocolmo. La capital, que se preparaba para acoger las quintas Olimpiadas,

sufría una ola de calor que resultaba tan incómoda para las gestantes adelantadas como para los atletas.

Maj alquiló su apartamento. Llevaron algunas de sus cosas a su nuevo pisito de dos habitaciones, que conectaba directamente con la casa de sus padres pero tenía su propia entrada. Se debatía ante la cuestión de qué hacer con toda la ropa de Raoul Oscar.

En Kappsta, Maj y la niñera prepararon una habitación en el primer piso para «Baby». En ella colocaron algunas de las sillas blancas de la alcoba de la ciudad y una cama de

madera también blanca con lazos de seda rosa. En las paredes colgaron algunos de los cuadros de Raoul Oscar.

Hacia finales de julio el calor cedió, y fue reemplazado por tormentas de verano y una tremenda caída de las temperaturas. Tras una de sus muchas visitas a Malmvik, Maj escribió en su diario que una familia de alondras había anidado al pie de la tumba de Raoul Oscar. Articuló su dolor en frecuentes cartas a su suegra:

Encuentro la vida tan ilimitadamente difícil, en este momento, que no sé qué hacer para olvidar el horror que me ha

acontecido. A veces imagino que es imposible que haya sucedido algo así y creo oír los pasos de Raoul como el verano pasado cuando éramos tan increíblemente felices. Ay, ser capaz de conjurar por un minuto lo que se ha ido... para siempre. Qué extraña es la vida, compuesta de estos contrastes. Un momento todo es inmenso gozo y poesía. El siguiente, la pena y el dolor más profundos e incurables.

El domingo 4 de agosto fue gris, húmedo y desacostumbradamente fresco para la época del año. En las primeras horas de la mañana, en una habitación del segundo piso, Maj Wallenberg dio a luz a un niño: Raoul Gustaf Wallenberg. Consiguió hacerlo sin cloroformo,

«eligiendo heroicamente el dolor», como escribiría su orgulloso padre a Gustaf Wallenberg en Japón.

Durante el parto, las membranas fetales se rompieron y velaron la cabeza del bebé, lo que los supersticiosos declararon señal de que el recién nacido ganaría todas sus batallas futuras. Maj estaba más contenta de que su hijo hubiese nacido en domingo y no en viernes, para siempre día de dolor tras la muerte de Raoul Oscar. Pensó desde el comienzo que su hijo había heredado la nariz y la boca «rococó» de su padre. Aunque los médicos le aseguraron que

era imposible, Maj seguiría preocupada durante meses por si podría haber heredado también su enfermedad.

Como era norma en la familia Wallenberg, el bautizo fue una gran celebración, con tantos padrinos que el funcionario no tuvo sitio para anotarlos a todos en las cuatro líneas reservadas para ese campo en el registro. Knut y Marcus, hermanos del abuelo Gustaf, aparecían mencionados en una larga línea de padrinos, como también los primos de Raoul Oscar: los hijos mayores de Marcus, Sonja y Jacob.

Jacob era cuatro años más joven que Raoul Oscar y quizá el primo con el que mejor se había llevado. Unas semanas después del bautizo lo convocaron a una reunión con su padre y el tío Knut para una conversación seria. Le explicaron que, con la muerte de Raoul Oscar, había pasado a ser el siguiente aspirante a un cargo en el banco. Le entregaron una carta de renuncia preparada y le urgieron a abandonar su carrera de oficial en la Marina tan pronto como se graduase. Instrucciones que él siguió oportunamente.

Maj había decidido que nadie más se encargaría de la tutela de su hijo. Desempeñaría dicho papel ella misma hasta que Gustaf Wallenberg regresase de Japón. Pero pidió a Marcus que cuidase de los «intereses del pequeño Raoul».

Tras el bautizo, la calma regresó a Kappsta. Maj se ocupó de tareas prácticas y se alegró de recibir una carta del Estado informándola de que tenía derecho a 510 coronas al año como pensión de viudedad. Pidió a Jacob Wallenberg que se llevase la ropa de Raoul Oscar y la vendiese a algunos de sus colegas con menos recursos. Pero de otras cosas resultó más difícil separarse.

Entre los artículos que conservó estaba el bloc de dibujo de la juventud de Raoul Oscar. Además de divertidas imágenes de tías y tíos y de los apartamentos de la familia, había en él un boceto impresionista a lápiz de unos soldados a caballo. El dibujo tiene como título *La retraite de Moscou*.

El temido aniversario de la boda llegó y pasó. «Solo un año y toda esa felicidad infinita que experimentaba en esta época del año pasado ha quedado destruida. Aunque es cierto que debo de haber sido demasiado feliz con mi Raoul. Y pensar que mi alegre y saludable marido amado

yace ahora frío en su tumba húmeda y lúgubre. Ay, destino terrible y cruel — escribió la infeliz Maj a su suegra, o “mamá”, como la llamaba—. Mamá, perdona que me queje, pero me siento obligada a ello. Es todo tan difícil en este momento... Pero no por eso supongas que no agradezco el rayo de sol que es el pequeño en toda esta miseria. Cuando ríe y se lo ve tan increíblemente feliz, es bastante contagioso.»

Sin embargo, de vuelta en la ciudad, aún vestida de luto, escribió a su suegra sobre los encantadores paseos por Humlegården, que el pequeño Raoul había comenzado a reírse de su reflejo y

que tenía unas preciosas lorzas de bebé bien alimentado que le adornaban los muslos. Le contó que el color de los ojos le había cambiado y que se había convertido en el «único Wallenberg vivo de ojos marrones», justo como ella había predicho. «Ay, mamá, ¡qué agradable es cuidar de él!», exclamaba en una carta a finales de octubre.

Pero sus tribulaciones estaban lejos de haber acabado. Un mes más tarde, el padre de Maj, que tenía setenta años, llegó a casa de visitar a unos pacientes sintiéndose mal. Al día siguiente yacía inconsciente y con fiebre alta. Llamaron

al médico de la familia, que diagnosticó neumonía. En cuestión de días, Per Wising había fallecido.

Esta segunda pérdida fue un golpe horrible para Maj y la dejó postrada en cama durante una semana. El año 1912 continuaba tan violentamente como había comenzado. Así expresaba su inimaginable caos emocional en una carta de septiembre de 1912: «Un millar de abrazos de tu feliz y desgraciada Maj, mamá».

2

DOS VIUDAS Y UN NIÑO

La realidad a la que despertó Maj Wallenberg tras su periodo inicial de dolor traía consigo cambios prácticos y emocionales. En aquel momento, Suecia era un país en el que se consideraba al hombre tutor tanto económico como legal de su esposa y sus hijos, y a la

mujer casada, subordinada a su marido en todos los aspectos. No se esperaba de ella que trabajase fuera del hogar a menos que resultase absolutamente necesario: un trabajo era solo una solución temporal para las mujeres solteras que no podían mantenerse de otra forma.

Con solo veintiún años, Maj Wallenberg era viuda y madre sin pareja, a todo un mundo de distancia de ser la esposa de un prometedor oficial de la Marina con futuro en uno de los bancos comerciales más importantes de Suecia.

No obstante, puesto que ya no estaba casada, se convirtió automáticamente en tutora legal de su hijo. Podía buscar empleo, firmar contratos e incluso comenzar un negocio sin la firma conjunta de un hombre. Ese era el tipo de «privilegios» que tenía una viuda en aquella época. Pero ella tenía un hijo al que quería criar por sí misma, no entregarlo a una niñera. Y tenía su posición social.

La pensión que recibía tras la muerte de Raoul Oscar era el equivalente a solo un tercio del salario anual del obrero peor pagado del país.

Si bien Maj podía contar con cierto apoyo financiero por parte del abuelo de Raoul, necesitaría otros ingresos.

Maj Wallenberg comenzó clases nocturnas de estenografía en el año siguiente a la muerte de Raoul Oscar, aunque abandonó el proyecto tras solo unas semanas. Habría necesitado alcanzar una velocidad de 150 pulsaciones por minuto para ganarse la vida, lo que a su vez le habría exigido una formación de nueve meses a tiempo completo, así como «nervios excepcionalmente fuertes». Tras veinte horas se quejaba en una carta a su suegra de que estaba tan cansada que le temblaba todo el cuerpo y tenía

taquicardia. Contó a Annie que el doctor Lamberg la había puesto a dieta láctea y le había ordenado que descansase para que esos «síntomas nerviosos» no fuesen a peor: «No, mamá, necesito un trabajo pacífico, y ese es cuidar a mi hijo (mi primer deber absoluto), coser y leer. Por el bien de mi pequeño Raoul, no puedo agotarme».

Maj se trasladó a vivir con su madre viuda, Sophie Wising, en Linnégatan 9-11. El pequeño Raoul se convirtió en el rayo de luz de la vida de ambas. Lo llamaban «su consuelo».

A Maj le preocupaba muchísimo su educación. Raoul Oscar la había aleccionado a este respecto: deseaba que ella fuese estricta y exigente con Baby y que le enseñase los valores de «la sencillez y el trabajo». Ella temía que el niño desarrollase un temperamento nervioso después de todo lo ocurrido. Durante su edad más tierna, por consiguiente, intentó mantener un entorno tranquilo.

Maj creía que era importante que su difunto marido fuese parte de la vida cotidiana de Raoul desde el principio. Colgó un retrato suyo sobre la cama del niño, así como un cuadro de dos ángeles de la guarda, un detalle de una acuarela

del artista decimonónico Egron Lundgren, que Raoul Oscar había copiado y regalado a Maj en 1910. Sus esfuerzos dieron fruto. Cada mañana, Raoul, con solo un año, se sentaba en la cama, señalaba la imagen de Raoul Oscar y decía: «Papá ahí».

Marcus Wallenberg y su mujer, Amalia, estaban muy ocupados con sus seis hijos, pero siguieron prestando atención a Maj y su sobrino nieto. Raoul se benefició de la mejoría en las relaciones de su abuelo con Marcus, una vez que Gustaf había abandonado el banco de la familia y resuelto sus problemáticos asuntos.

Amalia invitó a Maj y Raoul a Malmvik para recordar el cumpleaños de Raoul Oscar. Por su parte, Marcus se aseguró de que la construcción del mausoleo de Malmvik se completase y de que este estuviese bien conservado, algo que significaba mucho para Maj. El niño visitaba habitualmente a Marcus. Un día, en diciembre de 1913, Marcus envió su nuevo automóvil Fiat a recoger a Maj y Raoul. Había retrasado esta inversión más que la mayoría de los suecos acaudalados para no acostumbrar a sus hijos al lujo. A Marcus lo habían educado para valorar el deber y la humildad y, si por él era, no habría excesos tampoco en la siguiente

generación.

Paso a paso, Maj comenzó a disfrutar la compañía de otras personas. Le pidieron que organizase un «té de beneficencia» en el Hôtel Royal. A comienzos de 1914, Maj vio el funeral de la reina Sofía desde las ventanas del Tribunal de Apelaciones, con su amiga Elsa von Dardel. Se las habían arreglado para asegurarse esta vista privilegiada con ayuda del hermano de Elsa, Fredrik, que trabajaba en el Tribunal. Quizá pasara algo allí: unos años más tarde, Fredrik von Dardel asumiría gran importancia en la vida de Maj Wallenberg.

El día del segundo cumpleaños de Raoul, el 4 de agosto de 1914, Alemania invadió Bélgica tras haber declarado la guerra a Francia el día anterior. Suecia declaró de inmediato su neutralidad y mantendría dicha postura sin mucho debate político interno. A pesar de ello, la guerra dejó sus huellas en la sociedad sueca. Los precios del pan, las patatas y los huevos sufrieron espectaculares subidas.

La guerra no trajo grandes cambios a la vida de Maj y Raoul. Pasaban los veranos en Kappsta, en Malmvik o en casa de la hermana de Maj, que vivía en la hacienda Broby, en Sörmland. Al reunirse allí las hermanas de Maj, Raoul

podía jugar con sus primos; sobre todo con Lennart y Anders Hagströmer, que se convertirían en íntimos amigos en su niñez. Otra de las hermanas de Maj estaba casada con el agregado militar estadounidense en Estocolmo, William Colvin. Tenían dos niños con quienes Raoul podía practicar inglés.

Pero Kappsta siguió siendo su destino veraniego favorito. Era un terreno abierto, rocoso y arbolado, con vistas al estrecho de Lilla Värtan. Per Wising había construido allí dos edificios: una vivienda grande, de trescientos metros cuadrados, y una más pequeña, la «Cabaña del Mar», más cerca del agua, para invitados o

temporeros. Ambas estaban construidas al estilo de los chalés suizos, con verandas y balcones elaboradamente tallados.

Maj y sus hermanas habían pasado en Kappsta de mayo a septiembre todos los años desde que eran pequeñas. Y ella continuó la tradición como madre soltera. La residencia de verano lo tenía todo. Había una pista arenosa de croquet y petanca y, sobre los suaves acantilados que rodaban hacia el agua, Wising había construido un muelle de natación y una cabina de baño. Pero Kappsta también abarcaba cinco hectáreas de terreno relativamente silvestre: altas colinas y

bosques llenos de arándanos encarnados y mirtillos. Todo un paraíso para un niño.

Maj había decidido asegurarse de que el énfasis del padre de Raoul en «la sencillez y el trabajo» se combinaba con un espíritu independiente, así que dejaba a su hijo vagar más o menos libre por la finca. Incluso a los tres años podía jugar solo donde quisiera en Kappsta, subir a las colinas, montar su caballo de madera o «jugar a los barcos» en los bancos. La única cosa que le prohibió fue bajar al agua, una advertencia que, no deja de sorprender, parece que él siempre respetó.

Maj se quejaba a veces de que el pequeño Raoul era obstinado, rayando en lo insolente. Podía enfadarse hasta temblar o tirarse al suelo en plena pataleta. En tales estados era casi imposible calmarlo. Solo cuando estaba en la ciudad y podía mostrarle los ángeles custodios de Raoul Oscar, podía Maj tener la confianza de que apaciguaría a su hijo.

Que la vida de Maj estuviese dominada por Raoul no disminuía, sin embargo, el interés de esta por el drama que se desarrollaba en el resto de Europa. La guerra la afectaba profundamente y, a través de una amiga, se convirtió en miembro de una sección

de la Cruz Roja centrada en ofrecer ayuda a las víctimas del conflicto. Su primera tarea consistió en organizar ropa de cama y colchones. Más tarde les pidieron a ella y a sus amigas que cosieran diversas prendas de muestra, que la Cruz Roja tenía previsto utilizar como modelo para nuevas ropas de trabajo.

La Cruz Roja sueca también estacionó gente en regiones afectadas por la guerra. Este grupo incluía a la maestra y enfermera Elsa Brändström, quien, cuando sus contribuciones durante y tras la Gran Guerra la hicieron famosa, se convirtió en un ídolo para Maj y sus

hermanas, una de las cuales, Sigrid Hagströmer, estaba emparentada por matrimonio con ella.

Brändström tenía veintiséis años y vivía en San Petersburgo cuando estalló la guerra. Consiguió papeles como enfermera rusa y viajó a Siberia. Allí, a temperaturas de cuarenta grados bajo cero, luchó contra el tifus, el escorbuto y la congelación, y salvó la vida a muchos prisioneros de guerra. La apodaron «el ángel de Siberia» y se hizo famosa en toda Suecia, así como en el resto del continente.

Más tarde, justo antes de que estallase la Segunda Guerra Mundial, esta enfermera sueca comenzó un

extenso programa de ayuda para refugiados judíos alemanes en Estados Unidos. Esta vez su genial idea fue la producción en serie de documentos que garantizaban la inmunidad. Maj inculcó la admiración por Elsa Brändström a Raoul y sus otros hijos desde una edad muy temprana.

En abril de 1916, cuando Raoul tenía casi cuatro años, conoció a su abuelo Gustaf. Su abuela, Annie, había vuelto de Japón dos años antes, pero Gustaf no, y se encontró a un niño que había crecido rápidamente. Raoul se llamaba a sí mismo «Wallberg» y hablaba a

menudo sobre su padre con Maj. Ella le oía decir: «Buenas noches, querido papá», antes de quedarse dormido. Raoul también recogía flores para su padre y las colocaba en un jarrón junto a su retrato. Soñaba con tener el sable de su padre cuando hubiese crecido. Un día miró seriamente a su madre y le dijo: «Mamá, ¿te alegrarías de que Raoul fuese un poco como papá de mayor?».

Maj comenzó a salir más. Hubo bailes y cenas y, de vez en cuando durante los años de la guerra, escribió sobre noches en casa del artista Fritz von Dardel y su familia. Era su hijo, Fredrik, quien había captado el interés de Maj. El benjamín, Nils, que acabaría

siendo uno de los artistas más importantes de Suecia, tenía ya una conexión con la familia de Maj. Nita, la hermana de Raoul Oscar, había conocido a Nils von Dardel en Japón durante uno de los viajes que este hizo para inspirarse. Nils von Dardel y Nita Wallenberg se habían enamorado locamente. Pero, cuando Gustaf Wallenberg descubrió que pensaban casarse, se apresuró a poner fin al asunto. Un artista bohemio no era lo que tenía en mente para su hija.

Al terminar la guerra, cuando Nita había vuelto a casa y Gustaf estaba de vuelta en Japón, Marcus Wallenberg tuvo que intervenir. Nita Wallenberg y

Nils von Dardel fueron obligados a separarse. «Espero que, con el tiempo, Nita aprenda a olvidar a ese cubista suyo», escribió Marcus en una carta. Ella nunca lo hizo.

Cada vez más, Raoul se preguntaba por qué, a diferencia de los padres de sus amigos, el suyo no estaba. A veces se paraba bajo su fotografía y gemía: «¡Raoul no tiene papá!».

Gustaf Wallenberg comenzó a interesarse más por la educación de Raoul. Escribió a Maj para animarla a hacer más por desarrollar su sentido de la independencia. En noviembre de

1917, Maj respondió con una descripción de la vida cotidiana de Raoul, que ella creía que hablaba por sí misma. Contaba que Anders Hagströmer, el primo de Raoul, venía a su casa a las nueve de la mañana todos los días. Los chicos se iban entonces solos a Humlegården, donde jugaban hasta mediodía, y luego volvían de nuevo caminando a casa. Dos veces a la semana iban directamente del parque a sus clases de gimnasia. Tenían que vigilar la hora ellos solos, y también recordar que debían cambiarse de calzado y ponerse uno deportivo.

Tenían cinco años.

Raoul había jugado ese verano en Kappsta con su primo norteamericano, Fitz, y ahora Maj decidió que debía mejorar su inglés. En una carta a su suegro le dijo que había contratado a un profesor particular, por cuarenta coronas al mes, para que pasase dos horas al día con él. Iban de paseo y charlaban, o ella le leía historias en inglés en casa.

Ese otoño, Marcus Wallenberg le preguntó por los planes de escolarización de Raoul. Había recomendado a Maj que le permitiese comenzar la escuela tan pronto como fuese posible, como habían hecho sus hijos, Jacob y Marcus. Ella no estaba segura. Sin embargo, el primo y

compañero de juegos de Raoul, Anders Hagströmer, nueve meses mayor, también iba a comenzar el colegio al año siguiente.

El invierno de 1918 fue uno de los más duros desde la década de 1860. Las cosechas se habían perdido y era difícil encontrar suficiente comida y combustible. Al mismo tiempo, la Bolsa de Estocolmo alcanzó un máximo histórico. El negocio de la guerra había hecho florecer la industria mientras la gente de a pie sufría. Fue una época de graves tensiones sociales. Los Wallenberg estaban entre los que habían prosperado. Antes de la guerra, Marcus había cuadruplicado su fortuna en

cuestión de meses, y los años que siguieron trajeron una gran mejora tanto para la exportación sueca como para los bancos del país. En 1915, el Enskilda Bank había trasladado por fin su sede central a las nuevas oficinas de Kungsträdgården 8, en el corazón de Estocolmo.

Maj Wallenberg estaba en el umbral de un importante cambio de vida. Había estado pasando cada vez más tiempo con Fredrik von Dardel durante los últimos años y ahora habían decidido casarse. Fredrik von Dardel tenía treinta años, era administrativo en el Tribunal de

Apelación de Suecia y ascendería pronto a jefe de gabinete de la Dirección General de Salud y Farmacia. Pertenece a una familia de artistas famosos. Su abuelo, Fritz von Dardel, había sido un pintor importante, y su hermano menor, Nils, el exprometido de la cuñada de Maj, se estaba haciendo ya muy famoso. En 1918 terminó *El dandi moribundo*, posiblemente el cuadro sueco más famoso del siglo XX.

En su tiempo libre, Fredrik también pintaba. Consideraba que él y su futura esposa tenían personalidades complementarias y pensaba que sus diferencias garantizarían su felicidad. Ella era extrovertida, rebosaba energía y

se interesaba por los demás; él era más bien reservado con los recién conocidos.

A sus seis años, Raoul no estaba del todo conforme con la noticia. Cuando se leyeron las amonestaciones en la iglesia por última vez, Fredrik estaba enfermo y no pudo asistir. Maj lo lamentó, pero Raoul dijo enfadado: «¿Qué más da? No es mi padre, ¡ni el tuyo tampoco!».

Maj Wallenberg y Fredrik von Dardel se casaron el jueves 24 de octubre de 1918. La relación entre Raoul y su padrastro mejoraría

rápidamente y, con el tiempo, Raoul llegó a estar encantado de llamarlo «papá».

3

SIN AIRES DE MILLONARIO

Poco después de la boda, Fredrik y Maj von Dardel se mudaron a un apartamento cerca de Lennart y Anders Hagströmer, los primos de Raoul.

Como Maj había esperado, Raoul entró en la misma clase elemental preparatoria que Anders, por lo que los dos chicos pudieron continuar como antes, jugando en el parque de Humlegården y caminando juntos hasta la escuela. Por la tarde pasaban horas plenamente dedicados a sus respectivas colecciones de sellos.

Esta amistad con Anders Hagströmer fue una fuente adicional de seguridad para Raoul durante esos años. Su vida doméstica había cambiado bruscamente. En agosto de 1919, un año después de la boda, Fredrik y Maj von Dardel tuvieron un hijo, el hermanastro de Raoul, Guy von Dardel. Y luego, en

la primavera de 1921, nació la hermanastra de Raoul, Nina. Anders Hagströmer nunca olvidaría cómo hacían reverencias junto a su cuna fingiendo que era una princesa. Pero, pese a lo encantado que estaba Raoul con sus hermanos pequeños, la nueva constelación familiar debió de representar una transición difícil para un niño de siete años sin padre que, hasta entonces, había sido el centro de atención indiscutible de su madre, Maj, y su abuela Sophie.

A Raoul le iba bien en la escuela. En las semanas anteriores al examen de ingreso en la Nya Elementarskolan, Maj escribió a los padres de Raoul Oscar

para decirles que Raoul tenía buenas notas, bien en la media o bien por encima de ella en la mayoría de las asignaturas. La Nya Elementarskolan era el colegio más prestigioso de Estocolmo y los padres lo veían como la preparación perfecta para entrar en la élite social. Si Raoul conseguía ingresar, le esperaban cinco cursos, y luego otros tres años de estudios para sus exámenes de ingreso en la universidad.

El 20 de mayo de 1921, Anders y Raoul fueron al examen juntos. En el patio del colegio se encontraron con un amigo de Anders, Rolf af Klintberg, que tenía la misma edad que Raoul. Los tres hablaron durante un rato y a Rolf le cayó

bien el chico nuevo. Fue el comienzo de una amistad que duraría toda su vida escolar. Más de 120 niños se congregaron en el salón de actos del colegio. Los exámenes iban a comprobar su capacidad para escribir correcta y claramente, calcular y leer en voz alta con soltura. Solo la mitad de los solicitantes sería admitida.

Una semana más tarde se colgó la lista de los solicitantes que habían pasado la prueba en una pared de la Nya Elementarskolan. Los tres chicos estaban en ella, y los habían colocado juntos en una de las dos clases de primer curso. El año escolar comenzaría a finales de agosto.

El colegio era un edificio alto de cuatro pisos, tras el antiguo mercado municipal de Hötorget. Su situación era fuente de incesantes quejas por parte de los profesores. Entre la escuela y el mercado había un callejón que el profesorado describía como «inmundo, en términos tanto físicos como morales». De los cobertizos que lo flanqueaban se alzaba el hedor de despojos de carne y pescado, así como de hortalizas podridas. Pero, con todo, se lo tenía por el centro posiblemente más moderno de su tipo, con un enfoque pedagógico revolucionario.

Los días escolares comenzaban con el director, Knut Bohlin, dirigiendo quince minutos de oración matutina en el salón de actos, antes de la primera clase a las ocho de la mañana. La jornada solía terminar a las dos y media de la tarde, tras cinco clases. Antes del recreo de la mañana, todos los días, los alumnos más jóvenes tenían cuarenta y cinco minutos de gimnasia. Se los dividía por su altura y sus habilidades, a todos excepto a los que se creía que carecían por completo de aptitudes físicas. A estos los reunían en un grupo aparte para los «débiles».

Era algo típico de la época: en las primeras décadas del siglo XX, las teorías e ideas raciales florecieron en Suecia. Era patente en los libros de texto que los profesores de la Nya Elementarskolan ponían en manos de sus alumnos. Se puede muy bien imaginar a un niño de nueve años recitando en voz alta los ríos del norte de Suecia, seguidos por los rasgos supuestamente característicos de los lapones: «de origen mongol, baja estatura, rostro ancho, ojos pequeños y miopes, y cabello negro y lacio».

Raoul y sus compañeros de clase aprendieron que los habitantes de Sudán eran «negros» y se caracterizaban por

«su color marrón oscuro, pelo lanoso, narices planas y gruesas, labios prominentes». Según su libro de texto, estos «negros» eran de «muy bajo nivel educativo» y, «en su mayor parte, gente infantil y alegre, con gusto por los objetos decorativos, pero también con tendencia a la mendacidad y la informalidad, y con conceptos religiosos extremadamente básicos».

Más tarde en la vida, Raoul Wallenberg sería testigo de primera mano de la manifestación más siniestra de esta manía de los estereotipos raciales.

Los primeros años de Raoul en el colegio coincidieron con una profunda crisis económica en Suecia.

«Estocolmo está paralizada por la depresión. Se habla por doquier de cómo todo está perdido y de la quiebra de una empresa tras otra. ¿Cómo va a acabar esto?», escribió Maj von Dardel en una carta a Annie Wallenberg en febrero de 1922. «Uno de los peores años que he vivido», fue el resumen que, de 1922, hizo Marcus Wallenberg.

En vista de su segundo matrimonio, era natural que se enfriasen las relaciones entre Maj von Dardel y la familia de Raoul Oscar. Pero a lo largo de toda la escolaridad de Raoul, Maj se

mostró decidida a mantener vivo el vínculo y a acudir a todas las celebraciones importantes de la familia de su difunto esposo.

El Stockholms Enskilda Bank consiguió salir indemne de la crisis financiera. La reputación de la familia Wallenberg aumentó a medida que se hizo evidente que el banco no se había visto afectado por las devastadoras pérdidas de crédito que habían sufrido otros bancos suecos.

Ya cincuentón, Marcus Wallenberg había comenzado a introducir a la siguiente generación en los puestos más altos del banco. Había dimitido como presidente para dedicar más tiempo al

Comité Financiero de la Sociedad de Naciones, que estaba lidiando con las secuelas económicas de la Gran Guerra. Su hijo Jacob, de veintisiete años, el primo favorito del padre de Raoul, fue nombrado director ejecutivo. Sin embargo, Marcus padre continuó trabajando como un vicepresidente particularmente activo durante muchos años más, al lado del nuevo presidente, Knut Wallenberg.

Gustaf Wallenberg, el abuelo de Raoul, había vuelto de forma dramática de su cargo en Japón. Tras quedar atrapado en Siberia después de la Revolución rusa, había tenido que dar la vuelta y tomar una ruta a través de

Norteamérica, un viaje que le llevó un año en total. Pero su estancia en Suecia fue breve. En la primavera de 1920 lo nombraron enviado en Constantinopla.

No obstante, aun cuando se veía forzado a desempeñar su papel de tutor y figura paterna desde la distancia, el interés de Gustaf por la crianza y la educación de su nieto no dejó de aumentar. Para Raoul, su abuelo era la encarnación de la voluntad del padre ausente.

Su destino laboral trajo consigo, además, una especie de gloria inesperada para el nieto en Estocolmo:

los sellos turcos eran muy apreciados por los ávidos coleccionistas de su colegio.

Los primeros cuatro años de Raoul en la Nya Elementarskolan pasaron sin pena ni gloria, y hasta su madre reconocía que no era uno de los mejores alumnos. Pero, como solía decir: ¿qué bien podría hacerle exigirse demasiado? Sin embargo, seguía convencida de que era uno de los más inteligentes de su clase. En sus cartas expresa las grandes esperanzas que tiene puestas en su hijo y, al mismo tiempo, dosis generosas de compasión y mimos maternos. Si bien

podía quejarse de que había sido perezoso con las matemáticas, el alemán y el secado de plantas durante sus vacaciones de verano, añadía de inmediato que creía que debía descansar en el tiempo que pasaba fuera de la escuela. La respuesta de Raoul a estas esperanzas solía ser algún chiste sobre lo «vaguillo» que era.

Raoul desarrolló nuevos intereses al aire libre. Le gustaba pasear por Estocolmo, contemplando las obras de nuevos edificios e intercambiando unas cuantas palabras con los jefes de obra. Hacia el final de su tiempo en el colegio comenzó a exhibir una actitud más intelectual: coleccionaba informes

anuales de varias grandes empresas y esperaba con ansia el siguiente fascículo de la enciclopedia *Nordisk familjebok* en el correo. La de Canto era una de sus mejores asignaturas, y a veces abría su ventana al patio y cantaba sonoros solos para los vecinos. Durante un tiempo también cantó en el coro infantil masculino de la iglesia. Sin embargo, rara vez se lo veía en el campo de fútbol, lo que extrañaba a algunos de sus compañeros de clase.

Anders Hagströmer consideraba a su primo un chico relativamente medroso y sensible. A Raoul le había asustado el agua de pequeño y aún debía batallar contra su miedo en muchas

situaciones. En sus primeros años de secundaria, todavía se echaba a llorar a veces. Y, si bien esto fue pasando, sus compañeros creían que era más bien afeminado. Raoul bromearía toda su vida sobre lo cobarde que era en el fondo.

Desde el comienzo, los alumnos de la Nya Elementarskolan recibían notas en todas las asignaturas al final de cada trimestre, así como por diligencia y comportamiento. Los primeros años, Raoul estuvo siempre solo unos pasos

por detrás de la estrella más brillante de la promoción: su nuevo amigo, Rolf af Klintberg.

Después, algo pasó con las ambiciones de Raoul en el colegio. En el otoño de 1924, sus notas comenzaron a bajar y para la primavera de 1925 eran bastante malas. Al suspender Alemán y con un interrogante junto a su nota en la nueva asignatura, Inglés, no pasó de curso. Raoul fue uno de los nueve chicos de la clase en esta situación, bastante peliaguda. Los alumnos en apuros debían volver antes del comienzo del siguiente curso y repetir los exámenes para no quedar atrás.

Quizá no fuera casualidad que, poco antes, Raoul hubiese descubierto que no distinguía algunos colores. Un médico que lo examinó antes de Navidad declaró que «no veía el rojo», lo que significaba que no podría seguir los pasos de su padre en la Escuela Naval. Esa primavera resultó inusualmente sombría cuando visitó la tumba paterna con su madre. «Pobrecito Raoul, está desolado», escribió Maj a Gustaf.

La crisis provocada por el suspenso de Raoul en Alemán dio lugar a que su abuelo interviniese. Junto con Maj, Gustaf se aseguró de que su nieto, como exigía la tradición familiar,

podiese comenzar su educación internacional. En el verano de sus doce años, Raoul pasó varias semanas con una familia alemana que vivía en una ciudad turística a las afueras de Rostock, en el norte de Alemania. Una vez que estuvo de vuelta en casa, le dio clases particulares un profesor alemán antes de aprobar, por fin, el examen. Toda la familia suspiró aliviada.

En 1926, Raoul Wallenberg terminó el primer ciclo de secundaria y pasó las pruebas necesarias para entrar en el primero de los tres años de estudios preparatorios para los exámenes de ingreso en la universidad. Entre otras cosas, había conseguido subir su nota de

Lengua tras un año en el que escribió un número extraordinario de redacciones. «Escribe sobre algo que consideres una hazaña» fue uno de los temas asignados a Raoul y sus compañeros.

Jacob Wallenberg había comenzado a asumir el papel de coordinador social de la familia. Mientras sus hermanos se casaban y tenían niños, Jacob siguió soltero y, durante la mayor parte de los años veinte, vivió en casa de sus padres, Marcus y Amalia, en Strandvägen 27. Cuando por fin se mudó, fue a un apartamento directamente sobre el de ellos.

Con cada vez más nietos, el círculo familiar de Marcus y Amalia era tan amplio que las fechas señaladas, como Navidad, se celebraban sin la familia extendida. Sin embargo, Jacob seguía haciendo regalos a su ahijado Raoul, y Maj von Dardel y su familia eran invitados habituales en el bufé de Año Nuevo de Marcus y Amalia. Salvo los años en que estuvo en el extranjero, Raoul Wallenberg continuaría esta tradición hasta enero de 1944, el último Año Nuevo que pasó en casa en libertad.

En 1927, Jacob Wallenberg se convirtió en presidente del SEB y su hermano menor, Marcus, pasó a ser

director ejecutivo. Los hermanos eran bastante distintos. Jacob había sido prácticamente un segundo padre para Marcus, siete años menor que él, y era más reflexivo y analítico. Marcus era el más inquieto de los dos: perspicaz y de decisiones rápidas. No obstante, tenían la misma ética del trabajo, el mismo sentido del deber e igual admiración por Marcus padre. Cada jueves por la mañana, los cargos directivos del banco celebraban una reunión de quince minutos en la sala de juntas, que comenzaba con Jacob y Marcus estrechando la mano de su tío Knut y besando a su padre en la mejilla.

Jacob y Marcus Wallenberg hijo pronto destacaron en sus nuevos cargos, a medida que la economía sueca florecía en los años previos al enorme crac de la bolsa de Wall Street en 1929. La influencia del grupo Wallenberg en los negocios suecos había aumentado significativamente tras su éxito en la adquisición de algunas empresas industriales suecas, como Stora Kopparberg y Asea.

Pero estos buenos tiempos coexistían con una creciente desaprobación pública hacia las grandes diferencias de ingresos entre las clases altas y las bajas. Mientras que algunos podían amasar millones, otros tenían que

trabajar como esclavos en su calidad de *statare* (trabajadores agrícolas pagados en especie). La evolución del gran vecino oriental de Suecia no había pasado desapercibida. En la década que siguió a la Revolución rusa, el bolchevismo nunca estuvo lejos del discurso político sueco: para la derecha figuraba como amenaza; para la izquierda era una fuente de inspiración.

La llegada al poder de los bolcheviques había dividido a la izquierda sueca en dos. En el Partido Socialdemócrata estalló un conflicto sobre el método apropiado para alcanzar objetivos socialistas. Reformistas y revolucionarios se

enfrentaron. Estos acabaron por escindirse y formaron el Partido Comunista Sueco (SKP).

Sin embargo, ninguno de los dos partidos de izquierdas gozaría de demasiado éxito. En 1928, los conservadores se aseguraron una victoria electoral fácil conjurando imágenes poco halagüeñas de brutales cosacos, que evocaban entre el electorado la amenaza combinada que suponían los rusos y los comunistas para la sociedad sueca.

Esta imagen peyorativa de Rusia se reflejaba en los textos escolares. En el currículo de Historia de la preparación para el ingreso universitario, Raoul y

sus compañeros encontraban una descripción de la Gran Guerra en la que se comparaban «los respetables logros de los alemanes» con los «brutales anhelos de poder y expansión» de los rusos.

El camino hacia el examen de ingreso en la universidad no estuvo exento de dificultades para Raoul. Aunque había elegido estudiar latín, tras algunos encuentros con los casos y la morfología, se dio cuenta de que tenía poco interés en aprender una lengua muerta. Un desapego que se confirmó en sus notas de otoño.

Por suerte, la Nya Elementarskolan ofrecía la oportunidad, poco habitual entre los colegios de la época, de estudiar ruso como alternativa. Mejor aún, al profesor, Alexander de Roubetz, un aristócrata ruso que había enseñado en la corte del zar, se lo consideraba un maestro amable y alegre.

En la primavera de 1927, Raoul cambió de asignatura. Maj apoyó su elección poco habitual. «El ruso es algo que podría resultar muy útil en el futuro», escribió a su suegra sin ser consciente de lo premonitorio que iba a resultar.

Raoul se vio animado por el cambio y, tras un tiempo, su mayor motivación afectó incluso su rendimiento en otras asignaturas. Según Rolf af Klintberg, Raoul se convirtió pronto en uno de los alumnos favoritos de Roubetz. Pero, a pesar de la mejora, el primer año del preuniversitario acabó en decepción: Raoul suspendió Matemáticas y Lengua. Por segunda vez tuvo que estudiar durante el verano y recuperar las asignaturas en agosto para no repetir curso. Después de este revés, las cosas fueron mejor. Sin embargo, Maj siguió preocupándose hasta los exámenes de ingreso en la universidad, tanto que incluso llamaba a Rolf af

Klintberg para hablar con él sobre el asunto.

Raoul era para entonces muy diferente del niño sensible que había sido. Durante esos años le gustaba iniciar discusiones con sus profesores, algo que no todos en la clase se atrevían a hacer. Tenía sentido del humor y sus amigos apreciaban su capacidad para crear un ambiente divertido a su alrededor. Al mismo tiempo podía ser a veces algo sabihondo, con un toque de moralidad sermoneadora. Por ejemplo, alguna vez había censurado que sus compañeros copiasen en clase y

proclamó estentóreamente que escribiría al director una carta anónima sobre el asunto.

A Rolf af Klintberg le parecía que Raoul necesitaba afirmarse, demostrar que no era como todo el mundo. Estaba claro por su actitud que su círculo familiar esperaba de él lo mejor. Siempre le rondaban las historias glorificadas de su padre fallecido, y Raoul sabía que su abuelo, aún enviado de Suecia en Constantinopla, tenía grandes esperanzas puestas en él.

En sus últimos años de colegio, Rolf y Raoul pasaron más tiempo juntos. Se apoyaban mutuamente y se creían jóvenes de excepcional inteligencia,

destinados a hacer algo espectacular. Rolf quería hacer carrera en Derecho, como su padre, mientras que Raoul soñaba con ser un hombre de negocios con proyección en el extranjero. Rolf encontraba la tendencia marcadamente internacional de Raoul exótica y fascinante. Raoul parecía pensar que querer viajar mucho y conocer gente en otros países era lo natural. Hablaba sobre el papel de Suecia en el mundo, mientras que Rolf creía que «se debía cultivar la tierra en casa».

Durante sus años escolares, Raoul viajó a menudo al extranjero en verano, a cuenta de su abuelo. En 1928 pasó casi dos meses en Cambridge, con un tutor de

idiomas que era también ministro eclesiástico, sin quedar ni una sola vez con suecos. En ese viaje, Raoul voló por primera vez y se alojó un par de noches en el famoso Hotel Cecil de Londres. Pero después le esperaba un nivel de vida más modesto, así como un viaje de vuelta en buque de carga por Ámsterdam. «Querida mamá: No pienses ni por un momento que estoy educando a Raoul para que se acostumbre al estilo de vida de un millonario. De hecho, oye hablar todo el tiempo de lo importante que es renunciar a frivolidades para que haya suficiente

dinero para lo básico (aunque no he notado tendencias derrochadoras en él)», aseguraba Maj a Annie.

La familia Von Dardel volvió a mudarse, esta vez a un apartamento en el cuarto piso de Riddargatan 43. Era amplio, con seis habitaciones, un balcón y un espacio reservado para el mobiliario de comedor que Raoul Oscar había encargado en su momento. Rolf af Klintberg los visitaba a menudo. Si Raoul no estaba, se quedaba hablando con Maj. Rolf también apreciaba al padrastro de Raoul. Pensaba que Fredrik

era serio y práctico, en muchos sentidos un padre ideal para el «hombre extravagante que era Raoul».

A medida que Raoul avanzaba en su formación, tenía oportunidad de elegir asignaturas nuevas e interesantes, como Francés o Esgrima. El hecho de que a Raoul le gustasen las clases de esgrima y también las de equitación que había iniciado en el Cuartel General de las Fuerzas Armadas en Estocolmo encantaba a su madre.

Gran parte de la vida de Raoul y sus amigos se centraba en torno a la asociación estudiantil de la Nya Elementarskolan, que organizaba tardes de conferencias y mesas redondas, a

veces con un baile inmediatamente después. Rolf af Klintberg fue elegido secretario y enroló a su compañero Raoul como «director de publicidad». La idea que respaldaba el hecho estaba clara. Como el resto de su familia, Raoul tenía un considerable talento artístico. Dibujo fue la primera asignatura en la que Raoul consiguió una «a minúscula», la segunda nota más alta. La asociación de estudiantes se beneficiaba de su talento y le hacía pintar carteles coloridos y llamativos, que Rolf colgaba por toda la escuela para atraer a más gente a los actos vespertinos.

Un año antes de los exámenes de ingreso a la universidad, Raoul y su familia comenzaron a pensar más detenidamente en el futuro de este. Raoul estaba interesado en ir a la Escuela de Comercio de Estocolmo, la Handelshögskolan, pero también dijo a su madre y a su abuelo que no le importaría convertirse en arquitecto. Gustaf Wallenberg, aún en Constantinopla, pensó que esta era una idea buena y «productiva». Era de la opinión de que los hombres jóvenes debían iniciar una profesión práctica y solo más adelante ocuparse de mayores objetivos vitales. Para Gustaf, lo importante era que Raoul escogiese una

universidad estadounidense para la educación profesional que había elegido.

Maj sugirió que Raoul asistiese a la Handelshögskolan durante un par de años y luego continuase su formación en Estados Unidos, quizá en la Escuela de Comercio de Harvard. Observó con delicadeza que no haría ningún daño que Raoul cumpliera los diecisiete antes de enviarlo a América.

Maj y Gustaf tenían, asimismo, un último plan de vacaciones estivales para él. Acordaron que lo mejor sería enviar al chico, que entonces tenía dieciséis

años, a Francia durante un par de meses, pues el francés estaba incluido en sus exámenes de ingreso en la universidad.

Raoul se alojó con una familia francesa durante dos meses, en el pueblo de Thonon-les-Bains, junto al lago Lemán. Era uno de los cinco adolescentes extranjeros que la familia había acogido para que estudiaran el idioma. El padre de familia era inspector escolar, pero la instrucción diaria la impartía la madre, madame Bourdillon. Raoul pronto conoció bien a los otros estudiantes, entre ellos dos chicos serbios de su edad y László Pető, un chico judío de catorce años, natural de Hungría.

László se convirtió en una especie de cabeza de turco para los demás estudiantes de la familia Bourdillon aquel año. Era menudo, nada robusto, y le echaban en cara un escándalo de desfalco en que estaba implicado el Gobierno húngaro. En un torpe intento de salvar la asolada economía nacional tras la Gran Guerra, los líderes húngaros habían ordenado imprimir francos franceses falsos. Este incidente no pasó desapercibido para los estudiantes de verano en Thonon-lesBains. Allá donde fuesen, presentaban a László como el «descendiente de un país defraudador».

Pero Raoul no participaba y hacía, por el contrario, todo lo posible por defender a László del acoso.

Casi quince años más tarde, Raoul Wallenberg y László Pető volvieron a encontrarse por casualidad, esta vez en Budapest, justo tras la primera gran ola de deportaciones de judíos húngaros. László resultaría ser la última persona en ver a Raoul Wallenberg antes de que desapareciese de Budapest en enero de 1945.

Es posible que, durante su periodo en Thonon-les-Bains, Raoul también salvara la vida del joven húngaro. Los estudiantes estivales habían decidido subir el pico alpino de Dent d'Oche, de

2.300 metros de altura. La subida les llevó tres horas y media, y supuso riesgos considerables, especialmente durante la escarpada ascensión final. László estuvo a punto de perder su agarre, y la cosa podría haber terminado muy mal si Raoul no hubiese estado rápido de reflejos para estirar una mano y tirar de él hacia arriba. Con Raoul llevando a partir de entonces la pesada mochila de László además de la suya, todos llegaron a la cumbre para contemplar con admiración el lago y, al otro lado, los Alpes y el Mont Blanc nevado. Pasaron la noche en una cabaña

en la cima, Raoul lamentando de haber olvidado el bloc de dibujo que había comprado en el pueblo.

El intercambio de cartas entre Raoul en Thonon-les-Bains y Gustaf en Constantinopla fue excepcionalmente intenso ese verano. El futuro de Raoul estaba en juego, y Gustaf, que ya había decidido lo que era mejor para él, quería que su nieto viese las cosas a su manera. «Deseo verte, querido niño, educado para ser un ciudadano capaz de valerse solo desde el principio», explicaba Gustaf. Quería que Raoul fuese capaz de labrarse un porvenir y

ser «un hombre independiente, que entre en la madurez aprendiendo de las experiencias de otros, capaz de ocuparte de la clase de problemas que mejor se adapten a tu sensibilidad». Si Raoul podía zanjar de forma simple la cuestión de valerse por sí mismo decidiéndose por una profesión práctica, podría posponer hasta la treintena la decisión final de elegir un trabajo para toda la vida.

Tras leer estas palabras, Raoul vio su oportunidad. En su siguiente carta, observó que solo tendría diecisiete años si hacía sus exámenes de ingreso en la universidad en la primavera de 1930. ¿Sería lo bastante maduro para viajar a

Estados Unidos y competir con los otros estudiantes, mayores que él? Pidió a su abuelo que le permitiese seguir más tiempo en Suecia. Pero Gustaf ya había comenzado a mover hilos para preparar la experiencia norteamericana y no estaba dispuesto a ceder. Explicó en su respuesta a Raoul que no se trataba, en esencia, de una cuestión de formación. «No, hay algo muy diferente que quiero para ti: que conozcas la mentalidad americana, la lección que da a los jóvenes de convertirse en hombres que confían en sí mismos, aun con el añadido de sentir que son mejores que otros, y que puede ser, de hecho, la fuente de la posición dominante que

Estados Unidos tiene hoy en el mundo. Algo distinto de la “conformidad” que se enseña aquí, en casa.»

En su carta, Gustaf también escribió sin rodeos que Raoul no debía pensar que el apellido Wallenberg le valdría favor alguno: «No tolero el nepotismo». Lo que se esperaba de él era que encontrase su propio camino y se ganase la admiración de otros por sus logros. Gustaf estableció paralelismos con los empresarios de éxito suecos que habían pasado tiempo en Norteamérica. Allí se habían empapado del «espíritu social» adecuado, que era la razón de su prosperidad. Habían adquirido «amor

por la vida, el auténtico espíritu emprendedor y una fe inquebrantable en su éxito», escribió.

Raoul contestó, desanimado, que tendrían que revisar esos planes en una fase posterior. Escribió sobre lo mucho que estaba estudiando y lo buena que había sido su estancia en Thonon-les-Bains para su francés. «No olvidaré que esto y tanto más ha sido posible gracias a tu generosidad.»

Tan riguroso había sido el proceso de selección en el ciclo preuniversitario que, de los treinta y un estudiantes que comenzaron el primer año de Latín y

Lenguas Modernas con Raoul, solo quedaban veinte el último día de matriculación en agosto de 1929.

Comenzaron la fase final que llevaría a los exámenes escritos, a finales de abril, y a los orales, en mayo. Los hábitos de estudio de Raoul mejoraron significativamente ahora que aquella etapa crucial se acercaba. Para Navidad había mejorado la mitad de sus notas, con la excepción de Ruso. Pero, a pesar de su nueva dedicación a los estudios, Raoul también se las apañó para leer varias novelas, ir a algunos bailes de sábado y mantener un estrecho contacto con sus parientes. En una carta

de Navidad, Raoul comentaba a su abuelo su nuevo interés tangencial en la economía política.

Alrededor de Año Nuevo volvió a surgir la cuestión del futuro de Raoul. Presionado por Maj y Fredrik, Gustaf acabó por ceder ante la idea de permitir al chico posponer sus estudios en Estados Unidos un año y hacer, entretanto, el servicio militar obligatorio. En una carta, Gustaf afirmaba que, a la postre, deseaba que las cuestiones más importantes en cuanto a Raoul las decidiesen Maj y Fredrik. Pero estaba también claro que las preferencias de Gustaf seguían teniendo

un papel decisivo. Contribuía con una paga para Raoul y era él quien iba a financiar su formación en el extranjero.

El plan que tomó entonces forma era que Raoul comenzara en una universidad estadounidense en el otoño de 1931. Gustaf no ocultaba su preocupación por la desenfrenada vida nocturna de los jóvenes en Estocolmo, ni que esa era otra razón por la que le gustaba la idea de que Raoul se marchase a otro país.

El 13 de mayo de 1930 fue frío y nublado. Raoul se jugaba mucho en aquel largo día de exámenes. Tras una

actuación brillante en la parte escrita de abril, el asunto se presentaba prometedor. Si Raoul hacía bien sus exámenes orales, comenzaría un mes de prácticas en el Enskilda Bank ya al día siguiente. También planeaba visitar la Exposición Universal de Estocolmo, que se inauguraba unos días más tarde. Después, el 16 de junio, debía comenzar su servicio en el Regimiento de Granaderos I 3 de la Guardia Real en Örebro. Si suspendía los exámenes, tendría que hacer mutis por el foro y enfrentarse a un tiempo en el limbo.

Los exámenes comenzaron a las nueve de la mañana con Lengua y continuaron, sin pausa, con Biología y

Cristianismo, cuarenta y cinco minutos por asignatura. Después del almuerzo, los orales se reanudaron a las 12.45 para las cuatro últimas asignaturas: en el caso de Raoul, Alemán, Ruso, Francés y Geografía. A las 15.15 todo había acabado. El director, los profesores y los examinadores se reunieron en la sala de profesores para el voto final: aprobado o suspenso.

Los resultados de Raoul no estuvieron nunca en duda. De hecho, dejó el colegio con uno de los mejores resultados entre los estudiantes de Lenguas Extranjeras. Le concedieron tres «Aes mayúsculas», en Inglés, Francés y Geografía.

Sus padres y hermanos, y algunos otros parientes, esperaban en el patio. Raoul llevaba puesta una gorra de estudiante de color blanco immaculado. Le colgaron guirnaldas de flores al cuello y le ataron globos azules y amarillos al abrigo. Hubo una recepción a media tarde y una cena a las siete, con «un montón de gente mayor y unos pocos candidatos con acompañantes femeninas», según Rolf af Klintberg.

Fredrik quería celebrar esta ocasión singular. Le dijo a Raoul que, en lo sucesivo, debían tratarse de manera informal. Fredrik invitaba a Raoul a que lo tutease, pero este no lo entendió. Ese día comenzó a llamar «papá» a Fredrik,

algo que resultó muy gratificante para este, pues siempre había tratado a Raoul como su propio hijo.

Para Maj la alegría estaba teñida con un matiz de tristeza, que llevaba meses sintiendo al pensar en aquel día. Como había dicho en febrero de ese año, la graduación de Raoul representaba también un punto de inflexión dramático, «pues a partir de entonces lo perderé de vista».

Marcus y Amalia Wallenberg estaban en el extranjero y habían comunicado su pesar por no poder asistir a la cena de graduación. Pero

habían enviado un hermoso reloj como regalo. Raoul les escribió una carta de agradecimiento:

Deseo agradecerles su amable muestra de enhorabuena por mi graduación. La generosidad y el interés del tío me inspiran enormemente a hacerlo lo mejor posible en cualquiera que sea el camino que tengo ante mí, y espero no convertirme en la clase de tipo que deshonoraría nuestro apellido.

AMETRALLADORAS Y ARQUITECTURA ESTADOUNIDENSE

Gustaf Wallenberg había supuesto que el daltonismo de Raoul lo eximiría del servicio militar obligatorio. Se equivocaba. El 16 de junio su nieto de

diecisiete años fue llamado a incorporarse a su nuevo regimiento en Örebro. A Raoul le hizo ilusión el hecho de que su amigo Rolf af Klintberg hubiese sido destinado a la misma unidad.

Raoul era el más joven de todo el pelotón. Fue objeto de ciertas bromas, pues, ambicioso y dinámico, no era de los que aceptan quedar atrás solo porque los otros son mayores. «Desde el principio se dedicó en cuerpo y alma a ser el soldado perfecto, e incluso consiguió influir en el resto, con el resultado de que acabamos siendo los más esforzados con diferencia», escribiría Rolf af Klintberg más tarde,

en sus memorias de la época. Pero Raoul se hizo también célebre por sus irónicas ocurrencias.

Casi desde el principio, pareció que a Raoul la vida militar, con sus procedimientos y estrictas jerarquías, le resultaba cómica. «Trabajo con energía y celo patriótico por la defensa de mi país, trotando arriba y abajo por el bosque, a derecha e izquierda, etc. En conjunto, me complace mi existencia, aunque está claro que esto podría ser un poco más divertido [...]. Hemos hecho un montón de marchas, pero lo que más me gusta es disparar; en particular,

cuando lo hacemos con eso que llaman ametralladora», le contaba a su tía Amalia en una carta de julio de 1930.

En una competición en agosto de ese mismo año, Raoul ganó una medalla de plata en puntería con arma corta. Para entonces era ya también el mejor del batallón, según él mismo afirmaba, en puntería con ametralladora. Veía esto como una justa compensación por su falta de talento para otros deportes.

Pero el soldado Raoul Wallenberg tenía problemas para aceptar la autoridad. Sus oficiales no siempre entendían sus chistes intelectuales o

respondían a sus grandes expectativas. Raoul perdió muy pronto el respeto por sus superiores.

También comenzó a hacer gamberradas. En una ocasión, dos de los «agitadores habituales» de la unidad habían vuelto borrachos y perdido los estribos en el barracón. Raoul había intentado ayudarlos a escapar del castigo, pero sin éxito. Según Rolf af Klintberg, Raoul preparó entonces una «procesión triunfal para los pecadores, hasta los calabozos y de vuelta; los llevaron a hombros a gritos de “¡viva!” y, al final de su arresto, fueron manteados y alabados por toda la

congregación». El incidente llevó a sus superiores a tachar a Raoul de comunista.

Pero sus compañeros de unidad tenían la impresión de que sus simpatías políticas estaban más a la derecha que a la izquierda. Según uno de ellos, Raoul se presentaba a veces como «un Wallenberg, con un octavo de judío». Parece que estaba orgulloso de ambas ramas de su herencia, exagerando con mucho la última. La gente lo encontraba vehemente, aunque, a pesar de tener una alta opinión de sus propias capacidades, no arrogante.

Raoul terminó el turno en diciembre con una evaluación que lo dejaba en algún lugar intermedio de su unidad.

Por aquella época más o menos, Gustaf Wallenberg iba a hacer realidad los planes que tenía para los estudios de su nieto en Estados Unidos. Su opción había sido, de forma algo sorprendente, la Universidad de Míchigan, en la ciudad de Ann Arbor. Gustaf había oído de sus colegas en la Embajada estadounidense en Constantinopla que la mentalidad de la Costa Este había cambiado. Creía que había un gran

riesgo de que la vida cosmopolita de Boston o Nueva York tuviese en Raoul el mismo efecto perjudicial al que temía que lo expondría Estocolmo. El Medio Oeste norteamericano parecía tranquilizadamente saludable.

Tal como había dicho al explicar su decisión a Raoul, no era la «formación en sí» lo que perseguía, sino «la vida cotidiana, la interacción social con la juventud americana, ser educado para convertirse en un luchador bien organizado que, en toda circunstancia, sea consciente de que debe continuar avanzando».

Más tarde declararía que el verdadero propósito de la aventura de Raoul en Estados Unidos era «hacer de él una persona», recordando a todo el mundo que fue durante una estancia similar en Estados Unidos cuando su propio padre, André Oscar Wallenberg, fundador del SEB, encontró la «vocación financiera». Y que también a él mismo lo habían enviado a Estados Unidos en su juventud.

Quizá Gustaf debería haber cuidado un poco más los detalles. Cuando surgió por primera vez la idea del grado en Arquitectura en Estados Unidos, Axel, el hermano de Gustaf, había comentado que las facultades de

Arquitectura suecas eran superiores a las estadounidenses. Pensaba que sería mejor para Raoul hacer la carrera en casa y, luego, aprovechando su educación superior, buscar empleo en Estados Unidos. Pero Gustaf se había opuesto enérgicamente. El plan de Axel habría supuesto que Raoul se quedase en Estados Unidos, y eso no era lo que Gustaf tenía en mente. Él solo quería que Raoul estuviese «mejor equipado para sus futuras empresas en casa» y que adquiriese «una pequeña ventaja competitiva frente a sus contemporáneos suecos». Gustaf habría hecho bien en reflexionar más sobre las propuestas de su hermano: la mayor parte de los

estudios de arquitectura suecos no creían que un título estadounidense supusiese estar «mejor equipado».

Ann Arbor se podía considerar, en aquella época, un oasis cultural e intelectual en un Medio Oeste estadounidense, por lo demás, altamente industrializado. Esto se debía en gran parte al hecho de habersele concedido ser la sede principal de la Universidad de Michigan, una especie de premio de consolación por no ser capital del estado. Con sus diez mil estudiantes, el campus de Ann Arbor era uno de las más grandes de Estados Unidos, aun

cuando se lo considerase un lugar al que enviaban a sus hijos las familias que no podían permitirse facultades de élite. La vida en la ciudad estaba muy influida por la universidad, cuyos estudiantes componían un tercio de la población.

El primer semestre comenzaría el 28 de septiembre, solo tres semanas después de que Raoul se licenciara de su segundo turno de servicio militar. Esto de por sí era apresurado, pero además Raoul debía presentarse en Ann Arbor una semana antes para los exámenes de ingreso obligatorios.

Gustaf volvió a Suecia para hacerse cargo de los preparativos. Reservó un billete para Raoul en el

barco de pasajeros *Kungsholm* de la Swedish American Line, que debía partir de Gotemburgo el 12 de septiembre. Pero el *Kungsholm* no llegaba a Nueva York hasta el 21 de septiembre, día en que comenzaban los exámenes de ingreso unos 800 km más al oeste.

Era una ecuación imposible.

Gustaf encontró una solución. Escribió al famoso escultor sueco Carl Milles, que se había mudado a Estados Unidos ese mismo año y se había instalado en Míchigan, a las afueras de Detroit. Si bien Gustaf no conocía personalmente a Milles, no dudó en recurrir a él para que le ayudase. Le dijo

que su nieto llegaría muy probablemente tarde y se preguntaba si Carl Milles, «que debe de conocer a varios de los profesores de la Universidad en Ann Arbor, estaría dispuesto a ayudarlo a contactar con alguien que pueda ayudarlo un poco de entrada».

Gustaf dijo a Carl Milles que Raoul lo llamaría cuando llegase a Michigan el 22 o el 23 de septiembre.

El *Kungsholm* era el orgullo de la Swedish American Line, con un interior diseñado por los mejores artistas y artesanos suecos. Tenía incluso piscina. Raoul embarcó animado por el hecho de

que, durante sus semanas en el regimiento de la Guardia Real Sueca, había conseguido mejorar su graduación hasta el nivel más alto disponible para un recluta. Lo habían ascendido a furriel, equivalente en rango a nuestros sargentos.

Raoul atravesó Estados Unidos en un momento en el que el país experimentaba una de sus crisis financieras más profundas de la historia. Los dos años que habían pasado desde el derrumbe de la Bolsa de Wall Street en 1929 habían sido escenario de una espiral que descendía cada vez más hacia la oscuridad de la depresión económica. En 1929 había un millón y

medio de parados estadounidenses. Cuatro años más tarde, habría doce millones: un espantoso 25 por ciento de la población activa del país. Nadie compraba ya nada. Había industrias enteras paradas, al igual que los proyectos de construcción.

Raoul Wallenberg había llegado a un país desesperado.

La ciudad de Ann Arbor había evolucionado como un modelo a pequeña escala del crac estadounidense, lo cual era particularmente cierto en la propia universidad. Durante los años veinte, la industria automovilística local había florecido y el estado de Míchigan podía sacar dinero a paladas de un pozo

aparentemente sin fondo. Una cantidad significativa se destinaba a la universidad. La zona del campus duplicó su tamaño, igual que los salarios de los profesores, el número de estudiantes y el de restaurantes baratos. La Facultad de Arquitectura recibió fondos para erigir un magnífico edificio; sonaba música de *jazz* por todo el campus. Había bailes por todas partes y una sensación de optimismo ilimitado.

El punto de inflexión llegó en el mismo otoño en que Raoul entró en la facultad para hacer su examen de ingreso. En el folleto que le dieron, la universidad aún afirmaba que «nunca ha existido una perspectiva más

prometedora para los arquitectos recién graduados». Al año siguiente borraron la frase. El número de estudiantes universitarios cayó tan precipitadamente como los sueldos de sus profesores, y lo último que cualquier habitante de Michigan quería ser, durante esos oscuros años de 1931 a 1933, era arquitecto.

Raoul Wallenberg se instaló en una habitación de una casa en East Madison Street, a un paseo de diez minutos del centro de la ciudad, donde estaba la universidad. Se adaptó pronto a sus nuevas rutinas, pero no podía entender

del todo el entusiasmo de su abuelo por Estados Unidos. Raoul estaba decepcionado. Pensaba que había aterrizado en un lugarcillo provinciano que carecía de toda traza del arrollador «espíritu americano» que habitaba las grandes ciudades.

Tampoco la instrucción que recibía en clase tenía un aroma especialmente americano, observaba Raoul en una carta a su abuelo en noviembre: «El americanismo no es algo que se aliente en las universidades estadounidenses. Creen que la juventud norteamericana está tan expuesta a ello en los institutos que prefieren ofrecerles un poco de educación clásica y barniz europeo

cuando llegan a las facultades. Hay aquí una propaganda muy abierta a favor de los países europeos».

Le contaba que la universidad a la que había llegado había moderado conscientemente la competitividad en favor del espíritu de equipo y que promovía un sentimiento de solidaridad entre los alumnos. Eso no parecía particularmente americano, pensaba Raoul: «Te escribo todo esto para que me entiendas y perdones si mi “educación humana” [...] avanza un poco más despacio de lo que lo hizo la tuya».

La Facultad de Arquitectura tenía casi cuatrocientos estudiantes cuando se matriculó Raoul. Dos años más tarde, solo había la mitad. Bautizado «Rudy» por sus compañeros de la «Promoción de 1935», Raoul pronto encajó en la vida universitaria estadounidense, calzado con deportivas y comiendo perritos calientes. «Parecía tan americano como el que más: en su forma de vestir, su comportamiento y las expresiones coloquiales que pronto adoptó», escribió Lilian E. Stafford en la revista de antiguos alumnos de Michigan en mayo de 1985.

El despertador de Raoul sonaba a las siete de la mañana todos los días. Su habitación tenía tantas ventanas que apenas podía soportar estar en ella una vez que había amanecido. Raoul siempre comenzaba el día con café y tostadas en el centro de estudiantes, Michigan Union, antes de que sus clases comenzasen a las ocho. Durante el descanso de mediodía solía acercarse a comprar su ejemplar del *New York Times*, y cada noche entre semana acudía a la reunión del club de debate al que se había unido para practicar inglés. Luego cenaba con algunos de sus nuevos amigos, a menudo en el restaurante germanoamericano. «Mi rutina es tan

particular como la de un viejo», comentaba a su madre en una carta de noviembre de 1931. Era evidente que el servicio militar sueco le había estimulado un apetito, pues a los diecinueve años Raoul se alistó en el Cuerpo de Entrenamiento para Oficiales de la Reserva (ROTC, por sus siglas en inglés), una de las opciones que le ofrecía estudiar su carrera.

Los sábados se sentaba en la facultad vacía y hacía los deberes que había acumulado durante la semana. Aprovechaba la oportunidad para hacerlos mientras sus compañeros acudían a los partidos de fútbol americano. Los viernes y domingos iba

al cine con amigos, cuando no decidían asistir a un concierto o un *ballet* en Detroit. Sus compañeros recordarían más tarde que «Rudy» adoraba la música y era particularmente aficionado a Mozart.

Pero no descuidó por completo Suecia. En noviembre de 1931 escribía a su madre: «Sería estupendo que pudieses enviarme recortes de periódico con tus cartas. Me gustaría leer artículos sobre: 1) negocios, 2) inventos suecos de posible utilidad, 3) nuevos edificios y planificaciones urbanísticas con dibujos, 4) resultados de las elecciones, etc.».

En su primer semestre, el joven Raoul Wallenberg quedó, sorprendentemente, el primero de su curso en Redacción en Inglés. Había una nueva tarea cada semana, así que tuvo la oportunidad de cubrir varios temas. Entre otros, escribió sobre el uso de estilos históricos en la arquitectura del siglo XIX, sobre el «espejo mágico de la estadística», así como sobre la importancia de tener una mente abierta en los debates sociales y no limitarse a apoyar automáticamente ideas ya establecidas. «Atrévete a pensar de forma nueva y libre» era su mensaje claro.

Pocos recordaban que no era estadounidense. Aunque era cierto que Raoul «Rudy» Wallenberg había viajado mucho, su facilidad para los idiomas debía ser extraordinaria. Tenía un carácter analítico y muchos de sus argumentos son interesantes incluso ochenta años más tarde. Con una de las primeras redacciones que Raoul escribió en Ann Arbor, titulada «¿Qué significa el concepto de “Estados Unidos de Europa”?», consiguió del profesor una nota alta y el comentario: «Este trabajo es magnífico». No siempre era tan clarividente. A finales de noviembre dedicó una redacción al tema del gran vecino oriental de Suecia, la

Unión Soviética. Raoul describió los planes quinquenales de Stalin como «una inmensa revolución financiera y comercial».

«El estudio de la situación actual en Rusia no es, quizá, tan halagüeño», escribió, haciendo hincapié en que los planes quinquenales de Stalin no se referían a una revolución global, sino al desarrollo económico. «Es, por supuesto, imposible determinar si este era el plan de Lenin, pero una cosa es segura: los ideales tenían que ceder ante las ambiciones de Stalin de dar a un gran pueblo una oportunidad honrada de vivir y prosperar», escribía Raoul en el otoño de 1931, aún alegremente

inconsciente de que el deseo de Iósif Stalin de dar al pueblo la oportunidad de vivir y prosperar seguía muy lejos de satisfacerse.

Mientras tanto, en Suecia, la crisis económica global se iba a cobrar pronto su primera víctima significativa. El imperio del empresario Ivar Kreuger había peligrado desde el crac de Wall Street en 1929, y para febrero de 1932 la situación era verdaderamente insostenible. Sus préstamos eran de tal magnitud que el Gobierno sueco tuvo que intervenir. Kreuger se suicidó en marzo y la consecuente bancarrota, el crac Kreuger, desató una profunda crisis financiera y política en el país. Las

instituciones financieras suecas cayeron como fichas de dominó y muchos se arruinaron. Pero la familia bancaria Wallenberg había mantenido la compostura, rechazado las peticiones de crédito de Kreuger y logrado así escapar a lo peor de la crisis.

Para el estudiante de primer año Raoul Wallenberg, el crac Kreuger fue su primer problema financiero. Había cometido el error de invertir parte del dinero que su abuelo le había dado para el viaje en acciones de Kreuger. La reacción de Gustaf fue dura. Exigió a Raoul que pagase la mitad de la pérdida a cuenta de su herencia futura.

Durante las vacaciones de Navidad, Raoul tomó un autobús para ver a su tía, Elsa Colvin, que vivía a dos horas de la ciudad de Nueva York. Durante varios días vagó por la ciudad, admirando los, en su opinión, hermosos, elegantes y casi etéreos rascacielos. Abordó el autobús de vuelta a la «monótona vida» de Ann Arbor con el corazón apesadumbrado. «Aquí he aprendido más sobre el Estados Unidos real en dos semanas que en todo un semestre en Ann Arbor, porque allí nunca se discute nada seriamente», escribió.

Se quejaba de lo difícil que era, en Ann Arbor, encontrar amigos interesados en algo. Era un poco mejor

con las estudiantes, pues eran más cultas y a la vez menos conservadoras. Sentía que todo el entorno era regresivo. Paseando por Ann Arbor, era más probable encontrar columnas antiguas y copias de antiguos templos griegos que arquitectura moderna. El recién construido edificio de la Facultad de Arquitectura defendía su carácter revolucionario cuando, en realidad, con sus torres y amplias ventanas de vidrio repartido, se parecía mucho a una imponente iglesia medieval.

«Toda la gente culta que conozco aquí, especialmente los que estudian Arquitectura, están horrorizados por los rascacielos y la estandarización y los

muros rectos, que encuentran feos, y las fábricas, que creen que carecen de poesía, y la música de *jazz*, que odian [...]. También he notado que aquí se hace todo lo posible para desenterrar conexiones históricas y sentirse con ello parte de la cadena evolutiva», se quejaba en una carta a Gustaf. Raoul empezaba a preguntarse si esto era de verdad América.

Pero disfrutaba la Historia de la Arquitectura y no le molestaba que el semestre comenzase con la Antigüedad y el estudio minucioso de columnas y detalles ornamentales o bocetos del Partenón. Sus compañeros recuerdan que los profesores colmaban de elogios

los dibujos y pinturas de Raoul. Sus poco habituales aunque hermosas combinaciones de colores fuertes resultaban llamativas y causaban admiración. A menudo atraían a sus compañeros a su mesa. Un profesor incluso encargó a Raoul un dibujo al pastel para colgarlo en su despacho: «¿Le importaría recordar a los demás que es usted daltónico?», pidió a Raoul ante toda la clase.

Los estudiantes más adinerados se unían a varias organizaciones estudiantiles, o fraternidades. Cuando sus compañeros preguntaron a Raoul por qué no seguía su ejemplo, respondió que no iba con él esa forma de aislarse entre

cierto segmento de la población estudiantil. A pesar de ello, no pasó desapercibido a lo largo de su vida de estudiante. Si bien su apariencia no llamaba la atención ni se lo consideraba particularmente atractivo, según sus contemporáneos irradiaba presencia, confianza y carisma. «Creo que era el resultado de su energía, entusiasmo, calidez, ingenio y simpatía aparentemente inagotables. Su sentido del humor, que a menudo emergía burbujeando hasta la superficie, tenía una cualidad particular que, en retrospectiva, me hace pensar en Victor Borge»*, señalaría mucho más tarde un estudiante de una promoción posterior.

Durante un tiempo, Raoul soñó con volver a Suecia durante sus primeras vacaciones de verano. Había medio prometido a su madre que iría a visitarla de vez en cuando durante su estancia en Estados Unidos. Pero Gustaf no quería ni oír hablar de ello, ni siquiera cuando su nieto señaló que los billetes a Europa nunca habían estado tan baratos. Para Gustaf, un viaje a casa olía a diversión.

Tal como lo veía él, solo había dos alternativas: o Raoul encontraba un trabajo de verano «para llegar a entender lo que significaba ganarse la vida», o podía hacer el viaje de estudios a California que su abuelo había imaginado para al menos uno de los

veranos que había de pasar en el extranjero. La idea de Gustaf era que Raoul fuese, en California, al encuentro de personajes importantes, suecos o estadounidenses, y conversase con ellos para empaparse de «su experiencia y su visión del mundo».

Se decidió que Raoul iría a California, sin suponer por ello un gasto prohibitivo para su abuelo. «Todo el mundo conoce nuestro apellido. Te será fácil despertar el interés de otros. Has visto mucho y tienes talento para la conversación. Empléalo de la manera que te he explicado y obtendrás grandes beneficios de tu verano [...]. Compórtate de forma sencilla y sin

pretensiones. Acércate a los jóvenes. No deberías hospedarte en hoteles de lujo, sino en alojamientos modestos [...]. No es la dirección del hotel lo que debería inspirar el interés de la gente, sino tu talento», le dijo Gustaf.

En particular urgió a su nieto a aprender sobre el sector hortícola en California, no para admirar la maquinaria sino para «contactar con personas que saben cómo llevar enormes organizaciones». Al mismo tiempo, Gustaf envió una carta al cónsul en San Francisco para pedirle que ayudase a su nieto a encontrar los contactos apropiados.

Raoul no podía hacer mucho más que agachar las orejas y obedecer: «Quiero aprovechar esta oportunidad para expresar la inmensa gratitud que te debo no solo por los sacrificios financieros que has hecho por mí, sino también porque siento que soy objeto de tus constantes atenciones y cariño». Raoul dijo a Gustaf que entonces era común en Estados Unidos viajar en los coches de otros, lo que llamaban autostop. «En cualquier caso, es en gran parte por mamá por lo que me planteo siquiera volver a casa, y no me gustaría que pensases que tengo un deseo incontrolable de gastar dinero.»

Partió hacia California. Durante un mes hizo dedo por el oeste de Estados Unidos, con estancias de una semana en Los Ángeles, San Francisco y Seattle. Por el camino admiró tanto el Gran Cañón como el valle de la Muerte. Pasó su vigésimo cumpleaños en Los Ángeles, donde llegó poco después de la inauguración de los Juegos Olímpicos. «Pasé mi cumpleaños con relativa tranquilidad, pues había pedido a los funcionarios municipales que no tomaran medidas extraordinarias», escribió guasón a casa.

Ese verano Raoul aprendió, de hecho, algunas lecciones vitales: el difícil arte de dormir en un saco en una

traqueteante caja de camión, a andar largos trechos sin comida ni agua y, en situaciones en apariencia imposibles, a ganarse la confianza de desconocidos y convencerlos de sus buenas intenciones. Fue una experiencia que le sería de gran provecho más tarde. «Uno conecta de forma íntima con mucha gente nueva cada día. Es una formación en diplomacia y tacto, pues es a través de dichas conexiones como se consigue transporte.»

Al verano siguiente, Raoul se las compuso para conseguir un trabajo en Chicago. O, más bien, lo aceptaron para

unas prácticas sin sueldo en el pabellón sueco de la Exposición Universal de Chicago, que se inauguró en 1933.

Puede que a Raoul se le ocurriese la idea cuando visitó al famoso escultor sueco Carl Milles en la escuela de arte Cranbrook Academy of Art, a las afueras de Detroit. Lo había hecho en varias ocasiones durante el otoño anterior, en compañía de una mujer suecoamericana llamada Bernice Ringman, a quien había estado frecuentando. Trabajaba como niñera y tenía dos años más que Raoul, había estudiado en Suecia y hablaba un poco de sueco. También tenía carné de

conducir y podía llevar a Raoul a ver a Carl Milles, de quien los separaban noventa kilómetros.

El diseño moderno y las innovaciones técnicas eran el núcleo de la Exposición de Chicago de 1933. La arquitectura contemporánea era entonces uno de los principales intereses de Raoul, que creía que los rascacielos de estilo americano tenían cabida incluso en las ciudades europeas. En cuanto lo llamaron del Pabellón Sueco, Raoul salió de Ann Arbor. Bernice Ringman lo llevó hasta la autopista que había de conducirlo a Chicago, por la que hizo

autostop el resto del camino, al final del cual se registró en el enorme hostel de la YMCA.

En el Pabellón Sueco, Raoul limpió ventanas y vendió helados. Fue también responsable de la exitosa iluminación de la exposición: Raoul convenció a los encargados de que montasen focos en una torre alta, de forma que las estatuas de Milles que había en el exterior del Pabellón apareciesen bañadas por una hermosa luz. El número de visitantes superó todas las expectativas, y algunos suecos ilustres se abrían paso a empujones para entrar. Un día, el «muy educado y decoroso» conde Folke Bernadotte apareció acompañado de su

esposa, relató Raoul. Bernadotte se haría más adelante famoso por sus negociaciones para la liberación de miles de judíos de los campos de concentración alemanes al final de la Segunda Guerra Mundial.

El viaje a casa, tres semanas más tarde, no fue bien. El coche que había recogido a Raoul chocó contra otro que estaba parado en un paso a nivel. Se deslizó fuera de la carretera y contra una valla. Nadie resultó herido, pero Raoul tuvo que continuar solo y a pie.

Hasta el anochecer no pudo conseguir que alguien lo llevara. Eran cuatro hombres jóvenes. Pensó que tenían mal aspecto y, en efecto, el coche

se desvió hacia una carretera secundaria y todo el mundo salió «para comprobar el depósito de gasolina». Pidieron a Raoul que bajase, este lo hizo y se encontró con una pistola apuntándole. Tuvo que darles todo el dinero, y lo echaron a una cuneta con sus bolsas encima. Por fin, consiguió volver a Ann Arbor en tren.

Se había mudado bastante en los últimos dos años, pero en el otoño de 1933 Raoul encontró una residencia más permanente en una habitación en Hill Street, justo a la vuelta de la esquina de la universidad. Allí se quedó durante el

resto de su tiempo en Ann Arbor, que le gustaba cada vez más. Era un habitual del cine y los conciertos, que llegaba a visitar varias veces por semana. Entre otras cosas, había adoptado una tradición de casa: cada año, en diciembre, llevaba a Bernice Ringman a la impresionante interpretación del *Mesías* de Händel en el auditorio de la universidad. «Es una pieza musical fantástica. No creo que haya nada que prefiera escuchar», contaba en una carta a su abuelo.

Los estudios ya no le ocupaban tanto tiempo como antes. Pasaba los fines de semana con amigos, vadeando acequias en excursiones largas y

físicamente exigentes. Raoul disfrutaba muchísimo con ello, pues le recordaba un poco a su servicio militar.

Su habitación en Hill Street era objeto de la admiración de sus amigos. Raoul había decorado las paredes con murales grandes y coloridos, pintados en papel grueso. «En dos paredes tengo el Jardín del Edén, con Adán y Eva, un elefante, un cerdo, una jirafa, un pólipo, un pavo real y muchos árboles y montañas. En las otras dos, el Ayuntamiento, un trasatlántico blanco, el puerto de Nueva York en representación alegórica. Pinto con pasteles comunes en papel, y en realidad no es especialmente artístico.»

No era enteramente cierto. El profesor de Arte de Ann Arbor consideraba a Raoul uno de los mayores talentos que había encontrado en todos sus años de enseñanza: incluso preguntó a Raoul si había considerado dedicarse al arte como oficio.

El propio Raoul comenzaba a dudar de su capacidad para encontrar empleo remunerado como arquitecto en Suecia. Se daba cuenta de que los estilos de construcción en América diferían sustancialmente de los suecos. En primavera también había abandonado una asignatura, más orientada a la ingeniería, sobre técnicas de construcción, que había elegido en un

principio porque creía que podía serle útil en Suecia. Pero se sentía tan deficiente en física y matemáticas que volvió a las asignaturas puramente arquitectónicas para evitar dichas materias. «Es mejor ser un buen arquitecto que un mal ingeniero — comentó a su madre—. Aunque la arquitectura me gusta mucho, creo que me irá mejor cuanto antes busque alguna rama comercial al terminar la carrera.»

Dudas académicas aparte, Raoul sentía que estaba apegándose mucho a su vida americana. Durante la primavera de 1934 se dio cuenta de que ni siquiera necesitaba cursar asignaturas durante el verano para terminar sus estudios, un

semestre antes de lo que había supuesto, en febrero de 1935. De repente le impresionó lo triste que iba a ser dejar Ann Arbor y la cultura estadounidense: el carácter positivo y buscavidas que sabía que echaría de menos en casa. «Lo mejor de Estados Unidos es que la gente no es envidiosa ni mezquina. ¡Y pensar en el mucho esfuerzo que dedicamos en Suecia a dudar de todo y de todos! Pensar en los disgustos que nos provocamos y provocamos a otros siendo pesimistas por naturaleza en vez de optimistas.»

Raoul había hecho una lista de varios ámbitos de interés sobre los que deseaba saber más antes de volver a su

país: «aire acondicionado, restaurantes, puestos de perritos calientes, tiendas para todo, hoteles, instalaciones de cocina, cinecitos de noticiarios, negocios de limpieza y lavandería, así como los sectores de la publicidad y la prensa».

Los sentimientos de Raoul hacia Estados Unidos estaban probablemente influidos por el hecho de que el país comenzaba a salir de la Gran Depresión. Lo notaba en la vida cotidiana. En la primavera de 1934, el número de coches en las calles de Ann Arbor había aumentado visiblemente. Uno por uno, los bancos

que habían cerrado volvieron a abrir. El aumento de la publicidad engrosó los periódicos, y el programa de reformas del recién elegido presidente Franklin D. Roosevelt, el *New Deal*, trajo consigo inversiones públicas que crearon más puestos de trabajo, incluso para los estudiantes de Arquitectura de Ann Arbor.

Raoul había estado entre la minoría, en una Ann Arbor dominada por los republicanos, que no había perdido la esperanza cuando el demócrata Roosevelt ganó las presidenciales en el otoño de 1932. Raoul, que disfrutaba leyendo por las noches el libro de Winston Churchill

Amid These Storms («Rodeado de tormentas»), consideraba al presidente Roosevelt el «hombre fuerte» de Estados Unidos. Doce años más tarde, ese mismo presidente encargaría a Raoul Wallenberg su misión de Budapest.

Los engranajes volvían a estar en marcha y el aire se hacía más respirable. En la Facultad de Arquitectura se decidió reinstaurar una tradición previa y celebrar un suntuoso baile de máscaras de primavera para estudiantes y profesores. El llamado Baile del Arquitecto, que se había considerado una «extravagancia innecesaria» durante los años de la crisis, volvía ahora con

fuerza. En la primavera de 1934 fue de inspiración árabe y se llamó «Ramadan Bayran». Raoul G. Wallenberg fue elegido para el comité organizador, y apareció en el decorado tropical como un densamente maquillado Alí Babá, con turbante y todo, posiblemente el disfraz más exótico del baile y, seguro, un contraste sorprendente con el de su amiga Bernice Ringman, que llevaba un traje típico sueco.

Contra todo pronóstico, al comité organizador le sobró dinero. Raoul y sus amigos decidieron que debían gastarlo. Las restricciones locales sobre el alcohol habían sido revocadas unos años antes, así que el comité decidió

financiar una noche en un bar. Hubo tal desenfreno que el personal tuvo que llamar a la policía. La mayor parte del grupo, incluido Raoul, consiguió escapar a tiempo, pero uno de los miembros del comité tuvo que pasar la noche en comisaría.

Ignorando las categóricas advertencias que había recibido de Gustaf en el pasado, Maj no pudo resistirse durante más tiempo a pedir a su hijo que volviese a casa. Ya durante el verano de 1933 había escrito a Knut Wallenberg

para pedirle que meditase si Raoul podría tener un puesto en el Enskilda Bank.

La respuesta de Knut Wallenberg a la petición de Maj von Dardel fue alentadora: «El chico es rápido, y es [ilegible] de innegable utilidad para un joven de su edad adquirir experiencia en el extranjero. Cuando tenga ocasión de hablar con papá Gustaf en persona, discutiré con él sobre el futuro del chico».

Pero las cartas de Gustaf de la época indican que él quería mantener a su nieto lejos de Estocolmo durante todavía algún tiempo. Su plan era enviar a Raoul a trabajar al extranjero una

larga temporada muy poco después de su graduación. Gustaf era de la opinión de que «la educación teórica» de Raoul debía ser rápidamente complementada con su aplicación práctica internacional. Sudamérica era una opción: Gustaf conocía al agregado comercial sueco en Colombia, que seguramente podría arreglar una beca sin sueldo en una empresa comercial durante un año. Luego quería que Raoul viajase a Haifa, en Palestina, donde uno de los amigos de Gustaf, el presidente del Banco Holandés en Constantinopla, estaba planeando abrir una nueva oficina. El banquero ya había afirmado que estaba dispuesto a contratar al nieto de Gustaf.

Estaba claro que la cuestión de dónde debía pasar Raoul el siguiente par de años tenía cierta carga emocional para Gustaf. Durante la estancia de su nieto en Ann Arbor, había echado el freno de emergencia cada vez que Raoul daba muestras de querer volver a casa de visita. Parecía que Gustaf consideraba su tarea principal prolongar la experiencia extranjera de Raoul y minimizar el tiempo que pudiera pasar en Estocolmo. Hubo un considerable tira y afloja al respecto, aunque Gustaf acabó por ablandarse y consintió en una visita a casa tras la graduación, siempre y cuando fuese breve.

Gustaf dio a su nieto una razón tras otra de por qué era tan importante para él dejar Suecia de nuevo tan pronto como fuese posible. Le dijo que la economía sueca iba «de mal en peor» y que era una auténtica locura intentar comenzar una carrera profesional en Suecia en aquel momento. Además, observó Gustaf, sería muy difícil para Raoul volver a casa y estar a la altura de las altas expectativas que su ausencia había creado. Un ejército de suecos envidiosos estaba preparado para derribarlo.

Pero las verdaderas razones de su preocupación parecen haber sido las jóvenes supuestamente traicioneras de

Estocolmo y los temores de Gustaf en cuanto a lo que podrían hacerle a su nieto. La opinión que Gustaf tenía del sexo opuesto puede describirse solo como desdeñosa. Consideraba que las mujeres jóvenes eran parásitos insidiosos con un único propósito: atrapar a un hombre para asegurarse el apoyo financiero. Relataba con asco cómo, tristemente y cada vez más, los jóvenes de las clases altas de Estocolmo habían «resultado carecer de autodisciplina» y se ataban a la primera mujer que conocían sin tener en cuenta si pertenecía o no a su «misma especie humana». El juicio de Gustaf era demoledor: «Esto destruirá

intelectualmente las capacidades de nuestra raza y nuestra clase, que ha costado tantos siglos conseguir: es preciso resistir los constantes ataques que llegan desde abajo». Y advertía a Raoul de lo fácilmente que podían atraparlo: «Puede suceder en un momento de confusión y bajo la influencia de las fuerzas desatadas de la naturaleza».

Cuanto más tiempo estuviese Raoul lejos de Estocolmo, mayores eran las probabilidades de que pudiese resistir los cantos de sirena. O ese era el argumento de Gustaf, que daba a su nieto algún consejo más: «Tentado por los encantos femeninos, deberías recordar

que la belleza de la mujer no es otra cosa que grasa más o menos bien distribuida bajo la piel —escribió—. Así pues, cuando vuelvas de hecho a casa y frecuentes los salones de baile, no deberías descuidar el estudio de las mujeres mayores, para reflexionar sobre el aspecto que tienen una veintena de años más tarde».

A Maj, Gustaf le declaraba abiertamente que temía a las jóvenes de la época. «No a las que recorren las calles, sino a las que tejen sus redes en los salones de baile, las salas de estar y los lugares de ocio». Urgió a Maj a

impedir que Raoul se atase demasiado pronto y a esto Maj no puso objeción alguna.

Raoul siguió esgrimiendo argumentos adicionales en defensa de una estancia más larga en Suecia. Pero, ante el muro de oposición de su abuelo, capituló. Era demasiado consciente de que sus estudios en Estados Unidos habían costado un potosí a Gustaf. Sabía que no tenía derecho a protestar.

Había una razón adicional para las acciones de Gustaf Wallenberg, quizá aún demasiado cruda para reconocerla y

quizá demasiado humillante para un hombre de su talla.

Lo que Gustaf no reveló a su nieto era que, durante la primavera de 1934, se había reunido con su hermano Marcus en la Riviera. Allí Gustaf había sacado a colación la cuestión del futuro de Raoul. Gustaf había explorado con su hermano la posibilidad de que Raoul ocupase un cargo en el banco o en cualquiera de las otras empresas de la familia Wallenberg. Sin embargo, Marcus informó a su estupefacto hermano de que encontraba a Raoul «demasiado hablador». Cuando Gustaf oyó más adelante que Marcus padre había dicho a otros parientes que Raoul «debería buscarse la vida en el,

para nosotros tan desagradable, campo de la política», aumentaron las desavenencias entre los hermanos, y las relaciones entre ellos siguieron siendo frías mientras vivieron.

Pero Gustaf no aludió a nada de esto en las cartas a Raoul. Su miedo de que la familia continuase criticando al nieto e hiciese quizá picadillo sus sueños le impulsó, en cambio, a seguir inflando la gloriosa carrera que imaginaba para Raoul. Gustaf explicó que el propósito subyacente al programa educativo de Raoul había sido hacer de él alguien único. Le proporcionaría conocimiento del mundo y la comprensión de su «mentalidad,

costumbres y actitudes», de los que carecía por completo la mayor parte de su generación. Como Gustaf, el abuelo humillado, escribió en una carta a finales de agosto de 1934: «Tiene que haber líderes e innovadores. Es responsabilidad del dotado llevar a cabo las tareas mayores y elevarse por encima de la media de su generación. No creo ser presuntuoso al confiar en tu talento. Lo llevas en la sangre, tus rasgos heredados y la afortunada capacidad para pensar con calma».

La esperanza principal de Gustaf residía en unas posibles prácticas en la oficina del Banco Holandés recién inaugurada en Haifa. «Bulle de

actividad, más que cualquier lugar de la tierra —escribió Gustaf, alabando el espíritu pionero que creía haber observado—. Mientras estés allí empleado, tendrás oportunidad de hacer observaciones en muchos ámbitos. Verás dar fruto a ideas de inmigrantes judíos, cuyo talento y experiencia son considerables. Haifa es una comunidad que está creciendo muchísimo.» Gustaf reveló a Raoul que él mismo tenía planes de fundar un «banco oriental» pionero, puesto que no pensaba que los bancos suecos estuviesen suficientemente representados en el extranjero.

Raoul tendría tiempo para una aventura más a través del continente americano antes de volver a Suecia. Esta vez, sus planes estaban más definidos. En la primavera de 1934, un amigo le había comunicado muy emocionado la noticia de que iba a poder usar el Ford de la familia durante el verano. Y así nació el plan de conducir hasta México. Nita, la tía de Raoul, vivía allí con su marido, Carl Axel Söderlund, que trabajaba para una empresa sueca en Ciudad de México.

El dueño del Ford acabaría decidiéndose en contra del viaje, así que al final fue Dick Shields, de Indiana, quien acompañó a su amigo Raoul en la

aventura veraniega. Partieron a principios de julio y se dirigieron directamente al sur, hacia Nueva Orleans. Por la noche plantaban una tienda junto al coche y, cada tarde hacían dibujos que vendían o utilizaban como pago parcial de una cama más cómoda para la noche. «Es un entrenamiento estupendo para el propio arte de vender [...]. Sé que, en un apuro, podría mantenerme de esta forma», contaba Raoul a su abuelo en una carta desde Texas.

Los problemas comenzaron una vez que hubieron cruzado la frontera mexicana. Las tormentas habían arrasado las ya horribles carreteras y

tuvieron que intentar abrirse paso a lo largo de caminos carretiles embarrados en el ya viejo Ford. Tras un par de días encontraron a dos parejas de recién casados judíos en un vehículo similar y con el mismo destino. Decidieron atravesar el desierto juntos para ayudarse mutuamente.

El viaje desde la frontera les llevó diez días. Ambos coches sufrieron frecuentes pinchazos. Tuvieron que sacarse mutuamente de varios atolladeros en cuencas fluviales secas, y vadear acequias inundadas de aguas residuales. Con barba, agotados y sucios, llegaron finalmente a la capital. Raoul tenía fiebre alta y un virus

estomacal. Probablemente disentería, según su tía Nita. O diarrea del viajero, «la Venganza de Moctezuma», confiaría Raoul a sus amigos más tarde. Le dieron hierbas medicinales mexicanas, y después de un par de días se había repuesto.

Uno de los objetivos de Raoul para el viaje era estudiar lo que quedaba de las culturas maya y azteca. Con Nita y Carl Axel, viajó a Monte Albán, la famosa ciudad en ruinas del sur de México. Raoul quedó fascinado por la arquitectura mexicana prehistórica. «Es notable —escribió— que, aunque tiene

cientos de años de antigüedad, los exteriores se parecen a la mayor parte de la arquitectura moderna.»

Raoul Wallenberg se aburrió en sus últimas Navidades en Ann Arbor. Un frente frío se había asentado sobre la ciudad universitaria y cubrió los árboles y las calles vacías con una gruesa capa de hielo. Era precioso, pero Raoul estaba convencido de que Ann Arbor en Navidad era «uno de los lugares más inhóspitos de la Tierra». Se sentía solo. Todos sus amigos se habían ido tan pronto como habían acabado las clases

para celebrar las fiestas en familia. La ciudad estaba tan desierta como un cementerio.

Raoul planeaba pasar ese tiempo solitario redactando su tesina sobre arquitectura sueca. En la última asignatura sobre la materia, que trataba el tema de la vivienda asequible, había recibido la mayor nota posible. El encargo había sido encajar hogares para cuatro mil quinientas personas en un espacio de unas dieciséis manzanas. Raoul había elegido convertir toda la zona en un parque, en el que colocó varios edificios de apartamentos multifamiliares, de cuatro pisos cada uno. Se había asegurado de que hubiese

también una iglesia, una escuela, un dispensario y tiendas. En resumen, todo lo necesario para la vida cotidiana. «Viviendas asequibles» no iba a ser una enseñanza desaprovechada a la vista de las tareas que le esperaban en el gueto internacional de Budapest diez años más tarde.

Iba al cine la mayoría de las noches. Alivió la soledad en Nochebuena con una comedia que encontró tan divertida que siguió riéndose todo el camino de vuelta a casa. Pero todavía tenía tiempo más que suficiente para pensar. Al cabo de solo unos meses más, su aventura americana llegaría a su fin y Raoul no sabía con

seguridad qué le esperaba. De su abuelo tenía la noticia de que los sondeos para conseguir unas prácticas internacionales en Colombia habían quedado en nada y de que estaba probando un contacto en Calcuta. No importaba mucho. Por lo que a él se refería, la siguiente expedición se podía aplazar indefinidamente. Echaba tanto de menos Suecia que había comenzado a soñar con ella. Estaba enormemente emocionado ante la perspectiva de volver a ver a sus hermanos menores, Nina y Guy. ¿Qué aspecto tendrían? ¿Era posible que su hermano pequeño fuese a hacer ya los exámenes de ingreso en la universidad esa primavera? Sentía un repentino

antojo de cebollinos suecos y se alegraba incluso al pensar en el resto de su servicio militar.

En enero escribió a su madre que había querido enviarle una larga lista de todos los platos suecos por los que suspiraba, pero que, lamentablemente, había estado fuera tanto tiempo que había olvidado cómo se llamaban. No quedaba mucho tiempo antes de que volvieran a verse. «Ahora mismo está sonando en la radio una canción nueva que se llama *Nina*. Creo que llegará a Suecia más o menos al mismo tiempo que yo.»

5

EL TROTAMUNDOS

A la hora de comer, el 26 de febrero de 1935, el barco de pasajeros noruego *S. S. Bergensfjord* partió del Muelle 30 de Brooklyn, en Nueva York; destino: Oslo. Raoul Wallenberg, de veintidós años, había conseguido reservar una plaza de camarote en el último minuto.

Justo antes de que el barco levase anclas, recibió un telegrama de despedida de Bernice Ringman desde Ann Arbor: «Buena travesía, ángel mío [...]. Ojo equipaje. Cierra camarote. Ojo cosas valor [...]. Escribe y sé bueno, dulce y limpio».

Después de tres años y medio al otro lado del Atlántico, Raoul echaba muchísimo de menos a su familia. La perspectiva de no poder quedarse en casa mucho tiempo lo hacía sufrir. Hasta entonces no se había cerrado nada con respecto a las prácticas internacionales, pero su abuelo insistía en una partida inminente y, en el peor de los casos, Raoul solo disfrutaría de un par de

semanas en Estocolmo. Planeaba hacer todo lo que estuviese en su mano para ampliar la estancia. No quería dejar su tierra de nuevo bajo ningún concepto antes del 1 de mayo. Adoraba la primavera sueca.

Aunque a Gustaf lo habían herido profundamente los comentarios despectivos sobre Raoul del año anterior, lo cierto es que Marcus sentía cierta responsabilidad hacia el nieto huérfano de su hermano. En febrero de 1935 estaba descansando en el Grand Hôtel de Cannes. Cuando supo por Gustaf que esperaban a Raoul en breve

en Oslo, escribió una carta a su hijo menor, Marcus. Fue el mismo día en que Raoul zarpó de Nueva York:

El propósito de esta carta es haceros ver a Jacob y a ti la necesidad de reflexionar sobre cómo imagináis el futuro profesional de Raoul. Estoy convencido de que el deseo más profundo de Raoul es obtener un puesto en el banco y ascender en él todo lo posible. Sus cualificaciones a este respecto no son malas del todo.

Les dijo que Gustaf estaba preparando a Raoul para convertirse en «director de un banco pionero» en el extranjero. Maj, por su parte, estaba aún

intentando convencer a Knut Wallenberg de que le diese un puesto en el banco de la familia, en Suecia. Marcus padre creía que era importante que sus hijos Jacob y Marcus fuesen conscientes de este último punto:

Una o dos veces he mencionado a vuestro tío Knut que no somos nosotros sino vosotros dos los que deberíais seleccionar a vuestros futuros colegas. Me parece que convendría que Jacob hable con el tío Knut al respecto, de forma que no prometa temerariamente algo con lo que no estéis de acuerdo. Es muy fácil hacer grandes promesas que uno se verá, después, obligado a cumplir aunque no quiera.

Concluía con unas líneas sobre el caprichoso clima de la Riviera, si bien, los tranquilizaba, aún se podía jugar al golf a diario.

La Suecia a la que regresó Raoul en marzo de 1935 era un país que había conseguido recuperarse a más velocidad que cualquier otro de los efectos del crac de Wall Street en 1929. La crisis había tocado fondo en Suecia en 1933. A partir de entonces, la economía había comenzado a recuperarse y las cifras de desempleo, antes terribles, estaban decreciendo. Todo, por supuesto, era

relativo. Algunos segmentos de la población sufrían aún de forma considerable.

Los malos tiempos tuvieron sus consecuencias políticas. El Partido Socialdemócrata sueco había ganado las elecciones parlamentarias de 1932 y el líder del partido, Per Albin Hansson, se había convertido en primer ministro. Nadie podía sospecharlo entonces, pero con esa victoria los socialdemócratas habían comenzado una era de predominio histórico en la política sueca. Con excepción de un par de meses, el puesto de primer ministro

seguiría en lo sucesivo en manos socialdemócratas durante cuarenta y cuatro años, de 1932 a 1976.

El Stockholms Enskilda Bank se había desenvuelto mejor que la mayoría durante esos difíciles años, y los Wallenberg habían pasado a ser también principales accionistas de varias empresas industriales suecas. Fue un periodo de expansión para el imperio familiar Wallenberg, que se iba a convertir en las décadas siguientes en el grupo comercial más poderoso de Suecia.

Marcus hijo, quien durante tanto tiempo había estado a la sombra de su hermano mayor, Jacob, había comenzado

a avanzar en su carrera. Este, por su parte, trabajaba más que nunca. Había pasado a ocuparse de parte de las actividades internacionales de su padre. Jacob Wallenberg había sido, en un principio, el representante de la organización de bancos suecos en las negociaciones de crédito que siguieron a la crisis bancaria alemana. Más tarde fue nombrado representante oficial del Gobierno. Se convirtió, a partir de entonces, en presidente de la comisión comercial germanosueca. Alemania era, en aquella época, uno de los socios comerciales más importantes de Suecia, y durante la década de 1930 iba a duplicar su porcentaje de exportaciones

suecas como consecuencia del creciente interés en el hierro sueco que produjo la mayor inversión en armamento militar.

Jacob Wallenberg acabó por vivir a caballo entre Estocolmo y Berlín, debido a sus varias misiones gubernamentales. Pronto creó para sí una red en Alemania, primero con la República de Weimar. Tras la subida de Adolf Hitler al poder en 1933, Jacob Wallenberg estableció asimismo contactos con los altos círculos nazis, aunque durante la guerra sus socios alemanes más importantes se encontrarían en la oposición antinazi.

En la primavera de 1935, Hitler volvió a imponer el servicio militar obligatorio en Alemania, una flagrante violación de los términos del Tratado de Versalles. Declaró entonces oficialmente que quería movilizar a medio millón de alemanes. A comienzos de marzo, el día antes de la llegada de Raoul a Oslo, el Gobierno británico también había declarado abiertamente que se estaba preparando para la guerra.

Raoul estaba muy interesado en la política internacional y siguió de cerca los acontecimientos europeos. Antes de dejar Estados Unidos había leído el libro del simpatizante nazi Ewald Banse, *Germany Prepares for War!*

(«Alemania se prepara para la guerra»), que, según entendió, expresaba las creencias nazis. En él Banse discute, entre otras cosas, las concepciones nazis en cuanto a la necesidad de *Lebensraum* («espacio vital») del pueblo alemán. «Pero todo parece bastante extremo, aunque, al mismo tiempo, también muy serio y presumiblemente escrito para un público interior», escribía Raoul a su madre en enero de 1935.

Esa primavera, sin embargo, sus pensamientos se centraban, sobre todo, en la tarea de entrar rápidamente en el mundo de la arquitectura o los negocios suecos. Sabía que no tenía mucho tiempo. Pronto, los planes en el

extranjero de su abuelo volverían a enviarlo lejos, si bien no estaba decidido aún ni cuándo ni adónde iría.

Por supuesto, intentaría encajar algunas visitas a sus parientes por parte de su difunto padre. En una de sus cartas más recientes, su abuelo le había informado de que los miembros más importantes de la familia eran entonces Jacob y Marcus hijo, no la generación mayor. Eran Jacob y Marcus hijo, a quien la familia llamaba «Dodde», quienes habían de determinar el futuro de Raoul. En marzo de 1935, Marcus hijo escribió una respuesta a la carta de su padre sobre Raoul:

Gracias por las cartas sobre el pequeño Rulle. Se las he mostrado a Jacob, que va a hablar con el tío Knut. Creemos que deberíamos reunirnos con él, después de tantos años, y ver cómo se ha desarrollado tras sus años en el extranjero. Besos de tu hijo. Dodde.

Gustaf no tenía de qué preocuparse. Raoul Wallenberg, arquitecto recién graduado, era enérgico y dinámico. Casi de inmediato tras su regreso a Estocolmo, se aventuró con su carpeta de arquitecto a «recorrer la ciudad intentando encontrar trabajo», como expresaría más tarde su abuelo. Pero no era fácil. Raoul se iba a dar pronto cuenta de que sus estudios de

Arquitectura norteamericanos tenían una inclinación artística que no impresionaba a los empleadores suecos. Sin embargo, su tarea pudo resultar algo más fácil gracias a la feliz noticia de que la Facultad de Arquitectura lo había seleccionado para el principal premio de su promoción: una medalla del American Institute of Architects.

Pasado un tiempo, Raoul participaría en el debate sobre la mejor ubicación para un nuevo centro de natación al aire libre en Estocolmo. El antiguo complejo no climatizado de Riddarholmen había tenido que cerrar, y se discutían varias opciones para sustituirlo. Solo unas semanas tras su

vuelta a casa, el director del comité que gestionaba la propiedad estatal en Estocolmo contrató a Raoul y le asignó la tarea de formular una propuesta para una instalación de natación nueva más pequeña en el mismo lugar.

A finales de abril, el periódico *Svenska Dagbladet* reveló los bosquejos del joven arquitecto desconocido en un gran reportaje de primera plana, con gran impacto, aunque el titular, «Baños con tradición histórica en Riddarholmen», no respondía quizá al ritmo de los tiempos. Hacía mucho que el funcionalismo moderno había desbancado al más nostálgico clasicismo de los años veinte, un

cambio de dirección que Raoul no encontraba, en realidad, atractivo. «El *funkis* es tan repugnante que sería casi mejor que nadie construyese nada», diría unos años después.

Raoul imaginó una piscina de 50 metros de longitud junto al muelle, con un solárium junto a ella. Sería una piscina al aire libre, con una de las vistas más hermosas de Estocolmo, «pero colocada de forma que no desluciese los muchos palacetes del siglo XVII». Raoul experimentó con particiones multiuso entre los vestuarios y las zonas de solárium para hacer ajustes «en caso de que la relación en cuanto a la frecuencia de baño cambiase

entre los dos sexos en el futuro». Tomar el sol desnudos sería posible en muelles flotantes especiales, a los que había dedicado algo más de tiempo. «Con un simple sistema de cuerdas y poleas, se podrían trasladar para garantizar una total exposición solar durante las horas más importantes para los baños de sol.»

Diversos periódicos prestaron atención a su propuesta y, un poco más tarde, Raoul incluso publicó un folletito con sus bocetos. Pero el portavoz del funcionalismo, la revista *Byggmästaren*, desaprobó el proyecto, calificándolo de «teatral». Nunca llegó a realizarse.

Gustaf Wallenberg, que había viajado a casa desde Constantinopla esa primavera para ver a su nieto, estaba muy satisfecho con la diligencia de Raoul y el estallido de atención que le había recabado.

Estaba tan impresionado de ver a Raoul anteponiendo su carrera a la diversión que le permitió quedarse en Suecia durante un par de semanas más. Raoul utilizó ese tiempo para unas prácticas en un estudio de arquitectura, donde trabajó en un boceto para un proyecto de teatro, entre otras cosas.

Esa primavera, toda la familia de Raoul estaba absorta en proyectos de construcción de varios tipos. Tras la

muerte de su madre, Sophie Wising, Maj había heredado una suma de dinero bastante elevada, que había invertido en un terreno junto al agua, relativamente extenso, en una de las zonas residenciales del norte de Estocolmo. Había dedicado toda su energía y su talento empresarial al proyecto, y disponía entonces de una docena de parcelas listas para la venta, todas con una atractiva orientación hacia el sur y vistas del palacio de Ulriksdal. Los Von Dardel se habían reservado una de ellas.

Pero Raoul no iba a ver este proyecto terminado. A mediados de mayo, Gustaf pensó que ya estaba bien y que era momento de que Raoul volviese

al extranjero. Acuñó la expresión «pericia comercial» para las prácticas que esperaban a Raoul, lo que significaba sencillamente que aprendería a hacer dinero. Puesto que ninguna de las consultas en la India o Sudamérica había obtenido resultado, Gustaf Wallenberg había recurrido a un antiguo colega de la legación* en Tokio, Theodor Fevrell, a la sazón cónsul general de Suecia en Sudáfrica. Este gestionó, a través de otro colega —el cónsul en Ciudad del Cabo—, unas prácticas no remuneradas para Raoul en una maderera local con vínculos noruegos.

El plan de Gustaf era que Raoul pasase allí medio año y luego concluyese su educación con una temporada al menos igual de larga en la oficina que el Banco Holandés tenía en la Haifa palestina, donde tenía la intención de que trabajase con su amigo íntimo, Erwin Freund. Freund era un checo de ascendencia judía a quien Gustaf consideraba un banquero de extraordinario talento con las «cualidades pioneras» adecuadas. Esperaba secretamente que Erwin Freund acabara estando a cargo de la sección extranjera del banco oriental sueco que él soñaba con fundar. Se conocían desde hacía catorce años y

Freund había dicho que le encantaría hacerse cargo de Raoul tras su aventura sudafricana.

Gustaf estaba entusiasmado con que su nieto hiciese prácticas en países de reciente asentamiento y pudiese aprender el arte de hacer dinero en su forma más elemental, absorber algo de la mentalidad pionera. Al mismo tiempo estaba ansioso por encontrar empresas menores, de forma que Raoul tuviese un contacto más íntimo con los directores ejecutivos. En las empresas más grandes, el riesgo era que un joven de prácticas como Raoul terminase

pegando sellos y haciendo recados por la ciudad sin poder aprender nada sobre el negocio.

Gustaf reservó un camarote en el *M. S. Hammaren*, que partía de Oslo hacia Ciudad del Cabo el 15 de junio. Raoul encontró extraordinariamente penoso apartarse de su estimulante y agradable vida en Estocolmo después de un tiempo tan breve, pero sabía que no tenía otra opción que acatar los deseos de su abuelo.

Cuando el *M. S. Hammaren* se aproximaba a Ciudad del Cabo un día desacostumbradamente caluroso de julio

de 1935, Raoul estaba en el puente con el hombre con el que había entablado amistad durante el viaje, Björn Burchardt. Entornaban los ojos ante el sol y la calima. Antes habían reconocido la montaña de la Mesa como una «nube dentada en el horizonte», si hemos de creer el relato que Raoul publicó en la revista *Jorden Runt* al año siguiente. Su impresión inicial de Ciudad del Cabo fue abrumadora: las montañas, los edificios blancos y las colinas que, en palabras de Raoul, «recorrían varios tonos de azul, tan suaves y delicados como los de la Riviera francesa».

Cuando finalmente desembarcaron, se vieron envueltos por una muchedumbre multirracial de estibadores. Raoul los observó fascinado, recordando sus lecciones de geografía: «Algunos parecían guerreros abisinios, otros eran claros y tersos. Me pareció distinguir rasgos raciales malayos y chinos aquí y allí entre la multitud», escribió en el artículo sobre su viaje. Al momento siguiente parece haber tenido su primera revelación de la realidad: «Cuando atracamos, comenzamos a descargar de inmediato. El primer oficial del barco supervisaba los esfuerzos de los chicos negros con ojo crítico, aun cuando yo podía ver que

trabajaban con tanto ahínco que el sudor les caía en regueros por la cara».

Durante sus meses en Sudáfrica, Raoul se debatiría a menudo con la cuestión racial, que para él era complicada. Le disgustaba lo que veía, pero tampoco encontraba una solución fácil. «A los suecos nos resulta naturalmente difícil no indignarnos y preguntar por qué no se puede, o más bien no se debe, dar a mestizos y negros todos y cada uno de los derechos que tenemos los blancos», escribía en el artículo. Al mismo tiempo, no encontraba fácil determinar cuáles de los varios grupos habían llegado antes. También sentía cierta aprensión al

imaginar relaciones interraciales, quizá porque lo habían educado para pensar en las razas tipológicamente.

Raoul acabaría por llegar a la conclusión de que Sudáfrica debía crear un sistema de igualdad entre blancos y negros, pero sin mezcla de razas. «Debido a las lamentablemente frecuentes e incontroladas relaciones interraciales aquí en Provincia de El Cabo, en el suroeste de Sudáfrica, se ha creado una raza mixta que representa un problema muy difícil. Contiene la sangre de blancos, hotentotes, bosquimanos, inmigrantes malayos e indios.»

El artículo terminaba con un elogio de la Sudáfrica blanca que, pese a lo que sucedía, había «creado un país rico a partir de la nada salvaje, luchando por su raza, gloria y honor, y desarrollo. Ha sembrado las semillas para que sus descendientes puedan cosechar».

El idilio inicial de Raoul con Ciudad del Cabo se enfrió con bastante rapidez. Vista de cerca, la ciudad resultó consistir principalmente en «gatos y perros sucios». Al inesperado clima veraniego del primer día siguió una vuelta a las temperaturas habituales del invierno sudafricano, y el hotel que

Raoul y su amigo Björn Burchardt habían encontrado junto al mar no ofrecía protección contra el tiempo gélido. Raoul no había pasado tanto frío nunca en su vida.

Raoul pensaba que Ciudad del Cabo era una localidad bastante aburrida, anticuada y un poco desolada. La comida era insípida y cara, como la ropa y las entradas de cine. La vida nocturna le parecía rancia y acallada: «Para mí, ha consistido hasta ahora en visitas al cine y una cerveza o un *whisky* de vez en cuando, en uno de los numerosos bares anticuados de la ciudad».

Su trabajo no era mucho mejor. Raoul tenía que viajar media hora hasta la empresa de mercancías de madera y hierro, Thesens Ltd., cuya oficina, a sus ojos, parecía un cobertizo. Sus tareas consistían, principalmente, en puntear recibos y, en conjunto, se sentía ignorado.

Tras un mes, se dio por vencido y se marchó. Björn Burchardt le organizó el traslado a la empresa en la que él trabajaba, la Swedish African Co. Ltd. Su director era Carl Frykberg y comerciaba con papel, madera y piel de imitación. Frykberg recibía constantemente ofertas de nuevas oportunidades de negocio que nunca

tenía tiempo de investigar. El primer encargo de Raoul fue estudiar dichas oportunidades, y encabezando la lista había un invento sueco interesante, un producto químico del que se afirmaba que ampliaría la duración de la película cinematográfica almacenada.

Raoul pasó el resto de su tiempo en Sudáfrica como vendedor, en su mayor parte representando a la empresa de Carl Frykberg. Desarrolló una variedad extraordinaria de productos: deportivos, de viaje, tiendas de campaña y sustancias químicas. Dos días a la semana seguía el consejo de su abuelo y

tomaba clases vespertinas de contabilidad, mecanografía e inglés comercial.

El trabajo no fue lo único que preocupó a Raoul durante el primer periodo de su estancia en Sudáfrica. Las cartas de su amiga de Ann Arbor, Bernice Ringman, llegaban cada vez con más frecuencia y habían comenzado a expresar sentimientos que, por desgracia, Raoul no compartía.

Bernice había sido una de sus amigas más íntimas durante su época estadounidense, y la mayor parte de sus amigos de la facultad suponían que eran

pareja. Él le tenía mucho aprecio, pero nunca había estado enamorado. Era algo que había intentado explicarle con tacto en sus cartas, incluso antes de marchar a Sudáfrica. Pero Bernice no parecía querer entenderlo. El asunto alcanzó su punto crítico al enviar ella un telegrama para el cumpleaños de él con la pregunta directa: «¿Me quieres?».

Raoul se sentía ya incómodo por haberla hecho infeliz. Entonces decidió, tras largas deliberaciones, que era mejor cortar todo contacto con ella, puesto que solo se arriesgaba a hierirla más, hiciese lo que hiciese. Lo peor que podía hacer era darle falsas esperanzas. Así que, de inmediato, respondió negativamente con

un telegrama y una carta, que terminó con su despedida y deseándole lo mejor para el futuro.

En una carta a su abuelo se desahogó contándole lo mucho que lamentaba haber causado tal tragedia. El temperamental Gustaf fue presa del pánico. Para él, una tragedia en combinación con una mujer solo podía significar una cosa. Supuso de inmediato que Raoul había prestado oídos sordos a sus repetidas advertencias, se había dejado atrapar por la hermosura de una mujer y había dejado embarazada a Bernice. De repente, el mundo se oscureció para Gustaf. «Seducir a una chica estadounidense supone perderlo

todo: caerán todos mis castillos en el aire», escribió desesperado a vuelta de correo.

Para Gustaf, los grandes amores solo existían en las novelas. En la vida real, se trataba de un negocio. Las mujeres querían que las mantuviesen y solo tenían una cosa en la cabeza: seducir a hombres jóvenes adecuados con tentaciones eróticas a las que no podrían resistirse, y luego echarles la garra. «Es raro, pero hay mucho de hiena en la mujer», escribía Gustaf afligido.

Comenzó a pensar desesperadamente en un plan B. Parecía como si «hubiese perdido, quizá, lo que

imaginaba el ideal de todos mis sueños». Tal como Gustaf veía el tema, era imposible que Raoul trajese a Bernice Ringman embarazada a Suecia. Mancillada por la relación ilegítima, la sociedad sueca nunca la admitiría. «No veo más alternativa que intentar abrirte camino en Estados Unidos», concluía Gustaf, y sus palabras vibraban a partes iguales con autocompasión, amargura y decepción. Raoul tuvo que enviar un telegrama urgente para sacar a su abuelo de la desesperación: «No te preocupes / no complicación / solo afecto por su parte [...]. Raoul».

Tras cambiar su puesto de prácticas, Raoul comenzó a prosperar. Había decidido alquilar un apartamento con Björn Burchardt, de quien era ya muy amigo.

En noviembre, Björn y Raoul partieron en un viaje de negocios de cinco semanas junto con Carl Frykberg. Fue justo al comienzo del verano sudafricano y el trío viajó más de cinco mil kilómetros a treinta grados de temperatura en el coche de Frykberg. Cruzaron las regiones frutales alrededor de Paarl y Worcester, atravesaron desiertos «llenos de escorpiones y serpientes», y pasaron los amplios campos de oro hasta llegar a

Johannesburgo y su frenesí de proyectos de construcción, donde permanecieron varias semanas.

Raoul aún encontraba inquietante la política de segregación, y le preocupaban los suburbios de las afueras de Johannesburgo, donde se obligaba a vivir a la población negra en chabolas construidas con puertas viejas, cajas y botes de hojalata. «Trágicamente, en especial en el caso de peones y obreros especializados, los blancos no parecen pensar que sea posible progresar sin excluir por completo a los negros o, en el mejor de

los casos, relegarlos al estrato social más bajo», escribió al año siguiente en el artículo sobre su viaje.

Pero él mismo seguía atrapado en la visión de los seres humanos basada en la raza que había aprendido en el colegio. Había llevado consigo una cámara y tomó fotografías de hermosos paisajes y edificios, pero también de portadores de *rickshaws* zulúes en las calles de Durban, a los que se refería en su artículo como «un detalle pintoresco».

Llevan plumas en el pelo y cascabeles en los tobillos. Recorrimos la ciudad, en medio del calor, en un *rickshaw*, y

admiramos la habilidad de nuestro portador para equilibrar su pequeño vehículo de forma que nuestro peso lo elevaba en parte. Se colgaba de las varas y se movía en zancadas elásticas y amplias, tocando el suelo solo con las puntas de los pies, acompañado por altos cantos y el tintineo de los cascabeles.

A finales de año, Raoul Wallenberg se había adaptado tan bien a Sudáfrica que comenzó a considerar quedarse más tiempo de lo que había planeado en un principio. Un poco más tarde, en septiembre de 1936, tenía previsto un curso de reválida de cinco semanas en el Ejército sueco. Antes de eso, su abuelo Gustaf quería verlo en Haifa.

Raoul escribió una carta larga y bien argumentada a Gustaf, en la que se quejaba de la complicación innecesaria de dirigirse a Palestina para solo un par de meses, en especial ahora que tenía tantos acuerdos en marcha. Entre otras cosas, Frykberg le había prometido que le permitiría vender cajas y papel encerado suecos si se quedaba. Para otro contacto comercial, el director Albert Florén, había comenzado a preparar ventas de inodoros y lavabos. Si bien, en realidad, no estaba haciendo dinero, estaba aprendiendo muchísimo sobre comercio y exportaciones suecas importantes.

Pero Gustaf no se dejó influir en este punto. Al cabo, resultó que sencillamente temía que se le estuviese agotando el tiempo, y en consecuencia ardía en deseos de ver terminada la «formación comercial» de Raoul tan pronto como fuese posible.

Si Raoul se prestaba a una estancia relativamente rápida, Gustaf estaba, a cambio, dispuesto a regresar a Suecia en la época del servicio militar de Raoul en septiembre. Con un par de meses de trabajo bancario a sus espaldas, Raoul estaría entonces listo para que lo presentara a la élite del mundo de los negocios sueco o, en palabras de Gustaf, preparado para «de mi mano, entrar en

contacto con personas en cargos importantes que podrían necesitar de tus habilidades». Gustaf no pensaba principalmente en la familia Wallenberg, sino en los «directores de bancos y empresas» de fuera de su esfera. No iba a tolerar ningún tipo de nepotismo: no mendigaría un puesto. Raoul convencería por la mera fuerza de su persona y su excepcional experiencia.

El viernes 7 de febrero de 1936, Raoul Wallenberg embarcó en el transatlántico italiano *Duilio* para su tercer viaje intercontinental en apenas un año. Llevaba una flor en el ojal y el pelo bien rapado. Lo último respondía a un consejo médico. Con solo veintitrés

años, Raoul había comenzado a tener entradas y le habían recomendado raparse el cabello para mejorar su crecimiento. No hay pruebas de que surtiese efecto.

En el equipaje llevaba dos entusiastas recomendaciones de Frykberg y Florén en las que ponían sus cualidades personales por las nubes. «Lo encuentro un organizador excelente y sus habilidades para negociar me han sido muy útiles. Con su energía y su vitalidad sin fin, es una fuerza creativa impresionante y tiene la habilidad de aplicar su lucidez y su original forma de

pensamiento a todo tipo de problemas que han aparecido», escribió Albert Florén.

No obstante, Raoul se sentía abatido y menospreciado. Incluso los preparativos del viaje habían sido todo un reto. Aunque había podido reservar un agradable camarote de primera clase con baño, ojo de buey y sofá, era escéptico, a juzgar por sus cartas, en cuanto a sus compañeros de viaje: unos doscientos judíos de camino a un congreso sionista en Palestina. La experiencia que tenía de «los judíos sudafricanos típicos» le hacía sospechar que el viaje sería un suplicio.

Pero las cosas fueron relativamente bien. Al cabo de dos semanas, pasó del calor al invierno, con interesantes escalas en Monrovia y Dakar, en la costa occidental africana. Una vez alcanzado Gibraltar, envió una postal a su madre con la imagen de un barco blanco, el mayor en servicio en la ruta entre Sudáfrica y Europa. «Los pasajeros son, en su mayor parte, judíos sionistas, sorprendentemente interesantes y agradables. El mar ha estado en calma y ha hecho calor», informaba con brío. En su interior, sin embargo, la frustración llegaba a su punto de ebullición.

Raoul Wallenberg se aventuraba, en la primavera de 1936, a un mundo bastante más inseguro. En octubre de 1935, la Italia de Mussolini había atacado Etiopía, sin previa declaración de guerra, con un ejército de cien mil soldados. La invasión fue brutal, con los italianos lanzando bombas y gas mostaza. Su despiadado ataque fue condenado por una Sociedad de las Naciones casi unánime. La guerra continuaría, a pesar de ello, hasta el 5 de mayo de 1936, cuando la capital, Adís Abeba, cayó en manos de los italianos; y la Sociedad de las Naciones se deslizó hacia una crisis de la que nunca se recuperaría.

Gustaf minimizó los riesgos ante Raoul. No creía que el conflicto italoetíope fuera a extenderse, y le horrorizaba que los periódicos suecos publicasen advertencias de una Segunda Guerra Mundial inminente. Basaba su razonamiento, en parte, en un estudio comparativo de los dictadores a lo largo de la historia, que había llevado a cabo por diversión. Su conclusión era que, en comparación con un Oliver Cromwell o un Gengis Kan, dictadores modernos como Mussolini, Hitler y Stalin eran superiores, «como estrategas políticos y militares. Un hecho que nos salvará de una nueva guerra».

A ojos de Gustaf, el liderazgo de Mussolini excedía incluso el de Hitler en fuerza, puesto que el poder internacional de este último se basaba más en el miedo y la fuerza bruta. «Es autocontrol en su máxima potencia», había escrito Gustaf sobre Mussolini en una carta a Raoul, más o menos un año antes.

Tras la invasión de Etiopía, reconocía su escepticismo en cuanto al juicio del dictador, pero seguía sin entender cómo Suecia y otros países podían condenar con tanto énfasis a Italia. «Tomando partido como se ha hecho en Suecia, hemos perdido todo el mercado italiano», se quejaba Gustaf a

Raoul, y urgía a su nieto a elegir una postura más estratégica y a adoptar siempre una neutralidad estricta en los conflictos políticos. «Hay que mantener siempre los ojos y los oídos abiertos para la observación, pero abstenerse de emitir opiniones», escribía Gustaf. Parece que Raoul Wallenberg prestó atención al consejo.

El conflicto en Abisinia no era la única fuente de preocupación. En el protectorado británico de Palestina, adonde se dirigía Raoul, las cosas no estaban más tranquilas. Esa misma primavera, en 1936, alcanzaban su auge las importantes tensiones entre los

árabes palestinos y el cada vez mayor grupo de inmigrantes judíos, la mayoría de los cuales procedía de Alemania.

Tras llegar Hitler al poder en Alemania en 1933, la emigración sionista a Palestina había aumentado considerablemente, en especial como consecuencia de las leyes de Núremberg de 1935, por las que los nazis excluían a todos los judíos del derecho a la ciudadanía alemana. Los colonos judíos habían aumentado del 20 al casi 30 por ciento de la población de Palestina en solo tres años: de 235.000 a 384.000 individuos.

Como un mes después de la llegada de Raoul a Haifa, los palestinos árabes declararon una huelga general. Exigían el cese de toda inmigración judía. Estalló la violencia, y pronto la revuelta árabe contra los recién llegados judíos y los funcionarios británicos se agravó. La revuelta fue incitada por el líder árabe *haj* Amin al-Husayni, gran muftí de Jerusalén, quien en sus esfuerzos por expulsar a los judíos y los británicos de Palestina, acabó por recurrir a la cooperación con la Alemania nazi.

Raoul Wallenberg se vio obligado a pasar una semana en Génova a finales de 1936 para organizar su permiso de trabajo para Palestina. Durante ese tiempo se las arregló para incluir una breve visita a sus abuelos Gustaf y Annie, que estaban de vacaciones en Niza, a solo unas horas de viaje.

Se alojaban, como de costumbre, en el Hôtel d'Angleterre, en la misma playa. La tierna reunión no estuvo carente, sin embargo, de complicaciones. Al ver a su abuelo, Raoul ya no pudo contener su frustración. Durante una discusión sobre los planes para el año siguiente, se enfureció. Faltaban seis meses para que

comenzase el resto de su servicio militar en septiembre. Gustaf insistía en que Raoul volviese inmediatamente después a Haifa. Raoul suplicaba a su abuelo que lo dejase quedarse en casa un poco más. Cuando Gustaf cuestionó sus motivos, Raoul abandonó el tono apacible y diplomático que solía utilizar con él.

El estallido debió de ser dramático. Cuando Raoul volvió a Génova, se sintió obligado a escribir una carta que, al menos en la superficie, parecía una disculpa. Pero nadie que la leyese podía malinterpretar la capitulación abatida de Raoul frente a una voluntad más fuerte que la suya:

En cuanto a nuestra conversación final sobre la posibilidad de interrumpir mi estancia en Haifa, me gustaría disculparme de nuevo por mi arrebató. Soy demasiado consciente de la deuda de gratitud que tengo contigo para no plegarme a tu decisión. Pero me entristece que intentases encontrar en mis objeciones motivos que no existían [...]. No tengo ninguna objeción particular a vivir en el extranjero y, puesto que no he ganado dinero, tampoco tengo un gran deseo de volver a casa. Gracias otra vez por tu hospitalidad en Niza.

Tu leal Raoul.

Al día siguiente, Raoul embarcó en un barco lento de pasajeros y mercancías que se dirigía a Haifa. El ambiente marcial de la región era evidente de inmediato. Durante su aproximación a Alejandría, el barco pasó un centenar de buques de guerra británicos y, al alejarse, se encontró con un transporte de tropas italiano en la entrada del canal. Incluso Raoul se unió al coro cuando la tripulación italiana comenzó a aclamar con fuerza: «Duce, Duce, Duce», con los miles de soldados italianos.

Una noche, hacia el final del viaje, se extendió por cubierta el rumor de que Alemania había invadido la zona

desmilitarizada de Renania. Este movimiento de tropas era una violación directa del Tratado de Versalles y, en consecuencia, los franceses comenzaron a movilizarse y los británicos enviaron sus buques de guerra a la costa alemana del mar del Norte. Había poca información, pero preocupó mucho, contaría más tarde Raoul a su abuelo en una carta: «Lamenté tener que enfrentarme a un pesimismo tan generalizado en cuanto a la perspectiva futura de Europa. Algo particularmente cierto entre los judíos, aunque supongo que tenían sus razones».

Por lo que había dicho Gustaf Wallenberg, era como si el director de banco Erwin Freund estuviese dispuesto a dejarlo todo para centrarse exclusivamente en la educación comercial de Raoul. Sin embargo, Freund pareció desconcertado cuando Raoul se presentó una mañana de marzo en su desbordada oficina del Banco Holandés. No esperaba que llegase hasta, por lo menos, un año más tarde.

Durante sus cuatro meses en Haifa, Raoul no vio demasiado al muy elogiado amigo de su abuelo, ni quedó muy impresionado por él cuando lo hacía. Erwin Freund le parecía un jefe nervioso y apresurado, dado a arranques

de ira. Pero entre la plantilla del Banco Holandés Raoul encontró varios amigos judíos que comenzó a frecuentar.

En Sudáfrica, alguien le había dado a Raoul el nombre de Gerzon, un joven judío neerlandés. Descubrió, para su grata sorpresa, que el muchacho de veintiún años era el secretario de Erwin Freund. La familia de Gerzon tenía una pensión en el 17 de Arlozorov Street, donde vivían muchos judíos alemanes recientemente reubicados. La pensión estaba solo un par de calles por detrás del puerto de Haifa, que en aquella época estaba lleno de cruceros británicos. Raoul se mudó allí y comenzó enseguida a socializar con

inmigrantes judíos, así como con los colegas del banco, que resultaron ser todos duchos en idiomas. Adoptó algunas costumbres judías como, por ejemplo, no quitarse el sombrero durante el *sabbat*.

Raoul oyó historias terribles sobre la situación en Alemania. Una mujer que vivía en la pensión le contó que los nazis habían asesinado a su hermano. Raoul, que veía los problemas que los judíos hallaban en Palestina, sentía gran compasión por sus nuevos amigos. En Palestina eran objeto de la hostilidad de los árabes; en Alemania, de la de los nazis. En su primera carta desde Haifa escribió:

Esta pobre gente parece tener que aceptar ser la minoría allá donde vaya. Aquí, sin embargo, están llenos de un entusiasmo y un idealismo sin límites, que impresiona de inmediato como rasgo común a todos los sionistas. Es todo un riesgo para ellos intentar reubicar a cientos de miles de judíos aquí, en un pequeño territorio rocoso y seco, habitado ya por árabes y rodeado de ellos.

Raoul Wallenberg estaba fascinado por la ética laboral de los inmigrantes judíos y las concepciones casi paradisiacas que tenían de su futuro en Palestina, a pesar del hecho de que el país les ofrecía tan poco. Por lo que él podía decir, había demasiado poca agua

y demasiadas piedras en el suelo para una agricultura viable. Además, el país estaba ya habitado por cientos de miles de árabes cuando llegaron los colonos judíos. Aun así, estos confiaban en su triunfo y «sería una pena que no fuese ese el caso, porque Palestina es su hogar y la realización de un sueño de hace mucho —observaba Raoul—. Están acostumbrados a un sufrimiento mayor que el de una crisis económica, así que no se molestan en pensar en los riesgos y, en cualquier caso, no tienen otra opción que asentarse aquí».

El fervor religioso que encontró en los inmigrantes judíos de Haifa era algo que nunca antes había visto. Lo

maravillaba su convicción de que la tierra prometida de Palestina sería, con el tiempo, capaz de acomodar a cuatro millones de judíos, además de a los árabes. A su abuelo le relató la parábola que sus amigos judíos solían contar cuando alguien se preguntaba cuánta gente podría vivir allí:

Dicen que Palestina es como la piel de un ciervo. Una vez que se ha desollado el animal y este ya no está en la piel que una vez le perteneció, esta encoge y uno se pregunta cómo pudo el animal caber en ella. Es lo mismo con Palestina. Mientras Palestina contenga un pueblo judío, fluirán en ella la miel y la leche, y podrá acomodar una gran población, pero cuando

los judíos ya no estén aquí, su valor disminuirá y ni siquiera una pequeña población árabe con pocas necesidades podrá salir adelante.

La vida de Raoul en Haifa acabó pareciéndose mucho a la que había dejado atrás en Ciudad del Cabo, aun cuando solo tenía un día libre a la semana. Sus amigos iban a la playa de Bat Galim, donde las fuertes brisas sudoccidentales eran dulcemente refrescantes cuando el calor del verano estaba en todo su apogeo. En los días libres también subían al monte Carmelo para admirar la vista del Mediterráneo. Tras un tiempo, Raoul conoció a una

chica en Haifa. Se llamaba Dora Aronowski, su padre era chino y ella trabajaba como enfermera mientras estudiaba. Raoul le enseñó unas cuantas frases en sueco, entre ellas «*jag älskar dig*» («te quiero»).

Para Pascua viajó en un autobús de marca sueca, Volvo, con Gerzon y otro amigo del trabajo, a través de Nazaret y hasta Tiberíades, por las costas del mar de Galilea. No mucho después estallaron nuevos brotes violentos en los lugares que acababan de abandonar. De Tel Aviv había informes de unas veinte víctimas. El aumento de la tensión entre árabes y judíos se notó también en Haifa, si bien la ciudad se hallaba fuera

de la zona más golpeada por la violencia. Raoul encontraba soldados británicos armados en las calles, pero afirmaba que no estaba preocupado porque la flota británica continuaba en el puerto.

El abuelo de Raoul seguía los acontecimientos de Palestina, pero escribió que tampoco a él le preocupaba demasiado su evolución. Gustaf desestimaba los informes más alarmistas de la prensa, pues, según su visión del asunto, exagerar era parte del trabajo de los corresponsales extranjeros. Solo cuando el corresponsal del periódico *Dagens Nyheter* informó de que la situación era, de hecho, mucho más

grave de lo que había sugerido su anterior reportaje, reconsideró Gustaf seriamente permitir que Raoul se quedase.

El propio Raoul no estuvo nunca realmente alarmado por la situación política. De hecho, la razón principal de que empezase a sentir que había tenido suficiente de Haifa era que estaba aburrido y no encontraba retos profesionales.

Raoul comenzó a ansiar un puesto habitual, de responsabilidad y remunerado. Era frustrante continuar de prácticas sin paga en un banco que no le

ofrecía ningún tipo de estímulo intelectual. Todo seguía unas normas preestablecidas, lo que era un contraste absoluto con la libertad que había experimentado en la arquitectura y el trabajo de vendedor en Sudáfrica.

Tras enfrentarse a Gustaf en Niza en febrero, Raoul se había armado de valor. Se había dado cuenta de que, si no expresaba sus verdaderos sentimientos y dudas, todo el proyecto educativo podría correr peligro. Tenía que ser sincero.

Por primera vez se atrevió a oponerse de verdad a su abuelo. Escribió a Gustaf y confesó que no estaba seguro de querer dedicarse a

nada que tuviese que ver con la banca. La arquitectura era algo para lo que había demostrado talento. Los proyectos de construcción le habían interesado desde que era un niño. Pero, para ser banquero, le parecía, había que tener una personalidad cínica y fría, así como «un tanto juzgadora y tranquila», de la que él creía carecer por completo. «Freund y Jacob W son, seguramente, los típicos ejemplos, y creo que yo soy tan distinto a ellos como es materialmente posible. Me parece que tengo capacidad para hacer algo más constructivo que sentarme a decir que no a la gente».

Y no lo dejó ahí. Raoul también quería aprovechar la oportunidad, al menos parcialmente, para arrancar la aureola que rodeaba al director de banco Erwin Freund en las entusiastas descripciones de su abuelo. A mediados de mayo, Freund había enviado una carta a Gustaf en la que colmaba a su nieto de cumplidos. Freund le había dicho lo inteligente y culto que le parecía Raoul, lo bien que caía a todos y lo serio y minucioso que era en su forma de desenvolverse en el trabajo. Freund no dudaba en calificar a Raoul como el mejor trabajador de entre sus contemporáneos en el banco. Gustaf absorbió hasta el último signo de

puntuación de dicha carta y contó los elogios por doquier, incluyendo al propio Raoul. Pero este solo resopló ante los halagos. Explicó a Gustaf que Freund no había pasado más de cuatro horas en total con él. Según Raoul, la carta en cuestión era «pura hipocresía».

Enfrentado a este escepticismo obviamente bien fundado, Gustaf replicó que Raoul debía, a pesar de ello, sacar provecho de la carta, sin importar cómo se sintiera en cuanto a su contenido.

No queda claro si el factor determinante fueron las inestabilidades políticas, el reciente valor de Raoul o la mala salud

de su abuelo. Pero, a medida que pasaba el tiempo, Gustaf se hizo más y más complaciente en cuanto al futuro de Raoul. Se desmoronó su insistencia anterior en que este cumpliera estrictamente.

A pesar de ello, esta nueva actitud acomodaticia contenía una veta de irritación. Gustaf dejó claro a Raoul que podía decidir qué hacer después de su servicio militar, pero que, si permanecía en Suecia, tendría que encontrar la forma de mantenerse por sí mismo. A Gustaf aún no le gustaba la idea de que Raoul volviese a Suecia en verano, antes de que su servicio militar comenzase en septiembre. Si la

inestabilidad política de la zona era demasiado grave, sería mejor que fuese con él a Estambul, razonaba.

Ahora que el tono había cambiando entre ambos, se hizo más directo con su nieto:

Lo único que temo con respecto a tu visita a casa son las chicas, no las de la calle, sino las de los salones. No es conveniente que te ates aún, en particular en estos tiempos inciertos, en los que no está aún claro lo que depara el futuro. Nada encadena tanto el espíritu de un hombre joven como tener que trabajar porque es pobre. Primero hay que establecer una posición de independencia, contar con unos ingresos anuales de 20.000 coronas [unos 50.000 euros

actuales] y poder mantener dos criadas. De lo contrario, no se puede ofrecer a una esposa más que convertirla a ella en criada. Algo que, a la larga, no sabe bien.

En sus cartas de ese verano, se entrelazaba esta clase de advertencias cortantes con los homenajes gloriosos de Gustaf a la madurez, la competencia y las perspectivas profesionales de su nieto. Era como si el exdiplomático de setenta y tres años hubiese dirigido el tallado de un diamante cuyo valor estaba a punto de ser cuidadosamente comprobado en el mercado. No podía permitir el más mínimo arañazo que redujese su valía.

Veinticuatro años antes, Gustaf había perdido a su único hijo, Raoul Oscar, en trágicas circunstancias. En el momento de su muerte, su hijo tenía veintitrés años, a punto de cumplir los veinticuatro: la misma edad que su nieto Raoul tenía entonces. Al final de su vida, Gustaf podía por fin, a través del joven Raoul, disfrutar la promesa de un camino dorado a los más altos niveles de la sociedad.

Esta vez no se podía permitir que absolutamente nada saliese mal. El diamante sería mostrado en todo su fulgor cuando recorriese la élite

comercial sueca, algo que Gustaf planeaba que sucediese tras el servicio militar de Raoul, en octubre.

Gustaf estaba tan nervioso que no pudo resistirse a instruir a Raoul para estos encuentros de presentación: Raoul no debía parecer demasiado ansioso por obtener un trabajo ni necesitado de él. Aunque decidiese quedarse en Suecia, debía dar la impresión de que estaba muy solicitado en el extranjero, en Haifa, por ejemplo. Raoul no debía presumir ni mostrar ignorancia. Todo era un juego delicado, que exigía no poco talento de actor y la intuición de lo que buscaba un público en particular. No escondía a Raoul el hecho de que

pensaba mucho en Raoul Oscar y en lo lejos que habría podido llegar de no haber muerto tan joven.

Raoul no tenía intención de defraudarlo. Le dejó claro a Gustaf que si quería un trabajo remunerado, no era para escaparse y casarse. «No obstante, sí siento un deseo enorme de hacer dinero, preferiblemente en grandes cantidades. Y es probable que quiera, asimismo, una esposa; pero, por ahora, el dinero es lo primero.»

A Raoul lo había conmovido también la referencia a su difunto padre:

Cuando leí la primera frase, deseé enseguida que me hablases más de papá. Preferiblemente por carta, de forma que pueda tenerla siempre conmigo. Me he sentido siempre inferior a él de forma subconsciente. En las fotografías parece tan refinado y honrado y abnegado, y me siento un triste sucedáneo.

Cargado así con las enormes expectativas del abuelo, Raoul reservó un viaje a Suecia a mediados de agosto, permitiéndose una parada de un día en casa de Gustaf en Estambul. Continuó por barco hasta la ciudad rumana de Constanza, donde transbordó a un tren atestado de inmigrantes con el que cruzó una gélida Polonia. Viajó, pasando por

las ciudades de Katowice y Varsovia, hasta Berlín. Allí visitó a su prima favorita, Maj Nisser, que se había casado y vivía con su esposo alemán, el conde Enzo von Plauen, en un castillo justo al este de la capital alemana. Tras el caos de Rumanía, los bosques bien atendidos que bordeaban la hacienda impresionaron a Raoul. «También me causó buena impresión la Alemania nazi en sí misma, y aquellos con quienes hablé, con excepción de los judíos, dijeron que estaban muy satisfechos», escribiría más tarde Raoul a su abuelo.

Un año después, un nazi alemán, burócrata del Sicherheitsdienst (SD, «Servicio de Seguridad»), llamado

Adolf Eichmann, eligió casi la misma ruta de viaje a través de Europa oriental en su camino a Haifa. Eichmann tenía treinta y un años en aquel momento y era cadete de las SS, un oficial de bajo nivel en la jerarquía nazi. Su tarea era informar sobre las organizaciones judías y sionistas en Alemania. En sus informes, Eichmann observó los recién adoptados principios que declaraban a los judíos el enemigo más peligroso del nacionalsocialismo. Importaba, por lo tanto, cómo librar a Alemania por completo de ellos. La solución favorita del momento era la emigración. Un éxodo sionista masivo a Palestina,

razonaba Eichmann, ayudaría a hacer realidad el sueño nazi si se podía conseguir un flujo constante de salidas.

En septiembre de 1937, Eichmann viajó a Haifa con un colega para explorar la posibilidad de acelerar la emigración de judíos de Alemania a Palestina. Jugeteaba con la idea de un plan para dar a cada judío emigrante un capital de inicio que tentase a otros a abandonar Alemania. Pero su viaje fue un fracaso. Al llegar a Haifa le concedieron un visado de solo veinticuatro horas y no tuvo tiempo para mucho más que un ascenso al monte Carmelo.

Más tarde, cuando Raoul Wallenberg y Adolf Eichmann se encontraron en Budapest en 1944, los nazis alemanes llevaban ya cierto tiempo utilizando otra solución estratégica bastante más malévola para librar no solo a Alemania sino a toda Europa de sus «enemigos» judíos. Eichmann seguía aún muy implicado en el asunto.

Raoul estaba emocionado con su curso de reválida militar, pues septiembre estaba siendo inusualmente hermoso en Suecia aquel otoño, y también porque

disfrutaba de retos físicos como dormir poco o hacer maniobras por terreno difícil hasta el punto del agotamiento.

El mismo día en que Raoul se presentó para el servicio, su abuelo escribió desde Estambul para decirle que los británicos iban a enviar diez mil efectivos más a Palestina y que por esa razón no deseaba ya que Raoul volviese allí.

Raoul cumplió sus deberes militares el martes 6 de octubre y se mudó de vuelta con su familia, a la recién construida casa al norte de Estocolmo. Una vez allí, esperó ansioso la llegada de su abuelo. Ya había hecho algunos contactos por sí mismo y

visitado a algunos de sus parientes. Cuando Knut Wallenberg, el hermano de Gustaf, le había preguntado a quemarropa si le gustaría comenzar a trabajar en el banco, Raoul recordó el consejo de su abuelo y contestó de forma evasiva. Recibió, sin embargo, con satisfacción, el comentario de Knut de que, si se acababa dando el caso, Raoul iría directamente «a lo más alto».

Una semana más tarde, Raoul comenzó a preocuparse. Gustaf debería haber llegado ya. Raoul no había recibido ninguna carta sobre nuevos planes. No sabía qué hacer. Estaba ansioso de comenzar a construir su

carrera, pero no se atrevía a buscar un puesto antes del paseo por el mundo comercial sueco planeado por su abuelo.

No fue hasta el 20 de octubre que Raoul supo que su abuelo Gustaf había enfermado y viajado a Niza para recuperarse. Raoul estaba muy preocupado por la salud de su abuelo y, al mismo tiempo, inquieto porque las semanas iban transcurriendo. Como intentó explicar en una carta a Gustaf, no quería ser una carga para su padrastro. Puesto que no disponía de una paga de Gustaf mientras estuviese en Suecia, se estaba haciendo urgente encontrar trabajo. No obstante, prefería esperar

«para no adquirir obligaciones antes de haber hecho contigo las visitas planeadas».

Por fin, Raoul tomó el tren a Niza. Se tranquilizó cuando Gustaf lo recogió en la estación, con buen aspecto, pese a sus trece kilos menos. Se alegró incluso más cuando descubrió que su abuelo tenía energía para ir al cine, sentarse a jugar solitarios y, con Raoul, visitar a su hermano Knut Wallenberg, que estaba también en la Riviera.

La visita de Gustaf y Raoul a Knut molestó a Marcus padre, que se encontraba en Suecia. Expresó su preocupación a su hija Gertrud en una carta de finales de noviembre: «Sería

interesante [...] saber si el tío Gustaf hizo a tío Knut medio prometer algo en cuanto al empleo de R en el banco. Sé que su madre ya ha estado a ver al tío Knut al respecto».

Quizá para evitar dicho curso de los acontecimientos, Marcus padre había escrito a Raoul a Niza la semana anterior mencionando una patente que el Emissionsinstitutet («Instituto de Valores»), en parte propiedad de los Wallenberg, había adquirido hacía poco. La patente era para una especie de cremallera japonesa que estaban pensando lanzar en Suecia, probablemente, a través de una empresa de nueva creación. Marcus padre se

preguntaba si esa tarea podría interesar a Raoul. Si era así, le instaba a pasar por Neustadt (Alemania) de camino a casa, echar un vistazo a una fábrica y reunirse con Nachmanson, un director del Instituto de Valores.

Unas semanas más tarde, Raoul Wallenberg tomó el tren a Neustadt.

Era un momento delicado para que un escandinavo viajase por la Alemania nazi. Acababa de ganar el premio Nobel de la Paz el pacifista alemán Carl von Ossietzky, a quien los nazis habían detenido en 1933 y enviado a un campo de concentración. La decisión del

comité de los Nobel había provocado fuertes protestas del régimen nazi. Se prohibió a Ossietzky abandonar el campo, por lo que no pudo recoger el premio en la ceremonia de Oslo el 10 de diciembre de 1936. Luego Hitler prohibió a todos los nobeles alemanes que aceptasen sus galardones, sin importar la disciplina.

Sin embargo, Raoul no parece haber reflexionado mucho sobre la tensa situación en la Alemania de Hitler del momento. Volvió a Suecia, tras la visita a Neustadt, entusiasmado por el nuevo proyecto, y pasó varias semanas en

torno al final de año elaborando un informe para Marcus padre sobre la fábrica de cremalleras propuesta.

La decisión en cuanto a los derechos de licencia era urgente, así que trabajó día y noche en la nueva villa familiar de Kevinge, recabando información procedente de todo el mundo y escribiendo largos cálculos sobre el coste de producción, entre otras cosas, que colgaba en la pared.

Se permitió unos cuantos descansos, como una reunión familiar con sus primos en Broby. Por la noche los entretenía, como era habitual, con sus actuaciones de fiesta: parodias geniales de «alemanes, franceses,

estadounidenses y suecos». Su primo Lennart Hagströmer recordaría estas parodias toda su vida y a menudo contaba cómo se tronchaban de risa los presentes.

El martes 19 de enero de 1937, Raoul escribió su última carta a su abuelo. Informaba a Gustaf de su trabajo en el informe de las cremalleras. Escribió sobre un almuerzo con Knut y Alice Wallenberg, y le contó que sus padres y él estaban invitados a visitar a «Marcus pequeño», que es como Raoul prefería llamar a Marcus hijo: «Su nueva esposa gusta a todos y parece sentarle bien».

Era la primera vez en meses que Raoul escribía sin referirse a la salud de su abuelo o a sus planeadas visitas a la élite comercial. Quizá ver a su abuelo con mejor aspecto le hubiese restado presión, y Raoul pudiera confiar en que esas presentaciones se llevarían a cabo pronto. Quizá no sintiese la misma urgencia ahora que Marcus padre le había dado cierta responsabilidad. Cuando fuese el momento adecuado, su abuelo guiaría su entrada en la élite comercial sueca. Todo iría según el plan en que habían trabajado durante tantos años.

Pero la luz dejó paso pronto a la oscuridad. Cuando su abuelo regresó a Suecia un poco más tarde, estaba de nuevo muy enfermo. Gustaf Wallenberg murió el 21 de marzo de 1937, a los setenta y cuatro años de edad, en el hospital de la Cruz Roja de Estocolmo.

ESTOCOLMO, FEBRERO DE 2010

El abogado Lennart Hagströmer nació tres años antes que Raoul Wallenberg. Ha colocado un portarretratos con la foto de graduación de su primo en la mesa del comedor de su apartamento de Estocolmo. Muestra a un Raoul muy serio, vestido de traje, de pie y con los brazos firmemente cruzados. Parece que nos mirase

enfurrñado o, posiblemente, escudriando los montones de viejas cartas y sobres de fotografías amarilleantes que ha sacado Lennart Hagströmer.

Esta es la entrevista que he estado posponiendo, paralizada por respeto a la avanzada edad de Hagströmer. Hace un par de meses que cumplió cien años. ¿Era apropiado llamar a un centenario por teléfono? ¿Veía aún lo bastante para leer una carta? Por fin, pude ponerme en contacto con su sobrino, Sven Hagströmer, y pedirle consejo.

—¿Lennart? —dijo—. Llámalo sin más. No hay problema.

Hice lo que me dijo. Lennart comprobó su agenda y sugirió una fecha.

—Tendrá que ser por la mañana —
aclaró—. Tengo una reunión por la tarde.

Nos encontramos en su apartamento, subiendo tres tramos de escalera en un edificio alto de estilo funcionalista, cerca de Gärdet, en Estocolmo. Hay gente que peregrina hasta este lugar para contemplar una de las expresiones más claramente articuladas de esta filosofía de diseño.

Lennart es el segundo de los tres primos Hagströmer con los que Raoul Wallenberg pasaba tanto tiempo. Me recibe en la puerta, con una camisa blanca y un cárdigan gris. Se mueve por el apartamento con soltura, ayudado únicamente por un bastón marrón. El apartamento está lleno de libros, tanto en las estanterías como sobre

las mesas. Tiene toda la segunda edición, conocida como «la del búho», de la célebre antigua enciclopedia sueca *Nordisk familjebok*, en veintiocho volúmenes, pero también la aclamada trilogía protagonizada por Lisbeth Salander que escribió Stieg Larsson en la primera década del siglo XXI.

Nos sentamos a la mesa del comedor. Lennart comienza sacando con cuidado una pequeña foto de uno de sus sobres de fotos transparentes. Muestra a cuatro chiquillos con botas de cordones a la entrada de Rådmanngatan 18, donde vivió la familia Hagströmer durante muchos años. Los hermanos Hagströmer visten de marineros. Raoul lleva una camisa y pantalones largos.

Me cuenta que la cálida amistad adulta que le unió a Raoul solo comenzó de verdad mediada la década de 1930. Cuando Raoul regresó de Estados Unidos, a la edad de veintidós años, tuvieron la oportunidad de conocerse de una forma nueva. Y quizá incluso más al año siguiente, tras sus estancias en Ciudad del Cabo y Haifa. Lennart recuerda las cremalleras.

—Raoul intentaba encontrar un empleo de arquitecto, pero no era fácil porque eran malos tiempos. Entonces, quiso entrar en los negocios. Mi hermano Anders y yo le encontramos contactos. Más tarde tuve un pequeño papel en una

empresa que fundó con un refugiado judío que tenía patentes de algunos productos interesantes.

Para esa época, Hagströmer se había graduado de la Escuela de Comercio de Estocolmo y estaba titulado en Derecho. Cuando Raoul regresó de Estados Unidos en febrero de 1935, Lennart estaba haciendo su pasantía en el Tribunal de Primera Instancia de Södra Roslagen. En su tiempo libre, era asesor legal ocupado de las quejas de clientes en la aseguradora de vida Thule (más tarde, Scandia). Recuerda que intentó liar a Raoul para que firmase una póliza de vida-ahorro y su amigo le

contestó: «Sí, puede que deba hacerme una de esas para no ser el Wallenberg que muera sin un céntimo».

—Raoul era todo un vendedor. Estuve con él en París una vez, cuando fue a visitar las galerías Lafayette para intentar venderles un tapón para botellas de gaseosa cuya patente poseían su socio y él. «No voy a ir. Tendrás que hacerlo tú», le dije. Pero Raoul insistió: «Tienes que hacer de mi “ayudante técnico”. Cuando necesite tiempo para pensar durante la discusión, me volveré a ti, mi ayudante, y te diré alguna tontería en sueco».

El recuerdo hace reír a Lennart.

—Pero ¿usted no era técnico?

—No, no lo era. Era abogado.

—¿Cómo describiría a Raoul Wallenberg como persona?

—De ritmo acelerado. Casi siempre alegre. Y divertido. Era muy bueno haciendo imitaciones. Nunca me he reído tanto como cuando imitaba a Hitler, Churchill y Stalin en casa de mi primo, en Broby. Pero puede que eso fuese más tarde.

—¿Era valiente?

—¿En qué sentido?

—¿Corría riesgos?

—Bueno, no sé qué decir. Supongo que mostró valor en Budapest. Para mí era un amigo atento y fiable, alguien con quien se podía contar. Cuando salíamos a navegar, siempre quería encargarse de

lavar los platos. Lo explicaba así: «Soy arquitecto y, por lo general, tengo que esperar muchos años para ver los resultados de lo que hago. Cuando lavo los platos, el resultado es inmediato».

Lennart saca más fotos de los sobres. Muchas son de los años 1935 a 1939, antes de estar casado. Muestran a los primos en excursiones en el velero de Lennart por el archipiélago sueco. Raoul sentado en albornoz frente a una mesa de la cabina, puesta con platos y cubiertos. Hay latas de arenques y botellas de leche, y vasos en un soporte especial para evitar que resbalen. Saltan a tierra en traje de baño, en hermosas islas de rocas planas. El pelo de Raoul se ensortija en ricitos tras bañarse, y

hay, de hecho, imágenes de él fregando los platos en agua de mar. Un verano sueco en todo su esplendor.

A juzgar por las fotos, casi nunca están solos.

—No, siempre venía alguna que otra chica guapa. Recuerdo, en particular, a una porque vi el otro día en el periódico que había muerto —comenta Lennart.

Y saca la instantánea de una joven rubia, con la barbilla pensativamente apoyada en la mano. Lennart prefiere no decir su nombre.

—¿Era novia suya o de Raoul?

—Bueno, es probable que fuera, ¿cómo diríamos?, *l'amour à trois* — responde Lennart Hagströmer y me guiña

con picardía uno de sus cálidos ojos azul grisáceo.

De vez en cuando hacemos un descanso. Lennart tiene problemas para respirar debido a un resfriado reciente. Pero hablamos durante largo tiempo y encajan muchas cosas. Miro de nuevo la foto de la graduación de Raoul que está junto a nosotros en la mesa. Estudio los pantalones de traje recién planchados, el pelo bien peinado y los mofletes casi infantiles. Su personalidad comienza a aclararse para mí, como si yo también lo conociese.

Justo cuando estoy a punto de recoger, Lennart me detiene. Hay una cosa más, algo que se había prometido no

olvidar.

—Raoul estudió ruso. Solía decir que le parecía que Rusia tenía todo lo que tenía Estados Unidos. Era un país grande, rico en minerales y petróleo; por tanto, Rusia podría muy bien ser el país del futuro, pensaba Raoul. A veces se me viene a la cabeza.

Lennart Hagströmer murió el 1 de noviembre de 2010. Sus hermanos Anders y Gösta ya habían fallecido.

6

SOLO

Los hermanos de Raoul Wallenberg, Guy y Nina von Dardel, estaban encantados de que su hermano mayor hubiese regresado de sus aventuras en el extranjero. La mesa de los Von Dardel había estado bastante tranquila durante aquellos años, pero ahora su hermano

llenaba el vacío con su humor, sus intensas discusiones, sus planes y sus bromas. Todo era mucho más interesante cuando estaba él.

Cuando se fue, era su ídolo, alguien que, por la diferencia de edad, admiraban de lejos. Ahora, Guy estaba a punto de cumplir los dieciocho, y Nina, los dieciséis, y su relación con su hermano de casi veinticinco años se transformó en otra cosa. Algo a la vez más adulto y con más juego.

La muerte de Gustaf Wallenberg en marzo de 1937 impactó en la bulliciosa y feliz vida de la familia Von Dardel como el estallido de una bomba. Guy y Nina no pudieron evitar darse cuenta de

lo difícil que era la pérdida para su hermano mayor. Raoul no solo había perdido la figura paterna más significativa de su vida, alguien que parecía haber sentido que nada era más importante que guiarlo con amor y atención ilimitados, si bien algo severos. Raoul había perdido, además, todos los planes y sueños de futuro que su abuelo había estado construyendo metódicamente para él desde que era un crío. La presentación en la vida comercial sueca que su abuelo le había prometido ni siquiera tuvo la oportunidad de ponerse en marcha.

Diez días después del fallecimiento de Gustaf, Raoul se reunió con el hermano de aquel, Marcus Wallenberg padre. Es probable que la reunión se centrara en la evaluación de la fábrica de cremalleras y lo que la empresa de los Wallenberg podía sacar de ella.

Puesto que no se conservan actas, no sabemos lo que se dijo durante la reunión. Lo que sí sabemos es que el Instituto de Valores no invirtió en las cremalleras. La nueva empresa con la que había soñado Raoul Wallenberg y a la que había dedicado sus cálculos nocturnos nunca formaría parte del imperio familiar. Por el contrario, Raoul parece haber abandonado las oficinas

del Enskilda Bank con una sugerencia para continuar con las cremalleras por su cuenta. Porque eso es lo que hizo.

Raoul estaba a punto de cumplir los veinticinco y necesitaba desesperadamente encontrar una forma de ganarse la vida. Aunque tenía algunos ahorros, no eran para utilizarlos en gastos cotidianos. Sin un trabajo, no duraría mucho. Si hubiese sido por Raoul, a esas alturas, además de su título de arquitecto habría tenido uno de la Escuela de Comercio de Estocolmo, algo que, sin duda, habría facilitado las cosas. Por el contrario, tenía una educación diseñada por su abuelo que,

estaba comenzando a descubrir, no todo el mundo en la élite comercial sueca encontraba tan ingeniosa como Gustaf.

Ni siquiera su éxito en los estudios en Estados Unidos le abría de verdad puertas, pese a su presentación pública en 1935 con la piscina municipal de Riddarholm. Raoul había salido de escena casi de inmediato y se había dedicado a tareas completamente distintas, en vez de cultivar sus talentos arquitectónicos. Su carrera se veía difícilmente ayudada por su posición escéptica, rayando en el desprecio, por el funcionalismo, que para entonces dominaba por completo la arquitectura sueca. Según su hermana, Nina

Lagergren, se había dado cuenta ya de que su título estadounidense tenía poco valor en Suecia, donde se requería una base técnica más sólida en la carrera de Arquitectura.

Sus amigos de la época describen a Raoul como tenso e inquieto, sin un asidero estable en la vida. Rolf af Klintberg, amigo suyo desde el colegio, era uno de ellos. Había continuado su educación estudiando Derecho, «por el viejo camino trillado». Raoul y Rolf no se veían tanto como antes. «Pero, cuando aparecía, era como si un torbellino cruzase la habitación, con nuevas ideas e iniciativas atrevidas, a

veces desconcertantes [...]. No era siempre fácil seguirlo», recordaría Rolf más tarde.

Los primos de Raoul, Lennart y Anders Hagströmer, se veían más directamente implicados en las iniciativas de Raoul. Fue a su primo Lennart, tres años mayor que él, a quien Raoul recurrió cuando las cosas se pusieron feas. Lo que tenía a mano en aquel momento era la posibilidad de importar cremalleras japonesas: Raoul tenía prisa y necesitaba un préstamo rápido, de 5.000 coronas suecas, para ser exactos (unos 14.000 euros actuales). Ofreció a Lennart el 10 por ciento de las ganancias netas de las

ventas si podía conseguirle el dinero en un par de días. Lennart empatizó con su primo y dijo que sí. Decidió abrir una línea de crédito para Raoul, con sus bienes personales como aval.

Aunque Raoul no podía saberlo entonces, San-S Shokai, la empresa japonesa con la que estaba negociando, estaba a punto de convertirse en YKK, el nombre con el que dominó los mercados de cremalleras de todo el mundo durante el siglo xx. El año 1937 pasaría a la historia de la cremallera, de hecho, como el del gran progreso, el punto de inflexión en el que los modistas

británicos y franceses capitularon y dejaron de utilizar botones en los pantalones masculinos.

Pero, para Raoul, el proyecto no pasó del primer intento. Llenó su estudio, en la planta baja de la villa de Kevinge, con cremalleras japonesas, pero nunca consiguió que el asunto funcionase de verdad. Quizá carecía de la paciencia y la concentración necesarias. Cuando, por aquella misma época, los primos Hagströmer lo pusieron en contacto con un refugiado judío alemán que tenía un puñado de patentes interesantes en cartera, Raoul se volcó en un nuevo conjunto de planes.

El nombre del refugiado judío era Werner Abernau, un químico y empresario conocido del padre de los hermanos Hagströmer, el gobernador civil Sven Hagströmer. Abernau había crecido en Berlín y era once años mayor que Raoul Wallenberg. Aunque había llegado a Suecia ya en 1934, como tantos otros en su situación, lo había pasado mal al principio.

En la década de 1930, Suecia era un país en el que, hasta hacía poco, la inmigración había sido un fenómeno casi desconocido. Dado su clima difícil, Suecia había sido tradicionalmente un país del que la gente tendía a emigrar, no un lugar al que se mudase desde el

extranjero. Los refugiados de Alemania y otros países se percibían, por lo tanto, como un elemento foráneo, y solo encontraban escepticismo.

Para el cosmopolita políglota Raoul Wallenberg, sin embargo, la gente de otros países era parte natural de la vida cotidiana y ofrecía relaciones potencialmente estimulantes. Sabía mucho sobre la situación de Abernau. Tras su estancia en Haifa, Raoul contaba a muchos refugiados judíos alemanes entre sus amigos más íntimos y seguía en contacto con algunos de ellos. En 1937, por ejemplo, contactó con una exnovia, Dora Aronowski, para pedirle ayuda

para una mujer judía que Raoul conocía y que, posiblemente, necesitaría emigrar de Suecia a Palestina.

Raoul estaba también muy orgulloso de la gotita de sangre judía que corría por sus venas. Para ser precisos, no era más que un dieciseisavo. El abuelo paterno de su abuela materna era un joyero judío, Mikael Benedicks, que había emigrado a Suecia desde el norte de Alemania a finales del siglo XVIII por sugerencia del fundador del Consejo Mosaico de Estocolmo, Aaron Isaac. Raoul señalaba a menudo a sus amigos que era

parcialmente judío, exagerando en ocasiones la importancia de dicha ascendencia.

No está claro si fue durante sus días en Haifa o más tarde, pero, mucho antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Raoul consiguió leer el pesado *Mein Kampf* («Mi lucha») de Adolf Hitler no menos de dos veces, más de lo que hicieron muchos nazis. Hay buenas razones, por lo tanto, para sugerir que estaba mejor informado que la mayor parte de los suecos en cuanto a lo que significaban las nuevas políticas nazis de Alemania para su población judía.

Raoul Wallenberg era, sin duda, un compañero ideal para el empresario y refugiado judío Werner Abernau.

Pese a que Raoul Wallenberg estaba extraordinariamente bien informado, durante aquellos años incluso el lector más común de diarios suecos solía estar al corriente de los detalles más significativos de la creciente persecución nazi a los judíos en Alemania. No fue hasta después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial que los informes alarmantes comenzaron a desaparecer de los periódicos, como

consecuencia de una veleidosa política de asuntos exteriores que impuso nuevas limitaciones a la libertad de prensa.

Mientras las noticias trataron de persecución y no de exterminio, las nuevas políticas alemanas hacia los judíos fueron bien recibidas en ciertos segmentos de la sociedad sueca. El antisemitismo llevaba mucho tiempo cociéndose bajo la superficie, incluso en Suecia, que se consideraba un país tolerante. Como el historiador sueco Henrik Bachner ha demostrado, «la cuestión judía» era un tema habitual en el debate público de los años treinta.

Tras las leyes de Núremberg de 1935, por las que todos los judíos alemanes perdieron su ciudadanía, muchos suecos de todo el espectro político expresaron preocupación por la posibilidad de una invasión inminente de refugiados judíos.

La alterada situación política en Alemania provocó también una revisión de la ley de extranjería sueca, introducida en 1927 para, entre otras cosas, preservar a la población sueca como «una raza extraordinariamente homogénea y pura». Como era caso frecuente en Suecia, aquello terminó en un arreglo de circunstancias. La nueva ley evitaba declaraciones vinculantes,

de forma que el número de refugiados admitidos se podía ajustar según las necesidades concretas. El poder de decidir a quién se permitiría la entrada en el país recayó en los administradores de la recién creada Oficina de Inmigración de la Dirección Nacional de Sanidad y Bienestar Social (Socialstyrelsen) sueca. En aquel momento no se exigía visado a los refugiados de otros países europeos para entrar en Suecia, pero eso cambiaría tras la anexión alemana de Austria en marzo de 1938. Esta «comprensión» de tintes antisemitas hacia la política alemana no

desaparecería de los debates suecos hasta después de las revelaciones sobre el Holocausto.

Era en este complejísimo escenario en el que el refugiado judío alemán Werner Abernau intentaba abrirse camino. Por un lado, seguía habiendo un trasfondo de antisemitismo y hostilidad hacia los extranjeros; por otro, existían también fuertes apelaciones a la conciencia pública y debates sobre la responsabilidad humanitaria de Suecia hacia los refugiados alemanes perseguidos.

Si había un grupo con una antipatía hacia los judíos particularmente arraigada, era el de los burócratas de la

Oficina de Inmigración de la Dirección Nacional de Sanidad y Bienestar Social. Abernau no sería el único en probar el trago amargo que los funcionarios suecos supuestamente «apolíticos» servían a los refugiados judíos. ¿Cómo iba nadie a contar con una decisión imparcial cuando incluso el director de la oficina, Robert Paulsson, se permitía ser reclutado como espía por la Alemania nazi? Incluso administradores menos tendenciosos luchaban con ahínco para evitar que los judíos perseguidos fuesen aceptados como refugiados políticos. Se consideraba esta postura casi una política establecida. Los borradores preliminares de la nueva ley

excluían explícitamente ofrecer asilo a aquellos que por ejemplo, habían huido de Alemania «por motivos de raza o de limitación de sus oportunidades para mantenerse por sí mismos, o por sentirse intranquilos en el país».

Werner Abernau no estaba en buena posición cuando conoció a Raoul Wallenberg. No habían prorrogado su permiso de residencia y, desde la primavera de 1936, se había visto obligado a ir y volver entre dos países, pues no se le permitía pasar más de tres meses seguidos en Suecia. A pesar de ello, había conseguido dirigir una empresa con un apoderado sueco, Hans

F. Böhme, que tenía su oficina en el noveno piso de una de las torres de Kungsgatan.

Durante la primavera de 1937, Raoul Wallenberg se trasladó a la oficina de Böhme con sus cremalleras, sus adormecidas ambiciones arquitectónicas y una nueva participación en la empresa de Abernau: la Svensk-Schweiziska Industrisyndikatet («Corporación Industrial Suizosueca»).

La patente que había tentado a Raoul para asociarse era la de un ingenioso corcho removible para botellas de cristal, que Abernau había obtenido durante una estancia en Suiza.

Se habían comprado ya las máquinas de producción, que se habían instalado en un taller mecánico al oeste de Estocolmo. La idea era vender los corchos «Quick» tanto en Suecia como en el extranjero. Pronto comenzaron negociaciones con compradores de Austria, Hungría, Checoslovaquia y Suiza.

En julio de 1937 recibieron un duro golpe. Durante un viaje a Austria, la Policía detuvo y encarceló a Abernau en Salzburgo. Llevó un tiempo aclarar los detalles, pero la información inicial fue suficiente para que en Raoul cundiese el pánico. Habían detenido a su nuevo socio en Austria acusado de delito

sexual con un joven menor de edad. En una carta a su primo Lennart, que se alojaba en el Hotel Gellért de Budapest, Raoul dio rienda suelta a sus inquietudes y preocupaciones. Sabía que Abernau salía con mujeres, pero ¿podía ser homosexual? Y ¿podría ese asunto salpicarle a él?

Al final, Raoul viajó a Salzburgo, solo para averiguar que su socio acababa de ser liberado, después de tres semanas en la cárcel, completamente libre de cargos. Parece ser que se había cruzado con un joven tímido, conocido por ofrecer visitas guiadas a los

extranjeros solo para denunciarlos por insinuaciones sexuales indeseadas y desplumarlos.

Raoul respiró con alivio. En el viaje en tren de vuelta a Suecia lo acompañó Lennart Hagströmer, que había estado en Austria y Hungría. Los dos pararon primero en París a pasar unos días, durante los que visitaron la Exposición Universal, así como el infame barrio chino. También visitaron a un amigo de Lennart, que estaba destinado en la legación sueca de la ciudad, donde les dieron una valija para que la entregasen en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo. Aquel

amigo era Ingemar Hägglöf, que estaba en el comienzo de su carrera diplomática.

Más tarde en la vida, Ingemar Hägglöf tendría razones para pensar a menudo en Raoul Wallenberg. A comienzos de 1945, cuando los rusos detuvieron a Raoul en Budapest, Ingemar Hägglöf era el segundo al mando en la legación sueca de Moscú. Allí pasaron Raoul e Ingemar largos periodos de aquel año a solo unas manzanas de distancia, Raoul Wallenberg en la prisión de Lubianka y Hägglöf en la legación sueca de calle Worowski. Por supuesto, ninguno de los

dos podía sospechar aquello en 1937. Ni, por desgracia, sabrían mucho más en 1945.

Raoul Wallenberg decidió dar a Werner Abernau y sus corchos otra oportunidad. En agosto, cuando dos amigos estadounidenses de Ann Arbor llegaron a Estocolmo de visita, los llevó a su oficina, donde les enseñó la vista de la ciudad, las cremalleras y los corchos «Quick». Uno de los amigos, Frederick Graham, recibió el encargo de enviar algunas botellas norteamericanas cuando volviese a casa para que Raoul pudiese probar los tapones en ellas.

Nuevas ideas iban y venían en el noveno piso de la torre norte, donde trabajaba Raoul Wallenberg. La oficina de Hans Böhme se estaba convirtiendo en una empresa polifacética. Werner Abernau y Raoul Wallenberg experimentaron con las más variadas ideas comerciales. Una vez fueron revestimientos de hormigón; otra, una sustancia peculiar con la que se podía limpiar el papel pintado, un producto que Raoul probó con entusiasmo en la oficina de Kungsgatan 30.

Parece que Raoul estuvo a punto de lograr que Marcus Wallenberg participase en el último proyecto de la Corporación Industrial Suizosueca.

Abernau se había hecho con los derechos exclusivos sobre un nuevo método suizo de producción de piezas de latón para inducidos. Pero, para entonces, el refugiado alemán ya tenía los días contados.

Durante el otoño, la Oficina de Inmigración de la Dirección Nacional de Sanidad y Bienestar Social recibió una queja contra Abernau. Una empresa sueca quería alertar a las autoridades sobre el hecho «inapropiado» de que el ciudadano alemán Abernau pudiese vivir en Dalarö y dirigir una empresa en Suecia sin tener siquiera residencia o permiso de trabajo. Una cosa llevó a la otra.

El viernes 21 de enero de 1938, dos agentes de la Policía estaban esperando en la parada cuando Werner Abernau apareció para tomar el autobús de la tarde hacia su pensión. Lo llevaron a comisaría para interrogarlo. Abernau intentó aclarar que no había infringido ninguna norma, que no había estado nunca más de tres meses seguidos en el país y que estaba en mitad de un gran trato internacional en el que quizá participase incluso el Enskilda Bank.

Todo era cierto, pero la Policía no parece haberlo creído. Tres días más tarde, el 24 de enero de 1938, la Dirección Nacional de Sanidad y

Bienestar Social determinó que Abernau debía ser deportado, con efecto inmediato.

Acababa de entrar en vigor la nueva iteración de la ley de extranjería. Con ella, los administrativos antisemitas de la Oficina de Inmigración obtenían poder real sobre el destino de los refugiados judíos. Werner Abernau fue uno de los primeros en ser deportados según el nuevo sistema. Y así quedó sellado su destino.

El 20 de marzo de 1943, el antiguo socio comercial de Raoul Wallenberg murió en el campo de concentración de Sobibor, al este de Polonia.

Durante 1938 se concentraron oscuros nubarrones sobre Europa. La anexión de Austria por parte de la Alemania nazi en marzo resultó ser solo el comienzo. En otoño, Adolf Hitler se hizo con aún más poder y engañó tanto a Neville Chamberlain, primer ministro del Reino Unido, como a Édouard Daladier, de Francia, en los llamados Acuerdos de Múnich. Francia y el Reino Unido creyeron que estaban firmando una garantía de paz a cambio de que Checoslovaquia cediese los Sudetes a Alemania. «¡Paz en nuestro siglo!», exclamó Chamberlain tras la firma del pacto. Pero Hitler tenía otras intenciones.

Aunque Raoul Wallenberg seguía la política internacional con interés, tenía asuntos más urgentes de los que preocuparse que los movimientos de las tropas alemanas. Por mucho que lo intentase, no era capaz de conseguir progreso significativo alguno en una carrera profesional que había sonado realmente sencilla cuando su abuelo la describía.

En el ámbito personal, el verano de 1938 había sido bueno. Había navegado casi todos los fines de semana por el archipiélago de Estocolmo con Lennart Hagströmer y los amigos de ambos. Solían decir en broma que el barco habría podido flotar solamente con las

botellas vacías generadas en todas aquellas excursiones. Pero lo profesional era un asunto muy distinto. La Corporación Industrial Suizosueca nunca fue lo mismo sin Werner Abernau. Al final, Raoul y Böhme decidieron renunciar a la patente del tapón y liquidar la empresa. Raoul aún tenía esperanzas en el método suizo de producción de piezas de latón para inducidos, pero pocos compartían su entusiasmo.

Knut Wallenberg había muerto en su casa en junio. Marcus Wallenberg padre asumió, a los setenta y cuatro años, la presidencia de la junta del Enskilda Bank, aunque Jacob

Wallenberg siguió siendo el presidente del banco y dirigiendo la empresa con su hermano Marcus como mano derecha.

Después del funeral de Knut, Raoul visitó a Jacob Wallenberg varias veces, y este le prometió un puesto tan pronto como pudiese encontrar «algo apropiado». Pero todo lo que propuso Jacob fue temporal y más bien encargos raros: un proyecto de investigación de mercado sobre una empresa de tostadura de café, por ejemplo.

En casa, la madre de Raoul, Maj, volvió de un largo viaje a Estados Unidos con la hermanastra de Raoul, Nina, donde

habían estado visitando a la hermana de Maj, que estaba casada con un estadounidense.

El punto culminante del viaje había sido un encuentro con la famosa enfermera sueca Elsa Brändström, renombrada por sus esfuerzos para salvar vidas entre los prisioneros de guerra de Siberia durante la Gran Guerra. Elsa Brändström era conocida internacionalmente. Tras la guerra se había asentado en Alemania, donde, entre otras cosas, abrió un orfanato para hijos de prisioneros de guerra fallecidos. Pero, cuando Hitler se hizo con el poder en 1933, se trasladó a Estados Unidos con su marido.

Elsa Brändström recibió a Maj y Nina en su casa. Brändström estaba en mitad de una nueva misión en la vida. Intentaba salvar a judíos rusos de la persecución de Hitler. Su trabajo se centraba en procurarles los documentos de protección necesarios.

Para que un refugiado fuese admitido en el país, Estados Unidos exigía documentos que indicasen que el viaje no ocasionaría gasto alguno al Gobierno. La declaración tenía que estar firmada por un ciudadano estadounidense, que asumiría la responsabilidad del mantenimiento financiero del refugiado. Elsa Brändström les dijo que firmaba

continuamente declaraciones de ese tipo para refugiados judíos y que estaba organizando campañas de reclutamiento en las calles para conseguir más personas que hiciesen lo mismo. También viajaba por Estados Unidos para intentar encontrar trabajo y hogar para los refugiados que llegaban. A muchos los había acogido en su propia casa.

Cuando Maj volvió a Estocolmo, habló con entusiasmo sobre la nueva misión de Elsa Brändström para organizar la producción en serie de documentos que permitiesen a refugiados judíos encontrar asilo seguro en Estados Unidos.

Muy motivada de nuevo por su encuentro con el mundo, a Maj von Dardel le aburría cada vez más su vida solitaria en Kevinge. Tomó una decisión. Tras solo dos años en el paraíso rural, la familia vendió la casa. En el otoño de 1938 volvieron a mudarse a Estocolmo, a un apartamento de cinco habitaciones en el centro de la ciudad.

Nina se había quedado en Londres de camino a casa desde Estados Unidos, para estudiar un año en un colegio británico. Su hermano pequeño, Guy, estaba en Boden, entrenándose como oficial de la reserva. De los hermanos, Raoul era el único que podía hacer la

nueva mudanza con sus padres. En una carta a Nina, en noviembre, se lamentaba de la situación:

Mamá ha terminado de arreglar el apartamento en un tiempo récord y ahora está disgustada por no tener nada que hacer y nada con lo que experimentar, mientras que al mismo tiempo rechaza invitaciones afirmando que la vida social es la maldición del siglo. Yo he capitulado y el viernes comenzaré las lecciones de bridge con la señora Fagerberg. Así espero ganar dos horas más de sueño cada día, cosa que necesito urgentemente.

Raoul Wallenberg destacaba en la Suecia contemporánea por su fuerte espíritu internacional y su habilidad

para los idiomas extranjeros. Dada la dirección profesional que había elegido, estuvo en contacto con varios ingenieros y empresarios alemanes que, por una razón o por otra, habían huido de la Alemania nazi.

Tras los amplios pogromos nacionales de los nazis que comenzaron con la *Kristallnacht* (la «Noche de los Cristales Rotos»), el 9 de noviembre de 1938, se incrementó la corriente de refugiados hacia Suecia. Incluso ya antes, su cantidad había aumentado hasta el punto de que las autoridades suecas comenzaron a sentir una aguda necesidad de frenar el flujo. La tarea no era fácil. Por un lado, el Gobierno no

quería introducir el requisito de un visado para Alemania. Por otro, la idea de una invasión de judíos perseguidos petrificaba a más de un líder político sueco.

Una vez más, Suecia estuvo a la altura de su reputación como tierra dorada del término medio político o, más bien, de la cobardía política. Las autoridades intentaron dar con una solución que, sin ser abiertamente antisemita, diese a los alemanes «arios» entrada libre pero detuviese a la mayoría de los judíos. Se despachó una nueva normativa a los puestos de frontera. De forma torpe e indirecta, se declaraba que cualquier refugiado que

pareciese haber dejado su patria de forma permanente debía ser rechazado. Y ese era el caso, por supuesto, de la mayor parte de los judíos.

Sin embargo, en situaciones de tensión, sería difícil para los funcionarios de la frontera sueca diferenciar entre un judío y un «ario» alemán en el control de pasaportes. Según numerosas fuentes, Suecia y Suiza apoyaron por eso con vehemencia, a comienzos de octubre de 1938, la decisión alemana de estampar una gran «J» roja en los pasaportes de sus judíos.

En otras palabras, no era tan fácil para un judío alemán perseguido pasar por el ojo de la aguja de Suecia aquel

otoño. Mucho más tarde, los cálculos finales determinaron que uno de cada dos refugiados judíos había sido rechazado en la frontera.

Alguien que por fin consiguió persuadir a la antisemita burocracia de asilo sueca fue Erich Philippi, un ingeniero y empresario de Berlín de cincuenta y siete años de edad. Este caso supondría la primera intervención de emergencia de Raoul Wallenberg, cuando quedó claro que el ingeniero judío acabaría en un campo de concentración nazi.

Erich Philippi había sido director de compras del gigante de la electrónica alemán AEG antes de que las leyes contra los judíos lo obligasen a abandonar su puesto. Estaba casado con una sueca, hablaba sueco y había viajado muchísimo a Suecia por trabajo. Su mujer y sus dos hijos eran protestantes, y habían pertenecido a la Congregación Sueca de Victoria en Berlín durante muchos años.

Presionada por el hostigamiento alemán a los judíos, la familia decidió mudarse a Suecia. La mujer y los dos hijos llevaban en Suecia desde el verano de 1938 para preparar el traslado. Ellen había perdido la ciudadanía sueca al

casarse con un alemán y apealaba ahora a las autoridades suecas para recuperarla. En octubre, Erich Philippi, que se había quedado solo en Berlín, había presentado su solicitud de residencia en Suecia.

La cosa prometía. El sacerdote agregado a la legación sueca en Berlín, Birger Forell, que también llevaba la Congregación Sueca de Victoria, había escrito una referencia extremadamente positiva. Varios pesos pesados de los negocios suecos habían accedido, asimismo, a dar fe de él, entre ellos un alto directivo del Enskilda Bank; y el

socio de Raoul Wallenberg en la Norra Kungstornet, el abogado Hans F. Böhme, también añadió su nombre a la solicitud.

Durante un tiempo la situación pareció ir a resolverse con rapidez y facilidad a favor de Philippi. El 10 de noviembre, el día siguiente a la *Kristallnacht*, se le concedió la residencia para seis meses. Pero las celebraciones duraron poco. Justo el día después, la Gestapo detuvo a Philippi en su casa.

Esta noticia trágica fue comunicada de inmediato por Birger Forell, un hombre de acción que había comenzado muy pronto a trabajar a favor de los judíos perseguidos y había preparado

algunas habitaciones en el altillo de la iglesia para ocultar refugiados. Forell se dirigió entonces al cuartel general de la Gestapo, donde se abrió paso con su pasaporte diplomático. Los oficiales de la Gestapo estaban sorprendidos por el interés del sacerdote sueco en un judío alemán, pero se ablandaron e informaron a Forell de que Philippi había sido trasladado al campo de concentración de Sachsenhausen.

Cuando la noticia llegó a Estocolmo, Böhme acudió en ayuda de la desesperada familia. Repasó los detalles jurídicos y llegó a la conclusión

de que Alemania no tenía derecho a retener a una persona a la que se había concedido la entrada en Suecia.

Lo que sucedió después no está exactamente claro. Pero sabemos que, dos semanas tras la detención de Erich Philippi, Raoul Wallenberg (que había matado el tiempo jugando al squash con Lennart Hagströmer y yendo a restaurantes con una compañera de clase de Nina, la estudiante de *ballet* Viveca Lindfors, más tarde actriz de éxito en Hollywood), viajó a Berlín para ayudar a Birger Forell en su intento de salvar al ingeniero y hacerlo llegar a Suecia. No

está claro si esto tuvo un efecto decisivo en su liberación, pero Philippi nunca olvidó la rápida acción de Raoul.

Para entonces había pasado dos semanas en el campo de concentración. Le habían rapado el pelo y el bigote, y se incautaron de la ropa para su «esterilización». Poco después, su esposa, a la que en un principio habían dicho que no era bienvenida de vuelta con sus «hijos judíos», recuperó la ciudadanía sueca.

Raoul se quedó en Berlín unos días y Gustaf habría estado orgulloso de la postura imparcial que adoptó su nieto.

Por un lado, su corazón estaba con los judíos (a la sazón, Erich Philippi y su familia). Por otro, intentaba entender la política alemana: «mantener los ojos y los oídos abiertos para la observación, pero abstenerse de emitir opiniones».

Raoul pasó la velada del sábado 26 de noviembre en un restaurante, donde conoció a un policía que pertenecía a las SS. Raoul le hizo preguntas, escuchó y absorbió impresiones, hasta el punto de que finalmente se permitió algunas conclusiones sobre los miembros y las acciones de las SS. Las escribió en una carta a unos amigos estadounidenses:

Son tipos muy fuertes, grandes y robustos, y rápidos de pensamiento y, creo, resueltos. No son, por otra parte, en absoluto emotivos, ni ignoran que algunas de sus acciones implican crueldad hacia las personas. Dicen que todo lo que se está haciendo es esencial para conseguir los objetivos nacionales y que el sufrimiento individual es insignificante en relación con el sufrimiento que asolará toda la nación si no se realizan estos cambios.

Wallenberg también paseó por Berlín y quedó impresionado por la nueva arquitectura alemana. La describió en términos líricos en la misma carta:

Representa un anhelo de grandeza que se ha reprimido durante mucho tiempo en Europa [...]. Los alemanes son los primeros europeos en construir en correspondencia con el tamaño y las posibilidades de producción en serie de su país. He estudiado los nuevos planos de Berlín y están, sin duda, marcados por un toque de genialidad, se juzguen desde la perspectiva que se juzguen.

En la pacífica Estocolmo habían comenzado a poner los adornos de Navidad a finales de noviembre. El contraste con los disturbios en Alemania era inquietante y Raoul no podía evitar bromear sobre la frivolidad comercial y

todas aquellas cabezas de cerdo decoradas según la tradición que había en los escaparates.

Las preocupaciones políticas cubrían como una pesada manta el brillo de la Navidad. En la mayor parte de las mesas suecas había discusiones recurrentes sobre la posibilidad de una guerra, y el hogar de la familia Von Dardel en Östermalmsgatan no era una excepción. Raoul volvió una vez más a *Mein Kampf*. Intentó interpretar las intenciones de Hitler, pero, por mucho que torciese y retorciese el asunto, no veía cómo podría degenerar la situación en un conflicto armado. A sus amigos de Estados Unidos, Raoul escribió que lo

único que hablaba a favor de dicha posibilidad eran los comentarios del Führer sobre la necesidad alemana de una confrontación final con Francia tras las humillaciones de la Gran Guerra. Pero Raoul creía que aquellas declaraciones eran de carácter bastante general. Esto contrastaba con las exposiciones de Hitler sobre «el problema judío», que se resaltaba en *Mein Kampf* como el más importante.

Tal como lo veía Raoul, era improbable que Hitler declarase la guerra a Francia solo para recuperar las minas de Alsacia y Lorena, o para reintegrar a los tres millones y medio de alemanes que vivían dentro de las

fronteras francesas. Era más probable que se librara una guerra para establecer la supremacía alemana en el continente y eso se podía conseguir por otros medios, sostenía.

Erich Philippi llegó a Suecia en la Nochebuena de 1938. Se mudó con su familia a un apartamento en Estocolmo. Era un hombre de corta estatura y cabello gris. Últimamente se había estado definiendo como ingeniero consultor, y llegó a Suecia con algunas ideas potencialmente interesantes en la maleta. Para un refugiado con permiso de residencia de solo tres meses, la

tarea de conseguir un trabajo en Suecia era incluso más difícil en 1938 que un año antes. Fundar una empresa estaba totalmente descartado. Pero Raoul Wallenberg y Hans Böhme estaban ya bien versados en esas cosas tras sus colaboraciones con Werner Abernau. Esta vez se aseguraron de que el nombre de Philippi no constaba en ningún documento comercial cuando crearon la empresa financiera SpecialMetall en enero de 1939, con un plan de negocios centrado en buscar nuevas patentes y licenciarlas en el mercado sueco. SpecialMetall se registró en la dirección Kungsgatan 30 y encajó sin dificultad entre las diversas actividades ya

establecidas allí. Raoul Wallenberg era miembro único del consejo de administración y, básicamente, aportó toda la inversión inicial de 10.000 coronas (unos 31.500 euros actuales). Pero SpecialMetall no tardó mucho en convertirse en la forma en que Raoul Wallenberg ayudaba a Philippi a ganar dinero con las licencias que había adquirido. Sobre el papel, la empresa parecía de Raoul, pero, en términos prácticos, SpecialMetall era, ya desde el primer año, cosa de Erich Philippi.

Raoul nunca vio un papel sustancial para él en los negocios de Philippi, y sus pensamientos estaban en otro sitio. Jacob Wallenberg, el primo de su padre,

le había prometido un buen puesto, y Raoul quería estar listo para cuando se presentase la oportunidad. Así que esperó. Y esperó. Pasaron varios meses. De vez en cuando se lo recordaba a Jacob Wallenberg, solo para oír que tenía que ser paciente y continuar esperando. Pero el momento no llegaba.

Hacia finales de abril de 1939, Raoul Wallenberg se había cansado definitivamente de todo el asunto. Escribió una carta a Jacob Wallenberg en la que no intentaba ocultar su decepción:

Es bastante deprimente seguir de esta forma, esperando, y por tanto, agradecería que pudieses decirme si me aconsejas aún, como a principios de febrero, que continúe esperando el puesto que tienes en mente o si la situación es tal que, por el contrario, me aconsejas que intente conseguir tal puesto por mí mismo. En el primer caso, me pregunto si es posible que tengas algo de lo que pueda ocuparme entretanto.

La carta tuvo el efecto deseado. Un jueves, dos semanas más tarde, Raoul fue convocado a una reunión con Jacob Wallenberg. No había aún un puesto definitivo en oferta, pero sí, al menos, un encargo menor: Jacob Wallenberg quería que Raoul revisase las

condiciones relacionadas con una posible inversión importante en la zona de Huvudsta, a las afueras de Estocolmo, y su explotación.

Raoul dudaba. A largo plazo, creía absolutamente que había futuro incluso para barrios residenciales bastante lejos de Estocolmo. Había visto cómo pasaba en Estados Unidos. Pero el punto de fricción era que Suecia tenía un índice de natalidad alarmantemente bajo, lo que significaba que llenar Huvudsta requeriría una inmigración significativa desde el campo, un desarrollo milagroso de la economía sueca y una demanda sustancialmente alta de vivienda nueva, razonaba Raoul.

En conjunto, requería que se dieran demasiadas circunstancias.

Cuando presentó su informe a Jacob Wallenberg el 3 de agosto de 1939, llevaba trabajando en la cuestión más de dos meses.

Raoul no había hecho mención de la amenaza de guerra en el análisis de Huvudsta, pese a que se multiplicaban las noticias sobre la tensa situación en Europa; el Parlamento había redactado cierto número de leyes de estado de emergencia que entrarían en vigor «si llegaba la guerra». Pero es probable que la conclusión pesimista de Raoul en el informe estuviese influida por su sensación de los cambios globales que

estaban por producirse. Es significativo que, para entonces, Raoul Wallenberg ya no creyera automáticamente que la vida en Suecia fuera a seguir el mismo camino tranquilo y seguro que hasta entonces.

Pronto cumpliría veintisiete años. Estaba sano y no tenía aún una familia propia de la que preocuparse. A mediados de junio de 1939 se sentó en la oficina de la Norra Kungstornet y firmó un testamento en presencia de dos testigos.

Yo, Raoul Gustaf Wallenberg, declaro por la presente que es mi última voluntad y mi testamento que todas mis posesiones

materiales pasen a mis hermanastros Guy y Nina von Dardel a partes iguales. Y nombro como albacea de mi propiedad y de este testamento a Fredrik von Dardel.

Agosto de 1939 pasaría a la historia como el agosto más cálido en Suecia en noventa y tres años. Cuando los habitantes de Estocolmo se despertaron la mañana del 1 de septiembre, la niebla cubría la ciudad. Los meteorólogos habían anunciado tormentas, pero en realidad ese viernes iba a ser «uno de los días más espléndidos del final del verano», como escribió un periodista.

Puede que hubiese sido un día idílico en Estocolmo de no ser por los acontecimientos que tuvieron lugar en la frontera germanopolaca a las 4.45 de la madrugada. Se había acabado la especulación: había llegado la guerra. Las tropas alemanas habían invadido Polonia, y ya esa mañana caían las primeras bombas sobre Varsovia y otras muchas ciudades.

A las 10.00, un pálido Adolf Hitler se erguía en el Reichstag. Según el corresponsal del periódico *Dagens Nyheter*, emitió un «grito de guerra como nunca he oído». Se citó a Hitler diciendo: «Ahora no quiero ser otra cosa que el primer soldado del Reich

alemán y, por eso, he vuelto a vestir el uniforme de campaña gris. Y no me lo quitaré hasta que la victoria sea nuestra, o no viviré para ver el fin».

En Estocolmo se saturaron las tiendas de comestibles. Todo el mundo quería hacer acopio de harina, café, té, productos de limpieza, jabón, especias y, especialmente, azúcar. Ese día no quedó un solo kilo de azúcar que comprar en toda la ciudad. Y apenas gasolina.

La gente se apiñaba ante las centrales de los periódicos, donde se exponían los últimos telegramas en las ventanas. Viajar en autobús se hizo de repente peligroso porque, según testigos

oculares, los conductores desviaban la atención del tráfico para intentar leer los últimos titulares. El ambiente era agitado. Quienes maldecían contra Hitler recibían respuestas glaciales de aquellos que pensaban que tales críticas no iban con la neutralidad sueca; a cambio, estos eran tachados de «bestias nazis».

Se convocó una reunión especial del consejo de ministros y se tomaron decisiones sobre los preparativos de defensa. Unas horas más tarde se pegaban en la estación central de ferrocarril partes amarillos anunciando la llamada a filas. Los primeros reclutas debían presentarse ya el domingo 3 de

septiembre, tras haber estudiado las normativas militares actuales y haberse equipado con zapatos, ropa interior, cuchillo, tenedor y cuchara.

Raoul Wallenberg pertenecía a la Guardia Real Sueca. Su regimiento tenía la responsabilidad de defender la capital en caso de ataque sorpresa. Su quinta en particular no estaba entre las primeras llamadas a filas, pero podía contar con ser convocado en los meses siguientes.

Raoul pasó el día en la oficina de la Norra Kungstornet. En ese primer día de guerra, escribió un poder que otorgaba a Erich Philippi total libertad para actuar en nombre de la

SpecialMetall. Como representante de la empresa, también redactó un acuerdo con Erich Philippi en el que se garantizaban a este último los beneficios que la empresa ganase de las agencias que había traído con él.

Era como si Raoul quisiera asegurarse de que no pondría a su amigo alemán en riesgo en caso de ser llamado a filas y enviado a la guerra.

UN MILITAR CON ASPIRACIONES EMPRESARIALES

Para el martes 9 de abril de 1940, la guerra llevaba siete meses en plena furia. Esa mañana temprano, Radiotjänst, el servicio de radio

nacional sueco, recibió un aviso de un oyente. Las estaciones de radio extranjeras estaban informando de que Alemania acababa de atacar Dinamarca y Noruega. ¿Se lo había perdido la radio sueca?

Unos días antes, el enviado de Suecia en Berlín, Arvid Richert, había intentado alertar al Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo de que se estaba tramando algo. Otras fuentes del continente habían comunicado su preocupación: los alemanes estaban reuniendo un número sospechosamente alto de efectivos junto a sus barcos para el transporte de tropas en los puertos a lo largo del Báltico. Pero el Gobierno

sueco había desestimado dichos informes. No había absolutamente ningún indicio de que Alemania fuese a atacar Suecia bajo ninguna circunstancia.

Poco después de la medianoche del 9 de abril, sin embargo, Alemania atacó Oslo y varias otras ciudades noruegas. Unas horas más tarde, soldados alemanes desembarcaban en Copenhague. Para entonces, las tropas alemanas habían cruzado hacía mucho la frontera danesa. Dinamarca se rindió tras solo un par de horas. Unas pocas zonas de Noruega resistieron durante casi dos meses. Aunque el tiempo que podría haber aguantado Suecia es solo

materia de especulación, el día de la invasión alemana de Noruega toda la frontera entre Suecia y Noruega estaba indefensa.

Despertaron al primer ministro sueco, Per Albin Hansson, a las 5.00 para informarlo de los acontecimientos. «Nuestro estado de preparación es bueno», había asegurado a la ciudadanía en un discurso en Skansen poco antes del estallido de la guerra en 1939. En realidad, las condiciones del Ejército sueco no eran algo de lo que presumir. Era el precio de la inversión del Gobierno socialdemócrata en bienestar en vez de en defensa, la opción de «la mantequilla antes que los cañones». Los

uniformes de la Gran Guerra apestaban a naftalina y se decía que los cuellilargos fusiles Mauser que se pusieron en manos de muchos soldados suecos recién reclutados eran del siglo XIX. Se afirmó que la invasión alemana de Noruega había pillado tan de sorpresa a los soldados suecos que estos tuvieron que recurrir al poco convincente subterfugio de apuntar con postes de telégrafo a los aviones alemanes que volaban cerca de la frontera.

El primer crudo invierno del conflicto había estado dominado por simulacros de oscurecimiento y la guerra entre

Finlandia y la Unión Soviética. El pueblo sueco sentía simpatía por los finlandeses, y el número de voluntarios batió todos los récords. Pero cuando surgió la cuestión de enviar tropas suecas, el primer ministro socialdemócrata Per Albin Hansson se negó.

Un par de meses antes, Hansson había formado una amplia coalición de gobierno con casi todos los partidos representados, en una especie de Ministerio de Guerra sueco. Había sido pacifista en el pasado y no era, quizá, el líder que hubiese deseado la derecha sueca en tiempos de guerra. Pero el enfoque juicioso y pragmático de

Hansson inspiraba respeto. Pasó a encarnar, entonces sí, el papel de patriarca de la nación.

Por cautela, reclutó a un personaje totalmente apolítico para el importante y sensible cargo de ministro de Asuntos Exteriores: el enviado en Oslo, Christian Günther, conocido como diplomático competente aunque perezoso, que prefería pasar el tiempo en las carreras o jugando al bridge antes que en su despacho.

Fue una extraña coincidencia que Suecia estuviese liderada durante la guerra por un primer ministro y un ministro de Exteriores que confesaron

haber fingido problemas cardíacos para escapar de su servicio militar. Solo Christian Günther lo había logrado.

Suecia declaró su neutralidad y se decidió por una política exterior diseñada para evitar provocar sin necesidad un ataque alemán. Desde un punto de vista estricto, no todas las concesiones que se garantizaron se correspondían con una postura neutral. Pero este era un precio que el Gobierno estaba dispuesto a pagar en su lucha por salvar vidas suecas y la independencia del país.

El tráfico de tránsito alemán sería el ejemplo más claro. Cuando Noruega se rindió en el verano de 1940, el

Gobierno sueco estuvo de acuerdo en permitir que algunos trenes alemanes cargados con equipos y soldados atravesasen Suecia de camino hacia o desde Noruega. Se creía que, de otra forma, se corría el grave riesgo de que Alemania se asegurase por la fuerza el derecho de hacerlo. Esta concesión inicial a Alemania provocó fuertes sentimientos de humillación entre la ciudadanía, que recibiría aún otros golpes.

Los paños calientes con Alemania fueron más habituales en los primeros años del conflicto. Günther, el ministro de Exteriores, estaba en un principio convencido de una victoria alemana

total, aunque menos por una particular simpatía hacia los nazis que por una evaluación pragmática de la situación y un temor mayor, compartido por muchos otros suecos, a la Unión Soviética. La conclusión de Günther estaba fuertemente apoyada por el jefe político del ministerio, Staffan Söderblom, cuya credibilidad estaba en alza durante esos años. Staffan Söderblom iba a tener más tarde un papel determinante en el destino de Raoul Wallenberg.

El objetivo del Gobierno era que Suecia quedase al margen de la guerra, manteniendo a los alemanes de buen humor. Era una estrategia que tanto

Söderblom como Günther estaban determinados a seguir, sin importar el coste.

El furriel (una graduación que, en Suecia, está entre el cabo y el sargento) Raoul Wallenberg fue convocado por primera vez a mediados de noviembre de 1939 para un mes de servicio de guardia en la Guardia Real Sueca en Estocolmo. Fue también uno de los muchos movilizados inmediatamente después de la ocupación alemana de Noruega y Dinamarca. Unas pocas

semanas más tarde, el 26 de abril de 1940, fue formalmente reincorporado a la Guardia Real Sueca.

Raoul comenzó a poner sus asuntos en orden. Un año antes había escrito su testamento, así que las cosas estaban resueltas en lo personal. Pero ahora pensaba en la SpecialMetall. Si algo le pasaba, Erich Philippi podía acabar en una situación complicada, puesto que Raoul era dueño de la mayor parte de la empresa.

El 11 de abril, el mismo día en que comenzó la llamada general a filas, Raoul Wallenberg escribió una carta a la esposa de Erich Philippi, Ellen, en la que esbozaba una oferta permanente

para venderles su parte de la empresa por una corona, lo que, en la práctica, se traducía en que les regalaba lo que hoy habrían sido 31.500 euros. Esta oferta estaba motivada por el hecho de que era Philippi quien dirigi a la empresa y el responsable único de sus beneficios. Para estar seguro, Raoul escribió otra carta, en la que renunciaba a todos sus derechos sobre la empresa: «En el caso de mi muerte [...] Mis derechos al respecto pasarán al Dr. E. Philippi».

Por aquella misma época, Raoul Wallenberg y Hans B hme procedieron a cerrar sus oficinas compartidas en Kungsgatan 30.

Tres años habían pasado desde el fallecimiento de Gustaf Wallenberg. En ese tiempo, Raoul se las había arreglado con habilidad, aunque sin los éxitos profesionales que había esperado. Cuando Jacob Wallenberg mencionó a Raoul que la guerra posiblemente traería consigo problemas, similares al proyecto de Huvudsta, que podría encargarle resolver, Raoul se armó de valor y le preguntó si había posibilidad de que le diera un puesto permanente. Jacob había prometido pensárselo, pero nada había surgido de aquello hasta entonces.

Solo podemos especular sobre las razones que había tras la aparente indiferencia con que Jacob y Marcus Wallenberg hijo trataron a Raoul durante esos años. Alargaron un dedo muchas veces, pero nunca el apretón de manos tan ansiado. Percibimos un conflicto entre las tradiciones de responsabilidad y lealtad familiares por un lado y el escepticismo de los hermanos hacia los talentos únicos, aunque quizá no tan wallenberguianos, de Raoul por otro.

Los hermanos se habían estado empapando de la actitud de la familia hacia el asunto de la sucesión en el negocio desde que eran niños. Ni Jacob ni Marcus podían, por lo tanto, obviar el

hecho de que Raoul era el hijo de su fallecido primo mayor Raoul Oscar, quien, a la vista de su orden de nacimiento y su evidente competencia, había sido el primer candidato de la siguiente generación para entrar en el banco.

Desde entonces habían cambiado muchas cosas: al menos Marcus hijo tenía su propia descendencia de la que ocuparse, lo que podría haber creado un deseo consciente o inconsciente de mantener al hijo de Raoul Oscar al margen. El joven Raoul no era, pese a todo, un pariente tan cercano para Jacob

y Marcus: el hijo de un primo. Incluso para Jacob, los tres hijos de Marcus habrían sido mucho más cercanos.

Pero es difícil evitar la sensación de que este comportamiento señalaba también ciertas dudas respecto de las cualificaciones y características personales del joven Raoul. Tanto los hermanos como Marcus padre parecían haber considerado a Raoul simpático, extrovertido y creativo, pero también algo impulsivo. Lo veían parlanchín, algo que puede no haber cuadrado bien con el lema que Marcus Wallenberg padre había adoptado: «*Esse, non videri*». Su intención era que el lema sirviese como «recordatorio para

realizar conscientemente el propio trabajo sin buscar el reconocimiento y sin pretender parecer más de lo que uno es».

En un libro anterior sobre Raoul Wallenberg, un amigo describía su manera de hacer negocios como «laberíntica». Avanzaba lentamente hacia el objetivo, en una especie de parábola. Sus pensamientos nunca seguían los caminos habituales cuando negociaba, y sus motivaciones y argumentos a menudo molestaban y sorprendían a sus interlocutores.

Este era posiblemente un estilo muy ajeno a los hermanos Wallenberg. Peter Wallenberg, hijo de Marcus hijo, decía

que: «A la larga, creo que estos señores no creían que Raoul valiese demasiado [...]. Estudiaban a todos los parientes que querían entrar en el banco, les hacían pruebas durante largo tiempo y luego tomaban una decisión: sí o no. No entrabas en el banco solo por llevar el apellido. Las tareas menores que asignaron a Raoul eran típicas de esas pruebas, para ver cómo las gestionaba y qué clase de juicios mostraba en determinadas circunstancias. Creo que es la explicación más probable».

Raoul Wallenberg estaba entonces a punto de cumplir veintiocho años, y aún vivía con sus padres. No tenía trabajo que lo ocupase a tiempo

completo, e iba a perder pronto su oficina. Tenía razones para preocuparse por su futuro. ¿Cómo podría casarse y formar una familia sin nada ni remotamente parecido a la clase de ingresos anuales que su abuelo Gustaf había declarado mínimos?

Pero, en abril de 1940, esas trivialidades personales palidecían en comparación con las grandes amenazas que se cernían en el horizonte.

Un fuerte deseo de defender la patria estaba creciendo entre los adultos suecos que no habían sido llamados a filas. Se había hablado mucho sobre ello

en las florecientes asociaciones del rifle en Suecia, que habían duplicado el número de sus miembros después del 1 de septiembre de 1939. ¿No podían los hombres mayores y los jóvenes que seguían en casa presentarse también, arma en mano, en caso de necesidad? El destino quería que esos hombres jóvenes y mayores fuesen parte importante de la vida cotidiana de Raoul Wallenberg durante los años siguientes.

Cuando estalló la guerra de Invierno finlandesa, creció el interés en establecer una organización formal. Cada vez más voces se alzaban a favor de crear una milicia nacional en Suecia, cuya existencia aprobó el Parlamento

sueco en mayo de 1940. Un mes más tarde se habían alistado casi cien mil hombres, el doble de lo esperado. No obstante, dos problemas amenazaban con malograr la iniciativa: la falta de armas y la falta de instructores.

Daba la casualidad de que Raoul Wallenberg pertenecía a una unidad de la Guardia Real Sueca cuyo objetivo principal era entrenar a otras tropas. Durante su servicio ese verano fue ascendido a sargento y se le encargó la instrucción de los primeros alistados en la Milicia Nacional. Esos cursos, que se impartirían con el nombre de «Escuela de Guerra», duraban una semana, y se

alojaba a los alistados en residencias obreras vacías, justo a las afueras de Estocolmo.

El ambiente entre los que se habían presentado voluntarios para el servicio era bastante distinto del que tenían los llamados a filas. Como el primer jefe de la Milicia Nacional sueca recordaría en sus memorias: «Para muchos instructores era una experiencia absolutamente novedosa conocer a una nueva tropa en la que todos los hombres ardían en deseos de aprender tanto como fuese posible». A Raoul Wallenberg le gustaba lo que veía, y al parecer el aprecio era mutuo. Varias veces la

Milicia Nacional pidió al sargento Wallenberg como instructor de sus cursos de entrenamiento locales.

Raoul estaba enganchado. Cuando hubo completado su servicio con la Guardia Real Sueca a finales de septiembre, se ofreció voluntario para quedarse y continuar con el entrenamiento de la Milicia Nacional en su tiempo libre.

«Hay un gran riesgo de que Suecia se vea envuelta en el conflicto armado», explicaba un pesimista Raoul en una reunión de las juventudes de una asociación del rifle. Muchos se sintieron inspirados y se alistaron para los cursos de la Milicia Nacional, que comenzaban

con entrenamiento de armas básico en un campo de tiro especialmente preparado para ellos, bajo el mercado de Hötorget, por una empresa de comestibles.

Las marchas a pie y el combate urbano se convirtieron en los campos de especialidad de Raoul. Tal como él lo veía, los alistados en la Milicia Nacional tenían todo lo necesario en términos de motivación y entusiasmo; después de todo, eran voluntarios. Lo que les faltaba era estar en forma. Un comandante de la Milicia Nacional relataba en un artículo conmemorativo que, en 1940 y 1941, Raoul organizó lo

que era entonces bastante inusual: «marchas a paso ligero», a varios ritmos.

En la primavera de 1941 se presentó a Raoul la tarea de organizar maniobras y marchas para hasta un millar de hombres de varias unidades. La «Marcha de Asalto» del 7 de mayo de 1941 se convirtió en su primera prueba de fuego: un reto organizativo de proporciones abrumadoras.

Era una tarde más bien fría, y un millar de alistados de la Milicia Nacional se reunieron en el Kungsträdgården de Estocolmo. Raoul había dividido a los hombres en grupos, según lo rápidamente que esperaba que

terminasen la marcha, como si estuviesen en las clases de gimnasia de la Nya Elementarskolan. Sus instrucciones fueron meticulosas: «Equipo completo. Macuto al lado derecho; gorro calado hasta dos dedos por encima de la ceja derecha, tres dedos sobre la oreja izquierda».

A las 19.25, a la orden de «¡Marchen! ¡Ar!», partieron en una ruta alrededor del centro de Estocolmo. La marcha rápida se alternó con carreras al trote. El mejor grupo recorrió casi doce kilómetros esa noche.

Después, se pudo oír a algunos de los participantes, sin duda sin aliento, alabar la exquisita precisión del

programa. El periódico *Svenska Dagbladet* informó al día siguiente de que: «No hubo contratiempos durante el acto y las tropas estaban en tan buena condición física que incluso cantaban mientras corrían. El sargento Wallenberg tenía razones para estar satisfecho con la tarde. Y de hecho lo estaba, a juzgar por su expresión».

La «Marcha de Asalto» fue, sobre todo, un reto logístico, pero Raoul también organizó maniobras más explícitamente militares, en su mayoría en entornos urbanos. Esa misma primavera hizo que un centenar de hombres jóvenes imaginase que el enemigo había desembarcado en uno de

los muelles de Estocolmo y establecido una cabeza de playa en una escuela cercana.

Los hombres también se entrenaron simulando batallas en terreno más duro fuera de Estocolmo, arrastrándose por el lodo de zonas pantanosas y lanzando granadas. Raoul era sumamente enérgico y exigía mucho a sus hombres; pronto se lo consideró un instructor más experto y creativo que muchos militares de carrera.

Uno de sus brigadas recordaría, en un libro sobre Raoul Wallenberg que se publicó ya en 1946, que: «Se tomaba su trabajo tan en serio que siempre adoptaba la forma militar más correcta

en las conversaciones con sus superiores, aun cuando estos fuesen amigos personales. Sus subordinados lo apreciaban, pero no tenían una vida fácil». O, como afirmaría otro amigo de la Milicia Nacional: «Raoul Wallenberg no era un tipo común y corriente».

Cuando entrevistaron a Raoul en el *Svenska Dagbladet* a mediados de junio de 1941, no pudo disimular lo satisfecho que se sentía con los resultados de sus esfuerzos. El periódico se encontró con él en una plaza de Estocolmo, una tarde de jueves lluviosa, con varios miles de alistados de la Milicia Nacional y espectadores rodeándolo. Recitaron la oración de guerra «Dios y Patria» y

cantaron el himno nacional sueco juntos. «La Milicia Nacional se está convirtiendo en una fuerza de élite», explicó el sargento Wallenberg al periodista.

En el verano de 1941, Raoul Wallenberg escribió al mando local de la Milicia Nacional pidiéndole un ascenso a teniente. Prometió continuar trabajando para la Milicia Nacional sin paga en su tiempo libre, ya fuera en las marchas o en la propaganda.

La petición de Raoul fue rechazada, cosa que no parece haberlo afligido mucho. Mantuvo su promesa de continuar trabajando para la Milicia

Nacional sin paga, haciéndolo en su tiempo libre, aun cuando acabaron por ofrecerle un puesto de director.

Tras el estallido de la guerra, recurrieron incluso a Jacob y Marcus Wallenberg en beneficio del país. Marcus hijo era amigo íntimo de Erik Boheman, subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores durante toda la Segunda Guerra Mundial. También tenía buenos contactos en los círculos políticos más influyentes de Londres. Jacob Wallenberg, a su vez, había asumido las responsabilidades de su padre y era uno de los miembros más

importantes de la delegación sueca que negociaba los acuerdos comerciales con Alemania. Los hermanos mantendrían esta división del trabajo a lo largo de toda la guerra. Pidieron a Marcus que participase en las negociaciones comerciales con Gran Bretaña y Francia, a Jacob que lo hiciese con Alemania.

Los primeros encargos se los hicieron ya en septiembre de 1939. Marcus hijo viajó a Londres con Erik Boheman. Con su humor y su carisma, intentó convencer a los británicos de que la neutralidad sueca significaba que

Suecia no tenía otra opción que continuar exportando mineral de hierro a Alemania.

El más callado y reflexivo Jacob Wallenberg había recibido, por su parte, a la delegación comercial alemana en Estocolmo, acompañado por el director de la División de Comercio del Ministerio de Exteriores sueco. Los alemanes compraban ya el 80 por ciento del mineral de hierro que exportaba Suecia y había que engatusarlos para que no aumentasen la demanda.

Tanto Jacob como Marcus hijo pasaron gran parte de su tiempo durante los años de guerra en negociaciones comerciales en nombre del Ministerio

de Exteriores. Boheman señalaría más tarde, en sus memorias, que: «Es casi imposible exagerar los servicios que los Wallenberg prestaron a Suecia durante los años del conflicto».

A veces, las tareas del Ministerio de Exteriores tomaban una forma política más directa. Se usó a los hermanos Wallenberg como línea de comunicación no oficial del Gobierno sueco. En el otoño de 1939, Marcus Wallenberg hijo se reunió, por ejemplo, con Winston Churchill, quien poco después, en mayo de 1940, se convertiría en el nuevo primer ministro británico.

A petición del Gobierno, Jacob Wallenberg se encargó de visitar a Hermann Göring en Carinhall, en agosto de 1940. Göring quería hablar con el ministro de Exteriores, Christian Günther, o con alguien cercano a él, para quejarse de la actitud antialemana de la prensa sueca. Ese alguien resultó ser Jacob Wallenberg. Göring comenzó el encuentro quejándose al director de banco sueco durante veinticinco minutos, pero su reunión de cinco horas terminaría, no obstante, con Göring aventurando una futura alianza germanosueca.

La familia Wallenberg no era uniformemente negativa en cuanto a Alemania. Una Alemania más sólida se veía como un buen contrapeso «democrático» para la gran dictadura comunista del este. No era una actitud inusual entre los suecos que se inclinaban por el conservadurismo y no significaba que fuesen propiamente simpatizantes de los nazis. Por ejemplo, Marcus Wallenberg padre, de setenta y cinco años, escribía a un amigo cuatro meses antes del comienzo de la guerra: «Hitler es un ejemplo terrible del papel de las fuerzas psicológicas en la historia». Y durante las negociaciones sobre los acuerdos de guerra de 1939,

Jacob había escrito a su hermano Marcus, que se encontraba en Londres, sugiriéndole que los británicos deberían exigir el cese de Hitler antes de entrar en cualquier tipo de negociaciones de paz.

Jacob Wallenberg vino a complementar su extensa red en los mundos industrial y financiero alemanes con algunos contactos claves en el movimiento de la resistencia alemana. A veces coincidían ambos. El más significativo fue Carl Goerdeler, que estuvo entre los conspiradores relacionados con el intento de asesinato de Hitler en el verano de 1944.

Poco después de escribir la carta sobre la exigencia del cese de Hitler a su hermano Marcus, Jacob se reunió con Goerdeler por segunda vez en solo unos meses. Había sido la primera vez, y estaba lejos de ser la última, que se utilizaba a los hermanos Wallenberg como canal de información no oficial entre los antinazis alemanes y el Gobierno británico. Jacob transmitiría varios mensajes a Marcus, quien a su vez los pasaría a las potencias occidentales a través de sus contactos políticos en Gran Bretaña.

Carl Friedrich Goerdeler era un nombre muy conocido en Alemania. Aunque había sido alcalde de Leipzig, se fue desencantando tras las leyes de Núremberg de 1935. Al año siguiente dimitió y asumió un cargo como jefe de la división comercial de la empresa de electrónica alemana Bosch en Stuttgart. También se convirtió en uno de los líderes, junto con otros ejecutivos de la empresa, del movimiento antinazi.

El 1 de septiembre, el día antes de empezar la guerra, Goerdeler estaba en Estocolmo para ver a varias personas, entre ellas Jacob y Marcus Wallenberg padre. Jacob Wallenberg escribiría en un memorándum que: «De forma muy

honrada, dio cuenta de su postura extremadamente crítica hacia el nazismo y dejó claro que era muy pesimista en cuanto a la evolución de Alemania».

Goerdeler tenía un motivo subyacente para su viaje a Suecia. Bosch producía componentes de motor para aviones, entre otras cosas, y estaba tanteando el interés de los bancos de países neutrales en comprar las propiedades en el extranjero del grupo. Querían estar bien preparados para la guerra, que para entonces estaban convencidos de que llegaría pronto, y evitar la confiscación de las empresas Bosch en el extranjero como propiedad enemiga. Si esas empresas eran

oficialmente propiedad de un banco en un Estado neutral, la situación sería diferente y podrían mantener su imperio intacto.

La Junta de Administración de Bosch tenía una ingeniosa solución en mente. Venderían las empresas Bosch en el extranjero, algunas solo por un breve periodo. Un acuerdo complementario, lo que sería una cláusula preferente, daría al grupo Bosch el derecho, durante un periodo de dos años tras la guerra, de volver a comprar la empresa al mismo precio al que la había vendido. La compensación por el favor se concedería en forma de dividendos

durante el periodo en cuestión, intereses sobre la cantidad invertida y un generoso pago único.

Los Wallenberg compraron varias empresas europeas de Bosch, y luego también American Bosch, todas con acuerdos independientes. La compra camuflada de American Bosch fue una bomba de relojería. En Estados Unidos hubo prontas sospechas de que la venta era sencillamente una forma de ocultar la auténtica propiedad alemana, y los norteamericanos acabaron confiscando las acciones de American Bosch como propiedad enemiga. El escándalo Bosch, que perseguiría a Jacob Wallenberg

durante el resto de su vida, no estalló, sin embargo, hasta una vez terminada la guerra.

Por el momento, Jacob continuó sus frecuentes viajes a Alemania para negociar acuerdos. En total hizo diecisiete viajes a Berlín durante los primeros cuatro años del conflicto. Casi en todos ellos se reuniría con el miembro de la resistencia Carl Goerdeler.

En el verano de 1941, Jacob Wallenberg tenía cuarenta y ocho años y seguía soltero. Aún vivía en un apartamento sobre el de sus padres en Strandvägen

27 y pasaba, como había hecho siempre, gran parte de su tiempo libre en regatas. Contaba al famoso naviero sueco Sven Salén entre sus amigos navegantes.

Salén sería la persona que ayudaría a Jacob Wallenberg a descargarse de sus obligaciones con el hijo de su primo, Raoul Wallenberg. En opinión de Sven Salén, Raoul Wallenberg tenía exactamente la clase de habilidades que precisaba en aquel momento. Salén estaba planeando lanzar una nueva empresa que cubriese los déficits alimentarios suecos durante la guerra con importaciones, principalmente desde Hungría.

Sven Salén era dueño de varias empresas navieras. Era, asimismo, presidente y director, con responsabilidad sobre el tráfico naval, de la boyante AB Banan-Kompaniet («Compañía Bananera»). Antes del comienzo de la guerra, la AB Banan-Kompaniet tenía más de un centenar de empleados y cinco grandes buques dedicados a la importación de plátanos desde Jamaica. Los llamados «plátanos de Fyffes» habían sido muy populares en Suecia.

Pero ahora esta actividad se había detenido por completo. Tras los ataques a Dinamarca y Noruega en abril de 1940, los alemanes habían plantado una

cadena de minas a través del Skagerrak y bloquearon de un golpe todo el comercio sueco hacia el oeste. Es cierto que había habido una pequeña cantidad de tráfico comercial exterior sueco desde febrero de 1941: se había conseguido el paso de un par de barcos al mes tras laboriosas negociaciones con los bandos en guerra. Sin embargo, quedaba seriamente limitado y era arriesgado. Los productos de lujo, como los plátanos, no eran una prioridad en aquellos transportes infrecuentes, no cuando la disponibilidad de existencias de productos básicos estaba amenazada.

El racionamiento de productos no había dejado de aumentar durante el último año. Para 1941 casi todo estaba racionado: el té y el café, el pan y la mantequilla, la carne, los huevos y el queso. En Estocolmo comenzó a servirse carne de zorro y tejón, y no se podía invitar a nadie a cenar sin pedir cupones de racionamiento a los invitados. Aún se disponía libremente de pescado y aves de corral, lo que llegaría a ser muy importante para Raoul Wallenberg.

Sven Salén había previsto la posibilidad de un alto en las importaciones de plátanos en caso de guerra. La AB

Banan-Kompaniet había comenzado a expandirse hacia nuevos ámbitos ya en 1939. Entre otras cosas, la empresa había abierto una fábrica enlatadora en Malmö, llamada Svenska Konservfabriken Globus AB. Así fue como se estableció el contacto con Hungría. En la búsqueda de los mejores socios extranjeros posibles, Salén y la AB Banan-Kompaniet habían dado, como la describían ellos mismos, con «la empresa más grande y de más éxito de Europa en el sector de las conservas alimentarias, la Manfréd Weiss A-G de Budapest».

La AB Banan-Kompaniet y la Svenska Konservfabriken Globus AB recibieron la principal licencia comercial en Suecia para los famosos productos húngaros Globus: salsa de tomate, paté de oca, sopas y verduras en lata. Sven Salén había visto también el potencial de ampliar la importación de alimentos desde Hungría, el silo de Europa. Era cierto que Hungría estaba aliada con Alemania, pero en febrero de 1941 Suecia y Hungría habían firmado un nuevo acuerdo comercial que prometía proveer a Suecia con incluso más de lo esperado.

Un año antes, Salén había conocido a un emprendedor alimentario húngaro, Kálmán Lauer. Durante muchos años, Lauer, que ya había cumplido los cuarenta, había sido el representante internacional de la mayor empresa exportadora de alimentación de Hungría, Hangyas. En los últimos años había estado viajando a Suecia por diferentes negocios, no solo en lo referente a productos enlatados. Cuando estalló la guerra, impulsó una campaña para popularizar las baratas ocas húngaras en un Estocolmo relativamente escéptico al respecto. Tuvo mucho más éxito del que habría cabido esperar. La venta de ocas húngaras se quintuplicó.

Durante la primavera de 1941, Lauer contribuyó a que no se estropeará la Pascua en muchos hogares suecos: las 3.500 cajas de huevos húngaros que importó mantuvieron a raya el precio rápidamente creciente de los huevos. Y fue en esa época cuando la junta de la AB Banan-Kompaniet comenzó a hablar de formar una Cámara de Comercio suecohúngara con Lauer.

Kálmán Lauer era, en realidad, licenciado en Derecho, aunque, como sucedió a muchos intelectuales húngaros, se había visto obligado a interrumpir su carrera profesional tras la

derrota de Hungría en la Gran Guerra. En el acuerdo de paz de 1920, la aliada de Alemania perdió más de dos terceras partes de su territorio y un 60 por ciento de su población. De un solo golpe, los puestos disponibles en la judicatura disminuyeron drásticamente, en especial para los húngaros que, como Lauer, se encontraron en Rumanía tras la redefinición de las fronteras.

Lauer se presentó como «calvinista» o «protestante» a las autoridades suecas, muy probablemente en un intento de ocultar su ascendencia judía. Hacia finales de los años treinta, cuando el Gobierno proalemán de Hungría apretaba cada vez más las

tuercas a su población judía, Lauer comenzó a pasar cada vez más tiempo en el extranjero. Ahora deseaba quedarse en Suecia con su mujer, Maria, que era también de origen judío. Sven Salén pensó que era una buena idea. Incluso llamó a la recalcitrante Oficina de Inmigración de la Dirección Nacional de Sanidad y Bienestar Social.

A medida que pasaba el tiempo, los planes de negocio conjuntos cambiaron. En vez de una Cámara de Comercio, formaron la Mellaneuropeiska Handels AB (es decir, una sociedad anónima bautizada como «Comercial Centroeuropea») en julio de 1941. O, más bien, Salén invirtió el grueso del

capital en la empresa y dio a Lauer la mitad de las acciones a cambio de sus conocimientos en la materia: la idea era que este dirigiese la empresa. El único problema era que Lauer no era ciudadano sueco y que la solicitud del permiso de residencia estaba llevando mucho tiempo. Necesitaban contratar a alguien que pudiese ser signatario autorizado, formar parte de la junta y hacer los viajes necesarios por Europa, que resultaban cada vez más difíciles para Lauer. El primo desempleado de Jacob Wallenberg, Raoul, cumplía de sobra los requisitos.

Raoul Wallenberg se reunió con Kálmán Lauer como estaba previsto, y este le ofreció el puesto de director de operaciones internacionales de la Comercial Centroeuropea para comenzar en agosto de 1941. Raoul conservó dicho puesto hasta el verano de 1944, cuando recibió, casi por accidente, el encargo de viajar a Budapest en una misión suecoamericana para salvar a los judíos húngaros. Puede que fuese porque nadie más se atrevió a hacerlo, o quizá sencillamente era el hombre adecuado y estaba donde tocaba y cuando tocaba.

Para la festividad del solsticio de verano de 1941, Alemania había comenzado su ataque a la Unión Soviética. Un par de días más tarde, Finlandia entraba en la guerra en el bando de Alemania. La situación política exterior de Suecia era más inestable que nunca, y los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores describirían más tarde cómo Suecia se convirtió, aquel verano, en una isla precariamente aislada en el mar alemán. Uno de los ministros del consejo lo describió como «vivir ante la boca de un cañón cargado».

Cuando los alemanes exigieron poder transportar los 15.000 soldados de su División Engelbrekt desde Noruega, a través de territorio sueco, hasta el frente de Finlandia, el medroso Gobierno sueco no se atrevió a negarse.

El verano de 1941 se convirtió en un importante punto de inflexión para la carrera profesional de Raoul Wallenberg. Importar huevos, aves de corral y productos enlatados quizá no era la clase de trabajo que había soñado, pero era lo de menos. Tenía un puesto permanente en el mundo de los negocios. Si bien le había llevado mucho tiempo, en los días previos a su vigesimonoveno cumpleaños Raoul

Wallenberg finalmente encontró empleo a tiempo completo y una fuente de ingresos constante, aun cuando no estuviese al nivel salarial que su abuelo tenía en mente. Era, no obstante, suficiente para que pudiese mudarse a vivir solo.

Encontró un apartamento de un dormitorio cerca del de sus padres, en Bragevägen 12. Solo tenía cincuenta y siete metros cuadrados, con una sala de estar, un dormitorio y una minúscula cocina. Pero los techos estaban a casi tres metros y medio de altura y era el único del edificio con terraza, un amplio

espacio hexagonal que parecía hecho a propósito para celebrar cócteles durante el verano.

*BRAGEVÄGEN 12,
NOVIEMBRE DE 2010,
«FAREWELL BLUES»*

La terraza de Raoul Wallenberg se ve desde lejos. Una verja de hierro forjado separa el edificio de la acera de Bragevägen. En la oscuridad del anochecer, me parece ver el indicio de un cuadrado de hierba y un arriate de flores congelado.

El portón de madera, no sorprende, ofrece cierta resistencia, pero insisto. En el zaguán, el suelo es de mármol marrón y en las paredes hay pintadas guirnaldas, al estilo romántico nacionalista. Hay una notable cantidad de azul y amarillo, percibo, y continúo subiendo las escaleras. En tiempos de Raoul, había portero y las residencias disponían de alojamiento para el servicio. Pero su apartamento de un dormitorio era uno de los más pequeños, lo que se llamaba un *dubblett*.

Remoloneo ante la puerta imaginando que es la misma de entonces, la misma madera clara, el mismo marco y el mismo diseño de paneles.

El inquilino actual lleva aquí dieciocho años. Ha prometido recibirme con la condición de que no revele su nombre. Y, en efecto, la puerta se abre casi enseguida y sale flotando suave música de *jazz*. Así era, probablemente, también entonces. Sé que Raoul tenía un gramófono en casa y que adoraba la música, tanto el *jazz* como las composiciones eclesiásticas, el *Mesías* de Händel y los *Oratorios* de Bach, por ejemplo.

En una página de la agenda de Raoul de 1944 hay una lista de canciones de *jazz*, que parece haber anotado a prisa. Nadie sabe por qué. Puede que fuesen sus favoritas, o quizá era el carné de baile de una velada. Glenn Miller y Benny Goodman

están en ella, por supuesto. Canciones como *Minnie the Moocher*, *You Are Too Beautiful*, *(I've Got a Gal in) Kalamazoo* y la fantástica *At Last*, si he interpretado bien sus notas. Y también ese tesoro de los años veinte, *Farewell Blues*, que Glenn Miller grabó en el álbum *On the Alamo* en 1941, el mismo año en que Raoul se mudó aquí.

El actual ocupante del apartamento está escuchando al saxofonista tenor norteamericano Dexter Gordon cuando llego. Me dice que es estadounidense, pero hijo de diplomático, y que, por tanto, ha vivido en muchos lugares del mundo. Al parecer fue el amor lo que lo trajo de vuelta a Suecia a comienzos de la década de

1980. Me lo contará todo después de enseñarme el que se convertiría en el último hogar de Raoul Wallenberg en Suecia.

Mi anfitrión comienza la visita. En el recibidor veo una bici estática. Después hay dos habitaciones cuadradas, una junto a otra, con un minúsculo cuarto de baño entre las dos. Alfombras orientales rojas cubren los desgastados suelos de parqué.

Nina Lagergren, la hermana de Raoul, me ha descrito el aspecto de la casa cuando su hermano vivía aquí. La primera habitación era la sala de estar. Raoul tenía un sofá y dos grandes jarrones japoneses de porcelana azul y blanca, uno a cada lado, que su madre, Maj von Dardel, había convertido ingeniosamente en lámparas.

Eran herencia de Gustaf, de su época como enviado en Japón. Varios cuadros de su padre colgaban de las paredes. Nina Lagergren no recuerda exactamente cuáles, porque más tarde los robaron del guardamuebles en el que los habían dejado.

La puerta de salida a la terraza está en la segunda habitación. Era el dormitorio en la época de Raoul, y ahora es la zona de estar. Miro alrededor. Me han hablado de la cocinita. Por lo que tengo entendido, Raoul no cocinaba muy a menudo. Solía cenar en casa de sus padres, a la vuelta de la esquina, incluso desayunaba allí a veces, según Nina. Pero sabía hacerse una tortilla

francesa y, de vez en cuando, organizaba cenas y fiestas en el apartamento, en las que a menudo servía paté de oca húngaro.

En el archivo de su hermano Guy von Dardel he encontrado una colección impresionante de invitaciones y tarjetas de agradecimiento de la época de Raoul en Bragevägen 12. He traído copias en el bolso, pero no tengo necesidad de sacarlas porque las conozco casi de memoria. Para un cóctel que celebró en diciembre de 1943 conté más de treinta invitados, entre ellos Jacob Wallenberg, Sven Salén, Kálmán Lauer, sus padres y hermanos, y el ministro húngaro Antal Ullein-Reviczky.

Recorro el apartamento e intento calcular el espacio por persona de aquella noche, quizá treinta y cinco invitados entre las dos habitaciones, que juntas suman, como mucho, cuarenta y cinco metros cuadrados. Deben de haber estado apretados, aunque Raoul sirviese solo copas. Fue casi un golpe de suerte que Marcus hijo y su esposa, Marianne, estuviesen de viaje en Bergslagen y tuviesen que declinar la invitación.

Durante ciertos periodos, Raoul parece haber celebrado varias cenas o fiestas al mes. A juzgar por las notas de agradecimiento, eran a menudo acontecimientos muy especiales. «Cuando a uno lo invitan a tu casa, sabe que lo

pasará estupendamente. Conocerá a la gente más maravillosa de Estocolmo, y la comida y la bebida no tendrán punto de comparación», escribió alguien llamado Jan tras una fiesta a finales de 1942. «Eres un verdadero maestro como anfitrión y organizador», decía como agradecimiento un tal Gösta, aunque sin fecha. Una entusiasta Birgitta Broomé escribía, en mayo de 1942, sobre una encantadora velada en casa de Raoul, «con su ambiente tan personal y maravillosamente artístico».

De Sture Petrén, que sería miembro de la Academia Sueca, llegó una alegre tarjeta, con desgarradas palabras escritas a tinta, sobre otra fiesta ese mismo mes, al parecer una muy buena: «Solo lamento una

cosa: que fui lo bastante tonto como para irme a las tres, lo que significa que me perdí un entretenido relato de tu último viaje».

Cierro los ojos e intento imaginar esas fiestas, cómo se movía la gente desde la sala de estar, por el estrecho pasillo que hay delante del cuarto de baño, hasta el dormitorio y, luego, la terraza hexagonal. La multitud y el calor. El ajetreo y, probablemente, una miríada de colores reflejados en las ventanas de casi dos metros de altura. De vez en cuando, conversaciones en inglés, puesto que Raoul, según las notas de agradecimiento, incluía invitados de la legación británica. No hay nombres alemanes, pero sí uno o dos

húngaros. La colección incluye la tarjeta del agregado militar estadounidense, y sé, por la vigilancia que la Policía secreta hizo de la legación, que estuvo aquí invitado una vez.

Entre los agradecimientos hay varios nombres aristocráticos, como Dinkelspiel y Nordenskiöld, Von Kantzow y Von Platen. Pero no exclusivamente. Stig Ahlgren, editor de Cultura en el periódico socialdemócrata *Aftontidningen*, escribió a Raoul en junio de 1942: «Mi agradecimiento más sincero por una espléndida cena. El vino tinto fue como una nota de violín, y el jerez, como un solo de chelo». Ahlgren expresaba su pesar por haberse puesto repentinamente enfermo y haber tenido que marcharse, añadiendo: «La sabiduría india que fluye hacia tus

embelesados amigos, y que emana de tu presencia curiosamente oriental, te ayudará, de seguro, a hacer la vista gorda».

Mis ojos van a parar a un busto de Buda que hay sobre una estantería. ¿Pasa la inclinación oriental de un inquilino al siguiente?

Hay una lámpara de queroseno en la mesita de café, así como una botella de vino blanco abierta, que resulta ser un chardonnay moderno y perfectamente enfriado. Nos sentamos en el sofá y digo algo sobre Raoul y todos sus vinos de cosecha. Se caracterizaban, al parecer, por altibajos de cimas fantásticamente altas y

profundidades igualmente abismales: algunos eran deliciosos; otros, repugnantes. Los había heredado de su abuelo Gustaf, y la mayoría de las botellas eran de finales del siglo XIX. Sucedió que el padre de Raoul, Raoul Oscar, había guardado al menos 250 botellas en la bodega de Gustaf Wallenberg, en Saltsjöbaden, poco antes de las Navidades de 1908, mientras Gustaf estaba aún en Japón. Había trece botellas de Château Poujeaux y ocho de Château Margaux, según la lista de Raoul Oscar.

Para el legendario periodista sueco Gustaf von Platen, que era parte del círculo de Raoul, esta herencia suya fue una experiencia sublime. «Los mejores vinos que nunca he probado [...] las botellas que

habían sobrevivido despertaban reverencia», escribió Von Platen en unas memorias de 1993. Y ahí estaba el problema. Las otras botellas, las que no habían resistido el paso del tiempo, Raoul tuvo que vaciarlas por el fregadero de la cocinita.

El actual inquilino está soltero en estos momentos, como lo estaba Raoul. Lleva muchos años divorciado. Se ríe cuando le pregunto qué significaba Suecia para él antes de mudarse aquí.

—Lo resumiría en pocas palabras: los Nobel, osos polares en las calles, mujeres desnudas y Raoul Wallenberg. Por supuesto, sabía quién era. Pero no tenía ni idea de que había vivido en este

apartamento en particular, no hasta que un vecino me lo dijo hace un par de años. Pero no lo sabe mucha gente.

No es extraño que estuviese familiarizado con el nombre de Raoul Wallenberg. En 1981, Raoul fue nombrado ciudadano honorario de Estados Unidos y, de golpe, se hizo conocido para muchos norteamericanos. Puede que incluso más que en Suecia, donde la mayor parte de los adolescentes quizá hayan oído el nombre, pero raramente saben quién fue: ¿un jugador de fútbol del Örgryte, quizá?

Mi anfitrión enciende un cigarrillo. Tiene una historia más sobre Raoul Wallenberg. Durante un tiempo, su padre, diplomático, trabajó para la CIA. Cuando

era anciano, después de que su hijo se mudase a Suecia, le contó que los rusos habían intentado intercambiar a Raoul Wallenberg varias veces cuando lo tenían preso en la Lubianka. Pero, hasta donde su padre llegaba, los suecos no quisieron saber nada del asunto.

—Terrible, ¿no? Si fuera verdad — dice, y suelta el humo en el entorno histórico que nos rodea.

En el tren de vuelta a casa busco algunos de los temas de *jazz* favoritos de Raoul en internet. Se convierte en toda una lista de Spotify. Me quedo dormida con *Farewell Blues*, de Glenn Miller, en los auriculares.

8

EL TRATANTE

La recién formada Comercial Centroeuropea se trasladó a las nuevas oficinas de Sven Salén, en uno de los ostentosos edificios de la avenida Strandvägen. Se le asignaron dos salas

conectadas al despacho más grande, que alojaría el negocio global de Salén, Salén Shipping.

Strandvägen era el paseo más refinado de Estocolmo, con su avenida flanqueada de tilos extendida hasta el puente de Djurgården, el amplio muelle a la bahía de Nybroviken y todos los barcos del archipiélago atracados uno junto a otro. La calle estaba trazada como un paseo marítimo y flanqueada por elegantes palacetes en una mezcla de barroco y *art nouveau*. Aquí era donde tenía sus apartamentos la flor y nata de la sociedad de Estocolmo. El número 27, por ejemplo, era la residencia de Marcus Wallenberg padre y su esposa,

Amalia, y Jacob Wallenberg también tenía allí su hogar. Strandvägen 7a no era, en absoluto, una mala dirección para una empresa de importación y exportación recién creada.

El número 7 era un edificio de estilo *art nouveau*, cerca del principio de la calle, con la entrada frente a un patio interior. El hotel familiar Grand Pensionat Dehn ocupaba el primer piso, y por encima había dos plantas imponentes para la Embajada estadounidense, con residencias y oficinas para el siempre creciente cuerpo diplomático.

Según el relato que hizo Kálmán Lauer de los acontecimientos preliminares que llevaron a la Operación Wallenberg, la Comercial Centroeuropea tenía su oficina en el quinto piso. Lauer y Wallenberg solían subir desde el portal revestido de mármol en el ascensor, los arcos de cuyas puertas eran una obra maestra del latón y el hierro forjado.

La situación de Kálmán Lauer no había mejorado con el ataque de Alemania a la Unión Soviética en junio de 1941. Hungría, aliada alemana, declaró la guerra a la URSS poco después. Se endureció la presión nazi sobre Hungría, y el país introdujo

nuevas leyes raciales más estrictas contra la población judía. Se hizo cada vez más arriesgado para un judío húngaro como Lauer viajar por Europa en general, y a Alemania y Hungría en particular.

Para el otoño de 1941, como tantos otros extranjeros, Lauer había caído ya en la red de gran alcance de la Policía secreta sueca. La verdad sea dicha, no se necesitaba mucho para acabar fichado. Había quien llamaba a la Policía para denunciar una sospecha de espionaje tan pronto como veía a alguien en un café leyendo el periódico sueco con ayuda de un diccionario. Raoul

Wallenberg también constaba en sus listas por un chiste que había contado demasiado alto en un restaurante.

El Gobierno había formado el «Servicio de Seguridad General» un par de años antes en el más hermético secreto. En su apogeo empleó a un millar de personas, que escuchaban llamadas telefónicas, leían cartas y espiaban a sospechosos, a veces de formas ridículamente poco profesionales. Las notas sobre Kálmán Lauer afirmaban que tenía «negocios turbios» en Estocolmo, pero no se ofrecían pruebas que acompañasen la acusación.

Al cabo de un tiempo, Lauer pasó a tener su propio expediente de la Policía secreta, con una descripción física detallada y actualizaciones periódicas. Esto no impidió, sin embargo, que le renovasen los permisos de residencia y trabajo. Se consideraba a Lauer de confianza en líneas generales y se veía su trabajo como valioso para el pueblo sueco.

Según el expediente de la Policía secreta, el nuevo jefe de Raoul medía 1,74 metros y era corpulento. Tenía el rostro ovalado y carnosos, cabello y ojos castaño claro y la piel pálida. La ficha afirma que tenía los hombros anchos y la barbilla cuadrada, la frente alta, los

labios finos y la dentadura sana. La fotografía pone de manifiesto un par de cejas pobladas. Lauer tenía cuarenta y dos años, vestía «trajes azulados» y (de nuevo según la Policía secreta) hablaba sueco con acento alemán.

Se decía que había sido comunista en su juventud, pero ciertos informantes lo describían como «capaz de apoyar cualquier Gobierno, rojo, negro o sin color, siempre y cuando Lauer pueda sacar dinero del acuerdo». Según sus compañeros de trabajo de la época, Kálmán Lauer era un hombre de negocios muy apasionado y enérgico, con grandes expectativas. Se lo ha

descrito como de temperamento meridional, y quizá no siempre se podía confiar en que fuese simpático.

Las primeras aventuras empresariales de la Comercial Centroeuropea fueron políticamente oportunas. En el otoño de 1941 todo el mundo hablaba de la falta de caucho, y se introdujo el racionamiento de huevos en todo el país en septiembre. Muy a propósito, la primera etapa de Raoul Wallenberg en la compañía estuvo dedicada, en su mayor parte, a la importación de sucedáneo de

huevo en polvo y la exportación de caballos suecos a cambio de neumáticos.

Se asignó a Raoul al comercio de caballos desde el principio. La venta de caballos se había hecho muy popular entre los granjeros suecos después del comienzo de la guerra, cuando la exportación de alimentos, por el contrario, se había reducido a la nada. Se había creado una agencia de licencias especial, el Comité Nacional Regulador de Exportación de Caballos.

En 1941, Kálmán Lauer, que había trabajado en el comercio equino en Hungría, solicitó permiso para exportar a la Francia no ocupada 2.000 caballos

de las Ardenas suecos. A cambio, los franceses proporcionarían, según el plan de Lauer, grandes cantidades de altamente codiciados neumáticos para camión.

El comité que regulaba la exportación de caballos había accedido a la propuesta con la condición de que los caballos no afectasen a la entonces ya bastante amplia exportación de caballos de calidad a Alemania. El acuerdo propuesto por la Comercial Centroeuropea era alarmantemente amplio en opinión de los directores del comité: hasta cuando se trataba de

comercio de caballos, parecía que la principal tarea sueca era mantener a los alemanes contentos.

La exportación a Francia de los caballos de las Ardenas resultó ser una operación a largo plazo para el dúo empresarial de la Comercial Centroeuropea. El asunto francés requirió varias visitas al comité regulador. Raoul tuvo que hacer, además, dos largos viajes al extranjero, así como enviar innumerables cartas comerciales farragosamente redactadas.

Puesto que la Comercial Centroeuropea importaba también ocas, patos, productos de huevo, verduras deshidratadas y salsa de tomate, Raoul

no paraba. Se requería igual número de cartas, llamadas de teléfono y reuniones para apaciguar a las demás autoridades de licencia, los Comités de Alimentación y Comercio.

En el curso de dichas llamadas, como más tarde en Budapest, Raoul garabateaba distraídamente bosquejos arquitectónicos de arcos de triunfo en su bloc de notas.

Trabajar a tiempo completo era una nueva experiencia para Raoul Wallenberg, que nunca había tenido alma de oficinista. Tampoco era que tuviese la intención de convertirse en un administrativo sedentario. Solía comenzar el día dirigiéndose desde

Bragevägen al cercano bosque de Lill-Jansskogen para andar o correr, a veces incluso a las seis de la mañana. En ocasiones paraba de camino en casa de sus padres y convencía a su hermana Nina para que lo acompañase.

Cuando finalizaba la jornada a las cinco, Raoul tenía a menudo una sesión vespertina programada con la Milicia Nacional. En dichas ocasiones volvía a casa en bicicleta, comía un bocadillo y tomaba un vaso de leche, y se apresuraba a marcharse de nuevo, con el uniforme puesto, quizá para entrenar a un aprendiz de carpintero o a un dentista de mediana edad en el arte de reptar por una trinchera con un rifle.

El trabajo en la Comercial Centroeuropea no puede haber sido tampoco muy sedentario. En el Comité de Comercio sueco, Kálmán Lauer tenía fama de ser casi demasiado enérgico e impulsivo, al menos en comparación con la norma sueca. Reconocían que esto podía ser una ventaja en los negocios internacionales difíciles, pero no es probable que las oficinas de Strandvägen fuesen un remanso de paz.

En comparación con Lauer, Raoul Wallenberg daba la impresión de ser reservado y casi tímido, aunque rivalizaba con él en energía y celo. Pronto estuvo escribiendo cartas a toda marcha. Formulaba argumentos a favor

de diversas licencias de importación con tal detalle y, a la vez, tan agudamente y con semejante precisión que no solían dejar opción al empleado medio sueco.

Se trataba de cartas que podían tratar de cualquier cosa, de los ridículamente bajos márgenes de beneficio en las importaciones de patos, a la importancia del alto porcentaje de grasa de las ocas húngaras dada la continua escasez nacional de carne y grasa.

Raoul adquirió enseguida una habilidad impresionante en el toma y daca burocrático, de la que haría gran uso más adelante, en Budapest.

El tercer invierno de guerra fue el más frío hasta el momento. Suecia siguió siendo un país oscuro y helado hasta mediados de marzo. El despiadado frío se cobró varias víctimas y el miércoles 26 de febrero de 1942 entraría en los anales de la historia como el día más frío del siglo, con mínimas récord en todo el país y temperaturas de cerca de treinta y cinco grados bajo cero. Era como si el propio tiempo lamentase el punto de congelación moral que acababa de alcanzar la guerra.

El 20 de enero de 1942, el jefe de la Oficina Central del Servicio de Seguridad del Reich (RSHA), Reinhard Heydrich, convocó a catorce

funcionarios nazis de alto rango a una reunión en una villa del Wannsee, un lago al suroeste de Berlín. Su subordinado, Adolf Eichmann, fue responsable de la organización práctica. Eichmann había sido el encargado de la evacuación de los judíos cuando la emigración forzada se consideraba aún el mejor método para alcanzar el objetivo de Hitler de una Alemania y una Europa libres de judíos. Pero, durante aquel otoño, la llamada «reubicación» de judíos se había estancado. Sencillamente, no había suficiente espacio para todos los judíos deportados en los destinos previstos al este, especialmente cuando la

Wehrmacht había fracasado en la toma de tanto territorio de la Unión Soviética como se había esperado.

Se precisaban herramientas más potentes. Ya durante el verano de 1941 Heydrich había recibido de Hermann Göring el encargo de idear una alternativa. Lo que los catorce funcionarios de los ministerios afectados iban a discutir entonces era la organización y la puesta en práctica de la «solución final a la cuestión judía europea».

Adolf Eichmann había preparado una estimación del número de judíos europeos para dar a las personalidades reunidas una idea clara de la tarea que

tenían ante sí. Había calculado once millones, incluyendo los 8.000 judíos residentes en la Suecia políticamente neutral.

En un encuentro del partido en diciembre de 1941, el día después de que Alemania declarase la guerra a Estados Unidos, Hitler había despejado cualquier duda sobre el significado de este siguiente paso. Según el diario de Joseph Goebbels, el Führer explicó entonces que, en cuanto a los judíos, quería «hacer una limpieza total [...]. Estamos en una guerra mundial; la aniquilación de los judíos ha de ser la consecuencia necesaria».

La Conferencia de Wannsee duró, como mucho, una hora y media. Los funcionarios nazis no necesitaron más tiempo para acordar el nuevo enfoque para la resolución del «problema judío»: se había decidido exterminar a los judíos en vez de deportarlos como habían hecho hasta entonces. Los reunidos en Wannsee no utilizaron nunca, al parecer, la palabra *exterminar*, al menos según el informe que Eichmann fue responsable de redactar. Pero las actas eran, pese a ello, lo suficientemente explícitas.

La Conferencia de Wannsee de enero de 1942 abrió las puertas del infierno. Como observó el historiador

Christopher Browning en la introducción a su famoso libro sobre los soldados de a pie del Holocausto, *Aquellos hombres grises*, alrededor del 75-80 por ciento de las víctimas del Holocausto seguían vivas a mediados de marzo de 1942. Once meses más tarde, «los porcentajes eran exactamente los contrarios».

El curso de la guerra acababa de comenzar a dar un vuelco. Los norteamericanos había entrado en liza y el ataque final a Moscú planeado por Alemania había sufrido un revés inesperado. Hitler no se había preparado para el invierno ruso y sufría entonces su primer contratiempo importante. Al que siguieron otros. Pero

estas esperanzadoras señales de una brecha en la oscuridad de la guerra no iban a significar nada para los millones de personas cuyo destino se acababa de decidir en Wannsee.

En Suecia, aquellos oscuros meses de invierno a comienzos de 1942 fueron la última prueba, y quizá la más dura, antes de que todo comenzase a mejorar. Aunque pocos podrían haberlo predicho entonces, a partir de ese momento los inviernos serían más suaves y habría menos que temer de las potencias extranjeras. En el Ministerio de Asuntos Exteriores, los funcionarios respirarían

pronto más tranquilos, seguros de que la amenaza de una invasión alemana ya no era inminente: los alemanes estaban muy ocupados en el Frente Oriental.

Pero aún iba a pasar un tiempo antes de que las manifestaciones más extremas de una temerosa voluntad de complacer desapareciesen de la política bélica sueca. Durante 1941, el Gobierno había continuado permitiendo a los transportes por ferrocarril alemanes que cruzasen Suecia. En casi todos los casos se trataba del traslado de soldados desarmados de permiso. Fue la excepción la que más interés atrajo: el transporte de la División Engelbrekt del Ejército alemán, lista para el combate, a

través de Suecia en el verano de 1941. En lo sucesivo, el Gobierno sueco contestó negativamente a las peticiones de transporte de tropas armadas, pero el paso de soldados de permiso siguió siendo frecuente. A lo largo de 1942, unos 850.000 soldados alemanes viajaron en trenes suecos.

El entusiasmo del ministro de Exteriores Günther por mantener las buenas relaciones con Alemania empezaba a preocupar al primer ministro Per Albin Hansson, que deseaba por encima de todo preservar las buenas relaciones con su Gobierno de coalición. Günther se acercaba cada vez más a lo que podía definirse como

una actitud proalemana. La situación no mejoró cuando Staffan Söderblom, colega de Günther y director de la sección política, forzó un poco más los límites de lo que se podía permitir. Como era de esperar, los diplomáticos alemanes en Estocolmo tenían una idea muy clara de que las simpatías del ministro de Exteriores sueco estaban de su parte.

El Gobierno de coalición también continuó satisfaciendo a los alemanes con la censura de la prensa sueca. Los artículos críticos sobre Hitler y el nazismo provocaban de inmediato la ira alemana. La reacción del consejo de ministros había sido, una y otra vez,

confiscar los periódicos con el argumento de que la prensa no podía adoptar una postura hacia ninguno de los bandos de la guerra de forma que afectase a la seguridad de Suecia. El 85 por ciento de estos casos tenía que ver con informaciones negativas sobre Alemania.

Uno de los últimos días extremadamente fríos de marzo de 1942, diecisiete periódicos suecos fueron retirados como respuesta a la publicación del mismo artículo sobre cómo los alemanes torturaban a los prisioneros en las cárceles noruegas. Los relatos se silenciaron por considerarse «propaganda cruel».

Fue en este clima político en el que el diplomático sueco Göran von Otter, secretario de la legación en Berlín, presentó al Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo el que fue, con toda probabilidad, el primer informe preciso sobre la matanza sistemática de judíos por parte de los nazis. Avanzado el verano de 1942, Von Otter se había encontrado con el oficial de las SS alemanas Kurt Gerstein en un tren. Gerstein preguntó al diplomático si podía informarle sobre algo importante, algo que desearía que se transmitiese a los británicos. El día antes, Gerstein había sido testigo de la muerte de diez mil judíos y ahora quería contar todo lo

que sabía sobre el Holocausto. Gerstein refirió detalles convincentes. Incluso le mostró documentos que contenían referencias al gas Zyklon B.

No se trataba del primer informe sobre el Holocausto que alcanzaba el mundo exterior, pero no había surgido antes nada con este nivel de detalle. A finales de agosto de 1942, Göran von Otter entregó este material explosivo al Ministerio de Exteriores en Estocolmo con la intención de que lo reenviasen a los británicos. Por razones de seguridad, refirió el mensaje verbalmente en una reunión privada con Staffan Söderblom. Von Otter describiría la conclusión del encuentro a la periodista Gitta Sereny

muchos años después: «Una vez que hube resumido la situación, me pidió que abandonase el asunto. Me deseó unas felices vacaciones y me dijo que emprendería las acciones necesarias. Más tarde, mucho más tarde, supe que no había hecho absolutamente nada». Dos años después, Staffan Söderblom fue nombrado embajador sueco en Moscú. Allí tendría un papel principal en el baile diplomático entre Suecia y la Unión Soviética que siguió a la detención de Raoul Wallenberg en enero de 1945.

Raoul Wallenberg pasó los primeros meses de 1942 en un viaje de negocios por una Europa devastada por la guerra. Los días inmediatamente anteriores a Nochevieja, atravesó Alemania y Suiza hasta la ciudad de Vichy, en la Francia no ocupada. Vichy era la sede del régimen colaboracionista antisemita del mariscal Pétain. Muchos decretos nazis se habían adoptado también en dicha zona meridional, la «Zona Libre», del país galo, incluyendo estrictas leyes raciales.

La misión de Raoul Wallenberg era bastante clara: debía intentar asegurar el prometedor negocio de los caballos. Los franceses afirmaban entonces que era

imposible reunir los neumáticos necesarios que los suecos demandaban a cambio.

Ya negociador experimentado, Raoul había aprendido a moverse entre las autoridades reguladoras suecas con astucia y hablaba francés y alemán mejor que la mayor parte de los suecos. En esa ocasión aprendió rápidamente lo que necesitaba para manejar la burocracia de Vichy. Según Lauer, Raoul consiguió incluso presentar sus argumentos a un miembro del círculo del almirante Darlan, el asociado de más confianza de Pétain.

Aun así, Wallenberg tuvo que reducir la ambición de su acuerdo de exportación de 2.000 a 200 caballos.

Desde Francia, Raoul viajó por primera vez a Budapest por negocios. Se alojó en el Dunapalota-Ritz, uno de los renombrados hoteles de la margen oriental del Danubio.

A comienzos de la primavera de 1942, Budapest, como Estocolmo, era algo así como un oasis de normalidad en la Europa beligerante. Los húngaros podían estar luchando de mala gana al lado de los alemanes en el Frente Oriental (y acababan de perder todo un ejército), pero el país no era campo de batalla y, en la cosmopolita Budapest, la

chispeante vida de cafés y restaurantes continuaba como de costumbre. Había abundante comida, como si se desconociese el concepto de racionamiento de guerra. Por las noches, la ciudad se llenaba con el murmullo de la vida despreocupada, casi siempre acompañado por el sonido de música lírica de cuerda.

El enérgico Kálmán Lauer había provisto a Raoul de un memorándum de unas treinta páginas, en el que había escrito todo lo que este necesitaba saber sobre Budapest y lo que se suponía que debía hacer. Cuando Raoul regresó a Suecia, el informe estaba cubierto de todo tipo de notas en los márgenes, con

palabras subrayadas en rojo, blanco y verde, los colores de la bandera húngara.

Habría al menos un viaje de negocios más a Budapest para Raoul Wallenberg. Asistió a cócteles de la legación sueca en la colina Gellért y conoció a algunos jóvenes aristócratas acaudalados y miembros de la *jet set*, que lo introdujeron en la sociedad de Budapest. En muy poco tiempo, Raoul Wallenberg estableció una interesante red húngara, que incluía muy probablemente también varios de los contactos comerciales húngaros de Jacob y Marcus Wallenberg.

Como en Budapest, la vida nocturna en Estocolmo continuaba relativamente poco afectada por la guerra, en especial, cuando volvió la luz con la primavera y el verano. Raoul celebraba sus fiestas y cenas en Bragevägen, pero también solía salir por la ciudad. Puesto que celebraría su trigésimo cumpleaños a comienzos de agosto, había pasado a contar entre los solteros maduros más solicitados de Estocolmo. A juzgar por las invitaciones y notas de agradecimiento que se conservan de Raoul, había novias ocasionales. Una tal Britta, que estudiaba en la Escuela de Enfermería de Sophiahemmet, escribió una

simpática nota a Raoul una noche en que él no había contestado al teléfono. Ulla Collett, de veinticuatro años, acompañaba a menudo a Raoul durante esa época.

Entre los documentos privados de Raoul hay también un discurso sin fecha para una cena, en verso, que dedicó a la Mujer. Todas las mujeres presentes recibieron su propia interpretación poética en el sentido de estas líneas:

Maud me recuerda
al batido de fresa:
de gusto sabroso,
su dulzura no cesa;
sin mucho cuerpo,
pero con cabeza.

Porfiada desbravadora
de tres idiomas,
viste con gusto,
la cocina no adora.

Estocolmo atraía a cada vez mayor número de periodistas, diplomáticos e incluso espías durante esos años. La ciudad neutral ofrecía un lugar privilegiado a quienes querían observar la guerra. Las cifras de las legaciones extranjeras crecieron a pasos agigantados. La Unión Soviética acabó por tener 150 individuos a su disposición, desperdigados por numerosas divisiones. La legación estadounidense creció de una plantilla de diez miembros en 1940 a

cuatrocientos en 1944. La representación alemana era casi igual de amplia si se cuentan las familias de los diplomáticos, con dieciséis subdivisiones y veintitrés apartamentos oficiales en Estocolmo. La legación británica duplicó su plantilla varias veces, y fue en la capital sueca donde los británicos tuvieron su organización más importante para la supervisión de la prensa europea durante la guerra, el Press Reading Bureau (PRB, «Servicio de Lectura de Prensa»).

Pero no fue, por supuesto, la angustiada política bélica sueca la que atrajo a las masas al país. Como escribe el historiador sueco Wilhelm Agrell en

su libro *Stockholm som spioncentral* («Estocolmo: imán de espías»), «Estocolmo era uno de los pocos lugares de Europa en los que los países beligerantes estaban todos representados en un mismo sitio, una Casablanca nórdica en la que se encontraban en la calle, acababan unos junto a otros en los tranvías o se daban cuenta de que vivían en el mismo edificio».

Para los visitantes temporales era a veces difícil interpretar la opinión pública. Los diplomáticos de la legación británica en Estocolmo estaban desconcertados. Por un lado tenían la segura sensación de que nueve de cada diez suecos simpatizaban con los

británicos y de que la abrumadora actitud proalemana de la Primera Guerra Mundial había desaparecido. Por otro, estaba claro que muchos de los suecos que encontraban tenían una actitud fría, por no decir declaradamente hostil, hacia los representantes británicos. Puede que no supiesen que el Gobierno sueco había instado a sus ciudadanos a cuidarse de mostrar una postura pública a favor de cualquiera de los bandos de la guerra.

Desde la perspectiva de los británicos y los estadounidenses, Raoul Wallenberg era una excepción a la regla. Estaba encantado de socializar con los empleados de sus legaciones. La Policía

secreta debe de haber sido consciente de ello, puesto que había pinchado los teléfonos de los diplomáticos. Un par de conversaciones de las legaciones británica y estadounidense sobre las que sus agentes informaron durante 1942 se referían a invitaciones a Bragevägen 12.

Raoul Wallenberg fue también uno de los habitantes de Estocolmo invitados en secreto a la proyección privada que organizó la legación británica de *Pimpinela Smith*, una versión moderna del clásico *La pimpinela escarlata*, que había sido prohibida en Suecia. Raoul llevó a su hermana Nina como acompañante al cine Grand de Sveavägen. Quedaron embelesados por

el profesor Smith, menudo pero ingenioso, protagonista de la película, que conseguía salvar a miles de judíos de los nazis. Leslie Howard, que dirigió y protagonizó la película, era hijo de un judío húngaro. «Nos pareció una película fantástica. Cuando nos levantamos de la butaca, Raoul dijo: “Esa es la clase de cosa que me gustaría hacer”», recuerda Nina Lagergren hoy.

A juzgar por su correspondencia con diversos ministerios, los socios comerciales más probables que identificó la Comercial Centroeuropea estaban ubicados casi exclusivamente en

zonas de Europa dominadas por los alemanes, sobre todo en países como Hungría e Italia, que se habían aliado con Alemania y no habían sido ocupados. No era una postura con motivación política, sino sencillamente como eran las cosas, y Raoul Wallenberg no tendía a dejar que el posible malestar ideológico le entorpeciese los negocios. Cuando de eso se trataba, jugaba las cartas que tenía. Como las rutas al oeste estaban bloqueadas, con excepción de unos pocos buques designados al mes, casi no quedaban alternativas. Era comerciar con la zona alemana o no hacerlo en absoluto.

Durante el primer año de guerra, la proporción alemana de exportaciones suecas había aumentado espectacularmente. Alemania estaba comprando a Suecia tantas mercancías de orientación bélica, incluyendo mineral de hierro y rodamientos, que los escandinavos se vieron obligados a importar cantidades inesperadamente grandes de coque y carbón.

Las importaciones alimentarias desde Hungría siguieron siendo el pilar central del negocio durante los tres años de Raoul en la empresa. La Comercial Centroeuropea era el mayor importador de aves húngaras de toda Suecia: desde oca, pato y pollo hasta pavo, gallina de

engorde y pintada. También compraban *foie gras* en grandes cantidades y lo vendían a los detallistas suecos. La cantidad podía ascender a unas 30.000 latas al año. En tiempos de guerra, la cebolla en láminas y las hortalizas deshidratadas fueron asimismo productos populares de su lista, en la que a veces aparecían incluso manzanas frescas húngaras de calidad extra.

La empresa iba bien. El negocio crecía y habían tenido beneficios desde el primer año, algo que continuaría durante toda la guerra, con excepción de la gran caída de 1944. Pero cuando Alemania ocupó Hungría en marzo de 1944 y comenzó la deportación de los

825.000 judíos del país, Kálmán Lauer y Raoul Wallenberg tuvieron de repente algo más en que pensar.

Para el invierno de 1942, estaba cada vez más claro que la suerte de la guerra se había vuelto contra los alemanes. En octubre y noviembre, los británicos se impusieron a las tropas germanoitalianas del general Rommel en la batalla de El Alamén, a las afueras de Alejandría. Poco después, Adolf Hitler experimentó de nuevo el tormento de la Unión Soviética, esta vez en la batalla de Stalingrado. El combate había comenzado en septiembre y había

pasado de la superioridad alemana a su sangrienta derrota. No ayudó que Hitler prohibiese la retirada al sitiado general Paulus. El 6.º Ejército alemán se rindió en Stalingrado el 31 de enero de 1943.

Las noticias de estos reveses alemanes llegaron a la prensa sueca al mismo tiempo que los primeros informes sinceros sobre el Holocausto. A mediados de octubre de 1942, el historiador Hugo Valentin publicó un artículo titulado «La guerra de la extinción contra los judíos» en el diario de Gotemburgo *Göteborgs Handelsoch Sjöfartstidning*. En el artículo describía la política de exterminación alemana con detalles convincentes. Aunque la

historia no había sido la primera sobre el genocidio en los periódicos suecos, era con mucho la más completa. Provocó un despertar importante de la conciencia pública sueca.

Estaba claro que había sucedido algo significativo. Menos de un año antes, el Gobierno habría confiscado un periódico con un artículo como el de Hugo Valentin por «propaganda cruel». En este caso no hubo tal intento de censura. A partir de entonces, la condena pública de los crímenes nazis contra los judíos dejó de verse como una amenaza para la seguridad sueca.

Hacia finales de noviembre de 1942, la prensa sueca informó de que quinientos judíos noruegos habían sido embarcados a la fuerza en un vapor y deportados a Auschwitz. Esta vez, al ser víctima de la atrocidad un país hermano, se exaltaron los ánimos. Los periódicos que antes habían evitado obedientemente toda crítica a los nazis dieron ahora plena expresión a su indignación. Se organizaron reuniones de protesta que, de repente, incluso conseguían el apoyo de los conservadores.

Una vez que los gobiernos de los Aliados hubieron presentado una declaración unificada contra el genocidio del pueblo judío en diciembre

de 1942, la anterior justificación de censura por «propaganda cruel» perdió toda validez. El ministro de Propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, anotó en su diario ese mismo mes que «en los últimos tiempos, los suecos [...] se han vuelto excepcionalmente reservados e insolentes».

Incluso el ministro de Exteriores Christian Günther reaccionó a la situación y comenzó a hacer algunos cambios. Como ha mostrado el historiador Paul A. Levine, el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco dio un giro radical y comenzó una serie de misiones de rescate burocrático de judíos afectados, no solo en Noruega. El

propio ministro de Exteriores actuó discretamente, sin siquiera informar al resto del Gobierno. Los cambios que puso en marcha fueron, principalmente, para permitir que las misiones tuviesen lugar, y de vez en cuando se implicaba él mismo en secreto.

El cambio de rumbo sueco fue histórico. Paul Levine observa que «por primera vez desde que la Alemania nazi había comenzado a perseguir a su población judía en 1933, un Estado soberano anunciaba a los alemanes, si bien de manera informal y aún no para conocimiento público, que estaba

dispuesto a aceptar a cualquier judío de terceros países que pudiese llegar a la frontera sueca».

Este cambio en la actitud sueca se haría aún más perceptible en 1943.

En un nivel idiosincrásico más profundo, la tendencia a alejarse de Alemania y hacia una orientación más anglosajona había sido evidente en Suecia ya desde hacía algún tiempo. Se hizo patente, asimismo, un cambio de rumbo en la actitud de los suecos hacia su gran vecino oriental. La nueva postura bélica de la Unión Soviética, alineada con las potencias occidentales,

no había pasado desapercibida en Suecia. El archienemigo aparecía ahora de guisa más heroica. Es probable que la Unión Soviética nunca hubiese despertado en el pueblo sueco sentimientos tan cálidos como en los años justo antes y justo después del final de la guerra. Se desarrolló cierta medida de confianza ingenua que iba a resultar problemática para los suecos que conocieron el lado más oscuro del estalinismo en la posguerra.

No hay pruebas de que Raoul Wallenberg participase en el debate público durante esos años. Se mantenía al corriente de las últimas noticias sobre la guerra a través de los periódicos y las

emisiones de radio, pero no adoptó postura pública alguna. En privado era mucho más abierto. Su hermana, Nina Lagergren, recuerda cómo Raoul solía presentarse en casa de sus padres para la cena y lanzarse, casi de inmediato, a una intensa discusión sobre los últimos acontecimientos. Raoul siguió atentamente las dificultades de las tropas alemanas en la Unión Soviética. Según Nina Lagergren, la postura de Raoul fue, desde el principio, la de un antinazi anglófilo, para quien Adolf Hitler era el mayor mal que había afligido al mundo. «Raoul era muy cosmopolita, de una forma que abarcaba todo el mundo, algo muy inusual en

Suecia entonces —recuerda Nina Lagergren—. Irrumpía como un torbellino cargado de supuestos y opiniones. Al irse, nos dejaba acomodados en nuestra tranquila y ordinaria existencia. Debatir no era tan habitual en aquella época. La vida en Estocolmo era relativamente despreocupada.»

Pero Raoul Wallenberg restringió sus convicciones a la esfera privada. Aunque había varias organizaciones más bien antinazis en Estocolmo para un joven como Raoul, ninguna parece haberlo tentado. Estaba, por ejemplo, el grupo antinazi llamado Club de los Martes, una sociedad secreta de autores,

periodistas e intelectuales, a los que también se veía en la legación británica. Pero este no era, en realidad, el mundo de Raoul Wallenberg. A él no le interesaba poner sus opiniones por escrito de aquella manera, ni era un polemista público ideológicamente motivado.

Al parecer, Raoul Wallenberg prefería la acción.

Las fuerzas armadas suecas se habían recuperado ampliamente de su época de relativa negligencia y, para los últimos años del conflicto, el país estaba aceptablemente bien preparado para un

ataque que parecía menos probable que nunca. A Raoul Wallenberg lo convocaban regularmente para unos meses de servicio militar. No encontraba grandes dificultades para mantener una vida social decente ni siquiera mientras estaba en el ejército. Pero, durante los primeros meses de 1943, Kálmán Lauer tuvo que dirigir la empresa solo, gestionando la entrega de 15.000 liebres de Hungría, por ejemplo: animales grandes y rollizos, de más de cuatro kilos cada uno.

Para entonces, Raoul Wallenberg contaba ya con muchos contactos profesionales húngaros propios. La Comercial Centroeuropea había

contratado como contactos locales en Budapest a dos empresarios, Josef von Déak y Laszlo Kelemen, que recibían a Raoul cuando iba de visita. También había conocido a un joven funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y a varios de los asociados comerciales más importantes de Sven Salén en el puerto libre nacional húngaro, entre otros lugares. Ya había conocido a Antal Ullein-Reviczky, el futuro enviado húngaro en Estocolmo, y a su esposa, en una reunión informal en Budapest durante el otoño de 1943.

Incluso de vuelta en Estocolmo, Raoul estaba comenzando a moverse más y más en círculos húngaros. Cuando

el delegado comercial de la legación húngara, Georg von Pogány, estaba a punto de dejar Estocolmo en la primavera de 1943, invitó al «arquitecto Raoul Wallenberg» a su velada de despedida.

La vida social de Raoul Wallenberg en Estocolmo también había cambiado en otros sentidos. Su hermana, Nina Lagergren, nueve años más joven que él, notó con cierta fascinación que las conocidas de Raoul y sus amigos solteros eran cada vez más jóvenes a medida que sus contemporáneos se casaban. Entonces, la mayoría de las

mujeres eran de la edad de Nina o menores, y ella y Raoul iban a más fiestas juntos.

La cantante Caroline Jacobsen, de dieciocho años, fue probablemente la más joven de las mujeres con las que salió Raoul Wallenberg en aquella época. Caroline Jacobsen hacía giras actuando para las tropas suecas. El sargento Wallenberg había ido a verla tras una función para pedirle una cita. Caroline, cuyo nombre hoy es Grinda Christensen, cuenta: «Me pareció encantador. Era muy mono cuando se reía, y bien parecido, aunque estaba un poco calvo».

Salieron durante un tiempo, entre las giras de ella.

Una noche, Raoul Wallenberg invitó a Caroline Jacobsen a un restaurante. Comieron lenguado gratinado y hablaron de la vida. Cuando ya habían terminado de comer, Raoul comenzó a dibujar en el mantel de papel. Esbozó la «casa de sus sueños», inspirada por las residencias del barrio diplomático. Según Caroline, fantaseó con vivir allí con ella cuando dejara la carrera de cantante y, quizá, hubiese pasado un tiempo en un convento en Suiza, y él se hubiese convertido en algo así como embajador. Raoul debió de

pasar una hora dibujando, y luego dijo: «Puedes arrancarlo mientras me ocupo de la cuenta».

Caroline conservó el dibujo, que hoy está bien guardado en una caja fuerte. Las manchas de grasa siguen allí, y es posible ver que Raoul incluso indicó los puntos cardinales.

Los hermanos Marcus y Jacob Wallenberg continuaron dividiendo su tiempo entre los negocios cotidianos del banco familiar y las negociaciones internacionales de alto nivel. Al Stockholms Enskilda Bank le fue bien durante la guerra. Tenía perfil

internacional, y la empresa en su conjunto era, según el profesor de Historia Económica Ulf Olsson, «el único agente sueco privado de cierta importancia en el mercado financiero internacional». Muchos años más tarde se supo que ciertas grandes transacciones suecas con la Alemania nazi se negociaron a cambio de oro robado por los nazis a familias judías. Algunos de esos acuerdos se habían gestionado a través del Stockholms Enskilda Bank.

Otra complicación para los Wallenberg surgió al entrar Estados Unidos en la guerra. En 1942, los estadounidenses se habían incautado de

la recién adquirida American Bosch como propiedad enemiga, pues no creían que la familia Wallenberg fuese la auténtica propietaria.

Jacob Wallenberg había continuado sus viajes a Berlín y conservaba su contacto con representantes de Bosch y con Carl Goerdeler, que se oponía al régimen alemán. A mediados de mayo de 1943, Goerdeler viajó a Estocolmo por última vez. Su objetivo era el mismo que el año anterior. Los conspiradores alemanes pretendían asegurarse de que los Aliados occidentales estaban dispuestos a llegar a un acuerdo de paz en el caso de que su complot para destituir a Hitler tuviese éxito.

Goerdeler quería que Jacob, a través de Marcus, comunicase a los británicos la necesidad de dichas garantías por adelantado.

Un año antes, Jacob había juzgado la conspiración imposible e intentó convencer a Goerdeler de que lo hiciesen todo al revés: primero deshacerse de Hitler, luego negociar con Occidente. Entonces, en mayo de 1943, Goerdeler estaba inquieto e insistía en que lo pusiesen en contacto con Winston Churchill. Jacob escribió una carta a Marcus en Londres, que hizo lo que su hermano pedía y contactó con uno de los asesores de Churchill. Pero la respuesta británica fue áspera y decepcionante: no

se darían garantías previas de ningún tipo. Varios meses más tarde, Jacob supo por Goerdeler que, a pesar del contratiempo, los planes para el golpe contra Hitler estaban en marcha.

Sin embargo, durante la primavera y el verano de 1943, Jacob y Marcus Wallenberg tenían otras cosas en que pensar. Su padre se había quejado de ciática, y la razón del dolor había resultado ser cáncer de próstata. Murió a primera hora de la mañana del 22 de julio de 1943. El príncipe Gustavo Adolfo y otros estadistas asistieron al funeral en la iglesia de San Jacobo.

Raoul Wallenberg, nieto de su hermano, también estaba presente, sentado a la izquierda del presbiterio.

Raoul no había perdido contacto con los primos de su padre solo porque se hubiese resuelto la cuestión del empleo. No era raro que los visitase o fuese a la sede del Enskilda Bank. Había llevado a Jacob Wallenberg flores el día de su quincuagésimo cumpleaños en el otoño de 1942, y de vez en cuando invitaba a los hermanos a tomar el té o a un cóctel en su apartamento.

Entretanto, recibía nuevos encargos de Sven Salén. Durante el verano de 1943 Raoul Wallenberg fue elegido por votación para formar parte de la dirección de otra empresa en la que Salén había invertido, la Pacific Trading Company («Comercial del Pacífico»), que, entre otras cosas, importaba almendras y sardinas de Portugal.

Además, Raoul dedicaba tiempo a proyectos propios. Se interesó por una pequeña imprenta en el sur de Suecia y parece que tuvo la idea de poner en marcha un negocio de impresión de registros y catálogos; por ejemplo, un listín de escuelas suecas.

Algunos amigos de la época han comentado que parecía desanimado durante sus últimos meses en Suecia. Hay muchos indicios de que deseaba progresar, de que no consideraba el comercio de caballos y pavo en la Comercial Centroeuropea como una meta final profesional para él. Es probable que el viaje que hizo a Budapest en el otoño de 1943 no mejorase su humor.

Era, de hecho, un tiempo de relaciones amigables entre Hungría y Suecia. Los cantantes suecos disfrutaban éxitos rutilantes en el Teatro Nacional de la Ópera de Budapest, y las respectivas selecciones nacionales de

fútbol jugaron un partido al que asistieron el ministro sueco Ivan Danielsson y el regente húngaro Miklós Horthy.

No está claro si Raoul Wallenberg se encontró con el enviado Ivan Danielsson en Budapest en dicha ocasión. Sin embargo, se sabe que visitó la legación sueca, que se alojaba en una elegante villa *art nouveau* de la colina Gellért. Allí se reunió con el recién nombrado enviado adjunto, Per Anger, a quien conocía desde hacía mucho. Anger era un año más joven que Raoul y había sido oficial en el regimiento en el que Raoul era sargento. Se veían a menudo en la escena social de Estocolmo. Ahora

tenían un nuevo contacto profesional, puesto que Per Anger era responsable de los asuntos comerciales en la legación. Había participado en las negociaciones comerciales con Hungría desde el comienzo y tenía la tarea de facilitar el relativamente sustancial volumen de importación-exportación.

Raoul utilizó la legación como base durante su visita. Aparecía a intervalos periódicos y tomaba prestado el teléfono de Per Anger cuando necesitaba hacer una llamada a sus socios comerciales húngaros. Anger se dio cuenta de que Raoul era inusualmente competente en alemán: a sus oídos, lo hablaba con total fluidez. También quedó impresionado

por la astucia del importador alimentario sueco durante las negociaciones.

No obstante, parece que algo fue mal durante esa visita en particular. Raoul Wallenberg había programado una cita con el presidente de la asociación húngara de exportadores de *foie gras*, que quería venderle cincuenta toneladas de carne de oca para Suecia y la Comercial Centroeuropea. Las negociaciones tenían que ver con el precio por kilo y, por desgracia, parece que no llegaron a buen puerto. Después estalló una auténtica guerra entre la delegación comercial húngara en Estocolmo y la Comercial

Centroeuropea, puesto que el precio final se percibía como «desleal para los intereses húngaros». En Budapest, el exportador de ocas se vio amenazado con el cierre y rompió toda relación con Raoul Wallenberg.

Esas dificultades en Budapest vinieron, para Raoul, acompañadas también por la alarma ante la precaria situación de los judíos húngaros. Por un lado, el regente húngaro, Horthy, había enfurecido a Hitler al negarse tercamente a permitir las deportaciones, a pesar de las repetidas y cada vez más insistentes peticiones del Führer alemán. Sin embargo, por otro, como aliada de Alemania, Hungría había sido en

realidad más diligente que la mayoría de los otros países «libres» en la introducción de leyes contra los judíos. El antisemitismo se extendía como una pesada manta sobre la por lo demás alegre vida de Budapest. Un inquieto Raoul Wallenberg regresó a Estocolmo y describió varios incidentes antisemitas preocupantes a su jefe judío, Kálmán Lauer, cuya familia política, hermana y sobrinitos seguían en Hungría.

Esta preocupación se vio contrarrestada en parte por la feliz noticia del compromiso de la hermana menor de Raoul, Nina, con Gunnar Lagergren,

empleado del Tribunal de Apelaciones. En diciembre de 1943, la pareja contrajo matrimonio en la iglesia de San Jacobo de Estocolmo. Raoul se hizo cargo de la tarea de crear un arco cubierto de flores que daría la bienvenida a los invitados a la cena posterior. Lo acabó en el último minuto.

Los recién casados acababan de tomar una decisión drástica. La legación sueca en Berlín necesitaba el refuerzo de un abogado y se dirigieron al Svea Hovrätt, el Tribunal de Apelaciones, en busca de ayuda. Se lo pidieron a Gunnar Lagergren, y él y Nina decidieron partir poco después de la boda. Raoul, a quien

la mudanza a Berlín le parecía demasiado arriesgada, les había aconsejado declinar la oferta.

El día de Año Nuevo de 1944, Raoul asistió, como hacía cada año, al servicio religioso tradicional de la familia Wallenberg, seguido de un bufé matutino. En el año que se abría ante él, cumpliría treinta y dos años. Sus primos de la misma edad hacía tiempo que se habían casado, pero él estaba lejos de contemplar siquiera la posibilidad. La vida no parecía ser particularmente feliz para Raoul en los primeros meses de 1944. En Strandvägen 7a, sus días de trabajo mejoraron temporalmente gracias a una gran remesa de naranjas,

pero por lo demás seguía habiendo todo tipo de problemas con pedidos de carne de diversas aves.

Fue un abatido Raoul quien, a finales de febrero de 1944, escribió una felicitación de cumpleaños a su hermana Nina en Berlín: «Esto es terriblemente aburrido sin ti, y las cenas en casa son como una escena de Strindberg. Mamá está bastante deprimida, como podrás comprender, ya que, encima de todo lo demás, tiene que volver al hospital durante quizá hasta tres meses para someterse a otra operación».

Escribió más sobre la pierna rota de su madre, las cenas a las que había asistido y la gente que había visto. Entre

otras cosas, describía una discusión que sobre los delitos había tenido con la esposa de un abogado en una cena de gala: «Yo afirmé que toda persona tiene un precio, por decirlo de alguna manera, y que, siempre y cuando la tentación sea lo suficientemente grande, las razones lo bastante fuertes y la amenaza de ser descubierto lo bastante improbable, cualquiera se podría transformar en un delincuente», escribía Raoul.

Era el 28 de febrero de 1944. Lo único que Raoul Wallenberg sabía a ciencia cierta sobre su futuro inmediato era que debía organizar la entrega de unos cuantos cargamentos de naranjas

más y que debía volver al ejército de nuevo, a finales de marzo, para servir un par de meses.

Raoul envió un regalo a Nina con su carta, que concluyó diciendo: «Te deseo un muy feliz cumpleaños y espero de verdad que los dos paséis el año sin contratiempos».

BLASIEHOLMEN, MAYO DE 2010

Raoul Wallenberg no fue el único que comenzó 1944 con la oración de Año Nuevo, a las siete de la mañana. El clan Wallenberg solía acudir en masa. A veces se juntaban más de cien personas para el temprano servicio eclesiástico, que desafiaban luego el frío de enero dando un paseo hasta la casa de Amalia Wallenberg

en Strandvägen 27. El benjamín de Marcus hijo, Peter Wallenberg, estaba entre la multitud que acudió al bufé de desayuno en el suntuoso apartamento aquel 1 de enero de 1944. Solo tenía diecisiete años y había vuelto a casa por Navidad desde su internado en Sigtuna. Solo le faltaban unos meses para graduarse.

Le he preguntado si podíamos reunirnos para oírlo hablar sobre lo que recuerda de su primo segundo. Es un día horrible de finales de mayo. Está jarreando, y por la mañana los mercados financieros suecos han caído en picado. El SEB, el banco familiar de los Wallenberg, es el que más se ha hundido.

Peter Wallenberg tiene ochenta y cuatro años y es presidente honorario del *holding* de los Wallenberg, Investor. Es el paterfamilias actual y aún tiene mano, a pesar de la edad, en las decisiones importantes. Hemos fijado la reunión en las oficinas de Investor en Blasieholmen, a dos pasos de la plaza Raoul Wallenberg en la que está el monumento a Wallenberg de Kirsten Ortved.

Durante esta primavera de crisis de los bancos europeos, la sede de Investor está envuelta en andamios para una renovación total. En las salas ejecutivas del cuarto piso, las conversaciones se desarrollan todo lo bien que permiten los ruidosos taladros. Me acompañan a una

sala de conferencias, con una araña de cristal y alfombra oriental. En la mesa ovalada de caoba hay un par de libretas y lápices cuidadosamente ordenados.

Se abre la puerta y traen un carrito de té. Un poco después aparece Peter Wallenberg con una sonrisa astuta en los labios. Lleva traje oscuro y corbata, con un pañuelo blanco asomando del bolsillo de la pechera.

Quienes lo conocen lo llaman «Pirre».

—¡Hola! —dice dejando su bastón sobre la mesa—. ¿Quieres un té?

No me deja ayudarlo con el carrito.

—Esto es un trabajo para viejos —dice, sirviendo dos tazas y colocando ante mí una bandeja de galletas y chocolate, y

un cenicero para él.

Peter Wallenberg se sienta, saca su pipa y la llena con cuidado de tabaco al *bourbon*. Luego intenta satisfacer mi curiosidad y recordar la celebración de Año Nuevo de 1944, puesto que fue probablemente la única vez que intercambié unas palabras con Raoul Wallenberg.

—Recuerdo que iba vestido de uniforme, exactamente como yo iría más tarde, el mismo uniforme gris azulado aburrido. Así era entonces, solo teníamos permisos cortos. Todo el mundo andaba por ahí de uniforme. Y el nuestro era más o menos como había sido en la Primera

Guerra Mundial. Llevaba galones de sargento, me parece, ¿puede ser? Pero no recuerdo que lo hubiese visto antes.

No es sorprendente. Cuando Peter Wallenberg tenía cuatro años, Raoul se marchó a Estados Unidos y no volvió hasta 1935, que resultó ser un año difícil para Peter y su hermano mayor. En octubre su padre, Marcus Wallenberg, abandonó la casa familiar, y un año más tarde el divorcio se hizo definitivo. La madre, Dorothy, se mudó a Inglaterra. A Marc, de once años, y Peter, de nueve, los enviaron a un internado en Sigtuna.

El día de Año Nuevo de 1944, Peter Wallenberg llevaba sin ver a su madre desde 1940.

Pero no es un detalle que él mencione. En cambio, Peter comienza a describir a su abuela, Amalia Wallenberg, con gran cariño. La quería muchísimo, como su primo Raoul. Sus hijos la encontraban a veces estricta, pero colmaba de cuidado y atenciones a sus nietos y a los parientes menos allegados. Peter recuerda que lo llevaban a hacerle visitas formales cuando era pequeño y que ella lo mimaba con dulces y regalos. Está convencido de que incluso Raoul hizo esas «visitas oficiales» cuando era niño.

La generación actual de Wallenberg, los hijos de Marc y Pirre, ha acabado con la tradición del día de Año Nuevo. Ahora la gran reunión familiar se celebra el 29 de

mayo, el aniversario del nacimiento de Amalia, todos los años con el mismo menú: salmón ligeramente ahumado, faisán en salsa de colmenillas, y gelatina de *champagne* como postre. El retrato de Amalia se coloca siempre en el mismo lugar, junto a un jarrón de plata con lirios de los valles. Este año, 2010, conmemorarán el que habría sido su 146.º cumpleaños.

—Amalia era toda una matriarca. Me preguntó una vez si sabía que tenía doscientos primos segundos. Llevaba la cuenta de todos —me comenta Peter Wallenberg.

Es poco probable que sea una exageración. El abrazo de Amalia era lo suficientemente amplio para llegar al primo

segundo huérfano de Peter, Raoul, como demuestran todas las felicitaciones y cartas sobre regalos de cumpleaños. Había, por supuesto, una tarjeta de Navidad de Amalia para Raoul en el lote de correo que nunca llegó a Budapest en diciembre de 1944.

—Pero, para mí, Raoul Wallenberg nunca fue muy cercano —observa Peter—. Pertenecíamos a la misma generación, desde el punto de vista de la familia, pero la diferencia de edad era enorme. No puedo decir que fuese particularmente consciente de su existencia hasta que desapareció. No era alguien de quien oyese a mi padre hablar cuando estaba en casa. Pero yo

vivía en el internado, claro, así que nunca experimenté la clase de charla que se produce en la vida familiar diaria.

Nuestra reunión es breve. Hacemos planes de vernos otra vez para hablar sobre lo que sucedió después de la guerra. O lo que no sucedió. Peter Wallenberg ya me ha advertido: no cree que pueda serme de mucha utilidad, en parte porque el tema era muy secreto en la familia, y en parte porque él pasó en el extranjero casi todos los años cincuenta y sesenta. Trabajó para Atlas Copco en África Central, entre otras cosas.

—¿Te cuento lo que me pasó allí? Era 1960 o 1961, y yo me fui de vacaciones a Ciudad del Cabo. Llegué conduciendo una mañana temprano sin haber reservado

habitación. Por casualidad, paré en un hotelito a las afueras de la ciudad, sobre un acantilado, con todo el Atlántico bajo él. En recepción había un hombre europeo de mediana edad. Echó un vistazo a mi pasaporte y dijo: «¿Wallenberg? ¿Es usted sueco? ¿Pariente de Raoul?». «Sí —le contesté—, primo segundo.» El recepcionista me sonrió y dijo: «Me aseguraré de darle la mejor habitación con vistas al océano. Y lo que necesite, señor Wallenberg, solo tiene que pedirlo».

Peter Wallenberg golpea la pipa en el lado del cenicero. Los albañiles han hecho un descanso.

—Fue un poco inesperado y no sabía mucho sobre Raoul. Debí de parecer bastante extrañado. «Verá —continuó el hombre—, es que Raoul Wallenberg me salvó la vida».

Peter Wallenberg murió el 19 de enero de 2015.

PARTE II

¿QUÉ HACE HEROICO UN
ACTO?

9

EL ENCUENTRO EN EL ASCENSOR

Nunca se ha entendido por completo cómo empezó todo. Hay tantas versiones como narradores. Pero, a juzgar por los hechos confirmados, el ascensor de elegante forja de Strandvägen 7a, en Estocolmo, tuvo un papel fundamental en

lo que iba a suceder. Seguramente fue aquí donde todos los hilos independientes en cuanto a la situación en Hungría confluyeron en una única solución a finales de la primavera de 1944. Es probable que en este mismo ascensor recaiga el honor o la culpa del hecho de que todos los ojos se volviesen de repente hacia Raoul Wallenberg.

Nada de esto, por supuesto, habría llegado a ocurrir si Adolf Hitler no hubiese perdido la paciencia con su aliado húngaro, el regente de setenta y seis años Miklós Horthy y, quizá sobre todo, con su primer ministro, Miklós Kállay.

Hubo varios puntos de disensión. A pesar de las repetidas solicitudes, Horthy se había negado a permitir que los 825.000 judíos de Hungría fuesen deportados como parte de la «solución final». Horthy tenía sus razones. La gran población judía húngara estaba entre las más integradas de toda Europa. En los círculos de la élite social, en los que se movía el propio regente, había numerosas familias judías. Muchas hacía tiempo que habían dejado de tener en cuenta sus orígenes judíos, suponiendo que fuesen aún siquiera conscientes de ellos. Se veían como húngaros, nada más. Por supuesto, había también otra forma de vida representada entre los

húngaros judíos, pero los ortodoxos que se resistían a integrarse estaban a menudo entre las clases sociales más pobres y, por lo tanto, en general fuera del ámbito social de Horthy.

Cierto es que, tras la Gran Guerra, Hungría se convirtió en el primer país europeo en introducir leyes antisemitas. Como en Alemania, se culpó a la sustancial minoría judía por la miseria que los húngaros experimentaron tras su derrota. Ya en la década de 1920, el país restringió el derecho de los judíos a estudiar en las universidades, y siguieron otras leyes discriminatorias. Pero el paso de esto al genocidio de Hitler demostró ser demasiado grande

para el almirante Horthy. De ninguna manera iban los judíos del país a ser estigmatizados con la obligación de llevar la estrella amarilla. La forma en que Hungría trataba a sus judíos era una cuestión estrictamente nacional y no tenía nada que ver con Alemania. Este había sido el mensaje de Horthy a Hitler.

La opresión que sufrían los judíos húngaros tenía fuertes raíces en prejuicios históricos, aunque también se pueden encontrar elementos de una estrategia consciente para aplacar a Hitler. Si los húngaros ponían en marcha un programa nacional de discriminación

contra los judíos, podrían ganar tiempo y salvarlos de un destino aún más terrible.

Pero para entonces la ira de Hitler no se limitaba únicamente a la cuestión judía. El Führer estaba también frustrado por la reticencia húngara a entrar en combate. Hungría se había alineado con Alemania con la esperanza de poder retomar los territorios que había perdido en la Gran Guerra. Para un líder como Horthy, esta decisión estratégica era como elegir entre el cólera y la peste. Despreciaba a Hitler y el nazismo, pero odiaba incluso más a los bolcheviques.

Si bien Hungría había conseguido varias victorias en batalla, tras la pérdida de un ejército en el Frente Oriental a comienzos de 1943 comenzaba a flaquear la confianza tanto de los mandos como de los soldados rasos. El humor de Hitler no mejoró cuando el servicio de inteligencia alemán reveló que Miklós Kállay había sondeado repetidas veces en secreto la posibilidad de emprender conversaciones de paz con los Aliados.

Resulta bastante interesante que una de las vías de comunicación encubiertas de Kállay fuese a través de Estocolmo. En 1943, su secretario de prensa Antal Ullein-Reviczky había sido nombrado

enviado de la legación húngara en la capital sueca. Ullein-Reviczky había tenido un papel protagonista en aquellos contactos iniciales ya antes, razón por la que los alemanes habían exigido su dimisión. Tras ocupar su cargo en Suecia, Ullein-Reviczky continuaría entablando contactos con Occidente.

Algunas de estas conversaciones de paz con Hungría iban a tener lugar en el entorno social inmediato de Raoul Wallenberg. Wallenberg había conocido al nuevo enviado húngaro en Suecia durante una visita anterior a Budapest, en otoño, aunque existían también otros vínculos. Los hermanastros de Raoul tenían una prima lejana, Nane de Dardel,

con quien Nina en especial tenía muy buena relación. Nane de Dardel era la prometida del secretario de la legación estadounidense en Estocolmo, Francis Cunningham, y la pareja vivía de alquiler en el apartamento de Nina y Gunnar Lagergren mientras ellos estaban en Berlín. En diciembre de 1943, el mismo Cunningham había reunido a Ullein-Reviczky y a un representante en Estocolmo de la Oficina de Servicios Estratégicos (la OSS, que más tarde sería la CIA) norteamericana. Se habían encontrado en Strandvägen 7a, donde la legación estadounidense tenía sus dos pisos y Raoul Wallenberg su oficina. Al

día siguiente, Ullein-Reviczky sería el invitado de honor en un cóctel en casa de Raoul Wallenberg, en Bragevägen 12.

Los contactos húngaros con Occidente no enfurecieron solo a Hitler. El ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Viacheslav Mólotov, se subió por las paredes cuando tuvo noticia del asunto. Mólotov dejó perfectamente claro que en ninguna circunstancia podían los estadounidenses y los británicos negociar un armisticio con un país cuyos soldados estaban aún implicados en un conflicto violento en territorio soviético. Si Hungría quería la paz, se le exigiría una capitulación unilateral a todos los

Estados Aliados. El proyecto era, por lo tanto, inútil. Hungría podría considerar rendirse a los británicos y a los norteamericanos, pero en absoluto a la Unión Soviética.

A comienzos de marzo de 1944, las tropas soviéticas estaban a 160 kilómetros de la frontera húngara. Adolf Hitler se sentía presionado. Ya no confiaba en sus socios húngaros y aún no había superado el hecho de que los italianos hubieran derrocado a su aliado, Mussolini, el año anterior. Otra traición habría sido demasiado. Así pues, unos seis meses antes había preparado un

plan de invasión de Hungría, llamado Operación Margarethe, que guardaba en el cajón de su escritorio.

Cuando en febrero de 1944 Horthy escribió a Hitler exigiendo que retirase las tropas húngaras del Frente Oriental, el Führer alcanzó su límite. Se lanzó a la acción a mediados de marzo tras conseguir sacar a Horthy del país.

El 15 de marzo, día de la Fiesta Nacional húngara, tanto el enviado sueco en Hungría, Ivan Danielsson, como su segundo en la legación sueca, Per Anger, estaban entre el público del Teatro Nacional de la Ópera, en

Budapest. Miklós Horthy también estaba presente para el solemne estreno de la ópera patriótica *Petőfi*. Durante el descanso, un diplomático alemán entregó un mensaje importante a Horthy. Después los diplomáticos suecos supieron que el regente había sido convocado a una reunión con Adolf Hitler. El Führer deseaba reunirse con él en el palacio Klessheim, a las afueras de Salzburgo, en un plazo máximo de cuarenta y ocho horas.

En apariencia, Hitler quería discutir la petición de Horthy de retirar las tropas húngaras. Pero cuando el regente húngaro llegó a Klessheim, resultó obvio que lo habían engañado.

Adolf Hitler —en opinión de Horthy, muy envejecido y nervioso— explicó que la traición evidente de Hungría lo había obligado a decretar ciertas «medidas de seguridad» contra el país. Horthy fue lo suficientemente perspicaz para entender que eso significaba la ocupación militar. «Si hubiese llevado mi revólver, habría matado a ese canalla; durante el resto de mi vida he lamentado no haber podido hacerlo», confesaría Horthy en una entrevista muchos años más tarde.

En vez de eso, se sintió obligado a aceptar el «compromiso» poco sincero de Hitler: Horthy podría conservar su cargo y Hungría mantendría formalmente

su independencia. El actual Gobierno, no obstante, sería sustituido por uno alineado con los principios nazis alemanes. Tan pronto como el nuevo Gobierno hubiese tomado posesión, las tropas alemanas abandonarían el país, prometió el Führer.

Hitler acompañó a Horthy al tren aquella misma tarde, el 18 de marzo. El viaje de vuelta a Budapest llevó más de doce horas, puesto que los alemanes se habían asegurado de que el tren se detuviese en varias ciudades, y en Viena casi toda la noche. Los retrasos fueron suficientes para presentar al regente hechos consumados.

A las tres de la mañana del 19 de marzo de 1944, los primeros paracaidistas alemanes saltaban sobre los aeródromos de Hungría. Unas horas más tarde, los húngaros se despertaron con el estruendo de bombarderos alemanes. En el tren presentaron a Horthy al nuevo emisario alemán, Edmund Veessenmayer, que planteó de inmediato la cuestión de un Gobierno pronazi, ofreciendo a Horthy como su candidato a primer ministro a Döme Sztójay, el enviado húngaro en Berlín. Unos días más tarde, Sztójay fue seleccionado por Horthy para liderar el nuevo Gobierno colaboracionista de Hungría.

En Budapest, las ondas habían enmudecido. Soldados alemanes armados tomaron las calles, seguidos pronto por tanques y vehículos militares. Aunque los húngaros no recibieron información al respecto, cuando el tren de Horthy entró en Budapest, casi a mediodía, la mayoría sabía ya que su país había sido ocupado. Con la excepción de algunas salvas de cañón iniciales, los alemanes no encontraron resistencia.

Horthy fue escoltado por las SS hasta el Palacio Real, donde se retrajo, incómodo por tener que legitimar un

Gobierno pronazi y, a efectos prácticos, transformar el país en un Estado alemán sometido.

Se daba casi por supuesto que el nuevo régimen húngaro que él aprobase satisfaría con prontitud las exigencias de Hitler en cuanto a los judíos. Parece que Horthy incluso dio el visto bueno para el transporte de 100.000 obreros judíos para la industria bélica alemana. A cambio, esperaba que Hitler cumpliera su promesa y retirara las tropas tan pronto como se completasen las formalidades oportunas en cuanto al nuevo Gobierno. Pero las cosas no resultaron exactamente como había imaginado el regente húngaro.

En el campo de concentración austríaco de Mauthausen, el *Obersturmbannführer* («teniente coronel») Adolf Eichmann esperaba la orden de ponerse en marcha. Era a él a quien, tras la Conferencia de Wannsee, habían nombrado administrador de las deportaciones. Aquel domingo, 19 de marzo de 1944, cumplía treinta y ocho años y se enfrentaba a su mayor reto hasta la fecha. Las órdenes que había recibido del jefe de las SS, Heinrich Himmler, eran claras. Eichmann debía dirigirse a Hungría y Budapest para «peinar el país de este a oeste en busca de judíos y, tan pronto como fuese posible, deportarlos a todos a

Auschwitz»». Nadie mejor que él sabía lo que eso significaba. El propio Eichmann había recopilado los datos y estaba plenamente informado de que, antes de la guerra, había más de 800.000 judíos viviendo en Hungría. Estas serían las deportaciones más rápidas y completas de todo el Holocausto.

Adolf Eichmann era un hombre de constitución frágil, que había comenzado su carrera profesional como viajante de una petrolera. Aunque nacido en Alemania, había pasado, como Adolf Hitler, su niñez en la ciudad austríaca de Linz. Incluso había ido al mismo colegio que el Führer, si bien no al mismo tiempo.

Durante su época en la petrolera austríaca, Eichmann se hizo un nombre por su diligencia y su talento para la organización, así como por su pasión por el papeleo y la redacción de informes. Esta facilidad para la administración lo había llevado lejos en la burocracia nazi, a la que se había unido poco después de la llegada de Hitler al poder en 1933. Había ascendido por su practicidad como solucionador de problemas y por ser un trabajador incansable, con una enorme ambición de éxito y responsabilidades.

Desde el comienzo de la guerra, Eichmann había estado encargado de los «asuntos y evacuaciones de los judíos»

en la Oficina Central del Servicio de Seguridad del Reich (Reichssicherheitshauptamt, RSHA). Había asumido con éxito el reto de gestionar la difícil logística de las deportaciones desde, entre otros lugares, Austria, Francia y los Países Bajos, lo que significaba que había identificado qué judíos debían ser detenidos y cómo; y que decidía lo que se les permitía llevar consigo, sincronizaba los horarios de tren y revisaba la capacidad de los campos de concentración. En resumidas cuentas, un currículum macabro.

Pese a todo esto, encontraba cada vez más difícil ocultar su frustración por ser todavía oficial de nivel medio en las

SS. Eichmann no había progresado más allá del rango de *Obersturmbannführer*, al que había ascendido en 1941. Ahora, en Hungría, tendría la oportunidad de alcanzar un éxito notable al mando de su unidad, el *Sondereinsatzkommando* («comando de operaciones especiales»). Esta vez, Eichmann también trabajaría sobre el terreno, no solo dando órdenes desde detrás de un escritorio en la Prinz-Albrecht-Strasse de Berlín.

A la caída de la noche del 19 de marzo de 1944, la unidad de Eichmann partió hacia Budapest. El convoy tenía cerca de 200 hombres, que viajaban en más de 140 camiones y otros vehículos. No encontraron resistencia, por lo que

pudieron avanzar tranquilamente, incluso parar por el camino. Los oficiales querían brindar por su jefe en su cumpleaños. La celebración fue lo que mejor recordaría Eichmann de aquel día. El resto era, después de todo, su trabajo habitual.

Una llamada de teléfono despertó a las seis de la mañana al segundo de la legación sueca, Per Anger. Lo llamaba el enviado Ivan Danielsson, y su mensaje fue breve y dramático: «Los alemanes están ocupando la ciudad. ¡Baje a la oficina de inmediato!».

Hasta ese momento, los diplomáticos suecos habían disfrutado de una existencia relativamente despreocupada en la tranquila Budapest. Anger, de treinta años, y su esposa, Elena, alquilaban una casa en Rózsadomb, la colina de las Rosas, a un barón de la poderosa familia hungarojudía Weiss, la dinastía dueña de la gran fábrica Manfréd Weiss en la isla de Csepel, en medio del Danubio. La pareja se había casado el año anterior y Elena Anger estaba embarazada de nueve meses. Cuando nació su hija Birgitta, un par de semanas más tarde, las bombas llovían sobre la antes idílica ciudad.

Per Anger era joven, enérgico y hábil en lo social. Lo habían enviado a la legación de Budapest en noviembre de 1942 con la misión principal de gestionar los problemas comerciales. Antes de eso había estado destinado durante un año en Berlín, así que no podía decirse que no estuviese acostumbrado a la guerra. Tras cuatro años en el cuerpo diplomático, Per Anger estaba convencido de que había elegido el camino profesional adecuado. Encontraba la tarea de representar a Suecia profundamente satisfactoria, y su cargo en la solicitada Budapest era testimonio de sus triunfos.

El enviado sueco Ivan Danielsson estaba separado y se acercaba a la edad de la jubilación. Tenía un apartamento privado en lo alto del suntuoso edificio de la legación en la colina Gellért. También aquel palacete era propiedad de un rico empresario húngaro, el conde Dezső Bayer-Krucsay, que había sido cónsul general sueco antes de la guerra. El enviado Danielsson era un diplomático de la vieja guardia, bastante más severo y serio que su relajado y joven segundo. Era alto y aún se lo consideraba apuesto. Insistía en usar monóculo y solía llevar una boquilla de plata, aunque había dejado de fumar. Danielsson raramente iba lejos sin su

adorada caniche, *Diana*.

Ivan Danielsson había estado destinado en España durante la guerra civil y en Egipto en lo álgido de las batallas. Su época en El Cairo había tenido un triste final, con el Gobierno egipcio acusándolo de afirmaciones proalemanas y declarándolo *persona non grata*.

Hasta aquel momento, Budapest había estado a la altura de sus expectativas de más paz y calma en los últimos días de su carrera. El compromiso del enviado con su misión diplomática era firme, pero se había cansado con los años. Parece que apreciaba la energía juvenil de Per

Anger, y a menudo daba a su segundo carta blanca para actuar más allá de sus competencias comerciales. Hizo a Per Anger responsable de una mayor proporción de los asuntos de la legación de lo que este había esperado.

Había también dos secretarias suecas en la legación, Margareta Bauer y Birgit Brulin, así como un empleado húngaro que hablaba sueco, Dénes von Mezey. Las secretarias habían disfrutado muchísimo su época en Budapest hasta la fecha, viviendo «una auténtica vida de lujo en medio del trabajo habitual», como escribiría más tarde Margareta Bauer en sus memorias inéditas.

Solíamos jugar al tenis, íbamos a los baños termales y bebíamos agua que sabía peor que la más terrible de las aguas minerales, pero que era buena para los estómagos débiles [...]. Encargábamos zapatos hechos a mano y contemplábamos a las maniqués contoneándose ante nosotras, sentadas cómodamente en nuestros exquisitos sillones.

La vida social de la legación era igualmente atareada. Ivan Danielsson tenía buenos contactos entre la aristocracia húngara. Había cenas y recepciones, y a veces invitaban a Per Anger y a Danielsson a partidas de caza de fin de semana en grandes cotos fuera de Budapest. De vez en cuando se

pasaba por allí alguna de las estrellas de ópera suecas que estaban de gira, por no mencionar a todos los empresarios suecos a los que había que tener contentos. La llamada de teléfono que advertía de la ocupación nazi de Budapest, aquel domingo de marzo de 1944 a primera hora de la mañana, puso fin a esa alegre existencia diplomática.

Per Anger se vistió y salió para la delegación. Hasta aquel momento había pasado la mayor parte de sus jornadas laborales negociando cuotas de producto, discutiendo el intercambio de tanto acero sueco por tantas manzanas

húngaras, u ocas, o pavos. A partir de entonces, la naturaleza de su trabajo se alteró drásticamente. La cantidad y el alcance de lo que se esperaba de él aumentaron, asimismo, enormemente.

El día siguiente a la ocupación, Danielsson visitó al ministro de Exteriores húngaro cesante y, en confianza, recibió un resumen de lo sucedido. Después escribió su primer informe al Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo: «Hechos dramáticos y, para Hungría, bastante terribles, han ocurrido aquí en los últimos días», comenzaba Danielsson.

Relataba el curso de los acontecimientos y concluía con una descripción de la situación del momento:

Budapest misma no está llena de tropas alemanas; han establecido sus campamentos alrededor del perímetro de la capital. Rebosa, no obstante, de formaciones de las SS y agentes de la Gestapo, y se ha instigado una caza despiadada contra los judíos que tienen puestos de responsabilidad. Se ha detenido a varios húngaros notables de los partidos socialista, liberal y legitimista, conocidos por sus simpatías con la Entente, incluido el ministro del Interior [...].

Hay calma en la ciudad, pero se puede percibir un agudo nerviosismo entre los habitantes, muchos de los cuales deben de

temer por su vida. Nuestras oficinas están verdaderamente atestadas de gente, en su mayoría judíos y polacos que, o bien solicitan asilo, o bien requieren documentos que demuestren que están bajo nuestra protección.

También se formaron colas en el exterior de las legaciones de otros países neutrales —Suiza, Portugal, España y Ciudad del Vaticano—, pero la presión sobre los representantes suecos era mayor. Esto tenía que ver, en gran parte, con la nueva actitud sueca hacia los judíos perseguidos, que había atraído la atención internacional. Pero las importantes relaciones comerciales de Suecia con Hungría tenían, asimismo,

un papel fundamental. Entre quienes esperaban en fila, y con los que se encontraría Per Anger, había importantes empresarios judíos con quienes había estado antes en contacto por negocios. Ahora suplicaban desesperadamente ayuda.

En marzo de 1944 ya no era una novedad para los Aliados que el régimen nazi estuviese transportando a los judíos de Europa a campos de concentración para exterminarlos. Tras la ocupación relámpago de Hungría, quedó claro que la deportación y el genocidio amenazaban también a la

última población judía sustancial que quedaba en el continente. La lista de pecados por omisión del resto del mundo era ya vergonzosamente larga. Durante demasiado tiempo, demasiados habían dejado pasar la oportunidad de actuar y habían permitido que sucediesen cosas terribles. No se podía seguir tolerando la situación: era preciso actuar, o eso razonaban numerosos interesados internacionales. Todos convergerían en Estocolmo de una u otra forma.

El Gobierno estadounidense era uno de ellos. El presidente Roosevelt y sus ministros sabían del continuo genocidio, para entonces, desde hacía

año y medio. Y aun así hubo que esperar a enero de 1944 para que se organizaran las primeras misiones de rescate norteamericanas. Los Aliados habían adoptado la postura de que lo más importante para todas las partes, incluidos los judíos afectados, era ganar la guerra pronto. Por tanto, no se podían reservar recursos, ni dedicar concentración alguna, a misiones de rescate humanitario. Por miedo a alimentar un mayor antisemitismo en el país, incluso las organizaciones judías norteamericanas habían permanecido relativamente pasivas. Según el historiador David S. Wyman, estaban más preocupadas por demostrar su

patriotismo estadounidense que por reclamar operaciones de rescate para las víctimas del Holocausto.

Pero en la fase final de la guerra, la opinión pública estadounidense comenzó a exigir que se actuara. La creciente presión llevó al presidente Roosevelt, en enero de 1944, a fundar la Junta para los Refugiados de Guerra (WRB, por sus siglas en inglés), una autoridad independiente con el mandato de coordinar y dirigir misiones de rescate para los judíos y otras minorías perseguidas en Europa.

La creación de esta Junta fue una medida relativamente desacostumbrada en el clima político del momento. Al

final, fue el secretario del Tesoro estadounidense, el judío Henry Morgenthau, quien consiguió convencer al presidente Roosevelt de los méritos del proyecto. Tanto el secretario de Estado Cordell Hull como el secretario de Guerra Henry Stimson se habían mostrado escépticos, puesto que seguían creyendo que priorizar el problema de los refugiados podría interferir en la política exterior estadounidense y en el curso de la guerra.

Hubo, por lo tanto, cierta fricción cuando los tres departamentos en liza fueron informados de que debían cooperar en lo sucesivo con la Junta para los Refugiados de Guerra. Ni

quiera en marzo de 1944 había resultados que avalasen claramente la nueva misión norteamericana para ayudar a los judíos de Europa.

Estas actividades se vieron también, en un principio, obstaculizadas por la falta de dinero. La Junta para los Refugiados de Guerra recibía ayuda federal únicamente para costear su propia administración. Las misiones en sí requerían apoyo externo y solían estar financiadas casi por completo por organizaciones judías estadounidenses. El mayor financiador individual fue el Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta, que contribuyó con la impresionante cantidad de quince

millones de dólares (casi doscientos millones actuales). Este esfuerzo se vio, probablemente, favorecido por el hecho de que el padre del secretario del Tesoro, llamado también Henry Morgenthau, había ayudado treinta años antes a fundar el Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta (American Jewish Joint Distribution Committee), que con el tiempo había acabado conociéndose más a menudo como el *Joint*.

Aunque había sido un comienzo lento, para cuando los alemanes invadieron Budapest la Junta para los Refugiados de Guerra estaba, por fin, lista. La crisis húngara se convirtió en

su primer reto de altura. Esa primavera se designaron representantes especiales de la WRB, que fueron enviados a países neutrales como Turquía, Suiza, Suecia y Portugal.

En Estocolmo, el hombre elegido fue el agregado financiero en la legación estadounidense, Iver Olsen. Nacido en el norte de Noruega, había llegado a Estocolmo durante la Navidad de 1943. Como los demás representantes norteamericanos, Olsen tenía su oficina en Strandvägen 7a. Ahora podía añadir la cuestión de los refugiados a sus otros deberes laborales. Olsen había compartido ocasionalmente ascensor con Kálmán Lauer, y quizá incluso con

Raoul Wallenberg, de la Comercial Centroeuropea. Pero pasaría un tiempo hasta que descubriesen lo que tenían en común.

La Junta para los Refugiados de Guerra comenzó a alzar la voz en el extranjero. El día después de la ocupación nazi de Hungría, la WRB envió telegramas urgentes desde Washington a varios países neutrales con representación diplomática en Budapest para recoger rápidamente información sobre la situación. Ese viernes, el presidente Roosevelt pronunció un discurso que fue cableografiado a todo el mundo a través de varias emisoras de radio con base en países neutrales. El

discurso fue un gesto importante. Roosevelt declaró que Estados Unidos veía la persecución nazi de los judíos como crimen de asesinato en masa y que «nadie que participase en tales actos de barbarie quedaría sin castigo». La WRB iba a usar este discurso numerosas veces con el objetivo de influir en la opinión pública. Se emitió por radio, se imprimió en octavillas y los grupos clandestinos de la resistencia lo difundieron en los países que estaban bajo control alemán.

No está claro si Raoul Wallenberg escuchó el discurso de Roosevelt. Durante el último fin de semana de marzo de 1944 se estaba preparando

para varios meses de servicio militar y sus días estuvieron absolutamente repletos de compromisos sociales. Entre otros, ver a la joven cantante Caroline Jacobsen. Pero todo sugiere que había una nueva conocida en particular que dominaba sus pensamientos en aquella época.

Durante los cinco últimos días antes de incorporarse, Raoul se encontró cuatro veces con la hermosa Jeanette von Heidenstam, de veintiún años. Fueron juntos a un restaurante chino y a una exposición artística. Según recuerda Jeanette, cuando Raoul salía a correr por el bosque de Lill-Jans, en Östermalm, ella solía seguirlo en

bicicleta. El encaprichamiento de Raoul duró toda la primavera y lo acompañó durante la serie de coincidencias que llevarían su vida en una dirección inesperada.

Los acontecimientos de Hungría acabaron por dominar la vida cotidiana de las oficinas de la Comercial Centroeuropea. El socio de Raoul Wallenberg, Kálmán Lauer, estaba cada vez más inquieto, asustado y afligido a medida que pasaba el tiempo. Le preocupaba lo que le pasaría a su familia política y a la familia de su hermana. «En solo una semana, el pelo

oscuro del Dr. Lauer ¡se salpicó de canas!», escribiría más tarde una de sus secretarías.

No era, por supuesto, el único con estas preocupaciones entre los judíos suecohúngaros de Estocolmo. Tras la invasión alemana, el Ministerio de Asuntos Exteriores, situado en la plaza Gustav Adolfs, se inundó de cartas de individuos alarmados que querían obtener la protección del ministerio para sus parientes judíos en Hungría. Lauer tuvo, probablemente, un papel importante en las agitadas conversaciones que tenían entonces lugar entre la colonia húngara de Estocolmo. Había conseguido tener

bastante peso en los asuntos suecohúngaros y no era de los que se quedan de brazos cruzados, ni le faltaban ideas, cuando había una situación nueva y difícil que requería una solución. Cuando el enviado húngaro en Estocolmo, Antal Ullein-Reviczky, se distanció del nuevo Gobierno colaboracionista de Hungría, todos los húngaros de Estocolmo le enviaron cartas de apoyo, un gesto en cuya organización tuvo Lauer un gran papel. También se frecuentaban socialmente.

En abril, el cesante Ullein-Reviczky rogó al Gobierno sueco que tomase medidas para mejorar la

situación de los judíos húngaros en peligro. Mientras que los judíos húngaros de Estocolmo habían, inevitablemente, albergado pensamientos de acción colectiva, resulta bastante increíble que la comunidad judía sueca de Estocolmo hubiese adoptado hasta entonces una actitud dudosa y pasiva siempre que surgía la cuestión de las misiones de rescate para las víctimas del Holocausto. Los líderes de dicha comunidad no se habían ganado precisamente la reputación de partidarios entusiastas de una política de refugiados sueca generosa de cara a los judíos europeos. De hecho, el gran

rabino Marcus Ehrenpreis parecía inclinarse en la dirección contraria. Como sus homólogos norteamericanos, estaba muy preocupado por el hecho de que una invasión de refugiados judíos pudiese disparar el antisemitismo y la persecución en Suecia.

Cuando la Junta para los Refugiados de Guerra comenzó su trabajo local en Estocolmo en 1944, el recién nombrado Iver Olsen quedó conmocionado por la actitud de los judíos suecos más destacados. Transmitió sus impresiones a su jefe en Washington, John Pehle:

Lo que sigue es solo para su información, pero no deja de ser cierto que los judíos suecos no quieren más judíos en Suecia. Tienen una situación muy cómoda aquí, no tienen problemas de antisemitismo y temen en gran medida que una afluencia de judíos no solo sea una carga para ellos, sino que dé pie también a un problema judío en el país. En consecuencia, los encontrará muy interesados en el rescate judío y las operaciones de auxilio, siempre y cuando no impliquen traerlos a Suecia.

Y, de hecho, fue el peletero sionista de origen alemán Norbert Masur, y no Ehrenpreis, quien primero introdujo en los círculos judíos de Suecia la cuestión de ayudar a los judíos húngaros. Masur

había intentado durante muchos años presionar para conseguir más rescates, pero hasta entonces se había topado con una comunidad judía vacilante. En la primavera de 1944, Masur notó que Marcus Ehrenpreis se mostraba, por fin, más receptivo hacia la idea. Acababan de persuadir al gran rabino, por ejemplo, de formar un capítulo sueco del Congreso Judío Mundial, una organización activista, algo que habría sido impensable solo unos años antes.

El diplomático Masur comenzó a tantear. Lo intentó por varios caminos hasta que llegó a una propuesta, que

esbozó en una carta al gran rabino, fechada en Karlavägen el 18 de abril de 1944:

Deberíamos encontrar a una persona, de grandes habilidades y buena reputación, que no sea judía, dispuesta a viajar a Rumanía/ Hungría para dirigir una misión de rescate de judíos. La persona en cuestión debe contar con la confianza del Ministerio de Asuntos Exteriores, se le debe emitir un pasaporte diplomático, y el ministerio debe dar instrucciones a las legaciones de Bucarest y Budapest para que la ayuden en la medida de sus posibilidades. Debemos proveer a dicha persona de una suma considerable de dinero, digamos 500.000 coronas [...]. Creo que, con este plan, podremos salvar a

unos cientos de personas. Los principales requisitos son: el hombre adecuado, apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores y dinero. Este último es la menor de nuestras preocupaciones, pues gran parte lo podremos obtener, muy probablemente, de Estados Unidos. Incluso el apoyo del ministerio debería ser posible a la luz de la amabilidad que muestran ahora. Sería, por supuesto, inestimable que el ministerio autorizase asimismo a las legaciones en cuestión a preparar un número limitado de pasaportes suecos temporales.

Los pasaportes temporales no eran una idea nueva, sino una táctica estándar en la presión burocrática que aplicaba diligentemente y entre bastidores el

Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, en su mayor parte a favor de individuos judíos. Tras comenzar la deportación de los judíos noruegos en 1942, los suecos habían cambiado su actitud y pasaron a ser una fuente de irritación para los hábiles burócratas asesinos del Holocausto. La principal arma que utilizaban las autoridades suecas era emitir solicitudes diplomáticas, objetivas y persistentes en apoyo de judíos concretos que tenían alguna conexión sueca y que, según el Ministerio de Exteriores, debían ser eximidos y enviados a Suecia. Esta estrategia parece haber tomado a los alemanes por sorpresa. Habrían

encontrado más fácil enfrentarse a protestas emotivas de carácter general que a esta clase de argumentación legal insistente.

Ya en noviembre y diciembre de 1942, en misiones para los judíos noruegos, los diplomáticos suecos habían recurrido a veces a la emisión de pasaportes temporales para judíos con «conexión sueca». Pronto empezaron a marcarse cada vez más faroles. Con suficiente creatividad y esfuerzo, casi todos los judíos podían ser conectados con algún ámbito de interés sueco. El historiador Paul A. Levine observa, en su tesis doctoral sobre las actividades diplomáticas suecas durante el

Holocausto, que: «Lo que se desarrolló fue una lectura extraordinariamente amplia de quién cumplía los requisitos de representación diplomática sueca». Levine ha acuñado el término «resistencia burocrática» para estas actividades de protesta más disimuladas.

Esta resistencia burocrática ocurría, con toda intención, lejos de la luz pública. El éxito se derivaba de la combinación de la argumentación racional y la condición de funcionarios superiores que tenían los contactos diplomáticos implicados. Las peticiones

que se hacían a los alemanes no incluían crítica alguna a la ideología racial nazi. El tono era estrictamente burocrático.

Los alemanes, que en esta difícil fase de la guerra estaban cada vez más preocupados por mantener sus relaciones diplomáticas con Suecia, encontraban difícil enfrentarse a esta nueva táctica. Muchos cientos de judíos se salvaron así del Holocausto. El individuo que tenía responsabilidad directa en las deportaciones, Adolf Eichmann, estaba cada vez más frustrado. Manifestaba internamente su enérgica desaprobación y acusaba a los suecos de intentar socavar sistemáticamente, con su nueva práctica

de declarar sueca a gente que nunca había puesto un pie en el país, el trato que los alemanes daban a los judíos.

Eichmann tenía esta impertinencia sueca en mente cuando dirigió su atención a la tarea de limpiar Hungría de judíos. Solo hacía unos meses que los burócratas alemanes habían fracasado en su plan de deportar a 8.000 judíos daneses. También en aquel caso, la acción de los suecos había sido un obstáculo para los nazis. Durante mucho tiempo, los judíos daneses habían quedado protegidos del aparato exterminador alemán, en parte a causa del deseo de Hitler de presentar Dinamarca como ejemplo de

protectorado modélico. Cuando los nazis actuaron finalmente, a comienzos de octubre de 1943, el Gobierno sueco reaccionó de inmediato declarándose dispuesto a admitir a todos los judíos daneses. Para entonces, la mayoría ya estaban avisados y habían conseguido huir a través de los estrechos que separan Dinamarca y Suecia. Los alemanes solo consiguieron enviar a 474 judíos daneses a campos de concentración.

Este gesto sueco había resonado en todo el mundo y fue ampliamente elogiado por el Gobierno estadounidense, entre otros. Una

organización judeoamericana envió el siguiente telegrama al primer ministro Per Albin Hansson:

En los años de indecible sufrimiento causado a los judíos por los nazis, esta es la primera vez que un Gobierno emite declaración oficial anunciando su buena disposición a garantizar asilo a los judíos torturados de un país vecino.

Adolf Eichmann aprendió algo analizando los fallos cometidos en Dinamarca: no se podía dar por hecho que la población local fuera a ayudar en el plan alemán para los judíos. Los daneses habían ayudado a sus hermanos judíos a huir a Suecia. En Dinamarca, la

lealtad se había deteriorado tanto que ni los oficiales alemanes implicados en la ocupación habían cooperado del todo. «Me resultó claro que yo, como alemán, no podía exigir a Hungría la deportación de judíos. Proceder como en Copenhague habría llevado solo a un gran fiasco. Dejé el asunto en manos de los funcionarios húngaros», expresaría Eichmann más tarde.

El entusiasmo de los «funcionarios húngaros» iba a superar sus más desmesuradas expectativas. Fue una situación distinta por completo, claramente vinculada con el hecho de que en Hungría se había hecho desaparecer cualquier fuerza política

moderada. A comienzos de abril, autobuses enteros de ministros y parlamentarios, socialdemócratas y liberales, prominentes judíos y aristócratas antinazis fueron enviados a campos de reciente construcción. Detuvieron a 10.000 personas solo en las primeras semanas, 3.000 de ellas, judías.

El nuevo ministro del Interior pronazi nombró a dos conocidos antisemitas húngaros, László Endre y László Baky, secretarios de Estado y les dio la responsabilidad de ocuparse de la cuestión judía según el plan de Eichmann. Iban a asumir la tarea con una determinación y una energía que

asombraron incluso a este, y que hicieron que la mayor deportación de la guerra se llevara a cabo con increíble facilidad y en un tiempo récord. Estos actos violentos del régimen colaboracionista también fueron legitimados en Hungría por el hecho de que el regente Horthy siguiera en su puesto, en apariencia de acuerdo con lo que estaba sucediendo en el país.

Tal fue el entusiasmo húngaro que casi todos los soldados alemanes pudieron abandonar Hungría al cabo de un mes, lo que era parte necesaria del plan, pues la situación del Frente Oriental era tan peligrosa que las tropas se precisaban en otros lugares. Pronto

apenas se veían uniformes alemanes por la calle. Esto, sin embargo, no significaba que los alemanes hubiesen desaparecido, como había sido la esperanza de Horthy. Las Secciones de Seguridad, o SS, y la Gestapo pasaron sencillamente a vestir de civil, con cierta predilección por los abrigos de cuero que confiscaban en las tiendas judías.

Cuando la mayor parte del ejército hubo abandonado Hungría, la presencia alemana en Budapest pasó a consistir en las SS y el personal de la legación alemana, bajo la dirección del enviado personal de Hitler, el ministro Edmund Veessenmayer. Este utilizaba su poder

diplomático para presionar aún más a los húngaros en lo tocante a la cuestión judía. Por lo demás, la mayor parte del trabajo recaía en las SS de Himmler o, más precisamente, en la Oficina Central del Servicio de Seguridad del Reich, la RSHA.

La RSHA era un batiburrillo burocrático de fuerzas de orden público. Incluía a la Gestapo y al Servicio de Seguridad, o SD. Tras el asesinato del segundo de Himmler, Reinhard Heydrich, en Praga en 1942, la RSHA quedó al mando de Ernst Kaltenbrunner, que había llegado a Budapest durante los primeros días de la ocupación. Allí

había invitado a Adolf Eichmann a cenar en un restaurante para desearle la mejor de las suertes en su trabajo.

El mando de Eichmann era una subunidad de la RSHA. Él no era siquiera el representante de las SS de mayor rango en Budapest: Eichmann estaba, de hecho, a las órdenes de Otto Winkelmann, el jefe de la RSHA que había sido destinado a la ciudad. Eichmann tenía carta blanca para ocuparse de los judíos, pero aún carecía de poder significativo o reconocimiento. Aunque sus actividades recibían alta prioridad, formalmente seguía sin poder comunicarse directamente con Hitler o Himmler.

En aquel momento, Eichmann parecía sentir una gran necesidad de reforzar su imagen. Mientras esperaba a que se pusiera en marcha el extenso plan en la zona rural, se embarcó en una gira de confiscaciones por Budapest con sus asociados más cercanos. Tomaron las mayores de las villas de lujo que los judíos acaudalados se habían visto forzados a abandonar. Eichmann se trasladó a una casa magnífica en Rózsadomb, con vistas al Danubio. Disponía de chóferes y criados, y pronto se permitiría una orgía de lujos, en franco contraste con la existencia relativamente ascética que había llevado hasta entonces.

Eichmann estableció sus oficinas en el hotel Majestic, en lo alto de Svábhegy, una de las muchas colinas de Budapest. Colgó un gran mapa de Hungría en la pared y, junto con los entusiastas funcionarios gubernamentales húngaros Endre y Baky, dividió el país en seis zonas. La noreste, el frente más cercano a la Unión Soviética, figuraba en primer lugar en el plan de deportación. Desde allí, la aniquilación de los judíos continuaría zona por zona, en el sentido de las agujas del reloj, alrededor de Budapest. El plan llevaba el sello organizativo de Eichmann. Pero serían la Policía y los gendarmes (una fuerza policial

paramilitar) húngaros quienes llevarían a cabo la tarea brutal de acorralar a los aproximadamente 400.000 judíos rurales y conducirlos a los campos de concentración. No tardarían mucho en hacerlo.

Para que el plan tuviese éxito, Eichmann debía encontrar una forma de mantener a los líderes judíos de Budapest tranquilos y dispuestos a cooperar. Himmler había dejado claro que no quería ver otro alzamiento judío sangriento como el del gueto de

Varsovia en 1943. Y una repetición del vergonzoso episodio danés sería, asimismo, inaceptable.

Parte de la estrategia general era comenzar con la deportación de los judíos ortodoxos de la zona rural. Con la excepción de algunas incursiones relámpago durante los primeros días, las brutales detenciones de primavera ocurrieron fuera de la vista de los judíos asimilados de Budapest. Otro movimiento estratégico fue utilizar tanto el premio como el castigo para conseguir que los judíos de Budapest formasen un consejo central, al que se embaucaría para ayudar en la campaña de aniquilación en lugar de resistirse.

Uno de los primeros días, Eichmann envió a sus colaboradores Hermann Krume y Dieter Wisliceny a la congregación judía de la calle Síp la («calle del Caramillo»), en Pest, para supervisar la formación de un consejo judío de seis miembros. Los dos nazis aseguraron al grupo que nada malo sucedería a los judíos húngaros mientras dicho consejo cooperase y tolerase ciertas «restricciones temporales».

El 31 de marzo de 1944, Eichmann invitó a los líderes judíos seleccionados a una audiencia en su oficina del hotel Majestic. La delegación iba dirigida por el recién elegido presidente, el anciano Samuel Stern, muy bien considerado

entre los judíos de Budapest. Según la biografía de David Cesarani, Eichmann ofreció una «actuación brillante». Los líderes judíos quedaron embelesados por su falsa, aunque seductora, combinación de amenazas y promesas. Se les informó de que en lo sucesivo se exigiría a todos los judíos que llevasen una estrella amarilla de diez centímetros por diez «cosida en el bolsillo de la pechera izquierda de la prenda más externa, claramente visible, amarillo canario, hecha de paño, seda o terciopelo», como rezaba la ordenanza. Eichmann explicó que se enviaría a los judíos a centros de trabajo para la

industria bélica alemana, pero que serían bien tratados mientras siguiesen las reglas.

Sería responsabilidad del Consejo Judío evitar que cundiese el pánico, explicó Eichmann. Y ¿sabían —continuó con voz melosa— que había aprendido hebreo y siempre se había interesado por el arte y los libros judíos?

La trágica credulidad de los judíos húngaros desconcierta a los investigadores históricos. Las noticias de lo que pasaba a los judíos deportados en otros países habían llegado también a Hungría. Pero el conocimiento no da la perspicacia. Muchos consideraban dichos informes exagerados. Entre los

judíos húngaros existía la convicción extendida de que lo que había pasado a otros no podría pasar nunca en Hungría, donde los judíos habían sido parte de la población general desde mucho antes de lo que podía recordar nadie. Nada pareció alterar esta convicción, ni siquiera la amplitud de las nuevas restricciones que se promulgaron ya a comienzos de abril. En un abrir y cerrar de ojos, arrebataron a los judíos húngaros sus empleos públicos, así como el derecho a usar coches, taxis y trenes, llamar por teléfono o frecuentar restaurantes. Sus radios fueron confiscadas, y todos los periódicos judíos, prohibidos.

Aun así, muchos judíos húngaros no querían aceptar la verdad. Los que habían percibido la magnitud del peligro e intentaban advertir a los demás fueron acusados de extender innecesariamente el pánico.

Una noche, ya tarde, a comienzos de abril, alguien llamó a la puerta de Per Anger. Se trataba de Hugó Wohl, director ejecutivo de Orion, una fábrica de radios del amplio conglomerado húngaro Tungsram. Los caminos de Wohl y Anger se habían cruzado en numerosas ocasiones anteriores. Diez años antes, Orion Tungsram había registrado una

empresa de ventas en Suecia, Svenska Orion, que había conseguido introducir más de cien mil radios Orion en el mercado sueco. Incluso las famosas bombillas Tungsram se vendían en grandes cantidades en Suecia.

Wohl era conocido por ser un caballero probo y distinguido. Ahora intentaba ocultar su insignia amarilla con el maletín. «Tiene que ayudarme. De verdad, tiene que ayudarme», suplicó.

Per Anger estaba ya profundamente implicado en el destino de los judíos húngaros. En los últimos tiempos, el intercambio de telegramas entre el Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo y la legación en Budapest

había sido vertiginoso. El jefe del Departamento Legal del Ministerio, Gösta Engzell, había indicado que los funcionarios de Budapest podrían, en casos excepcionales, emitir pasaportes temporales válidos para seis meses a parientes de ciudadanos suecos o a una pequeña cantidad de representantes húngaros que llevasen años trabajando para empresas suecas. Pero también se habían decretado normas con severas restricciones para dichos pasaportes, pues tenían una conexión formal con la obtención de la ciudadanía y no estaba claro cuántos aceptarían los alemanes.

Era menos arriesgado emitir un visado de tres meses como alternativa, aunque ofrecía menos protección.

Hugó Wohl no cumplía los requisitos, pero Per Anger no tuvo que pensarlo mucho para emitir su primer pasaporte temporal. No vio razón para detenerse ahí y emitió pasaportes temporales para toda la familia Wohl. Solo más tarde buscó la aprobación de Ivan Danielsson y el Ministerio de Exteriores en Estocolmo: «Pesará sobre su conciencia», le dijo Danielsson.

El asociado más cercano de Hugó Wohl en la fábrica Orion, Vilmos Forgács, tenía en realidad vínculos más estrechos con Suecia que su jefe. Había

viajado a Suecia en los años treinta y, entre otras cosas, pasó ocho meses en Estocolmo poniendo a punto la sucursal sueca de la empresa de radios. Fue entonces cuando conoció a Anger. En Budapest habían coincidido en cenas y emprendieron juntos excursiones a la montaña. Pero Vilmos Forgács era uno de los destacados ingenieros judíos a los que los alemanes habían detenido en los primeros días de la ocupación. Cuando se conocieron los detalles de la situación de Forgács más avanzada la primavera, Anger emitió para su familia pasaportes temporales, que los salvaron.

Como la familia Wohl, pudieron entonces quitarse las insignias amarillas y moverse con libertad.

Wohl y Forgács pertenecían a la élite comercial de Hungría. Entre los dos poseían una experiencia sin igual y, con el tiempo, se convertirían en dos de los colaboradores y confidentes más importantes de Raoul Wallenberg.

Las iniciativas suecas tuvieron a su favor el hecho de que en Budapest los alemanes no rechazaban de entrada estas solicitudes de trato excepcional para los judíos de países neutrales. Tras negociar con Anger y Danielsson, las autoridades colaboracionistas húngaras acordaron

también tratar a quienes tenían en su posesión un pasaporte temporal como ciudadanos suecos.

Pero un aumento repentino en la circulación de este tipo de pasaportes acabaría por reducir su eficacia. Aunque Anger emitió varios cientos, comenzó a producir otros tipos de documentos de protección más imaginativos. Creó un tipo de documento ilusorio que no era en realidad un visado, sino solo una garantía de que cierto judío nombrado tenía «derecho» a visado de viaje sueco y, por lo tanto, estaba bajo la protección de la legación.

Per Anger llamó a los nuevos certificados «cartas de protección». Estas cartas no tenían en absoluto validez formal, pero se emitían con sellos imponentes, y todo aquel que hubiese pasado un tiempo en Hungría sabía que, en una situación crítica, eso podría bastar.

A mediados de abril, la maquinaria de la muerte se puso en marcha, y cientos de miles de judíos rurales fueron conducidos en masa a campos de internamiento, el primero de ellos ubicado en la ciudad de Kassa, en el noreste de Hungría (hoy Košice, en

Eslovaquia). Las condiciones eran indescriptibles. A los judíos se los apaleaba, se les arrebataban sus objetos de valor y se los conducía a zonas industriales donde se los obligaba a vivir a la intemperie. «Dormimos en el suelo, no tenemos ni jergones ni cobertores, y moriremos congelados [...]. Se nos descuida hasta el punto de que dejamos de parecer humanos», escribió uno de los judíos afectados en una carta que sacaron a escondidas de una fábrica de ladrillos de Kassa.

Más y más judíos húngaros desesperados acudían a los representantes de países neutrales. Aumentó la presión sobre Anger y

Danielsson, que tenían otras cosas en que pensar aparte de las interminables colas que se formaban en el exterior de la legación en Gyopár. La creciente preocupación entre los parientes suecos había provocado una oleada de solicitudes al Ministerio de Exteriores.

En la Comercial Centroeuropea, un muy inquieto Kálmán Lauer comenzaba a sentir la urgente necesidad de actuar. Su director de operaciones internacionales, Raoul Wallenberg, seguía comprometido con su servicio militar, pero hablaban de vez en cuando sobre la posibilidad de que Raoul viajase a Hungría para intentar ayudar a los familiares de Lauer. El 25 de abril, hasta el socio de Lauer,

Sven Salén, intervino y escribió una carta a Per Anger en Budapest. Felicitó al secretario de la legación por el nacimiento de su hija Birgitta y, a continuación, le pidió protección para la familia política de Lauer, su hermana y la familia de esta. Per Anger emitió la nueva carta de protección para cada uno de ellos e hizo lo que pudo para seguir su destino durante la primavera. Pero puesto que Lauer no era ciudadano sueco, no había mucho más que Anger pudiese hacer.

En los círculos del peletero Norbert Masur y de la sección sueca del Congreso Judío Mundial, los planes de enviar un representante sueco a Hungría

habían comenzado a tomar forma. Para entonces, hasta el gran rabino Marcus Ehrenpreis apoyaba el plan. Invitaron a Kálmán Lauer a unirse a sus discusiones, probablemente para ampliar su conocimiento de la situación en Hungría. Un día de comienzos de mayo, Ehrenpreis preguntó a Lauer si conocía a algún candidato adecuado para la misión. Lauer no tuvo que pensar mucho. Mencionó de inmediato a su colega Raoul Wallenberg, que ya estaba preparándose para viajar allí en representación de Lauer.

El 14 de mayo, los planes habían avanzado ya tanto que Raoul escribió una carta al comandante en jefe del

ejército pidiéndole permiso para viajar al extranjero una vez hubiese concluido su servicio. La idea era, entonces, que Raoul viajase a Hungría y, una vez allí, formase una organización de ayuda sueca, quizá convenciendo a Save the Children para abrir una oficina en Budapest. Raoul se quedaría dos meses y, con suerte, tendría tiempo de reclutar un comité local que incluyese un sueco residente en Hungría, un puñado de «arios de opiniones decentes» y algunos judíos. «Mi intención es viajar a Hungría para adquirir productos alimentarios para su exportación a Suecia, y también para su distribución a los judíos húngaros a través del comité

que se formará con dicho propósito. Se trata de una causa extremadamente digna y de una verdadera cuestión de vida o muerte», escribió Raoul en su solicitud.

Unos días más tarde, Marcus Ehrenpreis se reunió con Raoul Wallenberg por primera vez. Por desgracia, no quedó muy impresionado. Cuando el posible emisario se lanzó a comentar que la misión de rescate dependería de sobornos, que era en su mayor parte una cuestión de dinero, Ehrenpreis se puso en guardia. No tenía la sensación de que Raoul fuese lo suficientemente maduro para el encargo.

La hija del gran rabino, Miriam Nathansson, describió más tarde el encuentro en una entrevista con la autora Lena Einhorn:

Yo estaba en casa esa vez que Wallenberg vino. Después, mi padre dijo que no estaba nada seguro de que Wallenberg quisiera hacer aquello por convicción; no creía que sintiese un vínculo de conexión real con los judíos. Mi padre pensaba que en realidad estaba más motivado por un deseo de aventura.

Ehrenpreis no quería dar a Raoul Wallenberg luz verde. Dejó pasar semanas con la esperanza de que apareciese un candidato mejor. Y el

proceso se estancó. A finales de mayo de 1944, la misión de Wallenberg estaba, por el momento, en espera.

La Junta para los Refugiados de Guerra se había abstenido de iniciar misión alguna de rescate directo en Hungría. Los estadounidenses juzgaban el asunto muy difícil de organizar, dado que el país estaba rodeado por fuerzas enemigas. En cambio, durante la primavera, la WRB hizo grandes esfuerzos por llevar a cabo una guerra psicológica mediante varios tipos de

secas advertencias, que se transmitieron al Gobierno húngaro a través de canales neutrales.

Entretanto, las SS y los gendarmes húngaros continuaban purgando de judíos las zonas rurales. El número de campos de internamiento se multiplicó, y el número de judíos capturados se acercaba veloz al objetivo de 400.000 que se habían impuesto los nazis. Los asesinos de Hitler empezaban a sentir la urgencia de comenzar los transportes a Auschwitz. Pero los considerables retos logísticos que eso implicaba no eran tan fáciles de resolver.

Eichmann había encargado a su gente la tarea de organizar los detalles necesarios para cuatro transportes por tren diarios de Hungría a Auschwitz. Se construyó una nueva vía férrea y casi se cuadruplicó el personal de las cámaras de gas y los crematorios.

El 15 de mayo, los primeros trenes de la deportación comenzaron a circular según el programa, cuatro trenes sobrecargados al día, con aproximadamente tres mil judíos húngaros cada uno. Los campos de internamiento se vaciaron poco a poco, y en la legación sueca el personal oyó los más horripilantes relatos de testigos oculares. Como una semana más tarde,

Per Anger viajó a uno de los campos húngaros, situado en una fábrica de ladrillos, para ver por sí mismo lo que estaba pasando:

Mientras estaba allí, cambiaron un tren con vagones de ganado vacíos a un apartadero que llevaba a la zona de la fábrica. Abrieron las puertas y obligaron a tantos judíos —hombres, mujeres y niños— como les fue posible a entrar en los furgones a golpes y patadas. Había unas ochenta personas apiñadas en cada uno de los vagones, que parecían tener capacidad para solo la mitad. Una madre intentó esconder a su chiquillo para evitar que lo subiesen al tren. Un soldado la vio, agarró al niño por las piernas y lo lanzó al furgón.

Adolf Eichmann había alcanzado la brutal cima de su carrera como experto en emigración y organizador más destacado de la exterminación judía. Esperaba con impaciencia su ascenso, que, sin embargo, ni siquiera entonces estaba próximo. Al contrario, notó con cierto dolor que no era ya el maestro innegable en este ámbito de experiencia. Junto con las deportaciones de Eichmann se habían puesto en marcha otras iniciativas en cuanto a la «cuestión judía» que no implicaban enviar a los judíos a campos de exterminio. La idea en esos casos era negociar acuerdos comerciales a pequeña escala en los que las vidas húngaras se intercambiaban

por dinero o recursos. Habían asignado la tarea al segundo de Himmler, el *Obersturmbannführer* Kurt Becher, enviado a Budapest como representante de la División Financiera de las SS. Cuando Eichmann se dio cuenta de lo que había sucedido a sus espaldas, se enfureció terriblemente.

Kurt Becher tenía experiencia comprando caballos para las SS. Oficialmente, había llegado a Hungría con la intención de obtener armas y 40.000 caballos para restañar el flujo de pérdidas catastróficas del ejército alemán en el Frente Oriental. Pero en mayo se había descubierto que en realidad estaba llevando a cabo

«negociaciones» secretas (el acusado fue transferido de un campo a arresto domiciliario) con el director judío del conglomerado Manfréd Weiss. De las fábricas de Manfréd Weiss, el 51 por ciento era propiedad de una gran familia judeohúngara; el 49 por ciento restante, del Estado húngaro. Puesto que los dueños se habían convertido previamente al cristianismo, la empresa no había sido considerada judía hasta entonces, una vía de escape que había dejado de ofrecerse.

Las empresas propiedad de Manfréd Weiss fabricaban materiales bélicos, entre otras cosas, y tenían más de 30.000 empleados. En contacto

cercano con el propio Himmler, Kurt Becher negoció entonces un acuerdo que implicaba entregar las empresas Weiss a las SS a cambio de permitir que unos cincuenta miembros de la familia judía huyeran a Suiza y Portugal.

Además, las familias recibirían 600.000 dólares como compensación.

El contrato se firmó el 17 de mayo. El Gobierno húngaro no fue el único en sentir rabia por este golpe, que privaba al país de una de sus industrias más importantes. Eichmann, cuya frustración amenazaba ya con desbordarse, de repente vio a su rival Kurt Becher ascender a la posición de favorito de Heinrich Himmler.

Adolf Eichmann no podía soportar ver a Becher brillar a costa suya. Si la intención de Himmler era volver a las emigraciones clásicas, estaba claro que era él, Eichmann, el experto en el tema. Contaba incluso con hombres que ya antes, esa misma primavera, habían experimentado con métodos similares a los que empleaba Becher. Para marcar su territorio, él y su personal comenzaron negociaciones comerciales con determinados judíos. Llegó hasta a ofrecer liberar a un millón de judíos a cambio de 10.000 camiones, que se podrían enviar al ejército en el Frente Oriental.

Nada resultó, al final, de sus proyectos. Pero la nueva táctica había conseguido la aprobación del propio Himmler. Dado que el director de Manfréd Weiss, Henrik de Wahl, era socio comercial de Sven Salén, no resulta imposible que Raoul Wallenberg supiese algo del tema.

En cualquier caso, está claro que el joven sueco estaba absolutamente en lo cierto al insistir en la importancia del dinero para cualquier intento de rescate durante su reunión con el gran rabino.

Cuando comenzaron las deportaciones desde Hungría a mediados de mayo, los estadounidenses cambiaron abruptamente de estrategia. Diez días más tarde, el 25 de mayo, la Junta para los Refugiados de Guerra en Washington envió telegramas urgentes a las legaciones norteamericanas en las ciudades neutrales de Ankara, Berna, Lisboa, Madrid y Estocolmo. Firmados por el secretario de Estado, Cordell Hull, los telegramas advertían de que, «según varios informes, al parecer auténticos, Hungría ha empezado el exterminio masivo sistemático de judíos».

La dirección de la WRB decidió entonces que era necesario enviar rápidamente tantos observadores internacionales como fuese posible a Hungría para intentar evitar un proceso que podría poner en peligro la vida de más de 800.000 personas. Se urgió a todas las legaciones a contactar con sus respectivos gobiernos para convencerlos de que aumentasen de inmediato, por razones humanitarias, el número de representantes diplomáticos en Hungría, y «en la mayor medida posible». No había mucho tiempo y Washington quería evaluar la disponibilidad de otros gobiernos para cooperar.

Este movimiento preocupó a la mayor parte de los emisarios diplomáticos estadounidenses. La propuesta de la WRB iba contra todas las prácticas de política exterior habituales. ¿Debía instarse ahora a los países que habían rehusado reconocer el nuevo régimen colaboracionista a aumentar su presencia diplomática en Hungría? Turquía y Suiza respondieron negativamente, y los diplomáticos estadounidenses de España y Portugal pensaron que la idea era tan descabellada que ni siquiera se molestaron en transmitirla. Solo quedaba Suecia.

La legación estadounidense en Estocolmo estaba al mando de Herschel Johnson, quien había sido destinado a Suecia poco después del bombardeo de Pearl Harbor en 1941. Era un soltero ancho de espaldas, en la cincuentena, con un «apretón de manos firme y una amplia sonrisa», y se había hecho rápidamente popular en la comunidad diplomática. En contraste con los diplomáticos estadounidenses de otros países neutrales, había puesto un ardiente interés personal en la labor de la Junta para los Refugiados de Guerra.

A comienzos de mayo, el enviado estadounidense había tenido, de hecho, una conversación con Marcus

Ehrenpreis sobre las misiones de rescate de judíos polacos con base en Estocolmo, una iniciativa que cabría la posibilidad de extender a Hungría y Rumanía.

El enviado norteamericano era también buen amigo del socio comercial de Kálmán Lauer, Sven Salén, vicepresidente a la sazón de la Sociedad Suecoamericana. Según las noticias más recientes de Hungría, habían apresado a los parientes de Lauer, lo que debe de haber afectado al humor temperamental del comerciante alimentario.

Sven Salén había mostrado preocupación por los familiares húngaros de Lauer, pero también tenía

intereses propios que proteger en la Hungría ocupada. Había iniciado una relación comercial con una compañía de transporte marítimo suecohúngara. Su empresa había comenzado a vender, asimismo, productos enlatados húngaros, una forma de sobrevivir cuando el bloqueo comercial interrumpió las importaciones de plátanos. Estos productos pertenecían a la famosa marca Globus, parte de Manfréd Weiss, el complejo industrial que acababa de caer en manos de las SS.

Durante el último par de años, la AB Banan-Kompaniet y el conglomerado Manfréd Weiss habían dirigido conjuntamente una fábrica

enlatadora en Malmö, llamada Svenska Globus AB, lo que significaba que Sven Salén tenía sus propias conexiones con los dramáticos acontecimientos de Hungría.

Hay muchos indicios de que la familia Manfréd Weiss había hecho uso de su conexión con la AB Banan-Kompaniet y la Svenska Globus para garantizar porcentajes de su capital en la inestable situación bélica. A juzgar por las cuentas de la Svenska Globus, la familia Weiss colocó amplios activos en la empresa sueca durante los años cuarenta, registrando el dinero como deudas a «varias personas». También

parece que los intereses financieros de la familia Weiss en la empresa sueca continuaron tras la guerra.

El homólogo húngaro de la AB Banan-Kompaniet a cargo de las ventas era Henrik de Wahl (sobrino de la esposa de Manfréd Weiss), que había pasado largos periodos de tiempo en Suecia trabajando en el negocio del enlatado. Henrik tenía unos cincuenta años, aunque casi todo el mundo le echaba, por lo menos, sesenta. En el otoño de 1943 había ingresado en un hospital de Estocolmo por tensión alta y había pasado varios meses allí antes de poder volver a casa en Budapest.

Por casualidad, Henrik de Wahl había regresado a Estocolmo la semana anterior a la ocupación de Hungría para continuar su tratamiento médico y casarse con la mujer sueca de la que se había enamorado. Ahora se ganaba la vida en la Svenska Globus, donde contaba con el apoyo de Sven Salén, y seguía los acontecimientos que se producían en su país con creciente preocupación. De Wahl no solo pensaba en el bienestar de sus parientes, sino también en las consecuencias de la dramática venta del negocio familiar, el conglomerado Manfréd Weiss.

En su solicitud de renovación del permiso de residencia, el 16 de marzo de 1944, Henrik de Wahl había escrito que durante su estancia en Suecia no solo tenía previsto dirigir la Svenska Globus, sino también negociar el «programa de posguerra para el comercio entre Suecia y Hungría». Así fue como Henrik de Wahl entró en escena justo cuando la misión de rescate a Hungría estaba tomando forma. Por supuesto, su futuro suegro tenía un apartamento en Strandvägen 7.

Es casi imposible reconstruir *a posteriori* lo que sucedió exactamente después de que la Junta para los Refugiados de Guerra enviase su alarmante telegrama el 25 de mayo de 1944. Solo podemos constatar que muchos estaban, con razón, muy preocupados, y que en diferentes lugares de Estocolmo se pensaba en organizar misiones de rescate en Hungría. También nos sería posible observar que Strandvägen 7a comenzaba a actuar como potente epicentro de todos estos esfuerzos.

Raoul Wallenberg había mostrado ya su disposición, aunque en esa época estaba bastante desconectado de la vida

cotidiana de la Comercial Centroeuropea. Su unidad militar había comenzado a desmantelarse, pero seguiría acuartelado durante todo el mes de mayo, lo que no evitaba que mantuviese el contacto con Lauer. Su destino en la Guardia Real Sueca significaba que no estaba nunca demasiado lejos. Un día, por ejemplo, apareció con su pelotón en el almacén del puerto Frihamnen propiedad de la Comercial Centroeuropea y la AB Banan-Kompaniet, para practicar técnicas de combate urbano.

Por esta razón se enteró pronto cuando llegó la terrible noticia: se habían llevado a los parientes de Lauer.

Duplicaron sus esfuerzos. Al principio, Kálmán Lauer no era ciudadano sueco, lo que limitaba su capacidad para ayudar a sus familiares. Cuando el mensaje de las deportaciones llegó a Estocolmo, Raoul Wallenberg ayudó a su socio a solicitar la ciudadanía. Cuanto antes pudiese obtenerla, mayor sería la probabilidad de que su familia consiguiese pasaporte temporal sueco y fuese liberada de su cautiverio.

Si bien Kálmán Lauer no había abandonado la idea de enviar además a Raoul Wallenberg a Budapest, después de la reacción negativa del gran rabino imaginaba un encargo más específico,

según el cual Raoul ayudaría a la familia política y la sobrina de cinco años de Lauer a entrar en Suecia.

Al final, era solo cuestión de tiempo antes de que todos esos sueños dispares se fusionaran en uno solo. No hizo falta mucho para que una misión a Hungría pareciese necesaria a todo el mundo y para que un arquitecto y empresario que pronto cumpliría treinta y dos años, sargento de la Guardia Real Sueca y con principio de calvicie, se materializase como único candidato posible, incluso a ojos del gran rabino.

Según contó más tarde Kálmán Lauer, fue en el elegante ascensor de Strandvägen 7a donde todo acabó

encajando. Allí era donde Lauer se había encontrado una y otra vez durante los últimos seis meses con un diplomático norteamericano de reciente incorporación. Había unos doscientos norteamericanos en la legación, así que, según Lauer, él no sabía quién era Iver Olsen. Pero un día, en el ascensor, el nuevo agregado encargado de los refugiados le preguntó si era posible que fuese él aquel señor Lauer de quien tanto había oído hablar:

Dije que sí, y él me dijo entonces que se llamaba Ivor [sic] Olsen y que trabajaba en la legación estadounidense. Me preguntó si me gustaría acompañarle a su despacho a fumar un cigarrillo. Fui con él

y resultó que sabía un montón sobre nuestra empresa y el conglomerado al que pertenecíamos. También sabía que yo había nacido en Hungría. El señor Olsen me mostró muchos informes que habían recibido de diversas fuentes y que describían el destino de los judíos húngaros. Me dijo que era agregado humanitario en la Embajada estadounidense en Estocolmo y que su misión era ayudar a los húngaros. La idea era que el Ministerio de Exteriores sueco enviase a un agregado humanitario a la legación de Budapest. Me preguntó si podía recomendarle a alguien fiable, enérgico e inteligente, que fuese adecuado para dicho propósito. Le contesté inmediatamente que podía, y que se llamaba Raoul Wallenberg.

10

LA MISIÓN

La primavera había sido más fría de lo habitual. Solo alrededor de Pentecostés, que en 1944 cayó en uno de los últimos días de mayo, volvió el buen tiempo a Estocolmo, y con él, los enjambres de viajeros en busca de sol que se dirigían al archipiélago. Los barcos se llenaban

hasta el último asiento y los habitantes de Estocolmo que se iban de vacaciones, con sus herramientas de jardinería y sus aparejos de pesca, se apiñaban en el muelle frente a la Comercial Centroeuropea.

Los informes de la guerra sonaban como un acorde menor de fondo, casi imperceptible, que se disputaba pulgadas de columna en los periódicos con los anuncios de bañadores y «loción de bronceado». A finales de mayo, los suecos —como el resto del mundo— seguían ansiosamente el avance de los Aliados hacia Roma. Los progresos parecían haber dado a luz la necesidad de demostraciones públicas, aunque

algo falsas, de amistad entre Occidente y la Unión Soviética. El secretario de Exteriores británico, Anthony Eden, hacía lo que podía para aplacar el miedo británico a los rusos. En un discurso en la Cámara de los Comunes, a finales de mayo, recordó a sus compatriotas que los británicos y los rusos habían luchado codo con codo «en tres conflictos de escala mundial: las guerras napoleónicas, la última guerra mundial y la actual». Las sospechas de ambos bandos eran, sencillamente, señal de que necesitaban conocerse mejor, afirmó Eden. El ministro de Exteriores soviético, Viacheslav Mólotov, replicó con un telegrama en el mismo tono.

Explicó que la victoria de la coalición británico-ruso-estadounidense sobre la Alemania de Hitler pondría «fuertes cimientos para una amistad duradera entre los pueblos amantes de la libertad».

Todo esto sonaba bien, pero todos los implicados sabían que, entre bastidores, era evidente que Stalin no confiaba por completo en los países capitalistas de Estados Unidos y Gran Bretaña, y que el esfuerzo bélico colectivo no había borrado el escepticismo de las potencias occidentales hacia el comunismo. La situación no mejoró cuando la Unión Soviética intentó utilizar su posición

para limitar los planes de sus aliados. En junio, por ejemplo, el viceministro de Asuntos Exteriores Andréi Vyshinski, declaró que no tolerarían negociaciones con los nazis en cuanto a los judíos. Los rusos no podían, en ninguna circunstancia, aceptar la propuesta de Eichmann de intercambiar 1.000.000 de judíos rescatados por 10.000 camiones. Lo categórico de la postura soviética pudo deberse a la promesa de Eichmann de que los camiones solo se utilizarían en el Frente Oriental.

Los estadounidenses se encontraron con la misma intransigencia al intentar conseguir que la Unión Soviética, como los británicos, prestase su apoyo a la

recién formada Junta para los Refugiados de Guerra. Aunque no se debería exagerar el grado de entusiasmo británico por la iniciativa norteamericana, los rusos declararon abiertamente que no estaban dispuestos a participar y expusieron, asimismo, su escepticismo en cuanto a las intenciones de la WRB.

Todos estos asuntos controvertidos se cernían sobre Hungría, algo que Stalin difícilmente podría haber encontrado alentador. Por un lado había conversaciones de paz secretas entre Hungría y Occidente; por otro, se negociaba sobre los judíos húngaros. Los servicios de inteligencia soviéticos

ya habían podido conectar el apellido sueco Wallenberg con este tipo de negociaciones de paz encubiertas por separado, que tanto habían provocado a Stalin. Eran conscientes del papel que tenían los «capitalistas» Jacob y Marcus Wallenberg en el contacto entre la resistencia alemana y los líderes occidentales. Pronto el apellido surgiría de nuevo, esta vez en relación con las negociaciones y las iniciativas de rescate de los judíos húngaros.

En la primavera de 1944, la paciencia de Stalin estaba a punto de agotarse. Llevaba desde 1942 esperando a que Estados Unidos y Gran Bretaña hiciesen lo prometido: abrir un segundo

frente al oeste para reducir la presión sobre las tropas soviéticas en el este. Pero los Aliados occidentales se estaban tomando su tiempo y Stalin no podía ocultar su frustración ante el retraso.

Pasados diez minutos de la medianoche del 6 de junio de 1944, los primeros soldados británicos aterrizaron a las afueras de la ciudad francesa de Caen, con la cara pintada de negro para no ser vistos en la oscuridad. El Día D acababa de comenzar. La Operación Overlord estaba en marcha.

Esa misma tarde llegaron a Estocolmo las primeras imágenes de las fuerzas invasoras. La BBC estaba sobre aviso y reservó grandes anuncios en los periódicos suecos para el día siguiente. Con las palabras «Día D», la emisora de radio quería publicitar sus emisiones de onda corta, que se ofrecían en sueco tres veces al día.

El jueves 6 de junio, los habitantes de Estocolmo celebraban, como de costumbre, el Día de la Bandera Nacional (que se convertiría en el día de la Fiesta Nacional). El enviado estadounidense en la ciudad, Herschel Johnson, acompañó a su colega británico Victor Mallet al «servicio de la

Invasión» en la iglesia anglicana. En esta histórica ocasión, la congregación había izado una enorme *Union Jack* que cubría todo el presbiterio. La iglesia superó todos los récords de asistencia previos, y, tras la oración, unas cuatrocientas voces entonaron juntas los himnos británico y estadounidense.

Raoul Wallenberg también tenía razones personales para celebrar aquel día. Por fin había recibido respuesta del ejército en cuanto a su petición de viajar al extranjero pese a servir en un puesto militar en tiempo de guerra.

La decisión no fue automática. Se consideraba al sargento Raoul Wallenberg desacostumbradamente

competente en su cargo al mando de un pelotón y sería difícil reemplazarlo. Hubo que enviar el caso de Raoul al despacho del comandante en jefe para su aprobación final. Le concedieron el permiso, aunque con una advertencia: aunque Wallenberg podía pasar el resto del año en Hungría, si movilizaban su unidad, tendría que volver de inmediato.

Al día siguiente Kálmán Lauer escribió una carta a Budapest para preparar la misión de Raoul, que en aquel momento parece haber concernido aún únicamente a los parientes deportados de Lauer. Este quería hacer el inminente viaje de Raoul tan fácil como fuese posible, por lo que contactó

con un hombre que, durante los últimos meses, había sido muy alabado por la colonia suecohúngara de Estocolmo por su generosa labor para ayudar a los judíos de Budapest. Se llamaba Valdemar Langlet, tenía más de setenta años y había vivido en Hungría con su esposa rusa, Nina, durante trece años. Langlet era profesor universitario de sueco en Budapest y se lo veía a menudo en la legación sueca, donde actuaba como una especie de agregado cultural voluntario. Llevaba gafas redondas y bigote canoso, y era de carácter más impulsivo de lo que la burocracia sueca fue nunca capaz de admitir cómodamente.

Durante la primavera, Valdemar Langlet había insistido reiteradamente a Per Anger e Ivan Danielsson en que hiciesen más por los judíos húngaros. Pero Anger ya dedicaba las veinticuatro horas del día al asunto, que comenzaba a superar a la legación sueca. A mediados de mayo, el profesor universitario y su mujer tuvieron entonces la idea de implicar a la Cruz Roja sueca en la causa. Investigaron la posibilidad de invitar a su recién nombrado vicepresidente, el conde Folke Bernadotte, a ver por sí mismo la infernal situación de Budapest. Mientras

esperaban una respuesta, iniciaron sus propias actividades de rescate junto con la Cruz Roja en Hungría.

Valdemar Langlet había comenzado ya a crear sus propias cartas de protección suecas, con sellos de la Cruz Roja, que distribuía generosamente entre los judíos perseguidos. La iniciativa se asemejaba a los imaginativos «certificados de visado» de Per Anger, en apariencia oficiales, aunque en realidad completamente desprovistos de cualquier valor formal. Los suecos no eran los únicos que se inclinaban por soluciones de ese estilo. La primera persona en emitir cartas de protección a los judíos húngaros había sido el

diplomático suizo Carl Lutz, a quien Anger conocía bien. Lutz había sido antes cónsul suizo en Palestina. Cuando lo trasladaron a Budapest, en 1942, le había parecido lógico implicarse en la emigración relativamente considerable de los judíos húngaros al protectorado británico. Lutz había creado una especie de «certificado de emigración» que funcionaba como carta de protección para aquellos judíos que estaban en mitad del proceso de solicitud. Podían mostrar aquellos certificados mientras esperaban su partida. Había continuado emitiendo las cartas de protección

incluso tras la llegada de los alemanes, aunque ya no se permitía a los judíos abandonar Hungría.

Valdemar Langlet se inspiró, probablemente, en Lutz y Anger cuando creó sus pasaportes de la Cruz Roja. Pero, al contrario que Anger, no veía razón para restringir la producción de sus documentos. «Su corazón era amable y sufría por todos y cada uno, y no había límite para el número de cartas de protección de la Cruz Roja que producía y firmaba personalmente», decía Per Anger de Langlet en el libro que escribió sobre su época en Budapest.

Fue al idealista Langlet a quien acudió Kálmán Lauer con respecto al inminente viaje de Raoul Wallenberg:

 Mi querido amigo Valdemar:

 La gran desgracia que nos ha sobrevenido a todos nosotros ha sido particularmente dura para mi familia, de la que sabrá que no goza ya de libertad. Le pido que ayude al Sr. Wallenberg para que pueda traer a mis suegros, Lajos e Irene Stein, y a la pequeña Susanna Mihaly a Suecia. Tanto el director Salén como yo ponemos todos nuestros recursos a su disposición. Raoul Wallenberg, a quien he llegado a conocer a lo largo de estos últimos tres años como persona honrada y de noble corazón, hará, es seguro, todo lo que esté en su mano para ayudar.

[...] No puede imaginarse lo mucho que reza la gente ahora en Suecia para que Dios lo proteja a usted y le permita continuar con su labor humanitaria. Los amigos con los que he hablado sienten por usted la más profunda gratitud.

Habían pasado dos semanas desde que la legación estadounidense en Estocolmo hubiese recibido el telegrama de la Junta para los Refugiados de Guerra en Washington, con su petición de que presionaran al Gobierno sueco para ampliar su representación diplomática en Hungría tan pronto como fuese posible. Herschel Johnson parece haber retrasado la mención de este asunto y no programó hasta el 9 de junio

de 1944 una reunión con el subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, Erik Boheman.

La Junta para los Refugiados de Guerra recibió respuestas desalentadoras de las legaciones norteamericanas en todos los demás países neutrales con los que había contactado. Pero, tras la reunión con Boheman, Herschel Johnson tenía noticias halagüeñas de las que informar. Puede que el diplomático norteamericano hubiese interpretado con demasiado optimismo el hecho de que Boheman hubiese escuchado con interés y no hubiese descartado de inmediato la idea de aumentar el número de

diplomáticos suecos en Budapest. Aun cuando la intuición de Johnson fuese correcta, no podía informar de ninguna promesa en firme tras el encuentro. No obstante, su relato de la actitud positiva de Boheman pareció satisfacer a sus superiores en Washington. Boheman también había prometido enviarle un informe de la situación en Hungría que el enviado sueco en el terreno, Ivan Danielsson, había presentado recientemente:

Cuando lo haya recibido, volveré a reunirme con el Sr. Boheman y procuraré obtener sugerencias concretas de él sobre lo que puede hacerse en Hungría, así

como una expresión más amplia de sus ideas en cuanto a una mayor representación sueca.

Pasarían dos semanas antes de que Herschel Johnson recibiese dicho informe, aunque Ivan Danielsson lo había escrito el 26 de mayo. Pero algo se movía. Un par de días antes, la legación sueca en Budapest había comunicado su necesidad de refuerzos, mencionando una carga de trabajo abrumadora. Había también varias voces que pedían iniciativas de rescate suecas más organizadas, que pudiesen cooperar con la Cruz Roja húngara. Ivan Danielsson había enviado telegramas al

Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo con respecto a dichas peticiones y sugerido, asimismo, que se enviasen representantes de la Cruz Roja sueca y Save the Children a Budapest.

Además, el informe de situación más reciente de Danielsson, que muy probablemente había escrito Per Anger, era una lectura inquietante. «Durante las últimas semanas han entrado en vigor nuevas ordenanzas diariamente, enfocadas a privar a la población judía de más o menos todo lo que pertenece a los derechos naturales de un miembro de la sociedad», comenzaba el informe, antes de explicar que estaba en peligro la vida de todos los miembros de la gran

población judía de Hungría. A los judíos se los estaba transportando a «Alemania» en «vagones de carga sellados, que contienen setenta personas cada uno, sin acceso a instalaciones sanitarias o alimento». Danielsson escribió que había recibido la noticia de que ya se había transportado a 100.000 judíos fuera de Hungría de esa manera.

Para cuando Erik Boheman y Herschel Johnson se reunieron, 92 trenes, con un total de 289.357 judíos húngaros a bordo, habían salido de Hungría, si hemos de creer en los meticulosos libros de cuentas de los burócratas nazis. Los atestados trenes habían cruzado el este de Eslovaquia y

atravesado Cracovia de camino a Auschwitz. Una vez allí, nueve de cada diez judíos eran llevados directamente a las cámaras de gas.

En la última semana, el tono de los telegramas de Per Anger e Ivan Danielsson se había hecho más apremiante cada día. El Ministerio de Exteriores, a su vez, había pedido a sus diplomáticos en el país que investigasen las posibilidades prácticas de la misión de rescate dirigida por la Cruz Roja que Danielsson había mencionado, tras lo cual el Gobierno sueco tenía la intención de proceder rápidamente a poner a prueba la propuesta.

La cuestión húngara era cada vez más prominente entre los asuntos cotidianos del Ministerio de Exteriores sueco a comienzos de junio de 1944. Pero habría sido bastante comprensible que el subsecretario Erik Boheman tuviese otras cosas en la cabeza cuando el enviado estadounidense Herschel Johnson lo visitó aquel viernes. Las relaciones entre los gobiernos sueco y estadounidense habían sido frías durante la primavera, y Boheman se había encontrado en medio del conflicto. Lo que había visto de los juegos de poder norteamericanos lo había horrorizado.

El conflicto se había centrado en las exportaciones suecas de rodamientos a Alemania. Más tarde Boheman usaría palabras como «brutal» y «despiadado» para describir el comportamiento de los estadounidenses. Los Aliados habían presionado a Suecia para reducir a la mitad el número de rodamientos que SKF, la fábrica de rodamientos sueca, estaba enviando a Alemania como parte de un acuerdo comercial firmado a finales de 1943. Pero, a medida que se acercaba el Día D, las peticiones de los Aliados para que Suecia interrumpiese por completo las exportaciones se hicieron más insistentes. Los alemanes utilizaban los rodamientos en sus

aviones de combate, y los estadounidenses argumentaban que, cuantos más fuesen los aviones alemanes a los que tuviesen que enfrentarse, mayor era el riesgo de que la invasión fracasase. En respuesta, los suecos argumentaron que ya habían reducido las exportaciones y que Suecia no podía echarse atrás en sus acuerdos comerciales solo porque otros estados beligerantes así lo deseasen.

Erik Boheman era, sin duda alguna, la estrella absoluta del Ministerio de Exteriores en la época, y conocido por su aguda mente, su rápido ingenio y su jovial risa relinchada. Durante los coqueteos más incómodos entre suecos y

alemanes al comienzo de la guerra, se había distinguido por su orientación anglosajona.

Pero en el asunto de los rodamientos era en Erik Boheman, de entre los altos funcionarios del ministerio, en quien más confiaban las potencias occidentales, y quien, en sus propias palabras, tuvo que cargar con «el peso de la batalla». En abril había descrito la postura sueca a Herschel Johnson. Johnson había vuelto al cabo de una semana con una áspera nota diplomática, firmada por el presidente estadounidense, que hizo temblar al Ministerio de Exteriores. El presidente Roosevelt afirmaba que el tema de los

rodamientos suecos afectaba a la vida de innumerables estadounidenses. Si no se satisfacían sus exigencias, el Gobierno de Estados Unidos se vería forzado a «considerar seriamente el uso de todos los métodos posibles para alcanzar los resultados deseados».

«Todos los métodos posibles.» En el Ministerio de Asuntos Exteriores no se interpretó esto como otra cosa que una amenaza indirecta de guerra. No mejoró tampoco la situación la campaña mediática paralela de los estadounidenses contra Suecia, inusualmente dura. Günther envió una respuesta seca y desdeñosa, que interrumpió las discusiones bilaterales.

Sin embargo, se envió a Suecia a un delegado estadounidense para tratar directamente con la fábrica de rodamientos SKF. Durante su estancia, el delegado indicó que «el Gobierno estadounidense no dudaría, como último recurso, en bombardear las instalaciones de SKF».

No se resolvió el conflicto hasta el 12 de junio. SKF accedió finalmente a reducir las exportaciones a los alemanes durante cuatro meses, a cambio de encargos compensatorios de los Aliados.

Este era el ambiente durante aquellos días en los que Herschel Johnson intentaba conseguir que el

Ministerio de Exteriores cooperase en una misión de rescate estadounidense en Hungría. Merece la pena señalar que los accionistas mayoritarios de SKF eran los Wallenberg.

Muy pocos ciudadanos particulares de Suecia fueron consultados tan frecuentemente sobre asuntos diplomáticos durante la guerra como Marcus y Jacob Wallenberg. El caso más reciente se había dado a principios de la primavera de 1944; Marcus Wallenberg había demostrado ser un enlace valioso cuando el Gobierno sueco se sintió incapaz de llevar a cabo

abiertamente una negociación de paz entre Finlandia y la Unión Soviética. Marcus Wallenberg era buen amigo de la embajadora soviética en Estocolmo, Alexandra Kollontái, o «madame Kollontái», como solían llamarla después de sus catorce años como representante soviética suprema en Suecia. Marcus Wallenberg tenía, asimismo, relación personal con el presidente finlandés, Risto Ryti, y con el primer ministro entrante, Juho Paasikivi.

Jacob Wallenberg había reducido su implicación en estos asuntos, pero mantenía sus contactos con la resistencia alemana centrados en torno a Carl Goerdeler. Se habían visto en la visita

de Jacob durante las negociaciones comerciales de 1943 en el ya bastante castigado Berlín. Goerdeler le habló entonces de los dos intentos frustrados de asesinar a Hitler.

Desde entonces, Goerdeler había enviado varias indicaciones a Jacob Wallenberg de que los miembros acérrimos del grupo no se habían dado por vencidos y aún planeaban seguir adelante con el asesinato. Era importante mantener a Jacob Wallenberg al corriente de las noticias. Goerdeler le había pedido que organizase una reunión en Estocolmo entre el nuevo Gobierno alemán liderado por Goerdeler y los

británicos, inmediatamente después del golpe de Estado, suponiendo que tuviese éxito.

La principal ocupación de Jacob Wallenberg era, no obstante, gobernar el Enskilda Bank en Estocolmo como director ejecutivo y mantener un ojo vigilante sobre las filiales del conglomerado familiar. Para los bancos comerciales suecos, los años de la guerra fueron un periodo relativamente tranquilo, y Jacob Wallenberg tuvo libertad para centrarse en invertir el dinero del banco y de la familia.

Uno de los primeros días de junio de 1944, recibió a Raoul Wallenberg en la sede central del banco, en

Kungsträdgårdsgatan. Raoul había terminado su servicio en el ejército hacía solo unos días y, a juzgar por las notas de su agenda, parece que Jacob quería discutir de nuevo con él la idea de adquirir terreno en el barrio periférico de Huvudsta, con vistas a construir en él.

Raoul Wallenberg había, por lo demás, vuelto a su vida en Strandvägen 7a y a su papel de director de operaciones internacionales de la Comercial Centroeuropea. Había retomado sus actividades voluntarias en la Milicia Nacional y vestía a menudo su uniforme de faena.

Su trabajo diario ya no tenía mucho que ver con caballos, ocas o pavos. Ahora que Raoul tenía permiso del ejército para viajar al extranjero, había que organizar su misión en Hungría. Era una tarea urgente pero compleja.

Tras la reunión de Iver Olsen y Kálmán Lauer, surgieron nuevas posibilidades que prometían hacer que el viaje de Raoul a Hungría pasara de acto de desesperación particular a iniciativa internacional patrocinada indirectamente, con el objetivo de salvar a más gente aparte de los parientes de Lauer. Si los estadounidenses conseguían convencer al Gobierno sueco para que aumentase su representación en

Hungría, el viaje se basaría en unos
cimientos más parejos y seguros. Si
seleccionaban a Raoul Wallenberg,
emitirían a su nombre un pasaporte
diplomático de valor inestimable. Pero
¿cómo se podría persuadir al Ministerio
de Exteriores para destinar a un
arquitecto e importador/ exportador
relativamente desconocido a un puesto
diplomático?

Iver Olsen, por supuesto, había pedido
de inmediato conocer al joven director
que Kálmán Lauer había recomendado
tan encarecidamente. Según una de las
muchas historias que circulan en torno al

reclutamiento de Raoul Wallenberg, los tres se reunieron por primera vez en una cena cuyo anfitrión fue el director de la Manfréd Weiss, Henrik de Wahl, que se alojaba temporalmente en el Grand Hôtel de Saltsjöbaden, propiedad de los Wallenberg, a las afueras de Estocolmo.

Si esta historia es cierta, la reunión parece haber sido un éxito, puesto que se dice que la cena duró de las siete de la tarde a las cinco de la mañana. Pero hay fuertes razones para no lanzarse a una conclusión precipitada. La mayor parte de los relatos que han intentado captar esta serie de acontecimientos confunden alocadamente hechos y fantasía. Las fechas varían de un testigo

a otro, y también lo hacen los invitados de la cena y los restaurantes, incluso la secuencia de acontecimientos se invierte en ocasiones.

Por fortuna, hay un par de datos fijos a los que aferrarse. Entre ellos, la agenda de bolsillo de Raoul Wallenberg para 1944, los telegramas que envió la legación estadounidense en Estocolmo a la WRB y al Departamento de Estado en Washington, y los telegramas entre el Ministerio de Exteriores en Estocolmo y la legación sueca en Budapest. También está el único documento que consta en los archivos del Ministerio de Exteriores de esas semanas de negociación en que figura la firma de

Raoul Wallenberg: una carta para el subsecretario Erik Boheman fechada el 19 de junio.

O se puede simplemente observar que, de todos los que han intentado relatar la historia, solo uno tuvo parte directa en los acontecimientos: Kálmán Lauer.

Según Lauer, el primer encuentro entre Iver Olsen y Raoul Wallenberg fue, en efecto, una cena que duró hasta el amanecer. Discutieron estrategias de rescate durante toda la noche y Olsen preguntó a Raoul, según Lauer, si consideraría ser enviado a Hungría por el Ministerio de Exteriores. Olsen explicó que, si era así, la «legación

estadounidense» proporcionaría «fondos materiales para su misión». Raoul indicó que estaría dispuesto a hacerlo.

Kálmán Lauer e Iver Olsen informaron, entonces, a sus respectivos jefes, Sven Salén y Herschel Johnson, que ya eran viejos conocidos. Salén telefoneó al enviado estadounidense, y se decidió que Johnson se reuniría también con Raoul Wallenberg. El 12 de junio de 1944, Herschel Johnson envió un telegrama a Washington sobre el asunto:

[He] encontrado [a un] sueco que viajará muy pronto a Hungría por negocios y que parece dispuesto a prestar toda asistencia

posible en el problema húngaro. Ceno con él y Wahl el 11 de junio, con el propósito de explorar posibilidades y averiguar, en cierta medida, sus capacidades al respecto. Cualquier instrucción que pudiese coordinar la forma de enfocar el problema húngaro sería de ayuda.

La primera vez que la inminente tarea dejó su huella en la agenda de Raoul es la anotación de una cena con el «Sr. Olsen», el lunes 12 de junio, a las seis de la tarde. Debe de tratarse de la cena a la que se refería Herschel Johnson. Resultó tener lugar el mismo día que la SKF firmaba su contrato y las exportaciones de rodamientos suecas

dejaban de amenazar con torpedear las relaciones suecoamericanas. Puede que fuese una coincidencia, puede que no.

En teoría, pues, Iver Olsen y el empresario húngaro Henrik de Wahl se sentaban a la mesa aquella noche. No sabemos quiénes eran los demás comensales, pero, considerando el contexto, no es improbable que Kálmán Lauer y Sven Salén estuviesen también presentes.

Solo podemos especular sobre por qué el empresario e industrial enlatador húngaro Henrik de Wahl estaba siempre incluido en estas discusiones. Por supuesto, puede haber sido su conocimiento de Hungría y Budapest lo

que estaba tras su invitación a la cena. Después de todo, el enviado estadounidense había establecido contacto con el director de la Manfréd Weiss antes de que Raoul entrase en escena, para recibir información sobre la venta del negocio y la huida de la familia.

Pero no podemos, sin más, obviar el hecho de que Henrik de Wahl y Sven Salén también dirigían una empresa juntos. Los productos enlatados de Globus tendrían un papel central cuando Raoul Wallenberg tuviese que organizar avituallamiento para los muchos miles de judíos húngaros protegidos. Según el primer relato de la misión de Budapest,

el libro de Rudolph Philipp sobre Raoul Wallenberg de 1946, fueron «Henrik de Wahl y su conglomerado familiar» quienes organizaron que una parte de los dólares americanos de la Junta para los Refugiados de Guerra se pagase en *pengő* húngaros a Raoul Wallenberg en Budapest.

Puede que la implicación de Sven Salén y Henrik de Wahl se originase en un deseo de contribuir al plan de la Junta para los Refugiados de Guerra a favor de Hungría. Está claro por sus iniciativas durante la primavera y el otoño que Salén tuvo parte activa en el destino de varias familias húngaras, como también debe de haberlo tenido

Henrik de Wahl. Aunque tampoco podemos excluir la posibilidad de que viesen la oportunidad comercial de convertirse en los proveedores de una misión de rescate respaldada por un fondo aparentemente inacabable de dólares americanos.

El siguiente dato firme del proceso de reclutamiento lo podemos fechar exactamente una semana después de la cena de Raoul Wallenberg con Herschel Johnson. El lunes 19 de junio, Raoul Wallenberg envió una carta a Erik Boheman al Ministerio de Asuntos Exteriores. «Con respecto a nuestra

conversación, me gustaría agradecerle la confianza depositada en mí», comenzaba Raoul.

Con ayuda de los recuerdos de Kálmán Lauer, comienza a surgir una imagen de los hechos en el ínterin. Al principio el enviado estadounidense parece haberse ido a casa después de la cena con una imagen mental relativamente entusiasta: se había formado una buena impresión de Raoul Wallenberg. «Después, las cosas fueron bastante deprisa», observa Lauer. Herschel Johnson había vuelto a dirigirse a Erik Boheman para persuadir a Suecia para que aumentara su representación diplomática en Hungría.

Ahora contaba con el nombre de un posible candidato, que además conocía bien Budapest.

Erik Boheman siguió el consejo de Johnson y concertó una reunión con Raoul. En algún momento entre el 14 y el 16 de junio, el Ministerio de Exteriores preguntó a Raoul Wallenberg si estaba dispuesto a aceptar un puesto como secretario de la legación en Budapest.

No está claro qué dijo exactamente Herschel Johnson a Boheman sobre la Junta para los Refugiados de Guerra y el respaldo financiero estadounidense para las misiones de rescate previstas. Pero el enviado norteamericano debe de

haber tenido algo sustancial que comunicar sobre el asunto. Erik Boheman se mostró, de pronto, convencido: sobre el proyecto y sobre el candidato. Estocolmo no rebosaba de hombres que conociesen bien Budapest y estuviesen dispuestos a partir hacia una misión arriesgada en el Frente Oriental. Y, como telón de fondo, estaban la insistente presión de los judíos de Estocolmo y las llamadas de una legación abrumada en Budapest. Pero la velocidad de los acontecimientos resulta, a pesar de todo, asombrosa. De golpe, las cosas pasaban muy rápidamente, y el Ministerio de Exteriores estaba preparado para

nombrar a un representante alimentario completamente lego en asuntos exteriores para un puesto diplomático en un país con el que la mayoría de las otras naciones había roto lazos.

Tras la propuesta del Ministerio de Exteriores, Raoul contactó con las juntas de las dos empresas en las que trabajaba: la Comercial Centroeuropea y la pequeña Comercial del Pacífico, de la que era miembro de la junta y director ejecutivo. Tuvo cuidado de explicar que no iba «a poder asumir actividades comerciales por el momento». Nadie se

interpuso. También obtuvo autorización de Jacob Wallenberg para viajar a Budapest.

Después de tomarse el fin de semana para reflexionar, escribió su respuesta a Erik Boheman. Raoul le dijo que había allanado todos los obstáculos que suponían sus responsabilidades actuales y que, si era preciso, estaba también dispuesto a dejar sus tareas de dirección durante la misión húngara. Para concluir, escribió: «Tan pronto como se haya tomado la decisión final, agradecería un mensaje que me permita hacer los arreglos necesarios con respecto a mis actividades comerciales. Atentamente, Raoul Wallenberg».

Dos días más tarde se enviaron dos telegramas desde el Ministerio de Exteriores a la legación de Budapest. El primero les informaba de que se había decidido reconocer oficialmente a Valdemar Langlet, que ya trabajaba sobre el terreno, como delegado con responsabilidad para la misión de rescate de la Cruz Roja para los judíos húngaros. El segundo explicaba los planes de reclutar a Raoul Wallenberg como agregado especial en la legación de Budapest.

El argumento para crear el nuevo puesto era un tanto confuso. El Ministerio de Asuntos Exteriores mencionaba una misión especial que

implicaría «informes continuos» y sugerencias de «iniciativas humanitarias adecuadas y alcanzables, así como medidas de ayuda necesarias para el periodo de posguerra». Continuaba diciendo que la legación estadounidense había concedido al asunto gran atención y que era evidente que, dada la carga de trabajo que ya tenían en Budapest, no podían «prescindir de personal» para asignarlo a aquella «tarea especial». Se instaba a Ivan Danielsson y Per Anger, que debían de estar perplejos por la conexión con la legación estadounidense, a que «enviasen de inmediato un telegrama» si tenían alguna objeción.

Erik Boheman parece haber supuesto una respuesta positiva, porque ese mismo día, más tarde, informó a Herschel Johnson de que el puesto de Raoul Wallenberg en la legación de Budapest había sido confirmado. Al menos, así es como lo entendió Johnson, según el telegrama que envió a Washington poco después del almuerzo ese mismo día, el 21 de junio. Johnson escribió que Boheman se había esforzado al máximo por aclarar que el Ministerio de Exteriores estaba dispuesto a todo lo necesario para hacer realidad el asunto. Si surgían problemas con respecto a los visados necesarios para Raoul Wallenberg, el Gobierno

sueco respondería no aceptando al encargado de negocios húngaro, explicó Boheman. El subsecretario había hecho hincapié en que el Ministerio de Exteriores y el Gobierno sueco planeaban cooperar «tanto como fuese posible» en todos los esfuerzos humanitarios.

Johnson cerraba el telegrama diciendo que:

El nombramiento de este agregado es, sin duda, prueba de empeño oficial de Suecia de avenirse a deseos expresados en telegrama Departamento 1010, de 25 mayo [...] Olsen y yo opinamos Junta para Refugiados de Guerra debería considerar formas y medios de facilitar acción

Gobierno sueco, en particular, respecto apoyo financiero posible para cualquier progreso de rescate y liberación concreto que pueda darse.

Erik Boheman no tenía que preocuparse por la reacción de Budapest. El enviado sueco Ivan Danielsson quiso saber lo que su segundo, Per Anger, pensaba de la propuesta. «Conozco a Raoul Wallenberg y creo que es una solución excelente», fue la respuesta.

Al mismo tiempo, Per Anger elogiaba el nombramiento inminente en una carta a Sven Salén. «He recibido con la mayor de las satisfacciones el

mensaje de que Raoul W. está de camino. *Debe, sin embargo, apresurarse todo lo posible.»*

En Hungría, la máquina de la muerte de Eichmann no mostraba signos de ralentización, si bien las cifras de las deportaciones récord de mayo ya no se alcanzaban todos los días. Durante las anteriores dos semanas, otros 50.000 judíos húngaros habían sido embarcados a la fuerza en vagones de carga nazis, como ganado de camino al matadero. Antes de finales de junio, correrían la

misma suerte 40.000 más, y con ello la Hungría rural acabaría quedando, de hecho, vacía de población judía.

Adolf Eichmann estaba impresionado por la eficacia de los gendarmes húngaros, la fuerza policial paramilitar que se ocupaba, principalmente, del trabajo práctico que implicaban las deportaciones. Estaba igualmente impresionado por la determinación de los dos secretarios de Estado del Ministerio del Interior, László Baky y László Endre, que dirigían las deportaciones a una velocidad que superaba la de cualquier

trabajo previo de Eichmann. Pero el campo era una cosa, y la capital, otra muy distinta.

Ya en abril, el Sondereinsatzkommando de Eichmann y los mandos de la gendarmería húngara habían presentado un plan para crear un gueto en Budapest. Pero la propuesta se había estancado. Con los ataques aéreos de los Aliados occidentales de los primeros días de abril frescos en el recuerdo del pueblo, se consideraba demasiado arriesgado separar a los judíos del resto de la población. Aislarlos solo facilitaría al enemigo dirigir sus ataques a los barrios no judíos.

En lugar de eso, se llegó a una solución intermedia: se usó para marcar 2.000 edificios de catorce distritos de Budapest una señal negra en la puerta, con una estrella de David amarilla de gran tamaño (treinta centímetros de ancho). El 16 de junio, el Gobierno húngaro emitió un nuevo decreto de vivienda. En el plazo de cinco días, todos los judíos de Budapest que no viviesen ya en una casa estrellada tendrían que abandonar la suya y apiñarse en las nuevas residencias designadas. No era poco habitual que diez personas compartiesen habitación. También se prohibió a los judíos que fuesen y viniesen a placer: solo se les

permitía salir entre las dos y las cinco de la tarde. Y no podían recibir invitados ni hablar con la gente de la calle por las ventanas.

La fecha de comienzo de las deportaciones de Budapest se fijó el 30 de junio. Pero entonces comenzaron a elevarse voces discrepantes. No eran una simple respuesta a las crueldades que acechaban cada vez más de cerca a la élite social de la capital. Se había filtrado información más detallada sobre lo que esperaba a los judíos en Auschwitz-Birkenau. En abril de 1944, dos judíos eslovacos, Rudolf Vrba y Alfred Wetzler, habían conseguido escapar del campo. Juntos escribieron

un informe de treinta y dos páginas, con información detallada sobre las rutinas y la geografía de Auschwitz-Birkenau. Se envió el informe al Consejo Judío de Budapest y, para finales de mes, otros testigos lo habían confirmado. Estos testimonios se dieron a conocer con el nombre colectivo de los «Protocolos de Auschwitz».

No fue hasta la segunda mitad de junio cuando los contenidos de los Protocolos de Auschwitz se difundieron en Hungría. Las razones de este retraso son controvertidas. El propio Rudolf Vrba sugirió que se debió al destinatario del informe, Rezső Kasztner, uno de los sionistas del comité de rescate que había

negociado durante la primavera, con Adolf Eichmann y Kurt Becher, el rescate de un grupo de judíos húngaros a cambio de dinero. A finales de junio, Kasztner también consiguió que Eichmann «salvase» un tren con unos 1.700 judíos a cambio de dinero, oro y diamantes. Vrba acusó a Kasztner de no querer publicar la información de los Protocolos de Auschwitz porque podía poner en peligro las negociaciones, algo que este negó.

El jefe de Estado húngaro, el regente Miklós Horthy, ya había declarado a finales de marzo que «no deseaba tener

ningún tipo de influencia» en la nueva política antisemita. Horthy se había retirado a su castillo. No era prisionero, como habían sugerido ciertos rumores, pero se mantenía a distancia para evitar ser relacionado con las actividades del régimen colaboracionista. El regente había conseguido convencer al nuevo Gobierno de que promulgase sus decisiones en forma de decretos, no leyes, lo que lo liberaba de la responsabilidad de firmarlas.

Pero Horthy sabía lo que estaba pasando. Uno de los dirigentes del Consejo Judío, Ernő Pető, estaba en el círculo social privado de Horthy. Pető era abogado y, también, en una

coincidencia singular, el padre de László Pető, el joven húngaro al que Raoul Wallenberg había conocido y protegido del acoso de sus compañeros en su curso de verano en Thonon-les-Bains en 1929. Ernő Pető hizo llegar al regente información detallada de los Protocolos de Auschwitz. A comienzos de junio, Miklós Horthy no pudo seguir en silencio más tiempo. Escribió una carta al primer ministro Sztójay sobre las atrocidades y exigió que cesase el trato inhumano a los judíos. También pidió que los judíos especialmente prominentes y los que se habían convertido fuesen eximidos por completo.

En una reunión parlamentaria el 21 de junio, hasta el viceministro de Exteriores Mihály Jungerth-Arnóthy elevó sus protestas. Explicó a sus colegas que era verdad que a los judíos húngaros los estaban enviando a Auschwitz para gasearlos, y no, como el Ministerio del Interior insistía, a «trabajar en Alemania». Pero el ministro del Interior, Andor Jaross, aseguró a todo el mundo que el supuesto genocidio no era más que un rumor sin fundamento y repitió la mentira nazi establecida: la única razón por la que se deportaba a todos los judíos, niños y ancianos

incluidos, era que los obreros judíos eran más productivos si tenían cerca a su familia.

El 20 de junio, el *New York Times* comenzó a publicar una serie de artículos basada en el informe de los judíos eslovacos sobre Auschwitz. Casi al mismo tiempo, algunos periódicos suizos reprodujeron fragmentos de las descripciones, y se alzó la ola de condena internacional. El recién nombrado delegado de la Cruz Roja sueca, Valdemar Langlet, recibió del consejo judío de Budapest la recopilación de nuevos testimonios, la

tradujo y la entregó a la legación sueca para que la enviase al Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo.

La víspera de la celebración del solsticio de verano, el 23 de junio, Danielsson envió su autorización para el reclutamiento de Raoul Wallenberg en un telegrama codificado. Al día siguiente añadió los Protocolos de Auschwitz traducidos al informe sobre el avance de la cuestión judía que envió al Ministerio de Exteriores.

Fue un enviado muy pesimista y abatido quien tomó la pluma. Solo una semana antes, más o menos, se había sentido obligado a pedir permiso para aumentar la distribución de pasaportes

temporales en casos de urgencia. Ahora escribió que ninguno de los intentos de presionar a las autoridades había obtenido resultados, y que lo último que sabían era que todos los judíos extranjeros que siguiesen en Hungría el 1 de julio serían internados. Suecia había pedido protección para trescientos o cuatrocientos judíos con documentos suecos, pero ni siquiera los pasaportes temporales parecían garantizar ya que un refugiado fuese identificado como ciudadano del país. Y nadie sabía ya si eran los alemanes o los húngaros quienes estaban entonces al mando.

Al día siguiente, el enviado sueco envió una misiva incluso más sombría. Había trabajado mucho para proporcionar a Valdemar Langlet los documentos necesarios para su trabajo en la Cruz Roja, a la cual también se había prometido apoyo financiero de una «organización de ayuda judía europeoestadounidense». Pero el mensaje que estaba esperando del Gobierno húngaro había vuelto a ser pospuesto otra semana. Danielsson esperaba atormentado. Al ministerio escribió que, si no estaban listos a finales de mes, «tendremos que eliminar la cuestión de nuestra lista, y los pobres judíos que, con el oro de sus parientes,

habrían podido llegar a países neutrales

y, finalmente, a Estados Unidos, deberán considerarse definitiva e inevitablemente perdidos».

Quedaba cada vez más claro que Hitler perdería sin remedio la guerra. Los Aliados occidentales encadenaban éxitos tras el desembarco de Normandía, y el 22 de junio, la Unión Soviética comenzó una ofensiva en el Frente Oriental en la que Alemania perdió 130.000 hombres, una de las mayores derrotas militares de la guerra. Este cambio en el ambiente tuvo un efecto positivo en la disposición internacional a ayudar a los judíos. El 25 de junio, el

papa Pío XII envió una carta a Horthy pidiéndole personalmente que pusiese fin a la brutalidad. Justo al día siguiente, un amenazante presidente Roosevelt exigía el cese inmediato de las deportaciones.

Según la historiadora estadounidense Deborah S. Cornelius, el almirante Horthy no alcanzó su punto de inflexión hasta que su hijo, también llamado Miklós, le dio un artículo de un diario suizo en el que se fustigaba a Hungría por presentarse como «un país respetable» mientras permitía que lo implicasen en crímenes vergonzosos que «serían para siempre una mancha oscura en el honor de la nación». Según

Cornelius: «Horthy, que siempre había estado fieramente orgulloso de la reputación de Hungría en cuanto a su honor y respetabilidad, quedó horrorizado».

Horthy convocó una reunión del Gabinete del régimen colaboracionista húngaro el 26 de junio. Con aversión, relató todo lo que sabía sobre el terrible trato a los judíos y mencionó todas las amenazas internacionales que había recibido. No midió sus palabras: «¡No continuaré tolerándolo! No permitiré que las deportaciones sigan trayendo vergüenza a los húngaros. Que el Gobierno tome medidas para destituir a Baky y Endre. ¡La deportación de los

judíos de Budapest debe cesar! El Gobierno debe dar los pasos necesarios al respecto».

Si bien se seguía respetando, por lo general, al almirante Horthy como fuerte símbolo de la nación, no se lo consideraba un gigante intelectual. Ya de avanzada edad, era cada vez más obtuso. Su discurso impresionó a los ministros; a pesar de lo cual, no hicieron nada, por el momento, para detener las deportaciones. Las solicitudes de los países neutrales de que se garantizase la exención de ciertos grupos de judíos extranjeros, sin embargo, comenzaron a verse de distinta forma. La petición de Suecia de salvoconducto para

trecientos o cuatrocientos judíos fue, de pronto, aprobada por el régimen colaboracionista, como lo fue también la solicitud de visados a Palestina de la legación suiza para aproximadamente 7.000 judíos que estaban ya esperando para emigrar. Los húngaros enviaron sus decisiones a Edmund Veesenmayer, en el cuartel general alemán en Budapest, para su aprobación.

El irresoluto Gobierno húngaro argumentó, entonces, a sus aliados alemanes que debían aprobar las peticiones suecas. Pero en la legación alemana dejaron a un lado este caso. Veesenmayer tenía que comunicarse con Berlín y reflexionar sobre el asunto,

pues las primeras señales del ministro de Exteriores, Von Ribbentrop, no habían sido a favor de complacer a los suecos y los suizos.

Ivan Danielsson y Per Anger podían, mientras tanto, consolarse con el hecho de que el Gobierno húngaro había ampliado el plazo tras el que se detendría a los judíos extranjeros hasta el 1 de agosto. Se trataba de un paso muy positivo, en especial, porque la lista sueca seguía creciendo de continuo. Ya constaba entonces de 450 personas, bien con pasaporte temporal, o bien con visado sueco.

Tras la festividad del solsticio, Estocolmo se aletargó. Iver Olsen estaba estupefacto por cómo gente importante que tenía puestos de gran responsabilidad podía, sencillamente, hacer las maletas y desaparecer de la ciudad para unas vacaciones de varias semanas. Incluso el ministro de Exteriores Christian Günther se había tomado un descanso, que comenzó el 8 de junio.

En la legación estadounidense, la intensa actividad continuaba. Iver Olsen estaba ocupado con la inminente misión a Budapest y con una interesante oferta de los alemanes para salvar a unos miles de judíos letones a cambio de dos

millones de coronas suecas. También se había centrado en el hijastro sueco de Hermann Göring, Thomas Kantzow, de veinticinco años, del que sabía que pasaba temporadas en Alemania, con su padrastro. A finales de junio de 1944, en la víspera de uno de los viajes de Kantzow para ver a Göring, Olsen lo invitó a su casa y le advirtió que su padrastro sería pronto llevado ante la justicia y que debería aconsejarle hacer todo lo posible para minimizar la persecución en curso de los judíos. Olsen estaba dispuesto a mover todos los hilos que pudiese con tal de obtener resultados para la WRB.

El mes de junio se había caracterizado, por lo demás, por un gran número de reuniones secretas en Strandvägen 7a. Los empleados de Lauer y Wallenberg en la Comercial Centroeuropea no dejaban de subir y bajar escaleras con cartas y mensajes de y para el «Sr. Olsen». El nuevo secretario de Lauer, de veinte años, que venía directamente de las actividades clandestinas de la Administración Nacional de Radiotransmisiones de Defensa (conocida como FRA, el equivalente sueco contemporáneo de la NSA estadounidense o el GCHQ británico), se sentía como en casa.

Se concluyeron las formalidades en el Ministerio de Exteriores inmediatamente después del fin de semana festivo del solsticio. Ya solo quedaban por arreglar los detalles prácticos. Raoul también quería ocuparse de varios asuntos sentimentales antes de irse. El día después de la notificación, según su agenda, quedó dos veces con el objeto de su romance primaveral: una vez en casa «de los padres» y otra en casa de él. Mucho más tarde, Jeanette von Heidenstam, que acabó siendo una famosa presentadora y productora televisiva sueca, afirmó que Raoul Wallenberg le había pedido matrimonio

justo antes de viajar a Budapest.

Según Jeanette, se había declarado en la terraza de un café, en el palacio de Drottningholm, a las afueras de Estocolmo. Raoul le parecía una «persona muy alegre», un hombre inteligente que ella encontraba atractivo, aunque «no especialmente guapo». Entrevistada para una revista más de cincuenta años después, diría que «tenía el pelo muy oscuro y los ojos bonitos; nos reíamos mucho y era muy divertido hablar con él».

Jeanette pensó que la declaración era una broma. No creía que Raoul estuviese muy enamorado de ella y, por su parte, no tenía pensamientos de

casarse aún. Estaba a punto de cumplir veintiún años y él era mucho mayor. Como recordaría varias décadas después, le dio la siguiente respuesta: «La verdad es que tengo una edad en la que aún no quiero pensar en ello. Es muy amable por tu parte, y halagador, que creas que sería divertido, pero no puedo siquiera pensar en casarme con nadie». Cuando se vieron por última vez, Raoul le contó sus planes: «Me voy, y va a ser peligroso», le dijo.

Raoul Wallenberg no era mal negociador. Lo había demostrado muchas veces en la Comercial

Centroeuropea, y ahora, una vez más, le iba a ser de ayuda su talento. En relación con su designación, lo convocaron a una nueva reunión en el Ministerio de Asuntos Exteriores, esta vez con el subsecretario en funciones, Vilhelm Assarsson.

No existen actas de la reunión en los archivos del ministerio, pero, si hemos de confiar en las notas del propio Raoul Wallenberg, quien se sentó en el sillón de las visitas no fue, en absoluto, un joven timorato. Tenía sus propios planes. No tuvo que ser particularmente imaginativo para darse cuenta de que le

habían encomendado una tarea importante, interesante y, en no poca medida, secreta.

Antes de la reunión, Raoul Wallenberg discutió con Iver Olsen, Marcus Ehrenpreis y Kálmán Lauer el posible marco operativo. Resumió a Assarsson sus propuestas en nueve puntos:

- 1) Confirmando la concesión discutida previamente de que tendré libertad para negociar y de que los suecos no podrán hacerme responsable de los sobornos que deba ofrecer.

- 2) Doy por hecho que, si debo viajar de vuelta a casa para informar, podré hacerlo sin más, y que será el Ministerio de Exteriores quien corra con los gastos.
- 3) Dada la evidente imposibilidad de garantizar fondos en Suecia, propongo que se lleve a cabo una campaña de propaganda en los periódicos suecos, y querría pedir, si nadie tiene objeción al respecto, que comience de inmediato.
- 4) Me gustaría ser informado de cuál será mi rango en la legación.
- 5) Los expertos en las legaciones británica y estadounidense me han aconsejado contactar con varias

personas, muchas de las cuales se oponen al régimen actual, algo que me gustaría que se tuviese en cuenta.

- 6) El Sr. Böhm, de la legación inglesa, me ha aconsejado que, independientemente de las circunstancias, contacte con el primer ministro Stojaj [sic]. ¿Hay algún problema?
- 7) ¿Cada cuánto puedo suponer que dispondré de valija?

Bajo estas líneas mecanografiadas, alguien, muy posiblemente el propio Raoul, ha añadido dos breves notas manuscritas:

8) Derecho de asilo.

9) Audiencia.

Raoul mencionaba una reunión con un tal «Sr. Böhm, de la legación inglesa». Vilmos Böhm era un socialdemócrata húngaro, de origen judío, que había vivido en el exilio en Suecia desde 1938. Había sido ministro de Defensa en la República Soviética Húngara de 1919. Ahora Böhm pertenecía a la multitud de refugiados de varias zonas lingüísticas que trabajaban en el Servicio de Lectura de Prensa de la legación británica. Su tarea era seguir

la cobertura periodística en una selección de países europeos, e informar sobre ella.

Kálmán Lauer había puesto en contacto con Vilmos Böhm a Raoul Wallenberg, que había querido reunirse con él para solicitar su consejo antes del viaje. Cuando se encontraron, Raoul pidió nombres de arios antinazis a los que pudiese buscar en Budapest. Böhm escribió una lista de individuos, principalmente socialdemócratas húngaros, en los que confiaba. Raoul, entonces, según un informe de la legación británica, habló «bastante

abiertamente» sobre su colaboración con Iver Olsen y el papel de la legación estadounidense en su misión.

Este movimiento fue, quizá, algo temerario. Según el historiador sueco Wilhelm Agrell, en aquel momento Vilmos Böhm trabajaba también para la oficina en Estocolmo del servicio secreto soviético (el NKVD), con el nombre en clave de «Orestes». Al mismo tiempo, Böhm tenía todas las razones del mundo para evitar que cualquier sospecha recayese sobre la misión del joven sueco. Una vez sobre el terreno en Budapest, Raoul Wallenberg estaría en condiciones de

salvar del Holocausto no solo a muchos de los socialdemócratas nombrados por Böhm, sino también a su hijo Stefan.

Sorprende el poco interés que despertó en el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco lo que Raoul iba a hacer concretamente en Budapest. Se nombró a Raoul Wallenberg secretario de legación, un cargo formal en el ministerio, y se le emitió un pasaporte diplomático, válido durante seis meses. Su salario se fijó en dos mil coronas mensuales (apenas ochocientos euros actuales) y las condiciones de empleo le impedían continuar su trabajo para la

Comercial Centroeuropea o entablar negociaciones comerciales. Por extraño que parezca, el Ministerio de Exteriores no creó un expediente de Raoul Wallenberg, que era el procedimiento habitual para todos los nuevos fichajes. Ni parece que él recibiese instrucción alguna por parte de la dirección del ministerio. Es como si este hubiese deseado evitar crear documentos que tuviesen nada que ver con el nuevo agregado especial. Todo el procedimiento dejó, de hecho, más huellas en los archivos estadounidenses oficiales que en los suecos.

Fue a la legación estadounidense a la que Raoul, por razones comprensibles, se dirigió entonces en busca de instrucciones más detalladas. El miércoles 28 de junio almorzó con Herschel Johnson en la hermosa isla de Djurgården, en Estocolmo.

El día anterior, Johnson había informado a Washington de que un «empresario local va a ir [a Budapest] con total acreditación diplomática para dedicar todo su tiempo a labores humanitarias». Johnson informó de que se habían resuelto todos los preparativos formales con las autoridades húngaras y de que Raoul podía viajar de inmediato, pero estaba

ansioso por «recibir instrucciones completas» antes de partir. Añadió que «apreciaría cualquier instrucción adicional que pudiese proporcionar la WRB en lo que se refiere a la puesta en marcha de la misión».

Parece que Wallenberg y Johnson discutieron esta cuestión con cierta intensidad durante su almuerzo. Esa misma noche, Johnson escribió otro largo telegrama a la Junta para los Refugiados de Guerra en Washington, que nos da una idea de lo que se dijo:

Hemos de subrayar que el Ministerio de Exteriores sueco cree que, con este nombramiento, ha prestado total apoyo al

programa americano. No es probable, sin embargo, que ofrezca al agregado recién nombrado un programa concreto; por el contrario, seguramente, le dará instrucciones generales, no lo bastante específicas para permitirle resolver rápida y eficazmente las situaciones que puedan surgir en Hungría. El reciente agregado, Raoul Wallenberg, tiene la impresión, por su parte, de que va a llevar a cabo, a efectos prácticos, una misión humanitaria de la Junta para los Refugiados de Guerra. En consecuencia, querría recibir instrucciones completas en cuanto a la línea de actividades que está autorizado a emprender y garantías de un apoyo financiero adecuado para ellas, de forma que esté en posición de aprovechar de pleno todas las posibilidades locales. Estamos muy favorablemente

impresionados con la capacidad de Wallenberg para actuar de forma inteligente y con discreción en el ejercicio de cualquier responsabilidad que la WRB pueda delegar en él, y urgimos que se nos envíen instrucciones apropiadas tan pronto como sea posible. Se ha previsto la comunicación con él en Budapest a través del Ministerio de Exteriores sueco, y viceversa, con lo que debería sernos posible mantenernos al corriente de sus avances en Hungría.

Apenas una semana antes de su partida, Raoul Wallenberg seguía sin tener claro qué era lo que iba a hacer en Budapest. Si hemos de fiarnos de Johnson, el Ministerio de Asuntos Exteriores había indicado que la

responsabilidad de resolver estas cuestiones y ofrecer instrucciones más detalladas recaía, principalmente, en el Gobierno de Estados Unidos. Poco después, Erik Boheman se dirigió a Herschel Johnson y le dijo expresamente que, si la Junta para los Refugiados de Guerra podía «formular algún tipo de directriz para él [Raoul Wallenberg], que el ministerio estaría encantado de transmitir, sería de gran ayuda para Wallenberg».

Tal como lo veía Johnson, la misión de Raoul en Budapest era un «programa americano» que los suecos estaban facilitando al ayudar con la organización práctica. Los funcionarios

suecos parecen haber sido, más o menos, de la misma opinión. Eran los estadounidenses quienes habían seleccionado a Raoul Wallenberg. El Ministerio de Exteriores sueco pagaba su sueldo y le había dado la condición de diplomático, pero eran los norteamericanos quienes debían darle instrucciones y procurarle los fondos necesarios para las actividades humanitarias que se esperaba que emprendiese.

Raoul Wallenberg era, pues, un diplomático sueco con misión estadounidense. Cosa que, en verdad, no tenía igual en un Estado neutral como Suecia. La investigación oficial sueca

que, sesenta años más tarde, evaluó las acciones del Ministerio de Exteriores observó que: «El hecho de que Boheman (y, muy probablemente, el primer ministro y el ministro de Exteriores) diesen su aprobación para que Wallenberg recibiese sus instrucciones de Estados Unidos no solo es poco habitual, también puede verse como confirmación de que nunca hubo instrucciones por parte de los suecos».

Cuando el Ministerio de Exteriores en Estocolmo informó a la legación de Budapest, la misión de Raoul fue descrita como «delicada en extremo». Sin embargo, no hay mención a la implicación estadounidense.

De la población judía húngara original de unas 825.000 personas, solo quedaba el cuarto de millón aproximado de judíos de Budapest. El escándalo público internacional que supusieron los Protocolos de Auschwitz despertó alguna esperanza de que quizá a estos se les perdonaría la vida en el último minuto.

En la comunidad judía de Estocolmo, el gran rabino Marcus Ehrenpreis sufría la presión de los judíos de otros países, que creían que el rey sueco también debía actuar. El jueves 29 de junio, Ehrenpreis escribió una carta apresurada al Ministerio de

Exteriores sobre el asunto, que fue reenviada de inmediato a la corte en el palacio de Estocolmo.

Al día siguiente, el rey Gustavo V volvió de su retiro de verano, Solliden, para una sesión del Consejo de Ministros. El primer ministro, Per Albin Hansson, le presentó entonces una propuesta de mensaje personal dirigido al almirante Horthy. Dicho mensaje estaba redactado en francés y la intención era hacerlo llegar a Budapest en nombre del rey. La carta decía en parte: *«Je me permets de m'adresser personnellement à Votre Altesse pour La prier au nom de l'humanité de prendre des mesures en faveur de ceux*

qui restent encore à sauver de cette race malheureuse» («Me permito dirigirme personalmente a Vuestra Alteza para rogarle, en nombre de la humanidad, que tome medidas en favor de aquellos que quedan aún por esta raza desgraciada»).

Lamentablemente, el mensajero sueco previsto en Budapest estaba de vacaciones. Ivan Danielsson volvió a la capital tan pronto como Per Anger contactó con él, pero aún llegaría el día 3 de julio antes de que se les ofreciese la oportunidad de presentar la súplica del rey Gustavo V al almirante Horthy. El regente estaba, según sus impresiones, muy cansado y

profundamente entristecido. Horthy culpaba de todo a los nazis. «Fue deprimente escuchar al viejo regente asegurarnos que ninguna autoridad húngara podía imaginarse participando en aquellos crímenes», escribiría Per Anger mucho después sobre la reunión.

Pero Miklós Horthy estaba mejor informado y tenía más energía de lo que le pareció a Anger. En realidad, escuchar el ruego sueco fue casi un placer en comparación con la clase de presión a la que estaba sometido por lo habitual el regente. El día antes, los estadounidenses habían bombardeado Budapest para demostrar la seriedad de las protestas del presidente Roosevelt.

Octavillas amenazantes que indicaban cómo se castigaría a los responsables de las deportaciones tras la guerra revolotearon desde el cielo sobre la ciudad. El almirante Horthy se vio también obligado a actuar con rapidez para evitar un golpe de Estado, organizado por, entre otros, el secretario de Estado antisemita László Baky. El plan había sido derrocar al cada vez más indeciso Gobierno húngaro y pavimentar el camino para que los extremistas de derechas del partido nacionalsocialista de la Cruz Flechada tomaran el poder. De esta forma,

esperaban zanjar cualquier duda que pudiera quedar en cuanto a la continuación de las deportaciones.

Se afirma que fue la noche del 3 de julio cuando Miklós Horthy leyó los Protocolos de Auschwitz completos por primera vez. Su nuera, Ilona Horthy, le dio los documentos, anotó el hecho en su diario y después oyó la reacción de boca de su suegra. Según la descripción de Ilona Horthy, su suegro salió del estudio profundamente agitado. Aunque el regente no había sido del todo ignorante al respecto, estaba ahora convencido de que ni siquiera los detalles más horribles del informe eran siniestras exageraciones. «¡Tenemos que

detener las deportaciones!»), dicen que exclamó. Y luego se ocupó de poner las bases para poder actuar.

La fecha de partida de Raoul Wallenberg se fijó para el viernes 7 de julio, y había mucho que hacer antes. El 30 de junio, su último día de trabajo en la Comercial Centroeuropea, recibió su pasaporte diplomático. En él pudo leer el lenguaje autoritario que describía su inmunidad diplomática en letra elegante y varios idiomas. Su identificación rezaba: 1,76 m de altura, cabello castaño, ojos marrón oscuro y rostro ovalado, sin bigote ni barba.

El Ministerio de Exteriores equipó a Raoul Wallenberg con los informes más recientes de Hungría. Se aseguró de reunirse con otros individuos que tenían conocimiento de la situación, como Vilmos Böhm. También habló con el diplomático estadounidense Francis Cunningham, que vivía ahora en el apartamento de la hermana de Raoul, Nina, en Brahegatan, y que había continuado con su papel de intermediario entre el servicio de inteligencia estadounidense (la OSS) y los políticos húngaros en el exilio en Estocolmo. La agenda de Raoul indica, además, que invitó a su casa al periodista y agregado de prensa húngaro

Andor Gellért, que era parte de la red en Estocolmo de Cunningham. Gellért había sido enlace cuando los negociadores de paz húngaros buscaban contacto con Occidente en el otoño de 1943. Funcionaba como una especie de mensajero para sesiones informativas sobre Hungría y cooperaba con el húngaro Vilmos Böhm en el Servicio de Lectura de Prensa de la legación británica.

Según Wilhelm Agrell, Böhm había intentado reclutar a su informante Andor Gellért para el NKVD soviético, pero Moscú evitó que lo hiciese.

En la superficie, Estocolmo era una despreocupada meca en medio de la Europa devastada por la guerra. Al mismo tiempo, la capital neutral era, posiblemente, el mercado de información más activo del continente, un verdadero paraíso para espías e informantes con lealtades poco claras y, a veces, múltiples.

Lo que Raoul Wallenberg discernía de todo esto, nadie puede saberlo. Incluso su contacto más cercano en la legación estadounidense, Iver Olsen, tenía un papel visible y otro invisible. Mucho más tarde se reveló que Olsen cumplía una misión paralela secreta para la OSS, con nombre en clave

«Crispin». La organización con la que iba a trabajar Raoul, la Junta para los Refugiados de Guerra, también tenía un nombre en clave en la OSS: «Garbo». No hay, sin embargo, nada que indique que Raoul fuese consciente de la conexión de Olsen con la OSS. En la década de 1950, en un interrogatorio de la CIA, Olsen recalcó que sus contactos con Raoul Wallenberg se refirieron únicamente al encargo de la Junta para los Refugiados de Guerra.

Los colegas de Olsen en la OSS habían considerado, por supuesto, el hecho de que el sueco Raoul Wallenberg pudiera, quizá, serles de utilidad. Mientras Raoul se preparaba para su

partida, en al menos un telegrama cifrado de la OSS se discutió la posibilidad de sacar partido a esta nueva misión de «Garbo». Pero la conclusión fue que, «de la historia personal del sujeto podemos suponer que sería de dudosa ayuda en nuestras actividades».

En aquel momento, a diferencia de lo que sucedería durante la Guerra Fría, las redes de inteligencia de este tipo no eran amenazas automáticas para las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La OSS estaba relativamente abierta a compartir su información con los servicios de seguridad soviéticos como parte de un

intento por crear «un entendimiento mutuo, basado en objetivos bélicos compartidos». Y lo que los rusos no sabían, pronto lo averiguaban. Como escribe Wilhelm Agrell en su libro sobre las circunstancias que rodearon la misión en Budapest de Raoul Wallenberg: «... Las iniciativas de recopilación de información de los Aliados occidentales y las operaciones especiales contra Hungría estaban casi por completo infiltradas por las agencias de inteligencia soviéticas».

Raoul Wallenberg contaba ahora con una considerable lista de nombres que se extendía más allá de posibles aliados en la oposición húngara. Una vez que se supo que Raoul se uniría a la legación en Budapest, lo cubrieron con dádivas de dinero y paquetes, así como con nombres y direcciones de parientes suecohúngaros que necesitaban ayuda.

Estaba claro que la comunicación con Estocolmo podía volverse confidencial, y Raoul parece haberse sentido incómodo con el sistema de telegramas cifrados del Ministerio de Exteriores. En los días previos a su

partida se sentó con Kálmán Lauer, y entre los dos crearon un código privado para cartas y telegramas.

Dejaron volar la imaginación en el proceso: «hígado de oca, metales especiales, faisán o perdices» eran cuatro códigos distintos para la palabra «judío», que decidieron que debía variar para que no fuese fácil identificarla. «Invitar a un agradable almuerzo» indicaría un intento de soborno. Para referirse a las cartas de protección, usarían «medicamento o comida para pájaros»; los pasaportes temporales serían «productos farmacéuticos» y la ciudadanía, «un medicamento para el reumatismo». Los

políticos húngaros más importantes recibieron su propio nombre en clave, como también los directores del Consejo Judío y el resto de los principales actores. Per Anger sería «Helena» e Ivan Danielsson, «*meine Freundin*» («mi novia»). Llamaron a los estadounidenses «Larsson»; a la prensa, «Anderson»; y a Vilmos Böhm lo bautizaron «Gustafsson». El sobrenombre del Ministerio de Exteriores sería «la Administración», y cuando añadieron a los alemanes a la lista fue con el nombre de «Plauen & Co.», por Maj, la prima favorita de Raoul Wallenberg en Berlín.

Numeraron los campos de internamiento y dieron nombre a todos los guetos húngaros. Por fin, decidieron utilizar la frase «mi ciática se resiente» como señal secreta para avisar de que un mensaje estaba cifrado y había que prestarle atención. También consideraron los mayores riesgos del proyecto. Si Raoul estaba en peligro y necesitaba esconderse o viajar, la alarma sería: «Necesito darme un baño».

Tres días antes de su partida fueron juntos a una armería de Nybrogatan y compraron una pistola Browning de 9 mm y 200 balas, que Raoul añadió a su equipaje.

A juzgar por sus telegramas a Washington, Herschel Johnson estaba cada vez más convencido de que Raoul Wallenberg era la persona adecuada para el trabajo. Un par de días después de su almuerzo, cuando recordó de nuevo a la WRB la necesidad de instrucciones estadounidenses para Raoul, Johnson escribió: «No concibo duda alguna sobre la sinceridad del propósito de Wallenberg, puesto que he hablado con él yo mismo. Me dijo que deseaba poder ayudar de forma eficaz y salvar vidas, y que no estaba interesado en ir a Budapest solo para escribir

informes que enviar al Ministerio de Exteriores. Él mismo es medio judío, por cierto».

La información sobre la ascendencia judía de Raoul era, por supuesto, una modificación de la verdad. Solo una proporción muy pequeña de sangre judía corría por sus venas. De hecho, muy pocos conocían incluso esa debilísima conexión. A Marcus Ehrenpreis, por ejemplo, Raoul Wallenberg le había parecido en un principio más un aventurero ingenuo que alguien a quien le importase la causa judía. Pero a esas alturas, cuando el proyecto parecía por fin estar tomando forma, Ehrenpreis había ajustado su

evaluación. Raoul Wallenberg volvió a reunirse con el gran rabino durante uno de sus últimos días en Suecia. Lo hizo junto con Kálmán Lauer y el sionista Norbert Masur, entre otros. Ehrenpreis recitó la bendición de Dios sobre Raoul y su misión. Según el libro publicado por el escritor húngaro Jenő Lévai en 1948 sobre Raoul Wallenberg, Ehrenpreis también recitó unas palabras del Talmud: «Los hombres que se preparan a viajar al servicio de la humanidad gozarán de una protección especial del Señor».

Raoul metió sus cosas en un par de mochilas, del mismo modelo que había utilizado en el ejército. Organizó una

recepción en Bragevägen 12. Estocolmo estaba paralizada por una ola de calor, y muchas décadas más tarde su primo Lennart Hagströmer aún recordaría la multitud que se apiñaba en la terraza. El día antes de irse, sus padres, Maj y Fredrik von Dardel, celebraron una cena de despedida, con invitados entre los que se encontraban Kálmán Lauer y Antal Ullein-Reviczky.

Está claro que la falta de documentación escrita para la misión preocupaba a Raoul Wallenberg. El 6 de julio, como extra de seguridad, escribió una carta a Boheman:

Con el fin de evitar malentendidos, me permito confirmar algunos de los asuntos que hemos discutido en nuestras reuniones. Se ha acordado, así pues, que tendré cierta libertad para negociar, según el programa previamente esbozado por el profesor Ehrenpreis, el Sr. Olsen, el Dr. Lauer y yo mismo. Además, tengo derecho a emplear los medios de los que dispongo con el propósito de ayudar a estas personas en la forma que me parezca mejor para alcanzar el resultado deseado y que, según el Sr. Olsen y el profesor Ehrenpreis, se han demostrado necesarios en circunstancias similares. Los pagos se realizarán, en su mayoría, a través de intermediarios, de forma que mi posición como funcionario del Ministerio de Exteriores no se vea comprometida. De los gastos de viaje se hará cargo el

ministerio. Por lo demás, se ha acordado también que podré abandonar mi puesto tras dos meses, es decir, el 6 de septiembre, si así lo deseo.

Atentamente,
Raoul Wallenberg.

El viernes 7 de julio por la mañana no habían llegado aún instrucciones de la Junta para los Refugiados de Guerra. Estocolmo se despertó, un día más, por encima de los treinta grados. Raoul pasó las horas antes de salir hacia el aeropuerto de Bromma intentando llegar a un acuerdo en cuanto a la imprenta en Vadstena en la que se había implicado. Esta había sido solo una de las muchas

ideas pintorescas que habían caracterizado, a lo largo de los años, al empresario Raoul Wallenberg.

Su socio, Kálmán Lauer, lo acompañó al aeropuerto. Cuentan que Raoul llevaba un impermeable verde grisáceo y un sombrero Homburg «Anthony Eden». Con botas y sus dos mochilas, una a la espalda y otra en la mano, parecía más un jefe de exploradores que un diplomático profesional.

En Budapest, el viernes 7 de julio de 1944 fue el día que se hizo pública la noticia de la decisión del regente Miklós Horthy de poner fin a las deportaciones. Esta vez, el regente no se limitó a una

petición formal. La orden que invalidaba el Gobierno se había emitido el día anterior. El 7 de julio por la mañana, el primer ministro Sztójay informó al representante alemán, Edmund Veesenmayer, de la nueva situación.

A las dos de la tarde, diez minutos después de la hora prevista, el Junkers Ju 52 de Lufthansa despegó del aeropuerto de Bromma, justo a las afueras de Estocolmo. Viró a la izquierda sobre los tejados de las casas y continuó, rumbo suroeste, hacia Berlín. Entre los diez pasajeros a bordo viajaba un arquitecto y empresario de treinta y un años y cabellera escasa, transformado a toda prisa en reciente

miembro de número de la diplomacia sueca en una misión estadounidense secreta.

*DJURSHOLM, OCTUBRE
DE 2010*

Nina Lagergren me espera de pie en el balcón y me saluda con la mano cuando llego. Se ha mudado de casa, a un apartamento en el centro de Djursholm. El duro invierno decidió la cuestión. Recuerdo la profunda capa de nieve de febrero, que insistió en retirar a paladas ella misma, a pesar de que aquello excedía lo que se

puede considerar «ejercicio sano moderado» para una señora de ochenta y nueve años.

Como preparación para la mudanza, Nina y sus hijos estuvieron ordenando papeles. Encontró unas cartas de 1944 que me va a permitir consultar. Me devora la curiosidad sobre lo que escribió en julio de 1944 sobre la visita de Raoul a Berlín.

Cuando Raoul Wallenberg fue nombrado secretario de legación en Budapest, su hermana Nina y el marido de esta, Gunnar Lagergren, llevaban seis meses en la capital alemana. Gunnar Lagergren se había incorporado de la noche a la mañana a la legación sueca desde su puesto en los tribunales suecos en

Estocolmo. La situación en Berlín se había deteriorado y habían quedado algunas vacantes cuando se había aconsejado a los diplomáticos suecos con familia que regresasen a casa. Pero Gunnar y Nina Lagergren no eran exactamente medrosos. Aceptaron el reto y viajaron en el sentido contrario.

—En aquel momento las bombas ya estaban destrozando Berlín, y se había evacuado al personal al pueblo cercano de Altdöbern. Pero durante la primavera nos mudamos a la casa del jardinero de un pequeño palacio a las afueras de Potsdam. Estaba en un entorno precioso, junto a un lago. La zona se llamaba Caputh, así que solíamos decir que vivíamos en «*Klein*

Caputh, bei Gross Caputh, Berlin» —me cuenta Nina Lagergren, y no puedo evitar reírme ante estas palabras.*

En la mesa de la cocina hay un álbum de recortes con copias de algunas de sus cartas de la época. Dice que, solo unos días antes de la llegada de su hermano, supo por el enviado en Berlín, Arvid Richert, que Raoul iba a detenerse allí de camino a Hungría.

Nina me enseña una carta de ese mismo mes.

«Nos dijeron que Raoul llegaría el viernes. Casi no me atrevía a creerlo —lee de la carta—. El viernes limpiamos en medio del calor, levantando incluso los muebles, y recogí montones de flores

silvestres para que todo estuviese bonito cuando llegase Raoul. Le dimos el florido dormitorio pequeño que hay junto al nuestro. Es posible que hiciese aún más calor esa noche, cuando fuimos a recogerlo en coche.»

Hacia el final de la guerra, la reputación de Lufthansa en Suecia había empeorado. Llamaban a los vuelos diarios de la compañía a Berlín los «ataúdes volantes», y más tarde, durante el otoño, un avión de pasajeros se estrelló de camino a Suecia. Las cosas no fueron tan mal aquel día en particular. El avión de Raoul Wallenberg se sacudió sin parar, pero aterrizó de una pieza en el aeropuerto de Tempelhof. Allí lo esperaban Nina y Gunnar,

con su Opel. Nina estaba embarazada de siete meses y la enviarían de vuelta a Suecia, por razones de seguridad, solo una semana más tarde.

«Fue fantástico verlo de nuevo y ¡tenía tantas cosas interesantes que contar en el coche de camino a casa! Había tenido un vuelo horrible, y disfrutaba del frondoso follaje y la agradable temperatura; se dio un refrescante chapuzón en nuestro idílico laguito, con los sauces llorones y el exquisitamente ruinoso cobertizo para botes de estilo antillano», escribió Nina en su carta unas semanas más tarde.

—Cuando nos sentamos en el coche, pudo hablar sin que nadie más escuchase, y fue la primera vez que oí lo de su misión

en Budapest y lo que le esperaba, que iba a salvar a tantos como pudiese. Y no lo decía por decir: se lo tomaba muy en serio. Como persona, estaba totalmente comprometido —comenta Nina.

Había grandes esperanzas en la misión de Raoul y él tenía elevadas expectativas sobre sí mismo. Nina recuerda que parecía muy tenso cuando llegó. Había informado a la legación en Berlín de que quería continuar su viaje el sábado, y les había pedido que le reservasen un asiento en el tren a Viena.

Pero Richert creyó que sería bonito para Nina que Raoul se quedase dos noches, así que cambió la reserva al

domingo sin decir nada. Raoul se enfadó muchísimo cuando se enteró: «Tengo que irme tan pronto como sea posible», dijo.

—Así que solo fue una noche. Pero fue una noche maravillosa, con una hermosa puesta de sol y todo —observa Nina.

Sigo leyendo la carta que envió Nina a Gunnar a Berlín unas semanas más tarde, desde la casa de veraneo en el archipiélago de Estocolmo. Habían acordado que escribiría sobre lo que habían experimentado, para poder añadirlo al diario compartido que mantenían de su tiempo en el extranjero:

«Entonces, teníamos todos mucha hambre, y la cena, a la que estaba invitado también el Dr. Ehlers, fue deliciosa. Luego tomamos café en el gran patio al que daba la habitación de Raoul, aquella suave noche veraniega, con el lago como un espejo y sus hermosas orillas verdes ofreciendo una vista encantadora. Por fin, volvimos dentro para acostarnos, pero, aun en pijama, teníamos los tres mucho que contarnos; Raoul llevaba su divertido pijama de seda rojo fuego recién estrenado, ¡que lo hacía parecer como una llama! Cuando acabó de oscurecer, las sirenas no tardaron en sonar.»

Caputh estaba seis kilómetros al sur de Potsdam y era famosa por ser un remanso de paz. Nina hojea hasta unas bonitas fotos del verano que pasó allí durante la guerra: nadando cerca de la caseta y jugando al croquet en el césped. Cuando las sirenas antiaéreas comenzaron a sonar aquella noche del 7 de julio de 1944, ya tarde, era la primera vez que pasaba durante todo el tiempo que Gunnar y Nina habían vivido allí. Nina no olvidará nunca aquel momento.

—Tuvimos que levantarnos y dirigirnos al palacio, a uno de los sótanos. Vimos cómo lanzaban bengalas, a las que llamaban «árboles de Navidad», una en cada esquina de un cuadrado. Luego los

aviones se acercaron y lanzaron sus bombas dentro del cuadrado. Eran británicos. Los americanos venían de día; los británicos, de noche —me cuenta Nina.

Aquel ataque aéreo se menciona, por supuesto, en la carta que Nina envió aquel verano de 1944 a su marido, Gunnar: «¿Recuerdas que pensamos que había sido un éxito bárbaro haber invitado a Raoul a aquella velada? El parque estaba completamente iluminado por la luna y todo era calma, mágica y divina, hasta que los cañones antiaéreos comenzaron a atronar y me tomaste de la mano y fuimos corriendo al sótano.

Al cabo de un rato, el ruido paró y pudimos volver a la cama. Fue probablemente la primera vez que Raoul había estado en contacto directo con la guerra real. Recuerdo que no le gustó demasiado», escribe Nina.

Al día siguiente, Raoul Wallenberg almorzó con Arvid Richert. El tren a Viena que Raoul insistió en tomar salía a las 17.21. Gunnar lo llevó a la estación.

«Pero aún no tenía billete y estaba abarrotado de soldados alemanes que iban al frente, así que tuvo que sentarse en el pasillo con sus mochilas. Debió de ser un viaje complicado para él», continúa Nina.

—Sí, eso fue lo poquito que estuvo con nosotros. Fue la última vez que lo vi.

SALVAR A TANTOS COMO PUDIESE

El domingo 9 de julio de 1944, Raoul Wallenberg llegó a Budapest en el tren de Viena. La apresurada partida desde Berlín no había sido barata, a juzgar por los costes adicionales que sumó en su agenda: el billete a Viena, el equipaje,

los mozos de cuerda y el taxi, a los que entonces tuvo que añadir la propina del mozo que lo recibió al llegar a la legación sueca en la colina Gellért de Buda.

El edificio tenía la dirección Gyopár, 8 (hoy Minerva, 3a) y era una creación impresionante: un palacete de cuatro pisos, con elegantes portones de hierro forjado y umbrales arqueados. Cuando lo construyeron en 1907, se escribió sobre él en publicaciones de arquitectura por su revolucionaria combinación de *art nouveau* y comodidades modernas, como un ascensor y calefacción central. No se reparó en gastos ni en las vidrieras, ni

en los detalles de madera noble. La escalinata de mármol hasta el gran salón de recepciones estaba rematada con exquisitos azulejos verdes. Los coches de la legación estaban aparcados en un patio pavimentado ante la entrada principal, y corrían ardillas por el exuberante jardín. Desde la terraza se disfrutaba, en aquella época, de una encantadora vista del Danubio y de todo Pest.

Per Anger tenía el despacho junto al cuartito de la máquina de cifrado, medio piso por encima de la oficina del piso principal. Durante las vacaciones de Danielsson, Anger era el encargado de negocios de la legación y, por tanto,

quien recibió al nuevo secretario. Tenía noticias alentadoras para Raoul: parecía que se habían suspendido las deportaciones. Aunque añadió rápidamente que todo dependía de lo que pensasen hacer los alemanes. Era difícil de creer que fuesen a renunciar a los judíos de la capital.

La legación había recibido ciertos parámetros de Estocolmo en cuanto al papel de Raoul Wallenberg en el cuerpo diplomático. Se instalaría como secretario de legación «según lo habitual». Estaría subordinado a Ivan Danielsson y mantendría informado al enviado sobre sus actividades. Su misión era quedarse durante «un par de

meses [...] siguiendo la evolución de la cuestión judía e informando de ella a Estocolmo». Pero que esa no era toda la verdad resultaba evidente por el final de la carta: «Puesto que una actividad del especial carácter que tiene la que se ha confiado al Sr. Wallenberg es, por naturaleza, muy delicada, el apoyo de la legación en la persona del encargado de negocios Anger, en Budapest, es de suprema importancia. Debe evitarse todo *intermezzo* con las autoridades, y cuento con ustedes para proporcionar a Wallenberg las directrices necesarias al respecto», escribió el director interino del Departamento de Cuestiones Políticas.

No se podía describir la actividad estándar de redactar informes precisamente como delicada o como no exenta de riesgos de «*intermezzo* con las autoridades». Per Anger debe de haber sabido que había ambiciones humanitarias puestas en este nuevo fichaje, aunque, según su propio relato, siguió ignorando la amplitud de la implicación estadounidense durante el resto de la guerra.

Al día siguiente, Raoul se encontró con Ivan Danielsson para comer. Después, Anger reflexionaría sobre la impresionante flexibilidad que estaba mostrando su relativamente conservador jefe. Por supuesto, era posible que se

nombrase a empresarios de relevancia internacional para puestos diplomáticos en países en los que ya estaban bien relacionados. Pero que el Ministerio de Asuntos Exteriores recurriese a alguien que podía considerarse, en el mejor de los casos, un aspirante desconocido en el mundo empresarial, eso era algo que ninguno de los dos había vivido antes. En una entrevista muchas décadas después, Per Anger alabó la capacidad de Ivan Danielsson para adaptarse:

Un hombre de negocios aparece de repente como secretario, el mismo rango que tenía yo, y negocia con el Ministerio de Exteriores húngaro y actúa de forma independiente. Tenía que informar al

enviado Danielsson, claro [...], pero iba por su cuenta [...]. Al principio, dejó, por supuesto, algo estupefacto a Danielsson [...] tener allí a un hombre con poderes extraordinarios, que el Ministerio de Exteriores hubiese accedido a nombrarlo y todo lo demás. Pero, poco a poco, se convenció de que era la única forma de hacerlo, de salvar vidas.

Raoul Wallenberg se registró en el hotel Gellért, a solo unos cientos de metros de la legación. Por la noche, envió un telegrama a Kálmán Lauer: «*gut angekommen vorlaeufig Gellert Wallenberg*» («llegado bien por el momento Gellért Wallenberg»).

El ministro húngaro del Interior, Andor Jaross, y sus dos secretarios de Estado, Baky y Endre, habían luchado hasta el final. Contra la orden expresa del almirante Horthy, habían permitido que la máquina de la muerte continuase otros dos días. No fue hasta el sábado 8 de julio cuando partieron los últimos trenes, enviando a otros 25.000 judíos de los barrios periféricos de Budapest a las cámaras de gas de Auschwitz.

La cuenta final superaba toda comprensión racional: 437.000 judíos húngaros deportados en apenas siete semanas.

El enojadizo Adolf Eichmann no se tomó bien la decisión húngara de poner fin a las deportaciones. Para él, era señal de que las SS debían actuar con más firmeza. Varios días después de la orden de interrumpirlas, decidió poner a prueba la resolución de Miklós Horthy dando la orden de deportar a mil quinientos judíos, muchos de ellos del campo de Kistarcsa, en las afueras de Budapest. El tren partió, pero Horthy fue informado y actuó. Los gendarmes húngaros detuvieron el tren cuarenta kilómetros más adelante y se aseguraron de que daba la vuelta. Por desgracia, en su segundo intento, Eichmann tuvo mejor suerte.

Los judíos de Budapest confiaban poco en que la paralización de las deportaciones se mantuviese indefinidamente. Circulaban rumores de que la fecha para reanudarlas ya se había fijado: el 5 de agosto. Y con el impredecible Eichmann en la ciudad, nunca se podía estar seguro. La estancia de Eichmann en Budapest había degenerado en un estudio paradigmático de la decadencia moral. Bebía sin moderación, frecuentaba burdeles y celebraba orgías sexuales que duraban toda la noche.

Eichmann era inestable. La interrupción de las deportaciones lo enfureció. Pero también lo irritaba que

las legaciones suiza y sueca tuviesen el valor de pedir protección —incluso visados de emigración— para los judíos «extranjeros». Y, como si eso no fuese suficiente, el Gobierno húngaro apoyaba aquellas solicitudes y había pedido a los alemanes que las autorizasen. Eichmann era escéptico. Había oído el estribillo sueco antes. Estaba seguro de que, rascando la superficie, se averiguaría que muchos de esos judíos declarados «suecos» resultarían no haber puesto jamás un pie en Suecia. El enviado alemán Edmund Veesenmayer había informado de la misma sospecha a Berlín a comienzos de julio.

En algún momento, se les ocurrió a los alemanes que, si el Gobierno húngaro estaba tan ansioso de garantizar salvoconductos a un par de cientos de judíos «suecos», tendría que ofrecer algo a cambio. Y lo mismo pasaría si los húngaros insistían en permitir la libre circulación a los 7.000 emigrantes de camino a Palestina a los que había concedido visados de emigración la legación suiza, aunque se les había negado el derecho a abandonar el país.

Ciertamente, podemos considerar estos asuntos, dijeron los alemanes. Pero pospondremos cualquier disposición práctica hasta que se haya reanudado la deportación del resto de

los judíos. La malvada ecuación nazi podía traducirse en que considerarían permitir a unos miles de hebreos «suizos» y «suecos» que escapasen si, a cambio, tenían vía libre para exterminar a los 200.000 o 250.000 restantes.

Para ese momento, los diplomáticos suecos habían abandonado, básicamente, toda esperanza de que los alemanes diesen a los 450 judíos de su lista luz verde para viajar a Suecia. El pronóstico seguía siendo lúgubre para los húngaros. Pero, cuatro días tras la llegada de Raoul Wallenberg, Per Anger fue convocado a una reunión vespertina en el Ministerio de Exteriores húngaro, donde lo informaron bruscamente de que

la respuesta de los alemanes había sido afirmativa. La legación sueca tenía, pues, solo un par de días para presentar una lista final a partir de la cual preparar los visados alemanes. Estos judíos protegidos tendrían que abandonar Hungría no más tarde del 1 de agosto.

«Esta noticia ha [...] impactado en la oficina, básicamente, como el estallido de una bomba», escribió Per Anger a Estocolmo.

Nadie podía discernir aún el pensamiento cínico que había tras estas decisiones.

Raoul Wallenberg se puso de inmediato manos a la obra. A partir del martes 11 de julio de 1944, su agenda relativamente vacía cambia por completo y, en su apretada letra microscópica, se puede seguir la densa red de contactos que se esforzó por construir durante esa primera fase. Durante los primeros días, tuvo una o dos reuniones largas con Valdemar Langlet, el representante recién nombrado de la Cruz Roja. El humor de Langlet se había amargado de manera sustancial, pues el Ministerio de Exteriores acababa de limitar la cantidad de pasaportes temporales de la legación. En Estocolmo preocupaba que

la inflación de documentos pudiese minar el valor de los pasaportes auténticos y que, con ello, se redujese la seguridad de todos los ciudadanos suecos. Pero Valdemar Langlet encontraba estas llamadas a la moderación burocráticas y «una contrariedad». En la misión humanitaria de este profesor universitario había gran valor y abnegación, aunque también un instinto inconformista que a los diplomáticos suecos no les resultaba siempre fácil apoyar.

El martes por la tarde, Per Anger invitó a Raoul Wallenberg a su casa de la colina de las Rosas, por encima de la isla Margarita. Allí, según la agenda,

Raoul conoció a Géza Soós, uno de los representantes del movimiento antinazi clandestino MFM, el Movimiento de Independencia de Hungría. Soós era abogado y había sido asesor en el Ministerio de Asuntos Exteriores húngaro, pero había elegido la clandestinidad al llegar los alemanes. El combatiente de la resistencia Soós contó a Raoul que muchos judíos de Budapest, probablemente unos 50.000, estaban escondidos por amigos cristianos. Raoul lo recordó y, más tarde, usó estas cifras en un informe que presentó al Ministerio de Exteriores. Llevó a cabo un puñado de entrevistas como esta en la primera semana. Preguntó a varias personas,

incluyendo a los representantes de la Comercial Centroeuropea, László Kelemen y Josef von Déak, así como al contacto socialdemócrata de Vilmos Böhm, Miklós Kertész, sobre las persecuciones y el carácter de las deportaciones. Y, por supuesto, visitó al Consejo Judío en su sede de Síp 12, en Pest.

Según testigos, el día que Raoul Wallenberg fue allí, el lugar estaba atestado de gente. Llevaba un mensaje de Marcus Ehrenpreis para el presidente del consejo, Samuel Stern. En la carta, Ehrenpreis pedía al Consejo que

recibiese a Raoul Wallenberg y le diese toda la información que pudiera necesitar.

Uno de los asociados más cercanos de Samuel Stern, el abogado Ernő Pető, reconoció el nombre de Raoul Wallenberg y llamó a su hijo. El joven László Pető no había olvidado al sueco, algo mayor que él, de su curso de verano de 1929 en Thonon-les-Bains. No había sabido nada de él desde entonces, pero ahora el sueco había vuelto a aparecer de repente, en la más oscura de las circunstancias.

Los líderes del Consejo Judío informaron a Raoul Wallenberg de lo que sabían sobre las deportaciones.

Raoul se enteró de que la gente solo recibía una barra de pan y un cubo de agua por vagón de carga para un viaje que duraba cinco días y que, por tanto, muchos morían durante el transporte. Le comentaron el nuevo «trato» con la Gestapo del que habían oído rumores. Unos 1.000 judíos húngaros habían pagado 80.000 *pengő* por cabeza a los alemanes para que les permitiesen viajar a España. Aunque luego habían sabido que el tren estaba aún detenido en una vía en Hannover. Sus experiencias con los sobornos eran relativamente turbias. Conocían varios casos en que los judíos

habían pagado sumas de dinero por su salvación y, aun así, los habían asesinado.

Cuando Raoul Wallenberg se iba, el Consejo Judío le entregó una misiva secreta para el rey Gustavo V, una llamada de socorro en la que rogaba una mayor intervención. Escribieron que, en la situación actual, la emigración parecía la única solución posible para los judíos de Budapest. Tenían la esperanza de un esfuerzo de rescate coordinado entre varios países neutrales europeos, y quizá el rey Gustavo V podría añadir de nuevo su voz.

Por su parte, Raoul Wallenberg cambió pronto de opinión. La emigración, acabaría por creer, no era la mejor forma de salvar a la población judía de Budapest.

Algunos de los judíos que habían recibido pasaporte temporal ofrecieron entonces de buena gana su trabajo a la legación sueca. Liberados de su estrella amarilla, podían ir y venir como gustasen, al contrario que la mayor parte de los judíos de Budapest, que no podían permanecer en el exterior más de tres horas al día. En este grupo de titulares de pasaporte sueco estaba el director ejecutivo de la fábrica de radios Orion, Hugó Wohl. Era el hombre

que había llamado a la puerta de Per Anger aquella noche de abril, muerto de miedo. Hacía poco que el colega de Wohl en Orion, el ingeniero Vilmos Forgács, se les había unido.

Los nazis habían arrestado a Forgács en marzo, lo habían tenido internado al norte de Buda durante varios meses y habían estado a punto de deportarlo en uno de los últimos transportes desde las afueras de Budapest. Pero entonces había tenido la presencia de ánimo de volver corriendo al escondrijo en el que guardaba su pasaporte temporal sueco. Lo había presentado y había tenido éxito en sus

protestas a los gendarmes cuando intentaron apresar al «ciudadano extranjero».

En adelante, Hugó Wohl, Vilmos Forgács y varios otros judíos protegidos fueron a la legación sueca cada día a trabajar. Ayudaban con la lista de repatriación urgente que había seguido creciendo y ahora ya incluía 649 judíos para los que «el carácter de su vínculo con Suecia variaba», como expresó diplomáticamente el jefe legal del Ministerio de Exteriores, Gösta Engzell.

Cuando llegó Raoul Wallenberg, lo pusieron a cargo de una nueva sección de la legación, el «Departamento Humanitario». Fuera, en la calle, las

aglomeraciones de judíos que buscaban ayuda seguían siendo considerables. La idea era que Raoul se hiciese cargo de este trabajo, quitando con ello presión a Per Anger, que tenía otras cuestiones importantes que resolver, de entre las cuales el plan de una posible evacuación de la legación no era la menor.

Los directores de la fábrica de radios Hugó Wohl y Vilmos Forgács habían sido de los primeros en recibir pasaporte temporal de Per Anger. Parecía natural incluirlos en el núcleo del equipo que Raoul estaba comenzando a formar. El abogado húngaroeslovaco Dr. Pál Hegedűs también se convirtió en uno de los

colegas más cercanos de Raoul en el Departamento Humanitario. Si bien Hegedús era húngaro, hasta hacía poco había residido en Checoslovaquia. Allí, en vista de su nacionalidad húngara, había quedado exento de las leyes antisemitas, un privilegio que consiguió conservar aun cuando regresó a Budapest. Entonces puso sus servicios a disposición de Raoul.

Raoul no estaba reuniendo en torno a sí a ingenuas almas de Dios. Todos eran hombres de influencia, con talento y éxito, una generación mayores que él. Todos eran judíos y estaban allí por voluntad propia. Se podría decir que ofrecieron su trabajo a los suecos en

prenda de gratitud. Un sentimiento muy especial de camaradería iba a crecer entre ellos y el nuevo secretario de la legación sueca.

Hugó Wohl, el diminuto director de la fábrica de radios, con su agudo ingenio y su posición dominante en el mundo de los negocios húngaro, era el líder claro del grupo. Era brillante, pero también muy estricto y callado, un hombre poco dado a la sonrisa. El abogado Pál Hegedűs, grande y escandaloso, era su contrapunto perfecto. Hegedűs estaba siempre cerca de la carcajada y tenía un talento analítico y diplomático que lo convertía en comunicador social y consejero

importante para Raoul Wallenberg. Y, en Vilmos Forgács, el equipo tenía un asociado muy trabajador, que nunca dejaba nada sin hacer.

Raoul Wallenberg reclutó, asimismo, a personas de otros orígenes. En la red húngara que existía alrededor de la legación sueca había habido durante muchos años algunos aristócratas de sangre más o menos azul. En mitad de la calle Úri (la «calle de los Señores»), tras el palacete, por ejemplo, se encontraba la residencia de Tibor von Berg, que sentía un alto grado de cercanía con Suecia. La hermana de su abuelo se había casado con un hombre empleado por los tribunales

suecos en Estocolmo. La relación era tan fuerte que el príncipe Gustavo Adolfo (el padre del actual rey) había visitado a la familia Von Berg en Budapest a comienzos de la década de 1930. Incluso Per Anger tenía un parentesco lejano con el barón, como resultado de aquel matrimonio suecohúngaro.

El barón Von Berg tenía un pariente cercano, la condesa Erzsébet Nákó, que vivía con él en su hermosa residencia medieval de Úri 15. Invitaron a Raoul a cenar allí una de sus primeras noches, y después la condesa Nákó pasó a ser miembro de su círculo más cercano. Con veintidós años, era una mujer fornida y enérgica, una persona de inventiva

prodigiosa para arreglar cosas. Hablaba deprisa, se movía con rapidez y acabaría funcionando como «secretaria social» de Raoul Wallenberg, trabajando mano a mano con *Frau* Falk, de origen alemán, su ayudante administrativa, que era mayor, más seria y más dada a la mecanografía.

Algunos de los miembros del personal que ya trabajaba en la legación sueca también se vieron afectados por la llegada del activo Raoul Wallenberg. Durante la primera semana del nuevo secretario, la auxiliar administrativa Margareta Bauer anotó sus horas extras en la agenda: 13 de julio, «trabajé hasta

las 2.30»; 16 de julio, «trabajé hasta las 4.30», y 20 de julio, «el día de mi santo, trabajé toda la noche».

Hacia finales de julio, el calor era tan sofocante en Budapest como lo había sido en Estocolmo antes de que se marchase Raoul Wallenberg. Las tareas que se imponía el «Departamento Humanitario» no dejaban de aumentar. Raoul trabajaba día y noche, y no pasó mucho tiempo antes de que estuviese enviando mensajes desesperados a Kálmán Lauer sobre la necesidad de más fondos. Su tarea real no terminaba con el papeleo para quienes hacían cola

en el exterior del número 8 de Gyopár. Aunque la discusión en curso en la legación se centraba en los 649 judíos de su lista, Raoul Wallenberg estaba ya haciendo cálculos respecto de miles más. En una de sus primeras cartas a casa, escribió a Lauer que debían evitar hablar por teléfono «porque estoy bastante seguro de que la gran Administración local estará alerta».

La Junta para los Refugiados de Guerra no había conseguido enviar ni instrucciones ni dinero a Raoul Wallenberg antes de su salida de Estocolmo. «Wallenberg se fue con una prisa tremenda», observaría Iver Olsen más tarde. Puso 10.000 coronas (unos

19.000 euros actuales) a disposición de Raoul Wallenberg para que no careciese por completo de fondos al comienzo, dinero que había recibido del «fondo especial» del presidente Roosevelt.

Las instrucciones norteamericanas llegaron a la legación de Estocolmo el mismo día que se iba Raoul Wallenberg, en forma de un telegrama del Departamento de Estado estadounidense y de la Junta para los Refugiados de Guerra, firmado por el secretario de Estado Cordell Hull. Si hubiesen llegado a tiempo, Raoul se habría ahorrado algunas preocupaciones financieras. Hull explicaba que la Junta para los Refugiados de Guerra tenía la

intención de enviar otras 50.000 coronas (unos 95.000 euros actuales) a Iver Olsen, que debía usarlos con «discreción» para «transacciones menos cuantiosas» en relación con la misión húngara. Hull continuaba escribiendo en nombre de la Junta para los Refugiados de Guerra que, cuando comenzasen a tomar forma mayores proyectos, acompañados de cálculos para peticiones de presupuesto, se pondrían a su disposición más fondos.

El problema era cómo hacer llegar el dinero estadounidense a Raoul Wallenberg en Budapest. Las leyes de divisas suecas no permitían grandes transferencias de efectivo sin previo

aviso. Las transferencias requerían una solución ingeniosa. Tal y como lo veía Raoul, era mejor no implicar a gente del Ministerio de Exteriores, puesto que «tienen que ser mucho más formales de lo que sería necesario si el asunto se resolviese de forma privada». Los procesos burocráticos lentos no eran una opción. La transferencia tenía que hacerse rápidamente, insistía Raoul: «Hay mucha gente a la que ayudar aquí, y mucho sufrimiento».

Raoul sugirió, por su parte, en una carta a Kálmán Lauer, que el dinero se depositase en su cuenta del Stockholms Enskilda Bank y se le enviase luego por etapas. Destinaría las sumas de su

cuenta de Estocolmo a cierta persona que, a su vez, recibiría la correspondiente suma en francos suizos en Suiza. Iver Olsen, sin embargo, intentó resolver el problema utilizando intermediarios que estaban «en condiciones en las que podían recibir satisfactoriamente un buen valor de cambio en *pengő* [húngaros]». Según Rudolph Philipp, dichos intermediarios fueron el empresario húngaro Henrik de Wahl y el conglomerado de su familia. A la vista de la vertiginosa inflación del *pengő* húngaro, dichas alternativas no resultaban mala idea.

Por desgracia, podría llevar un tiempo que las transferencias funcionasen, para gran frustración de Raoul Wallenberg. El acuerdo original era que la legación sueca iba a cubrir solo los gastos administrativos. Para todo lo demás, Raoul dependía de los estadounidenses. Raoul, que se enfrentaba cara a cara con la incesante miseria de los judíos húngaros, pensaba que era insoportable tener que esperar, así que no lo hizo. Simplemente, contó con el hecho de que el dinero comenzaría a llegar pronto.

El telegrama incluía también instrucciones para Raoul Wallenberg en lo referente al trabajo de rescate en sí. Mencionaba rutas de escape posibles desde Budapest y sugería individuos adecuados con los que buscar contacto en la nueva Administración húngara. Se creía, entre otras cosas, que Raoul debía investigar la posibilidad de hacer uso de los barcos y gabarras que en su mayoría flotaban entonces vacíos en el Danubio. Un informante húngaro había indicado que se podría hablar con los dueños de los barcos «en términos financieros» y, de esta forma, convencerlos de aceptar un número limitado de judíos, quizá disfrazados de tripulación.

Se había sugerido a la WRB, de forma similar, la posibilidad de dirigirse a los operadores ferroviarios de la línea de ferrocarril entre Budapest y la ciudad de Mohács, en la frontera meridional de Hungría. El telegrama instaba a Raoul a llevar copias de la potente declaración que el presidente Roosevelt había hecho el 24 de marzo, así como un mensaje similar emitido el 1 de julio por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense. El razonamiento era que Raoul podía utilizar dichos documentos como medida de presión. No podía hacer daño recordar a los contactos que el presidente de Estados Unidos

consideraba el Holocausto un asesinato en masa, por el que los culpables serían castigados tras la guerra.

Está claro por el telegrama que se esperaba de Raoul que respondiese ante la Junta para los Refugiados de Guerra con propuestas concretas para las misiones de rescate. La WRB quería poder aprobar cualquier operación que requiriese «acuerdos financieros más cuantiosos» o promesas a los funcionarios húngaros de «trato favorable tras la guerra». Según las instrucciones, Raoul debía explicar a aquellos con quienes se reuniese que los estadounidenses eran serios en cuanto a sus amenazas de repercusiones en la

posguerra, pero, al mismo tiempo, debía procurar tentarlos con el mensaje de que «una actitud de ayuda ahora puede resultar en una consideración más favorable de lo que merecerían las acciones previas».

Además, la Junta para los Refugiados de Guerra mencionaba una serie de húngaros en cargos de poder de los que se sabía que ayudaban a judíos y que, de forma oficial o no, podían ser de utilidad a Raoul Wallenberg. Se mencionaba a un jefe de Policía que había sido trasladado al Ministerio del Interior, así como a un fiscal y a un empresario cercano al ministro de Comercio húngaro.

Las instrucciones también insistían en que no se permitía a Raoul presentarse abiertamente como representante de la Junta para los Refugiados de Guerra o actuar en nombre de la organización. Si era necesario, podía insinuar que, como sueco, era posible para él comunicarse con el representante de la Junta en Estocolmo y trasladarle propuestas.

Dichas instrucciones se incluían como medida de protección, no como descargo de responsabilidad. Como había insinuado ya el Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo, la misión y, por tanto, la situación de Raoul Wallenberg eran diplomáticamente

«delicadas». Las instrucciones estadounidenses eran otra señal de ello. La muy posterior investigación oficial en cuanto a las acciones de Suecia en el caso de Raoul Wallenberg observaron que «Wallenberg debía, en consecuencia, explicar su presencia en Budapest en términos de una invención que era, a todos los efectos, puramente norteamericana. No hay indicios de que Wallenberg se refiriese en su trabajo a afirmaciones del primer ministro o el ministro de Exteriores sueco». Muy al contrario, se podría añadir. Los suecos habían explicado a los estadounidenses que su recién nombrado agregado especial en Budapest «estaba disponible

para cualquier trabajo que la Junta para los Refugiados de Guerra tuviese a bien encargarle».

Es fácil pensar que alguno que otro de sus colegas suecos pudiera arquear las cejas cuando la misión de Raoul Wallenberg comenzó a cobrar fuerza.

Es difícil saber si Raoul Wallenberg siguió todos los detalles de las instrucciones norteamericanas al pie de la letra. En su agenda de direcciones de 1944 no figura ninguno de los nombres proporcionados por la WRB, que tampoco aparecen en su agenda diaria. Pero, en la primera semana, Raoul, o

posiblemente su secretaria, anotó la dirección y el número de teléfono de un contacto en el Ministerio de Comercio, lo que podría indicar que el mensaje estadounidense se transmitió correctamente. Y, de hecho, se reunió dos veces con el jefe del puerto de Budapest, Félix Bornemissza, antes de finales de mes.

Raoul Wallenberg había estado en contacto con Bornemissza anteriormente. Unos años antes, su director, Sven Salén, había comenzado a colaborar con el jefe del puerto, que había creado una naviera. El contacto con Bornemissza valía su peso en oro para Raoul Wallenberg en su nueva situación. El

socio de Salén era amigo íntimo del hijo de Horthy, Miklós Horthy Jr., o «Junior» como solían llamarlo. Bornemissza había sido también una voz importante entre los judíos húngaros de más relevancia que habían exigido que Hungría abandonase su alianza con Alemania.

Salén, por su parte, había escrito a Raoul y añadido nombres de judíos húngaros a los que deseaba que ayudase. Y no había sido el único. Wallenberg contaba ya con una larga lista al llegar. La mayor prioridad era, por supuesto, la familia de Lauer.

El 14 de julio, Kálmán Lauer se había convertido finalmente en ciudadano sueco, lo que hizo más fácil organizar documentos de protección suecos para su familia. Raoul había sudado tinta la primera semana yendo al Ministerio de Exteriores, al del Interior y al de Tráfico, así como reuniéndose con el funcionario de la legación alemana Theodor Grell. Y tenía buenas y malas noticias que comunicar. La hermana y el cuñado de Lauer estaban a salvo, igual que su hija. A los tres se les dio pasaporte sueco temporal. Pero, por desgracia, las cosas no pintaban igual de bien para los suegros. Raoul había intentado localizar los trenes que habían

salido de su ciudad de residencia, pero solo podía concluir que habían sido deportados y estaban ya fuera de Hungría. Conmocionado, escribió a casa y pidió a su madre que invitase a Lauer y su esposa a cenar, como gesto de reconocimiento hacia su gran dolor.

Lauer se negó a darse por vencido. Escribió al ministro de Exteriores y rogó por su familia política, y al mismo tiempo envió a Raoul nuevos nombres de individuos que también necesitaban rescate. En Estocolmo habían circulado rumores de que 200 niños judíos iban a ser enviados a Suecia. Lauer anotó los nombres de varios niños pequeños para los que creía que Raoul debería intentar

conseguir pasaje. También nombró a otros judíos de los que sabía que estaban en peligro y necesitaban pasaporte temporal. Y así continuó. Para Lauer, a juzgar por sus cartas, el trabajo de rescate de Raoul consistía siempre en responder a trágicas circunstancias individuales. No debió de ser siempre fácil para Raoul Wallenberg encontrar un equilibrio entre la intensa presión que ejercía su jefe en cuanto a casos específicos y la misión más general que se esperaba que cumpliera y en la que deseaba ardientemente tener éxito.

Raoul también había comenzado a preguntarse si invertir tanto tiempo, dinero y esfuerzo en esos intentos de

huida de gran carga emocional, pero pequeña escala, era la mejor forma de cumplir la tarea que le habían encomendado.

De dónde vinieron exactamente esas dudas no está claro. Puede que fuesen las historias del Consejo Judío sobre emigrantes esperanzados que habían pagado por su salvación y, pese a ello, habían muerto. ¿Quizá había algo en las promesas de los alemanes que había despertado sus recelos? ¿Creía Raoul que el emisario alemán Edmund Veesenmayer no era sincero? O quizá pudo ser, sencillamente, que si uno tenía el objetivo de salvar a tantos de los 200.000 o 250.000 judíos de Budapest

como pudiese, era un hecho de claridad meridiana que intentar rescatarlos de uno en uno sería prohibitivo y garantizaría el beneficio de solo una minoría muy escasa de entre los que corrían peligro.

En la segunda semana de Raoul en Hungría, su trabajo dio un nuevo giro. Quería emplear su dinero en adquirir viviendas seguras para los judíos de Budapest en vez de gastarlo todo en sobornos y viajes internacionales, explicó. Tenía en mente un campamento de la Cruz Roja y la organización de residencias privadas en casas ya existentes. Como escribió a Lauer: «Estoy convencido de que, de esta

forma, podemos salvar a muchos. El coste por cada persona será, por supuesto, significativamente menor que si intentamos sacarlos del país».

De hecho, Valdemar Langlet había comenzado ya un plan de ayuda en la misma línea. No era difícil adquirir residencias, apartamentos o incluso edificios enteros en Budapest a finales del verano de 1944. Las familias judías que necesitaban ocultarse entregaban a menudo su casa a agencias administrativas de Estados neutrales u organizaciones internacionales de ayuda de reputación irreprochable. La Cruz Roja sueca gozaba de alta estima y recibía muchas ofertas, según Valdemar

Langlet y su libro *Verk och dagar i Budapest* («Trabajo y días en Budapest»):

Pronto habíamos tomado posesión de una docena de mansiones y apartamentos en diversas zonas de la ciudad para satisfacer nuestra necesidad de oficinas; además, había también un gran número de casas seguras establecidas o previstas. En broma, comenzaron a describirnos como los mayores propietarios de la ciudad, y nuestro enviado, que se preocupaba por lo que llamaba «la inflación de hogares», hacía objeciones cada vez más vehementes cuando yo le pedía su firma en nuestros certificados de protección.

El jueves 20 de julio de 1944 a la hora de comer, el coronel Claus Schenk Graf von Stauffenberg dejó un maletín con una bomba bajo la mesa de mapas del cuartel general de Adolf Hitler en el Frente Oriental. Explotó veinte minutos más tarde. Murieron cuatro personas, pero Adolf Hitler sobrevivió, si bien con una herida en el brazo izquierdo y los tímpanos perforados. Las noticias llegaron a los alemanes de Budapest aquel mismo día, y al principio provocaron un estado exacerbado de alerta. David Cesarini escribe en su biografía de Eichmann que, «durante varias horas, [este] tuvo que preparar la defensa de sus oficinas y sus hombres,

pero pronto se hizo obvio que las unidades del ejército alemán apostadas en el país eran leales al Führer y los húngaros seguían siendo cordiales».

El frustrado intento de asesinato fue una noticia impactante, incluso para el director de banco Jacob Wallenberg en Estocolmo, que había estado en contacto con los conspiradores a través de su amigo Carl Goerdeler durante la primavera. Había prometido a Goerdeler que organizaría una reunión en Estocolmo para reunir al nuevo Gobierno alemán con los británicos tan pronto como fuese posible tras el deseable éxito del golpe de Estado. Nada fue como habían planeado.

Goerdeler fue detenido, juzgado ese mismo otoño y ejecutado en febrero de 1945. Y un conmocionado Jacob Wallenberg no se atrevió a viajar a Alemania durante el resto de la guerra.

Es muy improbable que Raoul Wallenberg supiese nada de esto, aunque la posible implicación de su pariente en la planificación de lo que había de venir tras el asesinato no habría hecho, por supuesto, el trabajo de Raoul en Budapest menos arriesgado.

El día antes del intento de asesinato, Wallenberg salió hacia Pest, a reunirse con un teniente coronel de la gendarmería húngara, el renegado László Ferenczy, de cuarenta y seis

años. Había sido Ferenczy quien había asumido personalmente la responsabilidad de las deportaciones masivas de la Hungría rural. Fueron sus gendarmes quienes llevaron a cabo el trabajo y él quien presentó los grotescos informes diarios sobre el terreno, que se añadían a las estadísticas del exterminio recogidas por el Ministerio del Interior y la legación alemana.

En la puerta del despacho de Ferenczy, que no estaba lejos de la Gran Sinagoga de Budapest, había, por algún motivo insondable, una señal con el texto: «Nemzetközi Beraktározási és Szállítmányozási Kft» («Empresa de Almacenaje y Transporte

Internacional»)). Por razones prácticas, tenía otro despacho justo al lado del de Eichmann en Svábhegy, en Buda.

Aunque Eichmann había alabado a Ferenczy por sus impresionantes redadas y detenciones, después de que Miklós Horthy hubiese intervenido y puesto fin a las deportaciones, al gendarme húngaro que las tenía a su cargo le había entrado el miedo. Puede que le hubiese llegado el mensaje americano sobre los castigos, mediante las octavillas o los comunicados. Por la razón que fuese, Ferenczy había decidido dirigirse al Consejo Judío para convencerles de su genuino deseo de salvar a los judíos de Budapest.

Tal como describe el historiador Randolph Braham los acontecimientos, fue cuando Raoul Wallenberg apareció con su lista de 649 judíos «suecos» cuando Ferenczy encontró la oportunidad perfecta para cooperar con el Consejo Judío y demostrar que se había convertido en simpatizante. Pidió al Consejo que organizase algunas casas para alojar a los judíos extranjeros mientras esperaban a salir del país. A finales del verano y durante el otoño, Raoul Wallenberg iba a cooperar estrechamente con algunos de los oficiales de Ferenczy, sobre todo con el capitán Batizfalvy.

Era un momento de violentas oscilaciones entre la esperanza y la desesperación para los judíos de Budapest. Circulaban todo tipo de rumores, y uno de los más persistentes era el que concernía a las negociaciones de paz entre los nazis, los estadounidenses y los rusos. Raoul Wallenberg retransmitió este rumor a Estocolmo, en el idioma cifrado especial que había creado con Kálmán Lauer.

A primera vista, parecía como si Raoul quisiese que Lauer pidiera a un tal Larsson que intercediese ante su filial, la Compañía Oriental Josephson, en el caso de que «hubiesen negociado

un acuerdo en cuanto a la distribución de mercado con Plauen & Co». Si era así, un requisito no negociable, según la filial, era que «se estableciese la calma en el mercado de hígado de oca húngaro». Pero, entre Lauer y Raoul Wallenberg, «Larsson» quería decir los estadounidenses, «Plauen & Co» eran los nazis, «Compañía Oriental Josephson» significaba los rusos e «hígado de oca» eran los judíos. Lo que Raoul estaba pidiéndole, en realidad, a Lauer era que contactase con la Embajada estadounidense, les informase del rumor de paz que circulaba por Budapest y se asegurase de que los norteamericanos iban a incluir el cese

de las deportaciones en cualquier negociación de armisticio en la que participasen.

Esta información, en apariencia inocente, corrió como un reguero de pólvora en el mercado de la información de Estocolmo. Kálmán Lauer contactó con el húngaro Vilmos Böhm del Servicio de Lectura de Prensa de la legación británica, quien a su vez transmitió el contenido del mensaje a un funcionario de la legación, y este escribió un informe sobre el asunto para su superior. No hubo discreción a la hora de identificar a Wallenberg como la

fueron y, como en el juego del teléfono roto, los hechos se fueron distorsionando durante el proceso:

El Sr. Boehm me informa de que acaba de ver el telegrama cifrado del Sr. Wallenberg al Dr. Lauer en el que se afirma que, desde el sábado 22 de julio, circulan rumores en Budapest de que Alemania desea firmar un armisticio con Rusia. El Sr. Wallenberg pide que el Sr. Olsen de la legación estadounidense dedique su atención a este hecho y que se haga todo lo posible para garantizar la seguridad de los judíos de Hungría una vez firmada la paz [...]. Como el telegrama fue mostrado al Sr. Boehm en estricta confidencia, pide que la información sea tratada de igual forma en cualquier

discusión que pueda tener lugar con los norteamericanos, con el fin de no comprometer la fuente.

Se trataba, por supuesto, de información que, en malas manos, podía dar una extraña impresión sobre el nuevo agregado humanitario de la legación sueca en Budapest.

Hacia finales de julio, el intercambio de telegramas alemanes en cuanto a las listas de emigración suiza y sueca aumentó en intensidad. Edmund Veesenmayer no estaba satisfecho con la decisión del Gobierno húngaro de permitir a todos aquellos judíos

«extranjeros» que abandonasen Hungría, pero se había sentido obligado a aceptar. Por ahora, no había nada más que un acuerdo verbal. Aún restaban todas las formalidades. Los emigrantes necesitaban visados de tránsito alemanes antes de poder partir hacia Suecia. Y los días pasaban. Puesto que Veesenmayer había declarado que todos los judíos extranjeros que no hubiesen abandonado Hungría para el 1 de agosto serían internados, había cierta urgencia.

Veesenmayer tenía un colega que trabajaba en la cuestión judía en la legación, llamado Theodor Grell. Raoul Wallenberg se había reunido con él en su primera semana en Budapest. Grell

envió ahora un extenso informe sobre la situación a Alemania. En él observaba con consternación que el número de judíos extranjeros con conexiones en dichos países neutrales no dejaba de aumentar. «Entre los judíos extranjeros, los suecos están, en este momento, en una posición única —escribió desde Budapest el 24 de julio—, pues la legación sueca local ha emitido varios supuestos pasaportes suecos a judíos después del 19 de marzo de 1944. Afirman que hay ciertas disposiciones en la ley sueca que amplían la ciudadanía a individuos con vínculos familiares o financieros con el país. Hasta qué punto deberían reconocerse

estas naturalizaciones por nuestra parte es aún materia de discusión entre el Auswärtiges Amt («Ministerio de Asuntos Exteriores») y la RSHA.»

Las acciones de los suizos en esta época irritaban incluso más, si tal cosa era posible, a los alemanes. El muy activo cónsul Carl Lutz era, a diferencia de los suecos, bastante prudente en cuanto a otorgar la ciudadanía suiza, así que, desde un punto de vista legal, sus acciones eran menos provocativas que las de los escandinavos. Pero concernían a muchos más judíos. Antes de la guerra, Lutz había estado muy implicado en la emigración de judíos europeos a Palestina, en colaboración

con la sionista Agencia Judía. Había continuado con esta «tarea secundaria» en Budapest. Cuando los alemanes ocuparon Hungría en marzo de 1944, Carl Lutz tenía ya a 7.000 judíos con certificado de emigración a Palestina en sus listas, y sus posibilidades de obtener un visado de salida parecían estar disminuyendo a toda prisa.

Ante esta nueva situación, la ambición de Lutz aumentó. Suiza era potencia protectora de Estados Unidos, así como de otros países, y había trasladado su legación al impresionante edificio que había pertenecido a la legación norteamericana, que se encontraba entre los palacetes

financieros de la plaza Szabadság (la «plaza de la Libertad»), en el centro de Pest. Cuando comenzaron las deportaciones, había permitido a los representantes de la Agencia Judía en Budapest que ocupasen un espacio en la sede de la legación. Carl Lutz simplemente cambió el nombre de la Agencia Judía a «Departamento de Emigración de la Legación Suiza», lo que significaba que los sionistas continuaban su trabajo bajo protección diplomática. También se aseguró de que sus líderes —Ottó Komoly, Rezső Kasztner y Miklós Krausz— recibiesen pasaporte protegido suizo, de forma que se pudiesen mover libremente por

Budapest. Los 7.000, pronto 8.000, viajeros que esperaban pasaje a Palestina recibieron cartas de protección especiales, o *Schutzbriefe*. Lutz había negociado con éxito con las autoridades húngaras, que le habían prometido que esas cartas salvarían a los judíos de la deportación mientras esperaban a salir del país.

Las formalidades se hacían interminables, pero los alemanes habían garantizado de mala gana, pese a todo, la autorización para la emigración. Los preparativos técnicos para el viaje estaban en marcha tanto en la legación suiza como en la sueca. Para Adolf

Eichmann, todo esto era una locura. No podía entender por qué Veesenmayer no se plantaba.

Desde su oficina rodeada de alambre de espino en el hotel Majestic, Eichmann escribió una airada carta a la RSHA en Berlín, dirigida nada sutilmente a su propia legación, con sede en la calle Úri, tras el Palacio Real. Eichmann criticaba la complacencia de su compatriota en estas circunstancias. Explicaba, no sin cierta acritud, que le parecía que iba siendo hora de aclarar que las emigraciones que Suiza y Suecia demandaban no tendrían lugar hasta que se hubiese reanudado el resto de deportaciones de

judíos. Eichmann señalaba que los alemanes tenían la capacidad de oponer fuerza a la fuerza: no habría emigraciones a menos que Veesenmayer y sus colegas emitiesen los visados de tránsito alemanes para los viajeros.

Mientras que, para Eichmann, las reacciones relativamente débiles de la legación alemana eran una fuente de decepción, en las legaciones neutrales habían albergado la sensación de tener posibilidades. En una maniobra tan ingeniosa como osada, Carl Lutz intentó aumentar el número de judíos con certificado para Palestina de 8.000 a 40.000. La idea le llegó de sus nuevos colegas de la Agencia Judía. Lutz

afirmó, sencillamente, que había ocurrido un error tipográfico vergonzoso. Los documentos decían que los suizos habían solicitado visados de salida para ocho mil individuos, explicó Lutz, cuando, en realidad, se referían a ocho mil familias.

Se trataba de un movimiento significativamente más audaz que los aumentos graduales de la lista de repatriación sueca. La treta no tuvo éxito, pero demostró que Carl Lutz era un hombre creativo, muy del gusto de Raoul Wallenberg. Aunque casi veinte años mayor que él, según Per Anger, los

dos trabaron relación con bastante rapidez y, a partir de entonces, tenían contacto casi todos los días.

Necesitaban creatividad desesperadamente. No había opción para el descanso y, tras el estallido de Eichmann, los alemanes adoptaron un tono más agresivo. El jueves 27 de julio, Per Anger envió un telegrama a Estocolmo advirtiéndole que había oído que los alemanes planeaban regatear con las emigraciones a Suecia y Palestina. El precio de los alemanes por dejar irse a los judíos protegidos por los suecos y los suizos era que los húngaros

reanudasen las deportaciones, de forma que los restantes 200.000 judíos de Budapest pudiesen ser transportados a Auschwitz. Como un abatido Raoul Wallenberg escribió en su informe unos días más tarde: «En vista de esto, habrá que descartar la cuestión de los transportes a Suecia por ahora».

Se había contactado con los diplomáticos suecos en Berlín para que ayudasen a sus colegas de Budapest a tramitar los visados de tránsito. Ellos también experimentarían la endurecida actitud alemana. El segundo de la legación sueca en Berlín visitó a Eberhard von Thadden, el especialista en asuntos judíos del Auswärtiges Amt o

Ministerio de Exteriores. Von Thadden había estado en Budapest a finales de mayo y había contemplado con admiración las deportaciones masivas. Ahora no ocultó su aversión por las peticiones de exención suecas. Era particularmente crítico con los extraños documentos suecos de los que había oído que estaban circulando entre los judíos de la capital húngara: «Una especie de certificados de la legación sueca en Budapest» que significaban que «eran “muy probablemente” ciudadanos suecos», se mofó Von Thadden, según el telegrama de la legación sueca en Berlín sobre el asunto.

Era evidente que la credibilidad de la legación sueca en Budapest sufría como resultado de la profusión de documentos de protección que estaba emitiendo en número cada vez mayor. Hacía poco que se había añadido a la panoplia de documentos un tipo de pasaporte colectivo diseñado para facilitar los trámites del viaje a Suecia. En vez de pasaportes individuales, los emigrantes recibían un certificado en el que se afirmaba que su nombre constaba en un pasaporte colectivo y que estaban, por tanto, bajo protección sueca. Puede que esta iniciativa fuese la gota que colmó el vaso, porque no pasó mucho tiempo antes de que la Oficina de

Extranjería húngara se negase a aceptar estos cuasidocumentos suecos tan peculiares. Se informó a Raoul Wallenberg de que solo un «pasaporte protegido» sueco individual, con fotografía y firmas, sería suficiente para librar a un judío de tener que llevar la estrella amarilla.

Las autoridades húngaras pedían, en realidad, pasaportes suecos oficiales, pero los suecos de Budapest no tenían la autoridad diplomática para emitírselos a nadie más que a sus ciudadanos. Lo que se necesitaba era una nueva clase de pasaporte sueco que no fuese, de hecho, un pasaporte. Por fortuna, el nuevo

secretario de la legación, Raoul Wallenberg, estaba ricamente dotado de imaginación y talento artístico.

El reto era encontrar una forma de funcionar más atrevida e ingeniosa, pero sin desafiar innecesariamente las normas y, por lo tanto, minar la credibilidad diplomática sueca. Raoul Wallenberg ya había entendido que estas eran las reglas del juego. Pero cualquier duda que pudiese tener quedó despejada una vez que consiguió descubrir el engaño alemán de las postales.

Fue un movimiento brillante. Raoul había oído que el especialista en asuntos judíos de la legación alemana, Grell, había dado públicamente garantías de que se trataba bien a los judíos deportados mientras trabajaban en Alemania. Como prueba de ello, Grell había mencionado que los deportados disfrutaban de correo gratis y podían escribir a sus parientes. Habían llegado, de hecho, algunas postales de los deportados. Pero Raoul Wallenberg decidió examinar esta afirmación a fondo y llevó a cabo su propia investigación. Alrededor de 400.000 judíos habían sido deportados entre el 15 de mayo y el 12 de julio, pero los

cálculos de Raoul demostraron que el servicio de correos húngaro solo había repartido unas 14.000 postales. Parecía, por lo tanto, que solo alrededor del tres por ciento de las víctimas se habían preocupado por escribir a sus acongojados parientes y amigos. La conclusión de Raoul era evidente. La envió al Ministerio de Exteriores en Estocolmo: «No debe de haber, por lo tanto, correo gratis si hemos de creer la declaración oficial alemana de que la mayoría de los judíos siguen vivos».

El nuevo fichaje de la legación sueca era un jugador listo, perspicaz y analítico, no un diplomático indeciso de

la variedad dócil y crédula. Y eso marcó la diferencia.

Raoul y sus colegas trabajaron, entonces, para producir un nuevo documento que satisficiera a las autoridades tanto húngaras como suecas. Pusieron gran esfuerzo en la representación visual de su formalidad. El nuevo salvoconducto era un documento de tamaño A4 en color marfil, con la letra en azul, en el que el texto oficial estaba colocado en cuatro cajas amarillas bordeadas asimismo en azul: una especie de bandera sueca invertida. Los pasaportes estaban numerados y encabezados con el texto «SCHUTZ-PASS». En una de las cajas

amarillas había espacio para una fotografía, que sellaría luego la legación sueca. Junto a ella había un espacio oficial para los datos personales habituales en los pasaportes, rotulado en alemán y húngaro: nombre, dirección, lugar y fecha de nacimiento, altura, color de pelo y de ojos. En las dos zonas inferiores figuraba el siguiente texto, en alemán y húngaro: «La Real Legación Sueca en Budapest confirma, por el presente documento, que la persona susodicha tiene la intención de viajar a Suecia según el proceso de repatriación autorizado por el Real Ministerio de Asuntos Exteriores sueco. Se ha emitido, asimismo, un pasaporte colectivo para

esta persona. Hasta su partida, esta persona y su residencia están bajo la protección formal de la Real Legación Sueca». Y, luego, algunos añadidos sutilmente astutos: «Expira 14 días tras la llegada a Suecia», así como «Válido solo para viajar en combinación con el pasaporte colectivo. El visado de llegada se sellará únicamente en dicho pasaporte».

La «cruz» de la bandera estaba decorada en su centro con tres coronas suecas amarillas, flanqueadas por el nombre del país, «SCHWEDEN» (en alemán) y «SVÉDORSZÁG» (en húngaro). En el caos de Budapest, casi nadie tuvo tiempo de darle vueltas al

hecho de que ni siquiera el nombre de Suecia estuviera escrito en sueco en lo que se afirmaba que era un documento oficial del país. Aún menos notaron que Raoul y sus compañeros habían colocado las coronas del símbolo nacional sueco de forma incorrecta. «Teníamos tanta prisa... —explicaba riendo Per Anger en una entrevista de 2002—. Las tres coronas debían estar [...] dos arriba y una abajo. Y nosotros pusimos una arriba y dos abajo. Nadie se dio cuenta y nadie pensó en ello.»

El formulario del pasaporte se envió a la imprenta Antiqua Nyomda, de Budapest. Según Per Anger, Raoul Wallenberg imprimió varios miles de un

tirón. Estos nuevos pasaportes protegidos tenían la misma validez formal difusa que los anteriores documentos suecos sin fotografía. Pero eran tan convincentes en su apariencia profesional, en especial porque ahora incluían una foto, sellos y firmas, que resultaron muy superiores a cualquier documento de rescate que se hubiese visto en Budapest hasta la fecha.

También inspiraron al colaborador de Raoul en la legación suiza, Carl Lutz. Había encontrado los mismos problemas con sus cartas de protección vinculadas a certificados palestinos. Ahora las mejoró, relacionándolas con pasaportes

colectivos, numerándolas y declarándolas comparables a un pasaporte suizo real.

El nuevo Departamento Humanitario de la legación sueca había conseguido ingeniosamente crear un pasaporte sueco que no era un pasaporte.

Decían los rumores que Eichmann y su comando de operaciones especiales se estaban preparando para contravenir la orden de Horthy y reanudar las deportaciones el 5 de agosto, lo que no redujo exactamente la marea de judíos en el exterior del edificio de la legación

sueca. A pesar del toque de queda, cada amanecer ya había reunida una multitud a sus puertas. «La calle estaba continuamente llena y la gente hacía una larga cola que llegaba a doblar la esquina, y a partir de ahí ya no podíamos ver», escribiría más tarde la administrativa Margareta Bauer en sus memorias inéditas.

El departamento de Raoul Wallenberg se ampliaba, e incluso la plantilla habitual de la legación trabajaba a destajo. Los montones de papeles no dejaban de crecer, y los nuevos miembros de plantilla locales, así como los esperanzados solicitantes, atestaban la oficina. Las largas jornadas

de trabajo se hicieron especialmente difíciles con el calor del verano que azotaba Budapest. Raoul tuvo que recurrir a su don de gentes, prometiendo a las administrativas Margareta Bauer y Birgit Brulin aumentos de sueldo de su propio presupuesto a cambio de sus extraordinarios esfuerzos. Las jóvenes oficinistas agradecieron este gesto considerado. Pensaban que el nuevo secretario de legación era amigable, aunque muy correcto, y estaban impresionadas por lo eficaz y perspicaz que era, por lo rápido que había comprendido la situación general. Pero ¿no se pasaba un poco de la raya?

Margareta Bauer y Birgit Brulin vivían de alquiler en un apartamento en lo alto del edificio de ladrillo que estaba junto a la legación sueca. Era propiedad de una hermana de János y Béla Zwack, los hermanos judíos que dirigían la mayor licorería de Hungría, Zwack. Cuando comenzaron las deportaciones, la hermana y su familia se escondieron en el ático del edificio. Según Margareta Bauer, la familia vivía en «completo aislamiento; salían al jardín a hurtadillas, sigilosos como ratones, a tomar algo de aire por las noches, pero, por lo demás, se acurrucaban en un rincón de la buhardilla». El hermano, János, también

se mudó allí en verano, aunque había preferido el sótano como escondite para su familia. Eso significaba que la hermana de Henrik de Wahl, que resultaba estar casada con János, estaba allí. En el primer piso, sin embargo, el gran apartamento seguía vacío, con varias habitaciones y un hermoso mirador con vistas a la encantadora ciudad.

Se decidió que la cada vez más amplia operación de Raoul se trasladaría del edificio de la legación a una parte alquilada de la residencia medio vacía de los Zwack. Ivan Danielsson incluso consiguió que el Ministerio de Exteriores húngaro

reclasificase el edificio como territorio diplomático sueco, para beneficio de la legación y de las familias judías escondidas. La mudanza resultaba imprescindible: la plantilla se duplicaba cada semana y, a comienzos de agosto, el nuevo Departamento Humanitario tenía más de cuarenta empleados. Eran todos judíos húngaros que, gracias a los documentos suecos, se habían librado de la estrella y se ofrecían de buena gana como voluntarios para ayudar. Raoul tomó prestada como una docena de máquinas de escribir, escritorios y sillas, pero no pudo evitar algunos costes, como la instalación de teléfonos y la compra de materiales de oficina.

Sabía que estaba poniendo a prueba los límites del Ministerio de Exteriores, que aunque había accedido a cubrir los costes básicos de administración, tenía quizá una sensación distinta en cuanto a la misión y su alcance. Aún no había llegado dinero estadounidense. «Es lamentable que quienes más interés han demostrado en que yo viajase hasta aquí no parezcan entender la necesidad de dinero. El sufrimiento que intentamos mitigar es ilimitado», escribió Raoul en un informe, más o menos por esa época.

Puesto que los alemanes habían retrasado al principio la expedición de los visados de salida, y luego hecho exigencias irracionales a cambio de

ella, el Departamento Humanitario había comenzado ya a redirigir su trabajo hacia la protección de los judíos *in situ*. La principal tarea era encontrar alojamiento para las 649 personas de la lista. La mente de Raoul Wallenberg se había embalado mucho más allá de esa cantidad e, incluso antes de que los alemanes adoptasen una postura más intransigente, había intentado, a través de Kálmán Lauer, tantear a los norteamericanos sobre la posibilidad de establecer un campamento de rescate para un millar de personas bajo la protección de la legación sueca. Incluso había consultado al Ministerio de Exteriores.

Raoul estaba preocupado por la apatía que creía haber detectado en los judíos de Budapest, una incapacidad de actuar que, en su opinión, solo podía tener su origen en la sensación de desesperanza ante su destino. «En los judíos, debemos combatir el sentimiento de haber sido olvidados», escribió.

El simple hecho de que las legaciones suiza y sueca hayan recibido judíos, les hayan pedido información y los hayan registrado, los ha animado a ellos y a los que desean ayudar. Una pequeña misión de repatriación lograda o la creación de un campamento de la Cruz Roja o ayuda financiera serían, a mi juicio, de la mayor importancia, puesto que se podría, por

este medio, infundir esperanza en los corazones de cien mil judíos y despertar su, por el momento, paralizado instinto de supervivencia.

Tal y como lo veía Raoul, la recurrente amenaza de represalias en la propaganda de los Aliados occidentales era también un problema. Creaba un punto muerto, puesto que era extremadamente parcial e implacable. «La propaganda rusa que hace hincapié en la magnanimidad y el amor por la paz tiene mejor consideración. Si al menos se pudiese ofrecer alguna promesa de ayuda futura a quienes ayuden ahora a

los judíos, la propaganda haría, seguramente, un bien mayor», observaba.

En realidad, la situación no era tan lúgubre como muchos de los judíos de Budapest imaginaban. Los reveses bélicos habían debilitado la posición de los alemanes en Hungría. Después de que Horthy ordenase la interrupción de las deportaciones, los gendarmes húngaros ya no estaban tan dispuestos a respaldar a Adolf Eichmann y su Sondereinsatzkommando. El propio jefe de la Gendarmería había comenzado a cooperar con el Consejo Judío, y los

temidos secretarios de Estado en el Ministerio del Interior, László Baky y László Endre, estaban fuera de juego tras su intentona de golpe de Estado. Pronto, incluso el ministro del Interior sería reemplazado.

El país era presa de una lucha de poder. Tras su intervención contra las deportaciones, Miklós Horthy no había tardado en enviar señales a las autoridades alemanas pidiendo que el régimen colaboracionista húngaro, con el primer ministro Sztójay al timón, fuese destituido. La respuesta de Hitler fue inmediata y llena de furia. Se dijo al regente que, si iba en serio con su traición, Hitler se aseguraría de que

Hungría dejase de existir como nación independiente. Esto hizo que un aturdido Horthy se retractase por el momento, pero sin abandonar por completo sus planes.

El ambiente se hizo tenso, expectante. La fecha que se había asignado para las nuevas deportaciones, el 5 de agosto, llegó y pasó sin que partiese ningún tren. Pero, en ese momento, el primer ministro Sztójay hizo acopio de valor: prometió a los alemanes que las deportaciones podrían reanudarse «al cabo de entre ocho días y una quincena», como muy tarde. Después de algunos dimes y diretes, se

decidió que el 25 de agosto pasaría a ser el nuevo día de terror para los judíos de Budapest.

Según el historiador Randolph Braham, la fecha se eligió, en parte, con los visados de tránsito para los judíos protegidos por los suecos y los suizos en mente, que debían estar listos el 25 de agosto. Descargándose de esta obligación, los alemanes sentían que habían cumplido las demandas húngaras. Solo quedaba que los húngaros honrasen su parte del «trato» y «entregasen» al resto de la población judía de la ciudad.

Después de que las escalofriantes condiciones de los nazis se diesen a conocer, el entusiasmo por el plan de

viaje se había enfriado considerablemente en el bando sueco, tanto en Estocolmo como en la legación de Budapest. El Ministerio de Exteriores no quería abandonar aún. Era todavía posible que los visados de tránsito se emitiesen sin condiciones especiales añadidas. Pero también autorizaron la idea de construir un campamento local para proteger a los judíos que estaban en la lista. «La Cruz Roja sueca está preparada para ayudar con personal para la organización», escribió el Ministerio de Exteriores a Budapest en un telegrama cifrado a comienzos de agosto.

Budapest resultó ser una ciudad llena de apartamentos y propiedades abandonados, una trágica consecuencia de la reubicación forzosa de los judíos a edificios marcados con la estrella amarilla que había tenido lugar en junio. Cuando la legación sueca emprendió la discusión sobre casas seguras para los judíos de la lista sueca, fue bien recibida. Según el informe que siguió, las autoridades húngaras prometieron «encontrar viviendas particulares decentes para nuestros judíos».

Valdemar Langlet, de la Cruz Roja sueca, ya había aprovechado aquellas residencias vacías para varios tipos de vivienda protegida. Había colocado

varios carteles con la firma de Ivan Danielsson, que afirmaban que el lugar estaba bajo la protección de la Cruz Roja sueca, en hospitales, instituciones y edificios corrientes. Repartió esos carteles de la misma manera frenética que distribuía pasaportes protegidos engalanados con el emblema de la Cruz Roja sueca. El entusiasmo de Langlet fue, para Raoul Wallenberg, una inspiración y, tras un tiempo, una fuente de ansiedad. Per Anger recuerda claramente cómo aumentaba la preocupación por la falta de moderación de Valdemar Langlet tanto en la legación como en la Cruz Roja en Estocolmo:

[...] al principio, funcionó, pero cuando la cosa se extendió y [Langlet] comenzó a poner carteles en un número de casas y otros edificios que superaba con mucho lo razonable, encontró, por supuesto, problemas. Así que le dijimos que [...] debía intentar ser más restrictivo y limitarlos a categorías específicas de personas; no ir demasiado lejos [...]. Pero la verdad es que era muy difícil para él. Y, desde luego, salvaba vidas, de eso no cabe duda. Aunque, a la vez, ponía en riesgo toda la operación permitiendo que se desbordase de la forma en que lo hacía.

Raoul Wallenberg tenía a sus espaldas algunos años de lucha cuerpo a cuerpo con la burocracia del comercio alimentario sueca. Había dirigido a

muchos reclutas más o menos disciplinados. El hombre que había conseguido planificar al minuto el horario de un ejercicio de la Milicia Nacional para un millar de hombres en el centro de Estocolmo no estaba indefenso ante esta nueva tarea organizativa. El orden regía en las nuevas oficinas de la calle Minerva y no había rastro de inflación descontrolada en la difusión de los nuevos salvoconductos caseros.

Raoul redactó estrictas normas para los procesos que debían regular la distribución de los pasaportes protegidos. Se había diseñado a este propósito un formulario de solicitud

especial, que debía rellenar y presentar cada persona de la cola. El propósito de dichos formularios era demostrar la relación del solicitante con Suecia, a través de asociación bien familiar, bien comercial. Si era comercial, había varias condiciones que se debían cumplir: el dinero obtenido de sus negocios con Suecia debía representar una proporción manifiestamente significativa de las transacciones de la empresa húngara, la relación tenía que haber durado varios años y el solicitante debía haber tenido un papel importante en la empresa. Raoul también introdujo una tercera categoría de protección, dirigida a artistas, «representantes

teatrales» y otros con trabajos artísticos. Este expediente se marcó con las letras KL, que significaban *Kulturleute* («gente de la cultura»).

Cada caso lo examinaba un comité de cuatro de los colegas más cercanos de Raoul Wallenberg, entre ellos, Hugó Wohl, Vilmos Forgács y Pál Hegedús. Tres de los cuatro tenían que estar de acuerdo para que se aprobase la solicitud. Con el tiempo, cuando Raoul había ampliado y refinado su estructura burocrática, la decisión del comité sería también investigada por revisores y auditores adicionales, pero aún no había llegado a ese punto. Por fin, el propio Raoul Wallenberg determinaba el

destino del solicitante rubricando el documento. Solo entonces podía entregarse el pasaporte protegido a Danielsson para el sello final y la firma.

Raoul Wallenberg no tenía intención de comenzar una acción relámpago poco meditada. Su idea de salvar vidas se basaba en una burocracia eficaz y precisa, al menos en esta fase. Las rigurosas condiciones que se vio forzado a adoptar eran necesarias para la credibilidad, pero también acarreaban ciertas consecuencias. Para quienes leían las condiciones, estaba claro que solo los miembros de las clases acomodadas de Budapest podían ser considerados para los pasaportes

protegidos suecos. Por lo tanto, Raoul Wallenberg y sus colegas tuvieron que enfrentarse al rumor de que la misión de rescate sueca no estaba interesada en ayudar a los judíos pobres.

Desde un principio, el plan había sido que Raoul volviese a Suecia, tras unas semanas, para presentar un informe inicial a los estadounidenses. Pero esto no sucedería. A comienzos de agosto, sin embargo, Per Anger viajó a Estocolmo para llevar a su familia a un lugar seguro. Durante el verano, Budapest había experimentado más de un bombardeo, y Per Anger era el único

miembro de la plantilla con familia. Su esposa, Elena, había pasado mucho tiempo con su hija de tres meses, Birgitta, en la casa de evacuación de la legación sueca en el lago Balatón, una solución poco sostenible.

Para entonces, Raoul le había contado a Per Anger tanto sobre su misión que pudo pedirle que se reuniese con Iver Olsen en Estocolmo para ponerlo al día sobre la situación. También dio a Anger algunos puntos que exponer en su reunión con el Ministerio de Exteriores. Entre otras cosas, Raoul quería disipar toda ilusión de los diplomáticos de su país: los alemanes se oponían, y seguirían haciéndolo, a los

transportes a Suecia. Eso significaba que los suecos solo podrían ayudar a un número muy pequeño de individuos por ese medio. Si habían de ayudar a una cantidad mucho mayor, tendrían que centrarse en organizar protección local, dentro de los límites impuestos por los recursos disponibles. Y observaba: «Tampoco interesa a Suecia aceptar un número demasiado alto de judíos».

Pidió a Per Anger que organizase las cosas de forma que el Ministerio de Exteriores enviase los informes de Budapest de Raoul a Kálmán Lauer, «puesto que necesita la información para recaudar fondos adicionales y es el único que puede gestionar el dinero». En

la carta que envió a Lauer con Anger, Raoul le decía enfáticamente que necesitaba con urgencia el dinero de los estadounidenses en la forma que fuese.

Raoul escribió que utilizaría la suma que le diesen para los costes de oficina. Además, quería adquirir alimentos enlatados para poder distribuirlos según las necesidades. No era barato tampoco garantizar viviendas seguras para las familias judías que iban a poner bajo protección sueca: Raoul calculó el coste de alojar 2.000 personas y estimaba que necesitaría unas 75.000 coronas suecas para toda la operación (unos 150.000 euros

actuales). «Los judíos “ricos” no tienen dinero, puesto que se lo han confiscado», señalaba Raoul.

Pedía a Lauer que le enviase mil cigarrillos, dos kilos de café, un par de pastillas de jabón y mil hojas de papel de carta estándar.

A pesar de las trágicas circunstancias y de los muchos obstáculos financieros, fue, a todas luces, un Raoul sano y animado el que, para terminar, añadió una carta para su madre a la colección de documentos de Per Anger para su viaje a Suecia. «He experimentado aquí, quizá, las tres o cuatro semanas más

interesantes de mi vida. Aunque nos rodea por todas partes una tragedia de proporciones inimaginables, mis días y mis noches están tan repletos de trabajo que solo puedo reflexionar sobre ello de vez en cuando», comenzaba.

Nadie que lea la carta podrá evitar ver que Raoul disfrutaba de la camaradería del Departamento Humanitario. Sus días eran tan intensos y significativos que casi olvidó su cumpleaños el 4 de agosto:

 Mi cumpleaños ha sido muy agradable porque, por casualidad, solo me di cuenta de la fecha esa misma tarde y lo mencioné a mi muy competente secretaria, la condesa Nákó. Dos horas después, había

una colección muy elegante sobre mi escritorio, consistente en un maletín, una agenda, un tintero, etc.; así como una botella de champán y flores.

Contaba a su madre que había alquilado una «casa del siglo XVIII muy bonita en Várhegy (la «colina del Castillo»), con los más exquisitos muebles, un jardincito adorable y unas vistas impresionantes, en la que celebro a veces cenas oficiales».

La mansión de piedra sobre la que escribía Raoul tenía como dirección los números 9-11 de la calle Ostrom, y se encontraba en la ladera norte de Várhegy. Era, sin lugar a dudas, una

residencia imponente, con arañas de cristal y estufas en casi todas las habitaciones, así como estatuas de mármol en el jardín. Raoul se la alquilaba a un juez, Aurél Balázs padre, un hombre rico con un papel importante en la vida comercial de Budapest, pues era director y representante húngaro de muchas corporaciones extranjeras de la industria técnica; ninguna de ellas sueca, sin embargo.

Raoul conocía a esta familia judía a través de Aurél Balázs hijo, de veinticinco años, a quien llamaban Relli y que pertenecía al círculo cosmopolita de la joven *jet set* con la que se había relacionado Raoul Wallenberg durante

sus viajes de negocios a Budapest en 1942 y 1943. Balázs hijo era considerado un *playboy*. Un hombre guapo, pero nada más, solían decir sus amigos. Incluso su padre pensaba que era un crápula. Raoul le dio trabajo como chófer y, con ello, derecho a un pasaporte protegido.

La protección sueca significó que la familia pudo quedarse en el otro edificio de la propiedad cuando Raoul se mudó.

El Ministerio de Exteriores en Estocolmo había calificado la misión de Raoul Wallenberg como «delicada». Incluso después de solo unas semanas, estaba claro para todo el mundo en el

entorno inmediato de Raoul que su trabajo en Budapest no consistiría únicamente en redactar áridas evaluaciones sobre la situación en el país.

De vuelta en Estocolmo, se notificó a Iver Olsen que no a todos en el Ministerio de Asuntos Exteriores les gustaba lo que veían, impresiones que aquel transmitió a la sede central de la Junta para los Refugiados de Guerra en una carta fechada el 10 de agosto de 1944:

Tengo la impresión indirecta de que el Ministerio de Exteriores sueco está algo intranquilo en cuanto a las actividades de

Wallenberg en Budapest, y cree que quizá ha aterrizado haciendo demasiado ruido. Preferirían, por supuesto, enfocar el problema judío según la más exquisita tradición de la diplomacia europea, lo que no ayudaría demasiado. Por otro lado, hay mucho que decir a favor de avanzar sigilosamente en este tipo de labor. En cualquier caso, creo que Wallenberg está trabajando como un poseso y haciendo mucho bien, que es de lo que se trataba.

«SU RELACIÓN CON
SUECIA ES LA EMPRESA
KANTHAL»

La joven judía de diecinueve años Alice Korányi nunca había oído hablar de una empresa llamada Kanthal sita en la localidad industrial de Hallstahammar.

No conocía suficientemente bien los asuntos internacionales de su padre ni los de su reciente suegro. Apenas sabía siquiera dónde estaba Suecia y, desde luego, no conocía a Wallenberg, el nuevo diplomático de la legación sueca en Budapest. ¿Cómo iba a conocerlo? A comienzos de agosto de 1944 llevaba ya varias semanas cautiva en el campo de Kistarcsa, a las afueras de Budapest. Como miles de sus desgraciados correligionarios, estaba allí esperando que la transportasen a Auschwitz tan pronto como los trenes comenzasen a circular de nuevo.

Alice tenía una negra melena que le llegaba a los hombros y los ojos gris metálico, y su tiempo estaba ya contado. Se encontraba en Budapest, viviendo en una pensión para chicas, cuando los alemanes habían invadido la ciudad en marzo. Procedía de la pequeña localidad húngara de Körmend, cerca de la frontera austríaca. Pero Alice era de familia burguesa y sus padres la habían enviado a estudiar en Budapest.

Durante un tiempo, Alice había vivido la idílica existencia de una estudiante en la capital, con clases de Antropología y Arqueología, y estimulantes conversaciones vespertinas sobre libros y música clásica. El

domingo 19 de marzo de 1944 todo eso había cambiado. El mismo día que los alemanes cruzaron la frontera húngara, el hijo del dueño de la pensión fue a la habitación de Alice. Ni ella ni su compañera de habitación, Adrienne Mátyás, eran ya bienvenidas, les dijo. Era lo natural, añadió. Después de todo, eran judías.

En marzo, Alice aún no se había casado y su apellido era Breuer. La echaron a la calle, y ella solo podía pensar en cómo volver a su pequeña ciudad de Körmend, junto a su madre, su padre y su hermana pequeña, Ibi. No era una tarea fácil en la primavera de 1944, no para una chica judía que ahora debía

llevar una gran estrella amarilla en el bolsillo de su abrigo y que había perdido el derecho a utilizar el transporte público. Pero al final lo consiguió, solo para descubrir que su familia había sido internada en uno de los muchos guetos de la Hungría rural, en preparación para las deportaciones masivas. Alice se trasladó allí, con su madre, su padre y su hermana pequeña. Y esperó su destino común.

El repentino viaje de Alice Breuer a casa desesperó a su novio, Erwin Korányi, que vio el peligro y no carecía de iniciativa. Lo pensó un tiempo, y entonces robó algo de papel timbrado y sellos, con la ayuda de los cuales creó

una carta oficial falsa, de la Universidad de Budapest al comandante del gueto de Körmend. La carta exhortaba a la «estudiante de Medicina» Alice Breuer a presentarse ante el rector de la universidad, tan pronto como fuese posible, «en interés de la nación».

Los sellos y los membretes acreditativos impresionaban a los gendarmes, a menudo incultos. Dieron a Alice diez días de permiso, y ella volvió a la capital. «Si nos casamos, puedes quedarte en Budapest», le dijo Erwin Korányi, y así sucedió. Diez días más tarde eran marido y mujer, y del gueto de Körmend llegaron una carta y un pastel, que su madre Cecil había, de

alguna forma extraordinaria, conseguido hornear y sacar a escondidas del campo. «Cuida de mi Lici —escribió Cecil a Erwin—. De ahora en adelante, eres responsable de ella.»

Unos días más tarde, otro tren abarrotado partía de Körmend hacia Auschwitz. Los padres de Alice y su hermana Ibi se apiñaban en uno de los vagones. Nunca regresaron.

La recién casada Alice Korányi se mudó con Erwin y sus padres. Hacía poco que habían tenido que dejar su preciosa casa de Budapest para, en palabras de Erwin, vivir «en un agujero ruinoso y atestado, en un edificio

horrible» de Pest. Este miserable edificio estaba marcado con una gran estrella amarilla sobre fondo negro.

Un día de julio, Alice estaba esperando en la entrada principal a las 11.00, pues tenía mucho cuidado de no desobedecer el toque de queda para los judíos. Cuando el reloj hubo dado la hora, salió, solo para ser detenida un minuto más tarde. «Demasiado pronto», dijeron los gendarmes. Y así fue como terminó Alice en el campo de Kistarcsa, esperando el transporte a Auschwitz. Una vez más, la situación era aciaga. Los abusos no cesaban con el paso de los días.

Después de tres semanas, un guardia entró y la llamó por su nombre. Ella pensó que había llegado su turno de ser deportada, pero fuera había dos oficiales de la Policía, que dijeron que Alice estaba pendiente de recibir la ciudadanía sueca y que, por tanto, se la llevarían a la legación sueca en Budapest. Alice, a la que habían agredido sin contemplaciones tras su detención, creyó en serio que sufría daños cerebrales.

«Dijeron que era sueca. No sabía nada de Suecia y no tenía ni idea de dónde compraba mi suegro, que era

ferretero, su acero. Estaba absolutamente perpleja», diría más tarde de la situación.

Había sido, por supuesto, cosa de Erwin, cuyo padre compraba acero especial de la empresa Kanthal, que estaba en la localidad sueca de Hallstahammar. Por fortuna, llevaba haciéndolo muchos años, y tenía documentos para probarlo. Erwin Korányi había llegado hasta la oficina de Raoul Wallenberg, consiguió que le aprobasen su conexión sueca y, en consecuencia, recibió de la legación la promesa de que ayudarían a su joven

esposa. Había hablado con Raoul Wallenberg en persona y consideraba al sueco «un hombre enérgico, claramente impulsado por una profunda fuerza interior».

La Policía llevó entonces a la joven de diecinueve años Alice Korányi a las nuevas oficinas del Departamento Humanitario. Allí vio, tras un escritorio, a un hombre tendente a la calvicie, educado y de voz suave. Le ofreció un bombón de una caja y le dijo que su marido había ido a verlo ya tres veces. Le explicó que, a partir de ese momento, nadie podía hacerle nada, puesto que estaba bajo la protección de un país neutral. Y luego le entregó un certificado

en una hoja de papel de tamaño A4. Ella se sintió mareada y con náuseas. Suecia... ¿Eso estaba en Escandinavia? Cuando estaba a punto de irse, Raoul Wallenberg le dijo: «Recuerde, su relación con Suecia es la empresa Kanthal, de Hallstahammar».

Raoul Wallenberg conocía bien Kanthal. Conocía al dueño, Hans von Kantzow, y había frecuentado a su hijo y sus hijas en sociedad. Von Kantzow había tenido un papel importante en el otoño de 1938, cuando Raoul ayudó al ingeniero judío alemán Erich Philippi a escapar a Suecia desde un campo de concentración alemán.

Con el documento en la mano, una aturdida Alice salió tambaleándose a la calle, donde la alcanzó su joven marido, Erwin. Tras un muy necesario despioje, volvió a mudarse con su familia política al ruinoso agujero de Pest. Desde aquel día, toda la familia Korányi practicaba la frase «la empresa Kanthal, de Hallstahammar». Se convirtió en su mantra. Todos y cada uno de ellos consiguieron protección gracias a su conexión con ella.

Pronto Alice —como su marido— estuvo en posesión de un nuevo pasaporte protegido sueco. Fue la primera vez, aunque no la última, que Raoul Wallenberg acudió en su ayuda.

En agosto, el trabajo del Departamento Humanitario de la calle Minerva comenzó a instalarse en la rutina. Raoul Wallenberg era el eje de las actividades. Hablaba continuamente por teléfono, tomaba notas o daba instrucciones en su alemán fluido, aunque de acento casi americano a oídos de sus colaboradores: «Una especie de jerga comercial del otro lado del océano... — como lo describiría Pál, hermano de Gábor Forgács—. Un idioma que, no obstante, le sentaba bien de una forma curiosa, como la cazadora y el sombrero de fieltro suave, o más tarde, el casco de acero gris y el saco de dormir».

Cuando no estaba escribiendo, Raoul dibujaba. Como antes, en la Comercial Centroeuropea, su escritorio estaba plagado de bocetos rápidos y garabatos. «En cuanto hablaba por teléfono o escuchaba un informe, cuando hablaba, sí, incluso cuando pensaba, siempre estaba dibujando», recordaría su secretaria, *Frau* Falk, más tarde.

Muchos de los colegas de Raoul eran también aficionados al arte. Si tenía alguna vez un momento de tranquilidad, le gustaba charlar con ellos sobre obras maestras de la historia de la arquitectura. Y a menudo trazaba croquis para mostrar lo que estaba pensando. Pero, durante la mayor parte del tiempo,

llevaba un ritmo altísimo. Andaba deprisa, pensaba deprisa y tomaba decisiones deprisa, sin que la organización se le fuese de las manos. Algunos lo encontraban tenso, otros interpretaban su ademán algo serio como gesto de concentración y determinación. Desde el principio impresionó a sus colegas por su incansable energía y su capacidad de trabajo.

Raoul Wallenberg tenía su despacho al fondo de la mansión, con un gran escritorio y su propio teléfono. En la habitación de fuera, había mecanógrafas alineadas en una fila, con la tarea de aceptar las solicitudes de pasaportes protegidos y ordenar los

telegramas que llegasen de los supuestos parientes o socios comerciales en Suecia. Un mozo iba y venía entre el Departamento Humanitario y la vecina legación propiamente dicha, puesto que allí era donde estaba la oficina telegráfica.

A algunas de las mecanógrafas las había elegido Raoul de entre las estudiantes de sueco de Valdemar Langlet. Tuvieron un papel importante cuando comenzó la gestión de los pasaportes protegidos a mediados de agosto, ya que leían el idioma y, por lo tanto, podían ordenar las respuestas telegráficas entre las que habían

confirmado la conexión sueca y las que no. Los solicitantes aceptados debían presentar dos fotografías.

Gabriella Kassius, entonces Gabriella Margalit, fue una de las estudiantes de sueco que, en agosto de 1944, comenzaron a trabajar para Raoul Wallenberg. Recuerda cómo pegaban los retratos en los pasaportes, escribían a máquina el nombre y, luego, enganchaban las respuestas de Suecia con clips. Raoul revisaba entonces los documentos y los firmaba. Según Gabriella Kassius, era muy estricto e insistía siempre en lo importante de ser escrupulosos en aquel asunto de vida o muerte. Raoul temía que el personal

comenzase sus propias actividades de rescate. No quería que los pasaportes protegidos sufriesen la misma pérdida de credibilidad que las cartas de la Cruz Roja, ya que eso, decía, lo arruinaría todo.

Por las noches Raoul visitaba a Ivan Danielsson en el edificio de la legación, con la cosecha diaria de pasaportes protegidos en gruesos legajos. Hacía que los sellase y los firmase, uno tras otro, sin que el enviado le hiciese siquiera una pregunta comprometedora.

A veces, como en el caso de Alice Korányi, era preciso el contacto directo con los campos de internamiento para

sacar a los prisioneros con conexiones suecas. Raoul Wallenberg pronto desarrolló una rutina fija para esos casos. Escribía una carta de verificación confirmando que el pasaporte se había emitido, se aseguraba de que se colocaran sellos acreditativos donde debían aparecer, enviaba el original al ministerio encargado de los pasaportes y una copia por mensajero al oficial al mando del campo en cuestión.

Para comienzos de agosto, Raoul contaba con cuarenta empleados en un departamento que no dejaba de crecer. Hábil administrador, los había dividido desde el principio. Estaban las secciones de «recepción, registro,

contabilidad, archivo, correspondencia, así como de transporte y vivienda». Este enfoque disciplinado era esencial. Raoul tenía cuatro mil solicitudes sobre su escritorio y, como media, había otras seiscientas nuevas por día. La presión era tal que la oficina se quedó sin formularios de solicitud y los solicitantes debían copiar los documentos unos de otros con una vieja copiadora hectográfica.

La sección de transporte y vivienda tampoco estaba ociosa. La legación sueca acababa de recibir una promesa concreta sobre un edificio en Pest que se iba a vaciar para alojar a los judíos suecos protegidos. «Con el tiempo, los

edificios cercanos de la misma calle se transformarán en campamentos de tránsito suecos», escribió Raoul Wallenberg en un informe, el 6 de agosto de 1944.

Los norteamericanos seguían bastante más interesados en influir en la orientación del trabajo de Raoul Wallenberg que el Ministerio de Exteriores sueco. La Junta para los Refugiados de Guerra en Washington envió pronto instrucciones adicionales a Iver Olsen para que las hiciese llegar al recién nombrado emisario en Budapest. Uno de los puntos que planteaba era que

Raoul Wallenberg debía buscar la cooperación de la legación portuguesa, puesto que el Departamento de Estado estadounidense había notado que los portugueses estaban actuando encubiertamente a favor de los judíos. En un telegrama especial firmado por el vicesecretario de Estado, Edward Stettinius Jr., se pedía a Olsen que «expresase el gran agradecimiento que la WRB sentía por los esfuerzos de Wallenberg».

La esperanza de la Junta para los Refugiados de Guerra había sido en todo momento que Raoul Wallenberg lograra facilitar la salida de grandes grupos de judíos de Hungría. Pero ahora

Washington dio luz verde al deseo de Raoul de construir un campamento en Budapest para proteger a los judíos. La WRB escribió que les gustaría recibir un «cálculo de los costes de funcionamiento del campamento experimental sugerido, así como su opinión sobre hasta qué punto podría financiarse sin proporcionar divisas libres al enemigo. En principio la necesidad de protección sería el criterio de selección adecuado».

La Junta para los Refugiados de Guerra insistía, aun así, en que el objetivo principal del trabajo de Raoul debía ser ayudar a los judíos húngaros a huir del país. Se daba por sentado que

esto podía requerir puras negociaciones «comerciales». En el telegrama firmado por Stettinius, los norteamericanos sugerían, por lo tanto, que Raoul Wallenberg visitase a Vilmos Billitz, del conglomerado Manfréd Weiss.

Billitz era el hombre que había facilitado los contactos entre la familia judía dueña del conglomerado Manfréd Weiss y el negociador principal de Himmler, el oficial de las SS Kurt Becher. Dicha negociación terminó en mayo con las SS haciéndose con la mayor empresa industrial de Hungría, las fábricas Manfréd Weiss, a cambio de garantizar la libre circulación de unos cincuenta miembros de las familias de

los propietarios. Billitz había ayudado entonces a organizar la huida de las familias a Suiza y Portugal. Conservaba aún un cargo en la Manfréd Weiss y era el contacto designado con Kurt Becher, quien, tras su éxito de mayo, había continuado con otras «negociaciones comerciales» por el estilo.

Se trataba de un consejo que Raoul Wallenberg seguiría pronto.

Un impaciente Iver Olsen permanecía en Estocolmo intentando hacerse una imagen mental del trabajo de Raoul a partir de lo que sabía de él y compararla con cómo había imaginado que se desarrollaría la misión de rescate. Tenía dificultades para ocultar

una creciente preocupación por el enfoque claramente burocrático de Raoul Wallenberg. Hasta aquel momento, había enviado al joven sueco 10.000 coronas del fondo secreto del presidente Roosevelt para que pudiese salvar a judíos en Budapest. Había informado al Ministerio de Exteriores de que había en camino más dinero, otras 50.000 coronas. Pero Olsen no había imaginado, en absoluto, que ese efectivo se fuese a invertir en un puñado de formularios, mecanógrafas y teléfonos para la legación sueca. Por fin, llamó al jefe del Departamento Legal del Ministerio de Exteriores, le dijo lo que había sabido sobre el volumen de la

administración de Wallenberg y recalcó que los estadounidenses no estaban dispuestos a aceptar semejante coste para algo que era papeleo básico.

Unos días más tarde, Iver Olsen almorzó con Per Anger, quien había vuelto a Suecia para poner a su familia a salvo. Comenzó a surgir una imagen más clara. Per Anger había prometido a Raoul que informaría a Olsen de la situación. Explicó a este que era básicamente imposible intentar transportar a los judíos bajo protección sueca a Suecia. Había ya demasiados. Hasta la fecha, a mediados de agosto, casi 2.000 judíos húngaros habían recibido documentos protegidos suecos.

Había que considerar, asimismo, el desagradable ultimátum alemán. Los visados de salida de esos 200.000 podían costar la vida de los restantes doscientos mil judíos húngaros.

Per Anger intentó convencer a Olsen de que el único movimiento constructivo en semejante situación era intentar poner a tantos judíos como resultase posible bajo protección sueca en previsión de las deportaciones venideras, cuya fecha de inicio seguía siendo el 25 de agosto.

Durante su estancia en Estocolmo, Per Anger también se reunió con el exenviado húngaro en Suecia, Antal Ullein-Reviczky, que había renunciado a

su cargo diplomático esa primavera en protesta contra la invasión alemana y el nuevo régimen colaboracionista de Hungría. En su reunión con Per Anger, dijo que él, personalmente, solo veía una vía de salvación para su país. Y era un camino que debían seguir enseguida. Tal y como lo veía, había llegado el momento de que Horthy destituyera al Gobierno colaboracionista y formase su propio Gobierno militar, que podría entablar negociaciones de paz.

Ullein-Reviczky había escrito una carta a su amigo, el hijo del regente, Miklós Horthy Jr., pidiéndole que convenciese a su padre para seguir este consejo. Ahora, se preguntaba si Per

Anger estaría dispuesto a llevar la carta en su vuelta a Budapest para entregarla en mano. «Lo hice, con la bendición del Ministerio de Exteriores», recordaría más tarde Per Anger.

El 21 de agosto, Per Anger debía regresar a Budapest tras sus vacaciones. Había conseguido movilizar refuerzos del Ministerio de Exteriores y, por lo tanto, iba acompañado por dos colegas recién designados, el administrativo Göte Carlsson y el agregado Lars Berg. Berg tenía solo veintiséis años, pero había pasado varios en el Ministerio de Exteriores y ya había «olido la pólvora» en la legación de Berlín.

Los nuevos contratados ayudarían en la llamada «división de protección» en Budapest. Suecia había sido nombrada autoridad protectora por siete países en Hungría, bandos beligerantes que habían señalado a Suecia para proteger sus intereses. Ya en el verano de 1941, la legación sueca en Budapest se había hecho cargo, por ejemplo, de la protección de los intereses soviéticos en Hungría. Lo que significaba, en términos prácticos, que los suecos se quedaron con todas las propiedades que habían pertenecido a los representantes diplomáticos soviéticos, incluyendo la cubertería de plata, y que Suecia cuidaría los intereses locales de la

Unión Soviética. Ofrecer servicios de protección a siete países no era tarea menor, así que las incorporaciones de Berg y Carlsson fueron bienvenidas.

Incluso la Cruz Roja sueca aprovechó la oportunidad para enviar refuerzos con Per Anger. Valdemar Langlet recibiría, en lo sucesivo, ayuda del gran icono de la Cruz Roja sueca Asta Nilsson, ya muy conocida entre los húngaros, pues había sido alabada por su labor de rescate de niños húngaros durante la Gran Guerra.

Los nuevos fondos norteamericanos tardaron tiempo en llegar, lo que supuso problemas para Raoul Wallenberg. Aún se apañaba con las diez mil coronas iniciales que había recibido al partir hacia Budapest, pero no darían mucho más de sí. Durante un tiempo, Kálmán Lauer creyó que el retraso se debía a los problemas logísticos de la transferencia del dinero a Raoul en Budapest, para los que los americanos querían hallar antes una solución. Puesto que la idea había sido mantener al Ministerio de Exteriores al margen de las transacciones financieras, la tarea de organizar las transferencias había recaído en Lauer, que tenía ahora varias

sugerencias creativas. Una de ellas era recurrir a Marcus Ehrenpreis, que podría posiblemente encauzar las sumas estadounidenses hacia Raoul a través de los canales de la Cruz Roja sueca. En tal caso, propuso Lauer, las transferencias secretas se podrían enviar en textos codificados a través del representante de la Comercial Centroeuropea en Budapest, Josef von Déak.

Pero el problema seguía siendo teórico, puesto que el dinero no llegaba. Era muy inusual que se llevaran a cabo tantas transacciones financieras escurridizas y tortuosas a un nivel diplomático tan alto. En un principio, a Lauer le dijeron que todo estaba listo y

que los norteamericanos iban a pagarle 50.000 coronas personalmente el 22 de agosto, que él podría enviar a Raoul en Budapest. Pero, al día siguiente, Olsen se negó a realizar la transferencia, en protesta contra el hecho de que no había recibido ningún informe del propio Wallenberg sobre el trabajo en Budapest.

Kálmán Lauer, que no era de carácter precisamente flemático, se enfureció y escribió una airada carta a Olsen, explicando que Raoul Wallenberg se estaba dejando la piel ayudando a la gente, trabajando a menudo dieciséis o diecisiete horas al día, y que no tenía tiempo de escribir informes

independientes para Olsen. Si el Ministerio de Exteriores no le transmitía los informes que enviaba Wallenberg, no podía ser por culpa de Raoul. «Si no confía en el Sr. Wallenberg, sería, desde luego, mejor que me lo hiciese saber, de forma que pueda poner fin a su trabajo en Budapest y volver —escribió Lauer—. Debe entender que el Sr. Wallenberg no solo invierte tiempo y esfuerzo en ayudar a quien sufre; también está, en determinadas circunstancias, arriesgando su vida. Personalmente, siento una responsabilidad moral hacia esta misión y, por lo tanto, creo firmemente que el Sr. Wallenberg no

debería continuar su trabajo en Budapest si no disfruta de la confianza y la ayuda de usted.»

La respuesta a la carta fue positiva. Al cabo de aproximadamente un día, Iver Olsen transfirió las 50.000 coronas a Lauer, que a su vez las depositó en la cuenta personal de Raoul Wallenberg en el Stockholms Enskilda Bank. Pero Iver Olson, que estaba bastante agitado, contactó entonces con el Ministerio de Exteriores y pidió que, en el futuro, no se implicase a Lauer en la gestión del dinero para Hungría. Insistió en que se buscase otra solución, que mantuviese al

Ministerio de Exteriores al margen de las transferencias en sí, pero formalizase los procedimientos en torno a él.

El asunto acabó con la petición a Raoul de que abriese una cuenta independiente para el dinero estadounidense destinado a Hungría, «la Cuenta Especial de Raoul Wallenberg», en la que el propio Olsen depositaría el dinero, después de lo cual el SEB enviaría una confirmación al Ministerio de Exteriores.

Un mes más tarde, dicha cuenta tenía cerca de 250.000 coronas (casi 475.000 euros actuales). Como sucedía con el resto de los programas de la WRB, la mayoría del dinero procedía

del Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta, el Joint. Según Iver Olsen, el Joint acabaría por abrir su propia cuenta en el SEB, de la que él podría retirar fondos cuando Raoul los necesitase.

Está claro por las cartas de Kálmán Lauer a Raoul en aquella época que estaba preocupado por la seguridad de su colega. Recordaba a Raoul que había mucha gente en Hungría que era muy poco de fiar, y que debía tener cuidado con la gestión del dinero. Existía el riesgo de que se encontrase con provocaciones de espías, le advertía Lauer. Y bajo ningún concepto debía utilizar Raoul el dinero norteamericano

de forma que beneficiase a los nazis. Los estadounidenses habían dejado esto muy claro. «Debes, por tanto, ser muy cuidadoso antes de lanzarte a nada, pues la palabra de un diplomático no se puede comparar con la de un hombre de negocios», escribió Lauer.

Kálmán Lauer le dijo a Raoul que su teléfono no dejaba de sonar y que se había hecho numerosos enemigos en Estocolmo porque se negaba a dar la dirección de Raoul a quienes deseaban hablar con él de asuntos personales. Lo cual no evitaba que llenase sus propias cartas con favores que pedía a Raoul en nombre de ciertos judíos de Budapest. Algunos tenían que ver con amigos

personales o parientes de Lauer, otros los pedía de parte de terceras personas. Respaldaba fuertemente una lista de cincuenta nombres que incluía, por ejemplo, a los amigos más cercanos del político húngaro exiliado Vilmos Böhm, a los que debían considerar «gente del futuro».

Mucho antes de que Raoul Wallenberg llegase a Budapest, la posibilidad de recibir ayuda financiera norteamericana para las misiones de rescate se había mencionado en un intercambio de telegramas entre Estocolmo y la capital húngara. Nadie hablaba del tema más de

lo que resultaba estrictamente necesario, pero la mayoría se dio cuenta pronto de que el dinero de Estados Unidos estaba entrando a raudales en las arcas que controlaba Raoul Wallenberg. El hecho de que el nuevo secretario de la legación actuase también en nombre del Gobierno estadounidense era, sin embargo, algo que incluso el segundo de la legación, Per Anger, decía no haber notado. Es posible que Ivan Danielsson estuviese mejor informado. Tenía órdenes de Estocolmo de dar a Raoul Wallenberg carta blanca y debió de tener la perspicacia suficiente para darse cuenta de por qué el Ministerio de

Exteriores describía la misión de Raoul como «especial» y «delicada en extremo».

El vacío de información creado alrededor de la misión de Raoul Wallenberg era terreno fértil para los equívocos y la irritación. Raoul dio los pasos que los norteamericanos habían esperado, pero para quienes no disponían de una imagen clara, su proceder ambicioso comenzó a ser una provocación. Tras solo un mes, podía escribir a Estocolmo y hablar de su audiencia privada con Miklós Horthy (hijo, probablemente), así como de su encuentro privado con Jaross, el ministro del Interior. Horthy había

pedido una propuesta, anónima y por escrito, de medidas de seguridad, y el ministro del Interior había confirmado la promesa de ciertas casas para los judíos bajo protección sueca, informó Raoul Wallenberg. Ya solo tener este tipo de contactos trastocaba la jerarquía diplomática tradicional de la legación.

Fue también Raoul Wallenberg la fuerza impulsora de la declaración de protesta colectiva en la que, en agosto de 1944, consiguieron reunirse contra las deportaciones de judíos planificadas las autoridades diplomáticas de los estados neutrales y el nuncio apostólico. Estaba firmada por Suecia, Suiza, España, Portugal y la Oficina de la

Santa Sede, y en ella dichos países exigían que el Gobierno húngaro pusiese fin definitivo a «tales acciones, que, en el nombre de la decencia y por razones humanitarias, nunca deberían haberse emprendido». Fueron Ivan Danielsson y el nuncio apostólico quienes presentaron la protesta, si bien no hace falta leer mucho para sentir la pluma de Raoul Wallenberg tras la enérgica formulación:

Los abajo firmantes, representantes acreditados de las potencias neutrales en Budapest, han tenido conocimiento, con dolorosa sorpresa, de que pronto volverán a comenzar las deportaciones de judíos húngaros. También han sido informados — por una fuente absolutamente segura— de

las consecuencias que estas deportaciones suponen en la mayoría de los casos, a pesar de que se camuflen bajo el nombre de «trabajos en el extranjero».

Raoul Wallenberg comenzaba a asentarse. Aunque aún no habían acabado las sorpresas políticas.

Como había prometido, Per Anger llevó la carta de Ullein-Reviczky a Miklós Horthy hijo. Cayó en terreno fértil. Ya desde comienzos de julio, su padre había estado planeando llevar a cabo justo esos cambios y tenía, en secreto, un primer ministro alternativo entre bastidores. Había dado a entender al políticamente inexperto pero leal

general Géza Lakatos que deseaba verlo instalado en el cargo. Ahora, tanto Lakatos como Horthy esperaban el momento propicio.

El 23 de agosto se presentó una posibilidad. El dictador pronazi de la vecina Rumanía fue derrocado y el nuevo Gobierno declaró la guerra a Alemania. Esto, a su vez, despejó el terreno para la acción política en Hungría: «Me dio una posibilidad largamente esperada de actuar», escribió Horthy en sus memorias.

Al día siguiente, Horthy exigió que dimitiese el Gobierno colaboracionista y llamó a Lakatos. Resultó ser el mismo día que las tropas aliadas entraban en

París, y esta vez los alemanes, debilitados en Budapest, eligieron no luchar. El 29 de agosto prestó juramento un nuevo Gobierno húngaro «apolítico», formado a medias por militares y funcionarios. Tan pronto como Lakatos hubo sido nombrado primer ministro, el nuevo Gobierno puso fin a todos los planes de reanudar las deportaciones. La legación alemana reenvió al jefe de las SS, Heinrich Himmler, las exigencias de los húngaros, pidiendo una respuesta oficial alemana.

Así se inauguró un nuevo escenario político. El nuevo Gobierno de húngaros supuestamente obedientes hablaba con doble voz. Por un lado, intentaba

apaciguar a los alemanes con declaraciones propagandísticas sobre la disposición húngara a hacer la guerra; por otro, lanzaba sondas en relación con las posibilidades de un armisticio, comenzando por los Aliados occidentales.

En Alemania, Heinrich Himmler era cada vez más influyente. La exigencia húngara de un aplazamiento definitivo de las deportaciones aterrizó en el escritorio del jefe de las SS en una situación estratégica drásticamente alterada. Estaba claro para Himmler que los alemanes no se podían permitir perder un aliado más después de Rumanía. Se daba también el caso de

que el propio Himmler estaba jugando a dos bandas en ese momento de la guerra. En secreto, intentaba alcanzar un armisticio con las potencias occidentales. Su actitud hacia la «cuestión judía» también había cambiado. Solo una semana antes había enviado a su emisario favorito, Kurt Becher, a un puente en la frontera suiza para negociar «comercialmente» con un representante del Joint. Becher había desempolvado la antigua idea de intercambiar 10.000 camiones: en este caso, por todos los judíos húngaros. Las negociaciones habían sido infructuosas hasta el momento, acababan de informar a Himmler, pero Becher hizo un gesto de

buena voluntad y subió a un par de cientos de judíos húngaros del campo de concentración de Bergen-Belsen a un tren rumbo a Suiza.

Para Himmler, este tipo de negociaciones estratégicas era cada vez más atractivo. Se había dado cuenta de que, en determinadas circunstancias, los nazis podían sacar más provecho de los judíos si estaban vivos que si los mataban. Teniendo que hacer frente una vez más a las peticiones húngaras, decidió, en este caso, acceder a sus deseos, e informó personalmente a la representación alemana en Budapest de que se pospondrían las deportaciones. El mensaje dejó tan estupefacto al

enviado alemán, Edmund Veesenmayer, que tuvo que pedir a Himmler que lo repitiese.

«La orden de Himmler parece indicar que, en algunos altos círculos de las SS, el esfuerzo fanático para exterminar a todos los judíos de Europa había pasado a un segundo plano tras la perspectiva de un beneficio financiero. La hipocresía de la “clemencia” y el “rescate”, cuyos elementos habían estado presentes antes, adquirió prominencia. El comercio de humanos había pasado, sin lugar a dudas, a formar parte esencial de lo que las SS esperaban lograr mediante la implementación de la *Endlösung*, la

“solución final”», escribe el historiador húngaro Szabólc Szita en su análisis de estos acontecimientos.

Por lo que respectaba a Adolf Eichmann, la decisión de Himmler colmó el vaso. Había tenido que ver cómo se concedía a Kurt Becher y sus negociaciones al margen el reconocimiento que se negaba a sus esfuerzos. Ahora, la misión central de Eichmann había sido poco menos que anulada, y por el propio Himmler. Eichmann se sentía humillado. Informó a Veesenmayer de que, en la situación actual, se sentía superfluo y pidió ser

reassignado. Casi de inmediato, Eichmann y varios de sus hombres más cercanos en Budapest fueron reubicados en la frontera entre Hungría y Rumanía, con órdenes de evacuar a la población alemana de la zona.

Con la marcha de Eichmann, se disipó la amenaza de las deportaciones. De pronto, el futuro parecía más brillante para los judíos húngaros, que para entonces se reducían a los aproximadamente 200.000 que vivían aún en Budapest. Hacia finales de agosto, estos se encontraban apiñados en «casas estrelladas», internos en campos, bajo protección internacional de, sobre

todo, las legaciones sueca y suiza, o destacados en unidades de mano de obra judía. Si no estaban escondidos.

Seguía en vigor el toque de queda para los judíos durante la mayor parte del día, así como el requisito de llevar la estrella amarilla. Los judíos seguían excluidos de toda la vida pública y habían perdido sus derechos civiles. Pero, en aquella época, incluso el acto simbólico más nimio, la primera señal de alivio, era como maná caído del cielo. Que el nuevo ministro del Interior decidiese liberar a un par de cientos de judíos del campo de Kistarcsa fue motivo de júbilo.

¿Quién tenía energía para pensar demasiado en el hecho de que los nuevos ministros estuviesen hablando de trasladar a todos los judíos de Budapest a guetos fuera de la ciudad? ¿O en que quisieran explotar a incluso más judíos en trabajos forzados?

El alivio afectó al humor de los judíos húngaros hasta el punto de que el nuevo ministro de Exteriores, Árpád Henney, comenzó a sentirse incómodo. En una conversación con Ivan Danielsson a comienzos de septiembre, Henney dijo que había notado que los judíos húngaros se habían confiado y se mostraban más osados desde que la situación había mejorado. Según

Henney, era una desgracia porque, tal como lo expresó, la fiabilidad de los judíos seguía siendo «dudosa», lo que significaba que el Gobierno se vería forzado a «mantener un control muy estricto sobre ellos».

El Gobierno de Lakatos podía haber desechado los planes de asesinato, pero la política húngara aún descansaba sobre unos cimientos antisemitas horrorosamente firmes. Para Ivan Danielsson, la reunión con Henney fue, no obstante, positiva. Había recibido hacía poco la noticia de que el nuevo Gobierno tenía intención de respetar las acciones de protección del Gobierno sueco. El pasaporte protegido

era suficiente para que un judío húngaro fuese considerado ciudadano sueco y liberado del internamiento y la obligación de llevar la estrella amarilla. La provisión de vivienda estaba llevando tiempo, pero entonces el ministro de Exteriores prometió que se encontraría alojamiento seguro para los judíos suecos que esperaban su viaje a Suecia. Aunque añadió que presumía que estos podían contribuir, también, a los planes de trabajo forzado.

La necesidad de alojamiento era urgente. El Departamento Humanitario de Raoul Wallenberg estaba gestionando casi 9.000 solicitudes de pasaporte protegido.

Vilmos Forgács era uno de los judíos húngaros protegidos que trabajaban en la calle Minerva ayudando con la hinchada burocracia de Raoul Wallenberg. Era parte de un grupito de cuatro o cinco personas que mantenían en marcha la maquinaria bajo la dirección de Hugó Wohl. El propio Wallenberg estaba a menudo fuera, visitando ministerios y otras legaciones, o reuniéndose con combatientes de la resistencia. También invertía gran cantidad de tiempo y dinero en establecer contactos. «Una proporción sustancial de los gastos hasta el momento ha consistido en cenas y almuerzos para varios funcionarios

influyentes, en especial los responsables de la cuestión judía. No se ha utilizado dinero para sobornos, aunque se ha distribuido cierta cantidad de sardinas como regalo», escribió Raoul en un informe a Iver Olsen el 12 de septiembre.

Vilmos Forgács tenía un fuerte vínculo con Suecia y, en junio, había recibido de Per Anger un pasaporte provisional sueco para él y su familia. Solo tenía un problema. Habían incorporado a su hijo mayor, Gábor Forgács, de dieciocho años, a una unidad judía de trabajos forzados en una mina de carbón en el oeste de Hungría. Llevaba desde mayo obligado a realizar

la clase de trabajo que, durante años, había sido la alternativa antisemita al servicio militar para los hombres judíos. Vilmos no conocía los detalles exactos de la experiencia de su hijo, pero sí que Per Anger había enviado a un abogado para entregar a Gábor un pasaporte sueco temporal. Y, sin embargo, su hijo seguía allí.

Gábor Forgács no tenía una existencia fácil. Todos los días lo levantaban, junto con otros 2.000 trabajadores forzosos, a las 4.00, lo obligaban a caminar siete kilómetros hasta la mina, a trabajar durante diez horas y a hacer el mismo viaje de vuelta a los barracones. Había perdido quince

kilos, aun cuando recibía dos comidas calientes al día. Pero Gábor tenía muchos buenos amigos en el mismo apuro y no sentía que su vida estuviese en peligro. Había cosido el pasaporte temporal dentro de su chaqueta, pues no estaba seguro de que fuese buena idea enseñarlo a sus superiores. Gábor sabía que Per Anger llegaría pronto a buscarlo, así que dejó las cosas estar hasta que eso sucediese.

A primera hora de la mañana del 6 de septiembre despertaron a la mitad de los hombres de la unidad de mano de obra y les pidieron que recogiesen sus cosas. Después de una caminata de diez kilómetros desde los barracones,

encontraron un tren esperándolos. Les dijeron que iban a ser reubicados en el frente de Serbia.

Al joven Gábor Forgács lo subieron a un vagón abierto hacia el final del tren. Cuando este pasó por Budapest, consiguió saltar, afortunadamente sin que nadie lo viese y sin hacerse daño. En la carta con el pasaporte estaba la dirección del apartamento en el que vivían sus padres, y pronto encontró el camino para llegar. Al día siguiente, lo despertó su padre:

—Aquí tienes tu ropa, Gábor. Aféitate y ven conmigo.

Se dirigieron al Departamento Humanitario de Raoul Wallenberg en la calle Minerva 1a, donde Gábor fue reclutado como mensajero. Su padre no tenía tiempo de presentarlo a los demás. Gábor debía sentarse en un rincón de la sala, mirando a las mecanógrafas, mientras esperaba a que lo llamasen para el próximo recado. Allí, *Frau* Falk, de mediana edad, iba y venía elegantemente vestida, como una ayudante ejecutiva profesional de una gran empresa. Y allí estaba la condesa Nákó, la joven y alegre «chica para todo» de Raoul, con un modelito colorido y floreado tras otro, que hacían juego con su extrovertida y exuberante

personalidad. Gábor Forgács notó que los integrantes del círculo íntimo de Raoul —que incluía a su padre, Vilmos, a Hugó Wohl y al abogado Pál Hegedűs — aparecían siempre recién afeitados e impecablemente vestidos, con camisas planchadas, bonitos trajes y corbata.

La impresión general era más de una élite comercial que de una organización de ayuda, un estilo que incluso Raoul Wallenberg se esforzaba al máximo por mantener. Gábor admiraba las camisas deportivas, con ojales en los picos del cuello, del secretario de la legación sueca, un estilo norteamericano que nunca antes había visto. Se dio cuenta de que Raoul

parecía, a menudo, serio; de que nunca llegaba sonriendo a la legación. Pero de vez en cuando se podía oír una carcajada sonora en el despacho de Raoul, por encima del sonido de las máquinas de escribir. Gábor tenía la impresión de que, más que ningún otro, Pál Hegedús y Raoul Wallenberg habían conectado de forma profunda y significativa.

En raras ocasiones, pasaba por allí «el Milagro». Se llamaba Berber Smit y era hija de Lolle Smit, el director de la filial del fabricante de radios holandés Philips en Budapest. Puesto que Suecia era la potencia protectora de los Países Bajos, Ivan Danielsson había puesto

formalmente la residencia privada de la familia Smit bajo la protección sueca la semana después de la invasión alemana de marzo. A comienzos de junio, Lolle Smit dejó Budapest para vigilar los intereses de Philips en Bucarest. Pero la familia se quedó, y era habitual que se viese a los neerlandeses de Budapest en la legación sueca. A comienzos de septiembre, Raoul Wallenberg ya había pedido a la joven belleza Berber Smit salir dos veces. Continuarían viéndose durante gran parte del otoño.

«Cuando Berber venía a la oficina, el ambiente cambiaba por completo —recuerda Gábor Forgács—. Era el tipo de mujer que uno nunca olvida, alta, con

luminosos ojos verdes y una sonrisa misteriosa. Sus piernas, bueno, eran estéticamente perfectas, como una escultura. Yo tenía dieciocho años y había pasado varios meses en un campo de trabajo. Pensaba que aquella chica era un milagro.»

El padre de este milagro era, como poco, igual de interesante, aunque de una forma menos obvia. En aquella época, Lolle Smit llevaba un tiempo como agente del Servicio de Inteligencia Secreto (SIS) británico, una conexión que compartía con algunos otros expatriados neerlandeses de Budapest. El reclutamiento de Lolle Smit fue un éxito para los británicos: un hombre de

negocios que viajaba mucho por Europa y tenía numerosos amigos alemanes. Unos años más tarde, fue condecorado por los británicos por sus esfuerzos en nombre del SIS durante la guerra. Pero la misión encubierta no se conoció públicamente hasta 2010, cuando el investigador de inteligencia Craig G. McKay sacó toda la historia a la luz.

Lolle Smit había abandonado la ciudad cuando llegó Raoul Wallenberg y no hay indicios de que este supiese nada del asunto. Pero era imposible para cualquiera implicarse en las iniciativas de rescate de judíos de la época en Budapest sin establecer contacto de una forma u otra con las muchas redes

enmarañadas de los diversos servicios de inteligencia de los países beligerantes.

Dinero estadounidense, contacto con la familia de un espía holandés y parientes que exportaban rodamientos a los alemanes y a la vez hacían de enlace en intentos no oficiales de buscar la paz con Occidente: para un agente soviético bien informado, con buen oído y dado a las teorías conspiratorias, el jefe de la operación de rescate sueca habría parecido sospechoso. Pronto Raoul Wallenberg iniciaría también conversaciones con el «negociador comercial» de Himmler, Kurt Becher.

Este tipo de trapicheo con los nazis sobre el destino judío ya había provocado la ira de Stalin.

Con la interrupción de las deportaciones y el alivio para ciertos grupos de judíos, la situación se calmó un poco en la legación sueca. Al mismo tiempo, todo el mundo era plenamente consciente de que, en la Budapest de 1944, casi todo podía cambiar en un instante. Un día, iban a internar a todos los judíos extranjeros que quedaban en el país; al siguiente, los iban a transportar al extranjero. Pero nada sucedía, aparte de que el nuevo Gobierno cumplía sus

amenazas de trabajo forzoso con una llamada general a todos los judíos capaces de trabajar: en el campo, en el frente o en la industria bélica de Budapest.

Los empleados de Raoul, con sus familias, ascendían ya a 250 personas, y el departamento trabajaba las 24 horas del día. Hubo que trasladar parte de la administración a un edificio en la calle Tigris, en la colina tras el castillo. Aunque el negociado de pasaportes protegidos siguió en la 1ª de la calle Minerva, junto a la legación sueca. La marea de solicitantes no parecía cesar nunca. En los peores momentos, las administrativas de Ivan Danielsson,

Margareta Bauer y Birgit Brulin, apenas podían subir las escaleras hasta su apartamento.

Con la situación política más calmada, había más espacio para la maniobra, y esto aumentaba el valor y, hasta cierto punto, la osadía del Departamento Humanitario. El más cuidadoso y diplomáticamente formado Per Anger quedó estupefacto cuando volvió de sus vacaciones y se dio cuenta de las proporciones que había tomado la iniciativa de Wallenberg en un periodo de tiempo tan corto. Intentó contener a Raoul, del que creía que «avanzaba como se hace en los negocios, donde todo consiste en conseguir lo máximo

posible». Lars Berg, recién llegado, apreciaba los intentos de Anger de moderar el entusiasmo de Raoul Wallenberg. Berg diría más tarde que le había preocupado lo que significaba para la protección de los intereses de Suecia que «la mitad de los habitantes de Budapest tuviese documentos suecos». También señaló que, «con su contundencia, su inteligencia y su capacidad de persuasión, Raoul conseguía convencer todas las veces al enviado para que aprobase sus planes. Y entonces Anger no podía hacer nada salvo ceder».

Por Budapest se estaba extendiendo el nuevo rumor de que Raoul, a pesar de su título, no pertenecía en realidad al cuerpo diplomático. Anger le dijo que debía ser más cuidadoso, pero era como hablar con una pared. Como era a menudo el caso, estas regañinas terminaban cuando Raoul comenzaba a bromear, hasta que se reían juntos y Raoul lo llamaba «viejo diplomático». Decidieron adoptar esos roles. Anger sería el funcionario estricto, correcto, que seguía las normas diplomáticas, a todas vistas manteniendo cierta distancia con el trabajo de rescate más improvisado y audaz del «autónomo» Raoul Wallenberg. Si las cosas se

ponían feas, se podía decir que Raoul no era miembro de la «embajada habitual».

Pero Anger también estaba impresionado por el nivel de ambición de Raoul y por lo bien que había organizado su operación, lo meticulado que era su control sobre el presupuesto y la burocracia de los pasaportes. Veía una verdadera capacidad de liderazgo en Raoul y admiraba su habilidad para conseguir que las cosas se hiciesen.

La operación de ayuda había crecido hasta convertirse en toda una industria. Raoul se sentaba en su despacho como el director de una empresa, recibiendo a sus colegas, dando instrucciones y escuchando los

informes. Y era exactamente en esa dirección en la que Raoul quería llevar su misión. Su ambición era salvar a tantos como pudiese. Por lo tanto, era importante tener una capacidad organizativa bien desarrollada y un control férreo de toda la situación. «El tiempo no me permite dedicarme a casos particulares cuando es cuestión de vida o muerte para toda la población judía de Budapest», le decía Raoul Wallenberg a Per Anger. Sus colegas más cercanos estaban estrictamente informados de que no podía haber misiones de rescate particulares para parientes o conocidos, ni siquiera en el caso de altos cargos; que todos aquellos que buscaban ayuda

debían ser tratados de la misma forma y seguir el mismo procedimiento de solicitud.

Raoul no era el tipo de persona que se detenía en la escalera atestada y derrochaba media hora de empatía con una adolescente abandonada y triste. Se endurecía y se abría paso a codazos hasta su despacho sin una palabra, y allí trabajaba en otros cien pasaportes para salvar no solo a la chica, sino a todo el mundo que hacía cola fuera. Aunque esta resolución podía percibirse a veces como frialdad, también impresionaba mucho a sus colegas.

Con una organización cada vez mayor, era inevitable, pese a todos los controles, que algunos individuos menos dignos de confianza consiguieran encontrar la forma de entrar. Cobraron fuerza rumores de un mercado negro de los pasaportes protegidos suecos de Raoul, de falsificaciones. La legación sueca los preparaba de forma gratuita, pero los pasaportes falsos se vendían en la ciudad por mil *pengö* o más.

A Birgit Brulin no le gustaba lo que veía. El 6 de septiembre, escribió a casa quejándose al empresario Lennart Larsson, que había sido rival de Raoul

Wallenberg en Budapest durante muchos años y al que se había visto mucho en la legación:

Hay muchas veces en las que Margareta y yo nos sentimos terriblemente tristes de que usted no esté aquí para condenar lo que está pasando. Cuando usted volvió a casa, esto era un juego de niños comparado con lo que es ahora. Las colas fuera de las verjas no se acortan y la compraventa continúa a niveles mucho más altos que antes. Hay actualmente 120 judíos empleados aquí para gestionar el trabajo y no hay palabras para describir la corrupción y la protección y el contrabando que hay [...]. Y su buen amigo Berg, que parece un buen hombre, ha reaccionado ya con fuerza a todo el asunto

y no puede entender cómo pueden suceder estas cosas en una legación sueca. Como si sirviese de algo protestar. En cualquier caso, nuestra pequeña colonia ha aumentado hasta las tres mil personas más o menos.

Hugó Wohl consiguió identificar a algunos de los individuos culpables de la falsificación de pasaportes. Raoul Wallenberg los trató con mano dura y les prohibió volver a entrar en contacto con documentos de la legación. Decidió asimismo aumentar la seguridad. Nombró un mando más alto bajo la dirección de Vilmos Forgács, que tenía la tarea de confirmar las decisiones de sus colegas en cuanto a las solicitudes

de pasaporte, según un procedimiento burocrático diseñado por Raoul. También hizo las normas más estrictas. Solo se tendría en cuenta a gente con conexiones comerciales suecas de más de dos mil *pengö* por empleado y año. Las reclamaciones de parentesco debían verificarse con documentos firmados. Un solicitante que no tuviese una asociación más cercana que, por ejemplo, un primo o un tío en Suecia solo podría pedir protección para sí mismo, su cónyuge y sus hijos.

Pero el problema del mercado negro no desapareció y Raoul Wallenberg nombró, en consecuencia, a un oficial de seguridad especial, que

tenía la responsabilidad de informarle de todo lo que viese y oyese en cuanto a venta de pasaportes. Después de un tiempo, este comercio ilegal dio lugar a la intervención de la Policía, que detuvo a tres personas, entre ellas un conocido asesino al que pillaron, durante un registro, con varios pasaportes protegidos falsificados.

La concesión de los pasaportes protegidos era un malabarismo difícil. Aunque era esencial un control estricto, no tenía sentido, y de hecho podía resultar contraproducente, ser más papista que el papa al enfrentarse a las maneras mortales y arteras de los nazis. En ocasiones se entregaba a los

solicitantes una guía de teléfonos de Estocolmo y se les pedía que cerrasen los ojos y señalasen para ubicar los nombres de sus «parientes». Según el autor Jenő Lévai, Raoul Wallenberg mismo emitió, a veces, pasaportes protegidos sin solicitudes previas; entre otros, para 105 socialdemócratas antinazis víctimas de persecución política. Guardó estos pasaportes protegidos en una caja fuerte por si eran necesarios en el futuro. Pero se trataba de excepciones; por lo general, Raoul se aseguraba de cumplir las reglas.

Cuando las cosas se pusieron feas en cuanto a la emisión de pasaportes protegidos falsificados, recibió de

inmediato el apoyo de Ivan Danielsson. Y más que eso. Un día, el enviado se encontró cara a cara con unos funcionarios de inmigración húngaros que le mostraron un documento sueco falso y le preguntaron si la firma falsificada al pie de la página era suya. Ivan Danielsson, dándose cuenta de que tenía, probablemente, el destino de una persona en sus manos, mintió sin pestañear: «Sí, por supuesto que lo he firmado yo».

En la legación alemana, el enviado Edmund Veesenmayer acabó por enfurecerse. El 15 de septiembre se quejó sobre la documentación sueca en un telegrama, en el que informaba a

Berlín de que el número de pasaportes había aumentado de la conocida cifra de 650 a alrededor de 6.000. Ivan Danielsson recibió una severa reprimenda porque «de forma conspicua, permite a sus protegidos judíos —esos individuos que, por su condición de protegidos, se han quitado la estrella judía de la ropa— ser vistos en público». Veesenmayer también señalaba que existían persistentes rumores sobre documentos suecos falsificados, que parecía poderse obtener ciudadanía a cambio de pagos en la legación sueca.

Raoul Wallenberg era muy consciente de que había un límite de pasaportes protegidos que podía lograr distribuir sin consecuencias. Más de una vez, funcionarios húngaros habían entrado a la fuerza en su despacho. Siempre había conseguido volver a sacarlos, pero ¿quién sabe qué podía pasar la siguiente vez?

Decidieron cerrar la oficina de solicitud de pasaportes el 17 de septiembre. La legación sueca había recibido unas 11.000 solicitudes y había logrado emitir 3.500 pasaportes. Ahora, se detendría la admisión, se gestionarían las pilas de solicitudes pendientes y se dirigirían las actividades de la división

humanitaria hacia la provisión de cuidado y ayuda a todos los judíos que estaban bajo protección sueca. Eso incluía supervisar el traslado a las casas seguras suecas en Pest de aquellos a los que se había prometido alojamiento. En respuesta al rumor que circulaba sobre una inminente falta de alimento, Raoul comenzó a organizar provisiones y reservó una cantidad de dinero estadounidense equivalente a 65.000 *pengő* (no más de 16.500 euros actuales) para comprar productos enlatados, entre otras cosas.

Habían pasado dos meses desde que Raoul había llegado a Budapest y tenía ahora, según el acuerdo con el

Ministerio de Exteriores, la posibilidad de terminar su misión y volver a casa. Raoul parece haberse visto tentado de hacerlo. Hacía poco que Kálmán Lauer había llamado y enviado telegramas sobre interesantes nuevas posibilidades que parecía probable que se abriesen para Raoul en Estocolmo. Salén iba a viajar al extranjero durante varios meses y Lauer iba a hacerse cargo de la dirección tanto de la AB Banan-Kompaniet como de la fábrica de productos enlatados Svenska Globus. Esto podría significar también un nuevo cargo para Raoul.

Raoul reflexionó sobre el encargo que Jacob Wallenberg quería ofrecerle como parte del proyecto de Huvudsta. Si pasaba lejos demasiado tiempo, existía el riesgo de que desapareciese la oportunidad. Hizo algunos cálculos rápidos y envió un telegrama a su socio informándole de que debería poder viajar relativamente pronto: «Probable vuelta casa 2 semanas como pronto».

A instancias de Raoul, Kálmán Lauer se puso en contacto con Jacob Wallenberg sobre el proyecto de Huvudsta. De hecho, Lauer hizo algo más. Pidió a Jacob que interviniese ante el Ministerio de Exteriores para acelerar el regreso de Raoul, fuese

necesario para los planes de construcción en Huvudsta o no. Lauer escribió que los rusos se acercaban y que consideraba el regreso necesario por «el bienestar de Raoul». Explicó a Jacob Wallenberg que sentía una responsabilidad moral por el viaje de Raoul, pues «yo lo convencí para aceptar la misión».

Jacob Wallenberg llevaba, por su parte, tiempo preocupado por la misión de Raoul en Hungría. Tanto que, en realidad, había contactado con un oficial de las SS cercano a Himmler al que conocía, Walter Schellenberg, y le había pedido que protegiese a Raoul de los nazis. Cumplió entonces los deseos de

Lauer y habló con Gösta Engzell, jefe de la división legal del Ministerio de Asuntos Exteriores. Después, escribió una respuesta doblemente tranquilizadora a Lauer. En primer lugar, no había prisa con el proyecto de Huvudsta. En segundo lugar, Engzell había informado a Jacob de que Raoul estaba contratado como secretario de legación en Budapest y, como tal, disfrutaba de inmunidad diplomática.

La situación bélica empeoraba una semana tras otra para Alemania. Pisando los talones a Rumanía, incluso Bulgaria había entrado en el bando soviético y

declarado la guerra a Alemania. Además, solo unas semanas más tarde, a comienzos de septiembre, Finlandia abandonó la alianza con Alemania y pudo, tras muchos meses de interminables negociaciones, firmar un armisticio con la Unión Soviética.

La importancia estratégica de Hungría para Alemania no hacía más que aumentar. Al mismo tiempo, Budapest recibía noticias de que tropas rusas estaban cruzando las líneas de defensa húngaras y atravesaban ya el norte de Transilvania. Para Miklós Horthy solo había una solución. Hungría debía salir de la guerra y buscar activamente negociaciones de alto el

fuego, principalmente, con los Aliados occidentales. Rusia era, según Horthy, «un cáncer que debe ser extirpado, un veneno que eliminar del sistema, una mafia vil dirigida por la escoria de la sociedad» una opinión compartida por la mayoría del Gobierno y una gran proporción de la población húngara.

No era así como veían el asunto los diplomáticos suecos, que alimentaban sentimientos estrictamente positivos respecto de la llegada de los soviéticos, e incluso la deseaban. Los veían como los ansiados aliados de Estados Unidos y Gran Bretaña, como los liberadores que, por fin, llegarían y aplastarían a los nazis.

Aun así, la política de Miklós Horthy de buscar la paz solo con Estados Unidos y Gran Bretaña se encontró con oposición interna. El nuevo Gobierno húngaro votó contra su propuesta de negociación y amenazó con dimitir en masa si la llevaba a cabo. Cuando, entonces, él envió su propio emisario encubierto a los Aliados occidentales, fue rechazado también por ellos. La respuesta fue que no habría acuerdos de paz sin los rusos.

De mala gana, Miklós Horthy decidió enviar a sus negociadores encubiertos a Moscú, algo que debía llevarse a cabo con la mayor discreción, de forma que ni los alemanes ni el

Gobierno húngaro descubriesen lo que estaba haciendo. Horthy reunió en palacio y en secreto una pequeña unidad de paz, de entre sus asociados más cercanos. Su hijo, Miklós Horthy Jr., tenía un papel importante como vínculo del círculo interno con los varios grupos de oposición húngaros. Se trataba de facciones con las que incluso Raoul Wallenberg mantenía contacto. De hecho, Raoul visitó a Miklós Horthy hijo en palacio durante los días en que el regente se embarcó en estos sensibles movimientos.

Hungría ya había intentado antes sondear la posibilidad de alcanzar acuerdos de armisticio con Occidente

durante la guerra: Albert Szent-Györgyi, premio Nobel de Medicina en 1937, había sido uno de los mensajeros más importantes. Pero, tras la ocupación alemana en marzo, Szent-Györgyi se había dado cuenta de que su vida estaba en peligro. Se ocultó e, invocando su premio Nobel, había buscado la protección de la legación sueca. Disfrazado con una barba y gafas de concha, habían permitido a Szent-Györgyi deambular por la casa de la legación, en el lago Balatón, en calidad de «archivista».

Ahora se lo volvía a necesitar. A mediados de septiembre, Horthy mandó recado a Szent-Györgyi y le pidió que

viajase a Moscú para negociar la paz. Pero antes de que pudiese marchar, los alemanes notaron que algo se cocía, y tuvieron que esconder a Szent-Györgyi. Esta vez lo enviaron a la sala de cifrado de la legación sueca. Lo llamaban «Svensson» y decían que era un hombre de negocios sueco del sur de Hungría, cuya casa había sido bombardeada. Estuvo allí dos meses, y Margareta Bauer y Birgit Brulin le pasaban en secreto té y comida.

Raoul Wallenberg no era el único que se la jugaba en la zona sueca.

El Gobierno húngaro, dominado por el ejército, quería, igual que Horthy, llegar a un rápido acuerdo de armisticio, pero había elegido otra estrategia —en su opinión, más inteligente—. Formularon lo que creían que era una demanda irracional. Dijeron a los alemanes que tenían solo veinticuatro horas para enviar un refuerzo militar considerable a Hungría o, de lo contrario, el país se vería forzado a buscar un alto el fuego, pues no podía seguir defendiéndose. Pero no recibieron la reacción que habían previsto: inesperadamente, los alemanes prometieron satisfacer la petición de inmediato.

El emisario alemán Veesenmayer ya había comunicado hacía tiempo que, por su parte, veía al joven líder de los húngaros nazis y presidente de la temida Cruz Flechada, Ferenc Szálasi, como nuevo primer ministro. Ahora los alemanes consideraron la petición húngara de refuerzos una oportunidad excelente tanto para fortalecer la posición de la Cruz Flechada como para perseguir sus propios intereses.

El 20 de septiembre llegó una fuerza alemana con órdenes expresas de armar a la Cruz Flechada e infiltrarla en el ejército húngaro como preludeo de la

toma del poder. Llegaron casi al mismo tiempo que el ejército ruso cruzaba la frontera húngara.

Solo unas semanas antes, Raoul Wallenberg había decidido que su tarea en Budapest estaba llegando a su fin. Todo lo que quedaba por hacer era encauzar los esfuerzos para proporcionar comida y vivienda a los judíos protegidos, así como desmantelar gran parte de la burocracia que había creado. Entonces podría volver a casa y transferir la administración que quedara en marcha a sus colegas de confianza. Quería intentar irse antes de que

llegasen los rusos, para poder tomar la ruta más rápida de vuelta, a través de Alemania. Pero los patrocinadores estadounidenses de Raoul tenían otros planes.

El 20 de septiembre, la WRB envió nuevas instrucciones a Raoul Wallenberg a través de Olsen en Estocolmo. Raoul había recibido mensajes norteamericanos de ese estilo en varias ocasiones desde su llegada a Budapest. Habían tenido que ver con posibles rutas de escape hacia Rumanía, nuevos nombres con los que contactar, y habían incluido también algunas palabras de elogio agradables, elogios que el Gobierno estadounidense tuvo

también el buen gusto de formular en una carta independiente al ministro de Asuntos Exteriores, Christian Günther.

Hasta aquel momento, las instrucciones de la WRB no habían interferido demasiado. Habían hecho a Raoul Wallenberg varias preguntas en cuanto a la situación en Hungría y lo habían instado a hacer campaña a favor de aligerar las tácticas políticas contra los judíos. Pero esta nueva tanda se caracterizaba por una sensibilidad diferente y alarmista.

La WRB había recibido informes de que los alemanes habían vuelto a cambiar su postura y de que las nuevas deportaciones desde Hungría eran

inminentes. Tanto a Iver Olsen como a Raoul Wallenberg se les pidió: «... transmitir a funcionarios alemanes concretos adecuados, a través de todos los canales de los que dispongan ustedes, la protesta más fuerte posible contra dichas deportaciones. Deberán dejar clara la resuelta determinación de este Gobierno de encargarse de que todo aquel que participe en la forma que sea en dichas deportaciones o en cualquier otra forma de persecución sea detenido y castigado». Desde el punto de vista estadounidense, la misión de Raoul estaba lejos de haber acabado.

Además, las cosas no eran totalmente pacíficas en la capital. En septiembre se habían repetido las alarmas antiaéreas y los bombardeos. Una y otra vez, Raoul y sus colegas se vieron obligados a dejar el despacho y correr colina abajo hasta el refugio que había en el sótano de la sede de la legación. Podían llegar a pasar allí sentados hasta tres o cuatro horas. A menudo, los ataques se producían ya entrada la noche. Pronto aprendieron a distinguir «el pesado ruido de motores de los bombarderos del zumbido airado de los cazas», como explicaría más tarde Lars Berg.

Los ataques aéreos turbaban el ritmo, por lo demás bastante rutinario, de Budapest. Una vez terminaba la alerta, la vida regresaba a la normalidad. Incluso en septiembre de 1944, los restaurantes de Budapest abrían como de costumbre, y tan pronto como desaparecían los aviones se alzaba de nuevo el murmullo de la multitud, acompañado de los instrumentos de cuerda omnipresentes.

A mediados de septiembre, Raoul invitó a sus colegas suecos de la legación a cenar en su casa. Tanto Margareta Bauer como Birgit Brulin asistieron aquel viernes por la noche. Su escepticismo sobre la amplitud de la

operación de ayuda de Raoul no les impedía disfrutar de su compañía. Pero parece que la verdadera alma de la fiesta en las numerosas cenas privadas de la legación era Per Anger, quien, con su humor y su afabilidad, «nos hacía olvidar a todos el cansancio y las preocupaciones».

El nombre de Berber Smit continuaría apareciendo en la agenda de Raoul durante todo septiembre y octubre. De vez en cuando, Raoul y los demás de la legación jugaban también alguna partida de bridge con el licorero judío Zwack, las noches que este se atrevía a salir de

su escondite en el sótano de la calle Minerva. Pero, por lo demás, las noches significaban para Raoul Wallenberg solamente más trabajo y recibir a invitados en relación con su misión.

«He organizado algunas cenas muy agradables en casa para varios funcionarios importantes para mi operación. Hace unos días invité a un ejemplar muy interesante, uno de los altos mandos, concretamente el representante de Himmler. Por desgracia, lo retrasó el trabajo en el último minuto y no pudo venir. Es un hombre muy ameno que, según cuenta, tiene la intención de pegarse un tiro en

un futuro cercano», escribió Raoul Wallenberg a su madre en una carta del 29 de septiembre.

El representante de Himmler era Kurt Becher. Según la agenda de Raoul, se habían conocido muy probablemente alrededor de una semana antes. Al menos es entonces cuando Raoul anotó que había quedado una noche con el asociado de Becher, el húngaro Vilmos Billitz, «con la Gestapo».

Era poco habitual que Raoul Wallenberg se reuniese con alemanes. Pasaba más tiempo intentando influir en los funcionarios húngaros. Pero el *Obersturmführer* Kurt Becher y Raoul Wallenberg parecen haber tenido algún

tipo de relación, al menos socialmente. Se llevaban solo tres años y tenían muchísimo en común. Ambos tenían un pasado en los negocios de exportación y se habían dedicado a la venta de caballos en el continente durante la guerra.

El día después de la cena cancelada, Raoul Wallenberg visitó el despacho de Kurt Becher, donde se reunió con Vilmos Billitz y, muy posiblemente, el propio Becher. En una entrevista con el historiador sueco Bernt Schiller muchos años más tarde, Kurt Becher relató que, en su primera reunión con Wallenberg, había hablado de si un centenar de empleados del

conglomerado Manfréd Weiss podía o no viajar a Suecia con pasaportes protegidos. Es posible entrever la influencia de Kálmán Lauer y Sven Salén.

Más entrado el otoño se vieron de nuevo. Pero esta vez las negociaciones fueron más comerciales: se referían a la libre circulación de algunos cientos de judíos protegidos por Suecia a cambio de mil francos suizos por cabeza. Había muchos de estos tratos «comerciales» en marcha en aquella época. Durante el otoño, una propuesta de Veesenmayer llegó al Ministerio de Exteriores en Estocolmo. Sugería la liberación de un vagón de pasajeros con ciertos judíos

húngaros a cambio de un cargamento de productos suecos para la necesitada Hungría.

A comienzos de octubre, Raoul aún no había tenido tiempo de preparar su viaje de vuelta a casa, y comenzaba a parecer cada vez más improbable que pudiese abandonar Budapest en absoluto. El Joint acababa de donar incluso más dinero a la misión húngara de la WRB. Cuando Raoul recibió una oferta para adquirir un gran cargamento de productos alimentarios por un buen precio, todo lo que tuvo que hacer fue enviar un mensaje a través del Ministerio de Exteriores, e Iver Olsson

depositó 200.000 coronas (casi 400.000 euros actuales) en la cuenta especial de Estocolmo.

La gran inyección de efectivo fue un estímulo extra para que Raoul continuase. Por el problema con los asuntos prácticos referentes a la transferencia de dinero a una Budapest marcada por la guerra y la inflación seguía existiendo. Al final se resolvió adoptando la sugerencia de Raoul de que el Ministerio de Exteriores utilizara el Stockholms Enskilda Bank como conducto para mover dinero a un banco en Suiza. Raoul Wallenberg podía entonces comprar productos o pedir prestados *pengő* húngaros en Budapest,

pero pagar por todo con transferencias a cuentas de bancos suizos abiertas a nombre del vendedor o el prestamista. Era un esquema que requería un enorme grado de confianza en Raoul Wallenberg y sus promesas.

En términos prácticos, las cosas comenzaban a tomar forma para Raoul Wallenberg en su trabajo humanitario. Al mismo tiempo, el clamor del sufrimiento no hacía otra cosa que aumentar. El consejo judío necesitaba ayuda para comprar provisiones y ropa para todos los judíos menesterosos, y no solo para los que estaban bajo

protección sueca. Un orfanato judío acababa de ser bombardeado y no podía permitirse la reconstrucción. Muchos de los empleados de Raoul, a pesar de sus documentos de protección, habían sido forzados a trabajo manual a las afueras de la ciudad. Raoul fue de un sitio a otro en un Studebaker granate prestado para intentar liberarlos.

El invierno se acercaba y con él llegaban nuevas dificultades que exigirían respuestas bien organizadas. La legación sueca supo que había dieciocho mil judíos húngaros en un campo de trabajo en Austria, con solo ropa de verano andrajosa y zuecos.

Estaban alojados en barracones sin calefacción y no sobrevivirían a las frías noches que se aproximaban.

Raoul Wallenberg hizo lo que pudo para enviar ropa de abrigo a los que más lo necesitaban. Primero, reservó 35.000 coronas (unos 70.000 euros actuales) para que el Ministerio de Exteriores comprase ropa usada y lo que se conocía como «camisetas de periódico» (prendas de abrigo utilitarias confeccionadas con varias capas de papel de periódico). Luego alertó a Kálmán Lauer y le pidió que resolviese las cuestiones administrativas del transporte a Viena. «Soy muy consciente del hecho de que el asunto es imposible;

pero, aun así, hemos de intentarlo. En mi opinión, la falta de ropa en el sureste europeo será tan grande este invierno que, en este caso, tenemos que asumir la responsabilidad del despacho de los productos», escribió a Lauer.

El martes 11 de octubre de 1944, Budapest bullía aún con rumores de que pronto comenzarían de nuevo las deportaciones. En las calles se podía sentir que algo se estaba tramando. La presencia de soldados alemanes era, de repente, muy notable. También había ocurrido algo importante. Aunque pocos lo sabían, en Moscú los delegados

secretos de Horthy acababan de acordar —tras una semana de negociaciones— un armisticio con Viacheslav Mólotov.

Al día siguiente salió de la legación sueca en Budapest una valija hacia Estocolmo. Un abatido Raoul Wallenberg enviaba unas líneas a su madre. La advertía de que creía que tendría problemas para volver tan pronto como había esperado, pero escribió que aún preveía que podría marcharse antes de la llegada de los rusos. «Si no, intentaré llegar a Suecia a través de Rusia, tan pronto como sea posible, una vez que hayan tomado la ciudad. Supongo que un viaje así llevará un tiempo considerable.»

BUDA, JUNIO DE 2010

Gábor Forgács tiene una risa desacostumbradamente contagiosa. Se derrama desde el asiento delantero del coche, donde va sentado jugando con su bastón. Hemos parado en un semáforo en rojo no lejos del Hotel Gellért de Budapest y pronto giraremos hacia el castillo. Conduce la esposa de Gábor, Kati. El tráfico de Budapest es difícil, especialmente este año en que el Danubio ha crecido varios metros

y hombres con chalecos amarillos tienen que apilar sacos de arena para proteger los muelles de la ciudad.

En el noreste de Hungría ya han quedado sin hogar unas veinte mil personas, me cuenta Kati. Está preocupada por sus parientes.

Gábor Forgács va y viene entre 2010 y 1944 en sus historias, y sus hombros están dando saltitos otra vez. Todos nos reímos, y se me ocurre que algunas personas tienen la rara habilidad de hacer que otros se sientan bien, sin importar lo mucho que la vida las haya puesto a prueba.

Gábor tiene ochenta y dos años, y muchos a sus espaldas como director de una empresa automovilística húngara. Han pasado sesenta y seis años desde la mañana en que saltó del tren que se dirigía al Frente Meridional y se convirtió en uno de los empleados del Departamento Humanitario de Raoul Wallenberg. Han pasado sesenta y seis años desde que se sentaba en un rincón de la sala en la calle Minerva esperando el siguiente viaje para obtener el correo.

Acabo de ir a echar una ojeada a la casa de ladrillo visto en la que trabajaron aquel otoño. Es casi imposible distinguirla entre la descuidada vegetación. La familia Zwack ya no vive allí. Después de la guerra,

el régimen comunista confiscó tanto las licorerías como la casa de la calle Minerva, y la mayor parte de los hermanos Zwack abandonaron Hungría. El hijo de János Zwack, Péter Zwack, pudo recuperar las fábricas en 1991, pero la mansión de la colina Gellért es ahora propiedad de un banquero americano que ha mantenido los pequeños apartamentos que los rusos crearon y en los que ahora viven de alquiler varias familias con niños. He vislumbrado algunos juguetes en el césped, pero no había nadie en casa.

Kati nos lleva por las callejas laterales que hay tras la colina Gellért hasta Várhegy, la colina del Castillo. Giramos hacia la calle Tárnok, por delante de la casa en la que

tenía su residencia el nuncio apostólico, que fue Angelo Rotta, entonces de setenta y dos años de edad, durante el último otoño de la guerra. Por lo que he entendido de la investigación de posguerra, la actitud del papa Pío XII hacia el Holocausto dejó mucho que desear. Pero su enviado en Budapest mostró una gran fuerza interior. Se debe probablemente en gran medida a Angelo Rotta que el papa, a última hora, se diese cuenta de que el mundo cristiano no podía seguir callado ante el genocidio nazi. La vehemente nota que Angelo Rotta envió al Gobierno húngaro en mayo de 1944 fue la primera protesta del pontificado contra las deportaciones de judíos durante toda la

guerra. El papa Pío XII había respondido con el silencio incluso a la limpieza nazi de los judíos de Roma.

Es probable que Raoul Wallenberg estuviese varias veces aquí. Sé, por lo menos, que vino más de una vez durante el sitio final al sótano de una de las casas de la calle Tárnok. Fue aquí, al palacio del príncipe Eszterházy, donde los suizos trasladaron sus oficinas cuando la capital se convirtió en campo de batalla y su enviado volvió a Suiza. El palacio tenía un espacioso refugio antiaéreo en el que Ivan Danielsson, Margareta Bauer y varios otros de la legación sueca se escondieron durante los peores días del asedio de Budapest.

Intento reconocer la ventana enrejada correcta, pero hay demasiadas. Muchos miles de personas se escondieron aquí, y luego en todos los túneles y cámaras subterráneas. Todo el lugar es «como un queso suizo, con el palacio encima», me dicen.

Para el final de la guerra, estas pintorescas calles estaban cubiertas de cráteres de bombas y cadáveres de caballos. Admiro las casas de color pastel actuales e intento imaginar la transformación cuando Kati vuelve la esquina hacia la iglesia de María Magdalena y de vuelta a la calle Úri, la «calle de los Señores». La calle Úri es, si eso resulta posible, incluso más

encantadora. Casi directamente a la derecha, en el edificio rosa pálido con el número 66, es donde Edmund Veesenmayer tenía su cuartel general. El águila alemana se puede ver desde lejos porque la Embajada sigue estando ahí. Me doy cuenta de que los diplomáticos alemanes trabajaban a solo unos cientos de metros del edificio medieval de la calle Úri 15 en el que vivía la secretaria «social» de Raoul Wallenberg, Erzsébet Nákó, la chica de veintiséis años de los alegres vestidos.

Una pariente de Erzsébet, Gloria von Berg, nos espera en el exterior del número 15. Nació después de la guerra, pero es la viva imagen de la secretaria de Raoul, según Gábor Forgács.

El calor del verano nos sacude al salir del coche. Vamos a visitar el apartamento de la izquierda. Aunque hoy pertenece a Gloria von Berg, durante la segunda mitad de 1944 Per Anger se lo alquilaba a Tibor von Berg, el padre de Gloria. Esta ha oído que Raoul Wallenberg pasó allí un par de días al comienzo, antes de que se organizase su alojamiento en la casa de la calle Ostrom. Por lo demás, la intención de Per Anger era que el pequeño apartamento de una habitación se reservase para refugiados que lo necesitaran, como el nobel Szent-Györgyi cuando el cuartucho de cifrado de la legación dejó de ser seguro.

Erzsébet Nákó vivía con su familia un piso más arriba. Quería mucho a Tibor von Berg, que había estado casado con la hermana de ella antes de conocer a la madre de Gloria. En su tercera noche en Budapest, Raoul Wallenberg estuvo invitado a cenar aquí, según su agenda.

En la entrada está la señal rectangular que pendía en el exterior del edificio a finales de 1944. Está muy oxidada, pero es maravillosa en su encantadora absurdidad. A la izquierda figura una bandera sueca, y luego el texto [en mal sueco]: «DETTA UTRYMMAR STOR ONDER SVENSK SKYDD» (algo así como: «Este lugar esta bajo protección sueca»).

Gloria von Berg nos ofrece vino de aguja y fresas. Nos enseña la casa y nos habla de su familia y de las antigüedades con un entusiasmo que supera incluso el de Gábor Forgács. En la mesa junto al sofá chippendale, hay un libro de huéspedes de 1944, de gastadas tapas negras. En él encontramos el nombre de Per Anger en una escritura desgarrada y, por supuesto, el de Erzsébet Nákó. Pero no el de Wallenberg. Gloria saca aún otro tesoro del chifonier: una agenda de teléfonos manoseada de 1944. Volvemos las páginas con entusiasmo y los encontramos a casi todos: Hugó Wohl, Pál Hegedűs y también Vilmos Forgács en la calle Eszter 29, con el número de teléfono 157 244.

Todos estaban ahí.

En un escritorio del apartamento hay una fotografía enmarcada y firmada del príncipe heredero Gustavo Adolfo, padre del actual rey sueco. Gustavo Adolfo se la dio al padre de Gloria durante una visita a Budapest en la década de 1930. El contacto de su padre con la corona sueca perduró, me cuenta Gloria von Berg:

—Cuando era pequeña, en la posguerra, recibía paquetes de ropa usada de la familia real sueca —cuenta, y su risa repica al otro lado de la mesa—. Es más, hui de Hungría en 1956 vestida con un par de botas marrón claro ¡que habían sido de la familia real sueca!

Gábor Forgács, con su barbita rala y gris y su camisa de verano de rayas, cuenta ahora un vivo recuerdo que tiene de la pariente de Gloria, Erzsébet Nákó. Es una escena que tuvo lugar en el Departamento Humanitario de la calle Minerva. Tal como recuerda, el círculo íntimo de Raoul Wallenberg iba a cenar en el Hotel Gellért. Fue a comienzos de octubre de 1944, en la relativa calma antes de la tormenta: alrededor de la época en que «el Milagro» holandés, la grácil Berber Smit, entró en la vida de Raoul Wallenberg.

Raoul dice, de pronto, que no puede ir a la cena, que está ocupado esa noche. Cuando Nákó se entera, se sube por las paredes, dice Gábor Forgács.

Forma unas garras con las manos y muestra cómo la celosa e impetuosa Nákó agarró a Raoul. Alza la voz imitando el estallido de ella:

—«*Das kannst du mich nicht antun!*», gritó. ¡No me puedes hacer esto! —Gábor recompone el gesto—. Ahí fue cuando comencé a sospechar que Raoul Wallenberg tenía una relación muy especial con Berber Smit.

Gloria sonrío al oír la historia.

—Y parece ser que Nákó estaba loca por Raoul Wallenberg aquel otoño —cuenta—. Es algo que he oído decir antes, que estaba desesperadamente enamorada de él. Luego se mudó a Múnich, después de la guerra, y abrió un restaurante húngaro.

Por fin me pongo en contacto con una de las familias que vive en la mansión de los Zwack. Me dicen que estarán encantados de que los visite y eche un vistazo al interior. Y, un día, ahí estoy, en el suelo de parqué de lo que fue una vez el Departamento Humanitario.

La sala principal se ha convertido ahora en apartamentos de alquiler, pero las molduras de los techos siguen ahí, como también las bonitas puertas acristaladas de marcos de madera oscura. Seguramente, tras ellas, tenían Raoul y sus asociados más cercanos su despacho, pienso, mientras paso por encima de un monito de juguete

que hay en el suelo. A través de la ventana de medio punto, veo unos columpios en el jardín.

Paseo por la habitación intentando imaginar dónde se sentaba Gábor a esperar y dónde tuvo Nákó su estallido; entonces, la familia me dice que se tienen que ir.

Pasado y presente se arremolinan en mi cabeza. Aquí es donde sucedía todo, antes de que los hechos del 15 de octubre de 1944 pusieran patas arriba la vida en Budapest.

Gábor Forgács murió el 27 de febrero de 2013.

BARBARIE

El almirante Miklós Horthy había conseguido su objetivo. En Moscú se había firmado en secreto un armisticio previo entre Hungría y la Unión Soviética. La única cuestión que quedaba por resolver era cuándo entraría en vigor, cuándo se haría

pública la sensacional noticia de que incluso Hungría había cambiado de bando en la guerra.

El regente sabía que los alemanes harían todo lo que estuviese en su mano para detener un acuerdo semejante y, por lo tanto, había pedido un par de días de prórroga. Los rusos querían acelerar el proceso, pero Horthy prefería retrasar la proclamación hasta el 20 de octubre para estar mejor preparado. Entretanto, pidió al Ejército Rojo que pusiese fin a sus ataques. De esta forma, las unidades militares húngaras tendrían tiempo de retirarse y ofrecer refuerzos a Budapest en caso de que sucediese algo.

Horthy tenía sus sospechas y se preparaba para una reacción dura de Hitler. Sin embargo, tal como lo veía, este tratado parcial era inevitable. Creía que era imposible que Alemania ganase la guerra contra la Unión Soviética. «Si quería ahorrar al país los horrores de la guerra en terreno patrio y garantizar que el vencedor reconociese la existencia de Hungría como Estado, esta era, absolutamente, mi última oportunidad», escribió Horthy en sus memorias.

Después, el ingenuo Horthy se asombraría de lo bien informados que habían estado los alemanes. Puede que incluso les hubiese hecho el juego al adelantar de pronto la fecha,

seguramente en respuesta a las noticias de tropas de refuerzo alemanas reuniéndose en torno a Budapest. La mañana del 14 de octubre, el almirante Horthy decidió que su anuncio no podía esperar más. Se programó una proclama a la nación para ser emitida por radio a la hora de comer del día siguiente. Pero Horthy tuvo siempre mucho cuidado de asegurarse de que todo se hacía de la forma correcta, incluyendo informar a su socio de alianza por adelantado. Contactó con Veesenmayer y lo convocó al palacio a mediodía al día siguiente, poco antes de la emisión de radio.

Los alemanes estaban bien preparados. Habían estado trabajando durante semanas para fortalecer a la Cruz Flechada de los nazis húngaros, organizando la neutralización, a la que bautizaron «Operación Panzerfaust». Para cuando llegó la invitación de Horthy, Edmund Veesenmayer ya había recibido sus instrucciones finales.

La Operación Panzerfaust se puso en marcha el domingo 15 de octubre, día en que, según quienes lo recuerdan, el tiempo fue muy agradable. Comenzó por la mañana. El hijo del almirante Horthy, Miklós Horthy Jr., había planeado una reunión con algunos partisanos yugoslavos dirigidos por el líder de la

resistencia, Josip Tito. Tito entraría en breve en Belgrado con el Ejército Rojo y se convertiría en héroe nacional.

La reunión se celebró en el despacho de Félix Bornemissza, jefe del puerto de Budapest, que estaba entre los miembros de la clase dirigente húngara que habían comenzado pronto a luchar para que Hungría abandonase su colaboración con Alemania.

Aquella mañana en concreto, el despacho de Bornemissza fue rodeado por soldados de las SS. Tomaron a Miklós Horthy hijo por sorpresa, lo atacaron, lo envolvieron en una alfombra y lo llevaron al aeropuerto

para transportarlo al campo de concentración de Mauthausen, en Austria.

En palacio, su padre había convocado una sesión del Gabinete a las 11.00, antes de la emisión de radio y la visita de Veesenmayer. La noticia de la captura de su hijo le llegó justo antes de la reunión, que hubo de ser pospuesta media hora. Cuando Veesenmayer llegó poco después, encontró al regente indignado por el secuestro. Veesenmayer contestó perplejo, afirmando que no sabía nada de lo que el almirante Horthy le estaba contando. Aunque, añadió, si era verdad, se trataba en su opinión de

una detención justificada, pues era bien sabido que Horthy hijo había conspirado con el enemigo.

El almirante Horthy le informó entonces del armisticio húngaro con la Unión Soviética. Tuvo la impresión de tomar por sorpresa a Veesenmayer, que palideció y le pidió que esperase. Pero Horthy se mantuvo firme. A la una de la tarde leyó la proclama sobre el futuro armisticio en la radio, sorprendiendo a la mayor parte de las familias húngaras en mitad de su almuerzo dominical. Siguieron escenas de celebración. Se hornearon pasteles y se abrieron botellas de Tokay. Muchos judíos se arrancaron la estrella amarilla.

Poco después del almuerzo, Per Anger, Göte Carlsson y Lars Berg, de la legación sueca, que estaban en la estación de ferrocarril, se encontraron en medio del caos. Con los rusos de camino, el riesgo de que estallase la batalla en Budapest se consideraba demasiado grande, y la legación había decidido enviar a Suecia a todas las mujeres y los niños de las familias suecas. Iban a vigilar su partida y cerrarían los compartimentos del tren a los soldados alemanes, que llenaban los trenes a reventar. Haría falta usar los codos, como sabían Per Anger y sus colegas.

Entonces, un rumor se extendió por el andén, en voz cada vez más alta: «Hungria se ha rendido. La guerra ha terminado. ¡La guerra ha terminado!». Los suecos comenzaron a dudar. ¿Se atrevían a enviar a sus familias con un transporte de tropas alemanas en las actuales circunstancias? Per Anger tomó la difícil decisión. Dejó que las mujeres y los niños se marchasen. No se arrepentiría.

La noticia de un alto el fuego fue recibida con alegría, incluso entre los empleados de la legación, no en menor medida porque significaba que Raoul Wallenberg y Valdemar Langlet habían cumplido su trabajo. Habían salvado a

un número sustancial de judíos de Budapest del Holocausto. Ninguno de los dos estaba, sin embargo, presente en la estación. Nadie pudo dar cuenta más tarde del paradero de Raoul aquel dramático domingo. La única nota en su agenda es una reunión sin hora con Berber Smit.

La celebración se interrumpió solo unas horas más tarde. La Operación Panzerfaust estaba en todo su apogeo, la Cruz Flechada se había infiltrado con éxito en el ejército húngaro y estaba armada. No encontraron resistencia digna de mención. Pronto las tropas alemanas habían tomado todas las posiciones estratégicas, entre ellas la

emisora de radio. Durante la tarde se interrumpieron todas las emisiones de radio húngaras por segunda vez ese día. Ahora, para anunciar la orden de reanudar la guerra, emitida por el líder de la Cruz Flechada, Ferenc Szálasi.

Hacia la noche, las tropas alemanas habían rodeado el palacio y, por fin, obligaron al almirante Horthy a rendirse. A primera hora de la mañana del 16 de octubre de 1944, el regente de setenta y seis años fue detenido por Veesenmayer. El alemán dijo que quería ahorrar a Horthy «el dolor de presenciar la ocupación del palacio». Frente a la promesa de que perdonarían la vida a su hijo si lo hacía, Horthy firmó su

abdicación y proclamó a Ferenc Szálasi nuevo jefe del Gobierno. «*Heil Hitler! Éljen Szálasi!*», exclamó el locutor esa noche en la radio húngara.

El 17 de octubre, el almirante Miklós Horthy abandonó Hungría para pasar el resto de la guerra en arresto domiciliario en Alemania. Nunca regresaría a su patria, ni volvería a ver a su hijo hasta los Juicios de Núremberg tras la guerra.

Lo que esperaba a los judíos de Budapest supondría para ellos los peores meses de toda la guerra.

Raoul Wallenberg había adelantado tanto en la preparación de su regreso a casa que había obtenido un visado de viaje a través de Alemania, válido entre el 13 y el 29 de octubre de 1944. No es imposible que hubiese presentido que algo se cocía. Unos días antes de los dramáticos acontecimientos del domingo, había tenido una reunión con el jefe del Gabinete de Horthy. Al mismo tiempo, estaba claro para todos que los rusos pronto estarían a las puertas de Budapest. A cualquiera que, como Raoul Wallenberg, estuviese deseando dejar la ciudad antes de su llegada, le quedaba ya poco tiempo para hacerlo.

Los días anteriores al golpe de Estado de la Cruz Flechada habían sido de locura para Raoul Wallenberg. Muchos judíos bajo protección sueca habían sido reunidos en nuevas unidades de trabajos forzados y Raoul había tenido que detener el cierre de su departamento y contratar nuevo personal para liberarlos. A la larga, sin embargo, no había forma de evitar los campos de trabajo por completo. Dándose cuenta de ello, Raoul negoció un compromiso. Los judíos bajo protección sueca serían destinados a formar una única unidad de mano de obra, con beneficios especiales.

Pero el viernes anterior al golpe de Estado, las cosas se complicaron para esta unidad sueca, que se alojaba en una sinagoga de la avenida Aréna, en la parte oriental de Pest. La unidad constaba de alrededor de cien personas a las que, hasta aquel momento, habían tratado relativamente bien y les permitían moverse libremente. Ahora los internaron junto con más de un millar de soldados judíos que habían vuelto del fallido Frente Meridional. No recibían comida, tenían que compartir un único inodoro y los vigilaban guardias con bayonetas.

Algunos de estos prisioneros habían conseguido salir y avisar a la legación sueca. Poco después apareció Raoul Wallenberg. Su llegada coincidió, por casualidad, con una orden de reorganización temporal de los guardias. A los alrededor de mil judíos encerrados en la sinagoga les dio la impresión de que los guardias se habían asustado y habían huido al ver a Raoul cuando este abrió las puertas para evaluar la situación. Sintieron que era magia.

De los fondos de la bien nutrida cuenta bancaria en Estocolmo se habían transferido entonces 150.000 coronas (unos 290.000 euros actuales) a la cuenta especial de Raoul en Suiza. El dinero se había utilizado en su mayor parte para comprar comida. Raoul había creado una sección dedicada exclusivamente a la adquisición de alimentos y medicamentos, y había conseguido convencer al excónsul sueco en Zagreb, Yngve Ekmark, para que la gestionase. En los días anteriores al golpe de Estado de la Cruz Flechada, Ekmark adquirió provisiones por un valor de 300.000 *pengő* húngaros.

Ekmark era representante de la empresa Swedish Match y se había visto retrasado en Budapest de camino a casa desde Zagreb. No era el único hombre de negocios sueco que habían enviado de vuelta a Suecia desde la Europa devastada por la guerra. Los acontecimientos más recientes habían afectado de forma muy negativa al comercio de exportación sueco: las exportaciones a Alemania, que habían recibido tantas críticas de los Aliados, cesaron por completo. Los diplomáticos de Budapest que esperaban ansiosos la llegada de los rusos emitieron, posiblemente, un suspiro de alivio cuando la Svenska Kullagerfabriken

interrumpió todas sus exportaciones de rodamientos a Alemania a mediados de octubre.

Desde que el curso de la guerra había dado un giro, mantener buenas relaciones con la Unión Soviética se había convertido en prioridad absoluta para la vida política sueca. El ministro de Exteriores Günther recibió entonces encarnizadas críticas por el tono proalemán de los primeros años de la guerra. Los periódicos suecos informaban de los avances rusos en Hungría de manera positiva. Que solo la *pusztan* («estepa panónica») se

interponía entre las tropas soviéticas y Budapest era la aseveración optimista de los medios suecos.

Esta simpatía repentina hacia la Unión Soviética dejó también su marca en la cancillería sueca. Solo unos días antes habían enviado en secreto a la Unión Soviética desde el puerto de Gävle a novecientos refugiados de guerra soviéticos. Se apartaban así de la anterior línea sueca de que «a quien quisiera quedarse se le debía permitir hacerlo».

Raoul Wallenberg había esperado regresar pronto a la calma de Suecia, pero la realidad no dejaba de ponerle zancadillas. Y, si ya sufría nostalgia

antes, esta seguramente debió aumentar la noche del 14 de octubre. Su cuñado Gunnar Lagergren contactó repentinamente con él desde Berlín, en una llamada telefónica personal con pretextos oficiales. La hermana de Raoul, Nina Lagergren, había dado a luz a una niña sana, que se llamaría Nane, como la prima favorita de Nina, Nane de Dardel.

Raoul Wallenberg estaba lejos de aquella sencilla felicidad. En Budapest habían comenzado los asesinatos el primer día después del golpe de Estado. La ola de reclutamiento de la Cruz

Flechada había atraído a una turba de jóvenes vándalos antisemitas, más interesados en las armas y la sangre que en el debate político. En realidad, Ferenc Szálasi no era partidario de la «solución final» de Hitler. Su plan político antisemita consistía, más bien, en expulsar a todos los judíos de Hungría al final de la guerra: hasta entonces, podían proporcionar trabajos forzados. Pero la muchedumbre tenía poco tiempo para esta clase de cavilaciones y nadie puede afirmar con sinceridad que la consecuente masacre ocurriese contra la voluntad del nuevo primer ministro.

Varios miles de judíos fueron apresados en el primer par de días. La Cruz Flechada arrastró a muchos a ellos a los bancos del Danubio, donde les dispararon y los dejaron caer al agua. Se aniquiló a unidades de mano de obra completas y se cerraron todas las casas con estrellas amarillas. No se permitía a nadie salir de los edificios y se informó al resto de los judíos de Budapest de que tendrían que mudarse a ellos sin excepción.

Se desató el pánico en el Departamento Humanitario de Raoul Wallenberg. Cuando Szálasi se hizo con el poder, la unidad de mano de obra sueca aún estaba internada en la

sinagoga de la avenida Aréna. En aquel grupo estaba también Gábor Forgács. Por pura casualidad, Gábor había podido escapar durante el día y encontrar un lugar seguro, pero su padre no lo sabía.

Según los testigos, Raoul Wallenberg escribió notas propias de «autorización de permiso laboral» para la unidad sueca amenazada. Luego envió a Lars Berg y Hugó Wohl, entre otros, a la sinagoga a salvar a todos los que estaban dentro con los documentos falsos. Cuando Berg abrió la puerta y llamó a los «suecos», también instó a los demás prisioneros a huir.

Habían llegado justo a tiempo. Veían a cada vez más miembros de la Cruz Flechada y las SS reuniéndose en el exterior. No era difícil imaginar lo que tenían en mente.

El golpe de Estado de la Cruz Flechada tuvo dramáticas consecuencias para el departamento de Raoul. Gran parte del personal había desaparecido y nadie se atrevía ya a moverse con libertad por la ciudad. Para sus colegas más cercanos, incluidas la familia de Wohl y la de Forgács, Raoul Wallenberg dispuso un refugio temporal en una casa que pertenecía a uno de los dermatólogos más destacados de Budapest, el profesor Nékám. Los llevó

allí el 16 de octubre por la mañana temprano, pero después de haber visto a hombres de la Cruz Flechada rodear la casa no se atrevió a irse de nuevo en su coche. La hija del profesor Nékám le prestó la bicicleta. «Todo ese primer día estuvo servidor pedaleando en una bicicleta de señora por las calles infestadas de malhechores, para terminar de atar los cabos sueltos. El segundo día lo pasé transportando al personal que estaba en peligro a escondites más seguros y acarreando provisiones para ellos en una bolsa», escribió Raoul Wallenberg en su informe al Ministerio de Exteriores el 22 de octubre.

Hugó Wohl y Vilmos Forgács pasaron su tiempo escondidos planificando el siguiente paso de la misión de rescate. El gran interés que mostraba la Cruz Flechada por la «legación judía» de la calle Minerva significaba que era imposible continuar la operación desde allí.

No pasó mucho tiempo antes de que Adolf Eichmann estuviese de vuelta en Budapest. Se dice que un Eichmann ebrio proclamó con suficiencia ante el Consejo Judío: «Como pueden ver, he vuelto [...]. Los judíos de Budapest serán deportados». Y añadió luego:

«Esta vez a pie. Necesitamos los vehículos para otros propósitos». Parece ser que aquel otoño Adolf Eichmann contemplaba el mundo a través de un velo de coñac, lo que no lo hacía un ápice menos colérico. Y actuó con rapidez. Al día siguiente de su llegada ya había alcanzado un acuerdo con el nuevo ministro del Interior, Gábor Vajna, sobre un transporte inicial de 50.000 judíos, que reemplazarían a los agotados prisioneros de guerra rusos que trabajaban en la industria alemana. El cínico plan de los alemanes era que Eichmann exigiese un lote

ininterrumpidos de 50.000 trabajadores forzosos hasta que todos los judíos hubiesen sido eliminados.

Más tarde, en una declaración pública ese mismo día, Gábor Vajna dejó claro que la Cruz Flechada tenía la intención de resolver la cuestión hebrea con «la crueldad que merecían los judíos», y que no diferenciarían entre ellos: no se podían admitir excepciones para los que contaran con protección extranjera.

Era una situación desesperada que exigía una solución sistemática. Raoul Wallenberg afrontó primero la tarea de salvar a su personal y sus familias. Les había tomado afecto y no podía

gestionar el trabajo sin ellos. Solo después se dedicó a ayudar a los miles de judíos bajo protección sueca. Algunas afortunadas coincidencias jugaron a su favor. Entre los judíos húngaros «suecos» había un editor que lo informó de que el ministro de Asuntos Exteriores del régimen de la Cruz Flechada, Gábor Kemény, de treinta y cuatro años, estaba casado con una antigua empleada suya. Se trataba de una baronesa, dos años más joven que Raoul Wallenberg, que respondía al nombre de Elisabeth Kemény-Fuchs.

Es posible que Raoul Wallenberg hubiese conocido a la hermosa baronesa Kemény-Fuchs antes. En cualquier caso,

fue rápido en aprovechar esta línea de contacto informal con el recién nombrado ministro. En una conversación una semana después del golpe de Estado, Raoul mencionó a Gábor Kemény que, según acuerdos previos, su plantilla debía ser excusada de las exigencias de llevar la estrella amarilla y residir en las casas estrelladas. Hizo hincapié en que la legación sueca suponía que el acuerdo seguía en vigor, puesto que no había habido notificación formal de lo contrario.

Parece que Raoul consiguió conversar con Kemény dos veces en los primeros días sin que Ivan Danielsson reaccionase significativamente al hecho

de que Raoul hubiera pasado por encima de él. Wallenberg también consiguió que se satisficiesen sus demandas, al menos según el informe que se despachó a Estocolmo. Los cientos de empleados del Departamento Humanitario y sus familias podían respirar más tranquilamente por el momento.

La siguiente tarea fue reinstaurar las excepciones para todos los miles de judíos que ya habían recibido o habían solicitado pasaportes protegidos suecos. Siguió una nueva carrera contra el reloj. Casi todos los días emitían las autoridades de la Cruz Flechada nuevas órdenes de trabajos forzados y, para el 26 de octubre, casi 35.000 judíos habían

sido movilizados para varias tareas. Casi todos los días emitía Raoul Wallenberg nuevas cartas diplomáticas de protesta para el Ministerio de Exteriores húngaro, que firmaba personalmente en nombre de la legación sueca. A veces enviaba largas listas nombrando judíos «suecos» a los que se habían llevado a la fuerza; otras, recordaba al ministerio de forma más general la petición de que se respetasen los pasaportes protegidos suecos de la misma forma que antes. Los funcionarios del ministerio no daban abasto ante esta ola de correspondencia.

En estas alarmantes circunstancias, la energía y el interés pesaban más que el rango diplomático. Raoul no abandonó, ni siquiera cuando se fue la electricidad y tuvo que sentarse a su escritorio a la luz de las velas. Parece que sus esfuerzos dieron resultado. Cuando Ivan Danielsson tuvo su primera reunión oficial con el nuevo ministro de Exteriores, el 26 de octubre, este le dijo que la Cruz Flechada había decidido aceptar los pasaportes protegidos y las solicitudes de emigración a países neutrales.

Pero seguía habiendo una anarquía brutal en las calles, y no parecía que el mensaje del Gobierno a los suecos

hubiese alcanzado a la temeraria milicia de la Cruz Flechada, que prefería disparar primero y preguntar después. Había que hacer algo rápidamente: para detener la violencia excesiva y para encontrar una forma de obligar al Gobierno a cumplir su promesa.

Raoul Wallenberg había pedido antes al Ministerio de Asuntos Exteriores húngaro que hiciese una declaración en la radio sobre el respeto a los pasaportes protegidos de los países neutrales. Ahora repitió la idea a la baronesa Kemény en un encuentro hacia finales de octubre. Esta prometió convencer a su marido, el ministro de Exteriores, a cambio de un kilo de carne

y siete pasaportes protegidos para unos parientes. El mensaje se emitió por radio dos veces al día durante los siguientes días.

El nuevo primer ministro, Ferenc Szálasi, no había querido cumplir las peticiones de deportación de Eichmann de inmediato, pues necesitaba usar primero a los trabajadores forzosos judíos en el frente interno. Se destinó a la mayoría de los 35.000 judíos húngaros reclutados para el trabajo forzoso a cavar trincheras y construir fortificaciones alrededor de Budapest, bajo la despiadada vigilancia de la Cruz

Flechada. Trabajaban en condiciones miserables. Muchos murieron pronto a causa de las torturas, el hambre y el agotamiento, y tenían que dormir a la intemperie.

Las fortificaciones que debían levantar estaban dirigidas a las tropas soviéticas, cuyo progreso parecía haberse frenado ligeramente. En los días que siguieron al golpe de Estado, el Ejército Rojo había tomado la ciudad de Debrecen, al este de Hungría, pero también había sufrido pérdidas considerablemente mayores que las de los alemanes. Durante el periodo que las tropas soviéticas habían pasado

esperando el armisticio que nunca llegó, Hitler había tenido tiempo de enviar refuerzos a Hungría.

Por ahora, no obstante, había paz en las inmediaciones de Budapest. Demasiada paz, según Iósif Stalin, que estaba ansioso por tomar grandes zonas de Centroeuropa antes de que llegasen Estados Unidos y Gran Bretaña. Stalin creía que el comandante del Segundo Frente Ucraniano, el general Rodión Malinovski, avanzaba demasiado lento. La mañana del 28 de octubre, por lo tanto, Stalin llamó a su general y le ordenó que atacase de inmediato Budapest.

Malinovski intentó oponerse. Sus soldados estaban exhaustos y había un gran riesgo de que quedasen atrapados en prolongadas batallas a lo largo del camino si el ataque era demasiado precipitado. Pero hizo lo que le habían ordenado, y el 2 de noviembre de 1944 las tropas soviéticas estaban a solo quince kilómetros de la capital. En las calles de Budapest se podía oír el leve rugido de la artillería. Los guardias de la Cruz Flechada acercaron a la ciudad a las unidades de mano de obra judía, divirtiéndose con prácticas de tiro sobre los obreros mientras estos cruzaban los puentes de Budapest.

A muchos de los 35.000 trabajadores, aquellos que no habían caído muertos al Danubio, acabaron por llevarlos a varios campos de tránsito; en primera instancia, a Óbuda, la gran fábrica de ladrillos al norte de Budapest. Según el acuerdo de Szálasi con Eichmann, debían «prestarlos» para seis meses de trabajo en el Tercer Reich. La siguiente deportación a gran escala desde Hungría era inminente. Esta vez, al menos, la descripción del trabajo en Alemania no era un eufemismo para las cámaras de gas de Auschwitz. La noticia no se había extendido aún por Hungría, pero las cámaras de gas se habían usado por

última vez el 2 de noviembre de 1944 antes de ser destruidas por orden de Himmler.

Los alemanes no podían seguir ocupando trenes con la deportación de trabajadores judíos. Así que, el 8 de noviembre, la Cruz Flechada comenzó a enviarlos a pie a Hegyeshalom, una ciudad en la frontera entre Hungría y Austria, a razón de 2.000 al día. Eichmann tenía intención de utilizar a los hombres para construir fortificaciones a lo largo de la frontera, y se emplearía a las mujeres en la industria de manufactura bélica alemana. Pero muchos nunca llegaron. Doscientos kilómetros a pie bajo la helada lluvia de

noviembre, sin comida ni ropa de abrigo y, en muchos casos, sin zapatos, equivalen a una descripción del infierno. Se veía a mujeres trastabillando con zapatos de tacón, hombres sin abrigo y, a pesar de las afirmaciones de la Cruz Flechada, muchos niños hambrientos y vestidos con andrajos. Los grupos iban seguidos por gendarmes y guardias de las SS, que golpeaban con la culata de sus rifles a cualquiera que comenzara a quedarse atrás. Las cunetas de la carretera a Hegyeshalom estuvieron muy pronto cubiertas de cadáveres.

Los avances de las tropas soviéticas impulsaron a los suecos a intentar garantizar que los rusos victoriosos no tuviesen dudas en cuanto a su neutralidad.

En los días que siguieron al golpe de Estado de la Cruz Flechada, la legación soviética de Estocolmo recibió del jefe de la división política del Ministerio de Asuntos Exteriores información específica sobre las actividades de Suecia en Hungría. Los funcionarios del ministerio pensaron que era necesario aclarar por completo a los soviéticos que Suecia se distanciaba del Gobierno de la Cruz Flechada y que la legación sueca en Budapest se dedicaba

a trabajos de ayuda humanitaria. Esta postura se hizo incluso más enfática cuando los suecos expulsaron a todos los diplomáticos húngaros que eran leales al régimen de la Cruz Flechada. Entre los así humillados se encontraba László Vöczköndy, quien dos meses más tarde se convertiría en ministro de Exteriores de la Cruz Flechada, lo que no facilitaría la situación en modo alguno a los diplomáticos suecos que estaban sobre el terreno en Budapest.

Después de que Alemania declarase la guerra a la Unión Soviética en 1941 y los diplomáticos soviéticos abandonasen los países aliados de Alemania, la tarea de defender los

intereses rusos había quedado en manos de Suecia. Los asuntos relativos a sus deberes como potencia protectora los gestionaba el agregado Lars Berg, de la división B de la legación, que tenía entonces ocho países a su cargo, dado que hasta los finlandeses habían dejado la ciudad al firmar su armisticio con la Unión Soviética. Cuanto más cerca estaban las tropas rusas, más tareas en nombre de los soviéticos recaían sobre los hombros del joven Berg. Entre otras cosas, el número de prisioneros de guerra rusos en Hungría estaba aumentando exponencialmente.

Lars Berg se había trasladado a la casa abandonada por la legación finlandesa. Allí, su división B compartía espacio con Yngve Ekmark, que gestionaba las operaciones de Raoul Wallenberg en cuanto a la adquisición de provisiones. Lars Berg creó entonces una sección especial rusa en su división, reclutando a varios colegas rusoparlantes para traducir certificados y señales al ruso y actuar como intérpretes cuando llegase el Ejército Rojo.

Eran un grupo pintoresco y variado. Uno de ellos se llamaba Henry Thomsen y afirmaba haber nacido en Noruega, aunque en realidad era originario de la

Unión Soviética. El conde Mijaíl Tolstói-Kutúzov, ciudadano belga residente en Budapest aunque nacido en Rusia, fue otra de las incorporaciones. Lo hicieron responsable del hospital para prisioneros de guerra que los suecos gestionaban en Pest como parte de sus responsabilidades de potencia protectora.

Ni Lars Berg ni Ivan Danielsson parecen haberse detenido a considerar si era acertado admitir a personal soviético en la legación sueca. Solo después de la guerra llegarían los suecos a sospechar que al menos uno de aquellos hombres había sido agente de la inteligencia soviética.

Raoul Wallenberg no había comenzado aún a planificar la llegada de los rusos. Tenía mucho que hacer intentando poner algo de orden en el caos que había estallado entre los judíos bajo protección sueca tras el golpe de Estado de la Cruz Flechada. El dramático acontecimiento lo había obligado a renunciar a todas las normas habituales del contacto diplomático. Como segundo secretario de la legación, comenzó una especie de solo diplomático improvisado muy por encima de su rango. Su persistencia acabaría por abrir puertas a contactos del más alto nivel en la Cruz Flechada.

No fue el único que redobló esfuerzos. El cónsul suizo Carl Lutz se esforzó mucho por sus 8.000 judíos protegidos con certificados palestinos. Los dos colaboraban muy de cerca y estaban en contacto prácticamente a diario: era imperioso que las acciones de los países neutrales estuviesen coordinadas. A pesar de los anuncios de radio, seguía estando bastante poco claro lo que iba a suceder con los judíos protegidos por las potencias neutrales. Y la turba de la Cruz Flechada que recorría en sus vehículos las calles de Budapest significaba que nadie podía sentirse a salvo. Según Per Anger,

Wallenberg fue a menudo la fuerza impulsora de las acciones colectivas de las potencias neutrales.

El sábado 30 de octubre, Raoul Wallenberg y Carl Lutz fueron convocados por el Ministerio de Exteriores húngaro. Les dijeron que el Gobierno de Szálasi estaba dispuesto a considerar permitir a 4.500 judíos con pasaportes protegidos suecos y a 7.000 con certificados palestinos que abandonasen Hungría. Hasta su partida, estos judíos protegidos recibirían el mismo tratamiento especial que antes. Pero había una doble condición para ello: primero, que los 11.500 judíos abandonasen Hungría antes del 15 de

noviembre; y segundo, que antes de esa fecha el Gobierno de la Cruz Flechada esperaba que Suecia y Suiza hubiesen reconocido el nuevo Gobierno de Hungría.

Prometedora como lucía la propuesta, planteaba, sin embargo, demasiados problemas. El reconocimiento del Gobierno de la Cruz Flechada era uno de los más peliagudos. Ivan Danielsson envió telegramas y consultas, pero desde el Ministerio de Exteriores en Estocolmo la respuesta fue inequívoca: el reconocimiento sueco del Gobierno de la Cruz Flechada estaba totalmente descartado.

Otro problema era el número asignado de 4.500 pasaportes protegidos suecos, que ahora aparecía como inalterable en todos los documentos oficiales húngaros y alemanes. En realidad, el número de judíos bajo protección sueca era bastante más alto. Mediante una ingeniosa duplicación de las series numeradas en el registro de pasaportes sueco, la división humanitaria de Raoul había podido mantener el número autorizado mientras doblaba la cantidad de personas bajo protección. Así pues, había dos pasaportes protegidos suecos por cada número. Carl Lutz y sus colegas del «Departamento de Emigración» suizo

habían utilizado el mismo método de series numeradas paralelas en sus documentos de protección. Según el autor Jenő Lévai, a finales de octubre, había 8.000 judíos bajo protección sueca.

Ivan Danielsson estaba cada vez más preocupado por la situación. Los ataques indiscriminados de la Cruz Flechada a los judíos no daban indicios de remitir y, con frecuencia, incluso los que tenían pasaporte protegido sueco eran objeto de ellos. El Departamento Humanitario había conseguido, hasta la fecha, poner a más de un millar de judíos de nuevo bajo protección sueca. En un telegrama enviado a Estocolmo,

Danielsson utilizaba la palabra «terror» y, de nuevo, pedía algún tipo de reconocimiento superficial del régimen por parte de los suecos, de manera que los judíos protegidos pudiesen ser trasladados a Suecia.

Después del golpe de Estado, el Departamento Humanitario tuvo que dejar la mansión de la familia Zwack en la calle Minerva. La plantilla se había desperdigado a los cuatro vientos y Raoul Wallenberg utilizó temporalmente la filial de la casa de la calle Tigris que

habían puesto a su disposición en septiembre. Ahora, se estaban reagrupando.

Suecia era también la potencia protectora de los Países Bajos y fue invitada a ocupar varios pisos de un edificio en Pest, en la avenida Üllői 2-4, que había pertenecido a una aseguradora húngaroneerlandesa, pero que para entonces estaba vacío. Allí, Raoul y su plantilla podían repartirse por varios cientos de metros cuadrados. Muchos de ellos trasladaron a sus familias a los pequeños apartamentos que había en el mismo edificio. Marianne Vaney, entonces era la secretaria adjunta Marianne Bach, recuerda que en cada

apartamento se apiñaban dos o tres familias. Los apartamentos rodeaban un patio abierto, cruzado por pasajes elevados, una construcción tipo galería que se asemejaba a la que Raoul Wallenberg encontraría en la prisión moscovita de Lefórtovo al año siguiente.

El elegante despacho ejecutivo de la aseguradora estaba ubicado en el segundo piso, en la esquina más cercana a la plaza Kálvin («plaza de Calvino»). Disponía de alfombra persa, un gran escritorio flamenco de estilo renacentista y un pequeño retrete con ducha. Tras una puerta secreta había también una gran caja fuerte. Esta magnífica habitación se convirtió en el

impresionante despacho de Raoul Wallenberg, lo que le ofrecía un espacio de trabajo más privado que antes.

Para entrar en la oficina de Raoul, sus colegas tenían que cruzar una sala más grande, en la que estaban Hugó Wohl, Vilmos Forgács y Pál Hegedús. El psicoanalista judío Ottó Fleischmann, que había encontrado plaza como consejero y socio de discusión en el círculo íntimo de Raoul, también trabajaba allí.

El resto del personal se distribuía por el espacio restante. Se dedicaron dos apartamentos vacíos, con líneas telefónicas independientes, al recién establecido servicio de seguridad de

Raoul, el «Protocolo de Protegidos» (*Schützlingsprotokoll*), una organización creada por un oficial de la reserva, que tenía la tarea de hacer un seguimiento de los informes sobre judíos bajo protección sueca que habían desaparecido, rastrearlos y rescatarlos. El nombre venía del hecho de que la unidad debía escribir «protocolos» diarios para Raoul Wallenberg sobre los incidentes, una especie de contabilidad de atropellos. Los miembros del Protocolo de Protegidos podían contar, en sus incursiones más arriesgadas, con el apoyo de gendarmes antinazis que

habían desertado hacía poco, pero las operaciones armadas requerían permiso especial de Raoul Wallenberg.

Raoul incluyó en el Protocolo de Protegidos a algunos amigos que conocía de su época en la Comercial Centroeuropea. Los hermanos Andrés y László Geiger procedían de una rica familia húngara del sector alimentario, e Iván Székely era el hijo del dueño de una gran cadena de farmacias. En total había casi una veintena de personas en este «comando de ataque». Trabajaban en turnos y atendían los teléfonos las veinticuatro horas del día. Cuando había un informe, contactaban con Raoul Wallenberg, que decidía si debían salir

y, si lo hacían, cómo. Fueron varias veces a la fábrica de ladrillos de Óbuda en coches con distintivos diplomáticos y banderas suecas. Cuando comenzaron las marchas de la muerte, conducían cada vez más lejos por la carretera de Hegyeshalom.

Las instrucciones de Raoul Wallenberg para el Protocolo de Protegidos decían que: «Los miembros de esta división deben estar de servicio las veinticuatro horas del día, sin interrupción. Si alguien fracasa, no contará con mucha ayuda; si hace un buen trabajo, no contará con mucha gratitud».

Para Raoul era más común enviar a sus patrullas de seguridad que salir él mismo en misiones de rescate, pero llegó a pasar. Incluso se sacó el carné de conducir húngaro a comienzos de noviembre, muy posiblemente para tener más movilidad. Disponía de dos coches grandes, que los dueños le habían prestado para que no los requisasen: un Studebaker americano granate y un Tatra checo. También había un pequeño DKW para recados. En aquella época, el trabajo de chófer lo compartían el ingeniero Vilmos Langfelder y Tibor Jobbágy, a quien llamaban «Teddy».

Se cuenta que, el 4 de noviembre de 1944, Raoul Wallenberg emprendió una misión de rescate en persona. Ignorando las proclamas del Gobierno, la turba de la Cruz Flechada había detenido a alrededor de un centenar de judíos que estaban bajo protección sueca, y los tenía arrestados en la Gran Sinagoga, en el centro de Pest. Según Jenő Lévai, Raoul Wallenberg se trasladó hasta allí, caminó hasta el altar, mencionó el acuerdo con el Gobierno húngaro, llamó a todos los judíos protegidos suecos y se los llevó con escolta policial.

Si esto es cierto, fue un día ajetreado. Esa misma mañana, la esposa de uno de los colegas judíos de Raoul había dado a luz a una niña en la cama de este. Cuando comenzaron las contracciones, el nivel de tensión en la calle Tigris, donde se alojaba la pareja, había aumentado en gran medida. Se consideró demasiado arriesgado para una mujer judía que intentase llegar a un hospital. Así que llamaron a un médico y Raoul Wallenberg abrió su casa. «¡Se parece a mi abuela!», dicen que exclamó cuando nació la niña. Cuando los padres le pidieron ideas para el nombre, Raoul Wallenberg sugirió que llamasen al bebé Nina o Maria.

La barbarie en las calles de Budapest hablaba un idioma fácil de entender. Solo los ingenuos creían que lo que decía el Gobierno de la Cruz Flechada sobre repatriación y protección especial para los judíos de países neutrales era, de verdad, el final de la historia.

El 7 de noviembre a la hora de cenar, el teniente coronel de la gendarmería, László Ferenczy, convocó una reunión con el Consejo Judío. Ferenczy había sido responsable de los detalles prácticos de las deportaciones récords de Hungría aquella primavera, pero había cambiado de opinión tras la confusión política de julio y se había dirigido al Consejo Judío como

salvador reformado. Ahora, tras el golpe de Estado de la Cruz Flechada, el chaquetero estaba de nuevo con los nazis.

El mensaje de Ferenczy para el Consejo Judío era insidioso. Los judíos bajo protección neutral recibirían el trato especial prometido, pero antes debían ser trasladados a un gueto internacional en particular. Antes del 15 de noviembre, todos serían llevados a casas estrelladas en las proximidades del parque Szent István, al norte de Pest: vecindarios en los que se habían asignado ya casas específicas a los suecos y los suizos.

El Gobierno de la Cruz Flechada había contado todas las excepciones y la reubicación incluiría, según sus listas, a unos 15.000 judíos: 4.500 estaban bajo protección sueca; 7.800, bajo protección suiza; 800, bajo protección española y portuguesa; y 2.500 más estaban bajo protección del Vaticano o contaban como héroes de guerra y tenían, por tanto, la bendición de Horthy. Los judíos que vivían entonces en las casas en cuestión serían expulsados de ellas y llevados al campo de tránsito para su deportación a Hegyeshalom.

Las casas de alrededor del parque Szent István eran, por supuesto, un paraíso en comparación con la fábrica

de ladrillos de Óbuda. Encontrar casas para los judíos protegidos había figurado como primer punto en la lista de prioridades del Departamento Humanitario desde finales del verano, y la cantidad de alojamiento recibida hasta entonces había sido francamente insatisfactoria. Pero esta devastadora noticia evocaba aún horror. Otros judíos tendrían que pagar un alto precio por el trato especial a los protegidos. Y ¿quién sabía cuándo se volverían a vaciar las casas? La orden de traslado resultó coincidir, además, con la primera «entrega» de 50.000 judíos del líder de la Cruz Flechada Szálasi a Eichmann; es decir, la primera marcha de la muerte a

Hegyeshalom. En Budapest, en noviembre de 1944, ninguna reubicación forzosa de judíos era buena noticia.

Pero, puesto que a aquellos que no se hubiesen trasladado antes del 15 de noviembre se los deportaría con toda seguridad, era urgente reubicar a los judíos protegidos rápidamente. Raoul llamó a uno de sus colegas, Rezső Müller, y le pidió que crease una división social separada, en una ubicación cercana a las residencias, y que se hiciese cargo de la cuestión de distribuir las viviendas prometidas.

Müller tuvo que jurar confidencialidad, y Raoul le dijo que su operación de rescate estaba financiada

con dinero estadounidense de la Junta para los Refugiados de Guerra y que esos fondos estaban también destinados a «medidas de ayuda necesarias para el periodo de posguerra». Raoul pidió a su colega que comenzase a planificar una mayor operación de ayuda, que se pondría en marcha cuando los rusos liberasen el país. Esta operación, a la que el personal se referiría como «Institución Wallenberg de Ayuda y Reconstrucción», comenzaría a tomar forma en las semanas siguientes.

Las acciones de la Cruz Flechada estaban llenas de contradicciones. Si lo que sugerían se tomaba al pie de la letra, los 4.500 judíos protegidos suecos que estaban reubicando en ese momento en el gueto internacional abandonarían Hungría de camino a Suecia el 15 de noviembre a más tardar. Ni siquiera la propia Cruz Flechada creía tal cosa. La promesa de su partida parecía retórica húngara vacía, puesto que todo el mundo sabía que eran, en última instancia, los alemanes quienes debían determinar el asunto. Hasta entonces, Berlín había otorgado solo 400 visados de tránsito a judíos bajo protección sueca.

Pero era importante seguir el juego, aunque solo fuese para ganar tiempo. Raoul Wallenberg, en particular, estaba bien preparado para esa tarea. Había recibido una sólida formación en hábil correspondencia burocrática durante sus años en la Comercial Centroeuropea. Ahora escribió una carta diplomática al Ministerio de Exteriores húngaro para informar de que los judíos protegidos suecos comenzarían su viaje a Suecia en tren el 15 de noviembre, justo como se había acordado. Contaba con ser capaz de enviar a unas 300 personas por tren cada dos días, hasta que las 4.500 hubiesen salido del país. Se intuye la astuta sonrisa de Raoul al añadir la

pregunta: «¿Se requiere una licencia de exportación para las raciones alimentarias que los acompañarán en el viaje? La legación tiene la intención de proporcionar al primer tren provisiones para tres semanas».

No había, en realidad, trenes disponibles. Era probable que se repitiese la larga caminata hacia la frontera austríaca.

Los enviados diplomáticos español y portugués habían decidido abandonar Hungría. Solo Suiza, Suecia y Turquía se quedaron. El frente se deslizaba lentamente hacia Budapest. Las tropas alemanas y húngaras estaban huyendo de las fuerzas soviéticas, e incluso el

Gobierno de la Cruz Flechada comenzó a considerar planes de trasladar su sede a una zona más segura, en el oeste de Hungría.

Se preguntó a Ivan Danielsson si la legación sueca se trasladaría en caso de que el Gobierno húngaro fuese evacuado a otro lugar. Él reenvió la consulta al Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo, que simplemente lo instó a seguir en su lugar. Sus superiores parecían incapaces de apreciar en su totalidad las condiciones de Hungría. «Podemos oír el rugido de la artillería. La ciudad está en proceso de ser rodeada y es probable que caiga en

breve», escribió la legación en Budapest en un alarmante mensaje a Estocolmo el 9 de noviembre de 1944.

El servicio de valija entre Estocolmo y Budapest funcionaba aún y, en ocasiones, las entregas contenían cartas privadas para los empleados de la legación. Así fue como Raoul Wallenberg recibió una larga carta de queja de su jefe en Estocolmo, Kálmán Lauer, que lamentaba su agotadora existencia.

Lauer se quejaba de que la promesa que había hecho de dirigir la AB Banan-Kompaniet para Sven Salén significaba

que no tenía tiempo de ocuparse de los negocios de la Comercial Centroeuropea. «Te podrás imaginar cómo, despierto por las noches en la cama, me pregunto qué sorpresas me deparará la mañana y de qué dirección vendrán», escribía Lauer en su letanía.

Así se sentía, probablemente, Raoul Wallenberg en aquella época. Pero por razones completamente distintas.

Lauer no preguntaba cómo le iban las cosas a Raoul. Solo subrayaba que esperaba que pudiese reunirse pronto con él para llevar la AB Banan-Kompaniet juntos. El futuro se veía brillante... si la guerra terminaba por

fin. Lauer escribía sobre la inminente entrega de millones de plátanos, de fruta californiana y de la posibilidad de una licencia para vender cereales Kellogg's.

Pero para eso la AB Banan-Kompaniet necesitaría gente competente, en especial para la planta enlatadora. ¿Podría Raoul estar pendiente de encontrar «un experto en frutas en conserva»? Informó a Raoul de que Soor, del conglomerado Manfréd Weiss, podría, con toda probabilidad, recomendar a «gente particularmente adecuada», a la que se podría ayudar a conseguir documentos de inmigración.

Es difícil, en retrospectiva, descifrar lo que quería decir Kálmán Lauer, en especial teniendo en cuenta que los dos socios habían establecido un código privado. Pero en ese mismo otoño Raoul Wallenberg había negociado con Kurt Becher pasaportes protegidos y visados de emigración para un centenar de empleados con conexiones suecas del conglomerado Manfréd Weiss. Muy probablemente este era otro intento más de Lauer de contratar trabajadores del tipo que había llamado «gente del futuro». No era el único que pensaba así. Ese mismo otoño, el Ministerio de Asuntos Exteriores había sabido, por otra fuente,

de una propuesta de intercambio de productos suecos por un tren de judíos liberados, a la que se adjuntaba una lista de los nombres sugeridos, y en el documento el funcionario del Ministerio de Exteriores había comentado que se trataba de «hombres íntegros».

Es probable que Kálmán Lauer estuviese entre quienes querían aprovechar la desesperada situación húngara en un macabro proceso de selección en el que se diese prioridad de salvación a los judíos húngaros que pudiesen resultar ventajosos para el comercio, la industria y las finanzas suecas. Esto contrastaba marcadamente con el espíritu que sustentaba la misión

de rescate de Raoul Wallenberg. Como observó Per Anger en su libro sobre su época en Budapest, Raoul repetía como un mantra que el Departamento Humanitario no tenía tiempo que dedicar a casos individuales cuando pendía de un hilo la vida de los judíos de la ciudad. Un mes más tarde, Raoul le explicaría esto, con cierta mordacidad, a su socio en una carta.

Por lo demás, los pensamientos de Lauer, como los de todo el mundo en aquel tiempo, se dirigían al este. Le dijo a Raoul que había negociado con la representación comercial rusa en Estocolmo y que había pedido mil kilos de caviar para Navidad. Al parecer,

había en marcha mayores acuerdos, en los que Lauer esperaba la implicación de Raoul. «Si no puedes huir a tiempo, deberás viajar a través de Rusia, Moscú, y sería bueno que pudieses hacer algunas averiguaciones para nosotros», escribió Lauer, no descartando la idea de que pudiese reunirse allí con Raoul. Aunque nunca se lo dijo, durante sus discusiones con los rusos de la representación comercial, Lauer mencionó concretamente la misión de rescate de Raoul para salvar judíos húngaros. Según Lauer, los rusos habían afirmado que Raoul Wallenberg «personalmente, así como su misión, gozaban de su mayor simpatía». Era solo

una verdad a medias, como los acontecimientos dejarían pronto muy claro.

Los elogios de los norteamericanos llovían ahora sobre Raoul Wallenberg. La legación estadounidense escribió una carta especial al subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores expresándole su gran aprecio por las actividades humanitarias del Gobierno sueco «y por el ingenio y el valor que el Sr. Wallenberg ha demostrado a la hora de ofrecer ayuda a los judíos perseguidos».

Estas alabanzas no podían haber llegado en mejor momento. En el ministerio había habido últimamente ciertas quejas sobre las poco habituales transacciones financieras relacionadas con la operación de Raoul, cuyo primer balance no se había considerado satisfactorio.

Incluso Iver Olsen había cuestionado la contabilidad. Además, lo irritaba que Kálmán Lauer se hubiese vuelto a poner en contacto con él para pedir otras 15.000 coronas de parte de Raoul. Resultaba complejo gestionar las transferencias de fondos de los estadounidenses, a través de dos países, a individuos que, en su mayoría,

residían en Budapest. A veces la implicación de los destinatarios en la operación de Raoul Wallenberg no se podía revelar. En dichos casos, una cuenta numerada anónima era lo único con lo que podía contar el banco suizo cuando se le pedía que depositase los francos suizos enviados como pago por los productos o los *pengő* húngaros que Raoul había pedido prestados en Budapest.

No era que el ministerio dudase de la integridad de los negocios de Raoul, subrayaba Engzell en una carta, pero se podía deducir de sus comentarios que consideraba el asunto poco ortodoxo. Toda la operación era una anomalía en

el contexto de las agencias estatales suecas, si bien una que los dirigentes del país no habían dudado en apoyar. La situación era extrema; la solución, temporal; así que no había mucho más que decir. Era simplemente cuestión de que todas las partes implicadas aguantasen hasta que los rusos llegaran y «liberasen» Budapest.

El 13 de noviembre, un total de 27.000 hombres y mujeres habían salido de Budapest a pie para caminar hasta la ciudad fronteriza de Hegyeshalom. Aunque se decía que eran trabajadores húngaros destinados a la industria bélica

alemana, la descripción estaba lejos de ser convincente a la vista de la gran cantidad de niños, ancianos y enfermos que había entre ellos. De vez en cuando llegaban patrullas del Protocolo de Protegidos de Raoul Wallenberg y, o bien recurrían a los pasaportes protegidos de algunos de los judíos, o bien distribuían otros nuevos. Así consiguieron salvar a algunos de los deportados. Los empleados de la «división de emigración» de la legación suiza llevaban a cabo incursiones similares.

Lo que encontraban horrorizaba incluso a los miembros más endurecidos del Protocolo de Protegidos. Uno de los

informes diarios detallaba: «Personas enfermas, hambrientas, miserables, desde niños de doce años hasta ancianas de setenta y cuatro, marchando sin avituallamiento, vestidas con harapos y sucias». Otros atestiguaban las filas kilométricas de esqueletos andantes, con piernas hinchadas y pies despellejados, calzados con zapatos que se caían a pedazos. Muchos judíos se derrumbaban bajo la lluvia helada y eran abandonados para morir de hambre y agotamiento en las cunetas, o los gendarmes y los guardias de las SS les disparaban cuando no podían seguir andando.

Las iniciativas de rescate de suizos y suecos no pasaron desapercibidos en Berlín. Después de solo un par de días, rumores de una «gran fuga» de los caminantes judíos llegaron hasta Joachim von Ribbentrop, que instó a Veesenmayer a tratar el asunto de inmediato con Szálasi y señaló las indeseables consecuencias que había tenido el reconocimiento de los pasaportes protegidos. Dijo a Veesenmayer que recomendase a Szálasi adoptar una postura amenazante hacia los suizos en particular. Von Ribbentrop añadió que Szálasi debía expresarles claramente la gran sorpresa de los húngaros ante tal sabotaje de los

esfuerzos bélicos propios y alemanes, que no casaba bien con su supuesta neutralidad. Poco después, su colega Horst Wagner volvió con una orden clara de que no se permitía a los húngaros aceptar ningún pasaporte protegido: solo creaban problemas, y los países neutrales no habían cooperado con los húngaros ni reconocido su nuevo Gobierno.

Veesenmayer fue diligentemente a ver a Ferenc Szálasi, que se quejó con vehemencia y dijo estar cansado de las intervenciones de suecos, suizos y el nuncio apostólico. Szálasi prometió

convocar una reunión con todos los implicados y dejar muy claro que había llegado a su límite.

Ivan Danielsson, de la legación sueca, habría deseado una vida más cómoda y tranquila en su vejez. Sin embargo, vislumbraba los fogonazos del fuego de la artillería en primera línea, mientras que los suecos se habían deslizado hacia un *impasse* diplomático con Hungría que comenzaba a poner la legación en peligro. Corría el rumor de que la Cruz Flechada atacaría las legaciones neutrales después del 15 de noviembre, como parte de su caza de los judíos que

no habían sido trasladados al gueto internacional. El régimen de Szálasi continuaba exigiendo reconocimiento político y el tono había llegado a ser tan insistente que, si hubiese sido por Danielsson, habría hecho que el Gobierno sueco accediese. De lo contrario, los días de los judíos protegidos estaban contados. Suecia podría, al menos, ofrecer un lenguaje algo más florido que sugiriese un deseo de cooperación, algo semejante a lo que habían hecho los españoles para aliviar su situación, opinaba Danielsson.

Pero el Ministerio de Exteriores en Estocolmo seguía firme en su postura. El reconocimiento no era una posibilidad y,

en cambio, Danielsson recibió la orden de dar largas. El 16 de noviembre, el ministro pudo informar a su país de que, oficialmente, 4.500 judíos protegidos habían sido reubicados en el gueto internacional. Aunque ascendían hasta 15.000 los que Suecia había ayudado a liberar del trabajo forzoso y las deportaciones mediante intervenciones furtivas o acciones del Protocolo de Protegidos.

Al día siguiente, las legaciones neutrales fueron convocadas a una reunión con la Cruz Flechada. Se informó entonces a los suecos de que la partida de los 4.500 se debería únicamente a la evolución de las

relaciones diplomáticas. No habría más pasaportes protegidos. El régimen de Szálasi estaba harto y había decidido reunir a los 70.000-100.000 judíos que quedaban en Budapest en un gran gueto en la zona en torno a la Gran Sinagoga, en el centro de Pest.

Durante el fin de semana siguiente, las ventanas de la casa de la legación sueca en la calle Gyopár estallaron al caer cerca una bomba. Pronto estuvo claro que la Cruz Flechada no iba a dejar a los judíos de las casas protegidas en paz. Habían arrastrado a varios de ellos hasta los sótanos, los habían golpeado hasta cubrirlos de sangre y les habían robado sus

pertenencias. La legación recibió, asimismo, indicios adicionales de que la paciencia de la Cruz Flechada se había agotado. El ministro de Exteriores, Gábor Kemény, perdió los estribos en una reunión privada. Dijo que tenía la intención de llamar a Danielsson muy en breve para explicarle que si el Gobierno sueco no reconocía la Cruz Flechada antes de cierto periodo de tiempo, «todos los judíos protegidos suecos serían [...] ahogados en el Danubio».

Ivan Danielsson encontraba esta información tan alarmante que informó de inmediato a Estocolmo. También pidió que el Ministerio de Exteriores informase a Iver Olsen en la legación

estadounidense. Danielsson suplicó que, al menos, se le permitiese decir a los húngaros que la continua presencia sueca podía ser vista como una forma de reconocimiento. Pero el Ministerio de Exteriores no estaba dispuesto a dejar que la palabra «reconocimiento» saliese de los labios del diplomático.

Las infernales escenas en la carretera de Hegyeshalom habían conmovido incluso a los oficiales de los círculos más cercanos a Ferenczy. El capitán Nándor Batizfalvy de los gendarmes había cumplido su deber como oficial de Ferenczy durante las deportaciones de la

primavera. Se había adaptado convenientemente al acercamiento de su comandante al Consejo Judío durante el verano y, por lo tanto, había colaborado en cierta medida con Raoul Wallenberg. Pero cuando, tras el golpe de Estado de octubre, Ferenczy asumió el papel de ejecutor nazi por segunda vez, Batizfalvy no pudo seguir soportándolo, contactó con Raoul Wallenberg, le dijo lo que sabía de las marchas de la muerte y se ofreció a ayudar en las misiones de rescate de los países neutrales.

El 22 de noviembre, a las seis de la tarde, Raoul invitó a representantes de las legaciones suiza, española y portuguesa a la avenida Üllői para

reunirse con Batizfalvy. Puesto que se han conservado las actas, sabemos que Batizfalvy les dijo que casi 10.000 judíos habían alcanzado la frontera y habían sido entregados a los alemanes. Un número igual había perecido a lo largo de la ruta, según sus cálculos, y unos 13.000 estaban aún en camino. Recibían, como mucho, unos tres o cuatro cuencos de sopa en todo el viaje. A Batizfalvy le había prohibido su comandante, Ferenczy, que liberase a los judíos con pasaportes protegidos, pero explicó que estaba dispuesto a desobedecer la orden, o al menos a intentarlo. En respuesta a una pregunta

directa de Raoul Wallenberg, Batizfalvy contestó que también consideraría la distribución de alimentos.

El acuerdo fue que dos delegados de cada legación se armarían con máquinas de escribir y pasaportes protegidos en blanco y marcharían con el capitán Batizfalvy. Se prepararía a toda prisa un cargamento de raciones en colaboración con la Cruz Roja Internacional, y cinco camiones saldrían de Budapest esa misma noche con alimentos y medicinas para los judíos deportados que recorrían la carretera.

Raoul Wallenberg llevó a Per Anger en su coche, que conducía uno de los miembros más duros del Protocolo

de Protegidos, el hijo de farmacéutico Iván Székely. Siguieron a los camiones, y su primera parada en el camino fueron los llamados «barcos de la muerte». Se trataba de dos gabarras del Danubio en las que los deportados judíos pasaban la noche en medio del frío lluvioso y ventoso de noviembre. Se sabía que muchos se lanzaban voluntariamente por la borda al agua helada para escapar de más sufrimiento. A otros los ayudaban a hacerlo sus brutales guardias.

Los camiones se detuvieron entre la niebla, y se descargaron mantas y cajas de provisiones y medicamentos. Estaba prohibido ayudar a los judíos mientras eran deportados, pero la presencia

autoritaria de Batizfalvy surtió su efecto. Raoul Wallenberg y Per Anger hicieron su papel sobornando a los guardias con ron y cigarrillos. Luego arrastraron comida enlatada y medicamentos hasta los judíos, e incluso les dieron unos tragos de ron. Trabajaron en compañía del personal de la Cruz Roja Internacional y colegas de las legaciones de otros países neutrales, sobre todo los de la activa legación suiza. Pero ninguna otra envió a sus diplomáticos.

El convoy de camiones continuó luego hacia Hegyeshalom. Anger y Wallenberg notaron que muchos de los guardias que acompañaban la marcha de la muerte parecían desmotivados, en

particular los que habían sido reclutados de entre los soldados del ejército regular húngaro. «Vi, por ejemplo, cómo una mujer mayor iba sostenida por un soldado, que le prestaba su brazo para que se apoyase. La sujetaba y caminaban juntos, los dos, él con un rifle a un lado y la mujer al otro», relataría Per Anger más tarde.

Raoul Wallenberg estaba horrorizado. Ocho días en la carretera. No había refugio a lo largo del camino y apenas nada que comer. Uno a uno los judíos de la marcha morían de hambre y enfermedades relacionadas. «En una gabarra [...] hay alrededor de un centenar de personas gravemente

enfermas sin suficiente para comer, sin medicinas, sin médicos y viviendo en condiciones terribles. La gente está tan ida que se ve reducida casi a un estado animal», informó después sin tapujos en una carta de protesta al Ministerio del Interior húngaro.

Describía cómo se habían producido luchas entre la multitud cuando él y Anger intentaban distribuir pequeños paquetes de sándwiches.

En Hegyeshalom, los judíos deportados eran entregados al Sondereinsatzkommando de Adolf Eichmann. De forma más bien sorprendente, un tren estaba esperándolos. Según los suizos

presentes, era Dieter Wisliceny, el colega íntimo de Eichmann, quien contaba a los exhaustos judíos en el andén.

Per Anger recuerda que Raoul Wallenberg llevó consigo al andén un registro de pasaportes protegidos emitidos. Era bastante grande, con tapas negras. Raoul preguntaba por los judíos con pasaportes protegidos suecos y consultaba su lista; a veces se echaba un farol, y otras se refería a pasaportes reales. De esa forma consiguió rescatar a unos cien deportados, a quienes, con ayuda del capitán Batizfalvy, pudieron transportar de vuelta a Budapest.

Luego Per Anger reflexionaría sobre cómo Raoul Wallenberg había sido, tan claramente, el hombre adecuado en el momento preciso en la Budapest de aquel otoño de 1944, aun cuando pocos que lo hubiesen conocido antes lo habrían creído:

Tenía valor, imaginación, y encontraba siempre soluciones. En tiempos de paz, a menudo este tipo de personas no se hace notar [...]. Pero, llegada una situación de guerra, como sucedió en Budapest [...] estas cualidades ocultas salen a la luz [...]. Era una persona muy cálida, pero podía, al mismo tiempo, ser muy formal, un frío organizador y negociador. Y, además, era buen actor. Ya lo creo. Podía

transformarse en [alguien] muy brutal. Cuando hablaba con los alemanes, lo hacía en su idioma [...] y les gritaba.

El capitán Batizfalvy seguiría siendo un contacto muy importante para Raoul Wallenberg. No fue el único oficial de los gendarmes o el ejército que vaciló en su lealtad hacia el régimen de la Cruz Flechada como protesta personal contra las atrocidades. Y la cooperación no carecía de riesgos, tanto para Batizfalvy como para los diplomáticos suecos. Había una fina línea entre sus iniciativas humanitarias y acciones que podrían calificarse de resistencia política.

En aquel momento, el anteriormente fragmentado y débil movimiento de resistencia húngaro cobró fuerza bajo una organización central llamada Comité Liberador de la Sublevación Nacional Húngara (Magyar nemzeti felkelés felszabadító bizottsága, o MNFFB). El investigador sobre Wallenberg Gellért Kovács ha estudiado los contactos del movimiento de resistencia húngara con la legación sueca y estableció que es posible identificar a muchos que, de una forma u otra, tenían una conexión con Raoul Wallenberg.

Estaba Géza Soós, activo en la Iglesia Reformada en Hungría y con un pasado en el Ministerio de Asuntos

Exteriores. Tenía una posición superior en la rama burguesa de la resistencia y, de hecho, Raoul Wallenberg lo había conocido en una cena en casa de Per Anger, uno de sus primeros días en Budapest. Soós se mostraba activo en varios ámbitos. Durante la primavera había proporcionado información a los húngaros exiliados en Estocolmo; entre ellos, al periodista y agregado de prensa Andor Gellért, con quien Wallenberg se había reunido antes de irse.

Tanto Soós como Gellért habían colaborado más tarde, ese otoño, en los diversos intentos de la OSS estadounidense para introducir clandestinamente en Hungría

transmisores de radio. Fue una operación coordinada por la plantilla de la OSS en Estocolmo, incluyendo a Iver Olsen. En un telegrama fechado en noviembre de 1944, la OSS escribió esto sobre Géza Soós:

Solo puede contactarse a través per [sic] Anger, legación sueca Budapest. Raoul Wallenberg misma legación sabrá si no está en ciudad. Soós recibió plan señales sueco, todo asunto administrado por suecs [sic]. Referente plan señales, Nagy, exsecretario legación húngara, debería contactar capitán Thernberg Estocolmo.

No era información inocua si caía en malas manos.

Otro miembro de la rama burguesa del movimiento de la resistencia era el profesor Albert Szent-Györgyi, el nobel que se había escondido en la sala de cifrado de la legación sueca. También había un aristócrata y periodista llamado Gyula Dessewffy, a quien perseguían los alemanes; Raoul Wallenberg lo había escondido durante un par de semanas en una sala de la torre que había al otro lado del jardín de la calle Ostrom.

Per Anger y Raoul Wallenberg no diferenciaban entre los diversos grupos de la resistencia, inconscientes del hecho de que solo la rama comunista de

la sublevación sería considerada aceptable por los rusos que se aproximaban.

Los combatientes de la resistencia también crearon una rama militar con varios de los oficiales de la Cruz Flechada en su núcleo. La idea era organizar un alzamiento armado que coincidiese con la llegada de los rusos. Pero el grupo no tuvo el cuidado suficiente y, en una reunión del 22 de noviembre, la misma tarde en que el convoy de raciones y medicamentos de las legaciones neutrales partía para Hegyeshalom, los oficiales al mando fueron detenidos por la Cruz Flechada. Los ejecutaron una semana más tarde.

La responsabilidad de la rama militar recayó entonces sobre un capitán de la unidad de defensa llamado Zoltán Mikó, de quien se dice que fue tanto antinazi como nacionalista húngaro, por lo que llevaba un doble juego. Al mismo tiempo que Mikó se ganaba la confianza de la Cruz Flechada organizando la Guardia Nacional húngara, estaba formando células de la resistencia dentro de la sección armada del comité de liberación. No era difícil, puesto que muchos miembros del ejército tenían una actitud escéptica hacia el nuevo Gobierno. Entre otras cosas, habían asignado a Mikó la tarea de organizar una especie de milicia local, llamada

KISKA, en todos los distritos de Budapest. Algunas de esas unidades estaban formadas casi exclusivamente por combatientes de la resistencia. Se calcula que Zoltán Mikó contaba con 800 resistentes armados listos a finales de noviembre.

Un colega de Zoltán Mikó ha descrito el cercano contacto de Mikó con Raoul y su división humanitaria. Mikó se encargó de que las casas suecas en Pest recibiesen entregas de alimento del avituallamiento militar. Decía que fue gracias a la intervención de Mikó que los gendarmes proporcionaron guardias armados a las nuevas oficinas del Departamento Humanitario en la

avenida Üllői. El mismo colega afirmó también que Mikó transportaba documentos sensibles desde y hacia la caja fuerte de Raoul Wallenberg. Mikó habría sabido, por tanto, que, entre todos los documentos sobre los atropellos de la Cruz Flechada, Raoul guardaba testimonios de emigrantes polacos sobre el asesinato sistemático de oficiales polacos en Katyn a manos soviéticas, en la primavera de 1940. Se dice que dichos informes fueron encontrados por soldados soviéticos durante el asedio de Budapest, aunque no ha podido ser confirmado. Zoltán Mikó fue ejecutado por los rusos, en Odesa, en 1945.

Quedarse en Budapest a finales de 1944 era extremadamente peligroso. Pero era ya solo cuestión de semanas que los rusos llegasen y Raoul hubiese completado su tarea. Los diplomáticos de la legación sueca no podían imaginar que los rusos hicieran otra cosa que aplaudir la misión de rescate y entender las tácticas que se habían utilizado.

Por otro lado, había una guerra mundial aún en plena furia, y cada vez aparecían en la agenda y la libreta de direcciones de Raoul Wallenberg más nombres que habrían despertado sospechas no solo en la Cruz Flechada y entre los nazis, sino también entre los rusos. Raoul no dudaba en negociar con

el enemigo. Muy al contrario, esto era parte fundamental de su audaz estrategia. Entre sus contactos contaba ahora con el ministro de Exteriores del Gobierno de la Cruz Flechada, el oficial de gendarmes Batizfalvy, el emisario de Himmler Kurt Becher, e incluso con el propio Adolf Eichmann, de quien tenía no menos de tres números de teléfono anotados.

Per Anger ha relatado que Raoul no solo habló por teléfono con Eichmann, sino que también se reunió con él en persona, algo que Anger evitó. Acordaron en su división interna del trabajo que Raoul sería el «no

diplomático», que podría actuar extraoficialmente y, por tanto, de forma más osada.

Las relaciones entre Raoul Wallenberg y Adolf Eichmann no parecen haber sido particularmente cordiales. Rezső Kasztner, uno de los sionistas de la «división de emigración» de Carl Lutz, fue testigo de uno de los muchos estallidos furiosos de Eichmann hacia finales de noviembre. Esta vez fue por «el abuso de pasaportes protegidos». El malhumorado Eichmann gritó que haría a Carl Lutz y Raoul Wallenberg, «el representante de la Cruz Roja sueca», pagar sus escandalosas acciones.

Dos de los colegas diplomáticos de Raoul Wallenberg en la legación sueca de Budapest, Göte Carlsson y Lars Berg de la división B, han descrito en entrevistas y memorias cómo, obedeciendo órdenes de Raoul, organizaron una cena para él y Adolf Eichmann, de la que dicen que tuvo lugar durante la segunda mitad de noviembre de 1944. Göte Carlsson recordaba esta cena unos veinte años después, cuando lo entrevistaban para un documental:

Hubo discusiones contundentes aquella noche, en especial entre Wallenberg y Eichmann, y recuerdo muy bien cómo

Wallenberg —y, en realidad, todos nosotros— fuimos hasta la ventana que daba al este y donde el cielo y el horizonte estaban completamente rojos por el fuego de artillería rusa [...]. Allí, en la oscuridad, y con un gesto hacia la proximidad de los rusos, Wallenberg discutió con Eichmann para que este pusiese fin a aquellas deportaciones sin sentido.

Según Lars Berg, Eichmann terminó la discusión en aquel punto diciendo que haría todo lo que estuviese en su mano para frustrar los planes de Raoul Wallenberg, y que el pasaporte diplomático sueco de este no lo protegería si Eichmann consideraba

necesario quitarlo de en medio: «Siempre puede ocurrir un accidente, incluso a un diplomático neutral — cuenta Berg que dijo. Y añade—: Con estas palabras, Eichmann se levantó para irse, pero en absoluto airado. Con la inquebrantable cortesía del alemán educado, se despidió de Raoul agradeciéndonos a todos la más deliciosa de las veladas».

Los expertos en Wallenberg debaten si fue realmente Adolf Eichmann la persona con quien se reunieron Lars Berg y Göte Carlsson aquella noche. Para entonces, Eichmann estaba gravemente alcoholizado y casi siempre ebrio. Sus frecuentes estallidos

de ira eran bien conocidos e inspiraban terror, algo que no encaja con la descripción de «la inquebrantable cortesía del alemán educado». Muchos creen que es probable que la persona en cuestión fuese, por el contrario, el más refinado Kurt Becher. Hay algo que decir a favor de esto. Raoul Wallenberg lo había invitado a cenar ya una vez, aunque Becher había cancelado la cita en el último minuto. Es también relevante que Raoul Wallenberg había tratado con Becher en noviembre sobre negociaciones para «comprar» visados de tránsito a Suecia para 400 judíos con pasaportes provisionales suecos.

Sin importar a quién se enfrentara Raoul Wallenberg en aquella cena en particular, el relato de lo que se dijo encaja bien con lo que Eichmann había expresado por entonces sobre el secretario de la legación sueca. Y las cosas iban a empeorar.

TREINTA Y UNA CASAS Y
DIEZ MIL ESTÓMAGOS
QUE ALIMENTAR

Las nuevas oficinas del Departamento Humanitario estaban situadas en el ajetreado sur de Pest, un ambiente urbano bullicioso, que contrastaba

profundamente con los jardines exuberantes de las mansiones aristocráticas de Buda. Se tardaba unos quince minutos en llegar allí caminando desde la legación de la calle Gyopár. Para hacerlo, había que bajar la colina, pasar por la división B de los suecos en el edificio de la legación finlandesa, por delante de las piscinas al aire libre del hotel Gellért, y cruzar el puente Szabadság («puente de la Libertad»), donde ya no había tantas parejas de enamorados como antes. Al otro lado del Danubio, se continuaba por delante del gran mercado, hasta llegar a la plaza Kálvin. Allí, en el edificio de la

esquina, a mano derecha de la plaza, trabajaban ahora Raoul Wallenberg y su departamento.

Las oficinas de Üllői 2-4 eran enormes en comparación con la casa de ladrillo de la calle Minerva. Según Marianne Vaney, había también un ambiente más sobrio que el acostumbrado en las oficinas de Buda. No era solo resultado de las circunstancias cada vez más infernales: las salas eran más oscuras, las interacciones menos íntimas, y las dos entradas a la zona de oficinas solían estar vigiladas, a menudo por gendarmes

armados. Además, el sistema de calefacción central y agua caliente se estropeó pasado un tiempo.

La operación de ayuda de Raoul había continuado ampliándose y, con más de 300 empleados, se la consideraba ahora toda una industria. Las distancias dentro de la organización, por supuesto, crecieron, como lo hicieron el grado de sospecha y la necesidad de confidencialidad. Los colegas que podían dejarse caer por la oficina de Raoul Wallenberg en aquellos días se contaban con los dedos de una mano. Lo fundamental entonces era el trabajo intenso y centrarse en la tarea

entre manos si los empleados querían mantener el ritmo cada vez más frenético de Raoul.

Se habían puesto treinta y una casas del gueto internacional que estaba junto al parque Szent István a disposición de los 8.000-9.000 judíos bajo protección sueca. Todas estaban marcadas con placas extraterritoriales suecas y debían ser consideradas territorio diplomático de Suecia. Valdemar y Nina Langlet habían recibido otras ocho casas para los 2.000 judíos protegidos de la Cruz Roja sueca, pero seguían siendo escasísimas para tanta gente. Los suizos tenían el doble.

El colega de Raoul responsable de asuntos sociales, Rezső Müller, había preparado dos oficinas de vivienda para distribuir apartamentos. Pero luego estaba todo lo demás que necesitaba autorización, en gran parte también para las casas de la Cruz Roja: los asuntos de seguridad, la provisión de raciones alimentarias, el almacenamiento de víveres, las zonas de cocina comunes, la inspección de las casas, el servicio de correo, la contabilidad, el archivo, las cuestiones de personal, el cuidado de los niños, los asuntos legales y todos los problemas técnicos, como la calefacción de las viviendas o la reparación de las ventanas rotas.

El Departamento Humanitario abrió una nueva oficina en el interior del gueto internacional (calle Tátra 6), así como dos sucursales en la ya establecida casa sueca en Pest (calle Jókai 1 y calle Arany János 16). Era una tarea inmensa. Se estaba construyendo toda una sociedad, con la población de una pequeña ciudad sueca. Esta proeza tendría que realizarse en las circunstancias más difíciles imaginables. El personal aumentó hasta más de 350 personas.

Para cada casa se designaron un conserje y su subalterno, que serían responsables de poner en práctica todas las directrices de la sede central de

Raoul. También debían llevar registros detallados de los residentes, de forma que no se pudiese acusar a los suecos de llenar las casas con personas ajenas a los judíos protegidos aprobados.

Se designaron inspectores especiales, a cada uno de los cuales se asignaron cuatro casas, con la tarea de reunir todos los registros y redactar informes diarios para la oficina de Raoul. Cada mañana se enviaba una valija con correo y mensajes de la avenida Üllöi a las tres sucursales. Cada noche, los mensajeros hacían el mismo viaje, esta vez para transportar los informes diarios a la sede central desde las oficinas que estaban sobre el terreno

y desde el gueto. En vista de todas las turbas impredecibles de la Cruz Flechada que rondaban la ciudad, estos viajes suponían arriesgar la vida.

Todos los días se celebraban en la avenida Üllői reuniones matinales en las que se discutían los informes diarios y las preguntas que llegaban desde el terreno, y se tomaban decisiones.

Erzsébet Nákó mantenía el cada vez mayor archivo de documentos y cuentas en su residencia de Buda, en un gran archivador con puerta de persiana, en el sótano a prueba de bombas del edificio medieval. También se ocupaba del dinero para gastos menores. El contable del Departamento Humanitario

estaba en Pest y autorizaba las órdenes de pago que los mensajeros podían luego hacer efectivas con la condesa Náκό, en Buda.

La distribución de alimento era quizá el reto más enojoso. Los judíos del gueto internacional no podían sobrevivir sin aprovisionamiento del exterior. Solo se les permitía moverse libremente por la ciudad durante una hora al día, más o menos, y dentro del gueto sus cupones de racionamiento no llegaban demasiado lejos. El Departamento Humanitario estaba preparado para esto. A comienzos de octubre, Raoul Wallenberg

había pedido al cónsul Yngve Ekmark que adquiriese y almacenase artículos de primera necesidad. Este trabajo había superado sus expectativas gracias al generoso respaldo financiero de Iver Olsen. Ahora había ya suficiente comida a mano para mantener a setecientas personas durante tres meses. Se habían llevado varias toneladas de productos enlatados, salsa de tomate, judías, galletas, leche en polvo y sopa a los tres almacenes que el Departamento Humanitario de Raoul había logrado asegurarse. Incluso habían llenado a reventar el sótano de Danielsson, en la legación sueca, de patatas, arroz, latas de comida y otros alimentos básicos.

No se puede descartar que Sven Salén y la enlatadora alimentaria Svenska Globus AB se aprovecharan, de alguna manera, de los enormes pedidos de Raoul para las casas protegidas suecas. Uno de los colegas de Raoul señaló que los alimentos enlatados que se llevaban al gueto eran, a menudo, de la marca Globus, por lo general elaborados y vendidos en Hungría por la planta enlatadora Manfréd Weiss, aunque se comercializaban también en Suecia. Se fabricaban allí mediante un acuerdo de licencia con la Svenska Globus AB, una empresa que los húngaros habían comenzado con la AB Banan-Kompaniet de Sven Salén. Hay

varios indicios de que el grupo Manfréd Weiss había transferido una gran parte de sus acciones a la empresa sueca antes de la ocupación.

Es muy probable que Sven Salén y Lauer, que nunca perdía de vista el negocio y dirigía Svenska Globus aquel otoño, vieran la segura oportunidad financiera que suponía el apoyo estadounidense para alimentar a los judíos bajo protección sueca. Pero se puede argumentar, asimismo, que es más probable que fuese solo gracias al pasado profesional de Raoul Wallenberg que el Departamento Humanitario

tuviese la oportunidad de adquirir tanta comida como necesitaba en una Hungría desprovista.

La fábrica de enlatado húngara seguía siendo la piedra angular del imperio Manfréd Weiss, que ahora dirigía el oficial de las SS Kurt Becher. Este había llegado al punto de instalarse en las oficinas de la empresa, donde se lo podía considerar alto ejecutivo. Al mismo tiempo, era el enviado de Himmler con la tarea de negociar un acuerdo en el que los judíos se salvaran a cambio de dinero o mercancías.

A finales de noviembre, Raoul Wallenberg había vuelto a iniciar tales negociaciones con Kurt Becher, esta vez

para «comprar» un viaje a casa para los 400 judíos protegidos que tenían pasaportes provisionales auténticos. El precio se había fijado en 1.000 francos suizos por persona. Raoul Wallenberg había llegado incluso a contactar con la Cruz Roja Internacional, con el fin de pedir ayuda para encontrar escoltas que pudiesen proteger al grupo en los trasbordos en Viena. Había recogido también todos los pasaportes provisionales y los había dejado en la legación alemana para que los visasen.

El mayor almacén de comida estaba en el complejo de la fábrica de chocolate y azúcar Stühmer, en la calle Szentkirályi, a unas manzanas de la oficina de la avenida Üllői. Se enviaban mensajeros varias veces a la semana con pedidos autorizados. Gábor Forgács, que era uno de ellos, recuerda cómo llenaban los carros con los productos de la lista y luego tenían que llevarlos de vuelta cruzando la ciudad, hasta el depósito de recogida del gueto internacional.

La escasez de alimento se agudizó pronto, en especial en el gueto principal, al que habían trasladado a los otros 100.000 judíos de Budapest. A finales de noviembre, el miembro del Consejo

Judío responsable de la distribución de alimentos llamó a Raoul Wallenberg y le pidió ayuda. Iban a necesitar provisiones por valor de unos 500.000 *pengő* al día para mantener la hambruna a raya. El Consejo Judío recibía ayuda de la Cruz Roja Internacional, pero no era suficiente. A petición de Raoul, Ivan Danielsson envió de inmediato un telegrama a Estocolmo pidiendo una nueva inyección mayor de efectivo de la cuenta de la Junta para los Refugiados de Guerra. Raoul había calculado que serían necesarios otros 450.000 francos suizos (casi 890.000 euros actuales) para el gueto principal.

El Ministerio de Asuntos Exteriores contactó con el Stockholms Enskilda Bank, pero no está claro si se llegó a transferir la suma a la cuenta especial de Raoul Wallenberg. Como otros grupos, el Departamento Humanitario aportaría, a pesar de ello y con los medios de que disponía, provisiones para los hambrientos del gueto principal. Era una tarea difícil, puesto que los guardias de la Cruz Flechada que vigilaban el exterior del gueto paraban todas las entregas de comida. Las raciones para los más de 100.000 judíos del gueto principal eran de hambre: apenas 690 calorías al día.

La gente moría de inanición. El gueto principal se convirtió en una trampa mortal superpoblada.

En el Departamento Humanitario se tenía mucho cuidado con el inventario de las provisiones. Según Gábor Forgács, era imposible llevarse tan siquiera un huevo. En los archivos del Ministerio de Exteriores hay listas de inventario detalladas del 1 de diciembre de 1944 dignas de verse. Todas las cantidades de guisado de carne en lata, sacos de patatas, sopa de lentejas, *goulash* y cientos de otros artículos se listan casi al gramo.

Dicen que Raoul Wallenberg dijo una vez a su secretaria: «Solo puedo trabajar bien cuando hay orden a mi alrededor». Había, desde luego, orden, y él trabajaba con ahínco. Sus colegas darían testimonio más adelante de la altísima capacidad de trabajo de Raoul Wallenberg y de cómo les resultaba cada vez más difícil seguirle el ritmo. Pero también los inspiraba y motivaba su nivel de ambición. Los arrastraba y podían, a sus órdenes, llevar a cabo «tareas que antes habían considerado imposibles». Sabían que, para él, esa palabra no existía: «Bajo su influencia, la plantilla superaba su miedo y sus dudas, totalmente comprensibles, e

intentaba, por el contrario, alcanzar resultados con los métodos de Wallenberg».

La responsabilidad de la distribución de alimento recayó en los conserjes, a los que se exigía que llevaran sus cuentas de forma igual de minuciosa. Pero no era posible para todos los judíos protegidos cocinar en las condiciones de superpoblación en las que vivían. Por tanto, se organizó una cocina a gran escala, con cazuelas industriales, donde todos los días se preparaban desayunos, almuerzos y cenas para 1.500 personas. El pan fue un

problema durante mucho tiempo, hasta que se decidió comenzar sesiones de horneado diarias en una fábrica.

Raoul y sus colegas más cercanos parecen haber pensado en todo. Se pedía a los conserjes que designasen personas en cada casa con la tarea de arreglar las tuberías, cerraduras o ventanas rotas. Organizaron la distribución de combustible, residencias especiales para los ancianos y guarderías para los niños. Raoul estableció también un almacén de ropa, en el que quienes lo necesitasen podían recibir ropa usada y zapatos, que un zapatero de entre los

judíos protegidos le proporcionaba. La organización de toda la operación era una tarea de primer orden administrativo. Y aun así fue solo más tarde, cuando se añadió la asistencia médica, cuando Raoul Wallenberg mostró la plenitud de sus habilidades.

Solo en un ámbito se relajó Raoul, por no decir que fue conscientemente descuidado, a medida que avanzaba el tiempo. Los ataques violentos sin sentido de las turbas de la Cruz Flechada le habían hecho replantearse el asunto de los pasaportes protegidos. Las casas protegidas suecas no estaban, en ningún caso, a salvo. Antes de que hubiese pasado apenas tiempo, la Cruz

Flechada había detenido a varios cientos de personas con pasaportes protegidos suecos, las habían arrastrado hasta su cuartel y las habían apaleado. Raoul Wallenberg acribilló al Ministerio de Exteriores húngaro con cartas de protesta sobre el asunto, pero estaba claro que no iban a seguir respetando las normas.

Públicamente, frente a los inspectores de la Cruz Flechada, mantuvieron los aspectos formales del proceso de pasaportes protegidos tan rigurosos como siempre. Pero en el Departamento Humanitario tenían claro que habían bajado sobremanera el nivel. Ahora no solo los solicitantes buscaban

parientes en las guías telefónicas de Estocolmo. El propio Raoul enviaba telegramas a Kálmán Lauer pidiendo nombres de suecos que pudiesen fingir ser parientes de judíos que los precisaban. Lauer llamaba entonces a antinazis conocidos de Estocolmo y les decía que necesitaba telegrafiar «parientes suecos para veinticinco personas» a la mañana siguiente. Se instaló una imprenta sencilla en la avenida Üllöi y se creó una especie de «pasaporte de campo», que las patrullas del Protocolo de Protegidos podían emplear en situaciones tensas.

Todavía a comienzos de noviembre escribió Ivan Danielsson a Estocolmo quejándose del obstinado delegado de la Cruz Roja Valdemar Langlet, que no dejaba de producir documentos de protección. Ahora, las restricciones de la disciplinada operación de Raoul también se redujeron. Este hecho que no se limitó a los suecos. Raoul estaba en contacto diario con la legación suiza, bien con el propio Carl Lutz o con los sionistas Miklós Krausz y Rezső Kasztner, con su tapadera del «Departamento de Emigración». Su operación de rescate también se había trasladado desde el antiguo edificio de la legación y se ubicaba ahora en la

llamada Casa de Cristal, una antigua fábrica de vidrio a unas calles de allí. En la legación suiza decían haber emitido hasta 65.000 documentos de protección de diversos tipos. A Raoul le dijeron que los suizos tenían 26.000 judíos viviendo en sus casas protegidas junto al parque Szent István.

Para quien estaba cerca de Raoul Wallenberg, es evidente que se había producido un cambio significativo en él tras su misión en la carretera de Hegyeshalom. El hombre que volvió no era el mismo. Había una nueva oscuridad, que se hizo más profunda con los ataques de la Cruz Flechada a los judíos en las casas suecas protegidas.

Hasta finales de noviembre, Vilmos Forgács y Hugó Wohl habían seguido sistemáticamente los requisitos y las rutinas de inspección establecidos por Raoul para la gestión de los pasaportes protegidos. Gábor Forgács ha descrito cómo su padre y Wohl estaban en una reunión alrededor de esa época, como era habitual, rodeados de solicitudes que debían separar entre aceptadas y rechazadas. Entonces entró Raoul Wallenberg en la habitación y les pidió que lo dejaran. Dijo: «Si alguien consigue llegar hasta nuestra puerta y presentar una solicitud de pasaporte protegido, la respuesta, a partir de ahora, será siempre sí».

Los judíos deportados a los que el Protocolo de Protegidos salvaba de las marchas de la muerte estaban, a menudo, tan demacrados y exhaustos que no podían sobrevivir sin cuidado hospitalario. Uno de los últimos días de noviembre llegó una llamada de emergencia a la oficina de Raoul Wallenberg en la avenida Üllői. El hospital que habían estado usando había superado su capacidad y los rechazados corrían peligro de pasar la noche en el patio.

Raoul decidió vaciar seis apartamentos en la calle Tátra 14-16, una de las casas bajo protección suecosuiza. «Prácticamente en el curso

de un par de horas, transformó los apartamentos de la calle Tátra en un hospital, con muebles de residencias privadas y equipo prestado de otros hospitales públicos de Budapest», relataría más tarde uno de sus colegas. Se preparó un hospital con cincuenta camas, una instalación que tendría que triplicar pronto su capacidad.

Por casualidad, Raoul había enviado solo unos días antes a una patrulla del Protocolo de Protegidos a salvar a unos médicos judíos. Llevaban desde el verano ocupados en trabajos forzosos en un hospital militar, pero entonces la Cruz Flechada los había detenido. Había sido el propio jefe del

hospital quien había notificado a Raoul Wallenberg que se habían llevado a los médicos a la fábrica de ladrillos de Óbuda. Le preocupaba que para entonces ya estuviesen de camino a Hegyeshalom.

Raoul activó una de las unidades de patrulla del Protocolo de Protegidos y la reforzó con un antiguo gendarme armado, probablemente sobornado. Puesto que uno de los médicos era cuñado de Vilmos Forgács, Wallenberg pidió al hijo de este, Gábor, que los acompañase para ayudar a identificarlos. La patrulla condujo varias decenas de kilómetros a lo largo de la marcha de la muerte, en el pequeño

DKW del Departamento Humanitario, disfrazado ese día con banderines rojiblancos de la Cruz Flechada. Cuando Gábor divisó a su tío al lado de la carretera, se detuvieron. El gendarme uniformado hizo un numerito para los guardias de la Cruz Flechada, acercándose al médico y comenzando a darle patadas. «Tú, ¡levanta!». El tío, profesor y experto en enfermedades respiratorias, vio a Gábor y lo entendió. Pero su colega, un profesor de Cirugía, sucumbió a un ataque de llanto ante el mismo tratamiento. Estaba histérico cuando, con golpes fingidos, fue llevado hasta el vehículo de la «Cruz Flechada». Pero la «detención» era uno de los

procedimientos estándares del Protocolo de Protegidos de Raoul Wallenberg y les salvó la vida.

El profesor de Cirugía se llamaba Lipót Schischa y fue el hombre al que dieron la responsabilidad de dirigir el «Hospital Sueco» del Departamento Humanitario en la calle Tátra. Para ayudarlo, contaba con unos cuarenta médicos con pasaporte protegido y al menos un número igual de enfermeras. Escribieron listas del equipo y los medicamentos que necesitaban. Increíblemente, llegó casi todo. Un testigo ha afirmado que «Wallenberg hechizaba a sus colegas con su personalidad. Los motivaba hasta el

punto de que pudieron, en el menor tiempo posible y como por arte de magia, proporcionar el equipo, las medicinas y la comida a pesar de las circunstancias completamente imposibles». El propio Raoul logró obtener el instrumental quirúrgico. Una hazaña que debe de haberse visto facilitada por el hecho de que uno de los colaboradores del Protocolo de Protegidos, Iván Székely, era farmacéutico y el hijo del dueño de una gran cadena de farmacias. No pasó mucho tiempo hasta que la plantilla del hospital pudo colgar una señal en la que

se leía: «El Hospital Sueco está abierto. Goza de extraterritorialidad diplomática».

La Cruz Flechada sospechaba de las llamadas «órdenes de recuperación» que el Protocolo de Protegidos aplicaba en las marchas de la muerte. El Departamento Humanitario sabía que corría el riesgo de que volviesen a deportar a quienes habían sido recuperados. Entonces, Raoul Wallenberg tuvo una idea. Si extendían el rumor de que había fiebres tifoideas entre los recuperados, la Cruz Flechada los dejaría, probablemente, en paz. Incluso se presentó en el Hospital Sueco con un paciente tifoideo falso. Los

médicos se alarmaron de lo que la Cruz Flechada haría a los judíos protegidos suecos si les decían que tenían fiebre tifoidea. Consiguieron convencer a Raoul de que cambiase la enfermedad a disentería.

Los incidentes violentos empezaban a ser tan frecuentes y graves que Raoul Wallenberg sintió la necesidad de comenzar a documentarlos. Era peligroso tomar fotografías, pero los grupos más activos de la resistencia habían estado ya registrando secretamente los crímenes de la Cruz Flechada y habían escondido las fotos

para su investigación tras la guerra. Raoul también creyó que las imágenes podían convencer a los apoyos norteamericanos del valor de su trabajo.

En algún momento anterior, Per Anger había emitido un pasaporte temporal sueco a Pál Veres, fotógrafo judío de la corte de Horthy que conocía a numerosos suecos y había tomado fotos para la legación. El fotógrafo de la corte no estaba disponible, pero Raoul Wallenberg se había hecho cargo de su hijo de diecisiete años, Tamás Veres, después del golpe de Estado de la Cruz Flechada en octubre, y le había encargado la tarea de tomar fotografías para los pasaportes protegidos.

Con diciembre acercándose, Raoul Wallenberg recibió malas noticias, lo que, por otro lado, le brindaría una oportunidad de llevar a cabo la mencionada tarea de documentación. En Budapest aún se apresaban judíos para las unidades de trabajo forzado ocupadas en la defensa de la ciudad. Raoul Wallenberg había cedido, en una fase previa, y permitió que algunos judíos protegidos fuesen destinados a una de esas unidades, la Unidad de Mano de Obra Sueca. Estaba compuesta por varios cientos de personas y hasta entonces, con algunas excepciones, la mayoría había estado a salvo. Pero entre el 28 y el 29 de noviembre, el

Sondereinsatzkommando de Adolf Eichmann llamó a todos los judíos protegidos por Suecia de la unidad a la estación de ferrocarril de Józsefváros. Los iban a deportar a Hegyeshalom, junto con otros 17.000 forzados a trabajar.

Raoul Wallenberg se lanzó al trabajo burocrático. Desenterró una vieja nota diplomática de su intensiva correspondencia con el ministro de Exteriores. Utilizándola como base, reclamó que aquellos obreros «suecos» no podían, de ninguna manera, ser «prestados a los alemanes» y que debían permanecer a disposición de la legación sueca. Por tanto, hizo un trato con el

comandante de gendarmes Ferenczy, según el cual la legación sueca enviaría un «comité de legitimación» a la estación de Józsefváros, «compuesto por mí mismo y dos funcionarios de la legación. Este comité determinará quiénes de los que esperan deportación están en posesión, o lo han estado, de un pasaporte protegido o provisional. Una vez que hayan sido identificados, dichos individuos dejarán la unidad y serán transportados bajo escolta adecuada a una de las casas protegidas».

La mañana del 28 de noviembre, Tamás Veres recibió una nota de la secretaria de Raoul Wallenberg. En ella, Raoul había escrito: «Reúnase conmigo

en la estación de Józsefváros. Traiga su cámara». Tamás metió su Leica en la bolsa y tomó el tranvía a la estación, que se había convertido, hacía poco, en nuevo punto de reunión para las deportaciones.

Los rumores sobre las horribles marchas de la muerte habían llegado a Berlín y, para entonces, las descripciones despertaban objeciones incluso en la capital alemana. Himmler estaba últimamente más preocupado por la imagen de Alemania que por el exterminio de los judíos. Acababa de ordenar que se desmantelasen las cámaras de gas de Auschwitz. Los judíos que recorriesen doscientos

kilómetros a pie y sin alimento con aquel frío gélido no serían capaces de trabajar. Sin la solución que ofrecía Auschwitz, se convertirían únicamente en una carga para los alemanes, o eso argumentaba la oficina de Himmler. Para suavizar estas críticas, Eichmann había conseguido liberar algunos trenes de Viena y tenía la intención de transportar 17.000 obreros a Alemania en vagones sellados.

La estación de tren de Józsefváros estaba rodeada de gendarmes y miembros de la Cruz Flechada. Tamás Veres ocultó su cámara con la bufanda y se acercó a los guardias. Para poder pasar, habló alemán con acento sueco y

afirmó que era diplomático de la legación y que tenía que ver a Raoul Wallenberg. Lo dejaron entrar.

Allí, entre la niebla de noviembre, habían comenzado ya a cargar los furgones. Tamás divisó a Raoul, que estaba organizando una mesa y unas cuantas sillas para la «legitimación». Los registros de los pasaportes protegidos, encuadernados en un gran volumen negro, estaban sobre la mesa. «Todos aquellos que me pertenezcan, que formen una fila aquí. Lo único que tienen que hacer es mostrarme su pasaporte protegido sueco», gritó Raoul, según Tamás. Otro de los colegas de Raoul caminó junto a los vagones y

explicó que todos aquellos con pasaporte protegido sueco debían presentarse para su identificación y esperar en fila. A Tamás Veres, Raoul le susurró: «Tome tantas fotos como pueda».

Tamás caminó hasta el Studebaker granate de Raoul Wallenberg, donde esperaba el chófer, Vilmos Langfelder. Sacó una navaja e hizo una abertura en su bufanda para la lente, antes de volver a esconder la cámara. Luego, se paseó tan tranquilo como pudo y, a través de la bufanda, tomó fotos de lo que estaba viendo. Fue especialmente cuidadoso cuando reconoció a uno de los inspectores de las SS de Eichmann, el

Hauptsturmführer («capitán») Theodor Dannecker. Tamás lo había visto en persona antes, cuando el alemán acudió a su padre para que lo fotografiase de uniforme.

Raoul Wallenberg no se contentó con sentarse a la mesa con el registro de pasaportes protegidos. Como recuerda Tamás Veres, se abrió paso entre la multitud que esperaba en el exterior de los vagones: «Usted, tengo su nombre, ¿dónde está su documento?». Hombres desconcertados metían la mano en el bolsillo y mostraban cartas de cualquier tipo a Raoul. «Estupendo. ¡Siguiente!»

Según Tamás Veres, consiguieron salvar a casi 500 personas antes del final del día. Los liberados pudieron entonces cruzar Budapest hasta las viviendas protegidas, escoltados por la Policía.

Al día siguiente, Raoul y sus colegas volvieron a la estación. Tamás Veres fue bastante más osado esta vez. Entre los judíos de la multitud, descubrió a muchos húngaros conocidos y a algunos amigos, a los que agarró espontáneamente y arrastró hasta la fila que había frente a Raoul Wallenberg. Según él mismo, al final fue tan atrevido

que subió a uno de los vagones y saltó sobre el candado, de forma que la puerta se abrió y la gente salió en tropel.

Un gendarme descubrió lo que estaba haciendo. Rugió y apuntó al joven con su arma: «¡Alto!». Entonces, Raoul Wallenberg se metió el registro negro bajo el brazo y el «comité de legitimación» sueco se marchó rápidamente, sin haber obtenido este segundo día el éxito del primero.

Se afirma que, de los 17.000 que habían sido convocados en la estación de Józsefváros aquellos días, solo los 500 judíos protegidos por Suecia consiguieron escapar.

El *Hauptsturmführer* Theodor Dannecker era un nazi de pura cepa que había servido como «experto en judíos» en la unidad asesina de Eichmann tanto en Francia como en Italia. El monumental atrevimiento de Raoul Wallenberg en la estación de Józsefváros lo enfureció, algo que no intentó ocultar ante su superior. La noticia amargó a Adolf Eichmann. Ya frustrado por las acciones de Wallenberg y las otras legaciones neutrales, ordenó a Dannecker que devolviese el golpe con redadas en el gueto internacional.

El mes de diciembre comenzó con una nueva serie de aterradores ataques a las casas suizas y suecas. Bautizados como «inspecciones», los llevó a cabo la Policía local. En una de las casas de la calle Tátra, por ejemplo, cincuenta y cuatro residentes fueron detenidos y llevados a la fuerza, con los brazos sobre la cabeza, a la plaza Teleki, que se había convertido en uno de los muchos «puntos de reunión y saqueo» de la Cruz Flechada. En otra de las casas suecas se ordenó a todas las mujeres de menos de cincuenta años y a todos los hombres de menos de sesenta que «se preparasen para un largo viaje» y se reuniesen en el patio. En una tercera casa, treinta y ocho

personas fueron llevadas a un pueblo fuera de Budapest y sufrieron palizas durante cinco días.

Y así continuó. No pasaba un día sin nuevos asaltos. A veces las patrullas del Protocolo de Protegidos conseguían rescatar a los detenidos; otras, no.

Durante un tiempo no supieron cómo acabar con este violento giro de los acontecimientos. Aunque Raoul Wallenberg había conseguido hacerse buen amigo de la esposa del ministro de Exteriores, la baronesa Elizabeth Kemény-Fuchs, había perdido, por desgracia, aquel acceso especial al Gobierno de la Cruz Flechada. La baronesa estaba embarazada y su marido

la había enviado al Alto Adigio a finales de noviembre. Pero la red de contactos de Raoul no acababa en la baronesa. A pesar de su bajo rango diplomático, Wallenberg había visitado a un sorprendente número de ministros húngaros después del traspaso de poderes.

No obstante, ante el terror diario que sus protegidos se veían obligados a aguantar, presionar al Gobierno ya no era suficiente. Se hizo cada vez más necesario crear contactos sobre el terreno, entre la Policía, los gendarmes paramilitares y la milicia local de la Cruz Flechada. Raoul Wallenberg parece haber seguido un enfoque de

varias vías. Bombardeó el Ministerio del Interior con cartas de protesta contra la violencia, mientras, al mismo tiempo, enviaba patrullas de seguridad adonde fueran necesarias. También comenzó a realizar inspecciones diarias él mismo. De esta forma, los nombres y los rostros de Wallenberg y sus colegas acabaron por ser tan conocidos entre los oficiales de campo de la Cruz Flechada como lo habían sido entre los afligidos judíos.

Según el autor Jenő Lévai, Raoul salía cada mañana a hacer una ronda por la fábrica de ladrillos de Óbuda y el punto de reunión de la plaza Teleki. Visitaba las casas suecas, así como el gueto principal, donde la reubicación

había acabado y se estaba trabajando para construir un muro alrededor de la zona. Las condiciones en este gran gueto escapan a toda descripción.

El gueto internacional se encontraba en el decimotercer distrito de Budapest. El inspector de la Policía local en aquella zona se llamaba Zoltán Tarpataky. Se había mostrado accesible antes y había intentado dar a los colegas de Raoul aviso por adelantado de posibles amenazas. El 3 de diciembre recibió una orden inquietante. Tarpataky debía ordenar diariamente, a partir de entonces, a trescientos judíos de las casas suecas —cien mujeres y doscientos hombres— que se

presentasen para trabajos forzados, y ponerlos a disposición de la «unidad de mano de obra alemana».

Enfrentado a esta clara amenaza de deportación, Raoul Wallenberg echó mano de su mejor arma: la astucia burocrática. Negoció *in situ* con el inspector de Policía Tarpataky y le propuso una solución intermedia. Raoul prometió proporcionarle trescientos obreros cada día, siempre y cuando obtuviese un recibo por cada uno de ellos y la promesa de que los devolverían puntualmente a las viviendas suecas cada noche. Tarpataky no solo aceptó el pacto, sino que lo cumplió. Wallenberg se ganó tal respeto

del inspector de Policía que, en lo sucesivo, este comenzó a ayudarlo siempre que podía.

Cualquier tipo de trabajo forzado traía consigo grandes riesgos y Raoul Wallenberg lo sabía. Así que creó un nuevo documento, que podría servir como garantía adicional para los judíos bajo protección sueca:

La Real Legación Sueca en Budapest certifica, por el presente documento, que, nacido/a el día del año en (nombre de la madre:), y que demuestra su identidad con el pasaporte protegido número, queda, por la norma del Real Ministro de Defensa Húngaro número 152 730/eln

42/1944 y este acuerdo complementario y debidamente autorizado, retirado del servicio.

Budapest, a 4 de diciembre de 1944,
Raoul Wallenberg. Secretario de
Legación.

Sonaba convincente, pero no era nada más que otro farol. La norma en cuestión concernía, en realidad, a algo totalmente distinto, aunque confiaba en que la Cruz Flechada no tendría tiempo de verificarlo. Los miembros del Protocolo de Protegidos habían comenzado, asimismo, a participar en esta clase de osado artificio, y a menudo aparecían en sus redadas de rescate

vestidos de sacerdotes o con uniformes de la Cruz Flechada, con brazaletes rojiblancos.

Por desgracia, también había reveses. Una noche de diciembre, el Departamento Humanitario recibió un informe sobre un tren de carga, con judíos en vagones sellados, que llevaba aparcado varios días en una estación a las afueras de Budapest. El informante habló de condiciones indescriptibles. Los prisioneros del tren no habían recibido alimento desde hacía días. Raoul Wallenberg organizó rápidamente una entrega de comida y condujo hasta allí con un colega. Les permitieron distribuir la comida, pero no pudieron

llevarse a ningún judío protegido por Suecia. Raoul informó de que había cincuenta vagones, con varios millares de deportados, entre ellos muchos con pasaportes protegidos suecos. El Departamento Humanitario luchó varios días y consiguió la ayuda del capitán de gendarmes Batizfalvy, como había hecho para la misión de Hegyeshalom. Pero fue en vano. Al final, tristemente, oyeron la noticia de que el tren de carga había partido con suerte desconocida.

Estas misiones a la desesperada eran cada vez más numerosas, y los reveses angustiosos. Para entonces, todo se centraba en ganar tiempo y esperar la liberación. Lamentablemente, estaba

tardando más de lo que habían creído. Las tropas rusas se habían retrasado al encontrar inesperadamente una rígida resistencia en el último acercamiento a Budapest. Pero nadie dudaba de que llegarían y de que la misión de Raoul terminaría pronto.

Los estadounidenses parecían ver las cosas de la misma forma. El jefe de la Junta para los Refugiados de Guerra en Washington, John Pehle, escribió a Raoul Wallenberg personalmente, agradeciéndole su «importante y difícil trabajo» y que llevara a cabo la tarea con tal «devoción personal»:

Creo que nadie que haya participado en esta gran misión puede evitar estar ligeramente frustrado, visto que, por circunstancias que escapan a nuestro control, nuestros esfuerzos no han alcanzado el éxito completo. Por otro lado, ha habido logros apreciables a pesar de los obstáculos que se han debido sortear, y estamos convencidos de que usted ha hecho una enorme contribución personal al éxito conseguido en tales empresas. En nombre de la Junta para los Refugiados de Guerra, quiero expresarle nuestro más profundo agradecimiento por su espléndida cooperación y por el vigor y el ingenio que ha aportado a nuestra iniciativa humanitaria común.

La carta fue enviada a la legación estadounidense en Estocolmo el 6 de diciembre. No se sabe por qué —pudo ser la guerra o, simplemente, la cercanía de la Navidad—, pero Herschel Johnson no consiguió enviar la carta de Pehle al Ministerio de Exteriores antes del 30 de diciembre. Por lo tanto, es bastante seguro que Raoul Wallenberg no tuvo nunca la oportunidad de leerla.

Los diplomáticos suecos no podían saberlo, pero la última valija desde la legación de Budapest hacia Estocolmo salió el viernes 8 de diciembre. Había una cantidad considerable de correo

para el Ministerio de Exteriores de parte de Raoul Wallenberg. Aparte de su informe habitual sobre la situación de los judíos húngaros, enviaba también un balance financiero del Departamento Humanitario, exacto a 15 de noviembre. Incluía el inventario más reciente de alimentos adquiridos, la lista de personal en la que constaban sus entonces 335 empleados (salvo los alrededor de 40 médicos y conserjes), así como una descripción detallada de las transferencias realizadas a través de Suiza.

En vista de las circunstancias, la disciplina de su burocracia es casi sobrenatural.

Hasta aquel punto, el Departamento Humanitario había comprado comida por valor de casi 2.000.000 *pengö*, escribía Raoul Wallenberg, una suma equivalente a unas 250.000 coronas suecas (unos 475.000 euros actuales). Raoul señalaba que la mayoría de los judíos estaban completamente arruinados tras su traslado a los guetos y que el caso estaba, en su opinión, al borde de convertirse en catastrófico.

Con todos los familiares, tenía un total de 700 individuos viviendo en el edificio de Üllöi 2-4. Esta vez no disfracó el número: admitió, simplemente, que tenían al menos 7.000 personas viviendo en sus casas

protegidas y que había otras 2.000 en la casa de la Cruz Roja sueca. Bajo el epígrafe de «resultados conseguidos», Raoul Wallenberg escribió que habían salvado a 2.000 personas gracias a misiones de varios tipos llevadas a cabo por las patrullas de rescate, «de las cuales, unas 500, de Hegyeshalom». El Departamento Humanitario había logrado, asimismo, que el ministro de Defensa emitiese una orden de que todos los judíos con papeles extranjeros que estuviesen en unidades de mano de obra debían ser devueltos a Budapest. «Después de que un militar, enviado en

uno de los coches del departamento, distribuyese la orden, regresaron unos 15.000 judíos», anotó.

En el paquete de correo enviado al Ministerio de Exteriores incluyó algunas de las fotos tomadas por Tamás Veres durante su reciente misión de rescate.

Raoul consiguió escribir sus dos últimas cartas personales a Suecia antes de que el correo saliese de Budapest. Ambas estaban redactadas en alemán, pues no tenía tiempo de otra cosa, y las mecanografió *Frau* Falk. Una estaba dirigida a Kálmán Lauer. Raoul contaba a Lauer que a algunos de sus parientes les había dado trabajo en la legación y escribía también sobre un par de

familias a las que había protegido de la misma forma. Le pedía que no le enviase más peticiones de ese tipo, pues no tenía tiempo que dedicar a casos concretos. La situación en la ciudad era «peligrosa en extremo», escribió Raoul. Dijo a su socio comercial que su plan era pasar otro par de meses en Budapest tras la llegada de los rusos y comenzar «una organización para la devolución de la propiedad judía». Para concluir, pedía a Lauer que preguntase una vez más a Jacob Wallenberg sobre el trabajo de Huvudsta, «visto que habré estado lejos tanto tiempo». Raoul quería recibir un telegrama con la respuesta al asunto.

La carta a su madre, Maj von Dardel, también la dictó en alemán. Esto es lo que escribió Raoul Wallenberg:

KÖNIGLICH SCHWEDISCHE
GESANDTSCHAFT
(LEGACIÓN REAL SUECA)

Budapest, 8 dic. 1944

Queridísima mamá:

No sé, realmente, cuándo podré redimir mis pecados. Hoy parte otra valija y, una vez más, todo lo que recibiréis de mí son unas pocas líneas apresuradas.

La situación es interesante y peligrosa, la cantidad de trabajo que tengo es casi inhumana. Bandas de delincuentes rondan la ciudad, dando palizas, maltratando y disparando a la gente. Solo entre mi

personal, he tenido 40 casos de rapto y agresión. Considerándolo todo, sin embargo, tenemos la moral alta y estamos felices de seguir luchando.

He enviado un telegrama en el que accedo a la propuesta de instalarme en el apartamento de los Lagergren. Las condiciones deben ser como sigue: mi apartamento será alquilado por una agencia, para lo que el Sr. Eriksson debe dar su aprobación. Además, te pido que contrates con Freys Express toda la mudanza. No quiero cargar a nadie con ella, así que todo el asunto debería dejarse en manos de Freys Express.

Día y noche oímos los disparos de los rusos que se acercan. La operación diplomática se ha avivado mucho desde la llegada de Szálasi. Represento a la legación entre los ministros casi en

solitario. Hasta este momento, he visitado más de 10 veces al ministro de Exteriores, 2 al presidente ministerial en funciones, 1 al ministro de Servicios y Suministros, 1 al ministro de Economía, etc.

Tengo una amistad bastante buena con la esposa del ministro de Exteriores. Desgraciadamente, se ha marchado a Merano.

La escasez de alimentos en Budapest es grave. Pero hemos acumulado reservas respetables de productos justo a tiempo. Después de la invasión, tengo la sensación de que será más difícil llegar a casa, así que creo que no podré volver a Estocolmo hasta Pascua. Pero son todo conjeturas. Nadie sabe aún cómo evolucionará la ocupación. Lo que es seguro es que intentaré comenzar a pensar en el viaje a casa tan pronto como sea posible.

Hoy es imposible todavía hacer planes. Estaba convencido de que estaría con vosotros para Navidad. Por eso es así como debo enviaros mi felicitación navideña y mis mejores deseos para el nuevo año. Con suerte, la tan ansiada paz ya no está tan lejos.

Queridísima mamá, te envío otras 2 fotos, que son bastante recientes, en las que estoy sentado a mi escritorio, rodeado por mis colegas y mi personal.

Con todo este trabajo, el tiempo vuela, y me pasa también bastante a menudo que me invitan a cenar y me sirven cochinitillo y otras especialidades húngaras.

Mamá querida, me despido por hoy. Tienen que preparar ya la saca de correo. Te envío recuerdos y mis más cálidos y efusivos besos para ti y para toda la familia.

2 fotos R. Wallenberg

Muchos besos a Nina y a la nena

P. S. Es muy probable que me quede aquí durante bastante más tiempo.*

Iósif Stalin estaba decepcionado con el general Rodión Malinovski, que pese a dirigir una de las más formidables unidades del Ejército Rojo, el Segundo Frente Ucraniano, había avanzado asombrosamente despacio hacia la capital húngara. El cuartel general de los soviéticos había convocado también, por lo tanto, al general del Tercer Frente Ucraniano, Fiódor Tolbujin.

Las fuerzas del general Tolbujin se aproximaban a Budapest desde el suroeste; las de Malinovski, por el este. Llevó tiempo, pero poco a poco rodearon la capital húngara, en una ofensiva que se caracterizaría tanto por la competición como por la cooperación entre ellos. Malinovski, que acababa de cumplir cuarenta y seis años, no estaba nada satisfecho con la perspectiva de compartir la gloria de conquistar Budapest. Tolbujin era un adversario difícil. Era unos años mayor y un general muy respetado, conocido por su tranquilidad, su minuciosidad y su capacidad para llevarse bien con los demás.

Después, muchos observarían que los diplomáticos extranjeros de las zonas de la ciudad a las que llegó primero Tolbujin corrieron mejor suerte que los de Pest, que habían recibido, por el contrario, a las fuerzas de Malinovski.

Los soldados húngaros y alemanes huyeron precipitadamente ante los tanques soviéticos. A comienzos de diciembre, comenzaba a parecer cada vez más probable que las batallas finales se librasen en las calles de Budapest. Sobre el terreno, la opinión era que semejante situación debía evitarse, y que debía respetarse la ciudad. Los oficiales alemanes habían

rogado a sus comandantes, como en la batalla de Stalingrado, que les permitiesen retirarse en caso de que se rompiesen las líneas de defensa de alrededor de Budapest. Pero Hitler fue implacable. Su duro mensaje fue que no se perdería ni una casa de Budapest sin lucha, sin importar el coste en destrucción material o vidas civiles. A ojos de Hitler, Budapest era un fuerte.

Para mediados de diciembre de 1944, la Unión Soviética había tomado dos tercios de Hungría. En la ciudad de Debrecen, al este del país, los comunistas y socialdemócratas húngaros habían comenzado a preparar un Gobierno provisional, con

representantes de las regiones ocupadas, que entraría en funciones después de la invasión.

El ministro de Exteriores soviético, Viacheslav Mólotov, había enviado una vanguardia de comunistas húngaros que habían estado viviendo en la Unión Soviética. Serían necesarios: el Partido Comunista húngaro era aún un movimiento débil, de apenas 4.000 miembros en 1944. Este Gobierno provisional húngaro competía con los mandos del ejército del general Malinovski por las habitaciones del mejor hotel de Debrecen, el Arany Bika («Toro de Oro»).

Raoul Wallenberg hacía, asimismo, proyectos de futuro para después de la invasión soviética. El plan de ayuda de posguerra sobre el que había escrito en la carta a Kálmán Lauer comenzaba a tomar forma. Tal y como la veía Wallenberg, tal ayuda incluiría no solo a los judíos protegidos por Suecia y sus parientes deportados, sino también a todos los demás judíos y a los 200.000 húngaros que habían huido a Occidente durante la guerra. Se los repatriaría, se les daría trabajo y se ayudaría a los que estuviesen en la miseria a recuperarse. Se devolverían los objetos de valor confiscados a los judíos por los alemanes.

Raoul Wallenberg

consideraba esta tarea parecida a la contribución heroica del explorador noruego Fridtjof Nansen, quien, tras la Primera Guerra Mundial, había organizado el viaje a casa de cientos de miles de refugiados y prisioneros de guerra.

Esta vez, Raoul Wallenberg quería crear una organización de ayuda privada, no relacionada con la legación sueca y las restricciones impuestas por el protocolo diplomático. Ya a finales de noviembre había encargado a su colega Rezső Müller que trazase planes para ella. Entonces, en diciembre, la idea fue intensamente discutida en el círculo interior de Raoul Wallenberg.

Pero el bullicio de la atestada oficina de la avenida Üllői no permitía discreción. En consecuencia, había pedido a Müller que encontrase otra ubicación, donde quienes estuviesen enterados pudiesen dedicarse en paz a los detalles.

La opción fue el Hazai Bank («banco nacional»), en el centro de Pest. Estaba en la plaza Vörösmarty a solo unas calles al norte de la avenida Üllői, junto al Café Gerbeaud, la exclusiva confitería de Budapest.

Con las tropas soviéticas aproximándose, el Hazai Bank, como otros bancos, había recibido órdenes de entregar el oro, el efectivo y las divisas al banco central húngaro. Puesto que

toda actividad normal había sido suspendida, el director del banco estaba dispuesto a alquilar toda la planta de oficinas del tercer piso a Raoul y sus asociados. También tendrían acceso a un refugio antiaéreo en las cámaras acorazadas del banco. Izaron una bandera sueca fuera y el banco se convirtió en otra de las muchas sucursales del Departamento Humanitario.

Después de que los diplomáticos españoles y portugueses hubiesen abandonado Hungría, solo Suecia, Suiza, Turquía y el nuncio apostólico habían conservado su representación. Incluso el enviado suizo, Jäger, abandonó entonces

Budapest, aunque sus subordinados se quedaron; entre ellos, el colaborador de Raoul Wallenberg, el cónsul Carl Lutz, y el cada vez más activo secretario de legación Harald Feller.

A cualquiera que contase el número de casas que lucían banderas suecas en Budapest debe de haberle parecido que Suecia había ampliado su representación diplomática en Hungría. Surgieron preguntas en la Unión Soviética. La legación soviética en Estocolmo envió una nota diplomática al Ministerio de Asuntos Exteriores pidiendo una explicación de por qué los suecos habían seguido en Budapest cuando todos los demás diplomáticos se habían

ido. ¿No decía Suecia que había roto relaciones diplomáticas con la Cruz Flechada? El ministerio respondió diciendo que Suecia seguía allí por dos razones: para proteger a los judíos húngaros de los que era responsable y para continuar su trabajo como potencia protectora de varios países, entre ellos la Unión Soviética.

Ivan Danielsson y su segundo, Per Anger, se encontraban con el agua al cuello en sus juegos diplomáticos con el régimen de la Cruz Flechada. Raoul Wallenberg participó a menudo en las tensas negociaciones con un papel

protagonista, según Anger. La falta de comprensión de sus jefes en Estocolmo les estaba haciendo la vida muy difícil. No parece que el ministro de Exteriores, Christian Günther, y sus colegas más cercanos entendiesen del todo la clase de delincuentes a los que se enfrentaban, ni que la propia legación sueca había sido objeto de repetidas amenazas.

Por ejemplo, a comienzos de diciembre la Cruz Flechada había trasladado, por motivos de seguridad, la sede del Gobierno a la ciudad de Szombathely, en la frontera con Austria. Cuando los suecos obviaron la orden de acompañarlos, la Cruz Flechada les hizo saber que lo consideraba un acto hostil.

Los suecos quedaron perplejos, por lo tanto, cuando no mucho después recibieron una invitación a una caza de jabalíes con Ferenc Szálasi. Debían presentarse en el Ministerio de Asuntos Exteriores húngaro «vestidos de abrigo, con prendas apropiadas para cazar». Los suecos intuyeron que algo se cocía y evitaron enviar una respuesta. Más tarde los informaron de que el plan de la Cruz Flechada había sido secuestrar a los diplomáticos suecos y llevarlos por la fuerza a Szombathely.

La Cruz Flechada se hizo cada vez más agresiva en cuanto a la continua negativa de los suecos a otorgar reconocimiento diplomático a su

régimen. Llegaba un indicio tras otro con la amenaza de que la legación y la Cruz Roja suecas podían contar con una respuesta violenta si Suecia no cedía. Ivan Danielsson ya había enviado un telegrama a Estocolmo advirtiendo de que eso podía significar el asalto a las casas suecas y violencia contra los judíos protegidos por Suecia. Pero hasta entonces el Ministerio de Exteriores solo había contestado que consideraría la cuestión; como si se tratase, nada más, de un asunto diplomático corriente y moliente.

El 11 de diciembre, Ivan Danielsson fue convocado para ver al ministro de Exteriores, Gábor Kemény,

que expresó con considerable disgusto su perplejidad ante el hecho de que Suecia no hubiese reconocido aún el nuevo Gobierno húngaro. Informó a Danielsson de que el régimen de la Cruz Flechada tenía la intención de evacuar a todos los judíos de Budapest, incluyendo los que se encontraban bajo protección sueca. También pidió que Hungría fuese compensada por la brutal manera en que Suecia había deportado en octubre a los diplomáticos de la Cruz Flechada de Estocolmo.

Ivan Danielsson entendió esto como un ultimátum. Envío un nervioso telegrama a su país explicando que era realmente necesario dar una respuesta a

la cuestión del reconocimiento en un plazo de un par de días. Si la respuesta sueca era no, temía que las relaciones se romperían por completo, con consecuencias imprevisibles. Ivan Danielsson y sus colegas creían que reconocer el régimen era un precio barato por salvar vidas. Pero la respuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores fue lacónica y bastante poco útil: «Debería intentar usted evitar que la cuestión alcance un punto crítico».

El primer ataque llegó la noche del 14 de diciembre. Poco después de medianoche, la Policía y la milicia

entraron a la fuerza en uno de los locales de la Cruz Roja sueca que estaban fuera del gueto internacional. Detuvieron a todo el personal húngaro y a los judíos protegidos. A la vez, el Gobierno de la Cruz Flechada envió una nota diplomática formal a la legación sueca. Se informaba a los diplomáticos de que las actividades de la Cruz Roja sueca quedaban prohibidas en lo sucesivo. La razón que dieron fue que la organización de ayuda sueca había distribuido indiscriminadamente pasaportes protegidos y había acumulado, asimismo, provisiones que necesitaban los ciudadanos de Hungría. No podían seguir tolerándolo.

Según el escritor Jenő Lévai, fue Raoul Wallenberg quien se acercó en mitad de la noche a la casa de la Cruz Roja tomada. Consiguió convencer a la Policía de que debía, como mínimo, conducir a los judíos que tenían cartas de protección de Langlet al gueto internacional. Pero sacaron a rastras al personal y lo encarcelaron. Al día siguiente, la Policía volvió y se llevó provisiones, medicamentos y los archivos de la Cruz Roja sueca en su totalidad. Dijeron, más tarde, que habían encontrado documentos muy incriminatorios para los suecos.

Aunque Nina y Valdemar Langlet no estaban allí y consiguieron eludir el ataque, estarían a partir de entonces «indefensos contra todo tipo de ataques futuros», como escribió Valdemar Langlet en sus memorias. Continuaron su trabajo en la medida que les fue posible, aunque en adelante estarían, por lo general, escondidos en un sótano de la avenida Üllöi.

Un Ivan Danielsson muy agitado llamó a la legación sueca en Berlín, que transfirió su llamada de emergencia al Ministerio de Exteriores. No obstante, ni siquiera entonces encontró apoyo ni comprensión. El mensaje telefónico que,

ese mismo día, se envió como contestación a Budapest a través de Berlín ordenaba:

No habrá cambios en la cuestión del reconocimiento. Debe decidir por sí mismo si las circunstancias justifican la marcha de la legación o sus miembros. Proteste contra el ataque al local de la Cruz Roja. Las operaciones de la Cruz Roja pueden terminar si usted, tras consultar con sus representantes, no encuentra posible que continúen.

Los diplomáticos suecos en Budapest se sintieron abandonados. Hasta entonces, su parecer propio había sido que los representantes de Suecia no

podían dejar Hungría. Se corría el riesgo de que aquello provocase que miles de judíos bajo protección sueca fueran enviados a una muerte segura. Pero ahora estaba claro que hasta la vida de los diplomáticos podía estar en peligro.

Tras la intervención de Raoul Wallenberg en la estación ferroviaria de Józsefváros, alguien había intentado atropellarlo varias veces. Los que estaban a su alrededor creyeron haber reconocido el gran coche del *Hauptsturmführer* Theodor Dannecker y advirtieron a Wallenberg. El aviso

estaba justificado. El día después del ataque a la Cruz Roja sueca, Adolf Eichmann perdió los estribos frente a uno de los empleados de esta. Visiblemente airado, dejó claro que tenía la intención de «pegar un tiro a ese perro judío de Wallenberg».

Es muy probable que el errático y borracho Eichmann fuese más volátil de lo habitual en aquella época. Su conflicto con el representante de Himmler, Kurt Becher, había alcanzado su punto álgido. Becher había reaccionado a las marchas de la muerte de Hegyeshalom diciendo a su colega que tenía que poner fin a aquel «éxodo miserable de judíos de la ciudad».

Eichmann se negó y la situación comenzó a ser insostenible. A los dos les habían ordenado que acudiesen a una reunión con Himmler. Hay relatos contradictorios de lo que se dijo exactamente durante aquel encuentro, pero es seguro que el jefe de las SS reprendió a Eichmann de alguna forma. Cuando regresó a Budapest, la ciudad estaba rodeada casi por completo por el Ejército Rojo. Por mucho que Eichmann hubiese querido continuar las deportaciones, le iba a resultar prácticamente imposible.

Fue durante este periodo cuando ocurrió el arrebato contra Raoul Wallenberg. Que la operación de rescate

del secretario de la legación sueca irritaba al frustrado oficial de las SS no era una novedad. Pero no se podía desestimar la claramente articulada formulación «pegar un tiro a ese perro judío de Wallenberg» como un comentario incidental fruto de la ira. Otros colegas de la legación podían testificar que habían oído al representante de Eichmann decir algo por el estilo. Además, uno de los empleados húngaros de Raoul Wallenberg había recibido un disparo en el puente de las Cadenas, junto con tres miembros de su familia, antes de ser lanzados todos al Danubio.

Esta vez, el Ministerio de Exteriores en Estocolmo tomó en serio la preocupación de Danielsson. Se pidió a Arvid Richert, en Berlín, que contactase de inmediato con el Auswärtiges Amt, transmitiese su protesta y solicitase que se ordenase a la unidad de las SS de Eichmann que respetase al personal de la legación. Era domingo, así que Richert visitó a un funcionario del ministerio alemán en su casa. Al principio, el alemán había intentado quitar importancia a todo el asunto, recordando a Richert el dicho «perro ladrador, poco mordedor» y sugiriendo que, seguramente, Eichmann no había querido decir de verdad lo que

había dicho. Pero hizo lo que el sueco le solicitó y envió un telegrama a Budapest censurando la reacción de Eichmann.

El enviado alemán en Budapest, Edmund Veesenmayer, se puso de parte de Eichmann. Informó a Berlín de que últimamente este y sus colegas habían «tenido a menudo razones para la crítica justificada» a la «oficina judía» de la legación sueca y, en particular, a Raoul Wallenberg. Según Veesenmayer, Raoul Wallenberg se había «interesado hasta un nivel desacostumbrado por los judíos húngaros a los que se ordenaba servir en unidades de mano de obra en la frontera». Veesenmayer afirmaba que Raoul Wallenberg, «con métodos

absolutamente ilegales, había intentado sacarlos [a los judíos] de la fuerza de mano de obra legal repartiendo pasaportes protegidos».

Todo el asunto parece haber terminado, en cualquier caso, con Adolf Eichmann recibiendo una reprimenda del Auswärtiges Amt.

Solo quedaba una semana para Navidad. En Estocolmo, la mayor parte de las familias había encendido la tercera vela de Adviento y comenzaba a pensar en los adornos navideños. Los diplomáticos suecos de Budapest estaban muy lejos de ese ambiente.

Recibían recordatorios diarios de que su servicio para Suecia en Hungría ponía en peligro su vida.

Un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores húngaro dijo a la legación que el reciente ataque contra la Cruz Roja sueca había sido solo el comienzo. La Cruz Flechada quería «aniquilar la operación sueca» como castigo por el hecho de que tantos judíos estuviesen residiendo ilegalmente en casas suecas, y porque Suecia había humillado a los diplomáticos húngaros en Estocolmo.

Al día siguiente, la Cruz Flechada forzó su entrada en una casa sueca con señal extraterritorial, en la que vivían

empleados del Departamento Humanitario con sus familias. Les robaron todos los objetos de valor. Cuando los matones salían del edificio, dijeron a las familias que la Cruz Flechada no «preveía un futuro brillante» para los suecos.

Hasta entonces, Ivan Danielsson había creído que los diplomáticos suecos no podían abandonar Budapest sin que se considerase una provocación contra el Gobierno de la Cruz Flechada. Los suecos habían estirado las formalidades tanto como habían podido para favorecer la impresión de que seguir allí se podía entender, en sí mismo, como una forma de reconocer el

nuevo régimen. «Si nos hubiésemos ido, se habrían dado cuenta de inmediato de que todo había sido un enorme farol — explicó Per Anger en una entrevista televisada muchos años más tarde—. Y habrían enviado a miles de judíos bajo protección sueca a una muerte segura.»

Pero ¿de verdad podía Danielsson exponer a toda la representación sueca al peligro? Después de la amenaza de que la operación sueca iba a ser «aniquilada», la legación comenzó a discutir tímidamente su marcha. Al mismo tiempo, estaba claro que era mera cuestión de días que el Ejército Rojo tomase Budapest, después de lo cual las amenazas de muerte de

Eichmann y los ataques de la Cruz Flechada serían historia. ¿Cómo percibirían los rusos el asunto si los suecos huían con el enemigo en el momento de la liberación?

No era una decisión fácil para el alto diplomático de sesenta y cuatro años, quien hubiese preferido pasar sus últimos días de servicio en alegres cócteles y no en medio de una atroz guerra mundial. Puede que pareciese exhausto, pero no le faltaba valor. Según Per Anger, no hubo nunca la más mínima duda de que se quedarían. A comienzos de diciembre, el enviado había instado a las secretarías suecas a volver a su país, pero eso era todo. Birgit Brulin había

obedecido, pero Margareta Bauer se quedó, argumentando que quería «vivir algo emocionante».

Así que los diplomáticos suecos se prepararon para resistir. Durante algún tiempo, Raoul Wallenberg había alternado entre diferentes residencias para complicar las cosas a quienes lo perseguían. Además de la mansión de la calle Ostrom, tenía acceso a otra casa en la colina que había tras el palacio. Pero a veces pasaba la noche en el Hazai Bank o en algún otro lugar. Raoul había metido algunos artículos de primera necesidad, incluidas varias latas de comida, en una mochila que siempre llevaba consigo. Y pidió a sus colegas

que llevasen siempre botas, como él. Había visto suficientes zapatos hechos trizas en las marchas de la muerte a Hegyeshalom para darse cuenta de lo mucho que un detalle así podía decidir el destino de una persona. «Nunca sabemos si estas marchas se repetirán, así que todo el mundo tiene que estar preparado», era su mensaje. Dicen que siempre llevaba la pistola que había comprado en Nybrogatan antes de irse de Estocolmo.

Raoul Wallenberg no era el único que estaba armado. Per Anger había comprado unas pocas ametralladoras rusas para la legación sueca en el mercado negro. Uno de sus contactos en

el movimiento de resistencia le había enseñado a disparar con ellas en el coto de caza de su padre unas semanas antes. Llegado diciembre, Anger había puesto a sus colegas a hacer prácticas de tiro. La valiente Margareta Bauer pasó parte de su cumpleaños en el jardín de la legación con una ametralladora. El administrativo Dénes von Mezey, que hablaba sueco, había recibido la tarea de enseñarle a disparar.

Margareta se dedicaba enardecidamente a su tarea. Encontraba la ametralladora muy pesada y difícil de mantener inmóvil. Era casi imposible apuntar. No importaba el ahínco con que lo intentase, no podía dominar todos los

botoncitos y palancas. No entendía cómo se suponía que iba a arreglárselas, cómo iba a tener tiempo de hacerlo bien, si «una horda de miembros de la Cruz Flechada, o de rusos o de lo que sea, ¡fueran a atacarme!».

*PLAZA DE RAOUL
WALLENBERG, ENERO DE
2010*

La nieve cae densa y se asienta como bolas de algodón sobre la plaza de Raoul Wallenbergs, en el centro de Estocolmo. Los allí reunidos se arrebujan bajo capuchas y gruesos chales. Estamos a doce grados bajo cero, y muy pocos hablan

entre ellos. Alguien patea el suelo intentando sacarse la nieve de los zapatos o que sus pies congelados entren en calor.

Es el Día de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto, 27 de enero de 2010, y nieva tan copiosamente sobre Estocolmo que los fotógrafos tienen que proteger sus lentes envolviéndolas en bolsas de plástico. El agua oscura de enero, en la bahía de Nybroviken, desaparece de la vista incluso tan cerca como estamos. Los tercos copos entran por todas partes.

La plaza está flanqueada por altas pancartas blancas. Son retratos de un metro de altura de los diez suecos que han recibido la mención honoraria de Yad

Vashem a los «Justos entre las Naciones» por haber arriesgado su propia vida para salvar a judíos durante el Holocausto.

Los cuento. Seis trabajaban en Budapest: Per Anger, Lars Berg, Ivan Danielsson, Nina Langlet, Valdemar Langlet y Raoul Wallenberg.

—Es difícil decir qué impulsó a cada uno. Pero creo que fue un denominador común: cuando dependió de ellos, sintieron que no tenían otra opción. La fuerza de su empatía lo hizo necesario —afirma Eskil Franck, superintendente del Forum För Levande Historia (Foro de la Historia Viva), en su discurso de presentación.

Kate Wacz está escuchando, de pie, casi en primera fila. Lleva un gorro de piel y un cálido abrigo oscuro, y aprieta el bolso con fuerza entre las manos. En él guarda copias de algunos pasaportes protegidos suecos de aquel sombrío otoño de guerra en Budapest. Tiene setenta y ocho años, y es una de las que se salvaron. Después de llegar a Suecia en 1951, trabajó principalmente en la industria cosmética.

Después, los reunidos llevan faroles de colores y los colocan sobre el monumento a Raoul Wallenberg. Kate Wacz se acerca al presentador del acto, Eskil Franck.

—Tengo algunos pasaportes protegidos en el bolso. ¿Los podemos enseñar? —pregunta.

Eskil Franck parpadea intentando quitarse la nieve de los ojos.

—Creo que será difícil con este tiempo —dice, y hace un gesto hacia el cielo.

—Pero son copias —le replica Kate abatida.

Se separan. El hermano de Kate, Gustav Kadelburger, se acerca y la toma del brazo. Fue mensajero de Raoul Wallenberg, y fue así como llegaron a vivir en una de las casas suecas. Kate y Gustav se retiran un par de pasos a un lado. El marido de ella,

Niklas, se une a ellos y comienza a quitar la nieve distraídamente de los hombros de Kate.

—Así estaba —dice ella de repente.

Niklas sigue sacudiéndole la nieve.

—¡Nevaba justo así!

—¿Qué quieres decir? —le pregunta

Niklas.

—Así era exactamente como estaba

Budapest en enero de 1945.

«SOY SUECO, NATURAL DE UN PAÍS NEUTRAL»

Habían logrado mantener el regalo de Navidad en secreto, probablemente porque lo hicieron en el sótano de la oficina principal de la avenida Üllöi. Allí, el Departamento Humanitario de Raoul Wallenberg había creado un

pequeño estudio de diseño gráfico, minuciosamente equipado con el papel, las plumas y los frascos de tinta que la aseguradora neerlandesa había dejado. Los dos hijos de Vilmos Forgács, Pál y Gábor, pasaban el tiempo en el sótano, imprimiendo formularios y todo lo demás que se necesitaba. Más recientemente, habían estado trabajando en un regalo de Navidad para Raoul Wallenberg, además de cumplir sus tareas habituales.

La idea se le había ocurrido a Péter Sugár, uno de los empleados del Protocolo de Protegidos. Tenía la misma edad que Raoul y había enseñado Literatura Alemana antes de que las

leyes antisemitas lo privasen de su puesto. Péter quería escribir una oda de Navidad para Raoul sobre los pasaportes protegidos, un poema heroico a la manera de Goethe. Alabaría la misión de Raoul Wallenberg y describiría la historia ficticia de los pasaportes protegidos. Una de las secretarias pasaría el poema a limpio en alemán, en la clásica caligrafía gótica.

Los hermanos Forgács y dos de los colegas de Raoul con más inclinaciones artísticas se decidieron a hacerlo. Contribuirían con dibujos ilustrativos para acompañar el poema de Sugár, cuyo tema sería «El pasaporte protegido en la Historia del Arte». Nadie que

trabajase cerca de Raoul Wallenberg podía ignorar su interés por las artes. Le gustaba hablar sobre pintura y arquitectura, y era de risa y chiste rápidos cuando las circunstancias lo permitían. Sabían exactamente cómo iban a enfocarlo. Harían una «historia del arte» excéntrica y divertida, con cuadros y graciosas descripciones de catálogo: el tipo de humor intelectual que Raoul apreciaba. Todos contribuyeron con dibujos o análisis artísticos cuasieruditos. Crearon diecinueve obras de arte de diversas épocas, comenzando con la pintura rupestre inventada de un toro, descrita como «el primer pasaporte protegido de

la historia universal (10.000 a. C.)», del que decían que, «con su marcado claroscuro», era «típico de todas las obras artísticas prehistóricas».

En la colección final de reproducciones imaginarias había de todo, desde ánforas antiguas a xilografías, pasando por vidrieras de iglesias medievales y paisajes líricos del siglo XVII, todos con diversos motivos de pasaportes protegidos. En medio de la miseria, los colegas de Raoul brillaron por sus ocurrencias. Sabían que Raoul Wallenberg no podría evitar la carcajada ante el hecho de que el libro estuviera impreso por la «Schutzpass Verlag 1944», con la firma

del propio Raoul como logotipo. Le encantaría que al final de las referencias bibliográficas falsas de las notas a pie de página hubiera un libro del autor «R. Wallenberg», con el título *Una misión humanitaria en tierra de bárbaros*, publicado en Estocolmo en 1946.

El cumplido que los artistas querían transmitir por encima de todas las cosas estaba en esa atención al detalle. «Nuestra intención era regalar a nuestro guardián protector, Raoul Wallenberg, que encarnaba a san Jorge para nosotros, algo que pudiese guardar como recuerdo de aquella época hasta su vejez», explicaría más tarde Gábor Forgács.

El regalo de Navidad estuvo finalmente listo el jueves 21 de diciembre. Los artistas fueron juntos al despacho de Raoul Wallenberg, pero lo encontraron fuera, en el pasillo, a punto de marcharse. Ya se había puesto el abrigo.

—Tenemos un regalo para usted — dijo Péter Sugár.

—Gracias —contestó Raoul Wallenberg de forma nada sentimental, tomando el libro y marchándose sin un comentario.

Pero, después, los decepcionados artistas supieron por otros que le había gustado.

Más tarde, ese mismo día de diciembre, Péter Sugár participó en una misión de rescate con el Protocolo para ayudar a dos judíos con pasaporte protegido a los que retenían como prisioneros en un local de la Cruz Flechada. Nunca volvió. La Cruz Flechada lo mató de un disparo durante la operación. Pasarían varios días antes de que la información llegase a la legación sueca y a Raoul Wallenberg.

Habiendo salido de Budapest, los miembros del Gobierno de la Cruz Flechada se alojaban en varias ciudades pequeñas a lo largo de la frontera con

Austria, entre ellas Szombathely. En la capital quedaron varios miembros de aquel partido nazi húngaro en calidad de representantes gubernamentales en funciones. Las evacuaciones no aportaron, por desgracia, sensación alguna de alivio a los diplomáticos suecos, que habían sabido hacía poco que la Cruz Flechada pretendía «aniquilar la operación sueca». Era inquietante que el ministro de Exteriores en funciones fuese el antiguo agregado militar Vöczköndy, que había sido deportado de Suecia en circunstancias humillantes después del golpe de Estado de la Cruz Flechada, el 15 de octubre.

Edmund Veesenmayer y sus diplomáticos también tenían prisa por marcharse, ahora que las tropas soviéticas se acercaban. Quemaron sus documentos confidenciales y siguieron al Gobierno húngaro hacia el oeste en los últimos días antes de Navidad. Paradójicamente, Veesenmayer pidió a la legación sueca que se convirtiese en potencia protectora de Alemania y defendiese sus intereses en Hungría. Tampoco tenían mucha opción, puesto que la mayoría de los demás países neutrales habían huido. Per Anger fue a recoger las llaves del edificio de la legación alemana de un inesperadamente cortés y conciliador Edmund

Veesenmayer.

Por lo demás, había pocos preparativos visibles para la inminente invasión soviética. En Buda, la gente hacía sus compras de Navidad. Los padres arrastraban hasta casa árboles para decorar y en la radio sonaba música navideña. La víspera de Nochebuena, el Teatro Nacional de la Ópera de Budapest ofreció una representación de la *Aída* de Verdi, e incluso en el cine se pasaban películas como de costumbre. La vida de la población no judía de la ciudad no estaba, en ningún caso, destrozada.

Las decenas de miles de judíos del gran gueto central, sin embargo, luchaban por su vida en las condiciones más infames. Raoul Wallenberg llamó la atención, con disgusto, sobre la presente catástrofe humanitaria en su última misiva al Ministerio de Asuntos Exteriores húngaro, fechada el 22 de diciembre:

Allí [en el gueto principal] yacen no cientos, sino miles de enfermos en habitaciones sin calefacción, sin colchones, sin mantas, con asistencia sanitaria y raciones alimentarias mínimas, proporcionadas por la distribución oficial, que consisten en un cuarto de lo que se consideran las necesidades nutritivas

habituales. En el muelle del Danubio fusilan a judíos, a menudo, sin el debido procedimiento, incluso sin siquiera un consejo de guerra sumarísimo. Una de las personas a las que dispararon y luego tiraron al Danubio —es más, la madre de un empleado de la legación— sigue en el hospital con una bala en la espalda.

La vida era mucho más tolerable para los aproximadamente 35.000 judíos que vivían en las casas suizas y suecas del gueto internacional.

Parece por la carta que Raoul envió al Ministerio de Exteriores húngaro que deseaba ofrecer un resumen de la situación crítica y una explicación de las actividades suecas, no solo

protestar contra incidentes concretos. Leyendo entre líneas, se puede sentir que se dirige tanto a las autoridades que estaban en el poder en ese momento como a las futuras de la superpotencia oriental.

Raoul Wallenberg observaba que la Suecia neutral siempre había considerado su deber en tiempos de guerra ayudar a quienes estaban sufriendo en otros países. La acción humanitaria sueca en Budapest se debía ver, por tanto, como una continuación de las muchas misiones de rescate de Suecia en la Primera Guerra Mundial. Con un guiño diplomático a los comunistas, así como a los nazis,

mencionaba el heroico trabajo de la enfermera sueca Elsa Brändström en Rusia y Siberia —«incluso durante la revolución»—, y los esfuerzos de la Cruz Roja sueca en favor de los vulnerables niños húngaros «arios» en los años siguientes a la Gran Guerra. No perdía la oportunidad tampoco de mencionar que Asta Nilsson, de la Cruz Roja sueca, que había dirigido el trabajo entonces, estaba de vuelta en Hungría dirigiendo la operación de huérfanos de guerra de la Cruz Roja. En su resumen de las operaciones de ayuda suecas mencionaba, asimismo, la recogida de fondos para Finlandia en 1939.

Era en dicho contexto histórico en el que debía encuadrarse la decisión sueca de organizar una operación humanitaria en Hungría, continuaba Raoul. Después de las inhumanas deportaciones de la primavera, era natural prestar ayuda a los judíos húngaros. Comentaba la importante función de los pasaportes protegidos. Suecia quería enviar a casa a todos aquellos individuos a los que protegía, afirmaba, pero había tenido dificultades para encontrar trenes para su transporte a Suecia.

De hecho, la legación sueca había querido, en realidad, ampliar su operación de ayuda. La idea había sido

proporcionar comida y ropa a otros grupos de húngaros, además de a los judíos, pero por desgracia el Gobierno húngaro se había negado en todo momento. No era, sin embargo, demasiado tarde, decía, ni siquiera si los rusos ocupaban Budapest. Suecia había sido nombrada potencia protectora de la Unión Soviética en Hungría, lo que significaba que, «en el caso de una ocupación temporal de Budapest» —léase la llegada del Ejército Rojo—, estaría en buena posición para continuar su operación humanitaria.

Raoul Wallenberg no estaba solo en su actitud optimista hacia la Unión Soviética. En la legación sueca, todos

estaban convencidos de que, cuando los rusos llegasen, aprobarían la operación de rescate sueca para los judíos húngaros. Y Raoul había ido más allá. Había estado trabajando con colegas en ideas para reconstruir Hungría tras la guerra, que quería comunicar a los rusos tan pronto como fuese posible. Nada indica que esperase otra cosa que alabanzas.

La idea era que la cooperativa Institución Wallenberg de Ayuda y Reconstrucción ofreciera préstamos provisionales a los necesitados. El mismo día en que Raoul Wallenberg escribió sus últimas líneas al Ministerio de Exteriores húngaro envió asimismo

un telegrama al banco suizo, en el que pedía que transfiriesen su parte del capital inicial para la cooperativa, unas 100.000 coronas (más de 190.000 euros actuales), que se tomaría del dinero estadounidense y se depositaría en una cuenta nueva a su nombre.

Por desgracia, esto era más fácil de decir que de hacer. La transferencia de dinero norteamericano a través de bancos suizos no funcionaba del todo bien. Un irritado Raoul había comenzado a recibir reclamaciones por daños y perjuicios de comerciantes húngaros que habían proporcionado a la legación sueca varias toneladas de panceta, carne enlatada o manteca de

cerdo a cambio de la promesa de depósitos en cuentas bancarias suizas. Sin embargo, por alguna razón desconocida, el pago no se había materializado. El dinero era un tema difícil para Raoul Wallenberg. Incluso a comienzos de diciembre, el Ministerio de Exteriores no había pagado ni uno de los salarios mensuales que le había prometido al salir de Suecia.

Raoul Wallenberg concluyó su carta final al Ministerio de Exteriores húngaro con una protesta contra la creciente brutalidad hacia los niños judíos de Budapest. El Protocolo de Protegidos del Departamento Humanitario había recibido, unos días

antes, un grito de socorro de un orfanato católico que estaba bajo protección de la legación sueca. Cuando la unidad llegó, les dijeron que se habían llevado a ochenta niños judíos y a cuarenta hermanos de la orden, y que la Cruz Flechada planeaba llevar a todos los huérfanos judíos al gueto principal.

En su nota, Raoul pedía al Ministerio de Exteriores que dejase en paz a todos los huérfanos bajo protección sueca. Como de costumbre, se ahorró todo tipo de ruego emotivo dirigido a la limitada capacidad empática de la Cruz Flechada, discutiendo, por el contrario, lo complicada que resultaba la maniobra

desde un punto de vista puramente técnico. Muchos niños eran tan pequeños que aún no sabían andar y no había carritos, observaba Raoul. También jugaba con su antisemitismo, advirtiendo de las desafortunadas consecuencias que la reubicación tendría para los niños arios de los orfanatos suecos, puesto que estaban trasladando también al personal al gueto principal.

Terminaba con un intento de algo parecido a una zanahoria diplomática: «Si estas diferencias de opinión que han surgido se pueden despejar, Suecia continuará sus operaciones humanitarias

en Hungría como reconocimiento de las grandes simpatías mutuas que existen entre los dos países».

Pero, poco después, también sufrió un ataque el orfanato de la Cruz Roja sueca. Se llevaron a todos los niños que vivían en él, así como a seis hombres y seis mujeres de la plantilla, aunque por suerte no a la directora sueca, Asta Nilsson. Raoul Wallenberg se movió «como un rayo, de una autoridad policial y de la Cruz Flechada a otra», para salvar a quienes se habían llevado. En los días siguientes, otros orfanatos judíos serían objeto de operaciones similares.

Para el 23 de diciembre, los generales Tolbujin y Malinovski habían conseguido rodear en su mayor parte Budapest. Solo restaba una vía de salida clara desde la ciudad, al oeste hacia Viena, bajo constante fuego de artillería rusa. Estaba claro que no quedaban muchas horas antes de que se cerrase también esta última ruta de evacuación.

Por la tarde, tanto Per Anger como Raoul Wallenberg fueron llamados al Ministerio de Exteriores por Vöczköndy. Los condujo hasta allí el ingeniero Vilmos Langfelder, un judío protegido sueco que había ocupado hacía poco el puesto de chófer de Raoul Wallenberg. Langfelder llevaba el cabello, rubio

rojizo, peinado con gomina hacia atrás y tenía pómulos altos. Contaba la misma edad que Raoul y procedía de una familia judía de clase acomodada, que había hecho su fortuna con aserraderos al comienzo del siglo XX. El joven ingeniero había recibido su puesto de chófer en el Departamento Humanitario porque hablaba tanto inglés como alemán, y podía, por tanto, ejercer también como intérprete. Se había convertido en confidente de Raoul Wallenberg y estaba claro que disfrutaban de la compañía mutua.

Cuando llegaron al Ministerio de Exteriores en Várhegy, los recibieron con el mensaje de que la reunión se

había pospuesto unas horas. Durante ese tiempo, Wallenberg y Anger se separaron para intentar hacer algo por los orfanatos judíos, cada vez más amenazados. Per Anger visitó al nuncio apostólico, Angelo Rotta. Ivan Danielsson, entre otros, estaba ya allí, escribiendo una carta de protesta de las legaciones neutrales en respuesta al cruel trato a los niños judíos. Wallenberg, Langfelder y un miembro del Protocolo de Protegidos se acercaron hasta el Hotel Majestic. Era allí donde no solo Adolf Eichmann, sino también la Policía secreta húngara tenía sus oficinas. Se reunieron con un jefe de Policía, al que Raoul transmitió su

petición de liberar a los niños judíos. Pero solo recibieron respuestas desdeñosas. Cuando Vöczköndy los recibió, por fin, a las cinco y media de la tarde, estaban convencidos de que los orfanatos serían el tema de discusión.

Vöczköndy estaba visiblemente tenso, aunque la razón no eran los orfanatos, sino los diplomáticos suecos. En tono agitado exigió que la legación sueca abandonase Budapest esa misma noche. Cualquier otra cosa sería considerada como una intolerable provocación. El Gobierno de la Cruz Flechada había ordenado una evacuación completa de todos los organismos oficiales de la capital, les

recordó el ministro. Per Anger respondió amablemente que los diplomáticos suecos no tenían tales instrucciones del Gobierno en Suecia, y que su intención era quedarse. Y aunque no lo hiciesen, añadió, una evacuación esa misma noche sería técnicamente imposible de organizar.

Entonces, Vöczköndy adoptó un tono despectivo. Solo le habían dado una hora para hacer sus maletas cuando el Gobierno sueco lo deportó en octubre. Parecía justo, por tanto, tratar a la legación sueca de la misma forma. Vöczköndy dejó claro que, si se negaban, no podría hacerse responsable de las consecuencias. Cuando Anger

preguntó si quería decir que serían objeto de violencia, Vöczköndy respondió con evasivas.

Anger y Wallenberg interpretaron aquello como una confirmación indirecta. Per Anger regresó de inmediato a la legación, reunió a todos los colegas suecos y los informó sobre la amenaza. Durante las siguientes veinticuatro horas, dijo, nadie podría permanecer en el edificio de la legación, y lo mejor que podían hacer era pasar la noche en un lugar distinto a su residencia habitual. A eso de las diez de la noche se fueron todos.

Durante ese tiempo, Vilmos Langfelder había llevado a Raoul Wallenberg a ver al cónsul suizo, Carl Lutz, para discutir la nueva amenaza. Lutz confirmó que también había tenido noticias de que la Cruz Flechada iba a emprender una operación contra los diplomáticos. Dicen que el comentario de Raoul cuando salió de la reunión con Lutz, unas horas más tarde, fue: «Parece que esto podría ser el fin».

Esa noche, Raoul Wallenberg condujo hasta la oficina principal en la avenida Üllői para advertir a su personal, como había hecho Per Anger. Según Jenő Lévai, Raoul les dijo que la legación estaba en peligro y que parecía

que las operaciones de rescate tendrían que cesar. Aconsejó a sus colegas que tuviesen cuidado y que intentasen encontrar un lugar seguro para alojarse. Todos comenzaron a hacer las maletas. El grupo dirigente, que incluía a Hugó Wohl y Vilmos Forgács, estaba ya en la nueva sucursal del Hazai Bank la mayor parte del tiempo. El propio Raoul Wallenberg decidió trasladarse a Pest y pasar la fiesta de Navidad con Pál Hegedűs y su familia, en el apartamento que este tenía unas calles al norte de la oficina de la avenida Üllői. Per Anger se trasladó al apartamento de un dormitorio que había alquilado, en parte

para alojar a refugiados, en el edificio de la calle Úri donde vivía Erzsébet Nákó.

Más tarde, esa misma noche, Ivan Danielsson envió un telegrama al Ministerio de Exteriores en Estocolmo sobre el ultimátum húngaro y los indicios de represalias violentas contra la legación sueca. Por desgracia, el telegrama no llegaría al ministerio hasta el día siguiente.

La única comunicación que llegó a Estocolmo la noche del 23 de diciembre fue un mensaje telefónico que se había enviado desde Budapest, a través de la legación de Berlín. El funcionario del Ministerio de Exteriores que estaba de

servicio en Estocolmo lo anotó a mano a las 19.40. Concluía de esta forma: «Los agregados Anger y Wallenberg desearían enviar sus saludos a la señora Anger y a los padres de Wallenberg (Dardel), respectivamente, y desearles una feliz Navidad».

Se decidió que los empleados suecos de la legación celebrarían la Navidad juntos. A las 10.30 del 24 de diciembre tenían planeado comenzar sus celebraciones de Nochebuena en casa de Margareta Bauer, que vivía aún en el apartamento de la mansión de la familia Zwack, junto al edificio de la legación

en la calle Gyopár. Margareta había horneado galletas de Navidad y puso velas en la mesa, adornos de Navidad y ramas de píceas. Había invitado a Asta Nilsson, de la Cruz Roja sueca, a pasar allí la noche anterior. Claramente, se consideraba el apartamento de la calle Minerva un lugar seguro.

Por la tarde, las festividades se trasladarían a la casa de Lars Berg y Göte Carlsson, donde comenzarían alrededor de las 16.00. Lars Berg y Göte Carlsson habían estado en la reunión urgente de la legación la noche antes, pero habían decidido hacer caso omiso de la advertencia de Anger de buscar un lugar distinto para pasar la

noche: tenían armas con las que defenderse y debían preparar la fiesta de Navidad. Ambos habían estado despiertos hasta las 4.00, envolviendo paquetes, componiendo rimas navideñas y decorando un gran árbol que una de las secretarias había conseguido encontrar. La nieve caía suavemente sobre Budapest, elevando el espíritu navideño.

En Nochebuena, a las 6.00, el teléfono despertó a Lars Berg. El portero de la división B gritó que Berg tenía que acudir de inmediato. La Cruz Flechada había entrado en el edificio y estaba llevándose a la rastra a todos los ocupantes.

Berg y Carlsson no tardaron en llegar. En el exterior de la antigua legación finlandesa, donde se encontraba el Departamento de Potencia Protectora de la legación sueca, había hombres con uniforme de la Cruz Flechada, con sus brazaletes rojiblancos, armados. Los dos suecos decidieron que Göte Carlsson esperaría en el coche y Lars Berg intentaría entrar.

Allí encontró a una docena de gendarmes de paisano o uniformados. Lars Berg consiguió llegar a un teléfono y llamó al edificio de la legación en la calle Gyopár, a un centenar de metros calle arriba. Pudo hablar con el jefe de misión. Sí, la Cruz Flechada había

irrupido también allí unas horas antes. Habían registrado toda la casa en busca de Danielsson, que no estaba. Los de la Cruz Flechada se habían servido del mueble bar y luego habían continuado hacia el Departamento de Potencia Protectora. «Espere, señor Berg —dijo el jefe de misión, cuando vio a la Cruz Flechada volver—. Ahora también tienen al señor Carlsson.»

A un tiro de piedra del drama, Margareta Bauer dormía en su cama. De repente, sintió que alguien le tiraba del brazo.

—¿Es usted Margareta Bauer?

Un hombre se dirigía a ella en mal alemán. Abrió los ojos. En el dormitorio había cinco hombres de la Cruz Flechada armados.

—Levántese. Tiene que venir con nosotros.

Asta Nilsson, que ocupaba la habitación de invitados de Bauer, fue víctima del mismo brusco despertar. Medio groguis y en camisón, se encontraron la una con la otra. Entonces sonó el teléfono. Era Lars Berg.

—¿Han llegado ya hasta ustedes?
—preguntó.

Aconsejó a Margareta que intentase retrasar a la Cruz Flechada todo lo que pudiese, para que alguien tuviese tiempo

de llegar allí a ayudarlas.

Lars Berg consiguió conectar una llamada a Per Anger, en la calle Úri, antes de que un gendarme pusiese el cañón de su rifle sobre el teléfono y lo detuviese.

—No venga a la legación —tuvo tiempo de decir Berg—. Acaban de detenerme.

Desarmaron a Berg y los intrusos explicaron que se había enviado a varios grupos de gendarmes y a la Cruz Flechada a detener a los diplomáticos suecos para llevarlos a Szombathely. El autobús estaba ya esperando en el exterior de la sede de la legación. Preguntaron dónde estaban Anger y

Danielsson, y Lars Berg se dio cuenta de que tenía que darles una respuesta. Para confundirlos, les dio la dirección de su zapatero.

Los coches de los diplomáticos finlandeses estaban aún en el garaje, igual que el coche privado de Lars Berg. Cuando la Cruz Flechada los encontró, decidió transportar a Lars Berg a Szombathely solo, en coche. Los demás irían en el autobús. Accedieron a regañadientes al ruego de Berg de poder recoger algo de ropa de su apartamento. Escoltado por guardias armados, condujo su Opel Kapitän a través de una

Buda cubierta de nieve. Tuvo una ametralladora apuntada a los riñones durante todo el viaje.

Margareta Bauer y Asta Nilsson siguieron el consejo de Lars Berg. Se vistieron tan lentamente como pudieron. Durante un tiempo, las cosas parecieron prometedoras porque los hombres de la Cruz Flechada, borrachos, se habían quedado dormidos en el sofá, junto a la mesa puesta para el desayuno de Navidad. Pero se despertaron y les ordenaron marcharse. Asta Nilsson, de

sesenta y cuatro años de edad, no tenía más que zapatos de tacón que ponerse para caminar por la calle nevada.

La primera parada fue el Departamento de Potencia Protectora en la casa de la legación finlandesa. Parecía como si hubiese estallado allí una bomba. Montones de hombres de la Cruz Flechada ebrios se estaban dando un banquete con la comida y la bebida de la despensa. Había objetos desperdigados por todo el suelo: material de escritura, manteles y candelabros de plata, todo en un batiburrillo. Las mujeres esperaron en medio de aquel caos durante varias horas. La Cruz Flechada tenía planes

para ellas, pero primero iban a reunir a unas diez o veinte personas más, en su opinión sospechosas, que habían ido deteniendo durante la noche.

Al final reunieron a dieciocho, a los que ordenaron marchar en columna de a dos, con guardias de la Cruz Flechada armados a ambos lados, a través de la ciudad. Solo cuando llegaron a una de las sedes de la Cruz Flechada en Pest pudieron parar. Allí los suecos tuvieron que dejar sus pasaportes, y los condujeron a un patio del cuartel. Margareta y Asta miraron a su alrededor y divisaron un montón de cadáveres en una esquina. Su horror creció cuando pidieron a los dieciocho

de su grupo que volviesen la cara a la pared del cuartel y se quedasen muy quietos, alineados en una fila. Una multitud de pensamientos se arremolinaban en la cabeza de Margareta Bauer:

Querido papá, querida mamá, ¿qué pensaríais de esto? Nunca sabréis dónde estamos enterrados. Será pronto nuestro turno. Gracias, queridos padres [...]. Ruego a Dios. Ayúdanos, Dios bendito, a Asta y a mí.

Estuvieron así de pie durante un largo rato. Pero no pasó nada. Al revés, hubo nuevas órdenes: marchar hacia el gueto principal. Una vez más, tuvieron

que caminar de dos en dos, flanqueados por la milicia armada. «¿Qué sucede ahora? ¿No nos van a matar?», se preguntaba Margareta Bauer.

Lars Berg no fue a su casa en el coche, sino al cuartel general del alto mando del ejército alemán, donde bajó, se identificó y denunció el ataque a la representación diplomática sueca. Cuando les informó de que se habían confiado a Suecia las llaves de la recién abandonada legación alemana, su historia ganó peso. Las llaves estaban,

de hecho, en una caja fuerte en el despacho de Lars Berg, que había sido saqueado.

Los militares alemanes lo liberaron de inmediato de los hombres de la Cruz Flechada y se aseguraron de que le devolvían el arma. Incluso prometieron a Lars Berg una escolta militar para volver a su despacho a localizar las llaves de la legación alemana. Las alarmantes noticias sobre el avance de los ejércitos rusos, sin embargo, hicieron que al final tuviera que volver solo. Pero un oficial alemán le proporcionó documentos, escritos en

alemán y húngaro, que declaraban que su portador estaba bajo la protección del ejército alemán.

Per Anger no se había quedado, por supuesto, cruzado de brazos tras la llamada de la mañana. Él también se dirigió al cuartel general del ejército alemán y pidió hablar con el general. Su objetivo era conseguir que los alemanes interviniesen contra el ataque inconstitucional de la Cruz Flechada al territorio sueco. Por desgracia, no lo consiguió. El general se limitó a hacer que su edecán informase a Anger de que el ataque era un asunto interno húngaro y de que el diplomático sueco debía recurrir a las autoridades de dicho país.

Pero el alto mando militar húngaro no quiso siquiera escuchar las protestas de Per Anger, mucho menos actuar. Anger fue entonces a casa del encargado de negocios suizo, Harald Feller, al que interrumpió en medio de sus preparativos navideños.

Para entonces, Lars Berg había vuelto a su despacho, ahora saqueado y abandonado. Habían forzado su escritorio y los cajones vacíos colgaban de él. Todo lo que tenía algún valor había desaparecido del edificio, la Cruz Flechada no había dejado siquiera los esmeradamente envueltos regalos de Navidad. En medio de todo aquel caos, encontró a un empleado y al cocinero,

que, aterrorizados, lo ayudaron a cargar el coche para irse. Cuando hubieron terminado, Lars Berg colocó una caja de champán encima de toda la carga de bolsas y llenó el depósito de gasolina. Su idea era conducir hasta el consulado general sueco de Viena. Pero, antes de hacerlo, quería encontrar a los demás.

Raoul Wallenberg había pasado la mañana de Nochebuena con la familia Hegedús en un apartamento de Pest. No estaba presente cuando la noticia de los ataques a los diplomáticos suecos llegó a las oficinas del Hazai Bank. Y no había aún señales de él cuando, poco

después, se notificó a Hugó Wohl y sus colegas que a Margareta Bauer y Asta Nilsson las habían conducido al gueto principal. Puede que estuviese envuelto en una búsqueda de niños secuestrados —a primera hora del día de Nochebuena, la Cruz Flechada había atacado más orfanatos—; aunque, estuviese donde estuviese, la situación era ahora demasiado grave para que Wohl lo siguiese esperando.

El gran gueto central estaba bajo estricta vigilancia y era casi imposible entrar en él. En el Hazai Bank decidieron, por tanto, alertar a la Cruz Roja Internacional, una de las pocas organizaciones que tenían acceso a las

zonas bloqueadas. La CRI estaba dirigida por el suizo Friedrich Born, que colaboraba estrechamente con la legación suiza. Wohl y sus colegas fueron a casa de Friedrich Born, en Buda, para convencerlo de salvar a las dos suecas.

Raoul Wallenberg apareció en el Hazai Bank después de que se hubiesen ido. Había tenido noticia de la operación y, según los testigos, parecía muy serio. Sus colegas reconocían ese ademán. Wallenberg había tenido momentos así antes, cuando todo se derrumbaba y su voluntad de luchar desaparecía, convirtiéndolo en un sombrío pesimista. Pero sabían que esos

ataques de melancolía no solían durar. Al primer indicio positivo, su espíritu volvía.

En Buda, Hugó Wohl estaba teniendo dificultades para convencer a Friedrich Born de que interviniese a favor de Margareta Bauer y Asta Nilsson. Como mínimo, Born objetó, tal petición no debería venir de un empleado húngaro, sino del Gobierno sueco. Wohl estaba lejos de poder obtener de forma sencilla una petición sueca, en especial ahora que la legación estaba bajo el control de la Cruz Flechada. En la legación suiza, Per Anger y Harald Feller habían llegado a la misma solución, posiblemente tras

consultar con Ivan Danielsson, que también había hallado la forma de llegar allí en algún momento del día: tenía que intervenir Friedrich Born.

La importantísima llamada parece haber llegado en medio de los intentos de Hugó Wohl para convencer a Born. Con ella terminó la discusión. Friedrich Born partió hacia el gueto principal.

Allí Margareta Bauer y Asta Nilsson habían sido recibidas calurosamente e incluso les habían servido una ración de espaguetis con tomate a cada una. Pero la tarde se estaba convirtiendo en noche. Fuera oscurecía y ellas estaban preocupadas. Entonces oyeron que alguien las

llamaba. Era Friedrich Born, que había conseguido el permiso para sacarlas del gueto. Aliviadas, se subieron al coche de Born, que las llevó a la mansión en la que este vivía y trabajaba en Buda. Cuando Margareta Bauer y Asta Nilsson entraron en la seguridad de su comedor, rompieron a llorar. Se encontraron ante una mesa llena de comida e iluminada con velas; les rodaron lágrimas por las mejillas. Una vez que hubieron comido, cada una pudo acostarse en una cama con sábanas de seda bordadas.

A medida que la Nochebuena se acercaba a su fin, los primeros tanques rusos habían llegado a las afueras de Buda. Iluminaban el cielo los cohetes

lanzados mediante unidades Katiusha, el sistema de artillería soviético que los alemanes habían bautizado «el órgano de Stalin». En el Hospital Sueco recién fundado por Raoul Wallenberg en Pest, el personal acababa de reunirse para una cena de Nochebuena, con salchicha de soja y puré de guisantes, cuando todas las ventanas estallaron de repente por un bombardeo ruso. Ya eran veteranos, pero aun así el ataque les causó una terrible impresión. Tuvieron que salir corriendo a la nieve y hacerse cargo de todos los muertos y heridos del edificio anexo bombardeado.

La última ruta de escape a Viena había sido cortada hacía un par de horas y estaba enteramente bajo control ruso. El *Obersturmbannführer* Adolf Eichmann, completamente borracho, había conseguido huir en su jeep tan solo unas horas antes de que se cerrasen las carreteras. El conductor de Eichmann tuvo que hacer un eslalon campo a través para evitar las descargas de cohetes rusos. El director de las deportaciones masivas no llegó a las oficinas provisionales que el Servicio de Seguridad alemán había establecido junto a la frontera con Austria hasta el Día de Navidad. Para entonces, sus colegas ya lo habían dado por muerto.

Hay varias versiones de lo que sucedió a los demás suecos y de dónde se encontraron más tarde. Según Per Anger y Margareta Bauer, fue en el apartamento secreto de Anger en la calle Úri, en casa de la condesa Nákó, donde consiguieron por fin reunirse todos, entre el final de la Nochebuena y la madrugada de Navidad. Así pues, también estaba Raoul Wallenberg. Margareta Bauer y Asta Nilsson llegaron las últimas. Las llevó allí, en las primeras horas de la mañana, el chófer de Per Anger, ya que sus colegas de la legación se habían preocupado muchísimo por los bombardeos rusos.

Todo el mundo había salido ileso de la terrorífica experiencia. Resultó que a Göte Carlsson se le había unido por la mañana el comprador de vituallas de Raoul, el cónsul Yngve Ekmark, en el edificio de la legación ocupado en la calle Gyopár. Pero Ekmark había conseguido huir durante el día fingiendo estar gravemente enfermo. Göte Carlsson había recurrido a otra estrategia. Durante la noche, había tentado a los guardias de la Cruz Flechada con un alijo secreto de alcohol de la legación. Los guardias habían terminado por dormirse, y Carlsson pudo marcharse.

El futuro no se presentaba fácil para los diplomáticos suecos al llegar la mañana de Navidad, después de que todos hubiesen contado sus historias. Sabían que tendrían que reconquistar, de alguna manera, el territorio diplomático sueco. Al mismo tiempo, debían permanecer ocultos. Budapest no era solo una ciudad paralizada por la guerra, con todas las autoridades gubernamentales evacuadas, sino también una ciudad en manos de los vándalos criminales y violentos de la Cruz Flechada, que ya habían demostrado de qué eran capaces. Limitarse a citar leyes diplomáticas había dejado de ser viable: la Cruz

Flechada ignoraba, con toda probabilidad, incluso lo que era un delito contra el derecho internacional.

Los miembros del personal no podían quedarse todos apiñados en el apartamento de Per Anger de la calle Úri. Pero la nueva sede de los suizos, ubicada detrás del palacio del conde Eszterházy, se consideraba segura. Tenía grandes refugios antibombas y, desde el sótano, los suizos estaban conectados con los laberínticos túneles que había bajo el palacio, donde se escondían varios miles de personas. Ivan Danielsson, Margareta Bauer, Asta Nilsson e Yngve Ekmark se habían trasladado allí ya el día de Navidad.

Pero Raoul Wallenberg era terco. No quería ocultarse. Quería ir con sus colegas, a Pest.

En la oficina del Departamento Humanitario en la avenida Üllői, la operadora telefónica Edith Wohl, hija de Hugó Wohl, se había hecho cargo de todo, sola, durante los dramáticos acontecimientos de Nochebuena. El resto de la plantilla comenzó a regresar al caer la noche, a pesar de las órdenes de mantenerse ocultos. No tenían otro sitio al que ir.

A menudo se había dado el caso, en el círculo de Raoul Wallenberg, de que se habían materializado contactos inesperadamente útiles en tiempos de crisis. Durante el último mes, Raoul y su «servicio de seguridad», el nutrido grupo de personal de Protocolo de Protegidos, habían tenido éxito en varias colaboraciones con la Policía, e incluso con los gendarmes a los que habían ofendido las acciones de la Cruz Flechada y que se habían convertido en agentes dobles.

La lealtad en la Policía regular húngara era tan frágil a esas alturas que la Cruz Flechada se había visto obligada a ponerla bajo la supervisión de un

oficial del partido de veintinueve años llamado Pál Szalai. Pero, ante las desenfrenadas atrocidades que la turba de la Cruz Flechada estaba perpetrando, incluso él estaba empezando a tener sus dudas.

Un técnico de máquinas de escribir que había trabajado de vez en cuando para la legación sueca apareció entonces para ofrecer su ayuda. Se llamaba Károly Szabó, tenía veintiocho años y resultó que había pasado su adolescencia en la misma tropa de chicos exploradores que Pál Szalai. Károly Szabó no era de ascendencia judía, pero había ayudado en algunas de las misiones de rescate que se habían

llevado a cabo. El coordinador de la Policía, Szalai, lo había equipado con una especie de identificación policial de la que hizo gran uso. Szalai había advertido también a Szabó por adelantado de las violentas operaciones que el partido planeaba.

Károly Szabó era de constitución atlética y tenía el cabello rubio. Había comprado hacía poco un largo abrigo de cuero negro, y el resultado final era que muchos lo suponían oficial de la Gestapo. El día de Navidad condujo hasta la legación sueca junto con el psicoanalista Fleischmann, uno de los colegas más cercanos a Wallenberg. Vestido con el abrigo de cuero y un

sombrero tirolés, Károly Szabó entró directamente en el despacho de Ivan Danielsson y ordenó a los hombres de la Cruz Flechada borrachos que abandonasen la legación. El truco funcionó y, a través de su amigo Szalai, Szabó llamó entonces a la Policía. La llamada de teléfono de Ottó Fleischmann hizo a Raoul Wallenberg y sus colegas excamar: «¡Hemos reconquistado la legación!».

Al día siguiente, los diplomáticos suecos se reunieron para discutir la forma de proceder. Decidieron que Lars Berg, que había recibido un salvoconducto alemán, regresaría a la legación y la custodiaría, junto con el

oficial húngaro Von Mezey. Per Anger se quedaría en la calle Úri y gestionaría cualquier contacto resultante con los mandos militares alemán y húngaro. El resto permanecería en el palacio que los suizos habían alquilado.

No les faltaba gran cosa, al menos no al principio. El conde Eszterházy seguía viviendo en la residencia y, en los primeros días, antes de que la cocina fuese bombardeada, los diplomáticos disfrutaban cenas de cuatro platos. Los suizos les dieron códigos secretos para que los descifrasen, como forma de entretenimiento. Margareta Bauer notó,

sin embargo, que Danielsson daba vueltas nerviosa y «rápidamente por el jardín, como un prisionero».

Raoul Wallenberg, entonces, se interesó muchísimo por Pál Szalai, y pidió a Károly Szabó que organizase una reunión con él. Cerca de la medianoche del 26 de diciembre, Szabó y Ottó Fleischmann fueron al despacho del jefe de Policía en el ayuntamiento y recogieron a Szalai. Raoul Wallenberg esperaba en la recobrada legación sueca, donde la luz se había ido. Mucho más tarde, Pál Szalai recordaría las filas de judíos temblorosos que iluminaban la

escalera con velas en el edificio a oscuras. Era obvio que les aterró darse cuenta de quién era el que acababa de llegar.

La noche en que Raoul Wallenberg y Pál Szalai se conocieron, a los treinta y dos años de libertad que disfrutó Raoul Wallenberg en su vida les quedaban apenas tres semanas. Serían tres de las más difíciles. Durante ese tiempo, el dúo de Szabó y Szalai iba a tener un papel central en las operaciones de rescate suecas. El apretón de manos de Wallenberg y Szalai se podría considerar, quizá, controvertido después

de todo lo que había pasado, pero salvaría la vida a muchos judíos húngaros.

Mientras estaban aún en el recibidor, Szalai subrayó que no había venido a ver a Wallenberg de forma oficial, sino como amigo. Junto al fuego, en el despacho de Ivan Danielsson, Szalai expresó horror por los incontables matones que se habían unido a la Cruz Flechada y vagabundeaban ahora como bárbaros asesinos por las calles de Budapest. Dijo que la vida de todos estaba en peligro y que, por lo tanto, quería trabajar con la legación sueca y con Raoul Wallenberg. Añadió que sabía

que al menos uno de los altos jefes de la Policía de la ciudad pensaba igual. Acordaron que Raoul avisaría a Szalai en cuanto necesitase algo.

Szalai no dejó la legación en la calle Gyopár hasta las dos de la mañana. Cuando se iba, pidió a los dos policías que lo habían acompañado que se quedasen como guardaespaldas de Raoul Wallenberg. No está claro si fue iniciativa de Szalai o de algún otro, pero, durante un tiempo, tanto el edificio de la legación en Buda como la oficina de Raoul en Pest estuvieron bajo vigilancia de docenas de policías y gendarmes las veinticuatro horas del día.

El personal de la avenida Üllöi podía respirar más tranquilo y seguir en el edificio con sus familias. Desde ese momento en adelante, Raoul Wallenberg durmió en diferentes lugares y raramente se movía sin guardaespaldas. Había reunido sus artículos de primera necesidad en una mochila que siempre llevaba consigo.

Durante las semanas siguientes, Pál Szalai y Raoul Wallenberg se encontraron varias veces al día. Raoul estaba también ansioso por compartir su nuevo contacto. Se encargó de que Szalai se comunicase con la legación suiza, así como con algunos de los líderes del Consejo Judío.

«Lo que era muy típico de él [Raoul Wallenberg] era que, a diferencia de los suizos y otros, quería ayudar a todo el mundo. Quería ayudar al gueto de forma que ayudase a los suizos tanto como a los suecos, y a todo el resto de los perseguidos», diría Pál Szalai en una entrevista muchos años después.

En el Ministerio de Exteriores en Estocolmo aumentaba la preocupación con cada día que pasaba sin contacto con la legación de Budapest. Los teléfonos estaban cortados y los telegramas no parecían llegar. Los funcionarios del ministerio recordaban

asustados la información sobre la amenaza de una némesis violenta. Cuando habían pasado cuatro días de silencio, pidieron al enviado sueco en Berlín, Arvid Richert, que había sido evacuado, que intentase averiguar el destino de los suecos de Budapest por medio del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. También se pidió al consulado en Viena que investigase si los diplomáticos suecos habían podido llegar a la frontera austríaca.

El Ministerio recibió enseguida aviso de la representación alemana evacuada a Szombathely. Los enviados alemanes habían hablado con los húngaros y podían referir que «el

ministro sueco está oculto en ubicación no revelada en Budapest y el secretario de legación Wallenberg de la Embajada sueca se ha puesto bajo protección alemana (Waffen SS)». El funcionario de Exteriores alemán intentaba una explicación: «Debe entenderse en relación con ciertas acciones de la Policía húngara en cuanto a la Cruz Flechada».

El asedio de Budapest había empezado de verdad. En las afueras de la ciudad rodeada, tanto las tropas húngaras como las alemanas luchaban con ahínco intentando cumplir la orden expresa de Hitler de no entregar ni una esquina de Budapest. Pero el Ejército

Rojo era un contrincante formidable. El general Rodión Malinovski había atravesado importantes líneas de defensa en los barrios de las afueras del este y sus tropas habían iniciado brutales combates callejeros. Mientras, al oeste, el general Tolbujin continuaba su avance.

A pesar de ello, los mandos bélicos soviéticos querían intentar otra forma de capturar la ciudad. El 29 de diciembre cayeron octavillas sobre Budapest que instaban a los alemanes y los húngaros a rendirse. Los generales Malinovski y Tolbujin remataron enviando, cada uno, un oficial a los mandos militares germanohúngaros. Avanzaron con

bandera blanca y llevaron a los alemanes un ultimátum: la rendición inmediata a cambio de un trato favorable. Los alemanes se negaron en redondo. Ninguno de los dos mensajeros soviéticos volvió vivo.

Con esto quedó sentenciado el destino de Budapest. Las calles de la ciudad se convertirían en un campo de batalla. Ese día nevaba copiosamente en la ciudad. Había cuatro grados bajo cero y era casi imposible orientarse en medio de todo aquel blanco. Moverse con tan poca visibilidad se asociaba con peligro casi inmediato.

Una bomba soviética había arrasado tanto la cocina como la habitación de invitados del palacio del conde Eszterházy, y obligó a todo el mundo a bajar al sótano frío y húmedo. Allí los suecos jugaban al *bridge* y cantaban para distraerse. Raoul Wallenberg y el encargado de negocios suizo, Harald Feller, celebraron una reunión en la sede original de la legación suiza en Pest para decidir cómo proceder. Discutieron varios planes de acción, junto con los dos líderes principales de los judíos húngaros, Miklós Krausz del «Departamento de Emigración» suizo y Károly Wilhelm del Consejo Judío. A la luz titilante de las

velas valoraron minuciosamente las formas en que Feller y Wallenberg podrían abrirse paso hasta los rusos para informarlos de la situación. Unas horas más tarde, Harald Feller y su prometida fueron detenidos y llevados a un local de la Cruz Flechada, donde a él lo apalearon hasta dejarlo inconsciente. Solo lo liberaron después de que hubiese amenazado con que el cónsul de la Cruz Flechada en Suiza sería ahorcado si continuaban.

Reinaba el más completo caos en la capital húngara. La gente que había resultado herida en los varios bombardeos se dirigía en tropel hacia el Hospital Sueco del gueto internacional.

Algunos días, cerca de quinientos pacientes compartían las cincuenta camas. Los médicos tuvieron que colgar alfombras y mantas para impedir que el frío entrase a través de las ventanas que la bomba había destrozado. Uno de los últimos días de 1944, los médicos llevaron a cabo cuatro amputaciones, una operación para retirar metralla de la espalda de un paciente, cuatro operaciones de pecho (balas) y entre diez y doce operaciones para retirar fragmentos de granadas. También tuvieron que atender el nacimiento de un niño prematuro.

El día en que el primer hombre de la Cruz Flechada herido llamó a la puerta y recibió ayuda, cayó una barrera. Pronto, el personal de Raoul Wallenberg estaba también ocupándose de sesenta soldados heridos en un hospital militar vecino, que había sido abandonado al salir huyendo el personal médico original.

Durante el último fin de semana del año, los actos violentos contra los judíos protegidos por los suecos se intensificaron. La víspera de Nochevieja, ocho hombres de la Cruz Flechada armados con ametralladoras

irrumperon en una de las casas suecas del gueto internacional. A las 170 personas que vivían en ella —enfermos y sanos, ancianos y niños— las sacaron a la fuerza al patio, les arrebataron todo lo que poseían y las obligaron a formar una fila. Después de unas horas en uno de los cuarteles de la Cruz Flechada, a medianoche los llevaron a una zona cercana al muelle del Danubio. Desde allí, los fueron conduciendo al muelle en grupos, atados con correas de piel, les dispararon y los dejaron caer, como haces de trigo, al agua gélida.

Los vecinos alertaron a Raoul Wallenberg de las detenciones. Este hizo algunas pesquisas en el Ministerio de

Exteriores húngaro. Pero, según algunos testigos, es más probable que fuesen sus contactos con «formaciones militares del movimiento clandestino» los que pusieron fin a los asesinatos antes de que todos los judíos suecos fuesen exterminados. Operaciones similares tuvieron por objeto otras casas suecas. Ese fin de semana, varios cientos de judíos con pasaporte protegido sueco fueron asesinados en el muelle del Danubio. Y muchos otros fueron víctimas del mismo destino.

Raoul Wallenberg contactó con su nuevo aliado, el coordinador de Policía Szalai, que estaba en el Ayuntamiento de Pest. Szalai se mostró escéptico. No

había suficientes oficiales de Policía y gendarmes dispuestos a ayudarlos a proteger todas las casas del gueto internacional. Aconsejó a Raoul que trasladase a todos los judíos bajo protección internacional, incluidos los suizos, al gueto principal. Raoul era dolorosamente consciente de las condiciones de vida en dicho gueto, y la sugerencia de Szalai lo horrorizó.

En Nochevieja, Margareta Bauer, Ivan Danielsson y los demás jugaban otra partida más de *bridge* en su oscuro sótano. Como gesto de gratitud, Margareta dejó ganar al conde Eszterházy. En el edificio de la legación, Lars Berg se acostó después de un

intento de normalizar su existencia con una cena elegante. Como de costumbre, se metió en la cama con las botas puestas y una ametralladora a mano. Raoul Wallenberg había vuelto a cambiar de residencia e iba a celebrar el Año Nuevo en un palacio al norte de Pest, con Hugó Wohl. Pero, durante la noche, la casa fue bombardeada y tuvieron que irse.

Unas horas después de medianoche, el embajador suizo en Suecia llamó al Ministerio de Exteriores en Estocolmo. Había recibido un telegrama sobre Budapest, con una sola frase apenas legible: «Ningún miembro de la

legación sueca está herido». Reenviaron el mensaje esa misma noche a los familiares más cercanos.

Mientras que los diplomáticos suecos en Budapest albergaban un deseo casi ingenuo de que llegasen los «liberadores» soviéticos, sus colegas en la Unión Soviética, que empezaban ahora a tener protagonismo en la situación, tenían sentimientos encontrados.

Staffan Söderblom, enviado de Suecia en Moscú, tenía cuarenta y cuatro años y había sido jefe del Departamento de Cuestiones Políticas del Ministerio

de Asuntos Exteriores sueco durante gran parte de la guerra. Durante los primeros años del conflicto, Söderblom había argumentado categóricamente que una política estratégica de apaciguamiento con respecto a Alemania era la mejor forma de mantener a Suecia fuera del conflicto. Esta postura le había ganado el favor de Christian Günther. La mantuvo hasta 1942, cuando la política exterior sueca se fue reorientando poco a poco, a medida que estaba cada vez más claro que Alemania se encaminaba a la derrota.

Había quien etiquetaba a Söderblom de nazi por lo que se interpretaba como una postura

proalemana, pero nada podía estar más lejos de la realidad. Si, quizá, iba a veces demasiado lejos complaciendo a los alemanes, era siempre por razones pragmáticas, no ideológicas. Söderblom no tuvo problema en cambiar su estrategia política cuando la guerra dio un vuelco, y había participado activamente en la operación sueca de rescate de los judíos daneses en octubre de 1943.

Söderblom había sido también anglófilo entusiasta desde niño. A los dieciséis años tradujo los sonetos de su ídolo, William Shakespeare, para regalárselos a su madre. El joven Staffan Söderblom decía a menudo que

tendrían que arrojar un lazo a las islas británicas, arrastrarlas hasta la costa occidental sueca y anclarlas allí. Un aura decididamente caballerosa irradiaba de su persona. Se vestía con elegancia y caminaba con la espalda recta, como el oficial de caballería que era.

En la Nochevieja de 1944, Söderblom llevaba en su nuevo puesto apenas seis meses. Había abandonado Suecia alrededor de la misma época que Raoul Wallenberg, el hombre cuyo destino pronto aterrizaría en su escritorio.

Cuando Staffan Söderblom había llegado a Moscú en el verano de 1944, las relaciones diplomáticas entre Suecia y la Unión Soviética eran incómodamente tirantes. A finales de 1943, su predecesor, Vilhelm Assarsson, había sido declarado persona no grata después de que los rusos dijese haber descubierto que los suecos filtraban secretos militares soviéticos a Alemania.

Staffan Söderblom inició su nueva misión en Moscú con energía. Estaba decidido a ser el hombre que hiciese posible lo que Christian Günther y el primer ministro Per Albin Hansson más

deseaban: unas relaciones de confianza, radicalmente mejoradas, con la Unión Soviética.

En el Ministerio de Exteriores conocían a Söderblom como un gran talento, un trabajador centrado y diligente. Hablaba francés, inglés, alemán y ruso, y era agudo de pensamiento y palabra. Puede que demasiado agudo: su sutileza humorística británica y sus apreciaciones irónicas a menudo se malentendían, y en ocasiones resultaban ofensivas.

Söderblom solía dar la impresión de ser seguro de sí mismo, incluso prepotente. Pero tenía otras

dimensiones, marcado como estaba por ser uno de los diez hijos del gran arzobispo Nathan Söderblom. Crecer con un padre triunfador, al que la gente adoraba y a quien él mismo admiraba sin límite (pese a que, como agnóstico, no compartía la fuerte fe cristiana de su padre), había dejado en él una huella importante. Tenía necesidad de afirmación y unas altas expectativas autoimpuestas de rendimiento, reconocimiento y éxito. Había momentos de mordaz autocrítica, oscuridad y pesimismo. Y había cierta vulnerabilidad, que hacía todo lo posible por ocultar. «Staffan era una persona amable y atenta, cortés, diría

yo. Pero no vivía la vida con alegría. Era de todo menos insensible, muy controlado. Se le notaba que tenía sentimientos muy fuertes en el interior», recuerda un pariente.

La postura de Staffan Söderblom hacia Alemania, inspirada en la *realpolitik*, era, en muchas formas, coherente con el carácter casi servil que mostraba. Creía que se debían «evitar dificultades y antagonismos innecesarios», y este había sido su lema durante su relación, marcada por las concesiones, con Alemania. Volvería a emplear esa estrategia en Moscú, había explicado a sus colegas de la legación cuando llegó en julio de 1944. No

perderían más tiempo empantanados en recriminaciones. Por el contrario, aprovecharían solo lo positivo, y no pronunciarían una sola palabra que los rusos pudiesen usar contra ellos. «Mejor pulir dificultades que acabar derribado por ellas», es como su segundo, entonces Ingemar Hägglöf, recuerda el programa söderblomiano.

Al comienzo, las cosas habían ido bien. El nuevo enviado había halagado la modernidad de la Unión Soviética en sus informes a Suecia con un fervor que provocó que sus colegas llegasen a la conclusión de que estaba vigilado. Y muy probablemente lo estaba. «En el espejo de Söderblom, todo era bueno: la

gente, las declaraciones públicas, los acontecimientos, los paisajes, el clima. Todos aquellos con los que interactuaba eran amables y divertidos, inteligentes y honrados. Incluso Stalin parecía humano y franco», escribiría uno de ellos más adelante.

Staffan Söderblom también se beneficiaba del hecho de que la discreta mediación diplomática sueca había contribuido sustancialmente al armisticio entre soviéticos y finlandeses en septiembre de 1944. Y, en noviembre de ese mismo año, Suecia había presentado una generosa propuesta de

acuerdo mercantil con la Unión Soviética, que no se podía ver como otra cosa que un gesto de amistad.

El entusiasmo de Söderblom había continuado incólume durante la visita que había hecho a Estocolmo en diciembre, que acababa de concluir. Estaba tan eufórico que su sucesor en el Ministerio de Exteriores, Sven Grafström, lo comentó en su diario:

Söderblom concede a Estocolmo la gracia de su presencia. Está completamente poseído por una convicción mesiánica en lo que respecta a los soviéticos. A cualquiera que lo escuche, le canta las alabanzas de Rusia y perora sobre lo extraordinarias que son

nuestras relaciones con Moscú. Creo que va a ser francamente peligroso cuando nuestras relaciones con los rusos requieran mano firme... y ese día llegará.

Hasta entonces, el entusiasmo de Söderblom se había correspondido bastante de cerca con la visión glorificada que sus colegas en Budapest tenían de la Unión Soviética. Pero, durante las semanas previas a la Nochevieja, había experimentado un revés tras otro.

Todo había comenzado el 12 de diciembre, cuando Söderblom visitó al viceministro de Exteriores,* Vladímir Dekanózov, que era responsable del

norte de Europa. De pronto, el ambiente cordial de visitas anteriores había desaparecido. En cambio, Söderblom encontró irritación y comentarios mal intencionados. Dekanózov quería hablar de los 30.000 ciudadanos bálticos que, ante los avances soviéticos del otoño, habían huido a Suecia en barco a través del mar. Su hogar real estaba en la Unión Soviética, observó Dekanózov cortante. Suecia no debería haberlos recibido nunca y era imperioso que los enviase de vuelta. Visiblemente agitado, Dekanózov afirmó que los suecos habían impedido, «por todos los medios posibles», que los refugiados volvieran.

Söderblom había respondido que Suecia no tenía previsto obligar a los refugiados a salir del país. Dekanózov no podía entenderlo: «¿De verdad tenía la intención el Gobierno sueco de ceder a sentimentalismos en vez de atender las buenas relaciones con los soviéticos?».

El humor glacial estuvo allí de nuevo en la siguiente reunión, pasada una semana. Cuando Söderblom volvió del Ministerio de Exteriores aquel día, Hägglöf notó que estaba «desanimado y pesimista». En su informe a Estocolmo, Söderblom describió la poco amistosa recepción como inexplicable: «No tengo prisa por regresar a ver al caballero en cuestión».

Pero, solo una semana más tarde, se vio obligado a contactar con él de nuevo. La víspera de Nochevieja, el ministro de Exteriores sueco había enviado un telegrama a Moscú diciendo que la legación de Budapest se había ocultado tras ser objeto de violentas amenazas. Encargaban a Söderblom la tarea de pedir a los rusos que ayudasen a los diplomáticos suecos una vez que hubiesen liberado Budapest. Para estar seguros, enviaron una lista completa de nombres. El Ministerio de Asuntos Exteriores también proporcionó a Söderblom un par de argumentos útiles. Debía decir que la única razón de que la legación sueca siguiese en Budapest era

que Suecia quería cumplir su misión de actuar como potencia protectora de la Unión Soviética, así como ayudar a los quince mil judíos o más que habían sido puestos bajo su protección.

Staffan Söderblom presentó la solicitud en una nota escrita a Dekanózov. El 2 de enero de 1945, los generales Tolbujin y Malinovski, en los frentes de Budapest, recibieron sendos telegramas cifrados del cuartel general del Ejército Rojo en Moscú. Los ponían al tanto de que la misión diplomática sueca se había quedado en la ciudad asediada y les daban los nombres de todos los miembros del personal, instándolos a informar cuando los

encontrasen y a esperar luego instrucciones adicionales en cuanto a las precauciones para salvaguardar su seguridad.

Ni siquiera Raoul Wallenberg podía continuar ignorando el hecho de que la situación se había vuelto desesperada. La Cruz Flechada, que había tomado Budapest, parecía querer usar el poco tiempo que le quedaba en el poder para exterminar a tantos judíos como fuese posible.

Además, recibió una serie de amenazas de muerte. Varios líderes de la Cruz Flechada estaban convencidos de

que Wallenberg espiaba para los Aliados y tenía radiotransmisores en el sótano de la legación. Los suecos y los grupos bajo su protección se habían convertido en blancos de caza. Desde el punto de vista de la Cruz Flechada, sus derechos extraterritoriales habían expirado cuando la legación sueca se había negado a seguir al Gobierno al oeste.

Por seguridad, Raoul procuraba mantenerse en movimiento, aunque no se escondió. Lo seguían como sus guardaespaldas agentes de Policía o gendarmes armados, y tenía al ingeniero y chófer Vilmos Langfelder constantemente a su lado. Conducían por

la ciudad en el Studebaker granate, con matrícula AY 152. Estaba cubierto de señales diplomáticas y de correo, y de otra información protectora. Raoul estaba resuelto a seguir al corriente del progreso del asedio y aparecía a menudo en el cuartel de la Cruz Flechada de Pál Szalai, donde podía seguir los avances rusos, marcados con banderas, en un mapa colgado de una de las paredes. Pero también era lo bastante atrevido como para conducir hasta la cima de la colina Gellért y ver por sí mismo lo mucho que se había adentrado el Ejército Rojo en Pest.

El 2 de enero, el Hazai Bank fue bombardeado. En el ataque murió otro chófer de la legación, y los colegas de Raoul Wallenberg se trasladaron a las cámaras acorazadas por seguridad. Allí, tras una puerta blindada de medio metro de grosor, con múltiples cerraduras, había entre veinte y cuarenta personas apiñadas sobre jergones de paja. A veces, Pál Szalai pasaba por las cámaras acorazadas del banco para negociar. La primera vez que Wallenberg abrió la pesada puerta de hierro, señaló satisfecho a Szalai que la cámara contenía riquezas mucho más grandes que el dinero: personas.

El año 1945 no había comenzado, desde luego, esperanzador para Raoul Wallenberg. Al cabo de unas horas, la Cruz Flechada ordenó que todos los judíos del gueto internacional fueran reubicados en el gueto principal. Era un duro revés. Raoul preveía una hambruna catastrófica. Los transportes de comida de la Cruz Roja Internacional al gueto cerrado acababan de interrumpirse porque ningún proveedor se atrevía a hacerse cargo del trabajo. Raoul hizo un cálculo aproximado y llegó a la conclusión de que los 70.000 judíos prisioneros en el gueto principal se encontrarían al borde de la inanición en solo unos días. Trasladar a los 35.000

judíos bajo protección internacional en aquellas circunstancias no podía verse como otra cosa que un acto deliberado de aniquilación.

El 3 de enero, Raoul Wallenberg contactó con las autoridades militares para intentar evitar la situación. Informó al comandante alemán de que «el plan se debe considerar, desde un punto de vista humanitario, inhumano y sin sentido. No consta a la Real Legación [representación diplomática de Suecia] que semejante plan haya sido jamás llevado a cabo por el Gobierno de un país civilizado». Raoul amenazó con

hacer responsable al mando militar húngaro de las 100.000 vidas que, probablemente, se perderían.

Pero la decisión parecía irrevocable. Desde la Policía de la zona llegó el mensaje de que algo estaba a punto de pasar. Raoul Wallenberg no vio otra opción que ceder, al menos provisionalmente. Si se resistía, corría el riesgo de que las cosas terminasen incluso peor.

Al día siguiente se envió un mensaje a los vecindarios suecos de que todo el mundo debía prepararse para su traslado al gueto principal. Se instó a los judíos protegidos a recoger sus pertenencias básicas en hatos o

mochilas, y a que no llevasen más de lo que pudieran acarrear en tramos largos. Debían escribir su nombre en el resto de sus pertenencias y dejarlas donde estaban. Unas horas más tarde fueron evacuadas las primeras cuatro casas. Este giro fatal de los acontecimientos alteró al jefe de la oficina de gestión de las casas suecas en el gueto internacional de tal forma que se quitó la vida.

Pero Raoul Wallenberg no se había rendido totalmente. Continuó sus negociaciones incluso después de decidir que se permitiese la reubicación de los judíos protegidos. Se dirigió entonces directamente a los más altos

miembros de la Cruz Flechada que quedaban en Budapest, el comandante de la ciudad, Ernő Vajna, y el jefe de la milicia, Imre Nidosi, que estaban ocultos en un refugio antiaéreo bajo el Ayuntamiento de Pest, en la temida dirección Városház 14.

Raoul Wallenberg jugó su mejor carta: la comida. Incluso los miembros de la Cruz Flechada estaban hambrientos. Cuando Raoul les prometió una parte de las provisiones del Departamento Humanitario, consiguió, por fin, organizar al menos un retraso de cuarenta y ocho horas de la evacuación planificada. El aplazamiento afectaba también a las casas suizas. Es probable

que se incluyeran un par de pasaportes protegidos firmados en estas negociaciones.

En el Ayuntamiento, Wallenberg se encontró con un italiano, Giorgio Perlasca, que se había quedado a cargo, de hecho, de la tarea de encargado de negocios al marcharse los diplomáticos españoles. Eso lo había convertido en responsable de doscientos judíos, más o menos, bajo protección española. Raoul Wallenberg lo había ayudado, entre otras cosas, a ponerse en contacto con Szalai, alto mando de la Policía.

Raoul le contó a Giorgio Perlasca las amenazas que había recibido. Le preguntó si la legación española podría

ofrecerle refugio durante un par de días. Perlasca prometió alojarlo. Los días pasaron y Perlasca esperó, pero Raoul Wallenberg nunca llegó a aparecer.

Aunque la evacuación del gueto internacional se había pospuesto, la situación seguía siendo de lo más incierta. Estaban tratando con bárbaros desatados, que habían perdido por completo el contacto con cualquier sentimiento de humanidad que hubiesen poseído alguna vez. El jefe de la milicia, Imre Nidosi, era uno de los peores. Había dirigido los famosos baños Gellért de Buda. Cuando el

Gobierno de la Cruz Flechada había abandonado Budapest poco antes de Navidad, él se había autoproclamado comandante de todas las unidades de la Cruz Flechada. Corría el rumor de que había sido él quien había incitado a la milicia a los asesinatos indiscriminados imprimiendo octavillas con las palabras «ejecuta a cualquier traidor en el acto». Negarse a obedecer la orden suponía, al parecer, una sentencia de muerte.

Un apretón de manos no tenía ningún valor en semejante infierno, y el ataque más amplio a las casas suecas se produjo en la noche del 8 de enero. Unidades de la Cruz Flechada armadas irrumpieron en las oficinas

administrativas del Departamento Humanitario sueco en Jókai 1. Al igual que la oficina principal de la avenida Üllői, la de la calle Jókai se encontraba fuera de la zona de Pest que constituía el gueto internacional. Pero el edificio estaba protegido a pesar de ello. Una gran bandera sueca colgaba en el exterior, con una señal que resumía los derechos extraterritoriales del país.

Entre 260 y 290 personas vivían en Jókai, todas judías bajo protección sueca y, en muchos casos, empleadas por el departamento de Raoul Wallenberg. Una sensación de ansiedad se había extendido por la casa el día antes del ataque, cuando los gendarmes

que la guardaban habían sido retirados de pronto. Además, una semana antes, el conserje había sido detenido y ejecutado. Los ocupantes del edificio sabían que algo se estaba tramando.

La unidad de la Cruz Flechada estaba registrando toda la casa y ordenó a los residentes que se presentaran en el patio «al cabo de tres minutos». La mayoría se había estado escondiendo de los bombardeos en el sótano cuando los obligaron a salir a la noche invernal, temblando tanto de frío como de miedo.

Desde el patio, los hicieron marchar por las calles cubiertas de nieve hacia un destino desconocido. Estaban todos seguros de que el viaje

terminaría en el muelle del Danubio. Pero primero tuvieron que pasar la noche apiñados de pie en el cuartel general de la Cruz Flechada, en Városház 14, donde les pegaron y les robaron los objetos de valor antes de enviarlos en grupitos a encontrarse con su destino.

Entre ellos, en la multitud, se encontraba Kati Kadelburger (hoy Kate Wacz), de doce años. Sesenta y cinco años tras el ataque aún podía recordar el drama y la nevada sobre Budapest en enero de 1945. «Estábamos apretados como sardinas. Entonces comenzaron a llamar a los niños. Fui hasta una mujer de la Cruz Flechada que parecía

aterradora y tuve que quitarme el collar que llevaba. En el bolsillo del jersey marrón que llevaba puesto, tenía unas cuantas avellanas. Había también una ampollita de cianuro de potasio que mi madre me había dado cuando la Cruz Flechada llegó al poder. Lo tuve que entregar todo. Entonces la horrible mujer me ordenó que me quitase las botas. “Pero, ¿cómo voy a andar?”, le pregunté. “Si no te las quitas, te pego un tiro”, gritó.»

A la madre y al hermano de Kati los enviaron en el mismo grupo. Kati tuvo que caminar en calcetines, atravesando la ventisca, hacia el muelle del Danubio y, estaba convencida, la

muerte. Pero los guardias de la Cruz Flechada pararon frente a un muro alto. Se abrió una puerta y los hicieron entrar. Kati vio calles cubiertas de cadáveres y comprendió dónde estaban. En un repentino gesto de «empatía», la Cruz Flechada había llevado a las mujeres y los niños al gueto principal. No obstante, al menos 180 de los judíos suecos apresados durante esos días fueron ejecutados junto al río.

Según el técnico de máquinas de escribir Károly Szabó, Raoul Wallenberg visitó esa noche al jefe de la milicia, Imre Nidosi, en el refugio de la calle Városház, sin saber que los judíos protegidos de la calle Jókai estaban

prisioneros allí. Fueron juntos, pues Raoul quería protestar contra el ataque. Szabó nunca olvidaría la visita al oscuro sótano abovedado: «En la semioscuridad de la habitación vimos primero a la novia de Nidosi, recostada en un diván comiendo galletas. Sobre la mesa, alrededor de la que se sentaban Nidosi y otros jefes de la Cruz Flechada, entre ellos Kurt Rettmann y el teniente segundo Darabont, había velas encendidas colocadas alrededor de una calavera. El grupo de Nidosi aseguró que “no tenían conocimiento” del caso de Jókai 1».

Unos pocos de los residentes de Jókai 1 habían conseguido permanecer escondidos durante la redada. La recién casada de diecinueve años Alice Korányi y su marido Erwin, por ejemplo. Alice se había salvado de un campo de trabajos forzados en agosto, después de que Raoul Wallenberg le hubiese emitido un pasaporte protegido. Tras el golpe de Estado de la Cruz Flechada, la joven pareja se había estado moviendo entre varios escondrijos, hasta acabar en una habitación del cuarto piso de la casa sueca de Jókai 1. Allí era donde estaban la noche en que llegó la unidad de la Cruz Flechada.

Erwin actuó con rapidez. Miró a su alrededor y descubrió la ventana de un baño, de un metro y medio cuadrado. Ató una sábana alrededor de Alice, amarró el otro extremo a la ventana y salieron por ella. Durante dos horas, ella estuvo colgada fuera, en un estrecho hueco a cuatro pisos de altura, con una barra de hierro fina y sobrecargada como único apoyo. Ayudaba que Erwin Korányi fuera gimnasta de élite. Se colocó por encima de ella, presionando la espalda contra una pared y los pies contra la otra. Les corría el sudor por el cuerpo y tenían las manos como el hielo

por el frío de enero. Oyeron disparos de pistola y gritos tremendos. Alice sintió auténtico pánico.

Luego todo quedó en silencio. Creyeron poder oír el latido de su corazón. Esperaron un poco más antes de atreverse a volver dentro. En la casa encontraron al resto de la familia de Erwin, que había conseguido esconderse al completo.

Al día siguiente, 8 de enero, se dirigieron a la oficina principal de Raoul Wallenberg en la avenida Üllöi. La mayoría de los judíos protegidos estaba allí, en un refugio del sótano. Erwin y Alice estaban completamente exhaustos, pero sintieron que podían

relajarse en aquel entorno, que era nuevo y al mismo tiempo tenía aquel matiz sueco tan familiar.

Por desgracia, la calma no duró mucho. Como había pasado en la casa de la calle Jókai la noche antes, los gendarmes armados que guardaban el edificio fueron retirados antes de que la Cruz Flechada iniciase el asalto. Los 156 judíos suecos de la casa fueron detenidos. Los apalearon en el sótano de un cuartel antes de dirigirlos a un «vestuario» oscuro en una sede de la Cruz Flechada. Esta vez, Alice y Erwin no habían conseguido escapar. Junto con

Gábor Forgács, estaban en el grupo, ahora en mangas de camisa, que oía a la Cruz Flechada hablar del Danubio.

Las noticias de la irrupción en la avenida Üllői habían llegado, sin embargo, a uno de los colegas de Raoul Wallenberg. Aquel tomó la iniciativa e informó a Pál Szalai, que reaccionó rápidamente ordenando al jefe local de la Policía que liberase a los judíos suecos con la ayuda de una unidad armada. Para Alice Korányi, parecía como si, de nuevo, Raoul Wallenberg le hubiese salvado la vida.

Aunque la Policía escoltó a todos de vuelta a la avenida Üllői, les explicó que no podía seguir protegiéndolos. Si

querían quedarse, lo harían bajo su propia responsabilidad.

Raoul Wallenberg no dejaba de pensar en cómo llegar antes hasta los rusos. El miércoles 10 de enero de 1945 pidió a Károly Szabó que fuese al refugio de las cámaras acorazadas del Hazai Bank. Raoul quería su ayuda para llegar al Ejército Rojo.

Raoul tenía varios asuntos urgentes que quería plantear al mando soviético de Debrecen tan pronto como fuese posible. Quería que los ataques a la casa que pertenecía a la legación sueca parasen y quería discutir cómo salvar a

la gente del gueto. Por último, aunque no menos importante, quería presentar su plan para un programa de ayuda en Hungría tras la guerra. En su maletín llevaba un memorándum detallado de la «Institución Wallenberg». También había escrito un llamamiento personal al pueblo húngaro, que esperaba poder publicar una vez que hubiese obtenido autorización de los rusos y del Gobierno provisional húngaro de Debrecen.

En los incontables documentos de que fue autor durante el otoño, Raoul Wallenberg había procurado siempre pasar desapercibido. Ni una vez había

sacado pecho o subrayado sus logros personales. Ahora, en su llamamiento, era hora de dar el paso:

Ruego su indulgencia por el hecho de que aquí, por primera y última vez, de esta forma ostentosa, me dirija al pueblo en primera persona. Pero creo que es necesario por el bien de aquellos que sufren, puesto que mi nombre es conocido por la operación humanitaria de la Real Embajada Sueca, al frente de la que he estado hasta ahora. Muchos miles de personas han mostrado gran fe en mi misión de rescate, y apelo a esa fe para la siguiente tarea. Soy sueco, natural de un país neutral. Mi nación y yo nunca hemos visto la neutralidad como un estado cómodo, pasivo. Al contrario [...].

Durante varios meses ya, he visto el sufrimiento del pueblo húngaro y, si me permiten expresarlo así, he estado emocionalmente implicado en él, como si del mío se tratase. Ahora veo con claridad los ámbitos en los que se precisa ayuda urgente.

Raoul hacía una larga lista de tareas a las que ayudaría su nueva organización de socorro privada. Incluía el auxilio para localizar a miembros perdidos de las familias, en especial para reunir a niños con sus padres. Mencionaba cosas como pensiones para los inválidos de guerra, ayuda para reconstituir vínculos comerciales, asistencia para crear oportunidades de

empleo, programas de alimentos a gran escala, ayuda con la escasez de vivienda y la recogida y la distribución de muebles, repatriación y emigración, cuidado de huérfanos, asistencia médica para individuos y municipios, control de epidemias, auxilio con fármacos, ayuda para la planificación y la construcción, campamentos de emergencia y hospitales provisionales.

Aclaraba que no se trataba de caridad. El capital inicial que él y sus colegas proporcionasen debía verse, únicamente, como préstamo. «Si desean presentarse ante nuestra organización para solicitar ayuda, no duden en

contactar con nuestra división de información», concluía Raoul Wallenberg su llamamiento.

El técnico de máquinas de escribir Károly Szabó apareció en el Hazai Bank ese mismo día, un poco más tarde. Raoul Wallenberg le pidió que intentase organizar su transporte hasta los rusos, y Szabó se marchó para explorar el terreno.

Raoul Wallenberg tenía aún otra tarea de la que ocuparse: con Per Anger, debía visitar el cuartel general del ejército alemán en un último intento de arrancar la promesa de no matar a ningún otro

judío bajo protección sueca. Su viaje los llevó a través de las horripilantes calles que subían al castillo. Una y otra vez tenían que frenar por «cadáveres de personas o caballos, árboles arrancados de raíz y casas bombardeadas». Per Anger intentó persuadir a Raoul Wallenberg de que se quedase con los otros suecos en la parte de Buda, pero él se negó. Iba a volver a Pest. Dijo que no quería oír, después, que no había hecho todo lo posible.

El mismo día, el nombre de Raoul Wallenberg surgió en Berlín. Adolf Eichmann había vuelto a su despacho en la Prinz-Albrecht-Strasse. Allí levantó el auricular y llamó a Von Thadden, del

Ministerio de Asuntos Exteriores. Eichmann quería saber lo que había sucedido con el salvador de judíos sueco Raoul Wallenberg. Von Thadden hizo sus pesquisas y, varios días después, pudo dar a Eichmann el mismo mensaje que había recibido el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco: «Wallenberg se ha puesto bajo protección alemana (Waffen SS)».

La reunión de Per Anger y Raoul Wallenberg con el general alemán fue breve y bastante infructuosa. El general estaba disgustado por el hecho de haber oído que Raoul Wallenberg había escondido a uno de los combatientes de la resistencia húngara, Gyula Dessewffy,

en su casa de la calle Ostrom. El rumor era cierto: el combatiente de la resistencia había estado en una sala de la torre, pero Wallenberg lo negó de forma convincente.

Después de la reunión, Per Anger y Raoul Wallenberg se separaron. Nunca volvieron a verse.

Károly Szabó había tenido algo más de éxito. La noche del 10 de enero volvió al Hazai Bank y dijo que el frente estaba ahora a no más de diez kilómetros de Városliget (el «parque Municipal»), en la zona oriental de Pest. Había localizado a un amigo que estaba

planeando cruzar al lado ruso y que se había ofrecido a llevar a Raoul Wallenberg y a su chófer, Vilmos Langfelder. Estalló una acalorada discusión entre el personal, que intentaba disuadir a Wallenberg de una empresa tan absolutamente temeraria. Al final, Raoul decidió declinar la oferta, pero no abandonó la idea por completo.

Esa misma noche, Langfelder y Wallenberg fueron conduciendo hasta un taller y prepararon el coche «para un largo viaje». Lo cargaron de comida, y se dice que escondieron oro y joyas en el depósito de reserva del vehículo.

Dijeron al dueño del taller que Wallenberg se dirigía «a Debrecen y, luego, a Suecia a presentar informes».

Raoul se dirigió entonces al este de Pest, a la que se convertiría en su última dirección: Benczúr 16. La casa estaba a solo unos cientos de metros de Városliget. Era propiedad de un capitán húngaro, László Ocskay, con quien había tenido contacto Raoul Wallenberg. El capitán Ocskay estaba entre los militares húngaros críticos con la Cruz Flechada. Había dirigido una unidad de trabajos forzados responsable de remendar uniformes alemanes y húngaros. La unidad de Ocskay se había convertido más en un refugio protector que en una

cámara de tortura para los judíos en cuestión. Según la autora húngara Mária Ember, se considera que Ocskay salvó a 2.000 judíos con sus «trabajos forzados».

No hacía mucho que el capitán Ocskay había puesto partes de su casa de Benczúr 16 a disposición de la organización de transporte de la Cruz Roja Internacional. La noche del 11 de enero, Raoul Wallenberg apareció para, como dijo, quedarse un par de días. No era solo por razones de seguridad por lo que había vuelto a mudarse. La casa de Ocskay le convenía, comentó, porque

esa zona de Budapest iba a ser liberada pronto. Desde allí podría ponerse en contacto rápidamente con los rusos.

Al día siguiente, Raoul Wallenberg emprendió algo parecido a una primera ronda de despedidas. Recorrió una ciudad bajo fuego de artillería constante, de por sí una hazaña para una persona que había afirmado a menudo ser un cobarde en el fondo. Muy probablemente fuera Vilmos Langfelder quien lo llevó al refugio de Üllői 2-4, entre otros lugares. La oficina principal estaba parcialmente en ruinas después de que la parte del edificio que daba a la plaza Kálvin hubiese sido seriamente dañada por un bombardeo. No quedaba

mucho del antiguo despacho de Raoul Wallenberg. Alrededor de un centenar de judíos residentes se refugiaban aún en el sótano de Üllői 4. Las existencias de comida eran bajas, pero habían encontrado un pozo de agua potable bajo el cine de al lado.

Durante la visita de Raoul al sótano, sus colegas le pidieron que emitiese algunos pasaportes protegidos más y que ampliase los provisionales que expiraban el 15 de enero. Según Jenő Lévai, Raoul creía que era «innecesario», pero lo hizo de todas formas. «Un momento histórico: firmo

pasaportes protegidos en las ruinas de Stalingrado», se afirma que dijo Raoul Wallenberg después.

El pasaporte diplomático del propio Raoul expiraba el día de Nochevieja, pero en el último minuto Per Anger se había asegurado de ampliarlo otros seis meses. Raoul tenía, pues, inmunidad diplomática hasta el 30 de junio de 1945.

Por la tarde, paró en el «Departamento de Emigración» de la legación suiza, en la llamada Casa de Cristal de Pest. Allí se encontró con Miklós Krausz, que tenía 200.000 *pengő* y algunos documentos que Raoul le había dado para que se los guardase.

Ahora necesitaba recuperarlos. El sueco informó a Krausz de que planeaba dirigirse al general Malinovski en Debrecen.

Por fin, Raoul se reunió con Pál Szalai y Károly Szabó para comer algo. La mayor parte de las fuentes dicen que se trató de una cena tardía en el edificio de la legación sueca en Buda. Lo de cena es, posiblemente, una exageración. Todo lo que Raoul Wallenberg pudo encontrar para ofrecerles fue algo de pan sueco, un poco de queso húngaro y una botella de vino del país. Presentó la comida como una especie de testimonio de amistad húngarosueca.

Raoul Wallenberg dijo a Szalai y Szabó que su intención era reunirse con el general Malinovski en Debrecen. Raoul esbozó sus planes de una mayor operación de socorro. En una entrevista, mucho más tarde, Pál Szalai afirmó que Raoul les había contado que parte de la «asistencia para la autoayuda» implicaría el suministro de alimentos desde Suecia: «Dijo que su profesión original era la importación y exportación de productos alimentarios. Cuando regresase a Pest, se pondría en contacto con los rusos y les ofrecería avituallamiento en grandes cantidades, de Suecia a Hungría. Primero como ayuda gratuita y luego para su

adquisición».

En algún momento, Raoul Wallenberg debe de haberse dado cuenta de que no estaba por completo exento de problemas desde un punto de vista diplomático que él, como secretario de legación de bajo rango, fuese el primer sueco en reunirse con el general soviético. Una iniciativa así debía ser aprobada desde arriba. Envió un mensaje a Ivan Danielsson informando al enviado de que veía la situación como insostenible y de que tenía intención de cruzar la línea del frente hasta los rusos. Desde su sótano, Ivan Danielsson envió el mensaje de que, si así era como juzgaba la situación, debía hacerlo.

Las bombas rusas llovían sobre Budapest sin tregua, y varios de los puentes sobre el Danubio eran intransitables. Tropas húngaras y alemanas se retiraban más y más hacia el oeste de Pest, ante el avance lento pero constante de las tropas rusas hacia el centro.

En Városliget, solo a una calle de la nueva morada de Raoul Wallenberg en la calle Benczúr, llevaba varios días desarrollándose un duro combate cuerpo a cuerpo. Casi todos los animales del zoo habían muerto. Para la mañana del 13 de enero, todo el parque estaba en poder de los soviéticos. Los primeros soldados soviéticos surgieron pronto de

entre las acacias de la calle Benczúr. Se acercaba el momento del contacto planeado por Raoul Wallenberg.

Los datos sobre lo que sucedió al día siguiente están algo confusos: son muchas las piezas del puzle y evidentes los lapsos de memoria. En los documentos rusos, es fácil perderse entre los registros de rango y unidad del Ejército Rojo. Pero, con un poco de paciencia, se puede reconstruir más o menos lo que sucedió.

Según el personal de la Cruz Roja Internacional, era cerca de la hora de comer cuando los primeros soldados soviéticos entraron a la fuerza en el edificio de Benczúr 16 en el que se

encontraba Raoul Wallenberg. Este se dirigió al soldado que parecía tener la mayor graduación y explicó, con ayuda de un intérprete, que el edificio estaba ocupado por «la Cruz Roja suiza» y la legación sueca. Raoul les mostró su identificación diplomática, que había sido traducida al ruso. Luego pidió hablar con un superior.

Algo más tarde, el comandante Dmitri Démchenko, del 581.º Regimiento de Infantería, llegó a Benczúr 16. Raoul Wallenberg repitió que era diplomático sueco y que quería contactar con el general Malinovski. El comandante Démchenko pareció recibir su solicitud sin protesta alguna. A

petición de Raoul Wallenberg, apostó dos guardias soviéticos fuera del edificio antes de irse.

Por la tarde, el comandante soviético regresó. El personal de la Cruz Roja y Wallenberg le dieron algo de comer, y parece que el ambiente fue amigable. Testigos presenciales han comentado que tanto el comandante Démchenko como Wallenberg se levantaron y pronunciaron cortos discursos mediante intérpretes.

Al día siguiente, Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder se marcharon con el comandante Démchenko. Raoul llevaba su habitual mochila, así como un maletín en el que, entre otras cosas, guardaba

una copia escrita de su plan para el programa de socorro. Antes de irse, dejó algunos cientos de miles de *pengõ* al miembro de más nivel de la CRI que había en el edificio.

Hasta aquel momento, todo parecía haber ido bien. Cuando el superior de Démchenko entregó un informe ese mismo día, afirmó que «lo tomaron el 13.1.45 en la calle Benczúr (cruzó la línea del frente por sí mismo)». Es posible que su conversación hubiese sido tan relajada que Démchenko hubiese permitido a Wallenberg y Langfelder que se dirigieran solos hasta la siguiente escala en la jerarquía militar. Hay algunos relatos que indican

que Wallenberg y Langfelder se fueron en el coche marcado como transporte diplomático, solo para ser detenidos un poco más tarde por otros soldados soviéticos, que les ordenaron bajar. Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder se negaron. Solo cuando les apuntaron con ametralladoras salieron del coche. Se dice que los soldados les acuchillaron las ruedas.

Se incautaron del coche, pero Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder llegaron, de todas formas, al regimiento de infantería al que los había dirigido Démchenko. La unidad se encontraba en el barrio de Rákosszentmihály, unos ocho kilómetros al este de Városliget. El

comandante de la unidad los saludó con cordialidad y consideración. Cuando supo que Raoul Wallenberg pedía ver al general Malinovski, contactó con sus superiores en la división para obtener instrucciones. Según el comisario político del regimiento, ordenaron a los oficiales que, por el momento, trataran al sueco y a su conductor con humanidad. Debían mostrar respeto por su inmunidad diplomática y no interrogarlo.

Hacia la noche, dos oficiales y cuatro soldados llevaron a Wallenberg y Langfelder a su siguiente escala en el

Ejército Rojo, el cuartel general de la 151.^a División de Infantería, donde los recibió Kislitsa, el jefe de la unidad de contraespionaje (SMERSH), antes de permitirles reunirse con Podshivalov, el comandante de la división. Según los testigos rusos, fue una recepción cálida y todos los oficiales soviéticos que conocieron a Raoul Wallenberg ese primer día observaron «la mayor corrección y amabilidad posibles dadas las circunstancias bélicas». Algunos de los oficiales del contraespionaje habían expresado cuidadosamente dudas, pero el jefe de la SMERSH había mostrado, según los presentes, «el mayor de los tactos hacia el diplomático». Se puede

entender por qué la cordialidad no había pasado desapercibida entre los presentes. La palabra SMERSH era un acrónimo de «*smert shpiónam*», «¡muerte a los espías!».

En cuestión de horas, Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder habían conseguido progresar velozmente en su misión de contactar con los soviéticos.

Se convocó a un intérprete húngaro de la división de inteligencia del XXX Cuerpo de Rifles de la Guardia a la casa en que esperaban Wallenberg y Langfelder. Se llamaba Mijaíl Danilash y, si hemos de creerle, el encuentro tuvo lugar en una habitación de uno de los edificios administrativos del Ejército

Rojo en Rákosszentmihály. Así es como recordó Danilash la conversación cuando dio testimonio de ella en el curso de una investigación conjunta suecosoviética unos cuarenta años más tarde:

Entré en la habitación. Allí sentado (un poco echado hacia delante) hacia la mitad de una mesa, había un hombre con un traje negro, de pelo oscuro, en la treintena, delgado, no particularmente pálido (con la piel de tono ligeramente oscuro), mientras que, a la izquierda [...] había un hombre corpulento, con una chaqueta de cuero negro. El hombre me informó educadamente de que era el secretario Wallenberg de la Embajada sueca, y presentó al otro como su chófer [...].

Wallenberg hablaba a su chófer en alemán y este me hablaba en húngaro, para luego traducir de nuevo al alemán para Wallenberg. Por encima de todo, Wallenberg quería saber de dónde era yo y cómo había acabado en aquella unidad del Ejército Rojo [...]. Luego me preguntó: «¿Cómo puede explicar el hecho de que el Ejército Rojo haya avanzado tan rápidamente? ¿Es porque son ustedes fuertes o porque los alemanes son débiles?». Contesté que había oído a nuestros oficiales decir que, después de perder Stalingrado, el ejército alemán había perdido su espíritu de lucha y que era ya demasiado tarde para recuperarlo. La siguiente pregunta fue: «¿Cómo ve el Ejército Rojo a la población y los prisioneros de guerra en las zonas ocupadas? ¿Hay persecución de grupos

religiosos, judíos por ejemplo?». Respondí que, durante el poco tiempo que nuestra oficina de campo había estado instalada en diversos lugares, no había notado nada negativo respecto de esas cuestiones. Después, Wallenberg me dijo: «Cuando las tropas del Ejército Rojo entraron en Budapest, me quitaron el coche oficial. He hecho todo lo imaginable para recuperarlo, pero, en vez de mi propio coche, me han dado uno que fue tomado como botín de guerra. No me parece aceptable [...]. Solicito que me devuelvan el coche y no aceptaré ningún tipo de sustitución. En segundo lugar, solicito reunirme con el general Malinovski de inmediato. Le pido que transmita mis deseos a sus superiores y que ellos, a su vez, los comuniquen a los suyos» [...]. Cuando hablaba, Wallenberg

era enérgico y persuasivo. Era una persona que se presentaba con todo el poder de la autoridad que le permitía su puesto. Luego me agradeció la conversación y sugirió que bebiese una copa de vino con él.

Si era verdad que Raoul Wallenberg había llenado el depósito de gasolina de oro y diamantes, se puede entender su terca insistencia en que le devolviesen el coche.

Parece que cuando Wallenberg y Langfelder pudieron, por fin, reunirse con el comandante de la división, Podshivalov, Raoul explicó su propósito de una manera más sosegada. Según

testigos, llevaba un maletín repleto. Mostró que contenía muchos documentos importantes y dijo que estaba dispuesto a entregarlos a los mandos militares soviéticos. Raoul repitió su solicitud de que lo pusieran en contacto con el general Malinovski y entró en más detalle sobre su operación en Budapest. A juzgar por el informe que se envió ese mismo día al mando del VII Ejército de la Guardia, Raoul Wallenberg dijo que la legación sueca «representaba a los judíos que estaban en el gueto principal» y tenía nueve oficinas en Budapest. Raoul explicó que quería reunirse con el

oficial superior para discutir, entre otras cosas, cuál era la mejor forma de rescatar el gueto.

También dijo al jefe de la 151.^a División de Infantería que el ministro sueco Ivan Danielsson se había refugiado en un sótano en Buda y que el edificio de la legación sueca estaba custodiado por el agregado Lars Berg. Wallenberg presentó entonces un telegrama en alemán, que pidió a los soviéticos que enviaran a Estocolmo. Raoul quería que hiciesen saber a Estocolmo que todo estaba en orden y que él estaba en territorio liberado. A los militares soviéticos les dijo que no podía abandonar el frente porque «siete

mil ciudadanos suecos estaban bajo su responsabilidad y protección en la parte oriental de la ciudad».

Un testigo declaró más tarde que Raoul Wallenberg inspiraba confianza al mando de la división, «a pesar del hecho de que las tropas de primera línea eran muy desconfiadas, entrenadas para ver espías en todas partes». Cuando se informó más tarde de que el sueco Raoul Wallenberg y su chófer habían sido puestos bajo protección, es muy probable que fuese exactamente lo que había sucedido y no un eufemismo de haberlos hecho prisioneros.

Mientras el personal de la división esperaba noticias de más arriba en la jerarquía soviética, Wallenberg y Langfelder pasaron la noche en una casa del camino de Erzsébet Királyné, en la zona al este de Városliget.

El 15 de enero, más o menos a la misma hora en que el Ejército Rojo alcanzaba la avenida Üllői y a los judíos protegidos por Suecia, comenzó a apreciarse una crispación nueva en la actitud de los militares soviéticos hacia Raoul Wallenberg. El hombre que había buscado voluntariamente al Ejército Rojo para ayudar a todos los judíos de

Budapest no experimentaría la hora de la liberación, ni de los judíos protegidos de la avenida Üllői aquel lunes, ni del gueto internacional al día siguiente.

En la avenida Üllői, los últimos días habían sido un infierno lleno de bombas. Durante al menos veinticuatro horas, la oficina principal había estado justo en mitad de la batalla, les habían llovido granadas y uno de los médicos de la legación tuvo que llevar a cabo operaciones a vida o muerte a un soldado ruso y otro alemán, uno tras otro, sobre una curtida mesa de cocina del destrozado refugio antiaéreo.

Esa tarde, los primeros soldados soviéticos habían irrumpido en las ruinas de la antigua oficina principal. Tanto en el primer piso como en el segundo, estallaron violentos combates cuerpo a cuerpo entre soldados soviéticos y alemanes, mientras el personal sueco y sus familias intentaban refugiarse en el sótano como podían. Para ellos, la «liberación» estaba ya al alcance de la mano. Para su jefe y líder sueco, sucedía justo lo contrario.

Alrededor de la misma hora, el mensaje con la petición de contacto de Raoul Wallenberg había subido la escalera de mando soviética y vuelto a bajar. Pero no había sido recibido con la

reacción inequívocamente positiva que Raoul había esperado. Se podía detectar, ahora, cierta duplicidad en las comunicaciones internas soviéticas, así como una actitud más inquebrantable en las órdenes transmitidas a los subordinados.

Kupriánov, en la oficina de campo del VII Ejército de la Guardia, ordenó que Raoul Wallenberg y su chófer fuesen trasladados de inmediato, si bien en circunstancias cómodas, a otro cuerpo. Dejó claro que se prohibía, en lo sucesivo, a Wallenberg tener cualquier contacto con el exterior. El telegrama a Estocolmo no se enviaría «por ahora» a ningún sitio. Habían designado a dos

«camaradas» para la misión de averiguar qué clase de secretario era realmente.

Es posible que este giro hacia el aislamiento fuese algún tipo de medida de seguridad impuesta mientras esperaban la orden definitiva de arriba. Pero en este caso tampoco se puede descartar que la instrucción viniese de Moscú. Sea cual sea la verdad, ese día, el jefe de la oficina de campo del Segundo Frente Ucraniano informó al cuartel general en Moscú de que habían encontrado a Raoul Wallenberg y también de que se habían tomado medidas para protegerlo a él y sus pertenencias. Es decir, se actuó

exactamente según las órdenes en cuanto a la protección de los suecos que había emitido Moscú tras la presión de Staffan Söderblom.

La información de que Raoul Wallenberg había sido puesto bajo custodia de protección llegó a los dirigentes políticos en Moscú. Dekanózov, viceministro de Exteriores, era conocido por actuar con rapidez. Quizá incluso demasiado rápido en este caso. El 16 de enero, Dekanózov escribió una nota a Staffan Söderblom. Le transmitía la información de que el Ejército Rojo había encontrado a Raoul Wallenberg y de que se habían tomado medidas para protegerlo a él y sus

pertenencias. Comunicaba, asimismo, la noticia de que el resto de la legación estaba en la parte occidental de Budapest. Pero no escribió nada sobre el hecho de que hubieran aislado a Wallenberg. No está siquiera claro que lo supiese.

En la legación sueca de Moscú, Staffan Söderblom no se había recobrado aún del humillante trato que había sufrido en el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético antes de Navidad. El 15 de enero, su segundo, Ingemar Hägglöf, había escrito preocupado en su diario que parecía

como si Söderblom no se atreviese ya a ir al ministerio, que había pasado un mes entero sin visitarlo.

Los combates en Pest estaban acercándose a su fase final, pero las tres colinas de Buda —Gellért, la del Castillo y la de las Rosas— seguían en manos alemanas. Por lo general, los diplomáticos suecos no se aventuraban a salir, pero cuando lo hacían podían ver a soldados del Ejército Rojo en las calles de Pest. Varios miles de personas habían buscado protección en los túneles que había bajo el castillo. La escasez de alimentos era grave.

Per Anger se había retirado al sótano del edificio de Úri 15, donde, por suerte, habían podido desenterrar una estufa de madera de entre las ruinas bombardeadas. La condesa Nákó cocinaba en el patio cuando la situación lo permitía. Subsistían a base de comida enlatada, sopas aguadas y carne de un caballo muerto que había en la calle. En el sótano del palacio del conde Eszterházy, Margareta Bauer, Ivan Danielsson y los demás miembros de la legación sobrevivían a base de agua y pan a veces mohoso. Ocasionalmente, la familia del noble les alegraba la vida con algo de buen coñac.

De vez en cuando, los suecos cruzaban a hurtadillas el sótano abovedado hasta los suizos, y con ellos jugaban a las adivinanzas y contaban historias divertidas. El comprador de vituallas de Raoul Wallenberg, Yngve Ekmark, enseñó a Margareta Bauer a cantar contrapunto. Tales pasatiempos eran muy necesarios. Transcurriría casi otro mes antes de que pudiesen abandonar su escondite.

Con la inminente caída de Pest, un rumor que había circulado durante algún tiempo cobraba fuerza. Se decía que los alemanes y la Cruz Flechada estaban planeando una gran masacre en el gueto principal, como acto final de venganza

antes de su retirada. El rumor resultó ser cierto. El 16 de enero, Pál Szalai recibió la visita de un nervioso agente de Policía en su despacho del cuartel general bajo el Ayuntamiento. El policía le dijo que había oído que en el Hotel Royal había quinientos soldados alemanes con ametralladoras, esperando tan solo la orden de comenzar el asesinato en masa. Iban a enviar también doscientos hombres de la Cruz Flechada y la Policía. Estaba claro que no quedaba mucho tiempo.

Pál Szalai había acordado antes con Raoul Wallenberg que podía referirse al sueco si se encontraba en una situación difícil. Se dirigió al

general alemán Gerhard Schmidhuber, que tenía su despacho en el mismo refugio bajo el Ayuntamiento. Szalai explicó a Schmidhuber que venía como apoderado de Raoul Wallenberg. Preguntó al general si sabía que sus tropas planeaban un asesinato masivo en el gueto principal.

El nombre «Wallenberg» era para entonces famoso en Budapest, incluso para el general Schmidhuber. Había conocido al sueco antes, en una de sus visitas a Szalai. Este notó cómo se ruborizaba Schmidhuber al plantearle la pregunta. «Le dije que, cuando la guerra terminase, no sería juzgado como soldado, sino como criminal de guerra.

Y que aquello era un mensaje de Wallenberg», contó Szalai más tarde en una entrevista. «¿Venía el mensaje realmente de Wallenberg, o lo inventó usted?», preguntó el entrevistador. «Lo inventé, pero Wallenberg me había dado permiso para hacerlo y habría dicho probablemente lo mismo. Aunque, para entonces, yo ya no podía ponerme en contacto con él», contestó Pál Szalai.

Después de esto, el general Schmidhuber reunió a los comandantes alemanes y húngaros y detuvo el asesinato masivo planeado. A la mañana siguiente, las tropas rusas llegaron a las afueras del gueto. Tardaron menos de un día en liberarlo, con sus 70.000

habitantes demacrados. Puesto que unos 35.000 judíos protegidos acababan de ser liberados en el otro gueto, significaba que habían sobrevivido al Holocausto más de 100.000 de los judíos de Budapest.

Raoul Wallenberg había tenido éxito con sus protestas contra la incautación de su vehículo. La mañana del miércoles 17 de enero, él y Vilmos Langfelder condujeron de vuelta al edificio de Benczúr 16, donde Raoul había estado viviendo últimamente. Pero no iban solos. Seguían al coche tres oficiales soviéticos armados en motocicleta, uno

de ellos en un sidecar. Raoul subió a su habitación para recoger sus cosas y explicar a sus colegas de la Cruz Roja Internacional que se dirigía al cuartel general soviético.

El personal de la Cruz Roja reconoció a uno de los oficiales soviéticos de la escolta como el «cortés» comandante Démchenko que había cenado con ellos solo unos días antes. Raoul Wallenberg recogió el dinero que había dejado allí y atravesó la entrada abovedada de Benczúr con su mochila, el maletín y otras tres bolsas. Estaba, cuentan, de un humor fantástico y, como solía, salpicó ocurrencias por doquier. Todo indicaba que iniciaba el

viaje voluntariamente. Los oficiales soviéticos se habían quedado en la calle y, por lo tanto, si Raoul Wallenberg hubiese tenido sospechas de que pasaba algo, podría haber alertado fácilmente al personal de la Cruz Roja, o incluso haber huido.

En la calle, junto a la motocicleta, Raoul se encontró con László Pető, el amigo húngaro que había conocido en el curso suizo de su adolescencia. Durante el otoño, Raoul había cenado de vez en cuando con László y su familia. Cierta preocupación debe de haber atormentado a Raoul porque, al mostrar orgullosamente su impresionante escolta a Pető, dijo en alemán: «Les han

ordenado que vengan conmigo. No sé si es para protegerme o para vigilarme. No sé si soy un invitado o su prisionero». Raoul también había dicho al personal de la Cruz Roja que a Langfelder y a él los habían puesto en cuartos separados en Erzsébet Királyné y que no les habían permitido hablar entre ellos.

László Petó y Raoul Wallenberg hablaron sobre la liberación del gueto internacional el día antes. Cuando Petó supo que Raoul tenía previsto pasar por allí antes de continuar hacia Debrecen, le preguntó si podía acompañarlo. Raoul Wallenberg sugirió que debería ir con él hasta donde estaba el general Malinovski. Dijo que el gueto central

sería pronto liberado y que Pető podría ayudar en la organización del avituallamiento alimentario y médico necesario.

Se marcharon y László Pető notó que Vilmos Langfelder había cambiado de coche. El Studebaker no era adecuado para el viaje que iban a hacer, explicó Raoul. La escolta motorizada los siguió hasta la oficina de la legación sueca en el gueto internacional. Esa vez los oficiales soviéticos también se quedaron en la calle. Dieron a Raoul Wallenberg y László Pető media hora antes de partir de nuevo.

En la oficina, Raoul Wallenberg se encontró con algunos colegas. Les dijo lo feliz que estaba de que el gueto internacional hubiese sido liberado y de que la mayoría de los judíos protegidos estuviesen, por tanto, a salvo de la Cruz Flechada. Quería saber más sobre cómo había pasado, pero por desgracia tenía cierta prisa, dijo, pues el coche lo esperaba fuera. Raoul les contó que iba a Debrecen para contactar con los soviéticos del nivel más alto. Dijo que esperaba volver muy pronto, pero que era muy probable que tardase, como poco, una semana. Les pidió que continuasen con el trabajo solos y preguntó si necesitaban dinero.

La visita terminó con Raoul Wallenberg entregando 100.000 *pengó* al tesorero y obteniendo un recibo a cambio. Sus colegas creyeron ver una buena cantidad de dinero aún en el maletín. Antes de salir de la oficina de la calle Tátra, Raoul se aseguró de que el personal supiese que había también «diamantes y objetos de valor» en la cámara acorazada del Hazai.

Los oficiales soviéticos se estaban impacientando. Pero Raoul Wallenberg no se privó de pasar por el Hospital Sueco, a solo unas puertas de distancia. Preguntó por la situación y le

presentaron un informe. Quizá fue la tensión lo que lo hizo resbalar y caerse en la acera helada al volver.

En el coche, que según los testigos era azul claro, Vilmos Langfelder dijo que había discutido la situación bélica con los oficiales de la escolta. Al parecer, no pasaría mucho tiempo antes de que las tropas soviéticas pudiesen conquistar también Buda. László Pető, cuyos padres se escondían en esa parte de la ciudad, comenzó a dudar. Por fin, dijo a Raoul Wallenberg que, si la liberación de Buda estaba tan cerca, no podía ir con él a Debrecen. Tenía que averiguar lo que había pasado con sus padres.

Condujeron de vuelta al este, a través de Pest, y pasaron el magnífico monumento de la plaza de los Héroes antes de que Langfelder parase en la esquina de la avenida Aréna (hoy, avenida Dózsa György) y la calle Benczúr. Esperaron a que bajase László Pető, que describió el momento al autor Jenő Lévai solo un año más tarde: «Nos despedimos de forma sumamente afectuosa y les deseé la mejor de las suertes para lo que, en aquellas circunstancias, era un viaje muy arriesgado. Después, el coche desapareció de mi vista».

Durante ese tiempo, la maquinaria del Gobierno soviético en Moscú había seguido trabajando en el asunto de Wallenberg y Langfelder. El miércoles 17 de enero de 1945, el Ministerio de Defensa soviético envió un telegrama al comandante del Segundo Frente Ucraniano. El remitente era el viceministro Nikolái Bulganin, y el telegrama contenía una orden de arresto, de la que se enviaba una copia al jefe de la SMERSH, Víktor Abakúmov:

Raoul Wallenberg, que ha sido encontrado en la calle Benczúr, en la parte oriental de Budapest, debe, según la información de la agencia de contraespionaje «SMERSH», ser detenido

y enviado a Moscú. Tome las medidas necesarias para cumplir dicho cometido. Informe del momento de salida a Moscú, así como del nombre del oficial responsable. Bulganin.

Es interesante que una frase del borrador original del telegrama fuese eliminada antes de enviarlo. En el borrador se referían a Raoul Wallenberg como «secretario de la legación sueca». Poco después llegó otro telegrama de Bulganin en el que se ordenaba que los dos diplomáticos suizos Harald Feller y Max Meier fuesen detenidos y enviados, «de la misma forma que Wallenberg, a Moscú». Tampoco se dio a estos hombres título diplomático alguno en el

mensaje. Salió a la luz, finalmente, en una carta posterior de Abakúmov, que estas órdenes de arresto habían sido emitidas por Iósif Stalin.

En un solo día, la garantía de Dekanózov de que Raoul Wallenberg estaba a salvo y bajo protección de las tropas soviéticas había dejado de ser cierta. Pero la información sobre ese cambio radical no entró, desde luego, en los canales de comunicación diplomática suecos.

Staffan Söderblom, el humillado enviado en Moscú, ya había recibido el mensaje positivo de Dekanózov para entonces. Pero, por alguna razón, no consiguió enviar su propio telegrama

cifrado a Estocolmo hasta casi la medianoche del miércoles 17 de enero. No llegó al Ministerio de Exteriores hasta las siete de la mañana del día siguiente. Para entonces, hacía tiempo que Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder habían dejado atrás la libertad de Budapest.

La mañana del 18 de enero de 1945, un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco llamó por teléfono a la madre de Raoul, Maj von Dardel. Le dijo, probablemente, lo mismo que explicaba el telegrama: que Moscú había informado de que habían encontrado a Raoul Wallenberg en la calle Benczúr, en Budapest. Las

autoridades militares soviéticas habían tomado entonces precauciones para proteger a Wallenberg y sus pertenencias. El enviado Söderblom en Moscú había recomendado que no anunciaran la noticia en los medios antes de que toda Budapest hubiese sido liberada.

Maj von Dardel no pudo sino celebrar aquella llamada.

*CALLE OSTROM, OTOÑO
DE 2010*

El edificio es difícil de ver. La mansión de piedra que Raoul Wallenberg alquiló durante la mayor parte de su tiempo en Budapest queda escondida por un alto muro. Intento ponerme de puntillas sobre la inclinada pendiente, pero solo logro ver la cubierta de tejas. Una torre cupulada asoma entre la

vegetación. Debe de haber sido allí donde se escondió el periodista y combatiente de la resistencia Gyula Dessewffy.

Es, por supuesto, pura coincidencia que la calle en la que vivía Raoul Wallenberg se llame Ostrom, «calle del Asedio». Y que desemboque en Moszkva tér, «plaza Moscú» (hoy plaza Széll Kálmán). Tras las Navidades de 1944, Raoul nunca volvió aquí. Pero no puedo librarme de la idea de que, quizá, dejó alguna huella tras de sí.

La detective que llevo dentro se crece. Pronto tengo la dirección electrónica de alguien que podrá abrirme la puerta del muro. Se llama Richard, tiene unos veinte años y representa a la generación más

joven de la familia que ha sido dueña de la casa desde la década de 1950. Durante el día vende refrescos, cuando no está trabajando como instructor de natación. Pero, desde luego, puede ayudarme, si insisto.

Una fresca mañana de septiembre, la puerta de madera se abre. Richard me da la bienvenida sonriendo y atravesamos el jardín entre estatuas de mármol romanas ligeramente grisáceas. Las píceas son tan altas que debían de estar aquí hace sesenta y cinco años, pienso. Las estatuas también estaban y, por supuesto, la magnífica terraza de piedra frente a la entrada, que, con sus columnas esculpidas, da al conjunto un aire palaciego.

La puerta a lo que es hoy una casa blanca está abierta de par en par. Un gato blanco y negro entra corriendo por delante de nosotros. Mi anfitrión se disculpa y dice que no se ha arreglado apenas el interior. Que él sepa, la mayor parte está intacta desde el final de la guerra, cuando su familia se hizo cargo. Entonces llegaron los comunistas y dejó de ser tan fácil renovar una casa.

Cruzo el umbral, ligeramente sobrecogida, y entro en el salón de la izquierda. El estilo tiene un aire rococó. Aparadores y estanterías de madera oscura se erigen contra las paredes. El papel pintado es de medallones *beige*, y alfombras estampadas cubren los oscuros suelos de

parqué. Hay sillones y arañas de cristal, apliques y paisajes, butacas reclinables y tapices. Y ¿no es lo del rincón un busto de Napoleón?

Busco a mi alrededor huellas de Raoul. La gran estufa de cerámica verde debe de haber estado aquí cuando celebraba sus cenas, pienso. ¿Puede que Raoul escribiese sentado al delicado secreter? ¿O que ojease alguno de los antiguos libros con encuadernación francesa?

En la cocina se me corta la respiración cuando veo el aparador de caoba. Está decorado con guirnaldas talladas y tiene, como poco, dos metros y medio de altura. De inmediato sé lo que

quería decir Raoul cuando se refería a los «exquisitos muebles» en la carta que envió a su madre en agosto. Porque seguro que no tuvieron la energía para traerse en la mudanza esta pieza de cien kilos, ¿no?

La habitación del fondo es redonda y de color caldera. Está dominada por un diván acolchado, de color herrumbre, lo suficientemente ancho para dos personas. Richard cree que estaba ya aquí en 1944, pero no podría jurarlo.

—¿Así que esta podría haber sido la cama de Raoul Wallenberg? —pregunto.

Pero mi guía ya ha desaparecido por las estrechas escaleras que suben a la azotea. Lo sigo. Desde allí se tiene, ciertamente, como Raoul escribió a su

madre, «unas vistas impresionantes» de toda la ciudad. Pero empiezo a estar decepcionada. Hasta ahora no hay recuerdos concretos de Raoul Wallenberg y nada, realmente, de la guerra.

En el camino de vuelta al salón, Richard se para ante una melancólica acuarela con marco dorado. Representa un paisaje montañoso húngaro. Al principio no entiendo qué es lo que señala. Solo veo unos cuantos gansos y un lago. Entonces me acerco y veo el daño. Tres agujeros considerables.

—Ahí —dice Richard—. Son agujeros de bala del asedio ruso de 1945.

PARTE III

¿QUÉ DETERMINA EL
DESTINO DE UNA
PERSONA?

DE PROTEGIDO A DESAPARECIDO

Cuando los soldados soviéticos alcanzaron el centro de Pest en enero de 1945, se sorprendieron al ver banderas suecas o suizas en prácticamente la mitad de las casas. Señales especiales, a veces con aspecto sospechosamente

casero, declaraban la extraterritorialidad. Por las calles, la gente caminaba con lazos azules y amarillos en la ropa, y se proclamaba sueca. ¿Había sido ocupada ya Budapest?

No llevó mucho tiempo a los rusos comenzar a pensar que había algo raro con respecto a la representación diplomática sueca y, a decir verdad, la suiza. Raoul Wallenberg se había dado cuenta de que habría que explicar la considerable operación de rescate a los rusos recién llegados. Pero sabía muy poco sobre cómo consideraba el

Kremlin su país o su misión de rescate, algo que tendría una profunda influencia en sus oportunidades de éxito.

En torno a comienzos de 1945, la actitud soviética hacia Suecia había sufrido un cambio radical. Como habían notado agradecidos los suecos, la Unión Soviética aún no los había llamado a capítulo por su política de transigencia con los alemanes. Según el historiador ruso Maxim Koróbochkin, la actitud soviética relativamente conciliatoria estaba dirigida por un deseo político de no espantar a Suecia hacia el abrazo de Alemania. Pero, con la guerra acercándose a su fin, las cosas habían cambiado. Había llegado la hora de que

Suecia pagase por su falsa «neutralidad», o eso argumentaba el Kremlin. La Unión Soviética era una nación conquistadora, y si Suecia quería algún tipo de relación con ella, tendría que ser en las condiciones impuestas por los soviéticos.

La gelidez que Staffan Söderblom había encontrado en el Ministerio de Asuntos Exteriores en diciembre se podía ver como expresión de dicho cambio. Si bien no fue la única reacción negativa de los soviéticos. Aunque puede que fuese una coincidencia, el mismo día en que se emitía la orden de

arresto de Raoul Wallenberg, el Gobierno soviético tomó dos posturas políticas más bruscas hacia Suecia.

Ese miércoles, la Unión Soviética sorprendió a Suecia rechazando su propuesta de un nuevo acuerdo de crédito y comercio. Fue un mensaje doloroso que la embajadora soviética en Estocolmo, Alexandra Kollontái, se vio obligada a comunicar a Ernst Wigforss, el ministro de Finanzas. Para Kollontái, era un punzante fracaso personal. Había apostado todo su prestigio a la aceptación soviética de la propuesta.

Pero las tensiones no acabaron en el acuerdo comercial fallido. El 17 de enero, los soviéticos comenzaron a

indagar en un delicado asunto de intercambio. La persona en cuestión era una joven refugiada de la región báltica, Lidia Makárova, de quince años, originaria de la Unión Soviética. Durante los años siguientes, los rusos iban a exigir repetidamente, con creciente irritación, la «devolución» de la joven Makárova a su padre. No era raro que dichas exigencias se hicieran en relación con discusiones entre los dos países sobre Raoul Wallenberg.

Cuando, ese mismo día, Raoul Wallenberg cruzó voluntariamente la línea del frente soviético por segunda

vez, no era consciente del hecho de que Moscú había emitido una orden para su detención. Tampoco sabía nada del nuevo tono lúgubre que habían tomado las relaciones suecohúngaras. Regresaba, sencillamente, con el objetivo de repetir su importante propuesta al general Rodión Malinovski en Debrecen.

Wallenberg planeaba explotar toda la legitimidad que se había ganado durante la operación de rescate del otoño para convencer a los rusos de que aprobasen su plan de reconstrucción de Hungría tras la guerra. Muy probablemente consideraba un as en la manga el hecho de que esta empresa,

como la anterior, fuese a estar financiada por fondos americanos de la Junta para los Refugiados de Guerra. Después de todo, Estados Unidos era aliado de la Unión Soviética.

Por desgracia, los soviéticos ya no miraban con buenos ojos este tipo de propuestas.

No era un secreto para los rusos que los estadounidenses habían fundado la Junta para los Refugiados de Guerra, un año antes, como una especie de iniciativa de último minuto para salvar a los judíos europeos. El Gobierno estadounidense había informado concienzudamente a su aliado oriental y había invitado a los soviéticos a

participar. Pero, para el Kremlin, todos los tratos occidentales con los nazis apestaban sospechosamente a traición.

Durante el otoño de 1944, las sospechas soviéticas sobre la WRB se habían hecho más vehementes. Este proceso estaba relacionado con el caso de los 30.000 ciudadanos bálticos que huyeron a Suecia cuando el Ejército Rojo llegó en septiembre. En octubre, el diario comunista sueco *Ny Dag* reveló que había muchos «elementos fascistas» entre los huidos y que la legación estadounidense en Estocolmo estaba implicada. *Ny Dag* pudo probar que el representante en Estocolmo de la Junta para los Refugiados de Guerra, Iver

Olsen, había contribuido con 900.000 coronas suecas (unos 1,9 millones de euros actuales) para facilitar la pronta huida de individuos de la región báltica. En los periódicos soviéticos se decía que la legación estadounidense había invertido en «una organización báltica antirrusa en Suecia».

El mismo Iver Olsen proporcionaba a Raoul Wallenberg grandes sumas de dinero. Pagó casi la totalidad de la operación en Budapest, que había surgido en esencia como misión norteamericana de la Junta para los Refugiados de Guerra. La revelación de *Ny Dag* no ayudó, por supuesto, en nada a Raoul Wallenberg, que tenía

entonces la intención de vender una nueva operación de rescate al mando militar soviético.

A mediados de enero de 1945, la legación soviética en Estocolmo envió una protesta al Ministerio de Exteriores sueco por la supuesta propaganda antisoviética que hacían circular los refugiados bálticos en Suecia.

Fue dos días antes de que la SMERSH actuase siguiendo órdenes del Kremlin y arrestase a Raoul Wallenberg y su chófer, Vilmos Langfelder. Parece que el 19 de enero los obligaron a abandonar su hasta entonces relativamente cómodo

alojamiento con el Ejército Rojo, donde se les había asignado incluso personal de cocina, y los encerraron en un calabozo temporal del NKVD. Aun cuando los oficiales les aseguraron que no se los consideraba prisioneros, que solo los trasladaban a una «instalación de custodia», el empeoramiento de las condiciones debió de ponerlos sobre aviso.

O bien el aislamiento no fue absoluto desde el comienzo, o bien Raoul Wallenberg tuvo pronto dudas, porque parece que, en algún momento en torno al 20 de enero, pudo enviar un mensaje a su colaborador de confianza, Pál Szalai. En una entrevista con la

periodista húngara Mária Ember muchos años más tarde, Szalai dijo que, alrededor de aquella fecha, recibió un mensaje informándolo de que Raoul se había metido en problemas. «Pero ¿quién de nosotros podía hacer nada entonces, en aquel caos?», dijo en tono de disculpa.

El mensaje del viceministro de Exteriores Dekanózov había tranquilizado a los funcionarios del Ministerio de Exteriores en Estocolmo. Al menos, Raoul Wallenberg estaba en manos amigas. «Las autoridades militares soviéticas han tomado precauciones para proteger al Sr. Wallenberg y sus pertenencias», había

escrito Dekanózov. El Ministerio de Exteriores ni siquiera contestó al telegrama de Söderblom sobre el asunto. Al parecer, solo registraron que Wallenberg gozaba de aparente seguridad.

Los funcionarios del Ministerio de Exteriores parecieron centrarse más en reenviar la información sobre Raoul Wallenberg a los norteamericanos, como si el asunto fuese de mayor importancia para ellos que para los suecos. El 20 de enero, Herschel Johnson, el enviado de Estados Unidos en Estocolmo, mandó un telegrama con la buena noticia a su nuevo ministro de Exteriores, Edward R. Stettinius. Escribió: «Wallenberg está

sano y salvo en la zona de Budapest ocupada por los rusos». Los suecos habían recomendado, por tanto, que en el futuro los estadounidenses comunicasen sus instrucciones a la operación de ayuda de Wallenberg a través de la legación estadounidense en Moscú.

Si tenemos en cuenta que las tensas relaciones entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales eran cada vez más difíciles de ocultar, estas respuestas de los suecos y los estadounidenses parecen muy ingenuas; en especial, a la vista de lo que sabemos sobre el alcance del Servicio de Inteligencia soviético.

En la legación sueca en Moscú, el humor no había mejorado tras el revés del acuerdo comercial fallido. Staffan Söderblom había evitado ponerse en contacto con el Ministerio de Exteriores soviético durante el mayor tiempo posible, por miedo a provocar alguna otra exigencia perentoria sobre los refugiados bálticos. Pero, al final, no tuvo otra opción que solicitar una reunión con Dekanózov. El asunto que no le dejó más remedio fue la prevista visita del jefe de la Cruz Roja, el conde Folke Bernadotte, a Moscú en mayo.

El 26 de enero, un Söderblom nervioso abandonó su existencia protegida en el «palacete Míndovski»,

un hermoso edificio de principios de siglo en el centro de Moscú en el que se alojaba la legación sueca desde la década de 1920. Salió con piernas temblorosas hacia el Ministerio de Asuntos Exteriores, que en aquella época estaba en un edificio gubernamental a tiro de piedra de la gran prisión de Lubianka.

Vladímir Dekanózov era un hombre bajito, de unos cuarenta y cinco años, con escaso pelo rojizo. Pertenecía al círculo íntimo del jefe de seguridad de Stalin, Beria, y tenía un pasado en el NKVD. Dekanózov era georgiano, como Stalin y Beria. Después de unos años como enviado en Berlín durante la

guerra, se había convertido en la autoridad en funciones del ministro de Exteriores Mólotov.

Para enorme alivio de Söderblom, Dekanózov no hizo mención de los refugiados bálticos en su reunión. El propio Söderblom marcó el tono del encuentro agradeciendo a los rusos que hubiesen respondido a la petición de Suecia de proteger a Raoul Wallenberg. Dijo que esperaba que pudiesen mostrar la misma atención a los otros suecos de la legación de Budapest.

Tras las cortesías iniciales, la reunión parece haber continuado en un ambiente relativamente relajado, centrada en temas que tenían pocas

probabilidades de subir los niveles de adrenalina, como la emisión de visados y la inminente visita de Folke Bernadotte. Pero hacia el final de la audiencia, Dekanózov planteó otro asunto que causaba disgusto a los soviéticos. Esta vez, en relación con cinco marineros soviéticos que habían desertado, pero a quienes los suecos se negaban a devolver a Rusia.

Söderblom respondió diciendo que no sabía nada del asunto y prometió contactar con Estocolmo al respecto. Después parece haber hecho todo lo posible por restaurar el buen ambiente. Según las actas soviéticas, Staffan Söderblom terminó la reunión afirmando

que «los éxitos militares soviéticos dejan una profunda impresión en todo el mundo y que las noticias de estas victorias para el Ejército Rojo ocupan un espacio enorme en la prensa sueca».

La irritación de algunos de los funcionarios en la plaza Gustav Adolf con la adulación de Söderblom no dejaba de aumentar. Por encima de todo, su servilismo parecía haber exasperado al jefe en funciones del Departamento de Cuestiones Políticas, Sven Grafström. Tal como este lo veía, estaba claro que los rusos intentaban intimidar a los suecos para que obedeciesen, como habían hecho los alemanes al comienzo de la guerra. La única forma de manejar

esta táctica soviética era responder a la dureza con dureza, decía Grafström. Pero su opinión era un caso bastante aislado en el Ministerio de Exteriores en Estocolmo, donde había aún esperanzas de poder alcanzar un acuerdo comercial. Parece que Grafström utilizó su diario privado para expresar la aversión que sentía por la obsequiosidad de Söderblom, a pesar de lo mucho que sus superiores apoyaban dicho comportamiento:

Podemos estar bastante seguros de que el Kremlin ve a Söderblom como se mira un piojo bajo una lupa para ver cómo se retuerce. No pueden estar ciegos al hecho de que, aunque él mismo pueda haberlo

olvidado, personificaba la política de transigencia de la Administración con Alemania. ¿Y qué ven? Un bichito microscópico que colea, pero no un piojo, en ningún caso un insecto que pueda picar. Una mariquita abnegada [...]. Cualquier vacilación por nuestra parte les dará [a los rusos] la impresión de que pueden manipularnos con amenazas. Söderblom es, por tanto y en mi humilde opinión, un representante extremadamente peligroso para nosotros en Moscú. Inundado por sentimientos mesiánicos, lo ve todo a través de un cristal de color de rosa y quiere hacer todo lo posible por agradar. Es inteligente, pero no listo.

Había pasado una semana desde que Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder habían atravesado en coche la nieve de la Budapest oriental. La orden de arresto del ministro de Defensa Bulganin afirmaba que Raoul Wallenberg debía ser enviado a Moscú y que el mando del Segundo Frente Ucraniano debía informar del momento de salida de Budapest. El mensaje se envió en la medianoche del 26 de enero de 1945. El jefe de Estado Mayor del general Malinovski escribió a Moscú que Raoul Wallenberg había sido enviado ese mismo día y que un tal capitán Zénkov era responsable del convoy. Además del capitán Zénkov, se

asignaron cuatro soldados soviéticos para escoltar a Wallenberg y Langfelder.

El grupo viajó hacia el este en tren con el objetivo de hacer una escala en la ciudad rumana de Iași. Durante el viaje, reiterarían a Raoul Wallenberg y su chófer que no debían considerarse prisioneros.

El sábado 27 de enero de 1945, el Ejército Rojo abrió las puertas del campo de concentración de Auschwitz y liberó a 7.500 prisioneros demacrados. Después de una ofensiva violenta en el Frente Oriental, las tropas alemanas se habían visto obligadas a retirarse hasta

el río Óder, y el Ejército Rojo estaba ahora a solo setenta kilómetros de Berlín. El final de la Segunda Guerra Mundial parecía cercano.

En el gran teatro político, los anticipados vencedores comenzaron a redibujar el orden mundial según las nuevas relaciones de poder. El dictador de la Unión Soviética, Iósif Stalin, entró en dichas negociaciones con la cabeza particularmente alta.

Staffan Söderblom no era el único que andaba con paños calientes en torno al vencedor del Frente Oriental. Incluso el

presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, estaba entre sus filas de admiradores.

Roosevelt había decidido que Stalin tenía que ser un buen hombre. Si conseguían manejar bien al líder soviético, trabajaría para la democracia y la paz en el mundo codo a codo con Estados Unidos. Roosevelt solía llamar a Iósif Stalin «el tío Joe», y algo dice del tono de esa época el hecho de que la revista *Time* seleccionase a Stalin su «Hombre del Año» de 1942. Roosevelt prefería interpretar la actitud más escéptica de Winston Churchill hacia el dictador comunista como una falta de compenetración. «Creo que puedo

manejar personalmente a Stalin mejor que el Ministerio de Relaciones Exteriores británico o que mi Departamento de Estado. Stalin no puede ver ni en pintura a los estadistas de ustedes. Cree que yo le caigo mejor y espero que siga siendo así», escribió Roosevelt a Churchill en 1942.

A comienzos de febrero de 1945, los tres jefes de Estado se reunieron para una conferencia en el turístico centro costero soviético de Yalta para dividir la Europa de posguerra en discretas zonas de interés. Stalin no tuvo dificultad para hacer que los demás bailasen a su ritmo. Igual que había hecho en la anterior Conferencia de

Teherán, en 1943, organizó él la sede de las negociaciones e hizo a los otros viajar más lejos, pese a que Roosevelt estuviese confinado en una silla de ruedas. También consiguió que el susceptible presidente norteamericano se alojase en un palacio plagado de micrófonos soviéticos, otra similitud con la Conferencia de Teherán. Cada mañana, Stalin recibía minuciosas transcripciones de todo lo que se había dicho en la *suite* de Roosevelt. Una práctica habitual para un dictador que veía espías en todas partes, que tenía espías en todas partes y que solo tenía que levantar el auricular del teléfono que había bajo su escritorio en el

Kremlin para escuchar las conversaciones privadas de los miembros del Politburó.

Roosevelt no se encontraba bien, debilitado por problemas cardiacos y tensión alta. Solo le quedaban diez semanas de vida y no estaba en condiciones de imponerse. La mayor ambición del presidente estadounidense para la reunión de Yalta era entablar una amistad entre los líderes de las potencias mundiales, que se había de manifestar en las nuevas Naciones Unidas. Para ello mostró buena voluntad y humildad, y confianza en Stalin cuando pasaron a otros asuntos en el orden del día. El futuro de Europa Oriental, por

ejemplo. Cuando el dictador soviético prometió permitir elecciones libres en Polonia «tan pronto como resultase posible», Roosevelt estaba convencido de que lo decía de verdad. En respuesta a una pregunta directa, el dictador soviético había contestado incluso que las elecciones se celebrarían en el plazo de un mes.

Cuando Stalin firmó una declaración que afirmaba que las elecciones democráticas libres eran el objetivo para todos los países liberados, el presidente norteamericano no se preocupó de posibles diferencias de interpretación. Incluso Churchill, que era más desconfiado, permitió que lo

convenciesen. «El pobre Neville Chamberlain creía que podía confiar en Hitler. Se equivocó. Pero no creo equivocarme con Stalin», fue el comentario de Churchill en cuanto a la promesa de Polonia.

Las potencias principales seguían intrigando en Yalta cuando el tren de Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder llegó a la estación de Kiev de Moscú en uno de los primeros días de febrero de 1945. No hay indicios de que el viaje no fuese relativamente agradable. Les habían permitido bajar del tren en la ciudad rumana de Iași y habían pasado

unas horas en un restaurante llamado Luther. Viajaron en primera clase y les sirvieron la mejor comida del vagón restaurante. Más tarde, Raoul diría a otro prisionero que había pasado su tiempo libre en el tren escribiendo una novela de espías. También había intentado escribir sus memorias de la época de Budapest.

Los soldados de la escolta continuaban siendo amables. Cuando bajaron del tren, mostraron a Wallenberg y Langfelder el metro, orgullo de Moscú. Pero, por lo que sabemos, el convoy prefirió recorrer a pie al menos parte de la distancia que lo separaba del cuartel general del NKVD.

El palacio amarillo oscuro de principios de siglo de la plaza de Lubianka había sido sede central de una gran aseguradora. Pero, después de la Revolución de 1917, se había trasladado a él el temido servicio secreto, en aquel momento conocido como Cheka («Comisión Extraordinaria»). Seguía allí, aunque había pasado a llamarse NKVD (más tarde, KGB). La agencia de contraespionaje SMERSH también tenía su cuartel general en el edificio del NKVD, que se comunicaba ahora con otras estructuras, más nuevas, de forma que los tentáculos del servicio de seguridad se extendían por toda la manzana. La famosa prisión del NKVD

se encontraba en el patio interior. Fue el punto de partida del viaje al infierno del sistema gulag para incontables víctimas durante el Terror estalinista.

El martes 6 de febrero de 1945, Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder cruzaron la plaza de Lubyanka con su equipaje. El jefe del servicio de seguridad, el implacable Lavrenti Beria, tenía su despacho en la tercera planta del edificio principal. Pero, el día de la llegada de Raoul Wallenberg, Beria se encontraba en la Conferencia de Yalta, donde Stalin lo presentó al presidente Roosevelt como «mi Himmler».

Es muy probable que Beria estuviese, a pesar de ello, informado de la llegada del sueco. No era de un prisionero común del que se dejó constancia aquel día en su registro. La instrucción de arrestarlo había venido del propio Stalin y se había informado al jefe de la SMERSH, Abakúmov. ¿No es razonable pensar que Beria estuviese enterado de la decisión de contravenir la inmunidad diplomática y encarcelar a un diplomático de un país neutral? Era una situación sensible, de la que, con toda probabilidad, debía de haber sido informado incluso el ministro de Exteriores Mólotov. Pero ¿y el viceministro de Exteriores Dekanózov,

que había asegurado a los suecos que

Raoul Wallenberg estaba en buenas manos? ¿Sabía que el caso había dado un giro?

Lo que sabemos es que el caso Wallenberg estaba rodeado de un halo de gran misterio. Pero también sabemos que los edificios del servicio de seguridad y el Ministerio de Exteriores estaban tan cerca uno de otro que los llamaban «los vecinos». Beria estaba a apenas un minuto andando de Dekanózov, que era su colega de confianza y también un antiguo compañero del NKVD.

Puede que Wallenberg y Langfelder creyesen que solo pasarían la noche en la Lubianka. Pero, cuando las puertas se cerraron tras ellos, fue para siempre. Muy pronto fueron separados. En el futuro podrían, con algunas excepciones, saber del otro solo preguntando a otros prisioneros.

El autor ruso Alexandr Solzhenitsyn, que había llegado también a la Lubianka en febrero de 1945, describiría más tarde la prisión en su libro *El primer círculo*, en el que citaba el mandamiento de Dante: «Abandone la esperanza quien aquí entre». Según Solzhenitsyn, la zona de custodia de la Lubianka consistía en celdas adyacentes

de dimensiones mínimas, cerradas por puertas de color verde grisáceo, sobre las que placas ovaladas indicaban un número. Dentro «había una mesilla y un taburete que ocupaban casi todo el suelo. Si te sentabas en el taburete, no podías estirar las piernas». A lo que más se parecía aquello era a una morgue.

Entonces, con el final de la guerra cerca, el NKVD trabajaba día y noche. Solo en Polonia, aquella primavera, fueron detenidas y encarceladas unas 27.000 supuestas «amenazas para la seguridad». La mayor parte de los elementos indeseables, fuesen nacionales o extranjeros, pasarían por la Lubianka antes de ser ejecutados o

enviados al gulag. Las rutinas de entrada estaban, por tanto, necesariamente practicadas y eran rápidas. Los prisioneros tenían que despojarse de toda la ropa y eran sujetos, como animales, a una revisión «médica» de todas las partes del cuerpo. Les levantaban los empastes de las muelas, les cortaban los tacones de los zapatos por la mitad y les abrían los forros de las chaquetas en busca de secretos que se pudiesen usar más tarde. El procedimiento de llegada terminaba colocando a los prisioneros bajo una tubería de agua corriente y pidiéndoles que se lavasen.

Raoul Wallenberg fue registrado como el «prisionero de guerra» Raoul Gustaf Wallenberg. Está claro que la SMERSH había comenzado a dudar de su condición de secretario de legación, porque en la ficha de ingreso se lo califica de «observador diplomático» y no del más habitual «funcionario diplomático».

Tanto Raoul Wallenberg como Vilmos Langfelder tuvieron que entregar sus pertenencias. Los soviéticos se quedaron el dinero que Raoul había llevado consigo desde Budapest y la mochila que contenía sus «artículos de primera necesidad»: el pasaporte diplomático, el carné de conducir

húngaro, la agenda de bolsillo y la libreta de direcciones. También le arrebataron una pitillera llena que Raoul, que no fumaba, utilizaba para lubricar relaciones. Se perdieron la novela de espías, así como sus memorias de Budapest.

Como era práctica habitual en él, Raoul Wallenberg llevaba algunas latas de comida en la mochila. Aunque pertenecían a la categoría de «productos prohibidos», Raoul consiguió negociar quedárselas antes de que lo llevaran a la celda número 121 de la prisión de Lubianka. Otro prisionero de la época, Alexander Dolgun, que era empleado de

la Embajada estadounidense, ha descrito así la forma en que lo llevaron a su celda:

Durante aquel viaje, de la ducha a mi primera celda, me di cuenta de que estaba, en realidad, en una prisión enorme. Vislumbraba largos pasillos sombríos, flanqueados de puertas, cada una con una mirilla y una trampilla con panel de metal corredizo para la comida. Todos los pasillos estaban enmoquetados y casi el único sonido mientras avanzábamos era el chasquido de la lengua del guardia, la seña utilizada en la Lubianka para anunciar que se escoltaba a un prisionero [...]. Todas aquellas puertas de metal eran grises, de un gris acorazado, y el efecto de la oscuridad y el silencio y las puertas grises

que se repetían a lo largo de los corredores hasta perderse en las sombras era agobiante y descorazonador.

Los prisioneros permanecían en la Lubianka durante el proceso de investigación y eran trasladados a otras prisiones o campos una vez que se les había dictado sentencia. La prisión ocupaba seis pisos. Había zonas de ejercicio para los presos tanto en el patio como en el tejado. Los que estuvieron allí a la vez que Raoul Wallenberg han calculado que podía alojar unos quinientos reclusos, distribuidos en unas veinte celdas por piso. Pero los muros eran gruesos y los

guardias estaban atentos, así que tenían mucha dificultad para comunicarse unos con otros.

En su libro *Archipiélago Gulag*, Alexandr Solzhenitsyn describe su experiencia en la Lubianka de la primavera de 1945. Menciona la chimenea de la prisión, que escupía copos de ceniza de todos los documentos y novelas que se quemaban en sus hornos:

Caminábamos a la sombra de esa chimenea, en una caja de hormigón en lo alto del tejado de la Gran Lubianka, a seis pisos de altura, donde las paredes eran tan altas como tres hombres. A nuestros oídos llegaba Moscú, los coches haciéndose

señas. Todo lo que veíamos era esa chimenea, al centinela en su torre del séptimo piso y el cachito de confuso cielo de Dios que se podía ver sobre la Lubianka.

Raoul compartía su celda con un diplomático y capitán de las SS alemán que había estado destinado como agregado de Policía en Rumanía. Se llamaba Gustav Richter y era un nazi convencido, que había ayudado a Adolf Eichmann en la planificación de las deportaciones de judíos desde Rumanía, afortunadamente sin gran éxito. Era también, según lo que sus colegas afirmaron en los interrogatorios soviéticos, un alto oficial del SD (el

Servicio de Seguridad alemán), con una red de agentes a sus órdenes. En resumen, un espía.

Cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco consiguió averiguar el paradero de Gustav Richter diez años más tarde, este dijo que él y Raoul se habían hecho muy buenos amigos durante aquel breve periodo en la celda 121. Recordaba que el sueco apenas había entrado en la celda cuando comenzó a redactar una carta al director de la prisión. En ella, Raoul Wallenberg protestaba por su arresto y solicitaba poder ponerse en contacto con la legación sueca en Moscú de inmediato.

Se refería al hecho de ser diplomático sueco y añadía que, como ciudadano sueco, debía recibir mejor comida.

Gustav Richter leyó lo que Raoul había escrito y pensó que su compañero de celda había expuesto sus razones con demasiada dureza. Le aconsejó utilizar formulaciones más «objetivas». Richter creía que eso tendría mucho más efecto. Raoul aceptó la crítica y suavizó el lenguaje antes de entregar el documento al oficial de servicio en el primer piso de la prisión de Lubianka.

Dos días tras su llegada, llevaron a Raoul Wallenberg a un interrogatorio nocturno con un oficial e interrogador que hablaba un alemán excelente. Arrancar a un prisionero del sueño era una táctica de tortura típica de los soviéticos.

El interrogatorio con Raoul Wallenberg se extendió de la 1.00 a las 4.30 del 8 de febrero. Cuando Raoul regresó a su celda estaba lívido. Dijo a sus compañeros de celda que el jefe de interrogatorio rubio, que se llamaba Sverchuk, era «un hombre horrible». Sverchuk había acusado a Raoul Wallenberg de espionaje. «Te

conocemos. Perteneces a una gran familia capitalista sueca», le había dicho el oficial.

La familia Wallenberg no era, ni mucho menos, desconocida en Moscú. Durante varios años, una de las principales tareas de los agentes del NKVD en Suecia había sido intentar infiltrarse en la familia que había tras el imperio financiero más poderoso de Suecia. El Ministerio de Exteriores de la Unión Soviética había informado sobre los hermanos Jacob y Marcus Wallenberg en memorandos especiales. Por un lado, habían levantado sospechas tras sus intentos de contribuir a un armisticio entre Alemania y los Aliados

occidentales; por otro, se habían ganado cierto respeto por el papel de enlace que Marcus Wallenberg había tenido en las negociaciones de paz entre Finlandia y la Unión Soviética. Y detrás de todo esto estaba, por supuesto, la aversión ideológica de los líderes comunistas hacia el capitalismo.

Después de Raoul Wallenberg, fue el turno de que Vilmos Langfelder sufriese el mismo trato. Fueron a buscarlo a su celda al día siguiente y también lo acusaron de espionaje. En este caso, suponían que trabajaba para los estadounidenses o, posiblemente, los británicos, como recuerdan sus compañeros de celda.

Raoul Wallenberg no se permitió derrumbarse. Durante el primer periodo que pasó en la celda 121, fue optimista. Hacía ejercicio todos los días para mantenerse en forma e intercambiaba direcciones con sus compañeros de celda para poder verse cuando los liberasen. «Raoul Wallenberg, Ministerio de Asuntos Exteriores Sueco» fue lo que escribió en la nota que dio a Gustav Richter. Pasaban el tiempo jugando al ajedrez y contándose la vida.

Cuando hablaron de la familia, Raoul Wallenberg se refirió, en particular a su madre, Maj von Dardel. Gustav Richter notó que estaba

preocupado. «¿Qué dirá mi familia cuando le digan que estoy en prisión?», preguntó Raoul en diversas ocasiones. «Le consolé con [...] el hecho de que, en aquellas circunstancias, no había ciertamente vergüenza en ello», dijo Gustav Richter al investigador del Ministerio de Exteriores muchos años más tarde.

Había solo aproximadamente un kilómetro entre la celda 121 de la Lubianka y el palacete Míndovski, donde —con su ostentoso invernadero y su escalinata flanqueada por máscaras de león de bronce— el embajador

Staffan Söderblom vivía una cómoda vida en el más exquisito de los interiores.

Söderblom creía que su compañero de diplomacia Raoul Wallenberg seguía a salvo entre las tropas soviéticas de Budapest. Aun así, tras varias semanas de silencio de Estocolmo, fue el nervioso Söderblom quien, contra todo pronóstico, tomó la iniciativa. Y dio la casualidad de que lo hizo el mismo día en que Raoul era sometido a su primer interrogatorio en Moscú, a solo unas calles de distancia.

Söderblom pensaba que ya era hora de que Raoul Wallenberg recibiese señales de vida del Ministerio de

Exteriores, o algún tipo de instrucción. Como representante sueco, ¿quizá se le podía pedir que estableciese contacto con el nuevo Gobierno húngaro? Eso fue lo que escribió a Estocolmo.

El Ministerio de Exteriores tardó cinco días en responder al telegrama de Söderblom. Y, cuando lo hizo, fue solo una escueta petición de que Söderblom aclarase su «vaga» sugerencia. En cualquier caso, Söderblom recibió órdenes explícitas de averiguar tan pronto como fuese posible lo que había sucedido con Ivan Danielsson, Per Anger y el resto de los miembros del personal de Budapest. Estaba claro cuál era su preocupación.

Cuando Staffan Söderblom aclaró su propuesta sobre Raoul Wallenberg, hubo por fin una reacción de Estocolmo. La cuestión había provocado mucha inquietud en el ministerio. Allí entendían que Wallenberg seguía con el Ejército Rojo en Budapest, y había una considerable incertidumbre en cuanto a cómo debía relacionarse Suecia con el nuevo Gobierno húngaro. Pero el 17 de febrero, exactamente un mes después de la desaparición de Raoul Wallenberg, el Ministerio de Exteriores escribió a Söderblom en Moscú: «Si puede establecer contacto con Wallenberg [...] haga el favor de enviarle muestras de nuestra gratitud, recuerdos de su familia

y el mensaje de que se le enviarán más instrucciones una vez que Danielsson haya sido localizado».

Söderblom hizo lo que le pedían. Envió una nota diplomática al Ministerio de Exteriores soviético pidiendo a sus contactos que transmitiesen al «secretario de legación Wallenberg» «el agradecimiento del ministerio, recuerdos de su familia», así como la información de que tendría que esperar a que Danielsson hubiese tomado de nuevo posesión de su cargo para recibir más instrucciones.

Había buenas razones para preocuparse por el destino de los diplomáticos de Budapest. El enviado Ivan Danielsson había sido, de hecho, «localizado», aunque no de la forma que hubiese deseado el Ministerio de Asuntos Exteriores. Después de un mes de lucha, el Ejército Rojo había conquistado, por fin, Buda. Durante los últimos combates, unos soldados alemanes se habían atrincherado en la casa junto a la legación sueca en Gyopár: la mansión de la familia Zwack que el otoño anterior había albergado el Departamento Humanitario de Wallenberg. Algunos soldados soviéticos respondieron tomando una posición dentro de la

legación sueca. Subieron aprisa a los restos bombardeados del dormitorio de Danielsson, desde donde abrieron fuego contra los alemanes.

Cuando hubieron vencido la resistencia alemana, el edificio de la legación sueca se llenó de soldados soviéticos en uniforme de campaña blanco. No les llevó mucho tiempo encontrar las sustanciosas existencias de vino y licores de Ivan Danielsson, entre ellas 150 botellas de coñac. El mando militar soviético había dado a sus soldados unos días de «licencia de saqueo» después de la conquista de Buda, y eso era lo que esperaban hacer entonces. No ayudó que el custodio de la

legación, Lars Berg, hubiese colgado señales en ruso diciendo que se trataba de territorio diplomático sueco y que Suecia era poder protector de la Unión Soviética en Hungría. Soldados borrachos correataron por el edificio, con botellas en las manos, destripando maletas y tirando ropa, plata y seda al suelo.

Una doncella húngara fue violada dos veces. Abrieron las cajas de seguridad «como latas de sardinas», envolvieron todo lo que tenía algún valor en tiras de sábanas y lo cargaron en sus camiones. Paradójicamente, los

soldados se llevaron hasta la cubertería de plata que pertenecía en realidad a la legación soviética en Budapest.

Soldados soviéticos ebrios habían entrado también a trompicones en el refugio subterráneo del palacio del conde Eszterházy. Los suecos que se escondían allí habían puesto una señal en ruso que decía: «Legación sueca. Actuando como autoridad protectora de los intereses soviéticos». El exhausto Ivan Danielsson, que se había estado preparando para recibir a una unidad de mando rusa, perdió un zapato en la oscuridad del sótano y estaba ahora

descalzo sobre un montón de grava mientras los rusos buscaban enloquecidos relojes y armas.

Lars Berg había dejado el edificio de la legación ocupado para buscar una unidad soviética de mayor rango a la que pedir protección para la legación sueca. Lo enviaron a ver a un comandante en Pest. Allí encontró a su colega ruso, el conde Tolstói-Kutúzov, a quien había empleado en la legación sueca en octubre para llevar a cabo trabajos de traducción e interpretación. Tolstói-Kutúzov le dijo que había recurrido a los soviéticos, pero que estos lo habían encerrado e interrogado durante varios días. Dijo que los rusos

habían acusado a la legación sueca de espiar para los alemanes y que eran sobre todo Raoul Wallenberg y Lars Berg los objetos de sospecha. Ahora Tolstói-Kutúzov era libre de nuevo y había sido reclutado por el Ejército Rojo para llevar un departamento de relaciones exteriores. Berg comenzó a sentirse incómodo:

Por extraño que parezca, Tolstói no parecía muy feliz de verme de nuevo. Había cambiado de forma extraña. Ya no era el colega amable y siempre extremadamente servicial. Me preguntó nerviosamente si los rusos sabían que estaba con él.

A Per Anger, Göte Carlsson e Yngve Ekmark los había llevado a una zona rural un comandante soviético, que los había alojado en un caserón bajo protección militar. Unos días más tarde llevaron también a Ivan Danielsson y a un administrativo, Mezey. Entonces los trasladaron a todos a un nuevo alojamiento en la ciudad de Dunavecse, setenta kilómetros al sur de la capital, donde el grupo se quedó un tiempo, vigilado por soldados.

Margareta Bauer había conseguido volver sola al edificio de la legación en la calle Gyopár, equipada con un abrigo de piel de carnero, un cubo y una pala. Era la única de los suecos que seguía en

Buda, y pasaba los días quemando documentos de la SKF, la fábrica de rodamientos sueca, que la legación había guardado.

Habían pasado varias semanas desde que el Ministerio de Exteriores había llamado a Maj von Dardel con la noticia de que su hijo había sido recibido en custodia por las tropas soviéticas. Pero aún no había cartas o siquiera un mensaje del propio Raoul. En febrero, Maj decidió visitar a la embajadora soviética en Estocolmo, la legendaria Alexandra Kollontái.

Madame Kollontái tenía su despacho y residencia en el palacete de piedra de la legación soviética, ubicado en Östermalm, barrio elegante de Estocolmo. Kollontái había sido ministra en el Gobierno bolchevique tras la revolución de 1917, la primera estadista de Europa. Tras una ola de ejecuciones y muertes sin aparente explicación, era entonces uno de los pocos líderes revolucionarios originales que quedaban.

Kollontái llevaba dos años pudiendo llamarse «embajadora». Era el centro de la vida diplomática de Estocolmo. Sus colegas recuerdan que celebraba recepciones muy concurridas

en toda festividad soviética concebible. Madame Kollontái recibía a sus invitados como una emperatriz, en su trono elevado, rodeada de subordinados vestidos de uniforme azul marino.

En marzo de 1945 cumpliría setenta y tres años. Aún llamaba la atención, aunque estaba marcada por la enfermedad. Dos años y medio antes había sobrevivido a una apoplejía que le había dejado paralizado el lado izquierdo; no obstante, dos meses más tarde aún consiguió celebrar desde su silla de ruedas el aniversario de la Revolución de Octubre con una fiesta magnífica para cuatrocientas personas

en el Grand Hôtel. Se sirvió caviar ruso en cuencos de plata y no se escatimó el vino.

En la época en que Maj von Dardel fue a verla, el cada vez mayor disgusto de los dirigentes soviéticos con las acciones independientes de Alexandra Kollontái comenzaba a ser obvio. El incidente más reciente a este respecto había sido al rechazar la Unión Soviética el acuerdo comercial con Suecia. Kollontái había suavizado el mensaje y dijo a los suecos que no debían verlo como una declaración política, sino que era sencillamente a los términos del préstamo a lo que se oponía la Unión Soviética. Esto se vio

como una violación de sus instrucciones y desencadenó la ira en el Ministerio de Exteriores en Moscú. «Debilitó la fuerza de nuestra respuesta. Redujo la cuestión a un mero nivel comercial, sin intentar utilizar nuestra contestación para favorecer nuestros intereses políticos», escribió el jefe de la División Escandinava, Mijaíl Vétrov, en un severo memorándum; en él mencionaba a los prisioneros de guerra tanto bálticos como soviéticos como posibles concesiones suecas que Kollontái había perdido en el juego.

Maj von Dardel y Alexandra Kollontái tenían algunos vínculos personales, principalmente a través de

Nanna Svartz, la doctora que había cuidado de Kollontái con éxito durante su apoplejía de 1942 y luego se había hecho amiga suya. Nanna Svartz era una figura muy conocida en los círculos médicos suecos. Era profesora y jefa de la clínica del Hospital Karolinska. Esto significaba que trabajaba muy de cerca con Fredrik von Dardel, el marido de Maj, que había sido nombrado director general del Karolinska cuando abrió en 1940.

Nanna Svartz fue la primera profesora universitaria de Suecia, una posición nada fácil en una facultad tan rígida y absolutamente masculina como la suya. Pero Fredrik von Dardel la

había apoyado. Había surgido una amistad entre ambos y sus familias. Nanna Svartz también acabó siendo médico de cabecera de Maj y Fredrik von Dardel.

Otra conexión personal procedía del hecho de que Alexandra Kollontái contaba a Marcus Wallenberg entre sus amigos personales, como resultado de todos sus contactos durante las negociaciones de paz entre la Unión Soviética y Finlandia en el otoño de 1944.

En la reunión de Villagatan 17, Kollontái fue persuasiva. Dijo a Maj von Dardel que no debía preocuparse. Raoul Wallenberg estaba sano y salvo en

Rusia. Alrededor de aquella época, Alexandra Kollontái también invitó a Ingrid, la esposa de Christian Günther, a tomar el té. Así es como describiría Ingrid Günther la ocasión más adelante:

Cuando estuve allí, me pidió que dijese a mi marido lo siguiente: que Raoul Wallenberg estaba en Rusia y que sería mejor para él que el Gobierno sueco no discutiese el asunto. Por supuesto, yo transmití el mensaje, que Christian trató de seguir tanto como pudo. Madame Kollontái añadió: «Le aseguro que está vivo y que lo tratan bien».

La historia no registra lo que sucedió con la información tras el té. Pero el mensaje más crucial de Kollontái —que Raoul Wallenberg estaba en la Unión Soviética y no con el Ejército Rojo en Hungría— nunca fue anotado en los registros del Ministerio de Exteriores. Pasarían varios años antes de que se diese a conocer.

Los agentes soviéticos de la SMERSH en Budapest interrogaron a varios miembros del personal de la legación y la Cruz Roja suecas, no solo al misterioso conde Tolstói-Kutúzov. Sin embargo, parece que la intuición de

Berg era correcta. Según un oficial del NKVD, Pável Sudoplátov, durante muchos años uno de los de mayor rango del servicio de inteligencia, Tolstói-Kutúzov había sido agente soviético desde los años veinte. Durante la última mitad del otoño de 1944, Tolstói-Kutúzov había descrito el trabajo de Raoul Wallenberg en Budapest como «sospechoso» en sus informes. Tolstói-Kutúzov había informado de que el sueco tenía contacto frecuente con los servicios de inteligencia alemanes y de que era muy probable que estuviese implicado en actividades de cierta doblez.

Para el 19 de febrero, la operación de la SMERSH para el Segundo Frente Ucraniano pudo entregar un informe de inteligencia bastante incriminatorio sobre la legación sueca a su superior en Debrecen, que fue reenviado a la Lubianka en Moscú. Se basaba en gran parte en el testimonio de una fuente, muy probablemente Tolstói-Kutúzov, pero también en información de Henry Thomsen, otro de los rusos que Lars Berg había contratado en su Departamento de Potencia Protectora. Los rusos habían detenido a Thomsen a finales de enero y lo habían sometido a un interrogatorio intensivo.

Tanto Thomsen como Tolstói-Kutúzov parecían haber filtrado lo que habían visto a través de la suspicaz lente soviética. Posiblemente, la interpretación que hacían los agentes de la SMERSH de la información de que disponían estaba influida por el hecho de que la agencia consideraba su propósito pillar a tantos espías como fuese posible, lo que tendía a aumentar el número de sospechosos.

En un informe titulado «Mensajes especiales», un tal coronel Mujórtov escribía ahora a Moscú que la SMERSH había recibido «información que

comprometía las actividades de la Embajada y la Cruz Roja suecas en Hungría». Continuaba:

La Embajada sueca ha ampliado su protección a un número significativo de civiles en Budapest, individuos que no tienen absolutamente ninguna relación con Suecia, y emitido varios tipos de documentos a su favor, como pasaportes, documentos identificativos y «cartas de protección». En esta categoría hay conocidos miembros de organizaciones fascistas de Hungría, ciertos miembros del personal y agentes de las secciones de servicio de inteligencia y contraespionaje de naciones enemigas, así como otros elementos contrarrevolucionarios.

El coronel de la SMERSH citaba a un agente que, solo alrededor de una semana antes, había informado de que la legación sueca había vendido al menos 20.000 pasaportes por entre 2.000 y 20.000 *pengő* húngaros cada uno. El agente afirmaba que los judíos ricos, como los miembros de la familia Manfréd Weiss, se habían asegurado la ciudadanía sueca por 200.000 *pengő*. El agente, claramente desinformado pero imaginativo, nombraba entonces a los funcionarios que habían estado implicados en la venta de pasaportes, agrupando a «la condesa NAKO y el doctor FLEISCHMANN bajo el liderazgo del director FORGACS;

además del gerente de personal MEZEY e, incluso, según ciertos testimonios, el mismo enviado DANIELSSON».

En su informe, el coronel Mujórtov escribió que la mayoría de la gente a la que habían concedido ciudadanía sueca había salido de la ciudad con un visado de tránsito alemán, justo antes de que el Ejército Rojo rodease Budapest. Dedicaba varias páginas a las «pruebas» de que los suecos eran colaboradores fascistas. Se nombraba a personal de la propia legación que «hasta hace muy poco eran fascistas» y a empleados de la Cruz Roja con

supuestos fascistas en la familia, que «siempre habían sido enemigos abiertos de la Unión Soviética».

Los suecos se apresuraron a señalar su papel como potencia protectora de la Unión Soviética, pero los investigadores del contraespionaje no daban a esto mucho peso. La ayuda a los prisioneros de guerra rusos se limitaba a diez camisas y veinte latas de sardinas, afirmaban agriamente. «Por los hechos demostrados más arriba, aunque todavía incompletos, es evidente que, en vez de proteger los intereses de la Unión Soviética y Hungría, la Embajada y la Cruz Roja suecas brindan a enemigos de la Unión Soviética y el pueblo húngaro

amparo, y les ofrecen refugio y seguridad. Por este motivo, estamos tomando medidas para detener a personas de interés que poseen documentos protegidos emitidos por la Embajada sueca», concluía el coronel Mujórtov su informe. Le dieron órdenes de reunir más información.

Valdemar Langlet, el delegado de edad avanzada y algo locuaz de la Cruz Roja había conseguido, contra todo pronóstico, llegar a Debrecen por carreteras dañadas por las bombas. Allí había establecido contacto con el nuevo Gobierno húngaro y pedido permiso

para continuar su trabajo humanitario. Los ministros húngaros, apoyados por los soviéticos, habían expresado su gratitud genuina por la operación de rescate sueca y su «gran admiración por las heroicas acciones de Danielsson».

Ahora el afectuoso Langlet estaba de vuelta en Pest y fue pronto uno de los interrogados por los rusos. Los mandos militares soviéticos habían interceptado una carta sobre Raoul Wallenberg, escrita, al parecer, por Langlet. La carta afirmaba que Wallenberg había viajado con escolta soviética hasta el cuartel general del general Malinovski.

Langlet tuvo que esperar horas antes de ver al comandante soviético que llevaba a cabo los interrogatorios. «Dónde estaba ese Wallenberg. Dónde vivía y por qué no aparecía», recordaría Langlet más tarde que había preguntado el comandante. Cuando Langlet contestó que no lo sabía, pero que había oído que Wallenberg había ido a ver al general Malinovski, el tono del comandante se hizo más cortante: «Entonces, no debería haber escrito lo que escribió, puesto que no sabe si es cierto».

Todas las mañanas, un guardia despertaba a los presos de la Lubianka al grito de «*Podiom!*» («¡arriba!») y abría la trampilla de la comida. Empujaba al anaquel de dentro una lata de «té» insípido y una barrita de pan para cada prisionero. Para cenar había diversas variedades de sopa aguada. En medio, nada.

Las moquetas de los pasillos amortiguaban cualquier sonido. En la Lubianka reinaban el silencio y la desolación. Los guardias se mantenían firmes al principio de que los prisioneros no debían ver a nadie más que a sus compañeros de celda cuando los conducían a los interrogatorios, a

hacer ejercicio o al llamado «baño», que sucedía una vez cada diez días. Cuando descorrían los cerrojos de las puertas de las celdas, nadie sabía lo que venía a continuación. Nunca sabían si el recluso volvería o no.

El martes 6 de marzo, la rutina diaria se interrumpió para el prisionero sueco Raoul Wallenberg, de la celda 121. Hasta aquel momento, en el mes que llevaba en prisión, no había pasado gran cosa. Si es que investigaban su caso, estaba sucediendo a cámara lenta. Raoul Wallenberg no había sido interrogado ni una sola vez después de

la experiencia nocturna de los primeros días. Ahora iban a trasladarlo a una de las celdas vecinas, la número 123.

No lo habían olvidado por completo. Staffan Söderblom había hecho un intento de mandar un mensaje a Raoul a través del Ministerio de Exteriores soviético. Pero parece que el mensaje que contenía el agradecimiento del Ministerio de Exteriores y los recuerdos de su familia no le llegó a la Lubianka. Y Söderblom no había pedido permiso para ver a su colega diplomático. No tenía instrucciones de hacerlo y puede que ni siquiera se le ocurriese. Hasta donde su conocimiento llegaba, Raoul seguía en Hungría.

El mismo día en que Raoul Wallenberg cambiaba de celda en la Lubianka, los suecos que leían el periódico recibían el primer relato detallado de sus acciones. Con el titular «Épica hazaña sueca en Hungría», el diario *Dagens Nyheter* imprimía una entrevista a un húngaro que había conseguido escapar de Budapest. Elogiaba los esfuerzos suecos para salvar a los judíos húngaros, en particular el trabajo de Raoul Wallenberg y Valdemar Langlet. La mayor parte del artículo era sobre Raoul. «Nada era imposible para Wallenberg. Durante aquellos turbulentos días, recibió amenazas de

muerte anónimas, apedrearon su coche, hicieron todo lo posible para imposibilitarle ir a ver a la gente que protegía: enviaron gánsteres armados a seguirlo, pero nada pudo obligarlo a abandonar», decía el húngaro, que afirmaba haber trabajado en una imprenta de Budapest y haber tenido contacto con Wallenberg.

Los primeros testimonios de lo sucedido al resto de la legación acababan de llegar a Estocolmo por vía del enviado sueco en Rumanía, Patrik Reuterswård. Había recibido informes de segunda mano de algunas de las personas a cargo

de Raoul que habían conseguido cruzar la frontera, así como una carta de Valdemar Langlet. Se decía entonces, incorrectamente, que todos los diplomáticos suecos, con excepción de Raoul Wallenberg, estaban a salvo en la residencia del nuncio apostólico en Budapest, noticia que fue inmediatamente anunciada en la radio sueca. Al Ministerio de Asuntos Exteriores, Reuterswärd también informaba de los rumores de que Raoul Wallenberg había partido en coche hacia un destino desconocido.

Staffan Söderblom recibió instrucciones de Estocolmo de comunicar la noticia al Ministerio de

Exteriores soviético. Uno de los primeros días de marzo, fue a ver al jefe de la División Escandinava en Kuznetski Most. Söderblom le informó de que todos los diplomáticos suecos en Hungría habían sido localizados, con excepción de Raoul Wallenberg, «sobre quien recibimos información hace tiempo, gracias a los entregados esfuerzos del Ministerio de Exteriores». El enviado sueco lo hizo sonar como si Raoul Wallenberg fuese un caso cerrado.

Apenas un día más tarde, Söderblom regresó al Ministerio de Exteriores soviético. Había recibido instrucciones de pedir a los rusos que dijese a Raoul que en casa «lo

esperaban con ansia», y que Sven Salén preguntaba cuándo llegaría. Söderblom, sin embargo, eligió pasar la pregunta al enviado en Rumanía. ¿Por qué molestar de nuevo a Moscú cuando Raoul Wallenberg estaba en algún lugar de Hungría? Su tarea primordial en Moscú era lograr una mejora perceptible de las relaciones entre Suecia y la Unión Soviética. No tenía sentido causar molestias innecesariamente.

¿Protegido o desaparecido? Cada vez se hacía más claro que los rusos querían distanciarse del rápido mensaje de calma que el viceministro de Exteriores

Dekanózov había enviado y que la embajadora Kollontái había repetido durante sus invitaciones a té en febrero. Era un hecho preocupante para los rusos que los suecos hubiesen recibido confirmación escrita de que Raoul Wallenberg había sido tomado bajo la protección del Ejército Rojo. Pero ¿era posible deslizarse desde esta postura clara hacia una niebla imprecisa?

La desinformación era la especialidad del servicio de inteligencia soviético. A las 22.30 del 8 de marzo, aparecieron de pronto noticias sobre la colonia sueca de Budapest en una emisión de la Kossuth Rádió húngara, controlada ahora por los soviéticos. Con

el título de «Conversaciones: terrorismo homicida. Diplomático sueco habla sobre las deportaciones húngaras», el programa ofrecía información sobre la situación en Budapest, que Valdemar Langlet había proporcionado durante su visita al nuevo Gobierno húngaro en Debrecen. Contaron que Langlet había calculado que medio millón de judíos húngaros habían sido deportados por «Hitler y los bárbaros de la Cruz Flechada». Luego la emisora de radio informó de que uno de los líderes de la «iniciativa de la Cruz Roja» en Budapest, Raoul Wallenberg, había desaparecido «sin dejar rastro» el 17 de enero. La conclusión del reportero del

estudio era desconcertante: «Todas las señales indican que lo asesinaron agentes de la Gestapo», dijo el periodista sin dudar.

De protegido a desaparecido: una nueva postura soviética sobre Raoul Wallenberg comenzaba a tomar forma. Solo les restaba hacer que la desinformación estratégica llegase a la persona adecuada. Poco después de la emisión, el exiliado húngaro residente en Estocolmo Vilmos Böhm llamó al Ministerio de Asuntos Exteriores para avisar de lo que se había dicho en el programa de radio húngaro. Se reveló más tarde que Böhm, el exministro húngaro que trabajaba entonces en el

Servicio de Lectura de Prensa de la legación británica en Estocolmo, trabajaba como agente del servicio de inteligencia soviético en la capital sueca.

El rumor de que Raoul Wallenberg podía haber sido asesinado por la Gestapo había alcanzado su destino, aunque no parece que en aquel momento el Ministerio de Exteriores lo haya considerado particularmente creíble. Se prestó más atención al indicio de que podía ser que Raoul Wallenberg hubiese desaparecido y que no estuviese, después de todo, bajo protección de las tropas soviéticas. La confusión no disminuyó exactamente cuando comenzó

a filtrarse información contradictoria sobre el enviado Danielsson y los otros diplomáticos suecos. Se decía que no estaban ya a salvo en la residencia del nuncio apostólico en Budapest. La sensación de preocupación crecía en Estocolmo. El Ministerio de Exteriores sueco envió un nuevo telegrama a Söderblom en Moscú: «Al abundar aquí rumores contradictorios sobre personal legación Budapest, le rogamos busque enérgicamente información para establecer paradero de Danielsson, Anger, Wallenberg».

Como hemos dicho, a Raoul Wallenberg lo habían trasladado y sustituía ahora a Vilmos Langfelder en la celda 123 de la prisión de Lubianka. Compartía el diminuto cuarto con Willy Rödel, uno de los colaboradores alemanes de su excompañero de celda, Gustav Richter. Rödel era un hombre corpulento, en la cincuentena, que había sido destinado, al igual que Richter, como diplomático a la capital rumana, Bucarest. Allí había sido asesor político del enviado alemán y se había distinguido como experto en la «cuestión judía». Fue más tarde identificado como espía por sus colegas diplomáticos, cuando los interrogó el NKVD.

El tercer prisionero de la celda 123 era un intérprete checo de una compañía alemana de escucha de señales radioeléctricas. Jan Loyda, que así se llamaba, tenía la edad de Raoul y lo apodaban «el checo», aunque era ciudadano alemán desde la veintena.

El hecho de que un diplomático de la neutral Suecia estuviese en la Lubianka atraía cierto grado de atención entre los presos. Sus nuevos compañeros de celda entendieron de Raoul Wallenberg que consideraba su arresto un error inexplicable. Raoul dijo a Rödel y Loyda que estaba convencido

de que el error sería rectificado y podría comenzar pronto las negociaciones previstas.

Raoul Wallenberg seguía manteniendo buen ánimo. Incluso en la nueva celda, hacía ejercicio todos los días. Jan Loyda ha dicho que Raoul comenzó a bosquejar un monumento triunfal en honor del Ejército Rojo durante su tiempo en la celda 123. A menudo cantaba —en su mayor parte, canciones populares suecas— y aprovechaba la oportunidad para desempolvar su ruso de escolar. Los dos compañeros de celda acordaron que Loyda enseñaría ruso a Raoul y este enseñaría inglés a Loyda.

Estaban a mediados de marzo de 1945. La primavera se acercaba y, al otro lado de los altos muros de la Lubianka, la nieve había comenzado a derretirse. En Budapest, el cambio de tiempo había provocado un deshielo primaveral tan intenso que casi se desbordó el Danubio. Allí, en la capital húngara, los colegas de Raoul Lars Berg y Margareta Bauer habían mantenido las cosas en marcha mientras los diplomáticos de más nivel de la legación jugaban a las cartas y hacían pipas de mazorca de maíz durante su «custodia» en la campaña húngara. Lars Berg había permanecido en Pest, en el edificio de la Cruz Roja sueca en la avenida Üllői, a

solo unas calles de la ahora bombardeada oficina principal de Raoul Wallenberg. Margareta Bauer, que se las había arreglado sola en el edificio de la legación durante mucho tiempo, se unió a él allí.

Berg notó con cierta preocupación que la operación de la Cruz Roja sueca había comenzado, de nuevo, a «inflarse de forma incontrolada». Incluso peor, cuando salió a la calle, vio una bandera sueca a solo unos edificios de distancia. En la puerta había una señal que decía, en húngaro, ruso y alemán, que aquello era la «Real Legación Sueca». Entró y encontró al colaborador húngaro de Raoul Ottó Fleischmann sentado a un

escritorio, enfrascado en la elaboración de un documento que lucía el sello de la legación e incluso una copia de la firma de Raoul Wallenberg. Vio entonces a otros miembros del círculo íntimo de Raoul —Hugó Wohl y Pál Hegedűs— que le dijeron que querían reanudar el trabajo: que funcionasen el hospital, una cocina comunitaria y el orfanato, de la forma en que había planeado Raoul Wallenberg.

Lars Berg no había ocultado nunca su escepticismo sobre lo que consideraba los excesos de la operación humanitaria explosivamente creciente de Raoul Wallenberg. No había cambiado de opinión. Berg sabía que los rusos

sospechaban que eran espías y que su nombre y el de Raoul Wallenberg se consideraban particularmente controvertidos. Pidió a Fleischmann que interrumpiese la operación de inmediato. Luego escribió una nota diplomática y puso un anuncio en el periódico declarando que todos los pasaportes protegidos suecos carecerían, en lo sucesivo, de validez.

Antes de separarse, Pál Hegedús llevó a Lars Berg a las ruinas del Hazai Bank. Hegedús quería darle un paquete que Raoul Wallenberg había guardado en el banco y que los rusos no habían descubierto durante su pillaje. Lars Berg lo abrió allí mismo. «Resultó contener

870.000 *pengő* en billetes, un solitario con un diamante desacomodadamente grande, una bandeja de cobre, así como una obra encuadernada que describía las hazañas de Raoul en Hungría, en verso y con ilustraciones inusitadamente artísticas. Al parecer, era un regalo de Navidad de algunos de sus colaboradores y admiradores», señaló Lars Berg en su libro *Vad hände i Budapest?* («¿Qué pasó en Budapest?»).

El jueves 15 de marzo, Per Anger se presentó de repente en la puerta del nuevo despacho de Lars Berg en Pest. Después de un mes esperando en

«custodia» soviética, por fin les habían dicho que todos los diplomáticos suecos regresarían a Suecia por Rumanía y la Unión Soviética. «Un camión espera en la calle», dijo Per Anger a Margareta Bauer y Lars Berg. Puesto que ninguno de los dos tenía ya nada más que la ropa que llevaban puesta, podían irse casi de inmediato. Margareta Bauer miró a su alrededor en la plataforma del camión, donde Ivan Danielsson y los otros esperaban. ¿Dónde estaba Raoul Wallenberg? Hizo la pregunta al oficial soviético que iba a escoltarlos. Este saludó y contestó que ya se habían

ocupado de Wallenberg. Estaba en el sur de Hungría y llegaría a Suecia antes que ellos.

Valdemar Langlet había pensado durante mucho tiempo que Raoul Wallenberg volvería a aparecer. Pero entonces cambió de opinión y propuso una nueva teoría: «Es posible que en realidad cayera en manos de miembros de la Cruz Flechada disfrazados, en cuyo caso se debe temer lo peor en cuanto a su destino».

El delegado de la Cruz Roja estaba enfermo y seguiría, por tanto, dos meses más en Budapest. Se despidieron, y el camión de los algo desaliñados diplomáticos suecos partió en una gira

de despedida por la ciudad, hacia el dañado palacio del conde Eszterházy y los edificios bombardeados y saqueados de la legación en la colina Gellért.

Tenían por delante hasta Bucarest una semana de viaje en la parte trasera del traqueteante camión. La primera noche durmieron en sacos de paja.

La irritación del Kremlin por las acciones independientes de la embajadora Kollontái en Estocolmo había aumentado hasta convertirse en auténtica desconfianza. Su aparente traición en relación con las negociaciones comerciales fue un factor;

su franqueza respecto del paradero de Raoul Wallenberg, otro. Según Arkadi Vaksberg, Kollontái había contado al ministro de Exteriores Mólotov lo que le había dicho sobre Raoul a su madre y a Ingrid Günther. Mólotov se había enfadado y le ordenó no hablar con nadie sobre esas cosas.

La franqueza de Kollontái se había convertido en un problema y se creía que era demasiado amable con demasiados suecos importantes. Stalin quería que abandonase su puesto de inmediato y volviese a Moscú. El problema era que Kollontái había enfermado de neumonía. Su doctora, Nanna Svartz, tuvo que dejarlo todo

para acompañar a su famosa paciente de vuelta a la Unión Soviética. El avión militar soviético despegó de Estocolmo el 18 de marzo.

Staffan Söderblom sentía aún que su situación en Moscú era «todo menos fácil». Los soviéticos no habían respondido a ninguna de sus indagaciones sobre Raoul Wallenberg y el resto del personal de Budapest. Era cada vez más reacio a enviarles más preguntas.

En cambio, Söderblom visitó a la recién regresada Kollontái. Presentó todos sus temas a la convaleciente diplomática de setenta y tres años: la inminente conferencia de las Naciones

Unidas, los refugiados bálticos y el visado de Folke Bernadotte. Por fin, mencionó que había presentado consultas al Ministerio de Exteriores soviético sobre el paradero de Danielsson, Anger y Wallenberg, pero que no había recibido respuesta. Después Söderblom escribió a Estocolmo que Kollontái había prometido «acelerar la investigación en cuanto a los suecos de Budapest».

Al mismo tiempo, la reescritura rusa del destino de Wallenberg estaba en todo su apogeo. La estrategia rusa parece haber sido dar legitimidad a la nueva versión

de la realidad a través de canales no oficiales y rumores, con el objetivo de convencer al Ministerio de Exteriores de que el relato de Dekanózov era pura ficción. En un cóctel en Bucarest a mediados de marzo, por ejemplo, diplomáticos soviéticos dijeron a sus colegas suecos que nadie sabía nada de Wallenberg en Moscú, que había «desaparecido en algún momento».

No llevó mucho tiempo a la nueva versión soviética de la realidad tomar vida propia en el Ministerio de Exteriores. Cuando el camión de Budapest llegó a Rumanía, Staffan Söderblom tomó su pluma y escribió una especie de informe final al jefe de la

División Escandinava del Ministerio de Exteriores soviético. Hizo una lista con los nombres de todos los que sabía que habían llegado salvos a Rumanía y mencionó que Valdemar Langlet había permanecido en Budapest. Cuando llegó a Raoul Wallenberg fue, de repente, como si el claro mensaje de Dekanózov en enero no hubiese existido nunca. No importaba que el viceministro de Exteriores hubiese ofrecido, de hecho, un «recibí» escrito al efecto de que Wallenberg estaba bajo protección soviética. No parecía importar que ese recibo indicase que, si Raoul Wallenberg estaba desaparecido, eran los rusos los que debían saber lo que

había sucedido y estaban obligados a informar a los suecos. Söderblom no pidió más información. En cambio, escribió que Raoul Wallenberg, «según la legación sueca en Budapest», había estado «desaparecido desde el 17 de enero, cuando dijo que tenía intención de irse y viajar en coche». Para finales de marzo, lo que se decía en los pasillos del Ministerio de Exteriores era que se carecía de «información suficiente» sobre Raoul Wallenberg.

El proceso se había completado. Raoul Wallenberg había dejado de estar bajo protección soviética. Había desaparecido.

El jueves 12 de abril, Franklin D. Roosevelt murió de un derrame cerebral mientras estaba de vacaciones en Georgia. Durante las últimas semanas de su vida había visto a las superiores fuerzas aliadas aniquilar el antes tan temido ejército alemán. Pero los éxitos en el campo de batalla iban acompañados de intercambios verbales cada vez más desabridos entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Stalin parecía haberse salido de compás. Se negaba a permitir que funcionarios estadounidenses entrasen en Polonia para ayudar a los prisioneros de guerra norteamericanos. Se negaba a dejar que ningún ministro se uniese al Gobierno

polaco aparte de los que habían sido cuidadosamente escogidos por la Unión Soviética. Las frases magnánimas y democráticas que Stalin había utilizado estaban comenzando a parecer globos a punto de reventar, o quizá ya lo hubieran hecho. El humor daba una idea de cómo sería la Guerra Fría.

En una carta enviada a comienzos de abril, Stalin no había dudado en acusar al presidente Roosevelt de hacer intentos secretos de negociar un acuerdo independiente con los alemanes. Un ofendido Roosevelt envió una respuesta solo unos días antes de fallecer:

Para terminar diré que sería una de las grandes tragedias de la historia que, en el mismo momento de la victoria que tenemos ahora al alcance de la mano, esta desconfianza, esta falta de fe, perjudicase toda la empresa tras las colosales pérdidas de vidas, materiales y de patrimonio que hemos sufrido. Francamente, no puedo evitar una sensación de amargo resentimiento hacia sus informadores, quienesquiera que sean, por la vil tergiversación de mis actos o de los de mis subordinados, en los que confío plenamente.

Los argumentos de Stalin no carecían por completo de fundamento. Los alemanes habían enviado varias sondas para ver si podían acordar un

tratado independiente. Algunas habían pasado por Estocolmo. Como el historiador Bernt Schiller ha demostrado, en febrero de 1945 Jacob Wallenberg, pariente de Raoul, recibió una visita de un enviado del ministro de Exteriores Joachim von Ribbentrop. El alemán quería hacer llegar a Winston Churchill el mensaje de que Hitler estaba dispuesto a considerar un acuerdo independiente con los británicos y los estadounidenses, fundado en su interés compartido de detener el avance ruso. Anteriormente en el conflicto, los hermanos Wallenberg habían demostrado su eficacia como canales de comunicación para tales

asuntos. Cuando Jacob Wallenberg desechó la idea por impracticable, el enviado de Von Ribbentrop se dirigió a Iver Olsen, en la legación estadounidense, con el mismo propósito.

Los contactos continuaron en abril. Con Folke Bernadotte como vía de comunicación, Heinrich Himmler y su asociado Walter Schellenberg intentaron negociar un armisticio con los Aliados occidentales. Walter Schellenberg había sido uno de los canales de Jacob Wallenberg en las SS alemanas. Cuando Raoul Wallenberg partió hacia Budapest en el otoño de 1944, Jacob Wallenberg acababa de pedir a Schellenberg que protegiese a su primo.

Nadie puede decir cuánto de esto sabía el servicio de inteligencia soviético. Pero, para una operación de contraespionaje bien informada, guiada por la mentalidad cuasiparanoica que permeaba la Rusia de Stalin, no habría sido difícil descubrir asociaciones que no habrían ayudado en nada a la causa del joven sueco preso en la Lubianka. Que la conexión fuese fortuita y sin importancia habría dado lo mismo. En la Unión Soviética de Stalin, una interpretación de la verdad podía ser tan significativa como la verdad misma.

En la legación estadounidense en Estocolmo, la noticia de que Raoul Wallenberg estaba desaparecido había

causado cierta preocupación. Herschel Johnson se sentía responsable y actuó. Escribió al Departamento de Estado en Washington, donde el secretario de Estado era entonces Edward Stettinius. Johnson subrayó que creía que la Embajada estadounidense en Moscú debía ofrecer a Staffan Söderblom ayuda, «pues tenemos un interés particular en la misión de Wallenberg en Budapest». El mensaje tuvo el efecto deseado. El secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, que en un principio había supervisado la creación de la Junta para los Refugiados de Guerra, adjuntó una nota especial al telegrama

de Johnson: «Comuniquen a Stettinius que estoy personalmente interesado en este hombre».

El embajador de Estados Unidos en Moscú, Averell Harriman, hizo lo que le pidieron, pero Staffan Söderblom declinó la oferta de ayuda norteamericana. «Los suecos dicen que no tienen razones para sospechar que los rusos no estén haciendo todo lo posible, y no creen que sea deseable un acercamiento al Ministerio de Exteriores soviético por nuestra parte», informó Harriman a Washington.

Poco antes del almuerzo del viernes 13 de abril llegó un grupo a la estación de Kiev de Moscú: Per Anger, Ivan Danielsson, Margareta Bauer, Asta Nilsson, Yngve Ekmark, Dénes von Mezey y Göte Carlsson. El único que faltaba era Raoul Wallenberg. El viaje había ido bien. Les habían dado su propio vagón azul, un «antiguo modelo de la Rusia zarista», y habían parado durante tres días en Odesa, donde habían asistido a una función de *Madama Butterfly*.

Staffan Söderblom e Ingeman Hägglöf esperaban en el andén. Estaban ligeramente tensos, en especial porque a Söderblom le preocupaba que los rusos

pudiesen dirigir el vagón diplomático sueco hacia Siberia. Söderblom invitó a todo el mundo a comer en el palacete Míndovski y pasó la tarde en varias reuniones con Ivan Danielsson. Söderblom y Danielsson se encontraron con Vétrov, entre otros, que dirigía la División Escandinava del Ministerio de Exteriores, que estaba en la misma zona que la prisión de Lubianka. La reunión duró cinco minutos. Nadie mencionó el caso de Raoul Wallenberg.

Aun así, en sus charlas privadas, los diplomáticos suecos tuvieron que tratar el asunto. Danielsson comunicó a Söderblom un nuevo punto de vista en la misteriosa desaparición de Raoul

Wallenberg: el rumor que Valdemar Langlet había oído sobre un secuestro llevado a cabo por hombres de la Cruz Flechada disfrazados. Si ese era el caso, podría haber pasado casi cualquier cosa y, muy probablemente, Raoul no habría sobrevivido. Staffan Söderblom escuchó y se convenció cada vez más. La única conclusión posible, en su opinión, era que Raoul Wallenberg estaba muerto.

En el andén, aquella noche, Staffan Söderblom se volvió a Per Anger: «Recuerde esto al llegar a Suecia: ¡ni una mala palabra sobre los rusos!». Al día siguiente, Söderblom envió esta última información a Estocolmo:

Wallenberg, que había sido objeto de amenazas de muerte de los alemanes y la Cruz Flechada, se dirigió a los rusos por iniciativa propia. En cuanto los hubo encontrado, recibí notificación oficial. Después, Wallenberg parece haber partido en coche hacia Debrecen, durante cuyo viaje se teme que haya perecido. Hay varias teorías: accidente de tráfico (muy probable), robo con asesinato, emboscada de la Cruz Flechada, etc. Me temo que nunca sabremos la verdad.

Se esperaba que los suecos de Budapest llegasen a casa la semana siguiente. Hasta el mismo final, Maj von Dardel albergó esperanzas de que su hijo estuviese también de camino. Pero el martes le notificaron que la legación

de Budapest llegaría en barco desde Finlandia al día siguiente y que, lamentablemente, Raoul Wallenberg no estaba entre ellos.

Maj y Fredrik von Dardel acudieron, no obstante, al muelle de Skeppsbron para recibir al *S. S. Arcturus* la mañana del miércoles 18 de abril. El muelle rebosaba de parientes con flores y regalos, que saludaron vigorosamente con la mano y vitorearon al acercarse el barco. Ante la caseta de aduanas había un pequeño comité de bienvenida del Ministerio de Exteriores y, entre la multitud, también muchos húngaros exiliados que esperaban noticias de familiares.

En medio del muelle se encontraba Elena, la esposa de Per Anger, con su hija de un año Birgitta, que llevaba una roja rosa, cubierta de rocío, enganchada en el borde de su gorrito. La madre de Lars Berg lloró al abrazar a su hijo. Por el rabillo del ojo, Berg vio a Maj y Fredrik von Dardel, que observaban en silencio a los demás. «Las lágrimas que corrían por las mejillas de la madre de Raoul eran de la tristeza más profunda», escribiría muchos años más tarde.

Cuando hubo pasado un número adecuado de días, Maj von Dardel hizo un intento de invitar a Ivan Danielsson a su casa para saber más de Raoul. Él

declinó educadamente, utilizando la artificiosa excusa de que no disponía de «ropa adecuada».

El comunicado de prensa oficial del Ministerio de Exteriores sobre Raoul Wallenberg no se publicó hasta el viernes por la tarde. «Estalló como una bomba sobre Estocolmo», según el diario *Expressen*. La información de que el Ejército Rojo había acogido a Raoul Wallenberg bajo su custodia había sido reconfortante. A sus parientes les habían dicho que no había «razones directas para preocuparse». Ahora se enteraron, por el contrario, de que «no hay más

información y la posibilidad de que el Sr. Wallenberg viva aún debe considerarse limitada».

Se celebró una conferencia de prensa con Per Anger e Ivan Danielsson el viernes. «Ni una mala palabra sobre los rusos», había instado Staffan Söderblom, y aquellas palabras les resonaban en los oídos. El encuentro estuvo dominado por revelaciones sobre los dramáticos hechos de Budapest. Anger y Danielsson mencionaron la enorme contribución de Raoul Wallenberg, pero se abstuvieron de abundar en el hecho de que no hubiese estado en el barco.

Al día siguiente, Raoul Wallenberg fue elogiado por sus acciones tanto en los periódicos suecos como en los extranjeros. Un titular del *New York Times* decía: «Raoul Wallenberg. Arquitecto. Dirigió el rescate de 20.000 personas de los nazis». «Un imperecedero honor acompañará su nombre y su memoria», escribió el *Svenska Dagbladet* en un editorial.

Al mismo tiempo, el Ministerio de Asuntos Exteriores adoptó un tono más ácido hacia Söderblom en Moscú. Con el resto de la legación de Budapest a salvo en casa, la necesidad de establecer por qué no había vuelto uno de los diplomáticos se hacía más

imperiosa. Los rusos habían asegurado, después de todo, que Raoul Wallenberg estaba bajo su custodia. Así pues, ¿qué había pasado? A decir de todos, fue el propio ministro de Exteriores Christian Günther quien impulsó el asunto. Söderblom recibió, en consecuencia, órdenes estrictas, o «instrucciones definitivas», como lo expresó el Ministerio de Exteriores, de recuperar el asunto con Dekanózov, referirse a su mensaje del 17 de enero y pedir «una investigación exhaustiva» del «destino posterior» de Raoul Wallenberg.

Seguro que Staffan Söderblom hasta gruñó. Había intentado hacer ver a Estocolmo que pensaba que esta

cuestión debía tratarse a través de otros medios para no alterar los sensibles y difíciles contactos al más alto nivel en Moscú. En especial, no ahora que había tantos indicios de que Raoul Wallenberg había muerto, bien en un accidente, bien a manos de la Cruz Flechada. ¿No era el nuevo Gobierno húngaro de Debrecen una mejor fuente de información?

A regañadientes aceptó hacer lo que le ordenaban, aunque no sin sus acostumbrados gestos conciliatorios. A Söderblom le dieron cita con Dekanózov el 25 de abril. Comenzó la reunión entregando una carta que contenía una solicitud oficial sueca para que el lado soviético tomase medidas para buscar a

Raoul Wallenberg. Dekanózov prometió hacerlo. Pero Söderblom no lo dejó ahí. Hasta hacía poco no había informado al Ministerio de Exteriores soviético de que Wallenberg estaba muy probablemente desaparecido. Así que debió de sentirse obligado a dar una explicación para la nueva solicitud.

Después, Dekanózov anotó los siguientes pensamientos en cuanto a Raoul Wallenberg, que Staffan Söderblom le había participado:

Es muy posible que haya sufrido un accidente. Los suecos han recibido información al respecto de judíos llegados a Bucarest desde Budapest. Pregunté a Söderblom a qué tipo de

incidente se refería. Me explicó que, según testigos que tenía, Wallenberg — después de que se encontrasen con él— había muerto en un accidente de coche.

Maj von Dardel quería a su hijo, pero no era una madre hipersensible, de la clase de manojos de nervios que da pábulo a sus preocupaciones habiendo o no base para ellas. Muy al contrario. La madre de Raoul había pasado más que la mayoría en la vida y era, por naturaleza, una persona bastante fuerte y directa. A lo largo de los años había demostrado que podía soportar despedidas y largas separaciones si sabía que era por el

interés de su hijo. Después de todo, había enviado a Raoul al mundo cuando tenía doce años.

Pero la experiencia del *Arcturus* fue demasiado, como sus sospechas de que había ocurrido algo terrible. No encajaba con lo que madame Kollontái le había dicho.

Los que conocían bien a Maj von Dardel la describen de forma unánime como una persona extraordinariamente enérgica y vigorosa, una solucionadora de problemas que actuaba de forma rápida e instintiva. Es natural, pues, que haya sentido la necesidad de tomar cartas en el asunto.

Maj von Dardel envió un mensaje a la legación soviética en Villagatan y pidió información sobre Raoul Wallenberg. Cuando los diplomáticos enviaron la pregunta a Moscú, la respuesta fue:

La última vez que se lo vio fue en un automóvil de la legación sueca, en el que se dice que abandonó la zona alemana en dirección a la rodeada por las tropas soviéticas. En Suecia se rumorea que se vio a Wallenberg en relación con un movimiento de tropas de camino a la URSS. Desde entonces, no se sabe nada de él.

Puede que fuese solo una coincidencia, pero al día siguiente la legación soviética en Estocolmo escribió al Ministerio de Asuntos Exteriores y pidió por segunda vez el regreso de una de las refugiadas bálticas, Lidia Makárova. Es curioso el interés soviético en la adolescente que había huido de la Unión Soviética cuando su madre murió. ¿Quizá se la consideraba un buen ejemplo moral, visto que era menor? En cualquier caso, no fue la última vez que los rusos responderían a una pregunta sobre Wallenberg con otra sobre Makárova. Era como si los soviéticos quisieran enviar un mensaje: si la conseguimos a

ella, lo conseguiréis a él.

Maj von Dardel no había podido reunirse con Ivan Danielsson, pero sí vio a algunos de los otros colegas diplomáticos de Raoul en Budapest. Parece que Per Anger visitó a la familia Von Dardel uno de los primeros días tras su vuelta a casa. Se supone que incluso Lars Berg visitó el hogar familiar de Raoul. Después de todo, había conseguido traer de vuelta el anillo, la bandeja y el hermoso libro navideño del Hazai Bank.

Fredrik y Maj von Dardel escucharon las especulaciones de los suecos de Budapest. Pero también la nueva teoría de Per Anger. El Ministerio

de Exteriores en Estocolmo había recibido información según la cual los diplomáticos suizos Harald Feller y Max Meier también habían desaparecido en Budapest. Al parecer, fue después de que «se les ofreciese la oportunidad de inspeccionar cierto local de oficinas en Pest, bajo escolta rusa». Anger estaba comenzando a sentir la conexión lógica de que los tres estaban prisioneros. Pero, cuando intentó establecer la teoría en el Ministerio de Asuntos Exteriores, nadie quiso escuchar. Las especulaciones de Per Anger eran correctas. Harald Feller y Max Meier ocupaban una celda en la prisión de Lubianka desde el 4 de marzo.

Los famosos parientes de Raoul entraron en acción. Staffan Söderblom había sugerido que Marcus Wallenberg escribiese una carta a su amiga madame Kollontái, probablemente como forma de intentar aclarar la situación sin que Söderblom tuviese que enfrentarse a los rangos superiores del Ministerio de Exteriores soviético. Marcus Wallenberg no lo dudó. Consultó al jefe de Raoul, Kálmán Lauer, sobre los detalles de la misión de Budapest antes de escribir su carta. Lauer describió toda la historia desde el principio, tal como la recordaba. Entonces especuló sobre lo que podría haber pasado, y dijo a Marcus Wallenberg que Raoul tenía

«algunas notas y fotografías de las atrocidades que los nazis alemanes y húngaros habían cometido, y es posible que sufriese un accidente de camino a Debrecen».

La carta de Marcus Wallenberg, que había escrito en francés, llegó por valija diplomática a Moscú el viernes 27 de abril. Staffan Söderblom visitó a Alexandra Kollontái el sábado para entregarla. Wallenberg explicaba que le escribía por un asunto «estrictamente personal» y pedía a Kollontái que ejerciera su considerable influencia para investigar el caso de Raoul Wallenberg, puesto que la familia estaba sumamente preocupada.

El mensajero Söderblom creía tener ya una idea clara de la situación. Cuando informó al Ministerio de Exteriores sobre la visita a Kollontái, concluyó: «Como he afirmado antes, es posible, por desgracia, que el asunto siga siendo para siempre un misterio sin resolver».

Cuando llevaban a los prisioneros de la Lubianka a un interrogatorio, solían ir vigilados hasta alguna de las habitaciones de más arriba, en la Gran Lubianka, por guardias de la «prisión interna». El procedimiento se registraba cuidadosamente. La longitud del

interrogatorio se anotaba en el libro maestro, y el prisionero debía firmar con su nombre. A menudo, el ejercicio terminaba con el prisionero recibiendo una hoja de papel en la que se le pedía que escribiese la historia de su vida. Era una táctica deliberada para asegurarse de que la historia no cambiaba. A los interrogadores les gustaba recordar a los nuevos presos que el acrónimo SMERSH significaba «¡muerte a los espías!».

El último sábado de abril de 1945, poco después de las 15.00, los guardias fueron a buscar a Raoul Wallenberg por segunda vez en sus meses de prisión. Lo llevaron ante el interrogador Kuzmishin,

jefe de una sección de la 3.^a División de la SMERSH. Puede que el reciente alboroto de Estocolmo hubiese precipitado la sesión. O quizá había una relación entre la necesidad de interrogar al sueco y los persistentes intentos soviéticos de que Suecia entregase a los refugiados bálticos. Estos 30.000 refugiados se mencionaban periódicamente en las conversaciones diplomáticas. La diplomacia soviética se centraba a menudo en esta clase de acuerdos. No daban nada sin esperar recibir algo a cambio.

El alemán del comandante Kuzmishin no era particularmente bueno, y a menudo traía a un intérprete consigo.

Aun así, su interrogatorio de Raoul Wallenberg, de treinta y dos años, fue relativamente rápido para lo acostumbrado por la SMERSH: duró solo una hora y veinticinco minutos. Parece que Raoul aprovechó la oportunidad para protestar por su detención. A sus compañeros de celda les dijo luego que había declarado que los rusos «no tenían ninguna razón para mantenerlo prisionero. Había trabajado para ellos en Budapest». Pero Kuzmishin no fue receptivo a esta argumentación.

Poco después también interrogaron a Jan Loyda, compañero de celda de Raoul. El interrogador le preguntó con

quién compartía celda. «Dos diplomáticos: Wallenberg y Rödel», contestó Loyda. Para asombro de este, el interrogador replicó: «Wallenberg no es diplomático. Es un sueco que ayudó a judíos ricos en Hungría».

Para entonces, Jan Loyda había llegado a conocer a su compañero de celda sueco y lo apreciaba mucho. Después lo describiría como una persona «muy amable, buen compañero y servicial». Por ejemplo, Raoul Wallenberg solía pedir a los guardias que diesen sus raciones de cigarrillos a Vilmos Langfelder. Cuando Loyda regresó a su celda, contó a Raoul lo que

el interrogador había dicho, «para que entendiese mejor su posición con respecto a las autoridades soviéticas».

Al otro lado de los muros de la Lubianka, el ambiente era festivo aquel fin de semana. Los habitantes de Moscú se lanzaron en tropel a las calles, con un tiempo primaveral inusualmente hermoso, para comenzar sus celebraciones triunfales, aun cuando la rendición alemana oficial todavía no se había declarado y las tropas soviéticas tardarían aún un día o dos en ocupar, por fin, Berlín. «Había humor de primavera, victoria y alegría por todas partes. Era como si todo el pueblo ruso se despertase tras años de aflicciones,

oscuridad y trabajo sin descanso», escribió en sus memorias Ingeman Hägglöf, el segundo de la legación sueca.

Una semana después se confirmaba la paz. La tarde del 7 de mayo, Estocolmo explotó en un alegre frenesí. Kungsgatan se llenó de tanta gente que tuvieron que cerrarla al tráfico. Se vaciaron papeleras por las ventanas, de forma que «el aire entre los edificios brillaba con la nevada de papel». La gente ondeaba banderas desde todas las ventanas. Los repartidores de periódicos corrían por doquier con titulares sujetos al pecho con correas. Saltaban tapones de botellas de champán en los balcones

y, en Strandvägen, bajo las oficinas de la Comercial Centroeuropea, «había banderas en todas las barcas». Una familia se abstuvo de unirse a las festividades aquel día. En casa de Maj y Fredrik von Dardel, las noticias del armisticio no habían llevado la misma sensación de felicidad.

Maj von Dardel había comenzado a recibir cartas de elogio por el trabajo de su hijo. Iver Olsen ya le había escrito en abril para agradecerle la contribución de Raoul, que «los americanos» reconocían como una de las mayores de su clase durante toda la guerra. El comité ejecutivo del Congreso Judío Mundial escribió al Gobierno sueco con

un agradecimiento especial a la legación sueca de Budapest, y en particular a Raoul Wallenberg, Valdemar Langlet y Asta Nilsson, por sus «santas» operaciones de rescate: «El pueblo judío nunca olvidará a los hombres y mujeres que hicieron todo lo posible por ayudarnos a sobrevivir al infierno de los últimos años, a pesar de las dificultades e incluso del riesgo personal que plagaban sus caminos demasiado a menudo».

La sensata Maj von Dardel se negaba tercamente a creer a aquellos que afirmaban que su hijo estaba ya muerto. Contactó entonces con el Ministerio de Exteriores por una

cuestión más prosaica. Sentía que sería apropiado que el Gobierno pagase las facturas del seguro de vida de su hijo, del salario que aún le debía.

Staffan Söderblom festejó la paz con un gran banquete, en el palacete de la legación sueca, para sus colegas diplomáticos. En general, no obstante, sentía que su situación era tensa y difícil.

Poco antes del fin de semana mantuvo otra dura reunión con Dekanózov. Söderblom le había pedido verbalmente información sobre diversos asuntos, entre ellos Raoul Wallenberg.

Pero Dekanózov estaba irritado y pareció a punto de perder los estribos varias veces. Su ira procedía de la discusión en curso sobre los 30.000 refugiados bálticos en Suecia.

El Ministerio de Asuntos Exteriores soviético indicó que otros asuntos bilaterales, como las solicitudes de visados de tránsito, por ejemplo, se facilitarían considerablemente si Suecia cooperaba y, como poco, permitía a los rusos contactar con la gente de los campos de refugiados. Era una clara oferta de intercambio de concesiones. Pero, cuando la cuestión surgió de nuevo, Staffan Söderblom respondió que

creía que era desafortunado, «en el contexto internacional, relacionar un tema con el otro».

Dekanóзов tenía otra visión del asunto. Endureció su tono hacia Söderblom y señaló enfadado que los rusos no podían aceptar que los suecos se negasen a permitir a los diplomáticos soviéticos ponerse en contacto con los refugiados bálticos. Pidió a Söderblom que elevase la cuestión a un plano teórico «pasando por alto los aspectos concretos del tema de los refugiados». Söderblom informó de la conversación a Estocolmo de la siguiente manera:

«¿Qué diría si hubiese aquí suecos con los que se le negase contacto personal?», preguntó el Sr. Dekanózov. Expliqué que, en la medida en que hubiese suecos que desearan vivir en la Unión Soviética, sin duda no desearía obligarlos a volver a Suecia. El Sr. Dekanózov contestó que podría haber, en definitiva, casos en los que yo quisiera tener contacto personal.

Había ciertamente un caso cada vez más famoso en el que Staffan Söderblom podría haber deseado poder establecer contacto personal. El caso en cuestión estaba incluso en el mismo orden del día. Pero, por desgracia, Söderblom

parece no haber captado el verdadero significado de la pregunta de Dekanózov.

El martes 29 de mayo se pidió a los tres presos de la celda 123 —Willy Rödel, Jan Loyda y Raoul Wallenberg— que se presentasen para partir. Es probable que cada uno llevase un hatillo con su ropa y otras pertenencias. Fuera, en el patio interior de la Lubianka, había un coche celular esperando con las puertas traseras abiertas. Aunque no se habían completado sus procedimientos ni se les

había dictado sentencia, los iban a trasladar a la gran prisión transitoria de Moscú, Lefórtovo.

Dos semanas más tarde, el personal sueco de la legación de Budapest se reencontró en un restaurante de Estocolmo. En este círculo había, para entonces, sentimientos ambivalentes en cuanto a la operación de Raoul Wallenberg en la ciudad húngara. Aproximadamente una semana antes de la cena, Margareta Bauer había expresado sus pensamientos en una carta a un colega diplomático: «Se falsificaron documentos a diestro y siniestro, y se vendieron por varios miles de *pengő* [...]. Para ser sincera,

no creo que ninguno de los caballeros del Ministerio de Exteriores tenga aún noticia de la situación completa y de la historia previa». Un año más tarde, el destinatario de su carta se convertiría en el responsable del asunto Wallenberg en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

La noche fue una ocasión festiva. Lars Berg entretuvo a sus colegas con un largo poema sobre sus destinos y aventuras, que dedicó a Ivan Danielsson. «En Budapest la feliz, no había día sin festín», rimaba Berg. Describía a todos sus colegas en verso, incluso a Raoul Wallenberg: «Mas no era sino

Wallenberg / quien más se preocupaba. /
Verlo en reposo era raro, / de acá para
allá no paraba».

Se pueden casi oír las carcajadas a
la lectura de esto. A pesar de todo lo
que había sucedido, el final de la
aventura era, en esencia, feliz, parece
haber insinuado el poeta Lars Berg:

Sí, Budapest fue destruida
y uno se perdió en el lance.
Aunque, en total, parece,
no tuvimos mal balance.

*PRISIÓN DE LEFÓRTOVO,
ABRIL DE 2011*

Hay varios caminos hacia el barrio de Lefórtovo, al este de Moscú. Desde la plaza de Lubianka se puede salir a la Ronda de los Jardines y luego continuar al este, donde el estrecho afluente Yauza se une al Moscova. Es un tramo de unos nueve

kilómetros. Cuando Raoul Wallenberg llegó aquí a finales de mayo de 1945, el viaje duraba unos quince minutos.

Conducimos a lo largo del Yauza una mañana de abril de 2011, temprano, mi intérprete Maria y yo, rodando hacia la prisión transitoria bajo un impenetrable cielo de primavera gris lechoso. El agua serpentea bajo puentes de pequeños arcos, que quizá Raoul tuvo la suerte de atisbar a través de las grietas del furgón que lo transportaba. Hoy hay, en la zona de Lefórtovo, principalmente polígonos industriales e instalaciones militares, así como lúgubres colecciones de deprimentes bloques de apartamentos de hormigón de la era soviética.

Las raíces de Lefórtovo se hunden hasta el siglo XVIII, lo que resulta difícil de creer al entrar en el barrio. El parque homónimo, situado junto al Yauza, se creó en honor de Pedro el Grande, solo un año antes de la batalla de Poltava en 1709, no puedo evitar señalar. Poltava: un momento decisivo en la lucha por el poder entre Suecia y Rusia. Y uno en el que perdió Suecia.

En dirección a la prisión de Lefórtovo, no se ve gran cosa del parque, aunque las ventanillas del coche estén recién lavadas. A decir verdad, no se ve gran cosa de la prisión tampoco. Lleva un rato encontrar el camino, pero, de repente, allí se cierne,

sobre un parque infantil, la alambrada de espino perfectamente tensa sobre el muro. Hoy alberga 180 reclusos.

Cuando Raoul Wallenberg llegó aquí, le dieron la bienvenida un portón de pesados adornos férreos y las palabras «LE FORT» en anticuadas letras en relieve.

María aparca delante del muro de tres metros de altura. Los ladrillos se están desmoronando y, a la altura del pecho, alguien ha escrito las palabras «LEFÓRTOVO. PODER BLANCO», en ruso. Me pongo de puntillas. A través del alambre de espino puedo ver el tejado de metal y un retazo de la fachada de piedra amarillo sucio del edificio principal, de cuatro pisos, de la prisión de Lefórtovo. He visto en

bosquejos que tiene la forma de la letra K. Dos alas de tres pisos parten del centro del edificio principal. Allí, en el centro de la «estrella», había un guardia apostado en tiempos de Raoul. Podía ver las doscientas celdas, se dice, puesto que la prisión de Lefórtovo estaba construida como una galería abierta, con pasajes elevados por fuera de las filas de celdas.

Según presos de la época, la Lubianka era un hotel en comparación con el infierno de Lefórtovo. Aquí uno simplemente esperaba su sentencia. El trato era tal que la mayoría comenzaba a ansiar el juicio y el destierro al gulag que suponían les esperaba.

Podemos ver el piso superior, en el que encerraron a Raoul, aunque, lamentablemente, no hasta su celda, la 203. Enfoco con el zum de la cámara la ventana de una celda. Las barras están oxidadas y lo que desde lejos parecían paneles de cristal ahora se ven a través de la lente como una superficie opaca y apagada. Entonces, en 1945, había tres prisioneros en cada celda, compartiendo un espacio de tres metros y medio por tres. Un hueco de sesenta centímetros entre los catres era el único espacio para moverse. «Seis pasos hacia delante; seis pasos hacia atrás; desfilando hora tras hora como único método de relajación», escribió el ocupante de una celda un piso por debajo de Raoul,

el diplomático italiano Claudio de Mohr, que fue liberado más tarde.

En invierno, los prisioneros se helaban. Las tuberías de calefacción eran de chiste y podían dar gracias por cada grado por encima de la temperatura de congelación que alcanzaban sus celdas. La luz era tan rara como el aire fresco, según De Mohr:

Nuestra celda estaba siempre en semioscuridad. Fuera, la ventana estaba cubierta con una placa de metal, que evitaba que mirásemos el mundo más allá de nuestra celda [...]. Nueve de cada doce meses del año los pasábamos, día y noche, en la incierta luz rojiza de una débil lamparita eléctrica [...]. Solo durante el corto

verano ruso la fuerte luz del sol y el cielo azul penetraba en la celda, aunque debilitada, anémica, apenas un indicio del luminoso mundo exterior.

Notamos que la primavera en Moscú puede ser de un frío cortante, por no decir francamente inhóspita. Los dedos se nos quedan tiesos rápidamente. Necesitamos movernos y continuamos a lo largo del muro, caminando a través del parque infantil con su colorido castillo de trepar, y volviendo la esquina hacia Lefórtovski Val (la «calle del terraplén de Lefórtovo»). ¿Quizá pueda atisbar la ventana de la celda de Raoul desde el otro lado?

Un coche de Policía pasa a través de una entrada en el muro. Algunas hojas secas cuelgan aún de los abedules de la acera. El frío nos traspasa los zapatos y, al volver la siguiente esquina, unos barrenderos están retirando con palas nieve vieja de las bocas de alcantarilla. Paramos junto a uno de ellos. Se llama Fiódor y es de Uzbekistán. Frunce el ceño cuando le preguntamos si ha oído hablar de Raoul Wallenberg. El nombre le suena, dice, pero no lo localiza.

—¿Wallenberg era el que hacía relojes?

Fiódor vive cerca, pero casi nunca ve a los prisioneros de Lefórtovo. Todo lo que tiene que ver con la prisión es un poco

secreto, explica, y continúa retirando nieve.

Encontramos a varias madres jóvenes, con sillitas de niño, de camino al parque de Lefórtovo o de vuelta. Ninguna ha oído nunca el nombre de Raoul Wallenberg. Pero fuera del Sputnik, el cine del barrio, vemos a un veterano de guerra de noventa y cuatro años, Dmitri, caminando despacio con un bastón marrón y un gorro gris. Es un comandante retirado del ejército ruso y participó en la toma de Berlín en la primavera de 1945. Lleva desde entonces viviendo en la zona.

—¡Claro que conozco el nombre de Raoul Wallenberg! —exclama animándose—. Estuvo muy mal que lo detuviesen sin

razón. ¿Por qué le hicieron eso a una persona que ayudó a judíos como yo? ¿Lo llegaron a soltar?

—No —contesto—, dicen que murió de un infarto en prisión en 1947...

—¡Tonterías! —dice irrito Dmitri y agita una mano—. No me lo creo. Tienen que saber que aquí ejecutaron a mucha gente después de la guerra a pesar de su heroísmo. Me pone de mal humor. Y miren cómo han ido las cosas en Rusia. Las patatas cuestan cuarenta rublos ahora. Nunca pensé que las cosas se pondrían tan mal.

Se despide y se dirige hacia un banco del parque, un poco más allá. Hacemos un último intento de atisbar la prisión desde el

lado en el que estaba la celda de Raoul. Pero nunca conseguimos acercarnos lo suficiente.

Raoul Wallenberg llegó aquí el 29 de mayo de 1945. No se marchó hasta marzo de 1947. «Esta existencia en una penumbra eterna, o en la débil iluminación de una lámpara que emite una especie de vago rayo rojo de luz polvorienta, mientras fuera quizá brille el sol y la naturaleza florezca en toda su majestad; esta existencia es lo más deprimente y desesperante para una persona que no ha conseguido aún alcanzar el grado de resignación en el que es simple y llanamente un animal, sino que tiene aún dentro un alma, una capacidad de

sentir y sufrir. Esta existencia era nuestro destino», escribió su compañero de prisión Claudio de Mohr.

CONTEMPLAR EL ROSTRO DE DIOS

Maj von Dardel se negó a creer que Raoul estuviese muerto. Los mensajes de Dekanózov y madame Kollontái habían sido muy claros y,

decididamente, no le habían presentado prueba real alguna de que Raoul hubiese muerto o lo hubiesen asesinado.

Madame Kollontái había sugerido que los suecos se mantuviesen discretos y el Ministerio de Asuntos Exteriores había aconsejado a la familia que no fuese a la prensa. Pero mantenerse en silencio y evitar hacer contactos propios no era lo mismo que cruzarse de brazos. Maj von Dardel decidió solicitar una reunión con Staffan Söderblom, que volvía a Estocolmo para una corta visita con ocasión del solsticio de verano.

Sacó la última carta que había recibido de Raoul en Budapest. En ella Raoul había incluido dos fotos recién

tomadas, que Maj amplió y llevó a la reunión con Staffan Söderblom. Le pidió que entregase las fotos al Ministerio de Exteriores soviético para acelerar la investigación.

Staffan Söderblom estaba indeciso en cuanto a la petición de Maj von Dardel, y no solo porque su intuición le dijese que Raoul Wallenberg había muerto. Existían, además, numerosos rumores sobre Raoul Wallenberg y la legación sueca de Budapest que complicaban la situación. El hecho era que, últimamente, los suecos de Budapest en general habían sido un tema de conversación incómodo en Moscú.

Habían pedido al personal de la legación de Budapest que guardase silencio sobre el saqueo de la legación sueca a manos de tropas soviéticas en febrero de 1945. Sin embargo, a pesar de todo el secreto que rodeaba el episodio, las noticias de los robos y violaciones de los rusos en territorio diplomático sueco se habían filtrado a mediados de mayo. Los titulares en la prensa fueron como podía esperarse.

Presionados por la atención, los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores en Suecia habían ordenado a Söderblom que endureciese el tono y, a modo de protesta diplomática, solicitase de los rusos una investigación del

incidente. A Söderblom no le gustaron estas instrucciones. Por supuesto, los rusos se habrían ofendido por las acusaciones de la prensa sueca contra ellos. Söderblom había leído un periódico militar soviético en el que se insultaba la campaña de prensa «antisoviética» sueca sobre el saqueo.

Si bien Söderblom hizo lo que le pidieron, siguió el asunto con una carta moderada a Estocolmo en la que explicaba que todos los relatos de las acciones violentas del Ejército Rojo había que tomarlos con reservas. Eran, en su mayoría, exageraciones.

Los círculos soviéticos sacaron una conclusión diferente. Dekanózov había solicitado una investigación tan pronto como había conocido las acusaciones de robo y violación, de forma que pudiese elaborar un contraataque. Había resultado que los periódicos suecos tenían razón. Los acontecimientos habían sido tan brutales como habían descrito. Pero Dekanózov eligió abstenerse de difundirlo.

Lo desagradable de las acusaciones en los periódicos suecos no era la única razón de que Söderblom dudase respecto a adoptar una postura firme en el caso de Raoul Wallenberg. Desde que los suecos de Budapest habían

regresado en abril de 1945, las operaciones de la misión de rescate en sí misma habían comenzado a ser sometidas a escrutinio. No era exactamente novedad que muchos de los colegas de Raoul en la legación sueca habían sido escépticos ante su empresa de gran alcance y a veces muy arriesgada. Ahora aliviaban su carga por doquier. Comenzaron a circular rumores de que el ataque de la Cruz Flechada en Nochebuena había sido una venganza por la sospecha de un mercado negro de pasaportes protegidos suecos en el Departamento Humanitario de Raoul Wallenberg. Se recordó que Wallenberg era en todo caso un elemento extraño al

cuerpo diplomático, un tratante alimentario de la periferia del mundo comercial que había sido enviado a Budapest sin experiencia. ¿Qué había estado haciendo allí realmente?

Tales rumores habían llegado ya a Staffan Söderblom en Moscú. Escribió, entonces, al subsecretario en funciones que creía que la operación de pasaportes protegidos se debía investigar adecuadamente y que quería una «señal» del Gobierno en cuanto a la corrección de la empresa que se había llevado a cabo en Budapest.

Seis meses más tarde, el nuevo embajador de Suecia en Hungría, Rolf Arfwedson, investigaría los rumores.

Estableció que las acusaciones de abuso incontrolado de documentos de protección suecos se habían dirigido exclusivamente a Valdemar Langlet, de la Cruz Roja sueca. «Por el contrario, el departamento de Wallenberg parece haber sido gestionado de forma muy competente, y las inspecciones han dado buenos resultados. Me gustaría que quedase así establecido [...] para que no haya sombra de duda en cuanto a una persona que no está presente para defenderse», escribió Arfwedson en una carta en enero de 1946. Pero ¿de qué servía esto en el verano de 1945?

A comienzos de julio, Staffan Söderblom regresó a la legación de Moscú después de su visita a Suecia. Seguía teniendo sentimientos fuertemente encontrados en cuanto al caso de Raoul Wallenberg, pero tenía sus órdenes. Acababa de comenzar a poner las fotos de Maj von Dardel en orden cuando le entregaron un telegrama del ministerio en Estocolmo. Era con respecto a una nueva información que había llegado a través de los diplomáticos suecos en Suiza. Un «testigo de toda confianza» había encontrado a una persona que había visto a Wallenberg en primavera. Wallenberg, se decía, estaba «sano y

libre», y «se escondía con un disfraz seguro en Pest». Si esto era cierto, Söderblom podía terminar dando muy mala imagen al molestar a sus contactos en el Ministerio de Exteriores soviético. «Huelga decir que me abstendré, por lo pronto, de difundir las fotos o de implicarme más de cualquier otro modo en el asunto», afirmó.

Y así quedó dicha la última palabra, al menos por el momento.

Habían metido a los tres presos de la celda 123 de la prisión de Lubianka en vehículos diferentes, que atravesaron Moscú, uno tras otro, por un camino

lleno de baches. Cuando llegaron ante la prisión de Lefórtovo, Jan Loyda vio a través de un hueco en su furgón que estaban bajando a Raoul Wallenberg y Willy Rödel. A él lo llevaron a otra prisión.

Lefórtovo se consideraba la prisión transitoria principal del servicio de inteligencia soviético. En ella retenían a muchos «enemigos políticos» y «sospechosos de espionaje» que esperaban lo que el sistema soviético pudiese ofrecerles en términos de juicio y sentencia razonable. Después, los que no eran sencillamente encerrados o ejecutados, podían esperar un viaje a los campos del gulag. El procedimiento de

ingreso en Lefórtovo era parecido al de la Lubianka. Por lo demás, las dos cárceles tenían poco en común. Si la «prisión interna» de Lubianka era silenciosa y luminosa, Lefórtovo estaba llena de ecos y oscuridad. En la Lubianka había calefacción central, en Lefórtovo el frío de las celdas podía ser opresivo incluso durante el verano, en especial en los niveles inferiores.

Los prisioneros recién llegados recibían una cuchara de madera, un cuenco también de madera y un colchón viejo enrollado. Raoul Wallenberg y Willy Rödel tuvieron algo de suerte en medio de la desgracia y fueron conducidos por los guardias a la celda

203, en el cuarto piso, lejos de lo peor del frío. El camino hasta allí era, según otros reclusos, parecido a un paseo por las tripas de un gran barco. Los guardias golpeaban ruidosamente las llaves contra su cinturón y los prisioneros caminaban con las manos a la espalda por estrechos puentes metálicos junto a las celdas. Al otro lado, un profundo abismo se abría a un espacio en apariencia infinito. El vertiginoso impulso de arrojarse al vacío quedaba frustrado por redes de acero.

La celda 203 se ubicaba en la zona principal, en la parte recta de la formación en K del edificio. Cuando Wallenberg y Rödel llegaron a la puerta

metálica de la celda, el guardia tuvo que retirar dos pesados cerrojos: un ruido ensordecedor que hizo eco en todas las celdas cercanas. Dentro, había tres catres estrechos a lo largo de las paredes. No mucho más cabía en el espacio de aproximadamente siete metros cuadrados. En la parte más lejana había una ventanita con barrotes que, por desgracia, estaba casi por completo cubierta con una placa de metal. Solo entraba una delgada tira de luz del exterior. En la Lubianka había sido difícil dormir por la fuerte luz. Aquí resultaría difícil incluso ver.

Los días llegaban y pasaban. El té de la mañana, que empujaban a través de la trampilla para la comida a las 7.00, era parecido al de la Lubianka: agua caliente «ligeramente coloreada por algún tipo de sucedáneo asqueroso, hecho de cáscaras de nuez tostadas». Pero el pegajoso pan de la prisión de Lefórtovo hacía que muchos echaran de menos la «prisión interna». El resto de las raciones consistía en sopa amarga que olía a pescado y a coliflor, o una especie de gachas de mijo, que a menudo llegaban cubiertas de moho. «Durante dieciocho meses seguidos, de la primavera de 1945 a noviembre de 1946, nos dieron este puré mohoso

incomible todos los días», contó Claudio de Mohr a un periódico sueco en 1953.

Un paseo de veinte minutos era parte de la rutina, incluso en Lefórtovo. Sacaban a los prisioneros al patio interior, donde había ocho pequeños corralitos de ejercicio, apenas mayores que las celdas, forrados con tablas de madera y rodeados por un muro de tres metros de alto.

El régimen de la prisión de Lefórtovo, en general, era más estricto que el de la Lubianka. Se prohibía a los prisioneros hablar con los guardias. Los

interrogatorios eran la única oportunidad que tenía un prisionero como Raoul de expresarse ante la autoridad en cuyas manos estaba su destino. Pero pasaría más de un año antes de que lo llamasen para su primer interrogatorio en la prisión de Lefórtovo.

Para Raoul Wallenberg, este ambiente desolador debió de ser pronto intolerable.

Había un aspecto en que la prisión de Lefórtovo era más humana que la Lubianka. Por alguna extraña razón, a las autoridades penitenciarias se les había pasado por alto el hecho de que las paredes entre las celdas eran tan

delgadas que era posible comunicarse a través de ellas. Los prisioneros podían «hablar» con sus vecinos más cercanos —arriba, abajo o a un lado y otro— mediante golpecitos en las paredes. Los techos de las celdas eran abovedados, y las paredes, de ladrillo, lo que facilitaba la comunicación. Arriba, en el cuarto piso, donde estaban Raoul Wallenberg y Willy Rödel, los prisioneros de Lefórtovo podían aprovechar también, a veces, la débil presión del agua en las tuberías. En las celdas había un grifo y un primitivo inodoro, que apestaba. En verano era posible, algunas veces, abrir el grifo y hablar con la celda vecina a través de las tuberías.

Pero había que tener cuidado. Toda comunicación entre celdas estaba prohibida y los guardias mantenían una sofocante vigilancia de los prisioneros a través de la mirilla de la puerta. Se había impuesto una estrategia infalible para combatirlo. Los presos se sentaban en su catre, con la espalda contra la pared, y colocaban la manga de la camisa que estaba más lejos de la puerta de forma que el guardia no pudiese ver que habían sacado el brazo. Así podían dar golpes en la pared a su espalda, por ejemplo, con el mango de un cepillo de dientes, en código simple. En Lefórtovo el sistema más frecuente era el «código para torpes». Un golpe significaba «A»;

dos golpes, «B»; y así sucesivamente. Raoul Wallenberg acabaría por convertirse en un golpeador muy activo.

Así pasaron los meses de un verano inusualmente fresco. En Moscú, las temperaturas no subieron hasta agosto. En su libro *Los jardines de Beria*, el prisionero finlandés Unto Parvilahti escribe sobre la vida diaria en Lefórtovo aquel verano. Día y noche, molestaba a los presos el rugido de los motores de la fábrica de aviones vecina. Parvilahti cuenta que había historias de que el ruido era una táctica deliberada para ocultar los gritos angustiados del bloque de interrogatorios. Pero a veces los gritos se abrían paso:

Una noche en particular se fijó en mi memoria. Era una noche de verano muy silenciosa, en la que, por alguna razón, los motores no estaban en marcha. En uno de los bloques de interrogatorio, debía de haber una ventana abierta, porque se podía oír claramente la voz brusca de un hombre borracho que gritaba «*Gavari, gavari!*» («¡Habla, habla!»), los sonidos de los golpes y los gritos de una mujer que continuaron hora tras hora hasta convertirse en una especie de clamor inconsciente. Esa noche no pudimos dormir ninguno. El sol estaba ya alto en el cielo cuando cesó, por fin, el insoportable ruido.

Tras la guerra, la normalidad volvió a la política partidista sueca. Las circunstancias dejaron de ser extraordinarias y, un nublado martes por la mañana a finales de julio de 1945, el Gobierno de coalición de los años del conflicto llegó a su fin. Se instauró un Gobierno puramente socialdemócrata, liderado por el mismo primer ministro, Per Albin Hansson. Su nuevo ministro de Exteriores era un experto en Derecho Internacional de sesenta y un años de edad, Östen Undén.

Undén era uno de los que se habían mostrado más críticos con el ministro cesante Christian Günther y su postura conciliatoria hacia Alemania durante la

guerra. Pero pronto iba a recibir críticas similares por su obsequiosa postura con respecto a la Unión Soviética. Östen Undén conocía a Staffan Söderblom relativamente bien y le había enviado una carta personal felicitándolo por su nombramiento el año anterior. Los dos parecían haber estado bastante unidos en la convicción de que se debía apaciguar a los líderes soviéticos tanto como fuese posible. Había que convencer al Kremlin de que Suecia no favorecía unilateralmente a los Aliados occidentales.

Aunque recién nombrado, Undén era más bien un peso pesado. Había sido ministro de Exteriores, así como de

Justicia, durante un par de años en la década de 1920. Como profesor de Derecho Civil y rector había gozado, por lo general, de respeto y, a menudo, admiración por su considerable experiencia. Obligado por sus principios y algo arisco, podía ser fácilmente inflexible, pero la familia Von Dardel no tenía razones particulares para temer su nombramiento. Undén había apoyado muy generosamente al marido de Nina, Gunnar Lagergren, en su carrera como abogado de renombre internacional.

La postura ética de Undén, sin embargo, podía llegar a ser problemática para la familia, pues

encontraba inconcebible comprometer los propios valores y principios morales en asuntos de política exterior. No le gustaba la idea de acordar concesiones temporales para obtener ventajas para Suecia. Esto significaba, por ejemplo, que Undén estaba en contra de toda propuesta de intercambio de prisioneros, puesto que consideraba inmoral «cambiar una vida por otra».

Maj von Dardel continuaba albergando esperanzas. Oyó la noticia que hablaba de un Raoul disfrazado en Budapest cuando estaba de visita en el Ministerio de Exteriores un día. Sonaba descabellado, pero podía interpretarse como algo positivo.

Con su marido, Fredrik, Maj intentó que el Ministerio de Exteriores profundizase en ello, pero recibió la respuesta de que Staffan Söderblom no podía hacer nada más en Moscú por el momento.

La familia había seguido obedientemente el consejo de no crear un alboroto público en torno a la situación. Maj von Dardel había reenviado las instrucciones del Ministerio de Exteriores a Marcus y Jacob Wallenberg. Pero, aunque lo hubiesen deseado, los parientes de Raoul al frente del Enskilda Bank no estaban ya en condiciones de dedicarse al asunto. El hecho de que los

Wallenberg hubiesen adquirido la filial norteamericana del gigante electrónico alemán Bosch al comienzo de la guerra había sido una bomba de relojería durante varios años. Los estadounidenses habían sospechado pronto que todo el acuerdo era una tapadera para ocultar la propiedad alemana. Ahora las tropas estadounidenses se habían hecho con los archivos de la Bosch y el escándalo se cernía sobre ellos. El 31 de agosto apareció el primer artículo sobre el tema en la prensa norteamericana. Se revelaba que, como parte del trato, el Enskilda Bank había ocultado un

acuerdo de recompra que garantizaba que la Bosch americana volvería a manos alemanas.

Jacob y Marcus Wallenberg pasarían gran parte del otoño de 1945 en Estados Unidos para poner en orden sus negocios. El escándalo tenía varias dimensiones. A ojos de los estadounidenses, la respetada familia bancaria sueca había adquirido, de repente, una pátina pronazi difícil de eliminar. El asunto Bosch perseguiría a la familia Wallenberg durante muchos años.

Lo que estaba sucediendo en Estados Unidos significaba que no se podría contar demasiado con estos

influyentes familiares durante los cruciales primeros años de encarcelamiento de Raoul Wallenberg. Jacob y Marcus Wallenberg estaban, sencillamente, demasiado preocupados por su propia catástrofe para disponer de la energía para implicarse en el destino del hijo de su primo.

Hacia finales del verano, Kálmán Lauer regresó de un viaje a Suiza con noticias prometedoras. Se había reunido con el director del banco central húngaro, que afirmaba que Raoul Wallenberg estaba vivo y que se lo habían llevado «los rusos, con todas sus notas y documentos». Según el director de banco húngaro, los rusos planeaban

utilizar los materiales de Raoul Wallenberg en los juicios contra la Cruz Flechada. Su recomendación había sido que Suecia se abstuviese de investigaciones públicas y, en cambio, procurase intervenir «a través de canales privados».

Se planteaba así un desagradable callejón sin salida. En Estocolmo, Maj y Fredrik von Dardel no querían otra cosa que dedicar todas sus energías a conseguir que Raoul volviese a casa. Pero les habían aconsejado encarecidamente que no se lanzasen a iniciativas personales por el bien de

Raoul. Se estaba ocupado del asunto, decían, el Ministerio de Exteriores, aunque ahora habían sabido de Staffan Söderblom que, por el momento, no podía dedicar más investigaciones oficiales al caso.

¿Qué podían hacer? La familia y Kálmán Lauer se implicaron en el trabajo de enviar los primeros convoyes de ayuda a Hungría organizados por la Cruz Roja Internacional. Pero, al mismo tiempo se negaban a creer que los canales oficiales estuviesen cerrados. Staffan Söderblom tenía un jefe, ¿no? En septiembre, Maj y Fredrik von Dardel solicitaron ver al nuevo ministro de Exteriores, Östen Undén. Le pidieron

que tomase medidas serias para liberar a Raoul Wallenberg. Sin embargo, según el escritor Rudolph Philipp, que acabaría por convertirse en el investigador privado de la familia Von Dardel, Undén contestó sencillamente que no sabía si Suecia tenía posibilidad alguna de forzar una respuesta de los rusos.

Un conflicto con la Unión Soviética no era la nota con la que Östen Undén había soñado comenzar su mandato como ministro de Exteriores. Había heredado de su predecesor varios puntos sensibles en cuanto a las relaciones suecosoviéticas, entre ellos el asunto de los 30.000 refugiados bálticos civiles

que la Unión Soviética exigía que les devolviesen. Durante el verano, esa lista había aumentado para incluir otra solicitud, incluso más urgente: la Unión Soviética había pedido a Suecia que les enviase a casi tres mil soldados alemanes que habían huido allí escapando de los rusos.

Entre ellos había 167 individuos de origen báltico, a los que los alemanes habían obligado a servir en su ejército. En los meses previos al nombramiento de Undén, el Gobierno sueco había acordado entregar a todos los soldados —a los que veía como parte del acuerdo de capitulación de Alemania—, pero se

reafirmó en la decisión de que los 30.000 refugiados bálticos seguirían bajo su protección.

Por lo que se refería a Undén, había ya demasiadas complicaciones. Su ambición era navegar entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales siguiendo un rumbo que demostrase a Stalin que no debía contar a Suecia entre los partidarios de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Esta fue una de las razones por las que Undén decidió dar, en octubre de 1945, un gran discurso en el que, en efecto, hacía ojitos a la superpotencia del este. Undén aseguró a su público que Suecia, en primer lugar y ante todo, se

esforzaba por mejorar las relaciones con la Unión Soviética. Dijo que ansiaba un aumento del comercio y el intercambio cultural, y añadió, tentativamente, que Suecia estaba en condiciones de ofrecer créditos importantes a la Unión Soviética. Para asegurarse de que el mensaje alcanzaba su objetivo, envió una copia del discurso completo al Ministerio de Asuntos Exteriores en Moscú.

Pero esta tentativa de seducción no impresionó al sucesor de madame Kollontái en Estocolmo, Iliá Chernyshov, quien desde el final de la guerra había acribillado a Moscú con advertencias de que este tipo de

declaraciones de Suecia eran solo gestos vanos. En su opinión, Suecia tenía una actitud antisoviética y su orientación solo se había hecho más angloamericana con el tiempo. El nuevo Gobierno no había marcado diferencias a este respecto, mantenía Chernyshov. Después del discurso de Undén, envió a Moscú una lista de requisitos que creía que debían cumplir los suecos antes de que pudiesen mejorar las relaciones. Chernyshov pedía que Suecia purgase el ejército, la Policía y el aparato estatal de elementos fascistas, pusiese fin de inmediato a toda propaganda

antisoviética en los medios y, tan pronto como resultase posible, devolviese a los 30.000 refugiados bálticos.

Suecia actuaba desde una posición de considerable desventaja. No era el mejor contexto para que una madre preocupada pidiese más esfuerzos para traer a su hijo a casa.

En octubre, el Politburó aprobó unas vacaciones para Iósif Stalin. Después de una larga guerra y del estado casi eufórico de los últimos seis meses, el dictador estaba agotado. Hacia finales de junio de 1945, solo unos días después del desfile triunfal del Ejército

Rojo en la Plaza Roja, el modestamente reacio Iósif Stalin había sido ascendido a *gueneralissimus* («generalísimo»). Con esto, el culto a Stalin alcanzó su cénit.

Esta adoración ilimitada había dejado huella en el generalísimo. Su sucesor, Nikita Jruschov, recordaba cómo, en 1945, Stalin parecía creer que «estaba en la misma posición que Alejandro I tras su victoria sobre Napoleón y que podía dictar las reglas del juego para toda Europa». Su orgullo insolente lo hacía incluso más tiránico, manipulador e impredecible. Al mismo tiempo, su salud comenzaba a fallar. Se ha dicho que Stalin tuvo su primer

infarto poco antes del desfile militar de junio. Ahora, durante las vacaciones de octubre, tuvo el segundo.

Las relaciones con sus aliados estadounidenses se habían enfriado pronto. Stalin echaba de menos a Franklin D. Roosevelt, que había muerto tan de repente. Su sucesor, Harry S. Truman, había mostrado, desde el comienzo, una actitud más dura hacia las reclamaciones de la Unión Soviética en Europa Oriental. Había rumores en Washington sobre una visión radicalmente distinta de la Unión Soviética. Cuando los líderes de los Aliados se encontraron en Potsdam para discutir los términos de la rendición

alemana, Stalin no quedó nada impresionado con el nuevo ocupante de la Casa Blanca. «Truman no es un hombre ni educado ni inteligente», fue el abatido comentario de Stalin.

Las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945 no habían mejorado las relaciones entre los dos países. «Nos sentíamos humillados porque los americanos, aunque eran nuestros aliados en la guerra contra Alemania, nos habían mantenido ocultos sus avances en cuanto a la bomba atómica», escribió Pável Sudoplátov, el exjefe de la SMERSH, en sus memorias. Durante el otoño, Stalin puso a prueba repetidas

veces la paciencia de los Aliados con sus intentos de ampliar la zona de seguridad soviética. La irritación de Occidente era palpable.

Stalin utilizó las vacaciones otoñales en su dacha del mar Negro para recuperarse del infarto. No regresó a Moscú hasta diciembre. Durante su recuperación, observó con creciente desagrado que Mólotov parecía disfrutar de la luz pública internacional, que adoptaba una actitud casi obsequiosa hacia los Aliados occidentales. Lo que más deseaba el propio Stalin era romper los lazos de amistad.

Decidió espabilar a Mólotov. Le explicó que ya no confiaba en él. Dejó que el ministro de Exteriores sufriese varios días antes de congraciarse con él de nuevo. A Stalin le divertía poner a sus allegados unos contra otros y, después de Mólotov, continuaría con Lavrenti Beria, jefe del NKVD. Después de Año Nuevo, Beria tuvo que dejar su oficina en Lubianka para supervisar el nuevo programa de la bomba atómica soviético. Perdió parte de sus dominios y tuvo que ver cómo su rival, Víktor Abakúmov, era ascendido a nuevo ministro de Seguridad y jefe de Contraespionaje. «Las atrocidades futuras fueron cosa de Abakúmov, no de

Beria, a pesar de que la mayor parte de

las historias culpan a este último», apunta Simon Sebag Montefiore en su biografía de Stalin.

Staffan Söderblom había permitido que transcurriese casi todo el otoño sin alterar su actitud pasiva hacia el caso de Raoul Wallenberg. A su juicio, Raoul estaba probablemente muerto, o quizá escondido en Budapest. Si había que establecer contacto, debería ser con el nuevo Gobierno húngaro. Y eso no era competencia suya.

Tras su fuerte afirmación durante el verano, la convicción de Söderblom no había dejado de aumentar. En

septiembre, Valdemar Langlet había atraído mucha atención en Suecia con algunos artículos sobre la misión de Budapest. Cuando incluso Langlet afirmó que Raoul Wallenberg había sido, probablemente, víctima de los nazis o la Cruz Flechada, esta explicación pareció incluso más convincente. Era ahora una opinión común en los pasillos del Ministerio de Asuntos Exteriores, aun cuando no era la única que circulaba.

Durante el otoño habían surgido noticias en cuanto a otros suecos que estaban prisioneros en la Unión Soviética. Entre ellos, el periodista Edward af Sandeberg, que se encontraba

en Berlín cuando los rusos tomaron la ciudad, del que se decía que estaba entonces en un campo de Krasnogorsk. Af Sandeberg no despertaba, al parecer, la misma reticencia en Staffan Söderblom que la desaparición de Wallenberg. En el curso del otoño de 1945 parece haber producido en serie un torrente de gestiones, notas y recordatorios diplomáticos de que Af Sandeberg debía ser enviado de vuelta a Suecia. De hecho, su persistencia no era muy distinta de la forma en que la legación soviética en Estocolmo había llevado el caso de la joven señorita Makárova.

Pero, hacia finales de octubre de 1945, algo sucedió en el caso Wallenberg que sacudió a los pocos escépticos del Ministerio de Exteriores. Paradójicamente, es posible que el catalizador fuese el hecho de que los rusos habían enviado otra solicitud directa sobre Lidia Makárova, de dieciséis años. O quizá fue el nuevo indicio de que Raoul estaba en compañía de su conductor Langfelder cuando había desaparecido. Sea como fuere, de repente estalló una actividad frenética en el Ministerio de Exteriores. Se ordenó lo que se sabía de la secuencia de acontecimientos que habían rodeado la desaparición de Raoul, día a

día, y se envió una orden inmediata a la legación de Moscú: desenterrar el mensaje tranquilizador de Dekanózov del 16 de enero y exigir un relato exhaustivo de toda la investigación del caso de Raoul Wallenberg.

Esta intensificación tardía pareció coincidir con el hecho de que Söderblom fuese convocado de vuelta a Estocolmo para unas semanas de presentación de informes. La tarea de aumentar el nivel de urgencia recayó entonces sobre su segundo, el encargado de negocios Ulf Barck-Holst, quien, haciendo lo que le pedían, recordó a Dekanózov su nota y pidió —en nombre del Gobierno sueco— información en

cuanto a los resultados de las investigaciones sobre Raoul Wallenberg. Se puso en marcha un extraño intercambio. Unos días más tarde, los rusos respondieron con otra solicitud referida a la joven Makárova. Y más avanzado noviembre, el enviado en Estocolmo Chernyshov elevó el caso de la joven al nivel ministerial al reunirse con Östen Undén.

Estaba claro que en Moscú se habían tomado en serio el nuevo ímpetu sueco respecto del caso Wallenberg. Los rusos no habían recibido preguntas oficiales sobre Raoul Wallenberg desde mayo, e incluso entonces, Söderblom había adjuntado a sus solicitudes su

creencia de que el hombre desaparecido había muerto en un accidente de tráfico. La nueva petición sueca desencadenó un frenesí de actividad en el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético. Dekanózov escribió una carta al jefe de espionaje Abakúmov. Le pedía que aportase datos e información referentes a ese tal Raoul Wallenberg sobre el que preguntaban los suecos. Desconocemos, por desgracia, la forma en que respondió Abakúmov.

Quizá los rusos viesen esta mayor preocupación como invitación a negociar con el Gobierno sueco. La

Unión Soviética estaba en la fase concluyente de una discusión diplomática similar con Suiza con respecto a los colegas de Raoul Wallenberg en la legación suiza de Budapest, Harald Feller y Max Meier, a los que también retenían en la prisión de Lefórtovo desde la primavera de 1945.

Las cartas con que jugaban los suizos eran mejores que las de los suecos, puesto que habían recibido información de fuentes de confianza sobre el hecho de que sus diplomáticos habían sido llevados a Moscú y encarcelados. Esto significaba que los suizos no fueron tan crédulos cuando los rusos negaron todo conocimiento del

hecho. Como sucedía a los suecos, los suizos estaban envueltos en otras negociaciones de intercambio más amplias con la Unión Soviética en la época. Pero, a diferencia de ellos, decidieron utilizarlo a su favor.

Los suizos habían declarado desde el comienzo que no tenían intención de revisar ninguna petición soviética positivamente a menos que Feller y Meier fuesen puestos en libertad. Los rusos habían contestado con una lista de seis ciudadanos soviéticos reclusos en Suiza que deseaban ver liberados. Suiza añadió entonces otros nombres, y la Unión Soviética contestó con demandas

similares. El juego continuó de esta forma hasta que, en noviembre de 1945, estaban a punto de ponerse de acuerdo.

En las discusiones en curso entre la Unión Soviética y Suecia, varias cartas estaban ya sobre la mesa. Raoul Wallenberg y la joven Makárova eran dos de ellas. Pero también estaban Af Sandeberg —el periodista—, los 30.000 refugiados bálticos y el transporte de 3.000 soldados alemanes, que incluía a los 167 bálticos reclutados a la fuerza.

Por desgracia, los líderes diplomáticos suecos no parecían haberse preguntado si la Unión Soviética podía estar esperando a que los suecos abriesen la partida. Tales

ideas contradecían de frente la ética del ministro de Exteriores. En cualquier caso, Östen Undén tuvo pronto otros asuntos que considerar.

A mediados de noviembre, la prensa reveló que Suecia había decidido entregar a los 3.000 soldados alemanes a la Unión Soviética. Se produjo un escándalo público, sobre todo por simpatía hacia los 167 hombres bálticos a los que se había reclutado contra su voluntad. El asunto llenó innumerables columnas en los periódicos, mientras que los propios legionarios bálticos iniciaron una huelga de hambre y amenazaron con suicidarse.

El Gobierno estaba conmocionado, el rey yacía insomne y, durante un tiempo, incluso Undén quiso retractarse de su decisión, a pesar de haber trabajado tanto por fortalecer la amistad con la Unión Soviética. Al final, sin embargo, prevalecieron las ambiciones de Undén de una mayor concordia entre los dos países. Un giro de ciento ochenta grados habría tenido graves consecuencias políticas para Suecia, explicó el ministro de Exteriores. Mantuvo su decisión, y los 167 soldados bálticos fueron extraditados a la Unión Soviética el 25 de enero de 1946 sin que Suecia hubiese exigido una sola repatriación a cambio.

Las celdas de la prisión de Lefórtovo eran peligrosamente frías en invierno. Los prisioneros caminaban adelante y atrás en el estrecho paso entre los catres para mantener el calor. Las salidas para lo que llamaban «ejercicio en el patio» se cancelaban a menudo, en especial los fines de semana. Durante el invierno, era un alivio. Los prisioneros no disponían de calcetines y sus zapatos tenían agujeros. A temperaturas bajo cero y entre la nieve, las sesiones de ejercicio podían ser un infierno.

Al acercarse las Navidades de 1945, Raoul Wallenberg llevaba prisionero más de diez meses, unos seis en Lefórtovo. Pero ni una vez desde su

traslado a la nueva prisión lo habían llamado para un interrogatorio. Ni una vez había podido articular su protesta contra el encarcelamiento, o su deseo de ser puesto en contacto con la legación sueca.

Golpeaba mensajes que expresaban su frustración a los hombres de la celda inmediata y de la de abajo. Resultó que Raoul Wallenberg se encontraba en la misma zona de la prisión que los diplomáticos alemanes e italianos que habían sido apresados durante su servicio en Rumanía o Bulgaria. Muchos de ellos, como Willy Rödel, eran sospechosos de espionaje. En una celda cercana a la de Willy Rödel y Raoul

Wallenberg, por ejemplo, se encontraba Ernst Wallenstein, que había trabajado con Willy Rödel en la legación alemana de Bucarest. Tan pronto como los recién llegados habían aprendido a golpear en el «código para torpes», comenzaban un contacto diario. Raoul Wallenberg y Ernst Wallenstein se dieron cuenta de que se habían conocido antes, durante un vuelo a Budapest o Viena, con ocasión de uno de los viajes comerciales de Raoul para la Comercial Centroeuropea.

Raoul golpeaba en alemán e impresionaba a quienes lo rodeaban con su vocabulario. Cada prisionero tenía su propio saludo, de forma que los demás pudiesen saber con quién estaban

hablando: Raoul siempre comenzaba con cinco golpecitos rápidos. Otros prisioneros se sorprendieron al saber que había un diplomático de un país neutral entre ellos. Les dijeron que Raoul Wallenberg había protestado contra su encarcelamiento y que, hasta aquel momento, se había negado a seguir hablando en los interrogatorios.

Como en la Lubianka, los presos intercambiaron direcciones. Raoul dijo que lo mejor en su caso sería utilizar: «Firma bancaria Wallenberg» o, sencillamente, «Sr. Wallenberg, Estocolmo». En Lefórtovo, los prisioneros se habían dado cuenta de que podían escribir la dirección de sus

vecinos con el extremo quemado de una cerilla sobre un trozo de tela, que luego cosían a las mangas de su chaqueta. Hacían las agujas de coser con espigas de la sopa de pescado aguada que les daban. Las cerillas acompañaban la ración semanal de cincuenta cigarrillos *papirosy* rusos que recibía cada prisionero. Se hicieron promesas mutuas de que el primero que fuese liberado contactaría con las familias de los demás.

En Lefórtovo no había juegos de ajedrez para engañar las horas. A veces los prisioneros podían tomar prestados libros de la biblioteca de la prisión, pero estaban todos en ruso y, en la tenue

luz, era difícil ver lo suficiente para leer. Cada diez días los llevaban a los baños de la prisión, en el sótano, donde aprovechaban la oportunidad para decirse unos a otros cómo se llamaban. La prisión tenía también un barbero, que mantenía el pelo y las barbas de los prisioneros al rape.

Por lo general, se prohibían el papel y las plumas en las celdas. Una vez cada dos semanas los prisioneros recibían material de escritura, pero solo para comunicarse con la dirección de la prisión. A finales de 1945, Raoul Wallenberg aprovechó su oportunidad. Quizá lo había hecho antes, pero esta vez implicó a todos sus compañeros de

celda en la labor. Raoul Wallenberg explicó que deseaba mencionar su condición de diplomático y exigir que lo interrogaran. Pero no sabía, en realidad, a quién debía recurrir. Se desató una discusión entre las celdas y, por fin, estuvieron de acuerdo en que Raoul debía dirigir su misiva de protesta directamente a Stalin. Se decidió que Raoul escribiría en francés.

Uno de sus vecinos hablaba el idioma. Sugirió que la carta comenzase con la formulación «*Monsieur le Président:*». Raoul lo escribió así. «¿Una frase educada?», golpeó. «*Agréez, Monsieur le Président, l'expression de ma très haute*

considération», sugirió su vecino: «Reciba, Sr. Presidente, el testimonio de mi más distinguida consideración».

Staffan Söderblom regresó a Moscú a mediados de diciembre, más o menos al mismo tiempo que Iósif Stalin. Oficialmente, la revigorizada consulta sueca sobre Raoul Wallenberg seguía sobre su escritorio. Su segundo, Ulf Barck-Holst, había incluso enviado un recordatorio a finales de noviembre. Estaba, asimismo, el memorándum que se había redactado en Estocolmo, con su meticuloso relato día a día de lo que se había emprendido hasta la fecha con

respecto a Raoul Wallenberg. El juego podía comenzar. El siguiente movimiento sería decisivo.

Pero Söderblom no parecía del todo satisfecho con este giro de los acontecimientos. Había esperado, probablemente, poder reanudar sus contactos en Moscú con una nota más positiva, y en vez de ello se encontraba preparando argumentos sobre por qué no debería tener que continuar la ofensiva de Barck-Holst. En su primera carta a Estocolmo, Staffan Söderblom indicaba que se había añadido una serie de nuevos documentos al caso de Raoul Wallenberg. Mencionaba, sobre todo, un artículo del periódico *Stockholms-*

Tidningen, firmado por el hijo de Valdemar Langlet, Emil, que había leído poco antes de su marcha. En él, Emil Langlet había desarrollado la teoría de que Wallenberg había muerto de camino a Debrecen. Staffan Söderblom señalaba al Ministerio de Exteriores que Langlet descartaba la idea de que Raoul Wallenberg pudiese haber estado encarcelado durante diez meses sin contacto con el mundo exterior. Además, Langlet había sabido que los rusos habían preguntado a los suecos de Budapest dónde se escondía Wallenberg. Seguramente no habrían tenido necesidad de hacerlo si lo hubiesen sabido ya.

Söderblom recordaba al ministerio que los húngaros querían dedicar calles a Raoul Wallenberg, y que los diarios suecos habían publicado recientemente imágenes de una estatua que se iba a erigir en Budapest en su memoria. Aunque no la expresaba abiertamente, su pregunta se leía entre líneas sin problema: ¿no resultaba obvio que estaba muerto?

Entre sus papeles, Söderblom tenía aún las fotografías que le había dado Maj von Dardel en junio. «Estaría muy agradecido por su respuesta sobre si debo o no, en las circunstancias actuales, reenviar estas fotos al Ministerio de Asuntos Exteriores

soviético», escribió al jefe de la división política del ministerio, Sven Grafström. Puesto que el correo era poco frecuente, no recibió hasta después de Año Nuevo la respuesta obvia: «Sí».

El 26 de diciembre, Staffan Söderblom había organizado una reunión con el nuevo jefe de la División Escandinava del Ministerio de Exteriores soviético, Alexandr Abrámov. Söderblom tenía varios asuntos que discutir. No llevó las fotografías de Raoul Wallenberg que le había dado Maj von Dardel, pero tampoco llegó con las manos vacías. Durante su reciente estancia en

Estocolmo, Söderblom se había acercado a los archivos del movimiento obrero y había rebuscado cualquier documento ruso que pudiese ser de interés para los dirigentes soviéticos. Entre otras cosas había encontrado una carta para un primer ministro sueco con la firma de Vladímir Lenin, de la que había hecho una copia.

Söderblom comenzó la reunión entregando su regalo y elogiando la nueva línea telefónica entre Estocolmo y Moscú. Luego instó a Abrámov a intentar apremiar cualquier noticia sobre el periodista Edward af Sandeberg y

otro sueco que se decía que retenían en un campo. Por fin, habló del caso de Raoul Wallenberg.

Leyendo la transcripción soviética de la conversación, parece que Söderblom respiró hondo antes de comenzar. Lo que dijo entonces sobre Raoul Wallenberg no lo transmitiría luego a Estocolmo. El colega de Abrámov, sin embargo, esperaba atentamente.

«Durante mi estancia en Suecia he intentado investigar este caso y recoger y revisar todos los datos como habrían hecho un fiscal o el jefe de un equipo de investigación», comenzó Söderblom.

Dijo que había escuchado a testigos que habían visto a Raoul Wallenberg en un grupo de trescientas personas que los mandos militares soviéticos estaban enviando a Debrecen en coches. «Me gustaría expresar abiertamente mi opinión sobre este caso —continuó Söderblom, y justo esta parte de la conversación se registraría palabra por palabra en el resumen preparado por el colega de Abrámov—: sé, por supuesto, que mi opinión no puede ser de naturaleza privada, pero, en este caso, me gustaría considerarla así. Presumo que Wallenberg no está ya vivo. Es posible que muriese como resultado de un ataque aéreo alemán o tras un ataque

de una compañía militar húngara o alemana que pueda haber aparecido tras las líneas soviéticas», dijo.

Solo para estar seguro, el enviado sueco recordó a su interlocutor que el Ejército Rojo había comenzado una amplia ofensiva al mismo tiempo. Eso podría explicar por qué no era posible averiguar lo que había sucedido tras el 16 de enero de 1945. Puesto que todo el personal y los archivos se estaban trasladando, era sencillamente difícil confirmar cualquier información sobre Raoul Wallenberg. Abrámov debía de escuchar estupefacto.

Entonces, Söderblom llegó a su petición personal:

Sería excelente si la misión pudiese recibir un mensaje en este sentido, es decir, que Wallenberg ha muerto. Es necesario, principalmente, para aliviar a su madre, que aún tiene esperanzas de que su hijo viva y consume su salud y su energía en una búsqueda infructuosa. Hace un par de días consulté con madame Kollontái este asunto. Estuvo de acuerdo conmigo y recomendó que se lo participase a usted, cosa que acabo de hacer. Me gustaría subrayar de nuevo que mi solicitud de respuesta del Gobierno soviético y el contenido de dicha respuesta son una solicitud personal y mi opinión particular al respecto.

Söderblom concluyó la conversación hablando sobre su agitado vuelo desde Estocolmo. No informó en absoluto de sus acciones en cuanto al caso de Raoul Wallenberg al Ministerio de Asuntos Exteriores sueco.

Dos días más tarde, la Unión Soviética y Suiza llegaron a un acuerdo tras sus tirantes negociaciones de intercambio, que afectaban entre otros a los colegas diplomáticos de Raoul Wallenberg, Harald Feller y Max Meier. Feller y Meier estaban, entonces, recluidos en una celda del primer piso de la prisión de Lefórtovo. A finales de enero de 1946 recibieron sus pertenencias personales y fueron

trasladados de la prisión a otro lugar en Moscú. Poco después volaron a Berlín, donde su escolta los entregó como hombres libres en la legación suiza.

Solo entonces, a finales de enero de 1946, entregó Staffan Söderblom las fotografías de Maj von Dardel al Ministerio de Asuntos Exteriores soviético. Una de ellas mostraba a Raoul Wallenberg sentado a su escritorio, rodeado por colegas de pie. Había también dos retratos suyos, uno pequeño y otro ampliado.

La frialdad se intensificó entre las crecientes superpotencias. A comienzos de 1946, el presidente Truman estaba harto de los provocadores intentos de expansión de Stalin a países como Turquía e Irán. Estados Unidos dio entonces un giro hacia un enfoque más beligerante, con la ambición expresa de defender Europa de la amenaza del comunismo. El ambiente alterado entre Este y Oeste se hizo aparente para todo el mundo en marzo de 1946, cuando el ex primer ministro británico Winston Churchill pronunció un fogoso discurso en el que denunciaba la política soviética. La presencia del presidente Truman en la sala reforzaba el mensaje

de Churchill:

De Stettin [Szczecin] en el Báltico a Trieste en el Adriático, un telón de acero ha caído sobre el continente. Tras él se encuentran todas las capitales de los antiguos Estados de Europa Central y Oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas ciudades famosas y las poblaciones que las rodean están en lo que hoy he de llamar zona soviética, y todas sometidas, de una forma u otra, no solo a la influencia soviética sino también a una medida de control altísima y, en algunos casos, creciente, desde Moscú [...]. Cualesquiera que sean las conclusiones que se pueden deducir de estos hechos — pues hechos son— no son, ciertamente, la

Europa liberada que luchamos por construir. Ni una que contenga lo esencial para una paz duradera.

En el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, el jefe de la División Escandinava, Abrámov, detectó rápidamente el riesgo de que la nueva postura angloamericana influyese en Suecia y el resto de los países de la zona de la que era responsable. Los países nórdicos estaban comenzando a cooperar más estrechamente, de una manera que creía que indicaba con claridad una orientación más anglosajona.

La Unión Soviética debía actuar. Abrámov analizó las políticas que su país había seguido con respecto a Suecia durante el año anterior. Estaba claro que la postura agresiva que había mantenido —la estrategia de hacer exigencias perentorias e ignorar los gestos amistosos de los suecos— no había funcionado. Aunque los rusos habían conseguido el regreso de los 167 soldados bálticos pese al alboroto público, este había sido su único éxito. Por ejemplo, el rechazo de la Unión Soviética al acuerdo comercial solo había beneficiado, en realidad, a la economía sueca, puesto que el país había más que duplicado, como

consecuencia, su comercio con Occidente.

Abrámov escribió una carta a sus superiores sugiriendo una reorientación radical de las tácticas políticas con relación a Suecia. En la actual situación, la Unión Soviética debía tender una mano a aquel país, no volverle la espalda con frialdad. Lo apoyaba en esto la legación de Estocolmo. En un memorándum propio al ministro de Exteriores Mólotov, el enviado en Estocolmo Chernyshov propuso listas de posibles gestos de buena voluntad.

Aunque el ministro Mólotov recortó la lista, aprobó el nuevo enfoque político amistoso. Para cuando el

Politburó había aprobado la resolución «En cuanto a nuestras relaciones con Suecia», en abril de 1946, el enfoque más suave ya estaba en marcha. La repatriación de los 30.000 refugiados bálticos desapareció calladamente de la lista de peticiones soviética. Y pronto un telegrama oficial de Moscú a Estocolmo confirmaba las leves señales recientes: la Unión Soviética deseaba reiniciar las negociaciones comerciales. En la misma instancia hacían saber que deseaban la sustitución del enviado sueco en Moscú, Staffan Söderblom.

Aproximadamente una semana más tarde, el Gobierno sueco había decidido sustituir a Staffan Söderblom por Gunnar

Hägglöf. Según los diarios del ministro de Educación Tage Erlander, muchos de los ministros consideraban que Söderblom había sido inquietantemente débil durante su mandato en Rusia. La esperanza de Undén era que Hägglöf tuviese un punto de vista más «objetivo y claro» de la situación en Moscú.

La transición se programó para el verano.

El nombre de Raoul Wallenberg seguía, por supuesto, en la lista cuando la Unión Soviética modificó su política con respecto a Suecia en abril de 1946. Se había recibido, asimismo, mucha

información interesante durante los primeros meses del año. Para comenzar, Suecia tenía ahora un nuevo enviado en Budapest, Rolf Arfwedson, que había podido acallar rápidamente el rumor de que Raoul Wallenberg estuviese oculto en Hungría. También había conseguido obtener los nombres de los tres oficiales soviéticos que escoltaban a Raoul Wallenberg cuando desapareció. El cuñado de Raoul pudo aportar algunos detalles más sobre los días finales de Raoul en Budapest, una vez que hubo vuelto de su viaje con el convoy de la Cruz Roja a la ciudad.

Pero nada de esto había alterado la postura básica de Staffan Söderblom, que continuaba poniendo especial empeño en preguntar sobre Edward af Sandeberg. En enero se dirigió al Ministerio de Asuntos Exteriores soviético dos veces en relación con el caso de Af Sandeberg. Pero en lo referente al caso de Raoul Wallenberg, se mantuvo muy callado. Si bien había entregado los nombres de los militares soviéticos de la escolta de Wallenberg durante un breve encuentro con Abrámov a comienzos de marzo, lo hizo con ademán de disculpa: «Sigo convencido de que Wallenberg está muy probablemente muerto. Pero, puesto que

sus parientes, en particular su madre, siguen esperando encontrarlo, he decidido transmitirle algunos detalles más sobre él, que se han obtenido de testigos oculares. Puede que dichos detalles ayuden a esclarecer las circunstancias de su fallecimiento».

La nueva postura soviética hacia Suecia sí repercutió, sin embargo, en otros casos de repatriación. Durante la primavera, Edward af Sandeberg fue liberado de repente. Llegó a Suecia en junio y pudo describir sus tribulaciones en un campo de prisioneros soviético. Muchos se asombraron con su historia. Aunque en un principio, los rusos habían confirmado indirectamente que Af

Sandeberg había estado en la Unión Soviética, hasta que fue liberado habían mantenido sistemáticamente que no tenían nueva información.

Al final incluso Staffan Söderblom parece haber visto las cosas más claras. Poco a poco comenzó a entender cómo querían jugar los rusos: un nombre a cambio de otro, de intercambio en intercambio. Algo que confirmó sin duda cuando, a finales de marzo, agradeció a Abrámov en el Ministerio de Exteriores que Af Sandeberg hubiese sido liberado. Abrámov respondió de inmediato preguntando por Makárova, a quien

Suecia seguía sin enviar de vuelta a casa. Aun cuando los suecos fuesen reacios a entrar en esta clase de comercio de personas, estaba claro que era el método que los rusos preferían.

Pronto, hubo otras indicaciones de que los funcionarios soviéticos no siempre decían la verdad cuando afirmaban desconocer un caso concreto. El recién liberado diplomático suizo Harald Feller visitó la legación sueca en Berna y explicó que los rusos siempre habían dicho a Suiza que no sabían nada de su caso, aun cuando podía demostrar que había estado encarcelado en Lefórtovo todo el tiempo. No era nada

descabellado deducir lo mismo en cuanto a Raoul Wallenberg. ¿Puede que, después de todo, no estuviese muerto?

A finales de abril, el Ministerio de Exteriores en Estocolmo emprendió un nuevo análisis del caso de Raoul Wallenberg y llegó a la conclusión de que la lista de nombres de los oficiales soviéticos de la escolta era la mejor pista que tenían. No debería ser imposible para los rusos contactar con los tres y averiguar lo que había sucedido. Se pidió al enviado en Moscú que recordase a Abrámov la identidad de los tres hombres.

Para entonces, Staffan Söderblom había sido informado ya de su traslado de Moscú a Berna, en Suiza. Pese a que debe de haberse sentido decepcionado, guardó las apariencias. Incluso le dijo a su madre que temía que el traslado no se hiciese realidad: «Lo que había que hacer aquí en la transición de la guerra a la paz se ha hecho. Estoy cansado y deberían permitir que me retirase a una vida más tranquila».

A comienzos de mayo debía volver a Suecia una vez más, antes de concluir sus asuntos en Moscú. El día de la noche de Walpurgis, el 30 de abril, justo antes de marchar, se reunió con Abrámov en el Ministerio de Exteriores; entre otras

cosas, para recordarle la nueva pista en el caso Wallenberg. Pero Abrámov desechó la cuestión y dijo que, en lo que se refería a Raoul Wallenberg, no había nada nuevo de lo que informar.

Esta vez, Söderblom se mantuvo firme, no obstante, y explicó lo importante que era el asunto y cuánta atención había atraído en Suecia. Abrámov replicó observando que el periodista sueco Af Sandeberg «ya debía de haber llegado a casa». Esto hizo reaccionar a Söderblom. De pronto tuvo la sensación de que Abrámov intentaba decirle algo, una impresión que no disminuyó cuando Abrámov repitió la solicitud de repatriar a Lidia

Makárova. «Se podría interpretar como señal de que Wallenberg está vivo, después de todo, y de que ha sido identificado en un campo o algo así», escribiría más tarde un aturdido Söderblom en su relato de la reunión.

Con esta impresión completamente nueva volvió Staffan Söderblom a Suecia a comienzos de mayo de 1946. En el Ministerio de Asuntos Exteriores de Estocolmo, el ánimo estaba por las nubes. Estaban encantados de que los rusos fuesen mucho más amistosos y de

que las negociaciones sobre un crédito comercial para la Unión Soviética se hubiesen reanudado.

Ni Staffan Söderblom ni Östen Undén podían haber sabido lo que había sucedido entre bambalinas en el Kremlin durante la primavera: que la Unión Soviética había tomado la decisión política deliberada de comenzar a escuchar las exigencias de Suecia. Si lo hubiesen sabido, los suecos podrían haberse erguido un poco. Por así decirlo, la actitud de Suecia hacia su gran vecino del este era aún nerviosamente cauta, como si la suerte fuese transitoria y la menor causa de

irritación pudiese acabar con la recién encontrada cordialidad entre los dos países.

Uno de sus primeros días tras su regreso, el domingo 5 de mayo, Söderblom visitó a Undén, según parece, en su casa. Ambos tenían impresiones recientes de encuentros con representantes de los jefes de relaciones exteriores soviéticas que comunicarse. El ministro soviético en Estocolmo, Chernyshov, había visitado a Undén, al comienzo de la semana, y le había recordado el asunto de Lidia Makárova, así como otro caso de repatriación urgente de cinco marineros soviéticos encarcelados en Suecia. Pero, sobre

todo, Undén y Chernyshov habían hablado sobre las futuras negociaciones comerciales y acordaron la importancia que tenía para ambos países alcanzar un resultado positivo. En su diario, Undén escribió que era algo que deseaba «fervientemente». Undén incluso se esforzó por ello en la vertiente más social: Chernyshov y Undén consiguieron concentrar tres cenas privadas solo en mayo de 1946.

A Söderblom, por su parte, lo asediaban nuevas dudas sobre la credibilidad de los funcionarios del Kremlin, al menos en cuanto al caso de Raoul Wallenberg. Había llevado consigo el informe de la reunión con

Abrámov y se lo entregó a Undén. Le dijo, probablemente, lo que había escrito antes, que creía que Abrámov había intentado insinuar que Raoul Wallenberg estaba vivo.

Si bien se desconoce cómo siguió la conversación entre los dos hombres aquel domingo, las circunstancias no se prestaban a que Söderblom pudiese convencer a Undén. No era solo que este hubiese mostrado ya antes su disgusto y retirado a Söderblom de su puesto asignado. En medio de la nueva cordialidad bilateral, era poco probable que se mostrase receptivo a comentarios críticos sobre la Unión Soviética.

En la biografía que escribió Yngve Möller de Östen Undén, Sven Dahlman, que fue jefe de la Oficina de Prensa del Ministerio de Exteriores entre 1946 y 1948, habla sobre la relación de Undén con el caso de Raoul Wallenberg en aquella época. Pudo notar el escepticismo de Undén en varias ocasiones. «Undén mostraba todos los indicios de intranquilidad y disgusto cuando debía tratar el caso Wallenberg [...]. A Undén no le gustaba que lo arrastraran a oponerse a los soviéticos con este caso, y su trato con respecto al asunto se hizo brusco y despectivo», comentó Dahlman a Yngve Möller.

No sería descabellado suponer que Undén se limitó a rechazar con un gesto de la mano las nuevas dudas de Söderblom en cuanto a Raoul Wallenberg cuando se reunieron aquel domingo. Undén era un hombre de principios, poco conocido por virar ante una suave brisa. ¿No había afirmado siempre Staffan Söderblom que creía que Raoul Wallenberg estaba muerto? ¿Era realmente razonable sospechar de la Unión Soviética algo tan escandaloso como haber encarcelado a un diplomático sueco?

A finales de mayo, Staffan Söderblom regresó una última vez a Moscú. Puesto que era soltero y no tenía hijos, su traslado a Berna no presentaba una gran dificultad logística, aunque debía de haberle minado la autoestima independientemente de lo que dijese.

Sus más allegados lo describían como una persona psicológicamente complicada. Su caparazón de confianza era difícil de resquebrajar, una especie de protección de la que se había armado para ocultar su sensibilidad y su vulnerabilidad. Tenía una gran necesidad de reafirmarse.

Quizá para compensar la humillación que sentía, se permitió numerosos excesos en sus últimas semanas. Comenzó a llenar sus cartas a Estocolmo con los educados comentarios de despedida que los rusos le ofrecían como prueba de sus éxitos personales en Moscú. Y estaba a la caza de un triunfo final con el lustre adecuado.

El 6 de junio, Día de la Fiesta Nacional en Suecia, Mólotov recibió a Söderblom en el Kremlin, en la reunión de despedida estándar, probablemente en su gran despacho, el del reloj de pared. Mólotov era bajito, algo retaco. Usaba anteojos sin patillas. Staffan

Söderblom lo encontraba «una persona muy cultivada, pero no especialmente accesible». Tuvieron una larga conversación de carácter general. Hacia el final, Mólotov preguntó a Söderblom si tenía algún deseo en particular. Este contestó que, de hecho, lo tenía: una reunión con Stalin estaba en lo más alto de su lista de deseos.

Era una petición atrevida, incluso arrogante. El generalísimo Stalin no concedía casi nunca audiencias a diplomáticos extranjeros. Ningún diplomático sueco había tenido nunca la oportunidad de hablar con el dictador. Pero, por razones que no están claras,

Mólotov reaccionó positivamente, aseguró a Söderblom que debería ser posible y transmitió la petición.

Una semana más tarde, el 13 de junio, el Politburó se reunió con Iósif Stalin; entre los presentes estaban Mólotov, Beria, Dekanózov y el ministro de Comercio Exterior, Mikoian. Según los miembros rusos del Grupo de Trabajo Sueco-Ruso que investigó el destino de Wallenberg en la década de 1990, hay indicios indirectos de que la audiencia que Söderblom había solicitado con Stalin se mencionó en la reunión, y quizá también el propio caso Wallenberg.

Al día siguiente, el Departamento de Protocolo del Ministerio de Exteriores soviético llamó a la legación sueca. Stalin había accedido. Söderblom sería bienvenido en el Kremlin la noche siguiente, a las nueve.

No se podía calificar esto de menos que sensacional, aunque llegase tan pronto y Söderblom apenas tuviese tiempo de prepararse. Ni siquiera consultó con el ministro de Exteriores Undén antes de salir la noche siguiente hacia el Kremlin con su segundo, BarckHolst. Se había reunido con Undén hacía relativamente poco y conocía su postura; además, creía que no había necesidad de establecer un orden del

día. Tal y como lo veía Söderblom, la repentina cita con Stalin era una expresión simbólica, si bien de fuerza extraordinaria, de la mejora de las relaciones entre Suecia y la Unión Soviética. En realidad, no tenía otros planes que aprovechar la reunión en sí.

Söderblom decidió no parecer agresivo y arriesgarse a alterar el humor. Pero quedaba una cuestión por resolver que, quizá, podría aclarar al fin: Raoul Wallenberg. Söderblom pensaba que, si presentaba el tema a la persona más poderosa de la Unión Soviética, nadie podría acusarlo de no haber hecho lo suficiente.

Dos oficiales recibieron a los diplomáticos suecos en la entrada suroeste del Kremlin y los condujeron, tras las murallas, a uno de los palacios. Tomaron el ascensor hasta dos pisos más arriba y caminaron a paso lento a lo largo del corredor, hasta una sala de espera, donde había periódicos ingleses, americanos y franceses sobre la mesa. Exactamente a las nueve de la noche, la puerta de la sala de juntas se abrió para mostrar a Iósif Stalin sentado en el extremo más lejano de una larga mesa, con otro viceministro de Exteriores, Solomón Lozovski, a su lado. Según la biografía de Stalin de Simon Sebag Montefiore, Lozovski era «un viejo

bolchevique entrecano, de barba bíblica» y «el judío de muestra en lo más alto del escalafón del Comisariado de Asuntos Exteriores de Mólotov». Era responsable del Comité Antifascista Judío de Stalin. Los dos habían reservado una hora entera para la reunión con Staffan Söderblom.

Stalin se levantó y se acercó a saludar a Söderblom, ofreciéndole la mano y presentándose con «un “Stalin” en voz baja, pero audible. Casi se me escapó una risita. Había algo casi cómico, en una situación por lo demás tan seria, en que un hombre tan famoso tuviese que presentarse —recordaría Söderblom en una entrevista de 1980—.

Llevaba uniforme de mariscal, con la estrella de la Orden de la Victoria en el pecho. No era un hombre alto, pero sí tenía un cuerpo muy proporcionado. En realidad, era bastante apuesto».

Staffan Söderblom eligió hablar a Stalin en ruso desde el comienzo.

«Me gustaría agradecer a Su Excelencia su disposición a recibirme antes de mi marcha. No querría hacerle perder su valioso tiempo, puesto que no tengo razón para hacer ninguna propuesta en particular o presentar problemas de difícil solución», comenzó Söderblom, según la traducción sueca de la época.

Luego presentó el deseo del Gobierno sueco de unas relaciones de buenos vecinos, una amabilidad que Iósif Stalin devolvió de inmediato: «Solo puedo decir que compartimos el mismo deseo. Nos gustaría mantener relaciones pacíficas y cordiales con Suecia. Nuestros países pueden beneficiarse mutuamente del intercambio».

El generalísimo Stalin preguntó, entonces, a Staffan Söderblom si había algo que deseara. El ministro sueco contestó que, en realidad, no, pero que, ya que Stalin preguntaba, le gustaría «mencionar algo». Söderblom le habló de la misión de rescate de judíos sueca

en Budapest y mencionó que uno de los participantes en la operación era el diplomático sueco Wallenberg.

—¿Ha dicho usted que se llamaba Wallenberg? —interrumpió Stalin, y le pidió que lo deletrease.

Stalin escribió el nombre en su libreta.

Söderblom continuó relatando cómo Dekanózov los había informado de que habían encontrado a Wallenberg y que, aunque en enero de 1945 lo habían visto en un coche con militares rusos, seguía desaparecido desde entonces.

—Estoy seguro de que sabe que dimos la orden de proteger a los suecos —dijo Stalin, como para demostrar que

estaba informado del caso.

—Sí, y estoy personalmente convencido de que Wallenberg fue víctima de un accidente o un agresor — contestó Söderblom, como si sintiese que el humor positivo estaba en peligro.

—¿No han recibido ustedes más mensajes nuestros sobre el asunto? — preguntó Stalin.

—No, creo que es probable que las autoridades militares soviéticas no dispongan de más información sobre el destino de Wallenberg —dijo Söderblom, y mencionó como ejemplo que los militares soviéticos habían preguntado a los suecos que quedaban en Budapest si sabían lo que había

sucedido a Wallenberg, con la implicación de que, si los rusos lo hubiesen sabido ya, no habrían tenido que preguntar—. Me gustaría, no obstante —continuó—, ver un comunicado oficial con todas las medidas que se han tomado en la investigación del caso, aun cuando no hayan dado, por desgracia, ningún resultado.

Añadió que también deseaba asegurarse de que los rusos informarían a los suecos tan pronto como supiesen algo más sobre Wallenberg.

—Es en interés suyo, puesto que hay gente que, en ausencia de tal información, podría deducir

conclusiones equivocadas —dijo Söderblom.

—Le garantizo que se investigará y aclarará el asunto —contestó Stalin.

Söderblom señaló que Suecia no tenía ningún otro asunto de aquel tipo que tratar con los soviéticos, puesto que el resto de los diplomáticos suecos — tanto Budapest como de Berlín— había vuelto a casa.

—Le prometo que investigaré el asunto Wallenberg —repitió Stalin.

Solo habían pasado cinco minutos de la hora asignada. Pero Söderblom no tenía nada más que discutir. Terminó expresando su agradecimiento por la

amabilidad con que lo habían acogido en Moscú y confesó que sentiría dejar la ciudad.

—¿No es su deseo? —preguntó Stalin.

—No —respondió Staffan Söderblom.

—¿El deber lo llama a nuevas tareas?

—Así es.

Y Söderblom y Barck-Holst se despidieron y abandonaron la sala. Iósif Stalin y Solomón Lozovski siguieron allí los cincuenta y cinco minutos restantes del tiempo reservado para la reunión. «Parece como si no hubiesen podido evitar evaluar la conversación»,

comentarían los miembros rusos del Grupo de Trabajo Wallenberg sesenta y cinco años más tarde. «Muy probablemente, la conversación inspiró [...] asombro y puede que, incluso, irritación en Stalin. No se había tratado ninguna cuestión importante», observaron los rusos y continuaron:

No se puede evitar notar la actitud ambivalente hacia el asunto R. Wallenberg: por un lado, el deseo expreso de aclarar el caso; por otro, una nota en forma de «opinión personal» sobre la probable muerte del diplomático en Budapest [...]. En la parte soviética, no era en aquel momento posible, en el ámbito político, tener «opiniones personales».

Según el libro de normas diplomáticas ruso, los representantes soviéticos solo podían expresar una «opinión personal» si estaba avalada por los dirigentes. El «dirigente» no podía, por tanto, imaginar otra cosa, ni siquiera para un diplomático de otro país. Es, pues, lógico suponer que [Stalin] pensó que esto [...] significaba que el Gobierno sueco lo informaba así de que planteaba preguntas sobre su destino [el de Wallenberg] para «mantener la conciencia tranquila» ante los familiares y el público general.

Por su parte, Staffan Söderblom estaba satisfecho con la reunión, pese a las críticas que recogería varias décadas

más tarde. Después de todo, Stalin había prometido aclarar el caso de Raoul Wallenberg:

En la reunión con Stalin, no creo que pudiese haberme expresado de forma muy distinta. Cuando uno es lo bastante afortunado para ser recibido en los más altos niveles, resulta sumamente imprudente responder a tal favor con acusaciones de que las autoridades rusas habían matado a Raoul Wallenberg o algo por el estilo. Me esforcé por mantener la puerta abierta a la continuación de las negociaciones y no quise decir nada que hubiese podido empeorar la situación [...]. En cualquier caso, creo que expresé solo

una *posibilidad* de que Wallenberg estuviese muerto. No dije a Stalin que tuviésemos la *certeza* de que lo estaba.

Tres días después de la cita con Stalin, la transcripción de la conversación estaba lista, y Staffan Söderblom envió su informe a Estocolmo. Añadió sus propias impresiones sobre el líder de la Unión Soviética:

Stalin parecía sano y activo, lleno de energía. Su figura baja, pero proporcionada, y sus rasgos simétricos causan una sensación particularmente agradable. La voz y la mirada daban la impresión de una actitud amistosa hacia sus visitantes [...]. El anuncio en radio y

prensa de que Stalin me ha recibido ha atraído aquí gran atención. Se ve como una prueba tangible de que las relaciones entre Rusia y Suecia son excelentes.

Unas semanas más tarde, cuando pasó por Estocolmo de camino hacia su cargo en Berna, Staffan Söderblom seguía sobrecogido por la visita. Incluso el ministro de Exteriores Östen Undén reaccionó a ello: «Pasé por el departamento un rato; encontré a Söderblom que acababa de volver de Moscú. Describió su visita a Stalin como si hubiese contemplado el rostro de Dios».

Sin embargo, Undén no parece haberse sorprendido por lo que dijo Söderblom a Stalin sobre Raoul Wallenberg. Al contrario, debió de pensar que Söderblom había comunicado, en líneas generales, la opinión del Gobierno sobre el caso. Puede que incluso le recordase cómo se había expresado él mismo cuando se reunió con Söderblom en mayo. Si Undén hubiese creído que las palabras sobre Wallenberg como víctima posible de un accidente se habían desviado de la línea gubernamental, debería haber ordenado de inmediato a la legación de Moscú que corrigiese el malentendido. Nunca lo hizo.

«NO LE INTERESAS A
NADIE»

«RAOUL WALLENBERG VIVE – EN LA
UNIÓN SOVIÉTICA». Este titular,
escrito en mayúsculas, cubría la primera
plana del periódico *Stockholms-
Tidningen* el 28 de junio de 1946. La
trascendental noticia se basaba en

información del periodista sueco Edward af Sandeberg, que había sido liberado del campo de prisioneros de Krasnogorsk, a las afueras de Moscú.

Edward af Sandeberg había llegado a Suecia diez días antes, tras un largo y penoso viaje a través de Polonia. En su primera entrevista dijo que había encontrado en la Unión Soviética a presos que hablaban de un sueco a quien habían conocido por el nombre de Raoul Wallenberg. Aunque Sandeberg no había reconocido el nombre en el momento, al volver a Suecia cayó en la cuenta de sobre quién habían estado hablando aquellos prisioneros. Había coincidido con dos reclusos que habían mencionado

a Raoul Wallenberg y, uno independientemente del otro, hablaban también del «chófer» de Raoul. Más tarde se supo que uno de ellos incluso había compartido celda con Langfelder.

La información de Sandeberg atrajo mucha atención, no en menor medida porque el nuevo ministro de Hungría en Estocolmo, Vilmos Böhm, acababa de comunicar información en sentido contrario. Böhm había afirmado que se podía establecer, de una vez por todas, que Wallenberg había muerto, puesto que se habían recuperado las pertenencias de los desaparecidos soldados soviéticos de su escolta en el camino a Debrecen.

Las revelaciones del *Stockholms-Tidningen* fueron noticia para todos, salvo para Maj y Fredrik von Dardel. Af Sandeberg los había visitado antes de que se publicase el artículo y les había dicho lo que sabía. «Obviamente, ella se alegró mucho —decía Af Sandeberg en la entrevista periodística—. La señora Von Dardel me explicó que nunca había dudado de que su hijo siguiese vivo.»

El nombre de Raoul Wallenberg estaba, de repente, en todas partes. La noche anterior la radio sueca había emitido un concierto de gala, organizado unas semanas antes en Budapest, en honor de Raoul Wallenberg. El hijo de Vilmos Forgács, Pál, había escrito un

emotivo discurso sobre el hombre de la cazadora y el sombrero de fieltro suave, cuya apariencia evocaba a un deportista norteamericano pero cuya máscara escondía a un héroe. Un actor húngaro leyó el texto.

Ese mismo viernes, Maj von Dardel recibió una invitación del rey Gustavo V, que deseaba verlos a ella y a Edward af Sandeberg en una audiencia en el Palacio Real al día siguiente. Al otro lado del puente de Norrbro, en el palacio Arvfursten (el palacio «del Príncipe Heredero», sede del Ministerio de Asuntos Exteriores), los teléfonos no dejaban de sonar. Volaban preguntas de los periodistas y en el ministerio hacían

lo que podían para convencer a todo el mundo de que Estocolmo estaba en contacto constante con las legaciones de Moscú y Budapest en relación con Raoul Wallenberg.

Parecía que el cambio flotaba en el viento.

El viernes 28 de junio supuso, asimismo, una revelación para el editor Arvid Fredborg, que había recibido no hacía mucho una propuesta para un libro sobre el «problema de Raoul Wallenberg» de un periodista socialdemócrata. Fredborg llamó esa tarde al reportero, cuyo nombre era Rudolph Philipp, y le dio el visto bueno.

Esa misma noche, Philipp se sentó en el sofá del hogar de Maj y Fredrik von Dardel.

Rudolph Philipp, de cincuenta años de edad, era una persona polifacética. Quizá la mejor forma de resumir su variado pasado sea con algunos datos del expediente que la Policía secreta sueca, la Säpo, había comenzado sobre él unos años antes: exciudadano austríaco, judío por parte de padre, escritor apátrida, oficial de artillería, periodista socialdemócrata, presunto trotskista, empleado en Shoes and Leather International, «se mantiene [...] principalmente como profesor de esgrima italiana». La Säpo señalaba que

Philipp había llegado a Suecia como «refugiado político» en 1937 y que fuentes comunistas afirmaban que se comportaba «muy agresiva e inexorablemente hacia los “lacayos de Moscú y su maldito dictador, Stalin”».

Para Maj y Fredrik von Dardel, Rudolph Philipp fue como un regalo del cielo. Este periodista sin patria estaba convencido de que Raoul Wallenberg seguía vivo en la Unión Soviética, y deseaba escribir sobre ello. Se lanzó a hacerlo con infinita energía y, para bien o para mal, no abandonaría el caso de Raoul Wallenberg durante décadas.

Philipp estuvo varias horas en el hogar de los Von Dardel y no se marchó hasta poco antes de medianoche. Quería saberlo todo sobre la vida de Raoul, su trabajo en Budapest, lo que sabían Maj y Fredrik sobre las investigaciones del Ministerio de Exteriores y lo que habían averiguado por los documentos de este. Philipp tenía previsto escribir un libro, pero antes, el 5 de julio de 1946, publicó un largo artículo sobre el asunto en la revista cultural conservadora, *OBS!*, de su editor, Arvid Fredborg. Con el título «El destino de Raoul», describió la vida y la obra de Wallenberg en Budapest hasta aquel día de enero en que había desaparecido sin

dejar rastro. «Aunque han pasado diecisiete meses desde entonces, no ha habido confirmación alguna de si está muerto o vive aún», escribió Philipp. Exigía una verificación concluyente de lo que había sucedido:

En algún lugar debe haber alguien alimentando la maquinaria de investigación con arena. No hay otra forma de explicar las muchas versiones contradictorias de instancias oficiales, semioficiales y privadas, y de testigos que cambian ahora sus explicaciones iniciales desde la desaparición de Raoul [...], y que no se hayan seguido sistemáticamente todos esos rastros.

Raoul Wallenberg llevaba para entonces más de un año en la prisión de Lefórtovo. Pero, a comienzos de 1946, había conseguido al menos enviar su protesta escrita a Stalin. Sabía que la había recibido porque un día los guardias aparecieron en su celda con un acuse de recibo. Sin embargo, no hubo respuesta. Había llegado julio y Raoul Wallenberg seguía sin ser interrogado, aunque lo había pedido expresamente. Era algo poco habitual. En Lefórtovo había presos que sufrían sesiones de interrogatorio de varias horas todos los días.

Los reclusos de Lefórtovo tenían varias formas de medir el paso del tiempo. Era fácil arañar una raya en la ennegrecida pared de la celda para marcar cada día que pasaba. Las rutinas mensuales también ofrecían un indicio de perspectiva del tiempo pasado. Más o menos cada diez días, llevaban a los prisioneros al sótano para que se duchasen, siempre con un trozo del mismo jabón maloliente.

Los prisioneros intercambiaban consejos sobre cómo llevar mejor los interrogatorios. Todos sabían que los pesados cerrojos de las puertas de las celdas se podían descorrer en cualquier momento, y que seguirían las consabidas

preguntas —«¿Apellido? ¿Año de nacimiento? ¿Nacionalidad?»—, con la notificación de que debían presentar al prisionero para su interrogatorio. No era raro que los guardias abriesen la puerta en mitad de la noche.

Uno de los consejos era no decir al interrogador nada que no supiese ya. «Si pillan un cabo suelto, sabrán cómo devanarlo y no te dejarán en paz, ni durante el día ni durante la noche.» Las mejores respuestas en ruso se difundían mediante golpecitos entre las celdas. «*Nie znaiu*» («no sé»), «*nie pomniu*» («no recuerdo») y «*nie ponimaiu*» («no entiendo»). «Te pedirán una y otra vez que escribas la historia de tu vida.

Hazlo con tan pocas palabras como sea posible y de forma idéntica todas las veces.»

De pronto, la mañana del 17 de julio de 1946, sucedió: el prisionero Raoul Gustaf Wallenberg fue llamado a interrogatorio en la prisión de Lefórtovo. Recorrería la pasarela de metal del exterior de su celda con las manos a la espalda, y luego un pasillo hacia la sección de interrogatorios, que estaba en una zona más nueva de la prisión. Primero pararon junto al portero de la zona de espera. Este tenía un gran libro maestro, un registro de interrogatorios, sobre la mesa, en el que escribía el nombre del prisionero y la

hora exacta en que comenzaba la sesión. El mismo procedimiento se repetía al terminar esta. En ambas ocasiones, el prisionero debía firmar con su nombre.

El registro de interrogatorios estaba oculto casi por completo bajo una placa de metal, con un hueco rectangular en el que solo era posible ver la línea correspondiente al preso en cuestión. Así, los nombres de los demás que llevaban hasta allí seguían siendo un secreto. En la pared de la sala de espera había un reloj: a veces, los reclusos deseaban de verdad que los llevaran a un interrogatorio para poder verlo y

recuperar un sentido del tiempo. Otras ansiaban el acto asertivo de escribir su nombre.

Cuando llevaron a Raoul Wallenberg a uno de los muchos cuartos del ala de interrogatorios, eran las 10.30. Las salas de interrogatorio de Lefórtovo estaban amuebladas con una mesa, unas cuantas sillas y un diván. La ventana estaba cubierta con pesadas cortinas. Las puertas tenían un colchón atado a la parte de atrás y estaban cubiertas con hule, presumiblemente como precaución.

Aquel día estaba sentado tras la mesa el interrogador Daniel Kopelianski, que sabía alemán. Era de

origen judío y perdería su trabajo en las purgas antisemitas de Stalin unos años más tarde. Era empleado del Ministerio de Seguridad Pública, que se llamaba entonces MGB (y pasaría a ser, más tarde, el KGB). Durante un tiempo, la SMERSH fue una subdivisión del MGB. La función de Kopelianski era el interrogatorio de prisioneros de guerra.

No se han localizado, lamentablemente, actas de los interrogatorios de Raoul Wallenberg en los archivos rusos. Lo único que se puede confirmar es que la sesión duró dos horas y media, y que Raoul Wallenberg estuvo acompañado durante los últimos cuarenta minutos. Debe de

haber sido un reencuentro afectuoso, pues fue a su chófer, Vilmos Langfelder, a quien introdujeron en la sala. También sabemos que a Willy Rödel, el compañero de celda de Raoul Wallenberg, lo llevaron a la sala de interrogatorio de Kopelianski al día siguiente.

Los presos de celdas vecinas consiguieron, pese a todo, confirmar parte de lo que se había dicho. Mediante golpecitos, supieron que Raoul Wallenberg había solicitado que lo pusiesen en contacto con la legación sueca en Moscú, al menos por escrito. Según dichos vecinos, Kopelianski había contestado: «Si el Gobierno sueco

o su legación tuviesen algún interés en ti, habrían establecido contacto contigo hace tiempo. No le interesas a nadie y nadie está intentando contactar contigo». Dijeron a Raoul que su caso era sencillo. Lo habían detenido por espionaje en Budapest y, si creía que era inocente, era él quien debía demostrarlo. El punto de vista del MGB era que la desgana del Gobierno sueco por hacer algo por él era la mejor prueba de su culpabilidad.

El mismo Kopelianski interrogó a Raoul una vez más aquel verano, durante una hora y cuarenta minutos, el 30 de agosto. En relación con esta sesión, Raoul Wallenberg parece haber

preguntado a un oficial interrogador si sería o no sentenciado. «Nunca serás sentenciado. Eres un caso político», fue su respuesta.

Si bien la familia de Raoul Wallenberg había esperado un cambio positivo en el curso del caso, tras la conmoción del verano el trabajo del Ministerio de Asuntos Exteriores al respecto se hundió como un suflé. Una y otra vez, Maj y Fredrik von Dardel se daban contra un muro, a pesar de que había tantos indicios nuevos de que Raoul podía estar vivo. Un empleado de la Cruz Roja Internacional, por ejemplo, había

visitado Estocolmo durante el verano y les había dicho que había encontrado a un guardia fronterizo húngaro que decía haber estado preso en una cárcel rusa en Budapest con Raoul Wallenberg en enero de 1945. Pero cuando Maj von Dardel llevó al empleado de la Cruz Roja a una reunión en el Ministerio de Exteriores, la reacción fue apagada. Según Rudolph Philipp, le dijeron que el ministerio había hecho todo lo posible y que no había esperanza de que Raoul siguiese vivo. Maj y Fredrik von Dardel intentaron entonces contactar con el nuevo enviado en Moscú, Gunnar

Hägglöf. Sin embargo, este no respondió a sus cartas e hizo saber que no deseaba recibirlos.

Hacia finales de julio, cuando Rudolph Philipp intentó entrevistar a la administrativa Margareta Bauer sobre sus experiencias en Budapest y el trabajo de Raoul Wallenberg, ella contestó: «No se me permite. Se ha escrito ya demasiado y el Ministerio de Exteriores lo ha hecho ya todo». Casi parecía que se hubiese dictado una orden de dejar las cosas estar. Incluso Kálmán Lauer estaba comenzando a flaquear y dijo a la familia que creía que Raoul estaba muerto.

El cambio sustancial que habían estado esperando simplemente languideció. En ciertos escenarios oficiales no se atrevían a tomar en serio la nueva información del periodista Edward af Sandeberg. A través de canales no oficiales, los rusos habían acusado a Af Sandeberg de participar de buen grado en la guerra del lado de los alemanes. En el Ministerio de Exteriores, muchos estaban convencidos de que lo correcto era mantenerse al margen. Si Stalin había prometido aclarar el asunto, seguro que lo hacía. Y, de todas formas, la prioridad era llevar las negociaciones comerciales a buen puerto.

Maj von Dardel lo intentó todo. Durante el verano envió copias de una carta que había recibido de Lars Berg, destinado entonces en Lima. Berg había escrito que estaba seguro de que su hijo estaba vivo y convencido de que los rusos eran perfectamente capaces de mentir sobre si lo retenían. Lars Berg recordaba lo mucho que les habían preguntado sobre Raoul Wallenberg en sus interrogatorios tras el asedio de Budapest.

«El gran interés de los rusos en Raoul durante febrero y marzo de 1945 debe de haber sido una señal de que seguía vivo en aquel momento. No tenían ninguna otra razón para

interesarse por una persona que había desaparecido sin dejar rastro», escribió Maj von Dardel en agosto de 1946 al cónsul general sueco y magnate de los negocios Axel Ax:son Johnson. Ax:son Johnson estaba de camino a Moscú y había prometido intentar ayudar. «Estimado Axel —continuaba—: Espero con ansia lo que usted, con su gran poder, pueda hacer por aclarar las incertidumbres que rodean a mi querido hijo. Quizá pueda incluso traerlo de vuelta desde Moscú.»

La confianza de la familia en el Ministerio de Asuntos Exteriores se estaba desmoronando.

Durante el otoño de 1946, el hermanastro menor de Raoul, el ingeniero civil Guy von Dardel, regresó a Estocolmo desde Linköping. Lo habían contratado en el Instituto de Investigación del Ministerio de Defensa para estudiar cómo se podían utilizar los avances asociados con la bomba atómica para producir energía. En dicha coyuntura tuvo la posibilidad de continuar el trabajo de su tesis doctoral sobre las interacciones de los neutrones. Guy von Dardel acababa de cumplir veintisiete años y era un hombre delgado, de pelo oscuro. Se embarcó entonces en la terca investigación de Rudolph Philipp para su libro. Guy era

una persona considerablemente más moderada, más inclinada hacia lo académico, que el fogoso austríaco. Pero era igualmente testarudo.

Poco después se notificó a la familia una noticia algo inesperada. Rudolph Philipp había recibido información de un policía húngaro que decía saber dónde estaba Raoul Wallenberg. Los pusieron en contacto a través de intermediarios. El policía prometió que podría liberar a Raoul si podía hacerse con las 60.000 coronas necesarias para sobornar a los guardias de la prisión.

La oferta hizo a la familia modificar su estrategia. El libro de Rudolph Philipp estaba listo para su publicación, pero la familia y el escritor sentían que tenían el final feliz de su historia al alcance de la mano. Primero, Raoul sería liberado. Luego, quienes estaban en el poder cosecharían las críticas que tanto merecían. Philipp incluso escribió las palabras finales de su manuscrito: «¡Raoul está libre!».

A comienzos de octubre, Guy von Dardel solicitó un pasaporte de servicio para viajar a Budapest, oficialmente para investigar el destino de su hermano, aunque en secreto para reunirse con el húngaro y entregarle el dinero. De cara a

la galería, Guy dijo que iba a encontrarse con colegas de Raoul en Budapest.

El Ministerio de Exteriores no tuvo objeción en emitir para Guy un pasaporte de servicio, pero le aconsejó no viajar a Budapest, pues podría ser contraproducente para el caso de Raoul. Guy decidió, en consecuencia, volar a Praga.

El guardia fronterizo húngaro había dicho que quería 60.000 coronas suecas de la familia (unos 114.000 euros actuales). El dinero se depositaría en el fondo de una cesta llena de manzanas y se entregaría en una ubicación acordada junto a la frontera húngara. Guy von

Dardel lo preparó todo según las instrucciones y condujo desde Praga hasta el lugar de encuentro, donde se reunió con el húngaro. Guy le dio la cesta de manzanas con las 60.000 coronas. El policía prometió que Raoul regresaría pronto a Suecia en avión desde la Unión Soviética.

El 27 de octubre de 1946, Maj y Fredrik von Dardel fueron al aeropuerto de Bromma para reunirse con su hijo. Habían dicho que estaría en el mismo avión de Moscú que la delegación comercial sueca. Pero Raoul nunca apareció. El guardia húngaro los había timado. Habían actuado de forma tan desesperada como ingenua.

La familia decidió publicar el libro de Philipp.

La publicación causó un escándalo en noviembre. Era un momento inoportuno para el Gobierno sueco. Suecia y la Unión Soviética habían conseguido, solo unas semanas antes, llegar a un acuerdo comercial que implicaba un crédito a la Unión Soviética por valor de mil millones de coronas suecas. Por desgracia, no se había convertido en el triunfo nacional que se había esperado. La campaña de prensa contra el «acuerdo ruso» no había sido amable. La ola de protestas acababa de

comenzar a disiparse cuando el libro de Rudolph Philipp sobre Raoul Wallenberg llegó a las librerías.

En la cancillería sueca, el caso de Raoul Wallenberg aquel otoño había girado principalmente en torno al dinero. Los húngaros que habían suministrado efectivo o productos para la operación de ayuda de Raoul se sentían embaucados. Habían contactado con abogados para exigir al Estado sueco el pago en francos suizos prometido, que había sido desestimado. Gösta Engzell, jefe del Departamento Legal del Ministerio de Exteriores, había escrito a Arfwedson en Budapest y le había pedido que negase toda

responsabilidad. «En particular, debería mantener [...] que la operación de Wallenberg no fue emprendida por el Estado sueco, razón por la cual no se nos puede hacer responsables de ningún acuerdo al que llegase en Hungría.»

Este telegrama lo decía todo sobre la actitud hacia Raoul Wallenberg en el Ministerio de Exteriores. Por fortuna, el Joint, la organización norteamericana de ayuda a los judíos, acudió al rescate. El Joint, que había aportado la mayor parte de los fondos para la operación de Raoul, prometió pagar a los acreedores. En noviembre donó, asimismo, 2.500

dólares a la familia Von Dardel para financiar investigaciones sobre Raoul Wallenberg.

El libro de Rudolph Philipp, *Raoul Wallenberg: Diplomat, Kämpe, Samaritan* («Raoul Wallenberg: diplomático, adalid, samaritano»), era tanto una celebración de las hazañas de Raoul como un ataque al Gobierno sueco, en especial al Ministerio de Asuntos Exteriores. Philipp mantenía que todas las señales indicaban que Raoul Wallenberg seguía vivo. Había tenido acceso a documentos del Ministerio de Exteriores a través de la familia Von Dardel y, en el libro, ofrecía una demoledora descripción de las acciones

de las autoridades suecas durante los casi dos años que habían transcurrido desde la desaparición de Raoul. «Las fuerzas que permitieron que Raoul desapareciese han conseguido echar una tupida cortina de humo sobre el enigma que lo rodea. El Ministerio de Exteriores sueco no solo no ha dispersado la bruma, sino que ha contribuido a permitir que se haga más impenetrable», escribió Philipp en su sinopsis. Observaba que Söderblom había dedicado «una gran parte de su energía no a resolver el problema, sino a crear nuevos argumentos por los que había que dejarlo estar, es decir, no hacer nada».

Así, el caso de Raoul Wallenberg se convirtió en el primer dolor de cabeza de Tage Erlander, el nuevo primer ministro, que había sucedido a Per Albin Hansson tras su repentina muerte en octubre.

El libro de Rudolph Philipp había transformado el caso de Raoul Wallenberg en un «asunto político» para los periódicos. Por primera vez, la historia de Wallenberg se convirtió también en cuestión parlamentaria. Un diputado de derechas, Elis Håstad, afirmó que era hora de que el Gobierno fuese transparente sobre lo que se había hecho para salvar la vida de Raoul Wallenberg o «aclarar su final».

El primer ministro Tage Erlander tuvo que gestionar este debate parlamentario en persona, puesto que su ministro de Exteriores se encontraba en una reunión de las Naciones Unidas en Nueva York. Unos días antes del debate, se invitó a Philipp a reunirse con algunos miembros del consejo de ministros para presentar sus materiales. Entre los documentos que el primer ministro y el ministro de Justicia se fueron pasando sobre la mesa estaba la descripción que había hecho Maj von Dardel de su encuentro con madame Kollontái en febrero: cuando, tomando el té, la enviada soviética había asegurado a Maj que Raoul Wallenberg

estaba en la Unión Soviética. Esto, junto con la nota de Dekanózov, eran pruebas suficientes, afirmaba Philipp. Pidió al Gobierno que actuase y exigiese explícitamente que la Unión Soviética enviase a Raoul Wallenberg de vuelta a casa. Tage Erlander comentó la vívida presentación de Philipp en su diario unos días más tarde: «No quedé particularmente convencido de su valor».

El primer ministro Erlander utilizó el tiempo que le habían asignado en el debate sobre Raoul Wallenberg para dar detallada cuenta, día a día, de la actividad sueca hasta aquel momento. No todas las voces de la prensa

quedaron convencidas. Se dijo después que el Ministerio de Exteriores se había «andado por las ramas». En vista de las buenas relaciones entre Suecia y la Unión Soviética, seguro que no era imposible averiguar lo que había pasado, apuntaban. *Stockholms-Tidningen* sugería que el Gobierno debía liberar a Raoul Wallenberg de toda acusación de ser espía alemán, «lo que, al parecer, es la fuente del problema».

Pero los hechos seguían siendo los que eran. Casi dos años habían pasado sin que el Gobierno sueco hubiese solicitado formalmente, siquiera una vez, que Raoul Wallenberg volviese de

la Unión Soviética. En vez de ello, se había limitado a preguntar educadamente a los rusos cómo iban las investigaciones. Durante los últimos seis meses, ni siquiera eso. Gunnar Häggglöf justificó la pasividad diciendo que el asunto estaba en manos de Iósif Stalin, que ningún funcionario soviético se atrevía, por tanto, a tocarlo y que solo se podía «esperar un mensaje de lo alto, si es que llega».

En el otoño de 1946, Stalin se tomó otros tres meses de vacaciones.

Los diplomáticos soviéticos en Estocolmo no eran tan comedidos como los suecos. Desde el final de la guerra habían enfilado una solicitud de repatriación tras otra durante sus interacciones con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Y añadieron una más justo en lo peor del escándalo en torno al libro de Rudolph Philipp. El hombre en cuestión era un marinero soviético, Anatoli Granovski, que había desertado en Estocolmo durante el otoño, cuando su barco estaba en el puerto de Värtahamnen. Los rusos habían exigido su extradición en repetidas ocasiones y aseguraban que era culpable de hurto y violación en su

patria.

Si hubiera sido por Undén, se habría enviado al marinero de inmediato a la Unión Soviética sin pedir nada a cambio. Pero el resto del Gobierno consideraba a Granovski un refugiado político, y la decisión tomada a comienzos de noviembre fue rechazar las peticiones soviéticas. Los rusos no dieron marcha atrás. En los días en torno al debate parlamentario sobre Wallenberg, Chernyshov llevó el caso Granovski al más alto nivel, ante el primer ministro Tage Erlander y el subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, Karl Ivan Westman.

El subsecretario Westman hizo lo inesperado, algo que nadie del bando sueco se había atrevido a hacer hasta ese momento. Relacionó los dos casos y señaló a Chernyshov que «aún no se han recibido de Moscú [...] las respuestas sobre el paradero de Wallenberg». El desafío no pasó, sin embargo, de comentario atrevido. Según los investigadores rusos del Grupo de Trabajo Sueco-Ruso sobre el caso Wallenberg de la década de 1990, habría sido «particularmente oportuno plantear la cuestión de forma oficial, pero no se hizo».

La conmoción en torno al libro de Philipp había movilizado, sin duda, nuevas fuerzas en el Ministerio de Exteriores. Durante un tiempo se pudo incluso discernir algo similar a una ofensiva diplomática. Pero la buena voluntad de actuar no iba más allá de eso. El jefe de la división política, Sven Grafström, por ejemplo, envió un telegrama a Undén en la reunión de las Naciones Unidas en Nueva York recomendando que plantease el caso Wallenberg a su colega Mólotov antes de volver a casa. Undén tuvo dos reuniones personales con Mólotov en Nueva York, una antes y otra después del telegrama de Grafström. Pero no

mencionó a Raoul Wallenberg en

ninguna de ellas. Undén alabó, no obstante, el resultado de las negociaciones comerciales.

En diciembre, cuando Undén ya había regresado a Suecia, incluso el enviado en Moscú, Gunnar Hägglöf, parecía haber despertado. Según sus declaraciones posteriores, sugirió presionar a los rusos para que proporcionasen información; por ejemplo, proponiendo el tipo de intercambio en que habían participado los suizos. Pero, según Hägglöf, Undén no quiso considerar la idea. Suecia no se dedica al «comercio humano», fue su respuesta.

Aunque Undén no quería considerar un intercambio, tras el debate parlamentario sobre Wallenberg a finales de noviembre, la legación de Moscú recibió órdenes de Estocolmo de, al menos, hacer una nueva consulta. Fue algo de lo que tuvo que ocuparse Ulf Barck-Holst, puesto que Hägglöf había vuelto a Suecia durante un tiempo. Barck-Holst había mostrado ya iniciativa en el caso de Raoul Wallenberg, cierto impulso que aún conservaba.

Sus instrucciones fueron aprovechar la tormenta mediática sueca en torno a Raoul Wallenberg, que suponían que no había pasado

desapercibida para los rusos. Barck-Holst debía presionarlos para conseguir información y recordarles la nota de Dekanózov de enero de 1945, en la que los rusos aseguraban a los suecos que Wallenberg estaba bajo la protección del Ejército Rojo. Barck-Holst debía intentar organizar un encuentro «al más alto nivel posible», y llevar consigo, traducida al ruso, la conclusión sobre la nota de Dekanózov con la que Tage Erlander había cerrado el debate.

Pero, de repente, Dekanózov no estaba disponible. La primera vez que Barck-Holst lo intentó, le dijeron que Dekanózov estaba enfermo de gripe. La siguiente vez que Barck-Holst pidió una

reunión, le preguntaron si era sobre Wallenberg. Cuando contestó afirmativamente, la respuesta fue que Dekanózov tenía, por desgracia, otros compromisos. En su lugar, dirigieron a Barck-Holst a un subordinado de la División Escandinava del Ministerio de Exteriores. Barck-Holst se metió de lleno en el asunto. Cuando, una vez más, le mencionaron a la joven Makárova y al marinero Granovski, respondió enfadándose. ¿Se suponía que debía entender de esto que Raoul Wallenberg estaba vivo y que la Unión Soviética estaba sugiriendo un intercambio? Cuando lo preguntó, el funcionario soviético dio marcha atrás y dijo que no

había en absoluto conexión. Barck-Holst tuvo la impresión de que había tomado por sorpresa al ruso.

El diplomático sueco no cejó en su empeño. El 13 de diciembre, Barck-Holst consiguió reunirse con Lozovski, el barbado líder del Comité Antifascista Judío que había estado presente en la audiencia de Staffan Söderblom con Stalin, a la sazón jefe de la poderosa agencia de inteligencia del líder soviético. Como Barck-Holst, había oído a Stalin prometer, en junio, que investigaría el asunto.

Esta vez, Barck-Holst mencionó la promesa de inmediato. Preguntó por los resultados de las investigaciones

prometidas. Describió la enorme presión de los medios en Suecia y observó que sería una pena que las relaciones entre Suecia y la Unión Soviética, que tanto habían mejorado, se viesen enturbiadas por el asunto Wallenberg. Y añadió que, después de la tormenta que había rodeado el acuerdo comercial, no querían que Raoul Wallenberg se convirtiese en un tema importante para la prensa y el Parlamento.

El septuagenario Lozovski replicó que recordaba muy bien la reunión con Staffan Söderblom, así como la promesa que había hecho Stalin en cuanto al caso Wallenberg. Tomó algunas notas y

prometió informar tanto a Stalin como a Dekanózov, puesto que Mólotov aún no había regresado de Nueva York.

Casi dos años habían pasado desde que Raoul Wallenberg había sido visto por última vez en Budapest. Ulf Barck-Holst tenía la clara impresión de que la maquinaria soviética comenzaba a moverse. ¿Quizá los rusos estaban preparando algún tipo de declaración? Esperanzado, escribió al Ministerio de Exteriores en Estocolmo y pidió a sus colegas que silenciasen todos los artículos periodísticos sobre el tema,

pues, en esta interesante coyuntura, corrían el riesgo de suponer «más daño que ayuda» para el caso Wallenberg.

Tenía razón. Algo se tramaba. Tras regresar de Nueva York, Mólotov fue informado, entre otras cosas, de las nuevas demandas suecas. A comienzos de enero de 1947 había pedido a sus subordinados «una revisión y sugerencia» sobre el caso Wallenberg. Si hemos de creer el análisis del sector ruso del Grupo de Trabajo sobre el caso Wallenberg de la década de 1990, solo ahora supo el resto del Ministerio de Exteriores que Raoul Wallenberg estaba, de hecho, en la Unión Soviética, en una de las muchas prisiones del MGB.

Ciertos círculos afirman que ni siquiera Mólotov lo sabía, pero la mayoría de las fuentes descartan esto por improbable.

Dekanózov, viceministro de Mólotov, se dirigió entonces a Víktor Abakúmov y le pidió que «transmitiese lo que se sabía del asunto en un informe al camarada Mólotov». No era la primera vez que el Ministerio de Exteriores soviético había preguntado al MGB o a la SMERSH sobre Raoul Wallenberg. El año anterior habían enviado tanto las fotografías de Maj von Dardel como la lista de nombres de los oficiales soviéticos que se creía que habían acompañado a Raoul. Hasta entonces, los servicios de seguridad o

bien no habían respondido o bien habían comunicado, sencillamente, que carecían de información sobre la persona en cuestión. Sin embargo, después de la consulta de Barck-Holst en diciembre de 1946, un agente de la SMERSH había llegado al punto de decir que quizá era aconsejable que el viceministro de Exteriores llamase a Abakúmov en relación con el caso de Raoul Wallenberg. Estaba claro que era un asunto sensible. Cuando dijeron al jefe de la División Escandinava del Ministerio de Exteriores, Mijaíl Vétrov, que consultase sobre Wallenberg «con nuestras otras agencias», le pidieron que evitase utilizar el teléfono.

A finales de enero de 1947, el enviado sueco Gunnar Hägglöf regresó a Moscú, aunque por poco tiempo. Había decidido dejar su puesto por motivos personales al cabo de solo medio año en la capital soviética. En el inflamado debate sueco sobre el caso de Raoul Wallenberg, Gunnar Hägglöf había sido duramente criticado por su pasividad. Ahora hizo de tripas corazón una última vez y visitó el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético casi de inmediato. Pudo reunirse con un funcionario y continuó avanzando por el camino que su sustituto, Barck-Holst, había iniciado. Hägglöf informó a sus anfitriones de que Suecia encontraba muy extraño que los

rusos no hubiesen podido conseguir información alguna sobre Raoul Wallenberg. Llegó a decir que el caso Wallenberg amenazaba ya con afectar las relaciones entre Suecia y la Unión Soviética.

Puesto que iba a abandonar Moscú, Hägglöf pidió también un último encuentro con Mólotov. Insinuó que preferiría no tener que mencionar el caso de Raoul Wallenberg en la ocasión. «¿Qué pasa con esto? Es necesario encontrar explicaciones plausibles», anotó uno de los subordinados de Mólotov en el informe interno sobre la reunión con Hägglöf.

Se ordenó entonces a funcionarios del Ministerio de Exteriores soviético que preparasen a Mólotov para la reunión con el ministro sueco. El viernes 8 de febrero de 1947 Vétrov terminó su memorándum preparatorio. Solo necesitaba la revisión de sus superiores antes de entregárselo a Mólotov.

Vétrov trataba cuatro asuntos actuales que se podía esperar que mencionase Gunnar Hägglöf. El caso de Raoul Wallenberg era el primero de la lista. Hizo un breve resumen de lo que habían dicho los soviéticos sobre Wallenberg, es decir, nada. También mencionó que uno de los funcionarios del Ministerio de Exteriores había

especulado ante los suecos que Wallenberg probablemente había muerto en un bombardeo.

Pero el memorándum fue devuelto a Vétrov. Una gran parte de su relato sobre el caso Wallenberg había sido modificada. Su superior había redactado, en un texto alternativo manuscrito entre líneas, un mensaje completamente nuevo para Mólotov:

Según la información del camarada Fedótov [de la MGB], Wallenberg es recluso de la MGB. Fedótov ha prometido comunicar las razones de la detención de Wallenberg, así como sugerir posibles acciones futuras en este caso.

Por lo que sabemos, esta era la primera vez que se ponía la verdad sobre Raoul Wallenberg negro sobre blanco en un documento del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético. La información se consideraba extraordinariamente sensible y se dieron instrucciones especiales a Vétrov sobre cómo manejarla:

Envíe una copia limpia con mis correcciones. Selle la carta personalmente y envíesela a Podtserob. No implique a su secretario en el asunto, prepárela en el despacho de Vyshinski [otro de los muchos viceministros de Exteriores].

Era como si los ministros y funcionarios de Mólotov estuvieran manipulando una bomba. A pesar de todo esto, el documento no llegó a tener un papel decisivo en la época. Las prometidas explicaciones y sugerencias del MGB de Abakúmov tardarían muchísimo tiempo en llegar. Y la reunión entre Hägglöf y Mólotov no llegó a celebrarse.

Otro crudo invierno tocaba a su fin, pese a lo cual, aun bien entrado marzo, la temperatura seguía por debajo de cero y había nieve en las calles de la capital soviética.

Lamentablemente, no existen informes sobre el humor de los presos de la celda 203 en aquella época. Pero habían pasado más de dos años. Dos años de gachas mohosas y sopas aguadas, a veces sustituidas por chucrut o quizá pescado crudo. Parece probable que aquellos días estuviesen dominados por la desesperación, incluso para un polvorilla como Raoul Wallenberg.

Después de programarle dos sesiones muy seguidas durante el verano, la división de interrogatorios de Lefórtovo había dejado a Wallenberg en paz. Lo último que este había sabido era que lo consideraban un caso político y que nunca sería propuesto para

sentencia. Según algunos empleados del MGB de la época, una pausa prolongada en los interrogatorios podía significar que Stalin había emitido una orden de que no se procediese sin instrucciones especiales. En ocasiones, los prisioneros extranjeros acababan esperando largos periodos sin interrogatorios, solo para ser utilizados en intercambios políticos más adelante.

Según un recluso vecino, Raoul había hecho repetidos intentos de averiguar qué iba a pasarle. El comisario de la prisión lo había tranquilizado diciendo que podía esperar una respuesta tras la gran cumbre de asuntos exteriores que se

celebraría en Moscú en marzo de 1947. Las cuatro naciones victoriosas de la guerra se reunirían en la capital soviética para intentar llegar a un acuerdo sobre varias cuestiones aún no resueltas en cuanto al futuro de Alemania. Se decía que el destino de los prisioneros se determinaría también entonces.

Mientras se preparaba el muy sensible informe para Mólotov, quedaba solo un mes para la cumbre. Aunque no está claro si eso tuvo algo que ver, poco después, el 24 de febrero, uno de los funcionarios de más alto rango de la división de contraespionaje militar del MGB emitió una orden de traslado para

los prisioneros Wallenberg y Rödel. Se llamaba Kartashov, un hombre fornido, de pelo claro, que trabajaba directamente para Abakúmov en el edificio principal de la Lubianka. Había sido personal de su unidad quien había interrogado a Raoul cuando estuvo detenido en la Lubianka en la primavera de 1945.

«Se solicita que los prisioneros de guerra RÖDEL Willy y WALLEMBERG Raoul, de la celda 203 de la prisión de Lefórtovo, sean trasladados a la prisión interna del Ministerio de la Seguridad Pública de la Unión Soviética, colocados juntos allí en la celda número 7 y registrados para recibir raciones de

comida de oficial para prisioneros de guerra», escribió Kartashov a los jefes de prisión de Lefórtovo y la Lubianka. Dos días más tarde, el personal de Lefórtovo anotó en sus registros que los dos prisioneros serían trasladados con sus pertenencias y «sus documentos». Sin embargo, en el último momento, Raoul Wallenberg fue retenido. No lo trasladaron a la «prisión interna» de Lubianka hasta el 1 de marzo de 1947.

La celda número 7 estaba en el piso bajo de la prisión de Lubianka. En sus memorias, el antiguo jefe de espías soviético Pável Sudoplátov ha dicho que el bloque de celdas al que trasladaron a Rödel y Wallenberg era parecido a un

hotel: «Las habitaciones no eran celdas en el sentido habitual de la palabra, tenían techos altos y estaban equipadas con muebles y comodidades». Las «raciones de comida de oficial» significaban, según Sudoplátov, que la cafetería del servicio de seguridad proporcionaba la comida, que era «incomparablemente mejor que la habitual de la prisión». Sudoplátov afirma que era en estas celdas en las que se encerraba a los prisioneros de rango particularmente alto, «antes de reclutarlos o liquidarlos». Otros dicen que estas eran las celdas en las que la

Administración encerraba a los presos que sabían que someterían a intensos interrogatorios.

A Raoul Wallenberg lo registraron como el «prisionero especial número 206», y a Willy Rödel, como el 205. El día después del traslado de Raoul, incluso sus pertenencias fueron anotadas en el registro. Pero en qué consistían en aquel momento y qué les pasó en lo sucesivo no aparece en el libro maestro que años después fue laboriosamente restaurado. Cuando los investigadores del Grupo de Trabajo Sueco-Ruso comenzaron a indagar en los archivos de la prisión soviética en los noventa, descubrieron que casi todas las

referencias a Raoul Wallenberg se habían dejado ilegibles con un rotulador grueso. Una visión bastante inusual en los archivos soviéticos.

Una semana después de que Raoul Wallenberg fuese trasladado a la Lubianka, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Ernest Bevin, fue el primer invitado importante de la cumbre en llegar a un ventoso Moscú. Lo recibió el viceministro de Exteriores de la Unión Soviética Andréi Vyshinski, que destacaba con su brillante gorra de uniforme entre los gorros de piel del andén.

Andréi Vyshinski hablaba inglés y francés, y estaría junto a Mólotov durante la conferencia. Tenía sesenta y cuatro años y un pasado como fiscal del Estado en los juicios de la purga estalinista durante el Gran Terror a finales de la década de 1930. No podía ser una coincidencia que se hubiese pedido al jefe de la División Escandinava del Ministerio de Exteriores que escribiese la delicada nota sobre Raoul Wallenberg en el despacho de Vyshinski. A partir de ese momento se gestionaría desde allí el sensible caso, en la medida en que surgiese, si lo hacía.

La Cumbre de Moscú llevaba en marcha ya un día cuando llevaron a Raoul al quinto interrogatorio de su encarcelamiento. A las 14.00 del martes 11 de marzo, los guardias lo condujeron a la sala de interrogatorios 671, en el sexto piso del gran edificio principal de la Lubianka. Allí se encontró con el mismo interrogador del departamento de Kartashov que la última vez que había estado allí, aunque con un nuevo intérprete.

Pese a que tampoco se han encontrado actas de estos interrogatorios, el intérprete recordó más adelante que la sesión fue una especie de revisión estándar. Raoul

Wallenberg iba vestido de traje y parecía relativamente sano. El interrogador tocó sistemáticamente datos que el diplomático sueco había revelado antes. En particular, las cuestiones centradas en «documentos de listas que habían sido recuperados en el momento de la detención». Según el intérprete, el interrogador se había mostrado especialmente interesado en los contactos de Raoul Wallenberg con alemanes y estadounidenses. Todo prosiguió en calma y la conversación se extendió durante una hora y cuarenta y cinco minutos. Después de eso, Raoul

Wallenberg regresó a una existencia tan carente de incidentes como antes, ahora en la «prisión interna» de Lubianka.

La Cumbre de Moscú que el personal de la prisión había sugerido que podía impulsar el caso de Raoul Wallenberg terminó con aún otro revés, después de semanas de agotadoras mesas redondas. Las relaciones entre el Este y el Oeste eran malas y no mejoraron con la sospecha de una implicación soviética en la guerra civil griega en curso. El ambiente se deterioró aún más, probablemente, cuando Truman

endureció el tono de su política exterior en un discurso al Congreso durante los primeros días de la cumbre.

Bautizado Doctrina Truman, muchos consideran este hecho el comienzo formal de la Guerra Fría. El presidente estadounidense hizo una promesa: si era necesario, Estados Unidos apoyaría a países como Grecia con dinero y ayuda militar para evitar que fuesen obligados a entrar en el círculo de influencia soviético. Truman trazó una línea entre Este y Oeste mucho más definida que antes: «En el momento actual de la historia mundial, casi todos los países deben elegir entre formas de vida alternativas. Y la elección no es,

demasiado a menudo, libre». Pintó esas alternativas en blanco y negro. En una visión, la gente vivía en democracias libres, con gobiernos representativos, elecciones libres, y libertades y derechos humanos. En el otro mundo, más oscuro, sin embargo, una minoría gobernaba mediante el terror y la represión, controlaba los medios de comunicación y amañaba las elecciones. Aquí los derechos humanos no eran siquiera una opción. «Creo que la política de Estados Unidos debe apoyar a los pueblos libres que se resisten al intento de sujeción por minorías armadas o presiones externas», dijo el

presidente. No había forma, por supuesto, de malinterpretar a quién se dirigían esos comentarios.

La Doctrina Truman tuvo una repercusión inmediata en la evaluación soviética del pequeño país neutral que era Suecia. En los días posteriores al discurso, Chernyshov, el enviado soviético en Estocolmo, envió a Moscú un análisis relativamente pesimista de la situación. En caso de agudizarse un conflicto entre Este y Oeste, no se podría contar con Suecia, decía. La influencia de americanos y británicos era demasiado fuerte: «Si estalla la

guerra entre los anglosajones y la Unión Soviética, Suecia estará en el bando anglosajón».

En abril, el nuevo secretario de Estado estadounidense, George Marshall, voló a casa después de la fracasada Cumbre de Moscú. No había habido progresos dignos de mención. Pero, como de costumbre, había una representación de la prensa esperando al pie de la escalerilla del avión. En un principio, George Marshall estaba poco dispuesto a decir nada. Por fin, caminó vacilante hasta el micrófono sin alterar su expresión adusta. Sin quitarse el

sombrero, se aclaró la garganta: «Me alegra estar de vuelta en casa», fue su primer comentario.

En la primavera de 1947, el padrastro de Raoul Wallenberg, Fredrik von Dardel, que ya había cumplido los sesenta y dos años, se puso muy enfermo. El diagnóstico fue cáncer de estómago. Maj von Dardel sabía muy bien lo que eso significaba. En los meses previos a que naciese Raoul, había estado al pie del lecho de muerte de su primer marido. Como Raoul Oscar Wallenberg, Fredrik von Dardel empeoró enseguida. Los médicos no le

dieron muchas posibilidades de supervivencia, y hacia finales de abril su estado era crítico. Una operación de urgencia le salvó la vida en el último minuto. Después, Fredrik diría que había decidido, desde el principio, no rendirse. Sabía cuánto lo necesitaba Maj.

La relación entre la familia de Raoul y el Ministerio de Exteriores se había vuelto gélida tras la publicación del libro de Rudolph Philipp. La familia no creía que el ministerio hubiese actuado correctamente en el caso de Raoul y, por tanto, no era extraño que hubiese comenzado a sentir una desesperada necesidad de actuar por su

cuenta, aun en un ámbito político más amplio. Si el Ministerio de Exteriores titubeaba, otros tendrían que ocupar su puesto, pareció razonar Guy von Dardel. A comienzos de 1947 había viajado a Estados Unidos con una beca de investigación en Física Atómica para la Universidad Cornell. Allí intentó suscitar una respuesta norteamericana. Entre otras cosas, escribió una carta personal a Truman pidiéndole que solicitase información sobre Raoul Wallenberg a los rusos. Contactó incluso con el nobel judío Albert Einstein en la Universidad de Princeton, quien, tras un tiempo, escribió una carta sobre Raoul Wallenberg a Iósif Stalin.

Las acciones de Guy von Dardel recibieron cierta atención en los periódicos tanto norteamericanos como suecos y, naturalmente, no pasaron desapercibidas tampoco en la Unión Soviética. En Estados Unidos, la iniciativa fue recibida con expresiones de gratitud del Departamento de Estado en cuanto al honorable trabajo de Raoul Wallenberg en colaboración con la Junta para los Refugiados de Guerra norteamericana. Entrevistaron al representante en Estocolmo de la WRB, Iver Olsen, que dijo que Estados Unidos, como Suecia, tenía el deber de acudir en ayuda de Raoul Wallenberg.

En el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético se tomó debida nota de la carta de Guy a Truman, en especial de ciertas frases claves. «Wallenberg fue enviado a Hungría en julio de 1944 como representante de la organización de Roosevelt, la Junta para los Refugiados de Guerra» fue una de ellas.

Pero Guy no era el único miembro de la familia que estaba actuando. Maj von Dardel había conseguido que el consulado soviético en Nueva York casi prometiera que la Cruz Roja rusa investigaría con respecto a su hijo. A continuación escribió una carta a la Cruz Roja en Moscú contando toda la historia de su hijo Raoul y su desaparición, que

tradujeron y enviaron a Vyshinski. En el debate soviético interno respecto de la carta, sus palabras fueron sesgadas según la percepción soviética. Se decía que Maj von Dardel había escrito que el representante de la WRB Iver Olsen había «propuesto que Wallenberg asumiese el control de lo que describían como salvar a los judíos de Hungría», así como que había sido «para protegerlo en esta arriesgada misión por lo que el Gobierno sueco lo había nombrado secretario en la legación sueca de Budapest». Los rusos parecían haberse decidido en cuanto al asunto.

Cuando la Suecia oficial no cumplió las expectativas, las iniciativas privadas adquirieron incluso más importancia. Pero faltaba un grupo importante en este frente. Los ayudantes de Raoul Wallenberg en el Departamento Humanitario de Budapest guardaban un silencio clamoroso.

Tanto Hugó Wohl como Vilmos Forgács habían estado de visita en Suecia. Habían formado un comité sobre Wallenberg en Budapest, organizaron un concierto conmemorativo y encargaron una estatua de una figura de san Jorge, todo en honor de la lucha de Raoul Wallenberg contra los nazis y la Cruz Flechada. Se estaba escribiendo también

un libro sobre sus hazañas. Pero, cuanto más tiempo pasaba, más antidemocrática se hacía una Hungría cada más influida por los soviéticos. Poco a poco, Raoul Wallenberg se convirtió en un tema arriesgado y sensible. Uno por uno, sus excolegas se fueron retirando para procurar salvar el propio pellejo.

El ministro de Seguridad de Stalin, Víktor Abakúmov, solía decir que había solo dos formas de dar las gracias a un espía: cubrirlo de medallas o decapitarlo. Según Simon Sebag Montefiore, incluso superó a su predecesor, Beria, en agresividad y sed

de sangre. Abakúmov tenía «todo el sadismo de Beria pero menos inteligencia», escribió Montefiore en su biografía de Stalin. A ojos de este, una de las ventajas de Abakúmov era que incluso Beria, que seguía en el poderoso consejo de ministros y tenía en última instancia la responsabilidad de la seguridad del Estado, le tenía miedo.

El Ministerio de Seguridad de Abakúmov, el MGB, acababa de comenzar a preparar su prometido informe a Mólotov sobre el caso de Raoul Wallenberg. Para mediados de mayo, el viceministro de Exteriores Vyshinski se cansó de esperar y escribió a Mólotov. Le recordó lo insistentes que

eran los suecos y le dijo que un nuevo debate parlamentario sobre el caso de Raoul Wallenberg iba a tener lugar en Suecia durante el verano. La campaña de prensa amenazaba con alcanzar la misma magnitud que cuando salió «el libro de un tal Rudolf Philipp».

Por estas razones, decía Vyshinski, era hora de que Mólotov concretase la fecha del informe que el ministerio de Abakúmov había prometido ya en febrero. El MGB debía explicar las motivaciones tras el arresto de Wallenberg, pero también ofrecer sugerencias sobre qué otras medidas se podían tomar. Vyshinski hacía hincapié en esto último. Ahora escribió sin

rodeos que Mólotov debería exigir a Abakúmov una «propuesta de resolución» del caso Wallenberg. El viceministro de Exteriores utilizó, en realidad, la palabra rusa *likvidatsia*, que era posible interpretar en el sentido de «liquidar» el asunto burocrático o a la persona. Vyshinski se refería, probablemente, al caso, pero existe la posibilidad de que Abakúmov lo entendiese de otra forma.

Al día siguiente, Mólotov reenvió la carta de Vyshinski a Abakúmov y le pidió que presentase su informe.

Las predicciones de Vyshinski sobre una campaña sueca en la prensa se cumplieron. Los periódicos suecos

habían comenzado de nuevo a investigar sobre Wallenberg. Algunas de las numerosas pistas falsas que llegaban al Ministerio de Asuntos Exteriores se habían convertido en jugosos cotilleos en las columnas de los diarios: una decía que Raoul estaba prisionero en un palacio eslovaco, la siguiente que estaba en un campo a las afueras de Moscú. Por otra parte, en abril, el nuevo enviado sueco Rolf Sohlman llegó a la capital soviética con energías renovadas y grandes ambiciones. A su llegada siguió la decisión suecosoviética de elevar el rango de sus respectivos enviados al nivel de embajadores. Se había creado

el ambiente para una nueva ofensiva sueca que podría, quizá, forzar al menos una respuesta sincera de los soviéticos.

El paso de Rolf Sohlman no iba a ser tan fugaz como el de sus predecesores. El nuevo embajador sueco ocuparía su cargo durante diecisiete años y llegaría a ser muy conocido en los círculos diplomáticos moscovitas. El puesto se ajustaba a él como un guante. Desde sus años universitarios había estado muy interesado en Rusia y su cultura. Estaba casado con una rusa, Zina, y en el Ministerio de Exteriores corrían rumores de que era tan rusófilo que no creía que Suecia tuviese que defenderse

si la Unión Soviética atacaba. Pero, para Sohlman, admirar la cultura rusa no equivalía a celebrar la Unión Soviética y el comunismo. Conocía bien la diferencia. Su esposa, Zina, venía de una familia liberal en la que no todo el mundo había conseguido escapar de la persecución de los bolcheviques. Al mismo tiempo, Rolf Sohlman era un colega cercano y favorito de Östen Undén. Compartía la cosmovisión de este y veía la mejora de las relaciones entre Suecia y la Unión Soviética como su principal tarea diplomática.

Antes de viajar a Moscú en abril, Rolf Sohlman se había reunido con Maj von Dardel. A Sohlman le parecía que la reunión había ido bien. Había aclarado que investigaría la cuestión suponiendo que Raoul seguía vivo. Pero, añadió, era importante que el Ministerio de Exteriores y la familia siguiesen el mismo guion. Maj estuvo de acuerdo. Sohlman creía que habían conseguido entenderse y Maj dijo que estaba «agradecida por la conversación y que sentía, por primera vez, que recibía una respuesta compasiva del Ministerio de Asuntos Exteriores».

La intención de Sohlman había sido plantear el asunto de Raoul Wallenberg tan pronto como se hubiesen cumplido los rituales de cortesía necesarios.

Por desgracia, el plan se estancó. Una vez que hubo llegado a Moscú, Rolf Sohlman leyó sobre la atención que los norteamericanos estaban prestando a la carta de Guy von Dardel al presidente Truman. Su primera impresión fue que era increíblemente inoportuna dada la tensión del momento. Recordó que, en la reunión que había tenido con ella justo antes de partir, había aconsejado a Maj que no implicase a los estadounidenses, al menos mientras la incertidumbre política fuese alta. Y ahora, aquello.

Sohlman se resignó. Escribió a Estocolmo que no creía poder ir a los rusos con el caso después de aquello. «Hacer pesquisas conjuntas aquí con los estadounidenses no puede beneficiar ni a Wallenberg ni a Suecia», observó Sohlman, y sugirió no atraer demasiado la atención hasta que la carta de Von Dardel hubiese «caído en el olvido».

Dos semanas más tarde, el embajador sueco perdió aún más ímpetu. Su hija de diecinueve años había conocido en un viaje en autobús a un par de húngaros con los que había comenzado a discutir el caso de Raoul Wallenberg. Uno de ellos le había dicho que un amigo suyo había «visto el

cadáver de Raoul Wallenberg» en un campo de prisioneros en Hungría. Por lo que sabía el húngaro, Wallenberg había sido uno de los muchos prisioneros que habían muerto de enfermedad y malnutrición en el campo.

Rolf Sohlman informó de inmediato a Estocolmo de esta noticia y luego dedicó considerables, si bien infructuosos, esfuerzos a localizar la fuente húngara.

Esta fue la razón por la que el por lo demás tan enérgico Sohlman no se dirigió hasta el 14 de junio de 1947 al Ministerio de Asuntos Exteriores soviético con una solicitud en cuanto a Raoul Wallenberg. Puede que, para

entonces, los rusos hubiesen reprimido sus recuerdos de la atención que los medios habían prestado a la carta de Guy von Dardel al presidente Truman.

George Marshall, el secretario de Estado estadounidense, estaba descorazonado por la ausencia de éxito de las negociaciones en Moscú. También estaba nervioso por la situación económica en la Europa devastada por la guerra. Las ciudades estaban en ruinas. La gente sufría. Y la miseria solo parecía alimentar la influencia de la

Unión Soviética en Europa. «El paciente se muere mientras los médicos deliberan», observó Marshall.

Entonces vio una posible solución, a la vez estratégica y humanitaria. Estados Unidos debía ofrecer apoyo a un programa de reconstrucción a gran escala en los países europeos, con el fin de detener la difusión del comunismo y evitar una depresión económica. El presidente Truman dio luz verde a la idea. A comienzos de junio de 1947, el ministro de Exteriores lanzó el «Plan Marshall» en un discurso en la Universidad de Harvard. El programa se presentó como una ayuda a la «autoayuda». Para anticiparse a las

reacciones políticas exageradas del Kremlin, invitaron a la Unión Soviética a participar.

Al comienzo, Iósif Stalin era favorable a la iniciativa. Puede que la Unión Soviética pudiese incluso beneficiarse de la empresa estadounidense. El ministro de Exteriores Mólotov fue, por tanto, enviado a París a finales de junio para tantear la situación antes de la cumbre sobre asuntos económicos, que debía comenzar el 12 de julio. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Stalin cambiase radicalmente de postura. Los informes de Mólotov sobre el Plan Marshall eran, en su opinión, tan

alarmantes como los que había recibido de su servicio de inteligencia. El Plan Marshall no era un programa de ayuda, sino una amenaza a la Unión Soviética. Según el informe de Mólotov, el presidente Truman y sus ministros «ansiaban utilizar la situación para introducirse en la economía de los países europeos, en particular para controlar el flujo comercial europeo en su propio interés». El servicio de inteligencia había interceptado conversaciones secretas y complementó esta información con descripciones del Plan Marshall como una propuesta de gran alcance para la integración económica y política en Europa, una

estrategia que, en el sentido más amplio, tenía la intención de aumentar la influencia de Estados Unidos a costa de la Unión Soviética.

Iósif Stalin refuló. Pidió a Mólotov que volviese de París y, el 7 de julio de 1947, este envió a todos los países del círculo de interés soviético directrices informándolos de que no debían acudir a la Conferencia de París. Los advirtió de que el Plan Marshall era solo una tapadera. La intención subyacente de Estados Unidos era crear un bloque europeo occidental hostil a la Unión Soviética.

La Guerra Fría había pasado a ser una realidad irrefutable.

Puede que fuese una coincidencia, pero el boicot soviético al Plan Marshall tuvo prácticamente el mismo calendario que el acto final de lo que, hasta el momento, se ha podido documentar del destino de Raoul Wallenberg.

El lunes 7 de julio de 1947, el viceministro de Exteriores Andréi Vyshinski buscó el expediente de Raoul Wallenberg en su pila de papeles. Pudo haber sido por muchas razones. El embajador sueco había estado investigando. Una semana antes se había debatido el caso en el Parlamento sueco por segunda vez y, como Vyshinski había anticipado, la ocasión había venido acompañada de nuevos titulares en los

periódicos suecos. Además, en junio, el exsecretario de Comercio estadounidense Henry Wallace había contactado con la Embajada soviética en Washington para preguntar qué había sucedido con Raoul Wallenberg.

La cuestión volvía a estar sobre la mesa y la Unión Soviética tendría que proporcionar pronto una respuesta. Una vez más, Vyshinski escribió a Abakúmov y le pidió el informe sobre Wallenberg, en cuyo caso había ahora también una dimensión política internacional.

Por las huellas documentales que han surgido de los archivos soviéticos, parece que Abakúmov decidió entonces entregar a Mólotov una solución directa

para el caso de Raoul Wallenberg. Lo hizo en una «carta personal» diez días después de recibir la nota de Vyshinski. No es descabellado que fuese el propio Iósif Stalin quien, al final, sentenció el destino de Raoul Wallenberg, tal vez en una discusión con Mólotov.

¿Quién era el sueco Raoul Wallenberg y qué había estado haciendo en Budapest? La decisión en cuanto a su destino no dependía tanto de la verdad que había tras las respuestas a estas preguntas como de la apariencia de esa verdad para Stalin y sus secuaces. ¿Blanco o negro? ¿Colaborador humanitario altruista o espía norteamericano?

Tras haber oído los argumentos de Raoul Wallenberg, quienes así lo deseasen podrían, por supuesto, haber visto parecido entre el nuevo Plan Marshall y el programa de reconstrucción de Hungría que el recluso sueco había estado tan deseoso de presentar a los rusos. Que George Marshall probablemente no hubiese oído nunca hablar del plan de Raoul Wallenberg no tenía importancia alguna. El concepto era similar. Para cualquiera con una mente dada a ver conspiraciones en todas partes (algo que abundaba en la Unión Soviética de Stalin) no habría requerido mucha imaginación plantearse lo siguiente: ¿había estado el proyecto

de Raoul Wallenberg en marcha desde el principio? ¿Por qué era el destino de Raoul Wallenberg tan prioritario para Estados Unidos como lo era para Suecia? ¿Y por qué había comenzado de repente el ministro de Finanzas estadounidense a preguntar por el destino de un sueco, solo días antes del discurso de Marshall en la Universidad de Harvard?

No se precisaba mucho más que la sospecha para que a la gente le pasasen cosas extrañas en la Unión Soviética de Stalin. En particular, cuando estaba involucrado Víktor Abakúmov.

¿Cómo podía resolverse el caso de Raoul Wallenberg? No hacía tanto que el sangriento ministro de Seguridad de Stalin, Abakúmov, se había enfrentado a un caso parecido. Entonces, el asunto se había referido al prisionero de guerra estadounidense Esau Oggins, que había sido sentenciado a ocho años en un campo de prisioneros soviético en 1939. Los estadounidenses habían presionado para conseguir su liberación, pero los rusos habían dudado porque Oggins había cooperado con el servicio de seguridad soviético.

En mayo de 1947, Abakúmov había presentado su propuesta a Mólotov y Stalin. Su recomendación fue que el

norteamericano fuese liquidado por inyección letal, aunque dirían a los estadounidenses que Oggins había muerto en 1946 de tuberculosis. Abakúmov podía crear certificados médicos y de defunción falsos que apoyasen la explicación soviética. Esta clase de manipulaciones eran rutinarias para él, que a menudo recurría también al infarto como causa de muerte en sus falsificaciones.

En la Unión Soviética de Stalin, la verdad era un concepto relativo y, por tanto, también lo era la mentira. Se permitía a muy pocas cosas entorpecer el objetivo colectivo global de un Estado comunista perfecto. «Verdad», en

el sentido estalinista, era simplemente todo lo que impulsase dicha ambición. Si era precisa una mentira para alcanzarla, se perdonaba, o incluso se la consideraba «verdad» porque era «oportuna».

La liberación del prisionero Oggins no se había considerado «oportuna», como tampoco la verdad sobre su final. En tales situaciones, no era raro que se pusiese en práctica otro famoso dicho estalinista: «*niet cheloveka, niet problemy*» («no hay persona, no hay problemas»), que solía significar la ejecución del prisionero. Aunque no

siempre. La otra alternativa era ocultarlo en la red de campos soviética y borrar toda huella de su existencia.

El destino de Oggins sería la primera opción. «Stalin y Mólotov decidieron eliminar a Oggins y, durante un chequeo médico rutinario en prisión, en 1947, Mairanovski lo envenenó con una inyección», contó Pável Sudoplátov en sus memorias. Estas cosas sucedían a veces en la «prisión interna» de Lubianka. Esau Oggins no fue la primera víctima de las inyecciones envenenadas del coronel Grigori Mairanovski, jefe del «laboratorio X», que se encontraba casi a la vuelta de la esquina de la Lubianka. Apodado «doctor Muerte», no

deja de ser interesante señalar que, para la mayoría de sus víctimas, anotaba «infarto» como causa de la defunción.

Para mediados de julio de 1947, Raoul Wallenberg había pasado cuatro meses en la celda 7 de la «prisión interna». Víktor Abakúmov estaba a punto de presentar su sugerencia para el prisionero sueco.

Maj von Dardel pasó el verano cuidando de su esposo enfermo, que luchaba por recuperarse de su operación de cáncer. Planeaban una visita de ocio al monasterio del lago de Garda. Pero ella no cejaba en su empeño de liberar a

su hijo encarcelado, Raoul, que cumpliría treinta y cinco años solo un par de semanas más tarde.

En junio, Maj había escrito cartas a todas las asociaciones de mujeres suecas y les había pedido que alzasen la voz en apoyo de la liberación de su hijo. La presidenta de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, Birgitta Bellander, se puso al timón. Para mediados de julio había coordinado a dieciséis organizaciones para que firmasen una petición al generalísimo Stalin en favor de Raoul Wallenberg, lo que equivalía a las firmas de más de un millón de suecos

«demócratas y antifascistas», que se entregaron en la Embajada soviética en Estocolmo.

Era época de vacaciones estivales y, en Moscú, el embajador Rolf Sohlman había hecho las maletas para viajar a casa. Antes de irse, visitó al jefe de la División Escandinava del Ministerio de Exteriores soviético, Vétrov. Las frases de cortesía preliminares de Sohlman casi alcanzaron proporciones söderblomianas. Explicó que no tenía «ningún asunto particularmente nuevo» que tratar. No había tenido correo de Suecia durante catorce días.

Después, Sohlman preguntó si había novedades en el tema de Wallenberg. «Nada en absoluto», contestó Vétrov, y repitió que las batallas alrededor de Budapest habían sido encarnizadas en la última mitad de enero de 1945 y que Raoul probablemente había muerto en los bombardeos. Sohlman no tenía nada más que añadir. Era miércoles 16 de julio de 1947 y Suecia aún no había presentado una sola solicitud formal para la repatriación de Raoul Wallenberg.

Maj von Dardel puso mucha esperanza en la petición de las organizaciones de mujeres suecas a Stalin. El autor de un libro húngaro en

ciernes sobre Raoul Wallenberg, Jenő Lévai, había visitado hacía poco Estocolmo y contó que solo cuando las asociaciones de mujeres húngaras se lo habían pedido a Stalin había este enviado de vuelta a casa a los prisioneros de guerra húngaros. Maj decidió añadir una carta personal a Stalin, que envió a través de la Embajada sueca en Moscú. «Al generalísimo Iósif Stalin», comenzaba Maj, y explicaba a continuación, en términos breves, lo que había sucedido y cuándo habían visto a Raoul con vida por última vez:

Mi confianza en la poderosa Unión Soviética ha sido tan grande que, a pesar de mi considerable preocupación, sigo convencida de que volveré a verlo. Dado que presumo que el retraso de su regreso se debe a malentendidos de autoridades subordinadas, me dirijo ahora al dirigente de la Unión Soviética con el ruego de que envíe a mi hijo de vuelta a Suecia y a su anhelante madre. Respetuosamente, Maj von Dardel.

Por desgracia, las vacaciones complicaron el asunto. Cuando Rolf Sohlman regresó en agosto, la carta de Maj a Stalin seguía entre los documentos que se apilaban en la legación en Moscú.

El jueves 17 de julio de 1947 le sucedió algo importante al prisionero especial 206, Raoul Wallenberg. Pero no se ha podido demostrar lo que ocurrió exactamente en la prisión de Lubianka ese día; al menos, no sin que quede margen razonable para la duda.

Ciertos detalles son bien conocidos. Si bien Víktor Abakúmov estaba trabajando, Iósif Stalin había abandonado la ciudad el día anterior para unas vacaciones de tres meses. Estaba planeando recorrer la Unión Soviética y conocer a su pueblo. Al mismo tiempo se debatía con una nueva sospecha paranoica. Stalin había comenzado a ver una conexión entre el

Plan Marshall, las ambiciones norteamericanas en Europa y la intelectualidad judía de la Unión Soviética. ¿No tenían los judíos soviéticos unas redes familiares inusualmente fuertes en Estados Unidos? ¿No era todo una conspiración sionista norteamericana contra la Unión Soviética?

En consecuencia se había asignado a Abakúmov la tarea de reunir pruebas contra los judíos soviéticos; en primer lugar, contra los del Comité Antifascista Judío patrocinado por Stalin. Durante el viaje de Stalin, Abakúmov se dedicaría, entre otras cosas, a torturar a judíos soviéticos para extraerles la «verdad»

del complot. Cuando volviese el líder soviético, se emitiría la primera orden de ejecución. Sin embargo, por entonces, a mediados de julio, Abakúmov tenía también un informe que terminar para el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Sabemos que la oficina de Abakúmov envió a la de Mólotov, el 17 de julio de 1947, una respuesta con referencia a Raoul Wallenberg. Dicen que la carta en sí se ha perdido, pero la correspondencia se cita en breves notas manuscritas en dos documentos de los archivos soviéticos. No puede haber sido un informe rutinario porque, en una de las notas, la respuesta de Abakúmov

se designa como «carta personal». Llevaba el título «En cuanto al caso del ciudadano sueco Wallenberg» y está sellada con el número de registro 3044.

Otro documento sobre lo que sucedió el 17 de julio de 1947 se presentó diez años más tarde en Moscú. Se lo conoce como «Informe Smoltsov» y se afirma que fue creado ese mismo día. El Informe Smoltsov ha sido sometido a pruebas forenses en dos países distintos sin que haya sido posible alcanzar certeza absoluta en cuanto a si se trata de una falsificación o no. Ni siquiera se ha podido establecer si el informe podría haber sido creado varios años después. La carta, con el

título «Informe», es un mensaje manuscrito del médico de la prisión de Lubianka en la época, el coronel A. Smoltsov, a Abakúmov.

Smoltsov trabajó muy poco en la Lubianka aquel verano pues sufría de problemas cardíacos. En una entrevista del verano de 1992, el hijo de Smoltsov recordaba que, a pesar de ello, su padre fue llamado a la prisión de forma intempestiva una noche de julio de 1947. Recuerda el hecho porque su padre no volvió hasta el día siguiente y entonces le dijo que un sueco había muerto en la «prisión interna».

Si la memoria del hijo no falla, hay razón para creer que la fecha de la carta del médico de la prisión es, de hecho, correcta. Pero eso no quiere decir que sea de fiar todo lo demás que puso por escrito el coronel Smoltsov, con su caligrafía perfectamente regular, aquel jueves. Abakúmov no era ajeno a la práctica de obtener de su personal médico documentos falsos, certificados que se ajustaban a la noción del momento de una verdad «oportuna».

Así pues, ¿qué escribió Smoltsov a Abakúmov? Su informe completo decía:

Informo de que el prisionero Walenberg [sic], a quien usted ya conoce, falleció anoche de repente en su celda, muy probablemente como consecuencia de un infarto de miocardio. Con respecto a sus instrucciones de supervisar personalmente a Walenberg [sic], solicito indicación sobre a quién debo confiar la autopsia para establecer la causa de la muerte.

Como certificado de defunción, el informe de Smoltsov representaba un desvío de la rutina y no solo porque tuviese la forma de una carta manuscrita. No era práctica estándar para un médico subordinado escribir directamente al ministro. Tampoco se registró en forma alguna la muerte de este importante

prisionero en el libro mayor de la prisión. La carta tampoco parece haber sido enviada. Por el contrario, Smoltsov escribió un nuevo comentario, cruzado en una esquina al pie: «Informado personalmente el ministro, ha ordenado incinerar el cadáver sin autopsia. Smoltsov».

No es posible decir dónde radica la «verdad» soviética en este documento. Uno podría posiblemente observar, como el Grupo de Trabajo Sueco-Ruso dedicado a la desaparición de Raoul Wallenberg, que no son tantas las posibilidades de que un hombre sano de treinta y cinco años, sin historial familiar de enfermedad cardíaca,

muriese repentinamente de infarto. Uno podría observar, asimismo, que las posibilidades de sobrevivir en los bloques de Moscú en los que Mairanovski tenía su laboratorio de venenos eran muchas menos. Es difícil hacer caso omiso de que los informes médicos falsos que señalaban «infarto» como causa de la muerte eran rutina diaria en la Lubianka. Podían enmascarar una ejecución. Pero también se podían usar para borrar las huellas de un prisionero complicado, que debía ser ocultado al mundo pero mantenido con vida.

Por la razón que fuese, Stalin y sus secuaces no habían considerado útil la liberación de Raoul Wallenberg. Por tanto, necesitaban crear una verdad sobre el prisionero sueco que fuese útil y, además, pudiese presentarse a los suecos.

El viceministro de Exteriores Vyshinski no parece haber sido informado de ningún acontecimiento fatídico en la prisión de Lubianka el 17 de julio de 1947. Después del fin de semana, escribió otro recordatorio a su colega Abakúmov pidiéndole que apresurase su

respuesta, puesto que el caso de Raoul Wallenberg había vuelto a estallar en Suecia.

El 18 de julio, el periódico *Svenska Dagbladet* había publicado un interesante documento, del que se dijo que era obra de Raoul Wallenberg. Se trataba del borrador de la presentación de un programa de ayuda para Hungría llamado «Institución Wallenberg de Rescate y Reconstrucción», firmado por «R. W.». El escritor húngaro Jenő Lévai había presentado estos documentos durante su visita de julio a Suecia, noticia que cubrieron casi todos los periódicos.

La operación de socorro se presentaba en el borrador como una oferta de ayuda a la autoayuda. Subrayaba que ningún esfuerzo humanitario sería eficaz sin base en una organización de ayuda financiera. «R. W.» escribía que esperaba el apoyo económico de autoridades suecas e internacionales. Se decía que este era el plan que Raoul Wallenberg deseaba que revisase el general Malinovski.

El martes 22 de julio se envió el recordatorio de Andréi Vyshinski al Ministerio de Seguridad. Esa misma noche estalló una frenética actividad en las prisiones de Lubianka y Lefórtovo. Comenzó alrededor de las 19.00, según

un programa previsto. En la Lubianka, llevaron a los prisioneros Ernst Huber y Willy Rödel a un interrogatorio, y en Lefórtovo hubo varios interrogatorios nocturnos breves con, entre otros, Gustav Richter y el chófer de Raoul en Budapest, Vilmos Langfelder. Todos los interrogados aquella noche habían compartido celda con Raoul Wallenberg o Vilmos Langfelder.

Un intérprete recordaría más adelante cómo un colega del interrogador Kartashov había dibujado un gran diagrama detallando los prisioneros que habían compartido celda con Raoul Wallenberg. El intérprete, entrevistado en la década de 1990, dijo

también que le pidieron que llevase un paquete de papeles y documentos personales sobre Raoul Wallenberg al jefe de los archivos del MGB. Sobre el paquete había una nota: «Paquete de materiales sobre el arresto del n.º 7; abrir únicamente con autorización del MGB».

El primero en ser llamado el martes por la tarde fue un prisionero al que solo mencionan con el código «prisionero n.º 7» y que fue interrogado durante veinte minutos antes de que se le uniese Willy Rödel. Parece que este prisionero n.º 7 y Willy Rödel fueron interrogados juntos, durante cinco minutos, por Kartashov.

Por desgracia, Rödel murió aquel mismo otoño durante su transporte a un campo de prisioneros y por lo tanto, no ha podido testificar sobre los interrogatorios. Pero algunos de los prisioneros a los que se interrogó aquella noche de julio fueron liberados muchos años más tarde y pudieron describir sus experiencias. El interrogador les preguntó con quién habían compartido celda durante su estancia en prisión. «Di los nombres, que incluían a Wallenberg. Uno me pidió entonces que dijese con quién había hablado sobre Wallenberg y lo que

Wallenberg me había dicho», ha recordado el prisionero de guerra alemán Gustav Richter.

Cuando el interrogatorio hubo terminado, después de veinte minutos, colocaron a Richter en una celda de aislamiento durante ocho meses. Otros prisioneros declararon casi idéntico trato: preguntas sobre compañeros de celda, preguntas complementarias sobre Wallenberg, y luego una celda de aislamiento durante varios meses.

La siguiente ronda de interrogatorios comenzó a las 2.00. Pero esa vez solo volvieron a sacar a tres de los prisioneros que habían sido interrogados previamente esa noche.

Vilmos Langfelder fue uno de ellos. Lo habían trasladado a la Lubianka desde la prisión de Lefórtovo en algún momento después de las 22.00, al terminar su interrogatorio. En el camino iba con él un compañero de celda, Sándor Katona, a quien también habían interrogado aquel martes por la tarde. Despertaron a un tercer prisionero para interrogarlo en mitad de la madrugada. Estaba ya en la Lubianka y lo habían interrogado allí la noche antes. Esta vez tampoco se le permitió escribir su nombre real en el registro de interrogatorios. Constaba, sencillamente, como «prisionero número 7».

A los tres los interrogó el coronel Kartashov, lo que indica que las sesiones se consideraban importantes: por lo general, era el subordinado de Kartashov quien hacía el trabajo. El coronel no sabía alemán, así que había también un intérprete en la sala. Primero llevaron al prisionero número 7 a la sala de interrogatorios. Veinticinco minutos más tarde, se le unió Langfelder, y después de otros veinte minutos, también Katona. Los tres prisioneros fueron interrogados durante dieciséis horas antes de que se les permitiese dejar la sala juntos, a las 19.30 del 23 de julio de 1947. Ni Vilmos Langfelder ni Sándor Katona recuperaron nunca la

libertad.

¿Quién era aquel «prisionero número 7»? Hoy, unos sesenta años más tarde, los responsables del archivo del Servicio Federal de Seguridad ruso (FSB) suponen que era, «con toda probabilidad», Raoul Wallenberg, indicando con ello que puede que no muriese el 17 de julio. Pero tienen cuidado de envolver sus afirmaciones en un halo de ambigüedad. No están seguros y no se ha establecido nunca ningún hecho. «Es, al menos, más verdad que no verdad», fue el mensaje del archivo del FSB en el otoño de 2011.

¿Protegido, desaparecido o fallecido? La familia de Raoul Wallenberg creía que llevaba mucho tiempo teniendo pruebas suficientes para indicar que Raoul Wallenberg estaba encarcelado en la Unión Soviética. Eso fue también lo que escribió Guy von Dardel en una carta abierta a la prensa norteamericana durante el verano: «Hemos establecido que Raoul Wallenberg está en prisión y que los rusos lo han forzado a trabajar», fueron sus palabras. Pero cuando regresó a Suecia de nuevo a comienzos de agosto, lo reprendieron con dureza en una visita al Ministerio de Asuntos

Exteriores. No había base para una conclusión tan firme, no en el material que había visto el ministerio, le dijeron.

Sin embargo, el asesor del Ministerio de Exteriores también le aseguró que el departamento estaba investigando activamente todas las pistas. Pidió más fotografías de Raoul y quizá una descripción. Guy contestó por carta:

La siguiente descripción corresponde a la última vez que lo vimos, en el verano de 1944: 1,77 m de estatura, ojos marrones, pelo oscuro, calvicie incipiente, barbilla y labio inferior marcadamente definidos, nariz bastante grande. A mi hermano tendía a crecerle fuerte el vello facial, lo que

significa que es posible que lleve barba. Sin rasgos particularmente distintivos como cicatrices, etc. Dientes sanos.

Por fin recibió Andréi Vyshinski el visto bueno para preparar una respuesta para Suecia. El 9 de agosto presentó una sugerencia a Mólotov. Esperaron el regreso del embajador Sohlman de sus vacaciones antes de que Vyshinski enviase un mensaje personal a la Embajada sueca en el palacete Míndovski. La frase más significativa aparecía hacia el final del primer párrafo: «Como resultado de una minuciosa investigación, se ha

establecido que Wallenberg no se encuentra en la Unión Soviética y es desconocido para nosotros».

Vyshinski culpaba a los violentos combates de Budapest. Podía confirmar el mensaje de enero de 1945 en el que se afirmaba que Raoul Wallenberg había sido encontrado, pero después no había huellas de él. No habían podido localizar al oficial que había informado sobre el asunto. No había ningún Wallenberg en los campos de prisioneros de guerra e internamiento. «Solo es posible concluir que Wallenberg, en medio de los combates de la ciudad de Budapest, o bien murió

o bien fue encarcelado por los seguidores de Szálasi», escribió Vyshinski.

Hasta entonces, no había señal del certificado de defunción de Smoltsov. No se puede descartar que se crease más adelante en el tristemente famoso taller profesional de falsificación del Kremlin, donde no habría habido problema en usar, décadas más tarde, papel y tinta que pudiese datarse como de 1947. Pero es también posible que, aunque el certificado fuese genuino, se viese como «no oportuno» en aquel momento y se guardase para el caso de que fuese necesario en el futuro.

Después de dos años y medio, Suecia había recibido, al fin, una respuesta oficial del Gobierno soviético: Raoul Wallenberg no estaba en la Unión Soviética. Tan pronto como llegó la nota de Vyshinski a Estocolmo, un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores llamó a la familia y le leyó el texto completo. El hogar de los Von Dardel se hundió en el desaliento. No podía ser cierto, no si se tenían en cuenta todos los datos de los que disponían. La respuesta era demasiado escueta. Con el escritor Rudolph Philipp, la familia redactó de inmediato un comunicado público en el que se

mencionaban todos los hechos confirmados que contradecían la declaración soviética.

Pero estaban relativamente solos en su crítica a la nota de Vyshinski. En las páginas editoriales de los periódicos suecos, la actitud era que se había alcanzado el final oficial del trágico caso de Raoul Wallenberg. «La nota que el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética envió en respuesta a las pesquisas sobre Raoul Wallenberg satisface por completo el deseo sueco de un comunicado claro del Gobierno soviético, y los suecos lo han recibido, por lo tanto, con aprecio», como expresó el *Stockholms-Tidningen*. El

sentimiento dominante era que había que agradecerlo, aunque todo el mundo hubiese deseado una respuesta distinta.

El interés público se mitigó casi de inmediato. Cuando se completaron los análisis del mensaje soviético, el caso de Raoul Wallenberg desapareció rápidamente de las primeras planas de la prensa sueca. Pero la familia Von Dardel se negaba a abandonar la esperanza. No los impulsaban solo las emociones viscerales. La familia no podía comprender cómo se podía pensar que la nota de Vyshinski probaba que Raoul había muerto. Maj y Fredrik von

Dardel no creían poder dejar el asunto tras una declaración tan débil. Los apoyaban en esto las asociaciones de mujeres que habían organizado la petición a Stalin durante el verano. Al comienzo del otoño celebraron una reunión y decidieron continuar la lucha por Raoul con el nombre de Acción Wallenberg. Se encargó a un comité de investigación la revisión crítica de todos los documentos conocidos en cuanto al caso y de todas las pruebas de que Raoul Wallenberg estaba en la Unión Soviética.

Dicha revisión se completó a finales de octubre. La Acción Wallenberg llegó a la conclusión de que

había pruebas convincentes de que Raoul Wallenberg había estado en la Unión Soviética y vivo «al menos hasta hace un par de meses». Los resultados estallaron en la prensa un instante antes de hundirse en el olvido. La investigación provocó, sin embargo, que Östen Undén invitase a los miembros de la Acción Wallenberg a una reunión.

Resultó ser un encuentro tormentoso. Uno de los miembros del grupo dijo que había tenido una visión mientras trabajaba en la investigación: «Un hombre está en el agua, ahogándose, y en la orilla hay dos caballeros con pantalones de rayas, bien planchados,

que no quieren alargar la mano para ayudar al tipo que se ahoga porque tienen miedo de mojarse la ropa».

Ante esto, el rostro de Undén se volvió carmesí de rabia si hemos de creer las notas que tomó de la reunión la Acción Wallenberg. Se levantó a medias, chillando, taladrando con la mirada al soñador, que se agitó en igual medida:

—Esta supuesta Acción Wallenberg, ¿para qué sirve? Solo para lanzar a la voz pública a un frenesí de emociones —espetó Undén una vez que hubo recobrado algo de dominio sobre sí mismo.

—No estamos lanzando a nadie a ningún frenesí. Basamos nuestra causa en datos y pruebas. Pero no nos haría ningún daño, desde luego, ver en este caso un poco más de emoción por su parte —dijo la presidenta de la Acción Wallenberg, Birgitta Bellander, y continuó—: Damos un peso mayor a las declaraciones de cuatro ciudadanos suecos de toda confianza y prestigio, es decir, de este comité, que a las palabras del representante de un Estado dictatorial que tiene todas las razones del mundo para descargarse, a base de mentiras, de toda responsabilidad.

—¿Pretende la señora Bellander insinuar que Vyshinski miente? — preguntó Undén.

—Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Pero ¡eso es una barbaridad!
¡Una barbaridad!

*CEMENTERIO DE
DONSKOIE, ABRIL DE 2011*

Es casi Pascua y alguien ha colgado, cruzando las puertas de la catedral de cúpulas bulbosas del monasterio de Donskoie, una pancarta amarilla con texto azul: «¡Cristo ha resucitado!».

Los tiempos han cambiado. Durante largos periodos de la época atea de Stalin se usó la catedral medieval como fábrica.

En el verano de 1947, el monasterio de Donskoie, al sur de Moscú, era también la ubicación del único crematorio de la ciudad. Trajeron aquí a miles de víctimas del Terror estalinista. Los cadáveres llegaban de noche en camiones conducidos por oficiales del MGB.

No espero resultados. Los datos que se han presentado hasta ahora no revelan lo que Abakúmov escribió sobre Raoul Wallenberg en su carta personal a Mólotov en julio de 1947. No sabemos si el sueco estaba, en aquel momento, muerto o «desaparecido». Pero ¿y si el informe del Dr. Smoltsov no fue una mentira creada

más tarde? ¿Y si recibió, de verdad, una orden de Abakúmov de «incinerar el cuerpo sin autopsia»?

En ese caso, sería aquí, al crematorio del monasterio de Donskoie, donde habrían traído el cuerpo de Raoul Wallenberg aquella noche.

Si las notas de Smoltsov son ciertas, las cenizas del diplomático sueco habrían ido a parar, probablemente, a una fosa común. En el cementerio de Donskoie hay tres, todas con la inscripción: «Aquí yacen las cenizas de aquellos cuyas familias no las han reclamado». Se podría ver así. La verdad soviética imperante era que Raoul Wallenberg no llegó nunca a estar en el país.

Los pájaros gorjean, hay indicios de primavera. Paseo durante un buen rato entre las filas de altas lápidas. Muchas tienen retratos grabados en la superficie. Entonces veo una zona bordeada de altas píceas. Enormes lápidas rodean, impresionantes, la estatua de una mujer arrodillada. He encontrado el lugar. La fosa común número tres: «A la memoria de las víctimas de las represiones políticas entre 1945 y 1953».

Rosas rojas y blancas frescas cubren la nieve medio derretida. Las lápidas homenajean a ciudadanos alemanes y austríacos, soldados japoneses y miembros del Comité Antifascista Judío de Stalin.

Junto a la entrada veo listas de nombres plastificadas. Me doy cuenta de que representan solo una pequeña proporción de los fallecidos, pero no puedo evitar buscar la «B» rusa de Вáллиенберг, Рауль (Wallenberg, Raoul). Las páginas están húmedas. Mi corazón late insistente mientras recorro con el dedo la línea, aunque ya sé la respuesta. Por supuesto, no hay ningún Raoul Wallenberg.

UN SUECO Y UN MURO SOVIÉTICO QUE DERRIBAR

Per Anger había seguido el drama en torno a Raoul Wallenberg desde la distancia durante los dos primeros años. Poco después del final de la guerra le

habían ofrecido el cargo de enviado en El Cairo y había partido con su creciente familia y sus pertenencias en un contenedor marítimo. Había creído que sería bueno dejar Suecia de nuevo. A Per Anger le había resultado difícil aclimatarse al entorno protegido del Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo tras sus experiencias en la Budapest de la guerra. Albergaba muchos recuerdos difíciles, pero en casa, en el pacífico Estocolmo, muy pocos sabían de qué estaba hablando.

Ya en el verano de 1945, Per Anger se había convencido de que Raoul Wallenberg estaba encarcelado en la Unión Soviética. Pero nadie había

querido escucharlo cuando exponía sus argumentos. No había cambiado de opinión al regresar de El Cairo en 1948, así que aceptó con cierta reticencia su nueva misión en el Ministerio de Exteriores. «Se ocupará del caso de Raoul Wallenberg», declaró Sven Grafström.

Resultó no ser una tarea fácil. Se hacía cargo de ella seis meses después de la respuesta de la Unión Soviética de agosto de 1947, a la que habían bautizado «la nota Vyshinski». Después se había hecho el silencio en el caso. El Ministerio de Exteriores continuaba investigando las huellas y señales que no dejaban de llegar, para acabar en un

callejón sin salida tras otro. Pero era una operación limitada. Sería faltar a la verdad decir que incitaba a grado alguno de implicación por parte de los altos cargos del ministerio, y en Moscú nada se hacía. «Daba casi la impresión de que Undén quería creer la respuesta de Vyshinski de que Wallenberg no estaba en suelo ruso», escribiría más tarde Per Anger en su libro sobre Raoul Wallenberg.

La frustración de Anger no dejaba de aumentar. La imagen de lo que había sucedido se iba enturbiando. Parecía haber un flujo incesante de mitómanos pensando en Raoul Wallenberg. Gente rara escribía afirmando con gran

convicción haber visto a Raoul en Checoslovaquia, Kiev o muriendo en el sur de Polonia. Y entonces, un tribunal de primera instancia húngaro, sin la menor prueba, confirmó a finales del otoño de 1948 que el diplomático sueco había sido asesinado por los nazis en enero de 1945. Fue una chapuza monumental.

El propio Per Anger estaba convencido de que Vyshinski mentía. Era en la Unión Soviética donde había que buscar. Con la terquedad de una mula, intentó persuadir de sus dudas al Gobierno, pero, después de dos años deprimentes como administrador del caso de Raoul Wallenberg, en el otoño

de 1950 estaba a punto de rendirse. Desde el comienzo había sentido una mayor solidaridad con los escépticos de la Acción Wallenberg y la familia de Raoul, a la que conocía personalmente. Hasta aquel momento había aconsejado a Maj y Fredrik von Dardel que evitasen la publicidad y permitiesen al Ministerio de Exteriores trabajar calladamente. Pero ¿con qué fin?

Entonces llegó una oportunidad. Al final de aquel otoño se le permitió acompañar a Östen Undén a una reunión de ministros de Exteriores en Noruega. El ministro Undén, que había sabido por sus colegas que Anger tenía opiniones fundadas sobre el caso, lo invitó a su

compartimento del tren y le preguntó su opinión sobre lo que le había sucedido a Raoul Wallenberg. Per Anger lo contó todo desde el principio, la operación de Wallenberg en Budapest y su idea de lo que había pasado después. Dejó claro que creía «total y absolutamente» que Raoul seguía prisionero en la Unión Soviética. Dijo que Suecia tendría que asumir una postura más firme, puesto que era el único idioma que entendían los rusos. Anger le recordó que Suiza, al igual que Italia y Dinamarca, había conseguido sacar a ciudadanos encarcelados mediante intercambios. ¿Quizá pudiese Suecia utilizar también

dicha táctica? «El Gobierno sueco no participa en semejantes acciones», contestó Undén.

Era una actitud que Per Anger no podía aprobar. En enero de 1951, el diplomático, que tenía entonces treinta y siete años, se dirigió al jefe de la división política y dimitió de su cargo.

Hubo varias razones tras la drástica decisión de Per Anger. Hacia finales de 1950, tanto la familia de Raoul como la Acción Wallenberg estaban hartas. Durante tres años, para aumentar las posibilidades de éxito del Ministerio de Exteriores, se habían abstenido de

cualquier actividad mediática; había sido en vano. No tenían intención de seguir esperando. El mundo merecía saber lo mal que había llevado el ministerio el caso del diplomático desaparecido, el hijo de Maj von Dardel. Por eso preparaban varios reportajes para la prensa.

Per Anger decidió no seguir aconsejándoles discreción. Se dio cuenta de que no podía imaginarse contestar en nombre del Ministerio de Exteriores cuando la familia elevase sus críticas. Eligió seguir sus propias convicciones.

Maj y Fredrik von Dardel habían pasado unos años horribles. Después de la nota Vyshinski de agosto de 1947, se había hecho un silencio inquietante, incluso en su círculo social personal. La gente hacía todo lo posible por evitar el contacto. Cuando la familia continuó manteniendo que Raoul Wallenberg había sido encarcelado en la Unión Soviética, se recibió como un ataque a la élite sueca. En los círculos sociales, las protestas de la familia eran incómodas y discordantes, nada que uno quisiera en reuniones de buen gusto.

Hubo menos invitaciones. Maj y Fredrik von Dardel se fueron aislando y se dedicaron por completo a luchar por

su hijo. «Todo el mundo desapareció. Ya no teníamos amigos —recuerda su hija Nina Lagergren—. La gente parecía pensar que lo que Raoul había hecho era innecesario, que solo era culpa suya, dado que se había puesto él solito en la situación. Así que mamá y papá debían soportar una carga enorme. Su dolor debió de ser incomparable.»

Desde 1948, la familia había intentado hacer lo que les decían y mantenerse en silencio. Al mismo tiempo, entre bambalinas, habían continuado haciendo todo lo que podían para avanzar, o al menos no quedarse atrás. Sentían que era extremadamente importante comentar, o intentar borrar,

cualquier afirmación de que Raoul estaba muerto, de forma que no cuajase y se convirtiese en realidad. Lucharon contra estatuas y monumentos conmemorativos. A veces encontraron ayuda inesperada. En abril de 1949, la primera estatua en conmemoración de Raoul Wallenberg estaba lista para ser descubierta en el parque Szent István de Budapest. Pero la noche anterior a la ceremonia, el Partido Comunista húngaro consiguió retirarla, probablemente por orden de Moscú. No fue devuelta a su lugar original hasta 1999.

De vez en cuando, los esfuerzos contra las declaraciones de su muerte tomaban una forma drástica. Por ejemplo, una moralmente indignada Birgitta Bellander consiguió, con amenazas y reproches, convencer a un editor de que cortase, en la traducción, el capítulo del primer libro húngaro sobre Raoul Wallenberg en el que su autor, Jenő Lévai, había escrito como si fuera verdad probada que Raoul Wallenberg había muerto en Budapest en 1945.

Las malas relaciones entre el Ministerio de Exteriores y la Acción Wallenberg tenían que ver, en parte, con las afirmaciones de la familia y la

organización. Rudolph Philipp, el autor que se había convertido en una figura fundamental de la lucha por Raoul Wallenberg, se negó a entregar sus pruebas. El ministerio había filtrado antes información sensible sobre nombres que él había proporcionado, sus fuentes habían tenido problemas y él se había vuelto inflexible al respecto. Había que proteger a los testigos del otro lado del telón de acero, mantenía.

La Acción Wallenberg también sentía que las pruebas ya existentes eran más que suficientes para cuestionar las acciones tanto del ministerio como de la Unión Soviética. A esto añadieron el «recibí» original de Dekanózov de

enero de 1945, en el que los rusos declaraban oficialmente que habían tomado a Raoul Wallenberg bajo su protección. También incluyeron el mensaje de madame Kollontái, de febrero de 1945, de que Raoul estaba en la Unión Soviética. Y la información de esta última no había dejado de adquirir solidez. Durante mucho tiempo, la familia creyó que madame Kollontái había transmitido el mensaje solamente a Maj von Dardel, quizá en un momento de compasión. Pero, en octubre de 1948, Nina Lagergren había estado en una fiesta en Roma, en la residencia del antiguo ministro de Exteriores Christian Günther, que era a la sazón embajador

de Suecia en Italia. Ingrid Günther le había dicho entonces que madame Kollontái la había invitado a tomar el té más o menos por la misma época en que la había visitado Maj von Dardel, es decir, en febrero de 1945. La señora Günther reveló a Nina Lagergren que la había llamado porque Kollontái tenía algo en particular que deseaba transmitir.

El mensaje había sido idéntico al que recibió Maj. Kollontái había pedido a Ingrid Günther que trasladase a su marido el mensaje de que Raoul Wallenberg se encontraba, en aquel momento, en la Unión Soviética. Madame Kollontái añadió que lo único

que podía dañar a Wallenberg en esa situación era la acción del Gobierno sueco. «Si mantienen la calma, quizá Wallenberg vuelva algún día», había dicho Kollontái a la esposa del ministro de Exteriores. Esta noticia de Roma fue para la familia Von Dardel como una bomba. De repente, el mensaje de Kollontái tenía un marcado tono oficial. Había sido, después de todo, embajadora de la Unión Soviética en Suecia y había transmitido su mensaje al ministro de Exteriores sueco, aunque hubiese sido a través de un intermediario.

Nina Lagergren pidió a Ingrid Günther que escribiese su recuerdo en una carta, y ella lo hizo, aunque con cierta reticencia, habida cuenta de la promesa de confidencialidad que había dado a Kollontái. Pero ni siquiera esta significativa prueba convenció a los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores. No habían encontrado rastro de la directriz de Kollontái en los archivos del ministerio. «Por supuesto, la Sra. Von Dardel se agarra a un clavo ardiendo para arrojar algo de luz en cuanto al destino de su hijo», escribió el jefe del Departamento de Cuestiones Políticas, casi como disculpa, en su carta sobre el asunto a Günther.

Christian Günther respondió tras un mes que no había considerado el mensaje de Kollontái, puesto que la conversación con su esposa no había indicado ninguna «vía nueva para aclarar el asunto». Esta nueva prueba se añadió, simplemente, a los archivos del caso y, justo como se había acordado, Maj y Fredrik von Dardel se habían abstenido de comentarla.

Ahora la situación difería. A comienzos de 1951, la familia y la Acción Wallenberg rompieron ese silencio. El mensaje de madame Kollontái a la mujer del ministro de Exteriores en febrero de 1945 se convirtió en primera plana cuando la

Acción Wallenberg comenzó su considerable ofensiva en los medios en enero y febrero de 1951. La revista *Vecko-Journalen* publicó un facsímil de la carta de Ingrid Günther, lo que enseguida resucitó el debate sobre Raoul Wallenberg. Ya no se consideraba una certeza que Vyshinski hubiese dicho la verdad al afirmar que los rusos no habían encontrado huellas de Raoul Wallenberg en la Unión Soviética. Y ¿qué había estado haciendo el Gobierno sueco? ¿No había el propio ministro de Exteriores permitido que cayese en el olvido una de las pruebas más importantes de que Raoul estaba vivo?

Rudolph Philipp siguió la exclusiva con un artículo de prensa en el que observaba que el Gobierno sueco no había pedido, en los últimos seis años, ni una sola vez formalmente que la Unión Soviética devolviese a Raoul Wallenberg a Suecia. Algunos periódicos escribieron que no podían creer que esto fuese cierto. Era evidente que el Gobierno debía de haber pedido su vuelta, sería absurdo pensar lo contrario. Muchos manifestaron su apoyo cuando el comité Wallenberg pidió, en un comunicado público, que se diese por fin ese paso.

Pero, como todas las tormentas mediáticas, incluso esta acabó por amainar, y casi nada cambió. No hubo nuevas solicitudes a la Unión Soviética. En el debate parlamentario que siguió, el ministro de Exteriores aseguró, sorprendentemente, que en los años anteriores los rumores de que Wallenberg había fallecido no habían influido en modo alguno en el ministerio. Incluso llegó a decir que este había trabajado partiendo de la suposición de que Raoul Wallenberg podía seguir vivo.

Llegado este punto, el ministro de Exteriores se vio interrumpido por un grito airado de la galería: «¡Eso no es

cierto!»).

Una noche de otoño de 1951 sonó el teléfono en el hogar de los Von Dardel. La llamada era de la esposa de un general polaco que vivía a las afueras de Estocolmo. Tenía noticias sensacionales. Dijo que había recibido una carta de una amiga polaca que había estado en una fiesta en Roma (el segundo cóctel romano de esta historia). Su amiga había conocido a un agregado cultural italiano al que habían liberado en un intercambio tras seis años en una prisión soviética. Se trataba de Claudio de Mohr. En la carta, su amiga había

escrito que De Mohr le había contado que había estado en una celda vecina a la de Raoul Wallenberg en la prisión de Lefórtovo y en contacto con él mediante golpecitos en la pared casi a diario.

Esta información provocó fuertes sentimientos en la familia Von Dardel. ¿Podía ser realmente cierto? Encargaron a Guy von Dardel que viajase a Roma y se enfrentase a este testigo inesperado. A comienzos de diciembre de 1952, el hermanastro de Raoul Wallenberg conoció al solemne diplomático de cincuenta y un años, cuyo rostro arrugado aún lucía huellas de su largo encarcelamiento, aunque había pasado más de un año desde su liberación. Guy

von Dardel sintió una afinidad inmediata con él. Claudio de Mohr podía recordar tantos detalles sobre su hermano que lo que decía tenía que ser cierto. El italiano prometió viajar a Estocolmo y contar su historia si era necesario para liberar a Raoul. «No tiene que agradecerme. Para mí, su vuelta sería la mayor de las satisfacciones, y la mayor de las alegrías ayudar a devolver la sonrisa a los labios de una madre», añadió el poético De Mohr en una carta posterior.

Pero hizo hincapié en la necesidad de discreción. Ni una palabra a nadie, y menos a la prensa, aconsejó. Moscú no

debía sospechar nada. «Conozco a esa gente y son capaces de cualquier cosa», advirtió.

Un satisfecho y esperanzado Guy regresó a casa. Traía consigo dos testimonios firmados. De Mohr era el mejor testigo hasta la fecha, prueba clara de que Raoul había estado recluido en una prisión soviética. Si no era entonces, el Ministerio de Exteriores no actuaría nunca.

En el Ministerio de Exteriores, el nuevo año había traído un significativo cambio de plantilla en lo referido al caso Wallenberg. El recién nombrado

subsecretario Arne S. Lundberg llegó con una actitud mucho más comprometida con el tema, y enseguida duplicó el personal entre bastidores.

Una de las primeras cosas que hizo Arne Lundberg fue designar un grupo especial de trabajo para tratar el caso Wallenberg de forma más sistemática, que incluiría al inspector Otto Danielsson, de la Säpo.

Arne Lundberg se tomó la nueva información de Italia muy en serio, aun cuando la familia Von Dardel permitió que la comunicase el volátil e impetuoso Rudolph Philipp. Lundberg incluso estuvo de acuerdo en firmar un acuerdo de confidencialidad. Se pidió al

inspector Otto Danielsson que se preparase para viajar a Roma al cabo de unos días, y Lundberg no pudo por menos que dejar que Philipp lo acompañase. Se respetaron las instrucciones de Claudio de Mohr en cuanto a la mayor de las discreciones. El viaje se emprendió de forma encubierta y ni siquiera la Embajada sueca en Roma estaba totalmente informada.

Pero la precaución carecía de sentido, pues el secreto se había revelado. El mismo día de su partida, la revista *Vecko-Journalen* pudo publicar un facsímil del testimonio «del diplomático italiano», aunque no decía

cómo se llamaba. Esto atrajo una enorme atención, por supuesto, y los periodistas suecos en Roma no tuvieron problema alguno en localizar al diplomático, retratarlo y revelar su nombre. Tomaron a Claudio de Mohr totalmente por sorpresa. Se afligió ante la inesperada revelación, que había arruinado quizá las oportunidades de salvar a Raoul Wallenberg. Es posible preguntarse lo que habría pensado el diplomático italiano si le hubiesen dicho que fue alguien del círculo íntimo, Rudolph Philipp, quien había vendido la información a *Vecko-Journalen* antes de volar a Roma. «La verdad es que, si sigue vivo, Wallenberg tiene motivos

para rogar a Dios que lo proteja de sus amigos», escribió un periódico en el reportaje subsiguiente.

Para la familia de Raoul Wallenberg, los incontables actos de Rudolph Philipp se estaban convirtiendo en un problema. Pero ¿qué podían hacer? El autor austríaco era uno de los pocos que se habían comprometido en el caso de su hijo y hermano desaparecido. Y había tenido razón en muchas cosas.

Desde octubre de 1951 había gobernado Suecia una coalición entre los socialdemócratas y la Bondeförbundet («Liga de los Agricultores»). Los

asuntos exteriores estaban aún en las firmes manos de Östen Undén, socialdemócrata de fuertes principios.

Undén tenía una concepción firme de la situación mundial. En su opinión, había sido sobre todo Occidente el culpable del empeoramiento de las relaciones entre las superpotencias. Era la política expansionista de Estados Unidos la que había obligado a la Unión Soviética a atrincherarse y reforzar su dominio en Europa Oriental.

La respuesta de Suecia era mantenerse al margen del conflicto. El país debía practicar «el no alineamiento en tiempos de paz, aspirando a la neutralidad en la guerra». Esta actitud se

había demostrado ya al formarse la OTAN en 1949, a la que se habían unido los países vecinos, Dinamarca y Noruega, pero no Suecia. Y en la guerra de Corea, que estaba entonces en curso, Suecia se había abstenido en las Naciones Unidas cuando el Bloque Occidental había presionado para sancionar a China.

El año anterior, de hecho, Suecia había actuado también con firmeza en relación con la Unión Soviética. En el otoño de 1951 se había averiguado que un suboficial de la Marina sueca era espía soviético y se lo había condenado

a cadena perpetua. ¿Se atrevería Suecia a hacer algo más, entonces, en el caso de Raoul Wallenberg?

El inspector de Policía Otto Danielsson y los demás miembros del grupo especial de Lundberg para el caso de Raoul Wallenberg habían hecho una clara valoración. Habían entrevistado a otros ex prisioneros italianos y, una vez reunidos todos los materiales existentes, contaban con demasiados testigos que corroboraban independientemente la información para hacer caso omiso de ella. Todos los datos apuntaban en una dirección clara: Moscú.

Arne Lundberg visitó a la familia Von Dardel. Después del análisis del grupo, había comenzado a trabajar en un nuevo requerimiento diplomático, más duro, a la Unión Soviética, y deseaba consultar con la familia de Raoul para asegurarse de que estaban dispuestos a correr los riesgos que supondría su táctica. Nadie sabía cómo reaccionarían los rusos si Suecia retomaba un caso que la Unión Soviética había despachado con tanta vehemencia en 1947. Si Wallenberg estaba vivo, puede que le hiciesen daño.

La familia estaba dispuesta a correr el riesgo. Alabaron a Lundberg por aportar una actitud tan positiva y

enérgica al caso. Esta vez, Lundberg incluso había conseguido, inesperadamente, que el propio ministro aprobase el plan.

Tres días más tarde, el 11 de febrero de 1952, el ministro de Exteriores Östen Undén convocó discretamente al embajador soviético Rodiónov al ministerio. La prensa no estaba informada sobre la nueva táctica sueca, puesto que parte de la estrategia era ofrecer a los rusos la posibilidad de devolver a Raoul Wallenberg sin desprestigio. Undén planteó el asunto directamente. Armado con la convincente prueba italiana, sus palabras disponían ahora de un poder

completamente nuevo. Entregó su documento, en el que explicaba que disponían de varias fuentes que confirmaban que, desde 1945, Raoul Wallenberg había estado «detenido en Moscú».

Por primera vez en siete años, se utilizaba la formulación adecuada. No había más ruegos ni rodeos nerviosos en torno al tema. Por primera vez, el Gobierno sueco se plantó y presentó a la Unión Soviética una solicitud formal de devolución del diplomático preso Raoul Wallenberg. «Añadí que había inspeccionado personalmente el material

más importante y que no podía dudar de su autenticidad», escribió Undén en un memorándum interno posterior.

Rodiónov replicó que, por supuesto, enviaría el mensaje al Ministerio de Asuntos Exteriores en Moscú, pero que la respuesta soviética de 1947 había sido tan categórica que no creía que el nuevo material sueco pudiese alterar nada. Encontraba muy difícil imaginar que Wallenberg estuviese en una prisión o un campo de prisioneros de guerra sin que lo hubiesen encontrado. «Puede que lo hayan condenado por algo y encerrado con delincuentes habituales», sugirió el primer ministro sueco.

En Moscú, Iósif Stalin había continuado barajando sus cartas. Viacheslav Mólotov había caído en desgracia unos años antes y lo había sustituido el hombre que firmó la nota soviética sobre Raoul Wallenberg en agosto de 1947, Andréi Vyshinski. Indirectamente, la nueva estratagema de Undén significaba, por tanto, que el Gobierno sueco cuestionaba la integridad del ministro de Asuntos Exteriores en activo de la Unión Soviética.

Aunque Mólotov no había desaparecido por completo de los pasillos del poder, había perdido su cargo ministerial y ya no lo invitaban a las cenas tardías de Stalin en su dacha,

donde se tomaban tantas decisiones políticas importantes. Stalin había dicho que sospechaba que Mólotov era «un agente imperialista americano». Un par de años antes, la mujer de Mólotov, Polina, había sido arrestada durante la ola de Terror estalinista contra la intelectualidad judía soviética.

No se sabe cómo reaccionó Andréi Vyshinski, en un principio, a la solicitud de repatriación sueca. Pero el 26 de febrero de 1952, uno de sus viceministros, el joven Andréi Gromýko, envió una carta sobre Raoul Wallenberg al MGB. Gromýko

preguntaba si había razón para cambiar su respuesta a los suecos en cuanto a Wallenberg.

Incluso allí, en la Lubianka, Stalin había hecho algunos cambios. Víktor Abakúmov había sido detenido el verano anterior, sospechoso de colaborar en uno de los muchos complots judeoamericanos que el paranoico y cada vez más enfermizo dictador veía a su alrededor. Fue el sustituto de Abakúmov, el nuevo ministro de Seguridad Semión Ignátiev, quien tuvo que responder al Ministerio de Exteriores, y lo hizo al cabo de unos días. No, el MGB no creía que «fuese útil en forma alguna modificar la

naturaleza de la respuesta que los suecos habían recibido en cuanto a Wallenberg».

En lo sucesivo se hizo cargo de la cuestión el propio Vyshinski. ¿Qué debían hacer? ¿Qué debían decir a los suecos? Vyshinski se dirigió directamente a Iósif Stalin. En marzo de 1952 escribió un memorándum secreto al generalísimo en el que le presentaba la nueva situación. El ministro de Exteriores estaba claramente irritado. Aun cuando él había explicado oficialmente que Raoul Wallenberg no se encontraba en suelo soviético, y aunque un tribunal húngaro había establecido que Raoul Wallenberg había

muerto a manos de los nazis, los suecos volvían a pedir la repatriación del diplomático sueco. «Esto se hace a la vista de material, sobre el que mantendrá el control el Gobierno sueco, que indica que Wallenberg está en la URSS», observaba. Vyshinski mencionó que los suecos habían hecho hincapié en que la cuestión era importante para ellos y que un desenlace feliz reforzaría las relaciones entre Suecia y la Unión Soviética.

Pero Vyshinski no se permitió amilanarse. En su memorándum rechazaba la gestión diplomática sueca como campaña reaccionaria y escribía que el Ministerio de Exteriores

compartía la opinión del MGB de que no era «útil» cambiar la postura soviética.

En el clima de la Guerra Fría de comienzos de los años cincuenta, gélido a más no poder, la Unión Soviética consideraba que la Suecia neutral como potencia internacional era, si bien no intrascendente, sí relativamente poco fiable. Se había oído decir a Stalin hacía poco que veía a Suecia «como un enemigo si sucedía algo» y, en la Embajada soviética en Estocolmo, los informes se referían al país como «miembro secreto» de la OTAN. Los

rusos tampoco habían ocultado que veían con sospecha la creciente cooperación entre los países escandinavos, ejemplificada en el recién formado Consejo Nórdico. Tanto Noruega como Dinamarca eran, por supuesto, miembros de la OTAN.

Al mismo tiempo, los líderes soviéticos no podían ignorar el hecho de que la existencia de un Estado neutral tan próximo había pasado a ser mucho más importante tras el estallido de la guerra de Corea. En el Ministerio de Asuntos Exteriores de Moscú había memorandos sobre cómo se podía aumentar la presencia social y cultural soviética en Suecia. Se consideraba

importante, tanto para obtener una mejor idea del aspecto real que tenía la cooperación sueca con Occidente como para conseguir que el pueblo sueco se diese cuenta de que era igualmente importante gestionar sus relaciones con el gigante que tenía al este.

Pero, durante la primavera de 1952, fue otra, más negativa, la presencia soviética que caracterizó las relaciones suecorrusas. Un nuevo escándalo de espionaje, el llamado asunto Enbom, había salido a la luz a comienzos de año. Siete suecos con simpatías comunistas habían entregado durante una década información sobre las fortificaciones defensivas suecas a la

Embajada soviética en Estocolmo. Durante el verano, seis de ellos fueron condenados a diversos periodos de prisión.

Las relaciones entre los dos países estaban, por tanto, ya algo tirantes cuando la nueva respuesta soviética sobre Raoul Wallenberg llegó, por fin, a mediados de abril. Era breve, apenas unas líneas, y se la entregaron a Rolf Sohlman en Moscú. Los rusos no habían permitido que la nueva información de los diplomáticos italianos los asustase. En la respuesta solo se observaba que el mensaje anterior de Vyshinski seguía teniendo validez y que las autoridades

soviéticas «no poseían información adicional alguna sobre el destino de Raoul Wallenberg».

Pero esta vez Suecia no tenía intención de dar marcha atrás. Las pruebas eran tan convincentes que era imposible dejar el caso de lado. En el Ministerio de Asuntos Exteriores se discutían ya ideas sobre un enfoque más duro.

Al contrario que el asunto de espionaje que dominó los periódicos durante la primavera, la investigación sobre Wallenberg se llevó a distancia segura de periodistas curiosos.

El viernes 23 de mayo de 1952, el ministro de Exteriores, Östen Undén, volvió a convocar a Rodiónov, el embajador soviético, y le entregó la nueva solicitud sueca. Esta vez, el tono de Undén fue más insistente que en febrero. Recordó a Rodiónov el obstáculo que las llamativas historias de espías representaban para las relaciones suecosoviéticas y observó que estas solo podían deteriorarse «de forma lamentable» si el caso de Raoul Wallenberg no alcanzaba «una conclusión satisfactoria».

El Gobierno sueco expresó gran asombro ante la respuesta soviética de abril. En lo que se refería a las

circunstancias en torno a la desaparición de Wallenberg en enero de 1945, no podía «haber, en absoluto, dudas de que las autoridades soviéticas se habían hecho cargo de su custodia». ¿Cómo podía la Unión Soviética mantener que no sabía nada de él? No, Suecia repitió de forma enfática su exigencia de que la Unión Soviética devolviese al diplomático sueco que, evidentemente, había encarcelado. Lo menos que se podía pedir era que los rusos se tomaran las pesquisas suecas en serio y comenzasen una minuciosa investigación propia.

La petición se había planificado como ataque conjunto en Estocolmo y Moscú para subrayar su seriedad. El lunes, Sohlman repitió el nuevo requerimiento diplomático sueco en una reunión en Moscú con Zorin, uno de los viceministros de Exteriores. La petición moscovita dio pie, según formuló diplomáticamente el sueco, a «una conversación de tres cuartos de hora, en parte muy animada». Lo que, traducido, significaba que Zorin montó en cólera y lanzó un contraataque. Culpó a Suecia de destrozar sus relaciones con los soviéticos. Las acusaciones no parecían tener fin. Zorin afirmó saber que el Ministerio de Exteriores estaba tras las

campañas mediáticas antisoviéticas en Suecia. ¿Cómo podía ser de otra forma cuando estaba claro que los datos en relación con el caso Wallenberg, que solo conocía el ministerio, se habían filtrado a los medios? Y, hablando de asuntos de espías, continuó Zorin, las «autoridades soviéticas tenían en sus manos información muy completa sobre una campaña de espionaje sueca dirigida contra la Unión Soviética».

Se separaron con animadversión.

Dejando a un lado este contraataque, el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético tomó en serio las nuevas

exigencias suecas en el caso Wallenberg. La cuestión fue gestionada al más alto nivel, una vez más, por Andréi Vyshinski. Se encargó a un funcionario de la División Escandinava que repasase todo el material y preparase un informe de varias páginas sobre el caso Wallenberg. Luego Vyshinski se dirigió una vez más a Stalin para esbozar la postura soviética en la cuestión. Era la segunda vez en solo un par de meses que el ministro de Exteriores molestaba al dictador con una discusión sobre el diplomático sueco. ¿Cómo podía responder la Unión Soviética esta vez?

Podemos deducir de las acciones de Vyshinski en la época que estaba preocupado. Las recurrentes preguntas de Suecia sobre el diplomático desaparecido eran, tal y como él lo veía, un ejemplo de hostilidad antisoviética, nada más. Expuso su opinión en el análisis de la situación que presentó a Stalin el 10 de junio de 1952. El ministro de Exteriores repitió que «fuerzas reaccionarias suecas en la cuestión del destino de Wallenberg habían instigado una amplia campaña de naturaleza hostil hacia la URSS». Mencionó que incluso personalidades estadounidenses, como el secretario de

Comercio Henry Wallace y el premio Nobel Albert Einstein, se habían implicado en la campaña.

El airado Vyshinski había tomado una decisión. La Unión Soviética debía ignorar el nuevo documento sueco. En su informe a Stalin escribió que el Ministerio de Exteriores no pensaba que fuese «útil» responder a la nueva nota de Suecia en forma alguna. Suecia había recibido la respuesta que importaba, tanto en agosto de 1947 como luego en abril de 1952.

Otra consecuencia del humor imperante entre los dos países se dio solo tres días más tarde. La mañana del 13 de junio de 1952, un avión militar

sueco sin armas, un DC-3, desapareció durante una misión de reconocimiento en el mar Báltico. Durante las búsquedas resultantes, otro avión militar sueco, un Catalina, fue derribado por un caza soviético. La tripulación del Catalina consiguió hacer un aterrizaje de emergencia y los cinco tripulantes sobrevivieron. No se encontró con vida a ninguno de los ocho ocupantes del DC-3.

Una comisión sueca de investigación del accidente estableció, durante el verano, que un avión soviético había derribado ambos aviones. Pero la Unión Soviética negó toda implicación en la desaparición del

DC-3 y continuaría haciéndolo hasta 1991. Defendió el incidente con el Catalina, sin embargo, argumentando que el avión había violado el espacio aéreo soviético.

El DC-3 desaparecido era uno de los aviones que, según un acuerdo secreto entre Suecia y Estados Unidos, volaba con equipo de reconocimiento norteamericano a bordo. Suecia no mencionó, por supuesto, la misión secreta en el comentario oficial. Se dijo que el avión volaba en misión de entrenamiento de navegación. Los restos no se encontraron hasta 2004.

El ministro de Exteriores, Andréi Vyshinski, debía de estar francamente cansado de que le recordasen el caso de Raoul Wallenberg. Hay varios indicios de que decidió entonces actuar para silenciar a los suecos de una vez por todas.

Como los demás bolcheviques ascendidos por Stalin, Vyshinski tenía un pasado sangriento. Había sido fiscal del Estado durante los «simulacros judiciales» de Stalin en los años treinta, en que «los enemigos de la revolución» eran acusados y condenados por crímenes que todos los presentes sabían que no habían cometido. «La confesión es la reina de las pruebas», era el lema

legal de Vyshinski, que se había convertido en un maestro arrancando confesiones adecuadas.

Quizá podía encontrar algo en la antigua caja de herramientas ahora que el lenguaje diplomático parecía no ser suficiente. Según la escritora húngara Mária Ember, fue muy probablemente Vyshinski quien, en esta fase, tramó la idea de un juicio en Hungría contra el «asesino» de Wallenberg. Mária Ember sugiere que el razonamiento de Vyshinski podría haber sido el siguiente: «Es preciso un punto de inflexión para que el ambiente imperialista hostil no pueda seguir llamando a nuestra puerta preguntando por un diplomático sueco.

Debemos probar al mundo que la Unión Soviética siempre ha dicho la verdad sobre este caso».

Hacia finales del verano de 1952 comenzó en Hungría un juicio público por el «asesinato» del diplomático sueco Raoul Wallenberg. La Policía secreta húngara, la ÁVH, vinculada con Moscú, detuvo al antiguo asociado de Wallenberg en la Cruz Flechada, el coordinador de la Policía Pál Szalai, y lo llevó a su temida «Casa del Terror», en la elegante avenida Andrásy de Budapest, la misma casa que la Cruz Flechada había utilizado para torturar durante la guerra. Según Ember, que ha basado su relato en una entrevista con

Szalai, este fue sometido a palizas y amenazas de muerte para «refrescarle la memoria». La Policía secreta húngara lo acosó preguntándole por su contacto con la CIA y lo que sabía del asesinato de Raoul Wallenberg.

No estuvo claro de inmediato qué debía recordar mediante la tortura. Durante un tiempo, la ÁVH, dirigida por los soviéticos, había estado planificando acusar a la Cruz Flechada del asesinato de Raoul Wallenberg. Pero al final decidieron culpar a varios judíos de Budapest, para relacionarlo con los juicios contra judíos que en aquel

momento se estaban llevando a cabo tanto en la Unión Soviética como en Hungría.

Pál Szalai fue maltratado, por tanto, para recordar que un día de enero de 1945 había acudido a la antigua Embajada estadounidense en Budapest (entonces, la legación suiza) y encontró el cadáver de Raoul Wallenberg en el sótano. Lo torturaron para que recordara que había visto a dos distinguidos miembros del Consejo Judío de Budapest, Lajos Stöckler y Miksa Domonkos, junto al cuerpo de Wallenberg, y que cada uno tenía en la mano un «arma del delito».

Los preparativos para el juicio público se completaron con las detenciones de Stöckler y Domonkos varios meses más tarde. Los acusaron del asesinato de Raoul Wallenberg y de ser espías norteamericanos. El antiguo colega de Wallenberg, el especialista en máquinas de escribir Károly Szabó, también fue detenido por la Policía secreta y torturado para utilizarlo como testigo.

La preparación del gran juicio a los asesinos de Raoul Wallenberg había finalizado ya cuando murió Iósif Stalin a comienzos de marzo de 1953. Después, el juicio se pospuso y acabó por ser sigilosamente olvidado.

En Estocolmo, Maj y Fredrik von Dardel tenían muchos otros relatos creativos sobre la muerte de su hijo que combatir. Pero eran inquebrantables. Mientras no surgiesen pruebas concretas del fallecimiento, había que dar por sentado que seguía vivo.

Les fue difícil superar el revés que siguió a los insistentes esfuerzos primaverales del Gobierno en 1952. Estaban contentos de que el Ministerio de Asuntos Exteriores hubiese llegado, tras siete años de dudas, a compartir su creencia de que Raoul había sido encarcelado por los rusos. Quizá podían encontrar también cierta satisfacción en el hecho de que Suecia había pedido por

fin formalmente el regreso de su hijo. Pero ¿qué importaba todo? Hasta la fecha, dichos esfuerzos no habían dado ningún resultado.

Maj y Fredrik von Dardel no tenían alternativa. Debían seguir luchando. Fredrik von Dardel había cumplido ya los sesenta y siete años y, tras retirarse de su cargo como director ejecutivo del Hospital Karolinska, podía dedicar más tiempo al caso de Raoul, cuando no estaba sumergido en libros de historia o pintando sus acuarelas.

A Maj, que tenía seis años menos, le costaba dejar pasar un día sin decir o hacer nada por Raoul. Intentó distraerse ideando un flujo continuo de tareas

prácticas: cosía para parientes cercanos o lejanos, hacía mermelada, retapizaba muebles, fabricaba otros nuevos, trepaba escaleras de mano y ponía estanterías. Maj lloraba a menudo, pero no perdía su sentido del humor. Podía pasar abruptamente de la carcajada a las lágrimas cuando la familia se juntaba.

En el otoño de 1952, Fredrik von Dardel comenzó un diario. El viernes 24 de octubre se sentó a su escritorio en el apartamento de Sveavägen y, con su caligrafía regular, resumió lo que había pasado.

«Hoy hace treinta y cuatro años que nos casamos Maj y yo. Tengo todos los motivos del mundo para dar gracias por

el día de nuestra boda y por la compañera que recibí para toda la vida, y a quien espero conservar siempre», comenzó. También escribió sobre el insistente nubarrón que para toda la familia era el dolor por el destino de su hijastro: «Las muchas decepciones amargas que hemos experimentado durante este tiempo han oscurecido nuestra vida, en especial la de Maj, y han exacerbado la melancolía a la que es propensa».

El revés había sido doloroso, pero un aspecto importante de la situación no obstante, había, mejorado para la

familia. Ya no se cuestionaba su lucha. El Ministerio de Exteriores había despachado varios recordatorios a su homólogo soviético durante el otoño de 1952, aunque ninguno había recibido respuesta.

Al mismo tiempo, podían filtrarse rumores de fuentes del ministerio que herían profundamente a la familia. Una de las mujeres involucradas en la Acción Wallenberg se reunió con varios funcionarios que afirmaban que Raoul Wallenberg se mantenía deliberadamente apartado, pues no se atrevía a volver a Suecia por temor a represalias por su

falta de ética profesional. Después de todo, Wallenberg había emitido pasaportes protegidos a nazis, decían.

Para la familia estaba comenzando a parecer que cada paso adelante iba seguido de un paso atrás de igual tamaño. En un momento dado, todo estaba claro, había pruebas y casi sonaba como si se pudiese esperar que Raoul volviese al cabo de un par de semanas. Y luego, el tiempo pasaba sin que sucediese nada significativo. Incluso el proceso de hablar con diplomáticos resultaba difícil de llevar a cabo. Había que esperar al momento adecuado, a la gente adecuada y a la forma de

comunicación adecuada. No dejaban de posponerse recordatorios y consultas, por un motivo u otro.

Arne Lundberg se ponía en contacto con ellos de vez en cuando. Anunciaba alegremente nuevas pistas prometedoras, para recordar a continuación que había que hacer alguna otra cosa antes de poder usarlas. Siempre había en trámite requerimientos diplomáticos de redacción brusca, que nunca parecían sacar nada en claro. Y se volvía a hacer el silencio. Ni siquiera la muerte de Iósif Stalin en marzo de 1953 parecía haber desencadenado ningún intento serio de devolver a Raoul a su hogar.

En repetidas ocasiones, la familia intentó conseguir la ayuda de los parientes influyentes de Raoul en la rama Wallenberg, aunque sin éxito. Birgitta Bellander, de la Acción Wallenberg, había escrito varias veces a Jacob y Marcus Wallenberg para solicitar una reunión y discutir la campaña a favor del hijo de su primo, Raoul Wallenberg. La falta de implicación de estos familiares hacía sufrir a Maj y Fredrik. No podían entender aquel silencio, que les produjo décadas de frustración.

¿Por qué se había mantenido la familia Wallenberg tan evidentemente ausente de las campañas a favor de

Raoul Wallenberg durante tantos años? Según Peter, hijo de Marcus Wallenberg, la explicación es sencilla: «A menudo oíamos que la familia nunca había hecho nada. Pero es que Maj von Dardel había pedido explícitamente a Jacob y Marcus que no hiciesen nada, puesto que podían poner en peligro la vida de Raoul. Esa era la razón que argumentaba mi padre —recordaría más tarde Peter Wallenberg—. Se daba también el caso de que Jacob y Marcus tenían mucho que ver con el Gobierno. Era difícil imaginar que no estuviesen completamente informados. Pero, puesto

que era un asunto de Estado, deben de haber pedido a los hermanos que no hablasen de él, pues era muy delicado».

Rudolph Philipp era uno de los pocos a los que podía recurrir la familia Von Dardel. Fredrik veía la situación con cierta preocupación. El impredecible Philipp se creaba enemigos por doquier y estaban empezando a comprender por qué. Podía llamar a los Von Dardel gritando que había perdido su capacidad de sustento por ellos, aunque le pagaban todo lo bien que podían por sus esfuerzos. Además, había adquirido el mal hábito de llamar a los funcionarios del Ministerio de Exteriores en plena noche

si creía que estaba justificado. «Philipp está comenzando a ser un problema de difícil solución», anotó Fredrik von Dardel en su diario.

Al mismo tiempo, seguía siendo su gran esperanza. Cuando el resto del mundo se apartó de los excesos de Philipp, Fredrik y Maj se mantuvieron a su lado. Eligieron ver las críticas al temperamental escritor como otra expresión de la renuencia sueca a hacer algo por Raoul.

En el otoño de 1954 volvió a parecer como si la situación estuviese a punto de desatascarse. Durante el verano, el

ministro de Exteriores Undén había provocado a la familia Von Dardel viajando a la Unión Soviética «de vacaciones». Pero el polémico viaje había incluido, en realidad, también reuniones oficiales, entre ellas una con el viceministro de Exteriores soviético. En dicha reunión, Undén repitió la petición de repatriación de Raoul Wallenberg, y entonces creyó poder entender una nueva respuesta. Esta vez no hubo referencia a la nota de 1947. Por el contrario, se le dijo que la Unión Soviética examinaría el nuevo material que Suecia decía tener en su poder.

Parece que incluso Jacob Wallenberg había comenzado en secreto a actuar en favor de Raoul. «Creyó que podía comunicarse con los rusos sobre el asunto a través de hombres de negocios», como se articuló la iniciativa en un informe interno de la Policía secreta en 1954. Estos sigilosos contactos serían establecidos en parte por un comerciante sueco que viajaba a Europa Oriental, y en parte por un comandante retirado de la sede del Ministerio de Defensa. En informes de la Policía secreta se decía que la «familia Wallenberg estaba dispuesta a hacer grandes sacrificios para garantizar la recuperación de Raoul». Maj y

Fredrik von Dardel no parecen haber sabido nada de esto. La iniciativa de Jacob Wallenberg no tuvo éxito, pero prueba que también esta rama de la familia tenía, hasta cierto punto, voluntad de actuar.

Durante el verano, el corpus de pruebas sueco había mejorado radicalmente. Rudolph Philipp había conseguido localizar a un prisionero de guerra alemán recientemente liberado, Erhard Hille, de quien varias personas decían que tenía noticias sobre Raoul Wallenberg provenientes de la prisión de Lefórtovo. Philipp había viajado a Berlín en julio para conocer a Hille, que había compartido celda con el chófer de

Raoul, Langfelder, y que por tanto sabía bastante sobre él. Lo que Hille relató se correspondía en gran medida con el testimonio de Claudio de Mohr. Las piezas del puzle seguían encajando.

Así las cosas, el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco revisó todos los testimonios posibles e imposibles. Surgieron seis testigos creíbles que corroboraban de forma independiente la teoría de que Raoul Wallenberg había sido encarcelado en una prisión soviética. Se decidió que debían poner manos a la obra, una vez más, para reunir todos los datos en una nueva misiva a los rusos. El memorándum que Rolf Sohlman entregó en el Ministerio

de Asuntos Exteriores de Moscú en el otoño de 1954 era adusto y pareció surtir efecto. El Ministerio de Exteriores soviético envió una nueva carta al Ministerio de Seguridad, que para entonces había cambiado su nombre a KGB. En aquella correspondencia interna no hubo pelos en la lengua. El Ministerio de Exteriores pedía al KGB directamente que dijese «dónde y en qué circunstancias había muerto Raoul Wallenberg».

Algo se movió entre bastidores en Moscú, aunque no lo suficiente. La maquinaria comunista produjo el mismo mensaje gastado a los suecos: no había rastro de Wallenberg. Casi resultaba

posible oír el profundo suspiro que se debió de dar tanto en el Ministerio de Exteriores como en el hogar de los Von Dardel. No parecía importar en absoluto cuántas veces presionase Suecia, cuántos datos pudiese poner sobre la mesa. Al final, era casi ridículo.

—¿Qué debería pensar? Sé que Wallenberg lleva años en la Unión Soviética —dijo Arne Lundberg al embajador soviético en Estocolmo, Konstantín Rodiónov, en marzo de 1955.

—Solo puedo decirle que no hay rastro de él —contestó el embajador.

Como otras veces, las convencidas declaraciones oficiales llegaron acompañadas de una «respuesta» más

indirecta. Apenas había pasado una semana de la reunión de Lundberg con Rodiónov en marzo cuando el antiguo enviado sueco en Budapest, Ivan Danielsson, recibió una carta del conde Mijaíl Tolstói-Kutúzov, uno de los dos intérpretes rusos que habían trabajado en la legación sueca durante el otoño de 1944. Tolstói-Kutúzov había despertado ya las sospechas de los suecos de Budapest por su extraño comportamiento. Ahora vivía en Dublín y, por alguna razón, deseaba informar al retirado Ivan Danielsson sobre su búsqueda de Raoul Wallenberg.

Tolstói-Kutúzov escribió a Danielsson que había estado buscando a Wallenberg durante cuatro años, solo para llegar a la conclusión de que había sido asesinado en enero de 1945, muy probablemente por la Cruz Flechada. No llevó muchos meses a Arne Lundberg reunir pruebas de que Tolstói-Kutúzov era un agente soviético enviado para silenciar a los suecos. A la familia de Wallenberg, Lundberg le dijo que estaba seguro de que había sido Tolstói-Kutúzov quien había traicionado a Raoul.

Más de una década había pasado desde que Raoul Wallenberg había desaparecido, y los suecos nunca habían

estado tan seguros de sí mismos. El muro soviético seguía pareciendo inamovible, pero llegaría el día en que hubiese tantos testigos y las pruebas suecas fuesen tan abrumadoras que ni siquiera la poderosa Unión Soviética pudiera seguir resistiendo.

¿QUÉ PUEDE PASAR POR VERDAD A MEDIAS?

La segunda semana de octubre de 1955, enormes multitudes de parientes expectantes atestaban las calles de la ciudad alemana de Friedland. Sonaban campanas de iglesia y las multitudes vitoreaban la llegada de los primeros

autobuses de prisioneros de guerra alemanes. Había en total 9.000 prisioneros que volvían a casa tras haber pasado diez años en prisiones soviéticas. El canciller de Alemania Occidental, Konrad Adenauer, había conseguido persuadir a los líderes soviéticos de que los liberasen a cambio de unas relaciones normalizadas entre ambos países.

Los familiares llevaban señales caseras con fotos de hombres vestidos de uniforme y hacían preguntas: «¿Quién conoce al teniente Heinz Kruger?»; «¿Ha visto alguien a mi hijo?».

Las noticias de la repatriación no pasaron desapercibidas para el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco. El nuevo encargado del caso Wallenberg, Gunnar Lorentzon, fue enviado a Alemania tan pronto como el Ministerio de Exteriores supo de la esperada llegada de los prisioneros. Iba acompañado de dos ayudantes, uno de ellos policía. Iban a intentar localizar a todos los prisioneros que hubiesen estado en contacto con suecos y preguntarles por Raoul Wallenberg.

Debía ser una gestión sigilosa. Habían proporcionado a Lorentzon una acreditación falsa como representante de la Cruz Roja sueca, puesto que solo se

permitiría a funcionarios de dicha organización el acceso al campo de llegada de prisioneros alemanes. A la Cruz Roja y a la prensa mundial, habría que añadir. En Friedland, el equipo del Ministerio de Exteriores tendría que competir con reporteros mucho más audaces y emprendedores. La Associated Press tenía quince hombres en el lugar, que asediaron los autobuses nada más llegar: «¿Ha visto alguien a un sueco llamado Wallenberg?», gritaban los reporteros. Al bajar Ernst Wallenstein de su autobús, dijo que sí, y los periodistas se lo llevaron de inmediato. Wallenstein había estado en una celda cercana a la de Wallenberg en

la prisión de Lefórtovo. No lo dejaron volver al campo de Friedland hasta que la agencia de prensa hubo conseguido entrevistarlo y telegrafiar los detalles de su testimonio por todo el mundo. Un periódico vespertino sueco también andaba moviéndose entre la multitud y sacó varios artículos en los primeros días.

A pesar de todo, Lorentzon y sus dos ayudantes tuvieron éxito en su misión. Tras años de tropezar con los rastros de fantaseadores varios, sentían que, por fin, se aclaraba la bruma. Ya en la primera semana, identificaron a varios de los reclusos más cercanos a Raoul Wallenberg, que tuvieron tiempo

de dar información importante a los suecos antes de que los arrastrasen sus respectivas familias. Gustav Richter pudo contar apresuradamente que había sido compañero de celda de Raoul Wallenberg en la Lubianka durante un mes a comienzos de 1945. Raoul tenía buen ánimo, comentó Richter a Lorentzon, y calificó a su compañero de celda sueco de persona «muy divertida». El alemán pudo transmitir, asimismo, que Raoul había sido acusado de espionaje.

Lorentzon y sus colegas también conocieron a Bernhard Rensinghoff, que había estado en el piso de debajo del de Raoul en la prisión de Lefórtovo y había

golpeado en el techo mensajes para él y Willy Rödel. Rensinghoff no podía entender, al principio, las preguntas de los suecos sobre Wallenberg. Le llevó un tiempo comprender que este no había regresado aún. Estaba convencido de que el sueco había sido liberado ya.

Los suecos entrevistaron a dos presos más y pudieron informar a Suecia de que Raoul Wallenberg había sido acusado de espionaje y de que había sabido por los interrogadores que la Unión Soviética consideraba la pasividad sueca en su caso una clara prueba de culpabilidad.

A Maj y Fredrik von Dardel los despertaron en su casa reporteros de los periódicos vespertinos que competían por ser los primeros en publicar sus fantásticas historias. Los periódicos se llenaron de relatos de testigos que estaban lejos de ser verdad. Al principio, fue duro para ellos. «Personas que antes veíamos apenas como siluetas en el sombrío mundo de la prisión aparecen ahora en carne y hueso», escribió Fredrik en su diario. Regresó la esperanza. Ahora más que nunca había suficientes pruebas para exigir el regreso de Raoul. Al mismo tiempo, les dolía oír que la lasitud del Ministerio de Exteriores parecía haber complicado la

situación de su hijo.

En una reunión con Östen Undén a finales de octubre de 1955, Maj von Dardel no pudo reprimir sus emociones. Explicó lo mal que sentía que la había tratado el ministerio a lo largo de los años y que eso le daba derecho a exigir que hiciesen todo lo posible por liberar a Raoul. «En Alemania hubo unos pocos que trabajaron para lograr que muchos volviesen a casa, y lo consiguieron. Aquí en Suecia parece que muchos trabajan ahora, pero no han conseguido traer a una sola persona que está en prisión», dijo Maj von Dardel.

El primer ministro Tage Erlander tenía programada desde hacía mucho una visita oficial a Moscú durante la Pascua de 1956. Iba a ser un viaje histórico: la primera visita de un primer ministro a la Unión Soviética. Su compañero de coalición, el líder de la Bondeförbundet, Gunnar Hedlund, iba a acompañarlo. Se esperaba que el gran avance en el caso Wallenberg fuese inminente.

Erlander y Hedlund iban a viajar a una Unión Soviética que, desde la muerte de Stalin, era un país distinto en muchos sentidos. Después de una lucha de poder de varios meses en 1953, Nikita Jruschov había conseguido el cargo de primer secretario del Comité

Central del Partido Comunista: el líder de la Unión Soviética. Viacheslav Mólotov había vuelto a trepar al podio en los días posteriores a la muerte de Stalin en marzo de 1953 y era de nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Había pedido para su cumpleaños que su esposa fuese liberada, y se lo habían concedido.

Los nuevos dirigentes no habían dejado descansar a los verdugos. Durante los tres años que habían pasado desde la muerte de Stalin, varios personajes centrales del caso Wallenberg habían perdido la vida. Abakúmov había sido ejecutado en diciembre de 1954, paradójicamente

tras pasar varios años como el «prisionero especial 15» en la prisión de Lubianka. A su predecesor y rival, Beria, lo habían destituido un año antes. La subsiguiente ejecución de Beria fue un destino compartido por todos sus colegas más cercanos, incluido el ex viceministro de Exteriores Dekanózov.

Hasta el propio maestro de la intriga, Andréi Vyshinski, había fallecido, y según se dice, bastante inesperadamente. Marginado tras la muerte de Stalin, lo habían transferido a las Naciones Unidas en Nueva York, donde murió de repente una mañana de noviembre de 1954, a los setenta y un años de edad, como consecuencia de

«trastornos cardiovasculares graves». Su mujer opinaba otra cosa. «¡Lo han asesinado!», exclamó junto a su cadáver. Puede que se equivocase. Al contrario que otros, Vyshinski fue honrado con un funeral de Estado en Moscú, al que asistieron tanto Mólotov como Jruschov, aunque en la Unión Soviética esto no fuese garantía de haber tenido una muerte natural.

En la época de la visita sueca de 1956, el nuevo jefe de Estado soviético, Jruschov, tenía sesenta y dos años. Procedía de una familia campesina pobre de Ucrania, carecía de formación y se lo había conocido principalmente como experto agrícola. Jruschov daba

una impresión simpática y ligeramente provinciana, aunque en este caso las apariencias engañaban. Compensaba sus orígenes sencillos y su falta de educación formal con una capacidad casi desbordante para trabajar y socializar. Al mismo tiempo, las cálidas atenciones sociales que prodigaba no podían ocultar el hecho de que había estado muy implicado en el sangriento Terror estalinista. Era un hombre de muchos ángulos. «Listo aunque no inteligente», era la evaluación del entonces embajador británico.

La invitación al primer ministro sueco coincidió con cierto deshielo tanto en el ámbito soviético como en el

internacional. A finales de febrero de 1956, Jruschov se había distanciado de forma vehemente del brutal periodo estalinista en su histórico «discurso secreto» en el XX Congreso del Partido. Durante cuatro horas había asombrado a los participantes denunciando una lista de los crímenes de Stalin contra el pueblo: tortura, terror, matanzas, poder absoluto y culto a la personalidad. Secreto o no, pasaron el discurso a funcionarios superiores del Partido durante la primavera y lo leyeron en voz alta en reuniones del Partido por todo el país.

Este giro de los acontecimientos provocó un amplio cambio mental en la Unión Soviética. Miles de prisioneros políticos que habían estado en campos desde los años del Terror de la década de 1930 comenzaron a aparecer en las calles de Moscú y otras ciudades. Pronto casi todos habían sido liberados, y los ejecutados fueron «rehabilitados».

Tage Erlander no sabía, por supuesto, nada de esto cuando se preparaba para su viaje a Moscú. Pero las circunstancias no podían haber sido

mejores para la iniciativa más seria hasta entonces en cuanto al caso de Raoul Wallenberg.

Los suecos habían recogido su sólida colección de pruebas en un informe que se iba a presentar en el curso del viaje. En él había datos que los rusos no podrían desestimar. Los suecos tenían, para entonces, los números de celda que había ocupado Raoul en las prisiones de Lubianka y Lefórtovo. Tenían los nombres de los interrogadores. Y tenían todos aquellos testimonios convincentes y detallados de prisioneros de guerra alemanes y austríacos liberados. Incluso habían pedido a dos jueces independientes del

Tribunal Supremo que evaluaran el expediente y habían incluido sus declaraciones. Ambos jueces habían concluido que «no había duda de que Raoul Wallenberg [...] ha sido prisionero en la Unión Soviética y el material citado es prueba concluyente de ello según la ley sueca».

Östen Undén había intentado prepararse para el éxito sugiriendo una línea de defensa adecuada al embajador soviético. La Unión Soviética podía, por ejemplo, culpar del arresto de Wallenberg al asesino en masa Beria, propuso el ministro de Exteriores: «Ustedes mismos han condenado el régimen de Beria. Beria [...] persiguió a

ciudadanos soviéticos inocentes. Podrían confesar que era capaz de hacer lo mismo con extranjeros».

El sábado de la semana anterior al viaje de Erlander, Maj y Fredrik von Dardel se reunieron con él. Ambos pensaron que Erlander parecía alarmantemente ignorante del caso de su hijo, pero se abstuvieron de mencionarlo.

Maj y Fredrik habían preparado una carta para Raoul, que pidieron a Erlander que entregase a su hijo de cuarenta y tres años entonces, si lo liberaban. El primer ministro prometió hacerlo.

La había escrito Fredrik. Estaba fechada el 24 de marzo de 1956 y comenzaba:

Querido, adorado Raoul nuestro: Tras muchos años de tristeza y añoranza sin fin, hemos llegado al punto en que nuestro jefe de Estado, el primer ministro Erlander, y el ministro Hedlund van a viajar a Moscú para conseguir, por fin, que te permitan regresar a casa. Ojalá tengan éxito y ojalá pueda terminar tu sufrimiento. Nunca hemos abandonado la esperanza de que volveríamos a verte, aunque, para gran pesar nuestro, todos nuestros esfuerzos por ponernos en contacto contigo han fracasado hasta ahora.

Maj y Fredrik contaban a su hijo desaparecido todos los esfuerzos que habían hecho para recuperarlo y hablaban de aquellos compañeros de prisión suyos que habían dado testimonio. Lo advertían sobre los periodistas que acompañaban a los ministros: «Te pedimos que no les permitas entrevistarte. Deberías decir que has de informar primero al Ministerio de Asuntos Exteriores y también que necesitas descansar y recuperarte».

Luego lo ponían al día sobre sus hermanos Guy y Nina, que ya tenían varios niños. Guy se había mudado hacía poco a Suiza, con su familia, por

un puesto como físico nuclear en la recién creada Organización Europea de Investigación Nuclear, CERN.

«Hay una habitación esperándote aquí, para cuando regreses con el primer ministro —escribieron Maj y Fredrik a Raoul—. Debes entender lo mucho que hemos anhelado todos este día en que tu sufrimiento y el nuestro llegasen a su fin y pudiésemos vivir de nuevo juntos como en los días felices de antaño. Tu siempre amorosa madre y tu afectuoso y devoto padre.»

El avión de Scandinavian Airlines que había fletado el Gobierno sueco para el viaje despegó el Jueves Santo. El ministro de Exteriores Mólotov y el primer ministro Nikolái Bulganin formaban el comité de bienvenida en el aeropuerto a las afueras de Moscú. Desde el avión se dijo que parecían champiñones, allí de pie, uno junto al otro, sobre la nieve medio derretida, más bien retacos y con sendos sombreros redondos. Por cierto, Bulganin había sido el hombre que había preparado la orden de arresto de Raoul Wallenberg el 17 de enero de 1945.

Las negociaciones comenzaron el viernes, poco antes del almuerzo, con un joven Olof Palme haciendo de secretario en la sala de conferencias del Kremlin. El primer ministro acometió el caso Wallenberg tras los intercambios de cortesía y explicó que los suecos disponían de material convincente que presentar. Bulganin, que seguramente no había olvidado su orden de arresto, adoptó de inmediato un tono desdeñoso: «No podemos entender por qué consideran necesario retomar esta cuestión [...]. No tenemos nada que añadir».

Cuando Erlander insistió en que los rusos debían revisar las nuevas pruebas, Jruschov intervino para dar su opinión del estado de la cuestión entre los dos países: «Nuestras relaciones tienen muy buenas perspectivas mientras ustedes no pretendan repetir el ataque a Poltava», declaró el líder soviético sutilmente. Jruschov explicó que él tampoco podía entender por qué volvía a surgir siempre el caso Wallenberg: «Les hemos contado todo con total sinceridad. Como ofrecí una vez en conversación con Sohlman, ¿tengo que declarar en nombre de Dios que digo la verdad? No quiero herir sus sentimientos, pero tenemos la sensación de que puede haber motivos de política

interna tras todo esto. La política interna

es asunto suyo, pero no es razón para colocarnos a nosotros en esta postura embarazosa», dijo.

Tage Erlander le aseguró que Suecia no deseaba una nueva Poltava. Pero el asunto Wallenberg era una molestia en las relaciones entre los dos países que debía aclararse en la medida de lo posible. Erlander subrayó que Suecia retomaba el caso Wallenberg para fortalecer, no debilitar, las relaciones. Y el punto que discutían era, después de todo, tan sencillo como respetar y revisar las nuevas pruebas que los suecos habían llevado consigo.

Por fin, Jruschov consintió. Se decidió que Mólotov echaría un primer vistazo a las nuevas pruebas junto con Hedlund. «Si pudiese ayudar a nuestras relaciones, no dudaría siquiera en cometer un robo para entregarles a Wallenberg», dijo el más bien vivaz Jruschov.

En una de las últimas reuniones llegó la garantía final de los anfitriones soviéticos. Bulganin explicó al primer ministro sueco que, si Wallenberg hubiese estado detenido en Rusia, lo «habrían presentado en bandeja» encantados. Sabían lo mucho que deseaban los suecos recuperarlo.

Tage Erlander no trajo a Raoul Wallenberg de vuelta a casa con Maj y Fredrik von Dardel. Lo único que el sueco consiguió fue una promesa de los dirigentes soviéticos de revisar minuciosamente las pruebas suecas. La Unión Soviética también había prometido que, si resultaba que Wallenberg estaba en el país, «le permitirían, obviamente, regresar a casa».

Aun antes de que el primer ministro sueco hubiese salido del país, Mólotov informó sobre las nuevas pruebas suecas al Comité Central. El órgano de más

nivel del partido dio al KGB dos semanas para revisar el nuevo material y sugerir una respuesta. Cuando la revisión hubo finalizado, el presidente del KGB, Iván Serov, pidió una reunión con Mólotov. Juntos, los hombres escribieron un memorándum para el Comité Central del Partido, con su conclusión y la forma que creían que debía adoptar la estrategia soviética.

Los suecos tenían razón, concluyeron Mólotov y Serov sin evasivas. Informaron al Comité Central de que los testimonios de prisioneros de guerra alemanes «coinciden más o

menos con las circunstancias reales en torno al arresto y la reclusión de Wallenberg en la URSS».

Así que, después de once años de mentiras deliberadas, admitían la verdad de una vez por todas, al menos internamente.

Mólotov y Serov recomendaron retrasar la revelación de este hecho a los suecos. En otoño habría elecciones parlamentarias en Suecia y, para no hacer el juego de las fuerzas reaccionarias de la derecha, lo más adecuado era esperar. Había varias formas de retrasar el proceso. Mólotov y Serov habían dado ya forma a un plan: a comienzos de mayo, la Embajada

soviética en Estocolmo pediría al Ministerio de Exteriores que enviase material adicional en forma de fotografías y una descripción de Raoul Wallenberg. Así podrían dar la impresión de una investigación ambiciosa y exhaustiva. Durante el verano, la Embajada en Estocolmo podría mantener a los suecos ocupados con referencias a interrogatorios e investigaciones intensivos. Unos dos o tres meses después de las elecciones, sería buen momento para soltar la bomba, creían.

Escribieron incluso una propuesta de cómo expresar la respuesta final. En aquel momento, en abril de 1956,

Mólotov y Serov creían que la Unión Soviética debía culpar al ejecutado Abakúmov, que había arrestado a Wallenberg «de forma contraria al derecho». Podían escribir que la investigación soviética había demostrado que Raoul había muerto en la enfermería de la prisión de Lefórtovo (!) en julio de 1947 y que su cuerpo había sido incinerado. También podían culpar a Abakúmov de haber destruido todos los documentos sobre Wallenberg.

El Comité Central adoptó la estrategia y la siguió en gran parte. Solo se alterarían el lugar y la explicación de lo que le había pasado a Raoul Wallenberg. Un oficial del KGB al que

implicaron en el proceso dijo al Grupo de Trabajo Sueco-Ruso en la década de 1990 que, en 1956, le encargaron la tarea de repasar los registros de la enfermería de la prisión de Lefórtovo, entre otros. Tenía que averiguar si Raoul Wallenberg había sufrido alguna enfermedad. Pero todo lo que encontró era secundario, que Raoul se había quejado ocasionalmente de un dolor de muelas o un resfriado. Cuando pidieron a los oficiales que encontrasen una supuesta causa de la muerte, eligieron «neumonía». Según otro oficial del KGB, el trabajo se deslizó hacia la

invención de una versión para los suecos que «pudiese pasar por verdad a medias».

La estrategia soviética funcionó mucho mejor de lo esperado. Los suecos picaron el anzuelo. La familia estuvo encantada con la inesperada petición de la Embajada soviética en Estocolmo de fotografías y una descripción de Raoul a principios de mayo. Parecía serio, un tono distinto del de antes. «Era, al menos, la primera vez que había una reacción por su parte», como escribió Guy von Dardel a sus padres en una carta desde Suiza.

Las elecciones parlamentarias suecas de 1956 fueron un gran éxito para el Partido Conservador. Los socialdemócratas sufrieron su primera derrota desde 1946, pero consiguieron aferrarse al poder gracias a la coalición con la Bondeförbundet, lo que significaba, desde un punto de vista soviético, que la amenaza de un cambio de poder «reaccionario» había sido neutralizada. Y eso quería decir, a su vez, que era hora de que Moscú diese la respuesta final sobre Raoul Wallenberg.

En octubre se presentó una nueva propuesta al Comité Central. La idea, esta vez, era culpar de las dificultades para encontrar a Raoul Wallenberg al

hecho de que lo habían encarcelado con otro nombre. Según esta nueva versión, Abakúmov había ocultado asimismo deliberadamente la verdad al Ministerio de Asuntos Exteriores. La idea era escribir a los suecos que solo entonces, tras la investigación, sabían los rusos que Raoul Wallenberg había estado recluido en la prisión de Lefórtovo, donde había muerto. De repente, había también una fecha de la muerte, el 17 de julio de 1947. La propuesta fue rechazada. «No es respuesta suficiente», anotó a mano el ministro de Exteriores en el memorándum.

Se prepararon nuevos borradores de respuesta. Según una fuente del KGB a la que se entrevistó más tarde, los líderes soviéticos tuvieron problemas para decidir cómo debían articular el mensaje. Los rusos no sabían cuánto sabían los suecos. Incluso intentaron utilizar contactos informales para averiguar cómo le gustaría al bando sueco que fuese la respuesta.

Pero en enero de 1957 surgió un marco para la «verdad a medias» que estaban buscando. Por primera vez en los círculos oficiales rusos se mencionó el certificado de defunción de Raoul Wallenberg, firmado por el médico jefe de la Lubianka, Smoltsov.

La Unión Soviética construyó toda su respuesta alrededor de este único documento, escrito a mano.

El telegrama de la Embajada en Moscú llegó al Ministerio de Asuntos Exteriores el miércoles 6 de febrero de 1957 por la mañana. Se citaba apresuradamente a Rolf Sohlman para ver a Andréi Gromýko, el nuevo ministro de Exteriores, a las tres de la tarde. Sin especificar razón alguna.

A la hora señalada, Rolf Sohlman acudió al Ministerio de Exteriores soviético, que había sido trasladado de su sede junto a la Lubianka a uno de los

siete nuevos rascacielos moscovitas que llamaban «las alturas de Stalin». Era lo que había pensado. Gromýko quería entregarle la respuesta soviética en cuanto a Raoul Wallenberg.

Las investigaciones habían sido muy exhaustivas, aseguró Gromýko al embajador sueco: «Hemos examinado minuciosamente un grandísimo número de documentos de archivo».

El mensaje soviético era breve y solo contenía dos páginas mecanografiadas. Afirmaba que las autoridades soviéticas habían revisado todos los registros de prisión y también habían interrogado a gran número de individuos, sin que surgiesen datos que

indicasen la presencia de Raoul Wallenberg en la Unión Soviética. Ninguno de los interrogados sabía nada de él.

Hubo una única excepción, aseguraban los rusos en su respuesta. En ciertas instituciones habían ampliado la búsqueda para incluir todos los archivos existentes, no solo los registros carcelarios. En la sección de enfermería de la prisión de Lubianka habían encontrado entonces una carta manuscrita sobre Raoul Wallenberg. Estaba dirigida al exministro de Seguridad Abakúmov y firmada por el médico jefe de la prisión de Lubianka,

Smoltsov. La carta era el único rastro que existía del sueco, afirmaban los soviéticos.

A Sohlman nunca le mostraron el certificado de defunción original de Smoltsov. Los rusos lo citaban en su totalidad, y el embajador sueco quedó satisfecho. Regresó a la Embajada y, solo una hora más tarde, envió a Estocolmo una traducción del que denominarían «memorándum Gromýko».

La lectura resultó devastadora, incluso para los aguerridos veteranos del Ministerio de Exteriores. Los líderes soviéticos habían llegado a la conclusión de que Raoul Wallenberg había muerto de un infarto en julio de

1947. Hacían al famosamente brutal Víktor Abakúmov responsable del hecho de que Wallenberg hubiese sido encarcelado y de la información incorrecta transmitida durante todos esos años. Y añadían que Abakúmov había sido fusilado, por todos sus crímenes, un par de años antes. Sohlman incluyó también en su traducción las excusas que presentaban los rusos como conclusión: «El Gobierno soviético ofrece sus sinceras condolencias sobre lo que se ha sabido y expresa su más sincero pésame al Gobierno sueco y a la familia de Raoul Wallenberg».

A Fredrik y Maj von Dardel no los informaron hasta el día siguiente. Los llamaron al Ministerio de Exteriores, donde Östen Undén dio a cada uno una copia de la respuesta soviética. Leyeron meneando la cabeza. No era posible que nadie fuese a creer aquello, ¿verdad?

Tal como lo veían, los rusos se habían facilitado las cosas. Habían presentado un único documento. Y casaba sospechosamente bien con la colección de pruebas suecas, que en aquel momento no llegaban más allá de 1947. Fredrik y Maj preguntaron si el propio Undén creía la respuesta, y sacaron en claro que así era.

«El certificado de defunción corrobora nuestras pruebas —afirmó con satisfacción si hemos de creer la entrada del diario de Fredrik von Dardel—. Y los rusos no tienen razón para no enviar a Raoul a casa si sigue vivo.»

Los padres de Raoul Wallenberg recibieron con profundo recelo la afirmación del Ministerio de Asuntos Exteriores de que Suecia, a pesar de esto, no tenía previsto cerrar el caso, que continuaría exigiendo información más detallada. Maj murmuró algo sobre que Suecia no era aún «un Estado satélite» y Östen Undén pareció ofendido. «Dijo que tenía otra reunión,

tras lo cual me fui sin estrecharle la mano a aquel tarugo», anotó Fredrik en su diario.

Cuando el ministro de Exteriores informó, después, a Gustavo VI Adolfo, Undén notó que el rey parecía «casi aliviado por la respuesta. Nunca había creído que W. estuviese vivo». La reacción inmediata del primer ministro, Tage Erlander, fue parecida: «Decepcionante, pero, a pesar de ello, aceptable —escribió en su diario sobre la noticia—. Es extraño que nuestro juicio se pueda ver tan profundamente afectado por su destino. Hemos experimentado tantas tragedias y tantos otros ejemplos de cómo la fuerza bruta

se ha creído capaz de derribar a un individuo». La mayor parte de los periódicos suecos también aceptaron la confirmación de la muerte. Se llenaron páginas con largas descripciones en honor de las acciones de Raoul Wallenberg y comentarios como «el largo periodo de espera se disuelve en un instante de dolor».

El subsecretario cesante Arne S. Lundberg, el hombre que seis años antes había revitalizado las investigaciones suecas, no estaba convencido de que se hubiese dicho la última palabra. En un análisis titulado «Peculiaridades de la respuesta rusa», aireó sus sospechas de que el llamado Informe Smoltsov era

falso. El papel manuscrito que, al parecer, se había encontrado por accidente contenía exactamente lo que el bando ruso precisaba para apaciguar a los suecos: «Es una coincidencia notable que una sola prueba sea tan concluyente», observaba Lundberg de forma crítica. Y ¿era realmente creíble que los investigadores soviéticos no hubiesen conseguido descubrir ningún otro documento y ni un solo testigo que hubiese conocido a Wallenberg, aunque había estado claramente encerrado en aquel país durante dos años y medio?

Puede que la respuesta más probable fuese que Raoul estaba muerto, decía Lundberg. Pero tampoco debía

descartarse la idea de que los rusos hubiesen ofrecido aquella respuesta porque lo habían perdido o porque estaba en muy mal estado.

Algunas de las dudas de Arne Lundberg fueron recogidas en la reacción sueca oficial a la Unión Soviética alrededor de una semana más tarde: «El Gobierno sueco encuentra difícil de creer que cualquier otra documentación referente a la estancia de Wallenberg en las prisiones soviéticas [...] haya sido totalmente destruida».

Poco después, el Ministerio de Asuntos Exteriores publicó un libro blanco con los documentos y testimonios más importantes de los ya doce años de

historia del caso de Raoul Wallenberg. Hasta un niño habría podido mencionar todas las preguntas centrales que habían quedado sin respuesta en la nota soviética. La preocupación en el Kremlin por una nueva ola de antisovietismo sueco no carecía de justificación. Independientemente de cómo se percibiese la confirmación de la muerte, casi todas las voces significativas de la vida sueca mostraron un creciente desprecio por la Unión Soviética y el trato horrible del país hacia un diplomático y héroe de guerra sueco.

Al otro lado del Atlántico, la CIA seguía las evoluciones suecas del caso Wallenberg con interés. Desde 1951, la oficina de la CIA en Estocolmo había tenido un conocimiento relativamente amplio de la investigación del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre Raoul Wallenberg. Disponían de una red de agentes atentos y bien situados que, con nombres en clave, informaban sobre lo que estaba pasando en la búsqueda del diplomático sueco. Los conocidos como TIEBARS en el lenguaje de la CIA eran «personal de la Agencia de Defensa sueca», según informes desclasificados posteriormente.

Por lo general, dichos agentes se encontraban en las proximidades inmediatas de la llamada Oficina T, que era el nombre del servicio de inteligencia de la Agencia de Defensa sueca de la época. Pero la definición de TIEBAR era más amplia. De uno de los informantes suecos habituales de la CIA en las cuestiones sobre Wallenberg, TIEBAR/20, se decía en telegramas que trabajaba para el Ministerio de Exteriores en el caso Wallenberg. Había sido uno de los que habían pasado varios meses en Alemania durante el otoño de 1955 para entrevistar a prisioneros de guerra y era, obviamente, parte de los círculos más íntimos del

ministerio.

En diciembre de 1956, este agente se había reunido con la CIA en un piso franco en Estocolmo. Allí el sueco había dicho que creía que tenía pruebas que indicaban que Wallenberg seguía vivo aún en 1949. El agente estaba bien informado sobre las discusiones internas del Ministerio de Exteriores y fue, en aquella ocasión, bastante hablador. TIEBAR/20 censuró al embajador sueco Sohlman y dijo de él que era prosoviético, para continuar mencionando rumores del ministerio según los cuales se iban a librar de Sohlman enviándolo a las Naciones Unidas en Nueva York. También reveló

que el Gobierno sueco planeaba publicar pronto su libro blanco sobre el caso.

No era sorprendente que el caso de Raoul Wallenberg interesase a la CIA. En aquella época, los representantes de la CIA en Estocolmo habían percibido los acercamientos soviéticos a Suecia con preocupación. Se habían organizado un mayor número de intercambios culturales suecosoviéticos, más visitas oficiales y varias reuniones importantes. Estos acercamientos parecían parte del plan de Jruschov de crear una zona neutral prosoviética entre los bloques Oriental y Occidental. Los representantes de la CIA en Estocolmo

recibieron el encargo de hacer frente a esto, de fortalecer los sentimientos antisoviéticos que existían y de «despertar al público sueco a la verdadera naturaleza de la amenaza soviética y crear una oposición pública a la Unión Soviética con el fin de valerse de Suecia para su causa».

Gromýko había hecho el juego a los agentes de inteligencia norteamericanos con su turbio memorándum.

El día después de la noticia de la respuesta sueca, el cuartel general de la CIA en Washington recibió un telegrama sobre el caso de Raoul Wallenberg de su estación europea occidental en

Alemania. Debería «aprovecharse al máximo» la historia de Wallenberg al servicio de atizar el fuego de antisovietismo, decía. No debía permitirse a la Unión Soviética salir del paso con la ridícula explicación de que todo había sido culpa de Abakúmov.

El jefe de las operaciones de la CIA en Europa Occidental sugirió un plan de acción para maximizar las reacciones antisoviéticas, sobre todo en Suecia. En la primera fase, el plan A, los contactos de la CIA en «SHUBA-100» (nombre en clave de los rusos anticomunistas exiliados) presionarían a los «suecos» y les recordarían la insultante actitud que los soviéticos

habían tenido hacia Suecia en el caso de Raoul Wallenberg desde 1945. Se debía persuadir a «los suecos» de que el trato ilegal e inhumano a Wallenberg debía cambiar la postura sueca hacia la Unión Soviética. Si no se convencía a «los suecos» con esta táctica, pasarían al plan B. En ese caso, los SHUBA-100 asociados a la CIA encontrarían otro modo de ridiculizar a Suecia por su actitud incomprensible «en cuanto al caso Wallenberg». Como tercera opción, debía convencerse a los medios de comunicación de otros países occidentales de prestar atención a la historia.

La prensa era una herramienta importante en el trabajo de la CIA de alimentar sentimientos antisoviéticos en países como Suecia. Esta clase de influencia se ejercía en el marco de las «operaciones psicológicas y paramilitares» de la organización. Poco antes de las Navidades de 1956, los representantes de la CIA en Estocolmo informaron de una prometedora fuente nueva que podía resultar útil en este ámbito. Habían reclutado a un periodista sueco anónimo para «introducir noticias» de naturaleza antisoviética en la prensa sueca. Según el informe, Raoul Wallenberg era uno de los temas que aquel periodista entusiasta iba a cubrir.

La identidad del periodista sigue siendo secreta. Todo lo que sabemos es que, muy probablemente, no era Rudolph Philipp, quien no necesitaba presión de la CIA para arremeter en la prensa contra el memorándum Gromýko. Y no solo eso. El día después del mensaje soviético, llamó al primer ministro Erlander y lo informó de que estaba en posesión de documentos comprometedores que concernían al miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores que estaba a cargo del caso Wallenberg. Los haría públicos a menos que se nombrase un comité de

investigación para el caso. «Chantaje, en otras palabras», escribía un preocupado Erlander en su diario.

Unas semanas más tarde, Philipp cristalizó su amenaza durante una visita al hombre en cuestión, Arne Lundberg. Dijo que durante muchos años había estado grabando sus conversaciones telefónicas en discos de gramófono, que guardaba en el extranjero. «Todo el mundo comete errores», observó Philipp maliciosamente.

De esta forma, el colérico austríaco consiguió perder la confianza de uno de los pocos en el círculo de Undén que ejercía presión para continuar la lucha en el caso de Raoul Wallenberg.

No se puede descartar la posibilidad de que el enfrentamiento de Philipp con Arne Lundberg de aquel día influyese en la continuación del caso. Al día siguiente de sus amenazas contra Lundberg, el 26 de febrero de 1957, Östen Undén presentó su evaluación final del caso Wallenberg al Consejo de Relaciones Exteriores. El jefe de las operaciones de la CIA en Europa quedó decepcionado por lo que oyó. Suecia no pensaba cambiar su actitud hacia la Unión Soviética a pesar del trato humillante. El plan A de los estadounidenses se había ido al garete ya a finales de febrero.

Para comenzar, Undén afirmó que el mensaje soviético significaba que Raoul Wallenberg estaba muerto. Si surgía algo nuevo que indicase lo contrario, tendría que estudiarse entonces, dijo. «Pero, en mi opinión, no tenemos razón para mantener una riña continua con la Unión Soviética, una vez que hemos dicho lo que teníamos que decir en cuanto a sobre quién recae la responsabilidad. Nuestra propia responsabilidad es desarrollar nuestra relación con los soviéticos. Es una de nuestras tareas de relaciones exteriores más importantes conservar o construir una relación amistosa con los soviéticos en la medida que sea posible sin

sacrificar nuestros valores esenciales. No deberíamos crear la impresión de que la nación sueca está preparada para considerar a la Unión Soviética una potencia hostil», dijo Undén, según las actas de la reunión.

En otras palabras, el ministro de Exteriores había vuelto a la casilla de salida.

*JUNTO A LA LUBIANKA,
ABRIL DE 2011*

Me espera a las 11.00 en la sala de lectura del archivo del FSB. Vasili Jristofórov es el jefe del archivo del servicio de inteligencia ruso y sabe que estoy interesada en los documentos originales sobre Raoul Wallenberg. Se sabe desde hace mucho que el Gobierno soviético mintió en su respuesta de febrero de 1957. Incluso

entonces, el Informe Smoltsov no era el único registro escrito relativo a Raoul Wallenberg en los archivos soviéticos.

Cruzo la plaza de Lubianka llena de expectación y giro a la izquierda nada más pasar la antigua prisión del KGB, la oficina principal del FSB. La sala de lectura está en Kuznetski Most, a solo unos metros del edificio en el que el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético tenía su despacho en la década de 1940. Las palabras «Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa. Se atiende a los ciudadanos a cualquier hora» se leen sobre una puerta que paso caminando.

La puerta a la sala de lectura tiene una mirilla y está acolchada por dentro. En las mesas de madera hay un puñado de individuos curiosos hojeando archivos que han solicitado. Vasili Jristofórov me saluda y me acompaña a un despacho vacío en el que alguien ha dejado tazas y un platito de bombones. Pero no hay documentos. Jristofórov dice que, si presento una solicitud especial, me mostrarán algunos de los originales la próxima vez que vaya.

—No se le permitirá tocarlos, pero se los mostraremos —dice con una mirada aterciopelada.

Nos sentamos uno frente al otro. Jristofórov me explica que el problema con el caso Wallenberg es que falta su

expediente personal. Debería haber una carpeta completa para él en el archivo del FSB, con su ficha de presidiario, la orden de arresto, los informes de interrogatorios, la instrucción, la sentencia y, posiblemente, un certificado de defunción. Era un protocolo obligatorio para cada prisionero en el bien documentado gulag.

—No es que no lo hayamos localizado o que se haya destruido. Nunca existió. Porque, si hubiese existido y lo hubiesen destruido, habríamos encontrado una entrada al respecto en el libro de registro —dice Jristofórov—. En consecuencia, es un caso muy raro, diría que una excepción. Raoul Wallenberg nunca fue acusado, y nunca hubo un juicio. Su caso no existía.

Para otros prisioneros hay casi siempre una acusación. Puede ser más o menos fundada, pero existe.

Jristofórov me cuenta que los documentos relacionados con Raoul Wallenberg que se han descubierto estaban desperdigados por varios expedientes de diversos archivos. No solo han encontrado el Informe Smoltsov, sino también su ficha de ingreso en prisión, así como libros maestros de interrogatorio y prisión con anotaciones del nombre de Raoul Wallenberg. En varios casos, el nombre aparece tachado, lo que es también una medida muy inusual.

—Sigue siendo un misterio para mí por qué la Unión Soviética ocultó información sobre él durante tanto tiempo —dice.

—¿Dónde se encontró el Informe Smoltsov? —pregunto, y Jristofórov se queda en silencio un momento.

—Entre los documentos del archivo — replica sin inflexiones.

Rolf Sohlman nunca pidió ver el original del informe manuscrito del médico de la prisión presentado en febrero de 1957. No hubo examen forense del documento histórico hasta comienzos de la década de 1990. Hoy sabemos que Smoltsov utilizó el «Papel de carta de 100 gramos»^{*} casi cuadrado de la época

estalinista. Escribió ordenadamente el texto principal con pluma y utilizó una tinta de base de violeta de genciana. La nota adicional sobre la orden de incineración de Abakúmov se escribió con una pluma algo más gruesa en azul oscuro. Tinta, papel y pluma eran habituales en la década de 1940, pero podrían haberse utilizado mucho más tarde en el bien equipado taller de falsificaciones del Partido Comunista.

Dos análisis grafológicos independientes —uno ruso y otro sueco— han concluido, sin embargo, que ambos textos del informe fueron escritos, probablemente, por la misma persona. Una comparación con el currículo manuscrito del Dr. Smoltsov también apoya el hecho de

que él fue el autor, en cuyo caso el informe no pudo redactarse en 1957, pues Smoltsov había muerto en 1953.

Pero ¿escribía la verdad? En los últimos años, el archivo del FSB ha expresado públicamente dudas al respecto. Las dudas conciernen al «prisionero n.º 7», quien, según los registros de la prisión de Lubianka, fue interrogado el 22 y el 23 de julio de 1947, varios días después del supuesto fallecimiento de Raoul Wallenberg. En una carta muy publicitada a los investigadores sobre Wallenberg Susanne Berger y Vadim Birstein en 2009, el archivo del FSB escribió que el prisionero n.º 7 «puede referirse, muy probablemente, solo a Raoul Wallenberg».

—Pero no hemos podido probarlo — afirma enfáticamente Jristofórov, y tengo la impresión de que le gustaría retractarse de dicha información.

—Entonces, ¿cuándo y cómo cree usted que murió Raoul Wallenberg? — pregunto.

—Tenemos la versión oficial, la que recoge el Informe Smoltsov —contesta Jristofórov.

—¿Quiere decir que murió de un infarto el 17 de julio de 1947?

—Sí, al menos por ahora.

UN DUELO DE PROFESORES

El lunes 30 de enero de 1961, Nanna Svartz, profesora de Medicina, pidió una reunión urgente con el primer ministro Tage Erlander. No era raro que se viesan. Nanna Svartz había sido, durante varias décadas, una de las

médicas e investigadoras más respetadas de Suecia. Las personalidades acudían a ella en tropel. Era ampliamente conocido que el rey Gustavo V la había llamado a su lecho de enfermo y que había sido la elegida cuando la legendaria embajadora soviética madame Kollontái necesitó atención médica. Ahora llevaba los quince años de servicio del primer ministro sueco siendo médico personal de este.

Erlander, que era propenso a la hipocondría, la había visto dos veces ese mes. La profesora Svartz había intentado tratar las molestias estomacales con las que el primer

ministro llevaba batallando desde sus vacaciones en Túnez en Año Nuevo. Pero, en la última ocasión, le había dado el alta. Esta vez se trataba de Raoul Wallenberg.

Nanna Svartz tenía setenta años, pero seguía viviendo para su trabajo como había hecho durante toda su carrera. Con el paso de los años había ocupado seis puestos dirigentes en el Hospital Karolinska y trabajaba catorce horas al día, seis días a la semana. Se la describía como una mujer determinada y «espiritualmente capaz». Ella se refería a sí misma como adicta al trabajo, no sin cierto orgullo y satisfacción.

La profesora Svartz acababa de volver de un congreso sobre reumatismo en Moscú. No era nada inusual. Su investigación sobre el tema gozaba de reconocimiento mundial. Si a Nanna Svartz la invitaban a un encuentro médico internacional, no era como participante de a pie, sino como miembro del comité ejecutivo o conferenciante. Aquel año en Moscú no fue distinto.

Pero no era un hecho relacionado con el congreso el que llevaba a Nanna Svartz a pedir una reunión con el primer ministro. Se trataba de una conversación con su colega Alexandr Miasnikov. El profesor Miasnikov también pertenecía

a la élite investigadora internacional, en parte, gracias a las generosas presentaciones de Nanna Svartz. Había sido uno de los médicos al pie del lecho de muerte de Stalin y, por lo que Nanna Svartz sabía, también tenía al entonces líder soviético, Nikita Jruschov, como paciente.

Alexandr Miasnikov y Nanna Svartz se conocían muy bien. En sus memorias, Miasnikov describe a su colega sueca como una «persona cultivada» y una «mujer excepcional». Decía que amaba el arte y la arquitectura, y que, en una visita a la casa de él, había admirado sus muebles de caoba de la época de Pedro el

Grande. Los dos profesores hablaban en alemán entre ellos cuando se encontraban y, por lo general, la conversación fluía sin problema. Durante el congreso médico, Miasnikov había pronunciado un discurso en honor de su colega sueca.

El viernes 27 de enero, Nanna Svartz había visitado el instituto de investigación del profesor Miasnikov en Moscú. Habían terminado sentándose un rato en el despacho de Miasnikov. Tras poner fin a su conversación habitual sobre congresos e investigación, Nanna Svartz decidió probar suerte y preguntar por Raoul Wallenberg. No fue un impulso repentino. Había resuelto muy

al principio utilizar su visita a Moscú para este propósito y había conseguido el libro blanco del Gobierno sueco de 1957 antes de marcharse. Nanna Svartz se disculpó por sacar a colación un tema no médico, pero explicó que quería hablar de algo muy importante para ella y otros suecos. Entonces comentó a su colega soviético el caso de Raoul Wallenberg y le preguntó si lo conocía.

El profesor Miasnikov asintió.

«Le pregunté, pues, si podía darme algún consejo sobre cómo obtener algo de claridad en cuanto al paradero de Wallenberg», escribió más tarde Nanna Svartz en su informe para el Gobierno sueco. Le dijo que Suecia tenía

información que indicaba que Wallenberg seguía vivo hasta, al menos, hacía un par de años. Y preguntó si Miasnikov podía averiguar algo.

Entonces él dijo que conocía el caso y que esa persona por la que yo preguntaba estaba «en muy malas condiciones». «¿Le gustaría encontrarlo?» Contesté que quizá esto no era tan importante, que el tema principal sería hallar un modo de traerlo a casa cualquiera fuese su estado. El profesor M. dijo entonces en voz muy baja: «Está en una institución psiquiátrica».

En aquel momento de la conversación, el profesor Miasnikov se había levantado para ir a buscar a su

colega, un tal profesor Danishevski, y lo había dejado con Nanna Svartz. Danishevski se sentó frente a ella, le preguntó dónde había servido Raoul Wallenberg y le pidió que le escribiese el nombre. La profesora Svartz escribió «agregado Raoul Wallenberg» en «letras grandes y claras» en un pedazo de papel. Dijo que la madre del diplomático era paciente suya y que necesitaba «paz y saberlo todo». «Aunque su hijo esté enfermo, sería una bendición para ella y para el resto de Suecia si pudiésemos cuidarlo en su patria», continuó, según su propio relato.

Siguieron hablando. Nanna Svartz mencionó que conocía a Semiónov, el ministro de Exteriores en funciones de la Unión Soviética, que había estado destinado en Suecia. Danishevski le recomendó que intentase ponerse en contacto con él. Antes de concluir, ella le preguntó a Danishevski si creía que le permitirían, como médico de la familia Wallenberg, llevar a Raoul a Suecia. «Si sigue vivo, no debería ser imposible», contestó él.

Desde la habitación del hotel, Nanna Svartz llamó al secretario de Semiónov. Por desgracia, le dijeron, se encontraba en el extranjero. Durante la cena de gala del congreso, esa misma

noche, Danishevski la buscó y le preguntó cómo había ido. Aunque reticente, estuvo de acuerdo en que ella probase a escribir una carta a Semiónov en la que mencionaría que había hablado con Danishevski y Miasnikov. Danishevski dijo que los dos habían discutido el asunto y llegado a la conclusión de que, si Raoul Wallenberg estaba vivo, cualquier traslado resultante a Suecia debía ser organizado por diplomáticos.

Nanna Svartz quedó impresionada por lo que había oído. Parecía que Raoul Wallenberg seguía vivo, encerrado en una institución psiquiátrica. Sentía que debía quedarse

y arreglarlo todo, pero su billete de avión estaba ya reservado para el sábado y era imposible cambiarlo. También se dio cuenta de que la nueva información que tenía era de naturaleza tan extraordinaria que debía informar a Tage Erlander. Dijo a sus colegas soviéticos que volvería al cabo de unos días.

Aquel lunes, inmediatamente después del almuerzo, Erlander citó a Östen Undén. Nanna Svartz había solicitado una reunión urgente e indicó que tenía nuevos datos sensacionales en cuanto al caso de Raoul Wallenberg. «La mayor

sorpresa que he experimentado en toda mi carrera política ha ocurrido hoy, a las dos —escribió el primer ministro en su diario aquella noche—. Nanna estaba, aparentemente, tan impresionada como nosotros, así que no aceptó la oferta de ver a Wallenberg.»

Tage Erlander estaba sobrecogido y convencido. Wallenberg estaba vivo, aunque en malas condiciones, y al parecer en un hospital mental. Incluso el habitualmente imperturbable Undén estaba estupefacto. «Sensacional», observó resumiendo el día en su libreta negra. Los rusos tenían a Erlander perplejo. ¿Por qué no había optado Jruschov por el camino más simple y

aclarado este extraño asunto? Así las cosas, tendrían que dar complicados rodeos. A continuación, «Nanna escribirá a Semiónov e intentará organizar con él que le permita escoltar de vuelta a Suecia a Wallenberg con otro nombre», escribió en su diario.

Con la nueva información de Nanna Svartz, el caso de Raoul Wallenberg adquirió de nuevo alta prioridad, aunque en el mayor de los secretos. Se reunían a diario. Tage Erlander quería hacer una nueva pregunta oficial sobre el caso, pero Nanna Svartz se oponía. Primero quería escribir a su colega y encontrarse de nuevo con él, puesto que era un asunto de confidencias compartidas

entre médicos. Un preocupado Erlander razonó consigo mismo en su diario: «El estado de Wallenberg puede ser tan grave que incluso un día de retraso podría significar la muerte. Si el profesor de Nanna actúa por orden del Gobierno ruso, podrían malinterpretar un avance cauteloso. Suponiendo esto, los rusos saben que sabemos que Wallenberg está vivo».

Ese fin de semana, llamaron al embajador Sohlman de vuelta a Estocolmo para las deliberaciones. Incluso él estaba convencido de que Miasnikov había bajado la guardia y de que la nueva información sobre Raoul Wallenberg era cierta. En el círculo

íntimo, el humor era casi febril. Se redactó una carta para Nikita Jruschov de parte de Tage Erlander, si bien, por consideración hacia Nanna Svartz, no se envió por el momento.

Tage Erlander se estaba impacientando. Pasadas dos semanas sin que Nanna Svartz supiese nada de su colega, escribió sobre su angustia en su diario: «Subrayé de nuevo que la consideración por Nanna no puede impedirnos entrar en acción. Por mucho que valore mi amistad con ella, nos encontramos en una situación en la que nuestro deber hacia Wallenberg y hacia

el país tiene prioridad. Una situación desgraciada, pero Undén estuvo totalmente de acuerdo».

El 17 de febrero, un preocupado Tage Erlander fue a ver a la profesora Svartz y le comentó su nueva perspectiva del asunto. «Cada día que pasa supone una puerta cerrada para Wallenberg», argumentó. Nanna Svartz lo entendía, pero mencionó los riesgos que entrañaba una solicitud diplomática sueca formal a Jruschov. Advirtió a Erlander de que algo así podía tener el resultado no deseado de que sus colegas médicos se viesen obligados a resolver la situación diciendo que Nanna lo había malinterpretado todo.

Por consideración a Nanna Svartz, el Gobierno esperó otra semana. Entonces, Erlander dio el visto bueno y, el 25 de febrero de 1961, Sohlman entregó la carta de Erlander a Nikita Jruschov en el Kremlin. Lamentablemente, el momento elegido no fue el más oportuno. La consulta sueca llegó más o menos al mismo tiempo que Erlander recibía una airada misiva de Jruschov a través de la Embajada en Estocolmo. Esta carta se refería a la crisis del Congo y a Dag Hammarskjöld, el secretario general de Naciones Unidas. La Unión Soviética llevaba mucho tiempo protestando tanto por Hammarskjöld como por la

presencia de tropas de la ONU en el Congo. Su incomodidad se había convertido entonces casi en indignación. A mediados de febrero habían asesinado al ex primer ministro de la República Democrática del Congo, Patrice Lumumba, y un irritado embajador soviético en la ONU había hecho responsable a Hammarskjöld de la muerte.

La situación mundial era, en palabras del primer ministro sueco, terrible.

Algo que quedó patente para Rolf Sohlman durante la reunión del sábado con Nikita Jruschov. Cuando el líder soviético abrió el sobre, preguntó a

Sohlman sobre el contenido. La respuesta, «Raoul Wallenberg», provocó que lo dejara a un lado sin leer. Irritado, Jruschov explicó que, si Suecia iba a retomar el tema, bien podría él preguntar por qué había atacado el rey Carlos XII a Pedro el Grande. Un país neutral como Suecia no podía entrar en la Guerra Fría de aquella forma. «Suecia está cantando al son del coro más reaccionario», bramó Jruschov y pidió a Sohlman que no volviese a molestarlo con semejantes cuestiones.

Tage Erlander se había expresado de manera cortés en la carta a Jruschov. Informaba tranquilamente al líder soviético sobre la visita de la profesora

Nanna Svartz a Moscú y la nueva información de esta en cuanto a que Raoul Wallenberg estaba en un psiquiátrico. No mencionaba nombres, pero escribía que Svartz había recibido esta información de «un representante de la comunidad médica soviética mundialmente reconocido». Erlander concluía mencionando el asunto de los preparativos para el transporte:

El ministro de Exteriores Undén y yo hemos discutido la forma más razonable de traer a Wallenberg de vuelta a Suecia. Hemos llegado a la conclusión de que lo mejor sería que un médico sueco pudiese viajar de inmediato a Moscú para ayudar a

determinar, con colegas soviéticos, el mejor modo de transporte, cuidado médico, etc.

Como el primer ministro, Fredrik y Maj von Dardel eran pacientes de Nanna Svartz. Habían tenido mucho trato durante la época de Fredrik como director del hospital Karolinska, y Svartz tenía incluso un cuadro de Fredrik en la pared de su consulta. Pero la profesora había prometido silencio. No podía decir a los padres de Raoul nada sobre las importantes noticias que había traído a casa desde Moscú, aunque le habían preguntado antes del viaje si podía quizá averiguar algo

sobre su hijo. En pleno auge del drama subsiguiente, el viernes 10 de febrero, la madre y el padrastro de Raoul se habían reunido con Tage Erlander. El primer ministro tampoco mencionó entonces lo que estaba sucediendo. Tanto Maj como Fredrik habían notado que Erlander era más cordial y abierto que de costumbre, pero supusieron que se debía a que Undén no estaba presente.

La reunión de los Von Dardel con el primer ministro fue también sobre una carta. Pero era solo una de una sucesión de reuniones sobre un mensaje prometido y aún no enviado a la Unión Soviética. Llevaban así casi dos años. Maj y Fredrik lo llamaban la «política

del aplazamiento» de Erlander. No dejaban de aparecer nuevos testigos y Maj y Fredrik querían utilizarlos para presionar a los rusos. Pero tenían la acusada impresión de que el Ministerio de Exteriores prefería dudar y, con ello, hacer caso omiso de todos los testigos nuevos: porque era más fácil.

Fredrik von Dardel creía que el Gobierno se estaba escaqueando de muchas cosas demasiado fácilmente. Después del memorándum Gromýko en febrero de 1957, el tema solo se había animado algo en una única ocasión. En el otoño de 1958, unos pocos prisioneros de guerra liberados habían afirmado haber visto a Raoul

Wallenberg en una prisión en la ciudad soviética de Vladímir. El Gobierno sueco había enviado una nueva solicitud diplomática oficial a la Unión Soviética y había estallado una campaña sobre Wallenberg en los periódicos. Pero el único resultado de todo esto fue que un furioso Jruschov canceló sus planes de visitar Suecia en 1959.

Desde entonces, la familia no había oído otra cosa que aquellas interminables letanías sobre consideración con la situación global y el estado emocional de los rusos. «Tras un exterior bienintencionado, Erlander es escurridizo como una anguila y se retuerce tanto física como

figuradamente», escribió Fredrik von Dardel en su diario. Al final, perdió la paciencia:

Estos caballeros perezosos y cobardes del Ministerio de Exteriores sopesan cada palabra escrita con expresiones temerosas, como si importase cómo articula uno sus deseos para un Jruschov que grita y chilla, golpea la mesa con el puño e incluso se descalza y golpea con el zapato la tribuna cuando comparece ante las Naciones Unidas. Y si la carta —como ha sido la intención— se entrega con las evasivas officiosas de Sohlman, es seguro que se tomará muy poco en cuenta.

Esto lo había escrito a finales de 1960. Solo unos meses más tarde, todo había cambiado. Después de las asombrosas noticias de Nanna Svartz a finales de enero de 1961, la política del aplazamiento de Erlander era cosa del pasado y el primer ministro rezumaba anticipación, preocupación y entusiasmo. Pero, de esto, Maj y Fredrik von Dardel no sabían nada.

La profesora Nanna Svartz no pudo volver a Moscú a seguir por fin su muy prometedora pista hasta finales de marzo de 1961. Durante ese tiempo, el KGB abordó a su colega, el profesor

Miasnikov. O, como él mismo cuenta en sus memorias: «De repente, recibo una llamada de teléfono de la “agencia especial”: “¿De qué hablaron la Sra. Svartz y usted en su despacho?”».

Miasnikov acordó aun así reunirse con Nanna Svartz cuando esta regresó. Acompañaba entonces al profesor otro colega, como una especie de carabina. Nanna Svartz notó que Miasnikov estaba nervioso. Negó que supiese nada de Raoul Wallenberg. Pero Nanna Svartz retomó, de todas formas, el hilo de enero y le preguntó si podía ver al prisionero sueco en esa ocasión. Miasnikov contestó con evasivas que, en

el caso de que Wallenberg no estuviese muerto, eso tendrían que decidirlo en un nivel superior.

Una vez que hubieron pasado algo de tiempo juntos, Miasnikov comenzó a relajarse. Resultó que estaba enfadado. Le enojaba que Nanna Svartz hubiese roto, tal como lo expresó, su «deber de discreción profesional». Dijo que había hablado con Semiónov sobre el caso y que este le había contado lo de la consulta sueca.

—No puedo hacer nada más y no puedo hablar con Jruschov, que está furioso. Y, en cualquier caso, no sé dónde está W[allenberg]. Puede que esté

muerto —dijo Miasnikov, según el resumen de la conversación que Nanna Svartz escribió al día siguiente.

—Entonces, debe de haber muerto hace poco, puesto que usted dijo en enero que estaba en un psiquiátrico y me preguntó si quería verlo —dijo Nanna Svartz.

—¿Eso dije? Debe de haber sido un malentendido provocado por mi mal alemán. No sé nada de W[allenberg].

—Me cuesta creerlo, tras nuestra conversación de enero, cuando conocía el caso bien y mencionó que W[allenberg] estaba mentalmente enfermo.

—Dije «*vielleicht*» [quizá]. Aquí estaba usted, una muy apreciada colega, y teníamos una conversación privada. Es muy inadecuado que no haya tratado la conversación confidencialmente. No debería haber habido una carta a Jruschov. Hace el asunto más difícil y, como he dicho, lo ofendió profundamente.

Miasnikov hizo hincapié en que, en el futuro, debían limitar sus conversaciones a cuestiones de ciencia, no de política.

«Esto no es política, es humanismo», replicó Nanna Svartz, según el recuerdo que tenía el profesor soviético de la conversación.

Después, Miasnikov recibió señales de más arriba de que no era recomendable que volviese a reunirse con la profesora Svartz, quien descubrió pronto que su colega había dejado de estar localizable a través de los canales habituales. Semiónov, de quien se dice que había querido reunirse con ella, tampoco estaba disponible. Después de diez días, Svartz se rindió y volvió a casa a celebrar la Pascua.

No hubo reacción de Moscú a la carta de Erlander sobre los preparativos de viaje para Raoul Wallenberg. A través de contactos informales, Sohlman

entendió que la carta había llegado y que los rusos se preguntaban sobre el motivo político real de las nuevas peticiones suecas. Y ¿qué le pasaba a la profesora Svartz? ¿Era esquizofrénica?

A finales de abril de 1961 llegó de pronto un telegrama de Nikita Jruschov. A Tage Erlander le dio un vuelco el corazón hasta que se lo tradujeron y se dio cuenta de que el líder soviético solo le agradecía la felicitación sueca por el vuelo espacial de Yuri Gagarin.

Maj y Fredrik von Dardel continuaron ejerciendo presión, ignorantes del drama que se había estado representando durante los últimos meses. El caso de su hijo volvía a ser

relevante por otras razones. Raoul Wallenberg había atraído atención cuando comenzó el juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén, en abril de 1961. En su exposición de la causa, el fiscal calificó al diplomático sueco de «hombre de grandes méritos». Los periódicos suecos se enteraron y relataron con orgullo su descripción de la forma en que el sueco Wallenberg había sido una piedra en el zapato de Eichmann y, poniendo en peligro su propia vida, había emprendido operaciones que salvaron la vida a miles de judíos húngaros.

La situación se hizo cada vez más difícil. Tras deliberaciones con sus confidentes más cercanos, se decidió que Erlander debía insinuar a la familia lo que se había sabido. Pero solo una insinuación. El primer ministro debía decir a Maj y Fredrik von Dardel que había recibido, a comienzos de aquel año, información interesante y que ya había enviado una carta a Jruschov. Debía expresar pesar por no poder comunicarles los detalles debido al riesgo de que todo se fuese al traste, y debía pedirles que no se lo contasen a nadie.

Maj y Fredrik recibieron las sorprendentes noticias en una carta y no supieron qué pensar. Les desagradaba el hecho de que se les estuviese ocultando información. Una y otra vez intentaron averiguar más y, a intervalos regulares, se filtraba alguna pequeña pista, como para mantenerlos implicados. Se convirtió en un juego de adivinanzas interminable y casi humillante. En diciembre de 1961 les dijeron en gran secreto que la nueva pista era tan importante que habían llamado al embajador Sohlman varias veces a Estocolmo, y que el asunto se relacionaba con el hecho de que Raoul pudiese haber estado vivo en una prisión

soviética incluso hacía un año. Seis meses más tarde les dijeron que Sohlman había dicho que «nunca habían estado tan cerca como entonces» y que era realmente solo cuestión de localizar exactamente dónde estaba Raoul. En el verano de 1963 se reunieron con el propio Sohlman, quien confidencialmente les comunicó que, a comienzos de 1961, Raoul no estaba en prisión, sino recibiendo cuidados «físicos y médicos». Pero cuando preguntaron si eso significaba que estaba en un hospital, solo recibieron respuestas evasivas.

En septiembre de 1962, el «tesoro nacional» Östen Undén dimitió por razones de salud. Desde el punto de vista de la familia, eso significaba la desaparición de un gran obstáculo gubernamental en la gestión del caso de su hijo. Pero sus esperanzas de más implicación en el asunto Wallenberg se hicieron añicos cuando el antes tan seguro Erlander volvió, de pronto, a sonar dubitativo.

Estaban dando palos de ciego. No entendían nada. ¿Qué debían creer? ¿Qué debían hacer?

En el verano de 1964 se esperaba poder arreglar la metedura de pata de 1959. Habían vuelto a invitar a Nikita Jruschov a la que sería la primera visita de Estado a Suecia de un líder soviético. Nada podía ir mal: una segunda visita cancelada sería una catástrofe diplomática.

Y, sin embargo, los preparativos venían a ser una guerra política, en cuyo centro no sorprenderá que se encontrase la cuestión sin resolver de Raoul Wallenberg y —en el mejor de los casos— la forma que debería tomar su repatriación. El primer ministro Erlander y sus colegas aún sentían que la información de Nanna Svartz sonaba

auténtica. Los provocaba el hecho de que la Unión Soviética hubiera ignorado la nueva pista durante tres años. Ahora o nunca, pensaron.

Los meses antes del viaje a Suecia de Jruschov fueron difíciles para los diplomáticos suecos en Moscú. «¿Por qué quieren poner en peligro las relaciones entre la Unión Soviética y Suecia sacando a colación el caso Wallenberg de nuevo? ¿Qué otros motivos hay detrás de esto?», preguntaban los funcionarios del Ministerio de Exteriores sarcásticamente al embajador cesante Rolf Sohlman en sus últimos compromisos diplomáticos. Su sucesor,

Gunnar Jarring, oyó el mismo mantra. El jefe de la División Escandinava también les recordó que el propio Nikita Jruschov había perdido a un hijo en la guerra y que no sabían siquiera dónde estaba enterrado. Las partes solo parecían estar de acuerdo en una cosa: el único problema significativo en las relaciones suecosoviéticas, por el momento, era el caso de Raoul Wallenberg.

En marzo, Gromyko, el ministro de Exteriores, llegó a Estocolmo como parte del proceso de planificación de la visita de cinco días de Jruschov. Erlander aprovechó la ocasión para hacer hincapié en que Suecia no se había

rendido y que iba a dar al caso de Raoul Wallenberg máxima prioridad durante las discusiones previstas con el líder soviético. «No tenemos nada que añadir —suspiró Gromyko—. Sufrimos una guerra y no sabemos lo que le sucedió a su ciudadano. Murieron millones en el conflicto. Aparte de los datos que han recibido ya, no hay rastro o información alguna sobre él.»

A juzgar por estos encuentros preliminares, iba a ser difícil evitar una confrontación desventurada en el curso de la visita histórica. Esta fue, probablemente, la razón por la que Nanna Svartz recibió una carta inesperada de su colega de Moscú a

finales de abril. Extrañamente, esta vez escribía en ruso, como para asegurarse de que no hubiese malentendidos. Casi parecía dictada:

Le escribo en relación con declaraciones recientes aparecidas en Estocolmo en cuanto al destino de Wallenberg. En ellas se dice que yo le proporcioné a usted información sobre él durante su visita [...]. Como seguramente recordará, dije, en aquella ocasión, que no sabía nada sobre el Sr. Wallenberg, que nunca había oído su nombre y que no tengo ni la más mínima idea de si está vivo o no.

Miasnikov escribió que todo había sido un malentendido y que él no era médico de Jruschov, puesto que el líder soviético, «como todo el mundo sabe», gozaba de una salud perfecta.

Nikita Jruschov y su esposa Nina llegaron al muelle de Skeppsbron en Estocolmo. Había tres mil policías suecos de servicio en la ciudad y el primer ministro Tage Erlander estaba en el muelle para recibir a la pareja. «¡Primer Ministro! En este momento, en que pisa por primera vez suelo sueco, le

doy la más calurosa bienvenida a nuestro país», dijo un respetuoso primer ministro tras una salva de artillería.

Se decía que el recién concluido juicio del espía soviético Stig Wennerström se había acelerado para evitar irritaciones innecesarias a los huéspedes. El único borrón de aquel primer día desde un punto de vista soviético fueron los titulares en ruso que el periódico *Expressen* había pegado por todo Estocolmo: «¿Dónde está Raoul Wallenberg?». El diario había publicado una serie de artículos sobre Raoul Wallenberg como preparación a

la visita de Jruschov, y ahora los seguía con un editorial en primera plana, escrito en sueco y ruso:

Vemos cómo desembarca usted en nuestro territorio. Vemos a los colegas que lo acompañan. Pero a aquel a quien más nos gustaría ver, no lo vemos; nuestro compatriota, desaparecido en su país. Viene usted con las manos vacías, pese a los regalos que trae en su equipaje. Viene a nosotros completamente solo, a pesar de su séquito de cincuenta hombres. Lea aquí a quién debería haber traído consigo para ser bienvenido de verdad: Raoul Wallenberg.

Maj von Dardel había estado previamente en contacto con el Ministerio de Exteriores y había pedido encontrarse con Jruschov en algún momento durante los cinco días, pero no se lo permitieron. Este rechazo fue un contratiempo más para ella en una situación de por sí difícil. La madre de Raoul tenía ya setenta años, y en enero había resbalado y tuvo una tan mala caída que se había roto el fémur y el brazo izquierdos. Había estado ingresada en un hospital varios meses y no estaba aún recuperada del todo. Resultó que tenía osteoporosis: sufrió dolores todo el año.

Desde su punto de vista privilegiado, Maj y Fredrik observaron el éxito de la visita soviética, que este calificó de «cómica ofensiva de seducción» en su diario. Dolía ver cómo se ganaba Nikita Jruschov el corazón del pueblo sueco, cómo —en palabras de Fredrik— estaba «constantemente rodeado por una gran escolta policial para proteger su valiosa vida. Ha habido, todos los días, opulentos almuerzos y cenas, y largos discursos que han dado a Jruschov la oportunidad de prodigar burdas ocurrencias que se reciben con alentadoras carcajadas».

El análisis no era exagerado. Los medios de comunicación suecos parecían haberse enamorado de este líder soviético que se mostraba tan llano, humano y jovial, y que había tomado alegremente un remo de la barca del primer ministro en su residencia de Harpsund. Incluso Tage Erlander parecía animado por la visita.

Pero, entre bastidores, el tono era áspero e implacable. Tage Erlander había mencionado a Raoul Wallenberg en su primera reunión totalmente en privado, y Jruschov había estallado: «algo semejante a una rabieta». A lo mejor debía volver a casa sin más. Era un ataque a su honor que no lo creyesen.

¿Acaso debía dar cuentas de todo lo que había pasado durante los años de Stalin?, había preguntado Jruschov agitado, según el informe de Erlander al resto del Gobierno.

Esta tensión continuó durante toda la visita, a una distancia segura de los encantados periodistas suecos. Hubo cambios abruptos. «Al éxito de la noche en Harpsund lo siguió un día sombrío porque debemos tratar la cuestión Wallenberg. ¿Será esto lo que nos derribe?», escribió Tage Erlander en su diario cuando la semana casi había llegado a su fin.

Se convocó un gabinete de crisis.

Tanto Erlander como Olof Palme eran partidarios de adoptar una postura firme contra la Unión Soviética. Si los rusos no estaban de acuerdo con investigar el caso Wallenberg, los suecos debían boicotear el esperado comunicado conjunto, según Erlander y Palme. Pero Torsten Nilsson, que había sucedido a Östen Undén en el Ministerio de Asuntos Exteriores, convenció al resto de los ministros de adoptar un enfoque más prudente. Negarse a respaldar el comunicado sería equivalente a una declaración de guerra diplomática que Suecia no podía permitirse, dijo Nilsson. ¿No podía ser el asunto Svartz un malentendido?

Erlander y Palme cedieron. El Gobierno prefirió un «comunicado suavizado», acompañado por una declaración de redacción severa sobre la falta de resultados en el caso Wallenberg. Pero Tage Erlander explicó al resto del Gobierno que no significaba que su actitud hubiese cambiado. Dijo que estaba «firmemente con Nanna» y que aún creía en la información que ella había aportado.

Así, Nikita Jruschov, a pesar del enfrentamiento, pudo viajar a casa bajo lo que parecía no ser otra cosa que un brillante sol sueco. En un discurso durante el almuerzo en el Ayuntamiento de Gotemburgo, lo aplaudieron cuando

aludió a la guerra de Carlos XII contra Pedro el Grande. Estallaron carcajadas tras el comentario de Jruschov, pero quizá no fue su sentido del humor lo que inspiró al líder soviético a mencionar la batalla de Poltava aquel día: «Como invitado en su país, traigo la cuestión a un punto crítico y le pregunto al primer ministro Erlander: ¿desea usted hacer la guerra a la Unión Soviética o no, señor Primer Ministro?».

Un año más tarde, en julio de 1965, se hizo un esfuerzo final por alcanzar claridad definitiva en cuanto a lo que habían dicho realmente los dos

eminentes profesores aquel día de enero de 1961. Para entonces ya no estaba Jruschov, acusado de haber sustituido el culto a Stalin por el culto a sí mismo y depuesto en favor de un burócrata del partido menos impulsivo y bastante mediocre, Leonid Brézhnev.

Nanna Svartz y Alexandr Miasnikov volvieron a encontrarse en el mismo despacho, reunidos a regañadientes por el embajador sueco Gunnar Jarring. Malentendido o no, esta vez todo debía resolverse y la conversación se transcribiría en su totalidad. Los dos tercios profesores se pusieron a ello, durante una hora y cuarenta y cinco minutos, como

boxeadores en el décimo asalto. No llegaron a ninguna parte. Ninguno fue capaz de bajar la guardia y admitir un error. Ninguno tenía un argumento lo suficientemente fuerte para dejar al otro fuera de combate.

Nanna Svartz no cedió ni un milímetro: Miasnikov le había dicho que Wallenberg estaba vivo, pero en mal estado y en un psiquiátrico. Miasnikov afirmaba que ella no había entendido el matiz condicional. Él había especulado al decirle que, si, y solo si, Wallenberg vivía, quizá estaba en mal estado y en un psiquiátrico. Habían llegado a un callejón sin salida. Para Tage Erlander estaba claro que el siguiente paso tenía

que ser hacer pública la fallida pista de Nanna Svartz. El Gobierno decidió publicar un nuevo libro blanco durante el otoño, con los documentos más importantes que habían surgido en los últimos años.

Durante varios años, Maj y Fredrik von Dardel habían atormentado a Erlander para que les dijese más sobre aquella nueva pista revolucionaria. Pero, aunque todos los implicados entendían el poder explosivo de las noticias sobre la pista de Nanna Svartz, Maj y Fredrik von Dardel no supieron nada hasta unas horas antes de la rueda de prensa de Erlander.

Tage Erlander se excusó con un resfriado y dejó que fuese Olof Palme quien dejase caer la bomba sobre los padres de Raoul. Los tomó completamente por sorpresa. Entendieron, por fin, por qué Nanna Svartz había estado menos presente en su vida durante los últimos años. Palme explicó que el Gobierno había examinado juiciosamente la información de Nanna Svartz y la había seguido hasta el final, pero sin llegar a ningún sitio. Se añadiría, pues, la nueva pista a los documentos. El caso de Raoul Wallenberg se mantendría siempre abierto, pero, tras esto, haría falta «algo sustancialmente nuevo» para retomar el

asunto con los rusos.

Después, Maj y Fredrik fueron a visitar a Nanna Svartz, que lo confirmó todo. Aunque Fredrik von Dardel contiene sus emociones en su diario, como recuerda su hija, Nina Lagergren, sus padres estaban disgustados porque el Gobierno había retenido la información, pero también gratamente sorprendidos. Después de todo, Nanna Svartz había intentado hacer algo. Era más de lo que podían decir de muchos otros.

Los periódicos salieron con titulares espectaculares. Nanna Svartz era el nombre del día. Pero, aunque la profesora de Medicina insistía en que no

se había equivocado, había una sensación de haber llegado al final en muchos de los comentarios. Fue también evidente varias semanas más tarde en la reunión de la comisión de relaciones exteriores, donde el exministro Östen Undén pronunció un discurso en el que dijo: «Nunca se han dedicado tanto esfuerzo y tanto dinero a la búsqueda de un ciudadano sueco en un país extranjero. No es algo que debemos lamentar. Pero, al final, no podemos olvidar que los medios de una nación para buscar a sus ciudadanos en un país extranjero son limitados. No podemos obtener por la fuerza material relevante. No podemos llamar a testigos de la

Unión Soviética. Y, a la larga, no podemos permitirnos dejar que un caso sin resolver interfiera en nuestras futuras relaciones con la Unión Soviética. Ha llegado el momento de cerrar el caso Wallenberg».

Pero Maj y Fredrik von Dardel habían suplicado a Olof Palme que no dejase que el Gobierno hiciese declaraciones que se pudiesen interpretar como un cierre del caso Wallenberg. Su súplica fue escuchada. A pesar de todo, en términos prácticos el caso Wallenberg fue, en lo sucesivo, apartado de las prioridades políticas.

Un silencio más pesado que nunca se hizo sobre la vida y las luchas de la pareja retirada formada por Maj y Fredrik von Dardel. Tantas esperanzas, tantas decepciones. Y, sin embargo, no sería esta la última. En noviembre, Nanna Svartz dijo a Fredrik, en confidencia, que su fuente, el eminente profesor Miasnikov, acababa de fallecer de repente, debido a un «paro cardíaco», a los sesenta y seis años de edad.

Un par de meses más tarde, el historiador sueco Hans Villius y su mujer, Elsa, publicaron un libro sobre Raoul Wallenberg. En un intento de llegar al fondo del asunto, pusieron en

duda a todos los testigos posteriores al verano de 1947 y argumentaron que el certificado de defunción de Smoltsov era auténtico. Raoul Wallenberg, probablemente, había muerto en la Unión Soviética en julio de aquel año, afirmaban. Tage Erlander criticó sus conclusiones, pero, para los Von Dardel, parecía como si el aparato político sueco hubiese aceptado que el matrimonio Villius tenía razón. En los años siguientes, la familia de Raoul Wallenberg se iba a sentir muy sola en su lucha.

El mundo cambiaba deprisa. Los años que restaban de la década de 1960 abarcarían la Primavera de Praga, las revueltas estudiantiles de mayo de 1968, la guerra de Vietnam, la dimisión de Tage Erlander y la llegada del primer ministro Olof Palme. Pero, para Maj y Fredrik von Dardel, que vivían entonces en un apartamento en Djursholm, en las cercanías de Estocolmo, era como si la vida se hubiese parado. Pasó el vigesimoquinto aniversario de la desaparición de su hijo. Pronto hizo treinta años desde que Raoul se había esfumado, y aún giraba en torno a él la mayor parte de su existencia. Escribían sus cartas diarias y hacían llamadas

todos los días. Aparecían con regularidad nuevas pistas y gente que decía tener testimonios iba y venía, se sentaba en su sofá y requería su tiempo y su energía. Una historia fantástica tras otra era anotada concienzudamente por la cada vez más temblorosa mano de Fredrik von Dardel. La pareja estaba comenzando a tener problemas de vista, pero no había achaque en el mundo que pudiese impedirles escuchar con interés, como si cada nueva historia fuese la clave para encontrar la solución.

Monastýrka, Tiumén, Súzdal y Zavídovo, al final eran incontables los campos de prisioneros en los que habían visto a Raoul Wallenberg, bien en

trabajos forzados, bien consumiéndose en una cama de hospital. Los testimonios estaban comenzando, además, a tomar dimensiones místicas. Un misionero tuvo una visión en un sueño, y escribió a los Von Dardel que Raoul Wallenberg vivía en Jerusalén con el nombre falso de Sven Gustafsson. Una mujer contó que había conocido a Raoul en el mundo de los espíritus, y que este había enviado el mensaje de que, liberado de su cuerpo, ahora descansaba en paz. Los padres de Raoul declinaron su oferta de una sesión para profundizar en el asunto. «No queremos entorpecer el caso de Raoul con fantasías», escribía con tono triste

Fredrik von Dardel en su diario. La familia llegaría a perder la cuenta de las angustiosas decepciones.

El mundo se radicalizó y Suecia no se salvó de ello. En las calles de Estocolmo, los manifestantes de izquierdas, con kufiyas palestinas, se volvían cada vez más enérgicos. En las elecciones de 1968, los socialdemócratas obtuvieron más del 50 por ciento de los votos tras una agitada campaña contra los bancos comerciales suecos y sus directores. El Stockholms Enskilda Bank, propiedad de los Wallenberg, fue el objetivo principal, y

el apellido de Raoul perdió lustre a medida que el coro anticapitalista elevaba el volumen.

El hermano de Raoul, Guy von Dardel, era ahora profesor universitario en Lund y volvió de Suiza, con su mujer, Matilda, y sus hijas, Marie y Louise. Guy había protegido intencionadamente a sus hijas de los crudos detalles de la historia de su hermano. Ahora sabrían de su tío a través de los puntos de vista partidistas de la izquierda sueca: «Raoul Wallenberg: ¿no oís por el nombre que es un capitalista burgués? No merece que se vuelva a pensar en él».

Marie y Louise von Dardel creían que esto era injusto. No era que su abuela Maj nadase en oro. Para ellas, Maj era una luchadora que andaba con bastón, una abuela que se rompía huesos constantemente, contaba cada corona y cosía ropa para muñecas, que vendía en los grandes almacenes NK; que podía ser divertida y dura, y solo un segundo más tarde caer en un agujero negro de lágrimas y desesperación. Las nietas veían con dolor lo socialmente aislados que se habían quedado sus abuelos. En Suecia a nadie le interesaba seguir sabiendo de Raoul, no sin sermonear sobre los esfuerzos de Maj y Fredrik: «Pero ¿no entienden ustedes que está

muerto?»).

Más tarde, durante los años setenta, Louise von Dardel se armó de valor. Un día, cuando Maj sollozaba de nuevo, Louise preguntó a su abuela por qué seguía adelante cuando todo estaba perdido. Maj le contestó que no podía dejar de tener esperanza, pero que también sentía que tenía una responsabilidad hacia otras madres que buscaban a sus hijos: «Es que no es posible aceptar el hecho de que una persona desaparezca sin más».

La familia no era consciente de ello, de hecho pero había otra persona en Suecia que tenía problemas para olvidar el destino de Raoul Wallenberg. Un envejecido y débil Staffan Söderblom vivía sus últimos días en un apartamento de Upsala, considerablemente afectado por la enfermedad mental. Su carrera diplomática había acabado bruscamente a comienzos de la década de 1950, solo un par de años después de sus cargos en Moscú y Berna. Tras seis meses de estancia en la China de Mao, el diplomático, que entonces tenía cincuenta y un años, había sufrido una crisis nerviosa; lo habían obligado a regresar a Suecia y lo declararon

incapacitado. Su ansiedad era tan grave que, más adelante, se sometió a una lobotomía.

Entonces tenía más de setenta años, estaba débil y ausente. Los familiares que lo visitaban podían encontrarlo sentado con la mirada perdida, mascullando para sí: «Wallenberg, Wallenberg».

En el futuro se conocería aquel periodo como «los años calmos» del caso Wallenberg. Después del drama del testimonio de Nanna Svartz, los funcionarios suecos pisaron el freno a fondo. No volverían a molestar a la

Unión Soviética con una palabra oficial más sobre Raoul Wallenberg en los catorce años siguientes.

Tras el asunto Nanna Svartz, tendría que surgir algo significativamente nuevo para que el Gobierno amenazase las relaciones suecosoviéticas con declaraciones oficiales sobre Raoul Wallenberg. A comienzos de los años setenta, el ministro de Exteriores de la época declaró públicamente que el Gobierno había «archivado» el caso, aunque había aún un funcionario en «la agencia oriental» del Ministerio de Asuntos Exteriores que lo mantenía formalmente entre sus tareas. No pasaba nada durante

largos periodos de tiempo, salpicados por estallidos de emoción que se disolvían rápidamente: habían visto a Raoul Wallenberg en un campo de prisioneros en la isla de Wrangel en el océano Ártico. Una fuente creíble, con contactos en el Bloque Oriental, decía estar tramitando una propuesta de intercambio de Wallenberg por el espía soviético Stig Wennerström.

La documentación sobre Raoul Wallenberg llenaba ya 20.000 páginas, almacenadas en dos grandes cajas de acero estrechamente vigiladas en el Ministerio de Exteriores. Ni siquiera la familia podía solicitar acceso al contenido. Para los funcionarios, Raoul

Wallenberg estaba entre los asuntos secretos más secretos. No era un caso sobre el que cotillear con colegas durante el descanso del café. El caso existía y no existía, las pistas estaban allí y no estaban.

Varias veces se había aconsejado a la familia trascender las fronteras suecas para seguir avanzando. Maj también había escrito una carta a Henry Kissinger, para decirle que se preguntaba si él «podía hacer algo para arrojar nueva luz sobre el destino de mi

hijo». Sus esperanzas no podían ser muchas. Había escrito ya el año anterior sin obtener respuesta.

Las relaciones entre Suecia y Estados Unidos no se habían recuperado del todo tras las Navidades de 1972, cuando Olof Palme había comparado los bombardeos estadounidenses de Hanói con los asesinatos masivos nazis de Treblinka y la masacre de Babi Yar. Era bien sabido que esto había ofendido en particular a Henry Kissinger, que había tenido que escapar de los nazis con su familia, y que era él quien, en ausencia de Nixon, había llamado a consultas al embajador estadounidense en Suecia. Esta vez, Maj von Dardel recibió una

respuesta de Estados Unidos, diciendo que no había nada que Kissinger pudiese hacer.

Pero había otros hilos de los que se podía tirar. En 1974, el escritor soviético Alexandr Solzhenitsyn fue forzado al exilio. En diciembre de ese mismo año viajó a Suecia para recibir el premio Nobel de Literatura, que le habían concedido en 1970. Maj von Dardel había estado antes en contacto con la Fundación Nobel y pidió una reunión con Solzhenitsyn. Después de todo, el autor había sido encerrado en la Lubianka en el mismo mes que Raoul, y quizá podía ayudarlos.

Por desgracia, Maj von Dardel estaba enferma de neumonía. Pero Alexandr Solzhenitsyn decidió acudir a la casa de los Von Dardel, en Djursholm, el día después de la ceremonia en que recibió el Nobel. Quien entró en su apartamento, según el diario de Fredrik von Dardel, era «un personaje imponente, casi bíblico».

Solzhenitsyn dijo que la Unión Soviética tenía muchos lugares en los que podía esconder a sus prisioneros y que era muy posible que Raoul Wallenberg siguiese vivo. Su sugerencia a la familia fue que deberían intentar despertar interés mundial en la cuestión. Maj y Fredrik podían, por ejemplo,

escribir una carta abierta a las organizaciones judías internacionales que trabajaban para liberar a los judíos prisioneros en la Unión Soviética. Podían enviar luego la carta al periódico inglés *The Times*, continuó Solzhenitsyn. Antes de marcharse, abrazó a la febril Maj y le dijo que deseaba que viviese lo suficiente para ver a su hijo.

Maj y Fredrik hicieron lo que les había dicho. Se dirigieron tanto al *New York Times* como al *Neue Zürcher Zeitung*. Pero, fuera de Suecia, apenas nadie sabía quién era Raoul Wallenberg.

La carta nunca arraigó en la prensa mundial de la forma en que Solzhenitsyn les había inspirado a confiar.

Maj von Dardel estaba desesperada. «Las últimas palabras que su joven padre me dijo en su lecho de muerte fueron: “Cuida bien de nuestro hijo”. Aunque [Raoul] no había nacido aún, su padre moribundo estaba convencido de que era un niño. ¡He fracasado!», escribió en una carta de aquella época.

Pero las cosas estaban a punto de cambiar.

LA CREACIÓN DE UN HÉROE AMERICANO

La transformación del perfil del caso de Raoul Wallenberg a finales de los años setenta podría, a primera vista, describirse como una cuestión de azar. De repente, el viento simplemente cobró fuerza. De repente, todo encajaba. Y, de

golpe, el hasta entonces internacionalmente desconocido Raoul Wallenberg pasó de ser la tragedia personal de una familia sueca a ser un héroe de renombre mundial desaparecido. El destino parecía, por fin, jugar a favor de la machacada familia. El diplomático sueco había recibido, finalmente, su merecidísimo reconocimiento internacional y evitado por poco el destino de ser relegado en la historia a un papel de simple punto de fricción en las relaciones suecosoviéticas.

Llegaron los discursos laudatorios, los monumentos y los premios honorarios. Llegaron los libros y las

películas, las epopeyas épicas que, en muchos casos, estaban escritas por autores extranjeros, en especial norteamericanos. A comienzos de los ochenta, Estados Unidos nombró a Wallenberg ciudadano honorario, el primero en ser reconocido como tal tras Winston Churchill. Canadá e Israel siguieron el ejemplo, y le dedicaron escuelas, calles y plazas en muchos países antes de que incluso Estocolmo tuviese su propia plaza de Raoul Wallenberg en 1987. El primer sello postal con la imagen de Raoul no fue sueco, sino israelí.

Era como si el mundo quisiera encargarse de la tarea en la que Suecia había fracasado. Perdidos en sus laberintos diplomáticos, los políticos suecos habían pasado por alto lo más importante: contar al mundo y a la nueva generación de su país los esfuerzos admirables de Raoul Wallenberg en favor de los judíos húngaros en la última fase de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de los educados en escuelas suecas en la década de 1970 sabían, probablemente, que Raoul Wallenberg era un diplomático sueco que había desaparecido, pero tenían un conocimiento muy limitado de lo que había logrado realmente en Budapest.

Para ellos, el nombre se asociaba a menudo con una especie de agotamiento político, reflejado en las expresiones de hastío de los adultos: «No, por amor de Dios, otra vez Raoul Wallenberg no».

El interés internacional se convirtió en importante despertador de un vergonzosamente dormido público sueco. La cosa no quedó en los honores públicos. Parecía que el mundo también quería asumir la responsabilidad de resolver el misterio. De repente, el caso de Raoul Wallenberg aterrizó en el escritorio del presidente estadounidense. Una vez más, se preguntaría rigurosamente a la Unión Soviética por el sueco desaparecido,

pero ahora lo harían políticos norteamericanos, apoyados por una impresionante campaña pública internacional cuyo claro epicentro estaba en Estados Unidos.

Aquello no se debió solo al azar.

Raoul Wallenberg se había convertido en el objeto de una operación psicológica encubierta de la CIA dirigida principalmente contra los medios de comunicación europeos, aunque también incluía intentos ocultos de orientar la agenda política exterior del Gobierno sueco. Se puso en marcha, asimismo, una campaña de base, cuyo

objetivo paralelo era despertar el interés del público estadounidense por el sueco desaparecido.

A posteriori es fácil ver que toda aquella conmoción de la escena política no estaba sencillamente impulsada por un deseo de ayudar a la desesperada familia de Raoul. Aquello no importaba tanto mientras el potente nuevo motor tirase del caso en la dirección adecuada. Sin embargo, en el curso del viaje, hubo momentos dolorosos inevitables, cuando se hizo claro que la política global y el amor maternal no eran lo mismo.

Pero para entender todo esto, tenemos que volver al principio. ¿Qué fue lo que pasó en realidad?

No fue solo desdén por la postura del primer ministro Olof Palme sobre Vietnam lo que hizo que Henry Kissinger no prestase atención al grito de socorro de Maj von Dardel en 1974. Kissinger era un político al que importaban por encima de todo los resultados. Era el cerebro que había tras la política exterior desideologizada de Richard Nixon. Según la doctrina Kissinger, era más importante para el país llegar a un acuerdo de desarme con la Unión Soviética, o entablar un diálogo con China, que articular su repugnancia por las violaciones de los derechos humanos en los países comunistas. No fue coincidencia que el líder soviético

Leonid Brézhnev fuese el único dignatario extranjero que expresó, hasta el último momento, su apoyo sin reservas a Richard Nixon durante el escándalo del Watergate en 1974.

La cuestión del diplomático sueco Wallenberg desaparecido no encajaba bien con la política de reducción de hostilidades, influida por Kissinger, que siguieron los presidentes Nixon y Ford. Una vez que hubo dejado su cargo, Kissinger explicó su postura en una conferencia de prensa en Berlín, en 1978, cuando un hombre del público se levantó y le preguntó qué se podía hacer por Raoul Wallenberg:

Mi política de derechos humanos ha sido siempre plantearlos en privado y no hacer un asunto público de ellos, según la teoría de que creo que es más eficaz en cuanto a los temas de derechos humanos que uno no los convierta en asuntos de Estado y en humillaciones para el principal país implicado.

En Estados Unidos, muchos sentían lo contrario. La actitud de Nixon y Kissinger se enfrentaba a la rotunda oposición de otra faceta de la opinión norteamericana. Para estos oponentes de la *realpolitik*, en su mayor parte, si bien no todos, demócratas, los derechos humanos tenían un lugar incuestionable en las prioridades de la política

exterior. Fuesen cuales fueren los beneficios de la distensión, creían que no podían justificar que Estados Unidos hiciese la vista gorda a la represión ejercida en la Unión Soviética.

En esta sonora campaña estadounidense en torno a los derechos humanos, tanto los disidentes como los prisioneros soviéticos tendrían un papel importante. Y, con la elección del demócrata Jimmy Carter como presidente en 1976, todo cambió. Carter entró en la Casa Blanca a lomos del movimiento de derechos humanos, que había adquirido fuerza tras los históricos Acuerdos de Helsinki sobre la seguridad y la cooperación en Europa

en 1975. Incluso el líder soviético Leonid Brézhnev había firmado la Declaración de Helsinki, que incluía una promesa de respetar los «derechos humanos y libertades fundamentales». Con ello, el régimen de Carter era libre de abalanzarse contra cualquier transgresión soviética percibida. Un tipo distinto de Guerra Fría comenzaba a tomar forma.

El Kremlin parecía atónito por el nuevo tono estadounidense. Se ordenó al embajador Dobrýnin en Washington que señalase que las críticas a cómo trataba la Unión Soviética a sus ciudadanos estaban en conflicto con el acuerdo de Brézhnev y Nixon de no implicarse en

los asuntos nacionales del otro. El presidente Carter contestó invitando con descaro al disidente soviético Vladímir Bukovski a la Casa Blanca. El entendimiento mutuo de la era Brézhnev–Nixon parecía haberse evaporado.

Fue en medio de estas tensiones cuando floreció el repentino interés internacional en Raoul Wallenberg, a finales de la década de 1970. El caso Wallenberg pasó de considerarse una piedrecita incómoda en el zapato de la *realpolitik* a ser un símbolo definitivo de la maldad del sistema soviético. Raoul Wallenberg no solo había sido injustamente encarcelado por los

comunistas: también era un héroe de la Segunda Guerra Mundial, a quien muchos judíos estadounidenses tenían que agradecerle seguir vivos. Y conmemorar el Holocausto era otro de los temas que la nueva Administración Carter pondría muy al comienzo de su lista de prioridades.

El cazador de nazis Simon Wiesenthal estaba entre los judíos europeos que habían sobrevivido a los campos de la muerte del Holocausto. No lo había salvado Raoul Wallenberg, pero estaba muy implicado en el caso desde Viena. Maj von Dardel le había escrito por

primera vez a comienzos de los setenta, y Wiesenthal se tomó como un asunto de honor que su centro de documentación, que había desenredado con éxito tantos crímenes nazis, ayudase también al diplomático sueco que había salvado a decenas de miles de judíos húngaros de Eichmann. Las palabras de Maj le resonaban en la mente:

No saber es lo peor. Saber que mi hijo podría estar vivo, que podría estar sufriendo, que fue internado en un psiquiátrico, está muriendo de hambre en una prisión o es forzado a trabajos penosos es mucho peor que poder saber con certeza que está muerto.

Maj y Fredrik von Dardel agradecieron los esfuerzos de Wiesenthal. Habían pedido diez mil coronas suecas a uno de los fondos de la familia Wallenberg para ayudar a apoyar el trabajo de aquel, y se los habían concedido. En los últimos años, Wiesenthal había estado buscando testigos entre los judíos que habían emigrado hacia poco de la Unión Soviética a Israel. Y había hecho lo que había podido para intentar despertar el interés internacional en Raoul Wallenberg, entre otras cosas contactando con algunos de los miembros más distinguidos del movimiento de derechos humanos. Pero

el asunto no comenzaría a progresar hasta que Jimmy Carter juró su cargo presidencial el 29 de enero de 1977.

Simon Wiesenthal cooperó, en parte, con el Comité Internacional Sájarov, un grupo de defensa que se había formado tras los Acuerdos de Helsinki para vigilar los crímenes contra la humanidad en Europa Oriental. A finales de noviembre de 1977, el Comité Sájarov tenía pensado celebrar grandes «audiencias internacionales» en Roma. Maj von Dardel había estado en contacto con ellos, tras recibir una petición de apoyo financiero, y había prometido contribuir si el caso de su hijo se exponía entonces. El presidente

del comité había contestado que, desafortunadamente, no trabajaban con «casos históricos».

Pero, a menos de un mes de las «audiencias» de Roma, sucedió algo. Simon Wiesenthal había pasado unas semanas en Estados Unidos y regresó entonces a Europa con energía renovada. Escribió a Maj von Dardel que había discutido el caso de Raoul Wallenberg: «Este caso no debería caer en el olvido, ¡me encargaré de ello! —escribió un emocionado Wiesenthal a Maj von Dardel en noviembre de 1977—. Estoy planeando lanzar en breve una iniciativa más considerable para resolver el caso Wallenberg y me pondré en contacto con

usted de nuevo a comienzos del año que viene». Hizo hincapié en que no había necesidad de que Maj hiciese ninguna contribución financiera a la empresa.

Las «audiencias» del Comité Sájarov en Roma se ampliaron un día. En una rueda de prensa del 28 de noviembre, Simon Wiesenthal anunció la sensacional noticia sobre el diplomático sueco desaparecido Raoul Wallenberg que le había llegado «un mes antes». Había aparecido un nuevo testigo que, aún en 1975, había visto a Wallenberg en una institución mental de Irkutsk, donde lo habían trasladado desde un

campo en la isla de Wrangel en el océano Ártico. Como era de esperar, la noticia fue titular en varios países.

En los días previos a las Navidades de 1977, Wiesenthal repitió el mismo mensaje sensacional en la revista *New York*. Con el titular «Cazanazis se enfrenta a los rusos», se revelaba que Simon Wiesenthal había encontrado un nuevo propósito tras su caza a los nazis: documentar el destino de prisioneros políticos soviéticos. Raoul Wallenberg era su punta de lanza. Según el artículo, Wiesenthal, con su recién encontrado testigo, había resuelto un misterio que tenía ya treinta y tres años.

Sin embargo, había un problema. El sensacional testigo en cuestión no era ni nuevo ni particularmente fiable. Se llamaba Efin Moshinski, vivía en Israel y decía ser ex prisionero político soviético. Había aparecido ya antes, en 1973, divulgando información sobre Raoul Wallenberg que fue más tarde descartada por ser pura invención. Aquella vez, su afirmación había sido que se había visto a Wallenberg en un campo en la isla de Wrangel. Pronto pareció claro que los datos sobre el psiquiátrico de Irkutsk debían descartarse también. Ya en enero de 1978, Wiesenthal escribió a los Von Dardel para decirles que al parecer el

hombre de los titulares de antes de Navidad era, por desgracia, un mentiroso.

Pero las dudas que rodeaban al nuevo testigo de Raoul Wallenberg aún no habían atraído la atención de la prensa internacional.

Fue en ese momento cuando la profesora de Francés y ama de casa Annette Lantos entró en escena. Vivía al sur de San Francisco, en California, y estaba casada con el exprofesor de Económicas Tom Lantos, que era asesor de política exterior de algunos senadores demócratas y se embarcaría pronto en su

campana de elecci3n al Congreso. El matrimonio Lantos conoca bien el caso de Raoul Wallenberg. Los dos eran judios originarios de Hungría y, en su opini3n, tenían que agradecer a Wallenberg el hecho de haber sobrevivido al Holocausto. Nunca habían olvidado a su salvador y estaban ansiosos por hacer todo lo que pudiesen para establecer, al menos, un mayor reconocimiento de sus hazañas.

El matrimonio Lantos tenía relaci3n con algunos de los senadores impulsores de campanas por los derechos humanos. Uno de los asesores más cercanos del presidente Jimmy Carter, Stuart Eizenstat, estaba en su círculo de

amigos. En varias cenas privadas, el matrimonio Lantos había hablado a Eizenstat de Raoul Wallenberg y su papel en la salvación de tantos judíos de Budapest del Holocausto. Fue en este contexto en el que se recibió la poco fiable noticia de diciembre de Simon Wiesenthal, que se transformó en una inversión norteamericana significativa en el caso de Raoul Wallenberg.

Al examinar la correspondencia de Maj von Dardel de aquella época y compararla con los telegramas oficiales suecos y estadounidenses del mismo periodo, es posible identificar el lunes 9 de enero de 1978 como el punto de inicio de la campaña norteamericana

que estaba por venir. Ese lunes, Annette Lantos tomó su pluma roja y escribió su primera carta a la madre de Raoul en Suecia. Habría muchas más. Durante el resto del año, el correo del matrimonio Von Dardel se decuplicaría, en gran medida debido al hecho de que la incorporación de Annette Lantos resultó coincidir con la correspondencia casi igualmente voluminosa de un activista por los derechos humanos germanooccidental con ascendencia judía.

En su primera carta, la señora Lantos decía a Maj von Dardel que había leído una entrevista de Simon Wiesenthal en la revista *New York* justo

antes de Navidad y que, como resultado, había entendido que Raoul Wallenberg seguía vivo. Desde entonces no había sido capaz de dejar el caso. Durante las tres semanas de vacaciones de Navidad y Año Nuevo había trabajado mucho para divulgarlo y había reunido documentación para un expediente especial dedicado a Raoul Wallenberg. Por ejemplo, había mandado traducir algunos artículos del periódico para emigrantes ruso *Kontinent*.

Y tenía buenas noticias para los Von Dardel. Su trabajo había dado resultado. Según Annette Lantos, Eizenstat, el asesor principal de Carter, ya había incluido el nombre de Raoul

Wallenberg en la lista de prisioneros políticos en la Unión Soviética de alta prioridad para el Departamento de Estado estadounidense, prisioneros a cuyos casos Estados Unidos se dedicaría, en lo sucesivo, en sus negociaciones con el Kremlin.

Fue una sensación política. Si resultaba ser cierto, significaba que había una decisión al más alto nivel político de implicarse en uno de los casos más sensibles de la política exterior bilateral sueca. Y se decía que este movimiento polémico se había logrado en un tiempo récord, sin

consultar primero ni al Gobierno sueco ni a la familia de Raoul Wallenberg. Todo parecía muy improbable.

En realidad, el asunto era bastante más complejo. El embajador estadounidense en Estocolmo describió la situación como sigue, en una carta de enero de 1978:

[...] en lo diplomático, el tema es un asunto entre el Gobierno de Suecia y el de la Unión Soviética. No hay legal y diplomáticamente nada que mi Gobierno [...] pueda hacer [...]. En un sentido personal, es muy frustrante para mí estudiar este asunto y ver que no puedo hacer nada oficialmente.

No sería correcto decir que las acciones diplomáticas suecas en el caso Wallenberg mereciesen tal respeto. Pero los principios eran principios, y se precisaban otras estrategias. Una intensa campaña privada para dar a conocer el caso Wallenberg a los estadounidenses, llamar la atención internacional sobre él y convertirlo en una causa estadounidense podría, quizá, cambiar las cosas, y encajar a la perfección en la agenda de derechos humanos de Carter. Algo que confirmó más tarde Annette Lantos en una entrevista para este libro:

Eso es absolutamente correcto. Esa fue mi parte en ello. Debía crear tal interés, crear tal demanda por parte de los estadounidenses de que hiciésemos algo al respecto de esta escandalosa injusticia, tanto interés y apoyo públicos como para que el presidente pudiese actuar.

Stuart Eizenstat explicó más tarde la deliberada estrategia a la autora:

No parecía que el caso de Raoul Wallenberg fuese de mucha prioridad para el Gobierno sueco. Así que yo quise elevarlo en su agenda para que lo abordasen de forma más agresiva con los soviéticos, pues afectaba, después de todo, a uno de sus ciudadanos. No creo que el Gobierno sueco quisiese soliviantar

a los soviéticos, hacer de esto un problema. Pero hicimos todo lo que pudimos para seguir presionándolos.

Para aquellos en Suecia a los que preocupaba Raoul Wallenberg, este interés surgido en Estados Unidos de la noche a la mañana suponía una luz repentina en la oscuridad de los últimos quince años. Por fin alguien quería hacer algo.

Annette Lantos era rápida y profesional. Envió varias cartas al mes a Suecia con instrucciones. Pronto pidió a Maj von Dardel, de ochenta y siete años, que se había roto el brazo derecho y cuya vista fallaba, que escribiese al

presidente Jimmy Carter y a Stuart Eizenstat solicitando ayuda de Estados Unidos. Lantos quería también que Maj escribiese a Solzhenitsyn y a Amnistía Internacional para pedirles que se pusiesen en contacto con Carter con el mismo fin. Annette Lantos subrayó en su mensaje que necesitaba dichas cartas para el expediente especial de Raoul Wallenberg que estaba ya en poder del asesor principal de Carter, Eizenstat. Por razones poco claras, Lantos dio a Maj también el nombre de un periodista internacional de la emisora de radio nacional Sveriges Radio en Estocolmo.

Ella ya le había escrito y urgía a Maj von Dardel a ponerse en contacto con él y apremiarlo.

Antes de terminar el mes de enero, Annette Lantos se encontraba en un avión a Washington para confirmar el apoyo de la Embajada sueca a una campaña norteamericana a favor de Raoul Wallenberg. Porque, como señaló, sin la luz verde de los suecos, el asunto no podía presentarse al presidente Carter. Solo había pasado un mes desde que había leído la entrevista de Simon Wiesenthal, pero Annette Lantos podía decir a Maj von Dardel que ya había conseguido implicar al distinguido periodista norteamericano Jack

Anderson, columnista del *Washington Post*, entre otros. Jack Anderson podría aportar publicidad sobre Raoul Wallenberg en unos 950 periódicos, suponiendo que la Embajada sueca estuviese de acuerdo.

En la Embajada sueca de Washington recibieron a Annette Lantos como la ciudadana de a pie que era. Se le explicó que Raoul Wallenberg no era, en absoluto, un caso olvidado en Suecia; que apreciaban mucho su implicación, pero que la responsabilidad política del caso estaba en manos del Gobierno sueco, no de Estados Unidos.

A la señora Lantos le ofendió la respuesta. Los diplomáticos suecos no podían entender por qué, «a menos que de verdad quiera decir que la Embajada debería animar a los senadores, al Departamento de Estado y a la Casa Blanca a tratar el caso con el presidente Carter, de forma que se convierta en un eslabón de su debate sobre los derechos humanos con Brézhnev. Por supuesto, no podemos hacer algo así sin instrucciones del Gobierno», escribió el embajador sueco Wilhelm Wachtmeister en un telegrama al Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo.

En el ministerio continuaban las deliberaciones sobre Moshinski, el disidente cuyo testimonio había añadido urgencia a las acciones de Simon Wiesenthal y Annette Lantos. Puesto que los estadounidenses también habían tenido contacto con él, el ministerio había enviado algunas preguntas formales al Departamento de Estado norteamericano. Querían la opinión de los norteamericanos sobre la credibilidad de Moshinski y también saber si Estados Unidos tenía alguna imagen de satélite que pudiese confirmar o desmentir la existencia de un campo de prisioneros en la isla de Wrangel.

Pero la respuesta estadounidense tardó mucho tiempo en llegar. Entretanto, Håkan Wilkens, el representante de la Embajada sueca en Tel Aviv, se convenció por completo de que Moshinski mentía. Las dos cartas manuscritas que el exprisionero había presentado como «prueba» eran claras falsificaciones. Incluso Wiesenthal se dio cuenta de su error y lo hizo público. Cuando llegó por fin la respuesta del Departamento de Estado, en abril de 1978, la encontraron insípida. La información de Estados Unidos sobre Moshinski era «incompleta» y, aunque existían imágenes de satélite que descartaban claramente la existencia de

un campo de prisioneros en la isla de Wrangel, no se las enviaron a los suecos. En el Ministerio de Exteriores se quejaron con vehemencia por lo que consideraban falta de disposición de los estadounidenses a ayudar.

La falta de cooperación del Departamento de Estado se debió en parte a la CIA, adonde se habían reenviado las preguntas oficiales suecas. La CIA había ofrecido una respuesta al Departamento de Estado, con estrictas exigencias sobre los límites de su divulgación. Era como si los estadounidenses quisieran mantener la

nueva información viva durante tanto tiempo como fuese posible, aun cuando sabían que era falsa.

La CIA tenía su cuartel general a cierta distancia de las oficinas gubernamentales estadounidenses, en la ciudad dormitorio de Langley, a unos diez kilómetros al norte de la capital del país. Llevaba tiempo mostrando interés en el caso de Raoul Wallenberg, en gran parte en el ámbito de sus operaciones más psicológicas y propagandísticas. Esto se había manifestado, en esencia, «introduciendo» noticias sobre Raoul Wallenberg en los medios de

comunicación mediante señuelos, para ofender a los soviéticos y fortalecer el desdén de la opinión pública sueca hacia el comunismo. En 1974, por ejemplo, se dijo que el personaje «Andersson» de uno de los libros de Solzhenitsyn era Wallenberg. La CIA en Europa informó a Langley de que, aunque el dato era falso, sus agentes podían divulgarlo a la prensa sueca «para provocar cierta incomodidad en la Embajada soviética en Estocolmo».

La nueva implicación del presidente en los derechos humanos con vistas a la Guerra Fría había dejado su huella también en el trabajo de la CIA. Se percibía entonces un aumento claro

del interés de esta en Raoul Wallenberg en los telegramas internos, en especial en aquellos que se archivaban bajo el nuevo programa llamado «Derechos Humanos en la URSS y Europa Oriental». El presupuesto para actividades de propaganda también parece haber aumentado. En lo sucesivo, la CIA organizaría partidas para sufragar los viajes de los periodistas que quisiesen escribir sobre Raoul Wallenberg, o encargarse, financiar y dirigir los contenidos de documentales sobre él. Pero nada de esto sucedió abiertamente. No está siquiera claro que los periodistas implicados tuviesen idea de quién estaba tras el asunto.

De estos telegramas de la CIA se puede deducir que la agencia de inteligencia estaba colaborando con un agente anónimo en el programa documental sobre política *ZDF Magazin* de la televisión germanooccidental ZDF. Este programa llegó a tener un papel absolutamente decisivo cuando la nueva ola de interés internacional en Raoul Wallenberg ganó fuerza. Como por casualidad, el programa de televisión de Alemania Occidental se especializó en informes sobre la opresión en los países comunistas.

Estos contenidos «introducidos» de forma «invisible» en los medios eran parte del trabajo de propaganda de la

CIA contra las violaciones de derechos humanos soviéticas. Eran parte de lo que la CIA llamaba operaciones psicológicas, o «*psy-ops*», como se las denomina hoy. En una sesión del Congreso el 27 de diciembre de 1977, sobre las relaciones de la CIA con los medios de comunicación, el exjefe de la CIA, William Colby, habló sobre el trabajo de la agencia para influir en el desarrollo político de países extranjeros: «Formas obvias de ejercer influencia han sido a través de periódicos y otros medios de comunicación extranjeros», dijo William Colby. Confesó que, a veces, los agentes

de la CIA habían actuado haciéndose pasar por periodistas, incluso trabajado como reporteros.

En aquella sesión, Colby defendió el uso que hacía la CIA de la llamada propaganda negra y gris: operaciones encubiertas en las que la información o bien se difunde a través de una tercera fuente para ocultar la real (propaganda gris) o bien se inventa pero se presenta como creíble (propaganda negra). Colby argumentaba que dichos métodos habían sido históricamente un eficaz «apoyo a las voces de la libertad frente a las campañas de propaganda masivas del mundo comunista».

Se podría añadir que las agencias de inteligencia soviéticas aplicaban este tipo de campañas de propaganda con incluso más entusiasmo.

El descrédito de Moshinski no desanimó en absoluto a Annette Lantos. Tampoco lo hizo el aparente escepticismo de los suecos en cuanto a incluir el caso Wallenberg en la campaña política del presidente Carter contra la Unión Soviética. «Puesto que el embajador sueco parece, por el momento, descartar toda acción gubernamental, estamos intentando ver si la publicidad en periódicos estratégicos [...] podría

ayudar», escribió Annette Lantos a Maj von Dardel en la primavera de 1978. Lantos decía que había vuelto a estar en contacto con Jack Anderson, que estaba esperando poder comenzar. La afirmación se quedaba, cuando menos, corta. Anderson parece haber participado activamente dando forma a la estrategia de la campaña: «El periódico más importante para nuestro propósito será el *Washington Post* — escribió el ayudante de Jack Anderson a Lantos antes de la publicación del primer artículo de este—. Ha sido un placer colaborar con usted».

Tampoco parece Simon Wiesenthal haber permitido que lo distrajese la desinformación de Moshinski. Planeaba entonces aumentar la implicación del pueblo norteamericano, y se había puesto en contacto para ello con el columnista Jack Anderson, escribió a Maj en la primavera de 1978. Ese verano, Wiesenthal viajó a Suecia, más ansioso que nunca. Quería crear un comité internacional a favor de Raoul Wallenberg, con el objetivo de acorralar a los rusos y el mandato de apelar al presidente Carter si la Unión Soviética no contestaba.

En California, Annette Lantos aceleró su campaña. Junto con su marido, Tom, preparó entre otras cosas una carta abierta al *New York Times* y una cuña para el programa de televisión *60 Minutes*. Pero la reticente actitud de la Embajada sueca suponía un problema. Era, por tanto, incluso más importante que las iniciativas viniesen de Maj von Dardel, subrayaba Lantos. En una carta a una amiga de la familia recomendaba encarecidamente que los Von Dardel contratasen a una empresa profesional estadounidense de relaciones públicas.

En Suecia, sin embargo, aquel renacimiento americano era invisible. Aunque Fredrik y Maj von Dardel

celebraban las inesperadas acciones del otro lado del Atlántico, en general estaban más desanimados que nunca. Durante la primavera, Moshinski tuvo el mal gusto de enviarles una carta claramente falsificada dirigida a «Mi queridísima mamá», una carta que decía había sido dictada por Raoul Wallenberg en Irkutsk. Sus padecimientos no acabaron ahí. Fredrik y Maj habían puesto una gran esperanza en la visita de la pareja real sueca a la Unión Soviética en junio de 1978. Cuando no resultó nada de ella, los Von Dardel sintieron que la oscuridad era

más impenetrable que nunca, lo que Fredrik von Dardel, de noventa y tres años, confió así a su diario:

Nuestra larga campaña por Raoul no ha llevado ni a su liberación ni a cierta claridad sobre su final. Lo hemos intentado mientras nos ha durado la fuerza, pero no podemos seguir. No puedo leer ya y apenas puedo escribir, y la vista de Maj también es mala. Tengo que rendirme.

El padrastro de Raoul Wallenberg tenía un plan. Había participado durante mucho tiempo activamente en el debate sobre la muerte asistida. Fredrik von

Dardel tenía la firme opinión de que se debía permitir a una persona decidir cuándo quería poner fin a su vida.

«Tengo que rendirme», había escrito Fredrik von Dardel en su diario el 10 de julio de 1978. Ese mismo día se puso en contacto con un médico sueco que compartía su punto de vista y que deseaba ayudar. Fredrik von Dardel escribió al médico en su nombre y en el de su esposa para agradecerle los somníferos que le había recetado. Pero aún no había llegado el momento adecuado.

Los hermanos de Raoul, Nina Lagergren y Guy von Dardel, se hicieron cargo entonces, liberando a sus exhaustos padres. Guy observaba los acontecimientos recientes con sentimientos contradictorios. La publicidad en Estados Unidos era, quizá, positiva, pero también tenía riesgos. «Creo que es importante que nuestras acciones en cuanto a Raoul no se conviertan en parte de una campaña antisoviética más general», escribió Guy von Dardel a Annette Lantos en California a finales de 1978. Dejó claro que la familia no tenía los medios financieros necesarios para contratar a cabilderos estadounidenses y expresó su

escepticismo hacia el valor de las intervenciones de otros gobiernos. Tal como lo veía él, el principal objetivo debía ser cambiar la actitud del Gobierno sueco. Para ello, eran precisos datos nuevos y creíbles.

En la campaña en curso, decía Guy von Dardel, había algunos errores flagrantes que debían ser corregidos. Sin menospreciar lo importantes que habían sido las contribuciones de Simon Wiesenthal para la familia, su nuevo testigo, Moshinski, no había «resuelto el misterio». Era por tanto desafortunado, creía él, que la declaración hubiese resurgido en un nuevo anuncio a toda página de la campaña de Lantos.

Annette Lantos contestó que sabía que el testimonio de Moshinski carecía de fundamento. Pero ante el público seguía manteniendo que la declaración de Wiesenthal era válida por la gran atención que había atraído. Escribió a los Von Dardel que no veía «que podamos obtener ventaja alguna obsesionándonos por la exactitud de los datos».

En el otoño de 1978, las perspectivas de influir en el Gobierno sueco en cuanto al caso de Raoul Wallenberg parecían mejores de lo que habían sido en mucho tiempo. El dominio de cuarenta y cuatro

años —hacia el final, bastante fatigado — de los socialdemócratas se había interrumpido al llegar al poder una coalición de partidos de centro derecha dos años antes. El Gobierno de coalición se disolvió apresuradamente en octubre de 1978, pero fue sustituido por un Gobierno en minoría del Partido Liberal, lo que era casi una ventaja en aquel contexto. Al Partido Liberal pertenecían muchos políticos interesados en el caso de Raoul Wallenberg.

El problema básico seguía siendo el mismo, no obstante. Se necesitaba algo «innegablemente nuevo» para que el Gobierno sueco pudiera dirigirse de

nuevo a los rusos. Fue lo que dijeron a Nina Lagergren y Guy von Dardel en noviembre, cuando se reunieron con el nuevo ministro de Exteriores, Hans Blix. Era el mismo mensaje que los estadounidenses habían estado recibiendo de la Embajada sueca en Washington.

Se precisaban datos frescos y, de hecho, llegaron, aunque de fuentes ligeramente inesperadas.

A finales de noviembre de 1978 contactó con un funcionario de la Oficina Oriental del Ministerio de Asuntos Exteriores, Sven Hirdman, un reportero de televisión sueco que decía haber recibido un soplo de un colega del

programa *ZDF Magazin* de la televisión germanooccidental. La información era sobre un judío polaco, Abraham Kalinski, que había estado prisionero en la Unión Soviética durante casi veinte años, aunque ahora vivía en Israel. Según el colega alemán, Kalinski no solo había conocido a Raoul Wallenberg en persona en los años cincuenta: también sabía de gente que lo había visto hacía tan solo cinco o seis años.

El reportero de televisión dijo a Hirdman que el periodista germanooccidental no estaba interesado en Wallenberg y por eso había contactado con él en Estocolmo. También dijo estar dispuesto a retrasar

la exclusiva si el Ministerio de Exteriores deseaba hablar con Kalinski primero.

Claro que el Ministerio de Exteriores quería esa ventaja, de modo que Sven Hirdman envió un telegrama urgente a la Embajada en Tel Aviv. A través del inesperadamente diligente y servicial periodista alemán del *ZDF Magazin*, consiguió hacerse con la dirección y el número de teléfono de unos familiares de Kalinski en Haifa. Pronto, Wilkens, de la Embajada sueca, estaba de camino para conocer al nuevo testigo. El periodista de la *ZDF* recibiría más tarde una nota de agradecimiento del Gobierno sueco por

su hábil intermediación en el asunto. Lo que Sven Hirdman no sabía es que el periodista alemán lo contaría todo más tarde en una de sus reuniones habituales con la CIA.

Tras la visita a Haifa, Wilkens informó de que el interesante testigo Kalinski estaba en la sesentena y parecía bastante convincente. Kalinski decía que había estado en la prisión de Vladímir a finales de la década de 1950 y que, mediante mensajes clandestinos, había llegado a conocer a otro preso llamado Raoul, que estaba en la celda de al lado. Kalinski tenía que viajar pronto a Nueva York «para conversar con funcionarios americanos sobre sus experiencias

soviéticas», escribió Wilkens en su informe a Estocolmo. Una vez allí, contactaría con una persona de la que sabía que había conocido a Raoul Wallenberg en la misma prisión en los años sesenta.

La credibilidad de Kalinski también se tambalearía con el tiempo, pero su importancia no residía en lo que podía decir sobre Raoul Wallenberg, sino en el cambio radical de tono que su entrada en escena significó para el caso. Incluso treinta y tres años más tarde se puede sentir la febrilidad del intercambio de telegramas internos clasificados del Ministerio de Exteriores. El círculo de confianza del

ministerio estaba estrictamente limitado. Se había prohibido hablar al cónsul sueco en Nueva York, que estaba preparado para la llegada de Kalinski a mediados de diciembre, y también se le pidió que mantuviese todos los telegramas sobre la nueva pista bajo llave.

Dio la casualidad de que, en diciembre de 1978, el subsecretario Leif Leifland y Sven Hirdman iban a estar de viaje en Estados Unidos por negocios. Añadieron de inmediato a su agenda una reunión de tres horas con el nuevo testigo. Kalinski era hablador, «saltaba

de una asociación a otra» y aportó, al menos, tres datos nuevos inesperados: 1) sabía de un tal Yan Kaplán, anticuario de Moscú, que había visto a Wallenberg en la enfermería de la prisión de Butyrka en 1975; 2) él mismo había visto a Raoul en el patio de ejercicios de Vladímir unas veinte veces entre los años 1956 y 1958 y, 3) había estado en contacto con Wallenberg a través de mensajes golpeados en las paredes de esa misma prisión.

Esta información era sensacional y merecía, definitivamente, ser investigada. Leifland y Hirdman rogaron a Kalinski que mantuviese su historia en secreto durante un tiempo, de forma que

podiesen avanzar su investigación. Pero el antiguo prisionero mantenía que «solo una acción de protesta a gran escala» podía resolver el destino de Raoul Wallenberg. Kalinski sugirió, por su parte, que el Gobierno sueco debía celebrar una rueda de prensa sobre su testimonio tan pronto como fuese posible y presionar con ello a los rusos.

Leifland y Hirdman debían apresurarse. Las noticias podían filtrarse en cualquier momento. Además, se acercaba la Navidad. Su ansiedad aumentaba y, durante los días siguientes, enviaron otra petición de confidencialidad a Kalinski. Pero era demasiado tarde. Este ya había

mantenido largas conversaciones con un periodista, dijo al cónsul sueco. Dicho periodista era Jack Anderson. A pesar de ello, el Ministerio de Exteriores disfrutaría de un breve respiro: Kalinski sabía que Jack Anderson no publicaría su artículo hasta dos semanas más tarde, justo después de la fiesta de Año Nuevo.

Durante las entrevistas llevadas a cabo para este libro, Leif Leifland ha declarado que los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores intentaron frenar. Pero los apremiaba la amenaza de publicidad en Estados Unidos y todo se aceleró por el hecho de que Suecia resultaba tener un nuevo primer ministro, Ola Ullsten. Los

funcionarios de Exteriores tenían la impresión de que Ullsten ansiaba una contribución histórica durante su mandato. Ante la nueva información sobre Raoul Wallenberg, el primer ministro, según Leifland, parecía «un hambriento que no ha visto comida en semanas».

La disposición a actuar era impresionante. El 3 de enero de 1979, el Gobierno sueco envió su primer mensaje diplomático sobre Raoul Wallenberg a la Unión Soviética en catorce años. Por primera vez desde las actividades relacionadas con Nanna Svartz en los años sesenta, el Gobierno sueco juzgó que contaba con un testimonio tan

creíble que Suecia podía proceder a la acción diplomática. Suecia pidió que la Unión Soviética iniciase una investigación y, entre otras cosas, informase de si Wallenberg había estado en la prisión de Vladímir a finales de la década de 1950, así como en la enfermería de la prisión de Butyrka, en Moscú, tan recientemente como en 1975.

La amenaza de publicación inminente resultó ser exagerada. La nueva información no apareció en la prensa mundial hasta los primeros días tras la respuesta soviética, que fue breve y llegó al Ministerio de Exteriores el 24

de enero de 1979. La Unión Soviética hacía hincapié en que «no hay nada nuevo y no puede haberlo en la cuestión del destino de R. Wallenberg». Según esta respuesta, la nueva información de Kalinski había sido investigada, sin alterar la evaluación soviética. «Las afirmaciones de que R. Wallenberg estaba en la Unión Soviética incluso en 1975 no se corresponden con la realidad», concluía el mensaje.

El Ministerio de Exteriores consideró que la respuesta era «más cortés de lo esperado». Pero, para Maj y Fredrik von Dardel, que habían comenzado a acariciar de nuevo esperanzas tras la sensacional

investigación sueca, la respuesta negativa fue más de lo que podían soportar. Creían a Kalinski, no a los rusos. «¡No podemos abandonar!», dijo Maj von Dardel en una entrevista telefónica con el periódico vespertino *Expressen*, pero lloraba cuando colgó.

La desdeñosa reacción de los soviéticos quedó ahogada por la cobertura de la prensa a Abraham Kalinski, el nuevo e interesante testigo. Lo entrevistaron una y otra vez en todos los medios suecos, y pronto su historia dio la vuelta al mundo.

Los más perspicaces podrían haber echado por tierra el testimonio de Kalinski a comienzos de la primavera.

Entre otras cosas, Kalinski afirmaba erróneamente haber visto cómo transportaban a Raoul Wallenberg por aire de Budapest a Moscú el 20 de enero de 1945, lo que no se correspondía con los numerosos testimonios de los compañeros de prisión de Raoul. También afirmaba que había contactado con la Embajada sueca en Tel Aviv tras haber leído un artículo sobre Raoul Wallenberg. Esto era, simple y llanamente, mentira.

Pero en el Ministerio de Exteriores se consideró a Abraham Kalinski un testigo creíble durante mucho tiempo. Hoy Sven Hirdman tiene dificultades para señalar el momento exacto en que

el ministerio cayó en la cuenta de que Kalinski estaba mintiendo. Pero recuerda lo que provocó que rechazasen, por fin, a este testigo de ensueño.

A comienzos de la década de 1980, Kalinski apareció con una carta sobre Raoul Wallenberg, que decía haber recibido del médico que había dirigido la enfermería en la prisión de Vladímir. Hirdman envió la nueva carta de Kalinski al laboratorio forense nacional, que pudo concluir fácilmente que estaba escrita por el propio Kalinski. A la misma conclusión se llegaría, con el tiempo, en cuanto a las cartas y tarjetas manuscritas que Kalinski presentó como pruebas, pero estas revelaciones no

llegarían hasta más tarde, cuando se había disipado el resplandor de la publicidad.

Hoy Sven Hirdman recuerda que «hubo una gran cantidad de artículos escritos sobre Kalinski y Raoul Wallenberg aquel año —en el *New York Times*, en periódicos franceses y alemanes—; solo gracias al falso testimonio de Kalinski se internacionalizó el caso de Raoul Wallenberg. Antes de eso, el caso Wallenberg era estrictamente sueco, y conocido en realidad solo en el país. No era un caso internacional. Suecia tampoco había intentado nunca lograr

ningún tipo de internacionalización. Pero esta llegó con Kalinski. A regañadientes».

La CIA seguía las evoluciones del caso de Raoul Wallenberg muy de cerca y continuó recibiendo informes de su contacto activo en el canal de televisión germanooccidental ZDF. Este recibió, a su vez, las últimas noticias del avance en Suecia a través del reportero de televisión sueco. Según este, la noticia sobre Kalinski «ha surtido efecto y ha vuelto a la opinión pública contra las violaciones de los derechos humanos de

la Unión Soviética en general y el tratamiento del país a Raoul Wallenberg en particular».

En el cuartel general de la CIA en Langley había un entusiasmo palpable por la atención que rodeaba a Raoul Wallenberg. Poco después se envió un telegrama a la estación de la CIA en Alemania Occidental:

C. G. aconseja seriamente [...] preparar amplio reportaje o serie de cuñas sobre caso Raul [sic] Wallenberg. Ideal imaginamos sección completa de *ZDF Magazin* dedicada a la historia, varios reportajes de *Magazin* consecutivos o, si no posible, [...] iniciativa de periodistas independientes para *Auslandsjournal* o

noticiario similar en TV germanooccidental [...]. Esperamos que, con tanta ayuda de RTACTION [nombre en código para la CIA] como sea precisa, reportaje Wallenberg incluya entrevistas filmadas con A) madre Wallenberg en Suecia y B) funcionario Gobierno sueco.

La CIA no se limitó a ofrecer consejos generales al reportero de televisión, que obtendría todos los documentos que deseara (y que casualmente era, por supuesto, la misma persona que había ayudado a Sven Hirdman con la dirección de Kalinski). La agencia de inteligencia también ofreció materiales de apoyo al reportero de la ZDF en cuestión, entre otros un

largo artículo que Kalinski había publicado hacía poco en ruso, así como los nuevos datos de contacto del antiguo prisionero.

La CIA incluyó, naturalmente, a Kalinski en la lista de entrevistados deseables para el documental alemán. También mencionó a Nanna Svartz, la profesora de Medicina, cuya dirección y número de teléfono particulares se telegrafiaron desde Washington. En sus frecuentes intercambios de telegramas, el cuartel general de la CIA proporcionó a su estación de Alemania Occidental los números y direcciones personales del subsecretario Leif Leifland y de Sven Hirdman, del Ministerio de

Exteriores. La CIA los vigilaba y avisó a Alemania Occidental cuando supo que Leifland estaba en Estocolmo. «Con suerte, la televisión sueca utilizará/comprará el reportaje de la ZDF», escribió el cuartel general en un telegrama a su estación en Alemania Occidental.

Más adelante se dio al proyecto del documental de la ZDF el acrónimo CA, es decir: *covert action* («acción encubierta»), lo que significaba que era un proyecto secreto y que el documental se clasificaría como propaganda gris o negra.

La CIA continuaría proporcionando la ayuda que se precisase en el caso de Raoul Wallenberg, aunque la necesidad de esta manipulación de gran alcance pareció reducirse. Después del magnífico avance internacional con el testimonio de Kalinski, gran cantidad de la atención deseada llegaba automáticamente. El caso había alcanzado un umbral tras el que no necesitaba mucho más. Se avivó el interés en todo el mundo. Pese a que había tardado lo suyo, tras décadas de infructuosa diplomacia sueca, el caso de Raoul Wallenberg se convirtió en un gran tema incluso más allá de las fronteras del país.

Al fin, el diplomático *amateur* sueco desaparecido recibiría el gran reconocimiento internacional que tanto merecía. Por desgracia, no todos los implicados serían testigos de los muchos elogios y galardones.

Maj y Fredrik von Dardel no podían enfrentarse a otra decepción. Vivían con la firme convicción de que toda persona tenía derecho a determinar cuándo la vida había dejado de significar algo para ella. Y a ellos les había llegado el momento.

El lunes 12 de febrero de 1979, Fredrik von Dardel, de noventa y tres años de edad, fue hallado muerto en su cama. Había tomado los somníferos que habían recetado a la pareja durante el verano: una dosis suficiente para garantizar que no volvería a despertar. Dos días más tarde, Maj von Dardel seguiría a su marido.

La madre y el padrastro de Raoul Wallenberg habían expresado un último deseo a sus hijos, Nina Lagergren y Guy von Dardel. Maj y Fredrik les pidieron que no cesasen en la lucha por su hermano mayor, que continuasen

viviendo con la convicción de que su hermano seguía vivo, si era preciso hasta el final del siglo.

Los hermanos cumplirían la promesa.*



Våra älskade

Fredrik
von Dardel

* 28 augusti 1885

† 12 februari 1979

Maj von Dardel

* 2 maj 1891

† 14 februari 1979

RAOUL
GUY och MATTI
NINA och GUNNAR
Barnbarn
Barnbarnsbarn

*För det tappra hjärtat är
ingening omöjligt*

Jordfästning i stillhet. Tänk
på Amnesty International
pg. 4 59 77-6.

VERSALLES, PRIMAVERA DE 2010

Las gallinas han puesto, por fin, sus huevos y el gallo se pasea orgulloso por el jardín de Marie Dupuy en Versailles, cerca de París. Marie Dupuy es la benjamina de Guy von Dardel, y he viajado hasta aquí para escarbar en el archivo privado de su padre, que tiene una historia especial propia y ocupa hoy todo uno de los pisos superiores

de la casa de ella. Marie dice que está tentada de estampar la abreviatura T. S. L. T. en los ochenta y cinco archivadores negros: «Trabajo, Sudor, Lágrimas y Terquedad».

Hace un par de años que decidió ir a la casa de sus padres en Suiza, recoger las pilas de papel de su padre y organizarlas en un archivo. Veía esta labor como una psicoterapia esencial. Marie tenía una fuerte necesidad de intentar entender, que no se redujo con la muerte de su padre en 2009.

—Papá nunca hablaba sobre Raoul cuando éramos niñas. Para nosotras, el tal Raoul Wallenberg era un misterio, una pesada carga que papá acarreaba, pero de

la que nunca le oímos hablar. Sabíamos que su hermanastro había salvado a miles de judíos y que había desaparecido, pero no conocíamos los detalles. Era como si quisiera protegernos de la historia —me cuenta Marie Dupuy.

La hermana de Marie, Louise von Dardel, que se une a nosotras más tarde, añade:

—Raoul era como una gran nube negra. No sabíamos lo que había en aquella nube, para la que no existían palabras. Por tanto, no era posible dialogar con papá sobre ello. Era algo opresivo y silencioso, como de una película de Ingmar Bergman.

La nube se cernía entre ellas y su padre. Aquel misterioso hermanastro estaba a la vez ausente e inquietantemente presente. No se lo veía ni en una sola fotografía de la casa en la que ellas crecieron, pero estaba siempre en los pensamientos de Guy. Recuerdan cómo podían estar saliendo para una excursión familiar y terminar sentadas en el coche durante una hora porque Guy «tenía que terminar primero una carta importante» sobre Raoul. Su padre estaba siempre sentado a la máquina de escribir. Al crecer, a veces expresaron suaves protestas durante la cena:

—Papá, no sabemos si Raoul está vivo, pero nosotras sí, ¡y estamos aquí!

—Era una presencia diaria, aunque virtual —observa Marie.

—Pero cuando preguntábamos a papá si nos podía contar más sobre su hermano, sobre la persona que era, simplemente callaba. Era más fácil hablar con él sobre física —comenta Louise.

Describen a su padre como un hombre cálido y tranquilo, algo reservado socialmente. Prefería la vida sencilla —su investigación y pasear por la montaña— a las fiestas. Dicen que tenía un maravilloso sentido del humor, pero que desapareció con los años.

—El trabajo por Raoul lo destrozó. Sin el apoyo de mamá, nunca habría podido continuar tanto tiempo —dice Marie—. Para

papá solo había dos bandos: o estabas a favor de Raoul o en contra. Todo el que quería ayudarlo en su investigación estaba a favor de Raoul, los que se la entorpecían de alguna forma estaban en contra.

El Ministerio de Asuntos Exteriores estaba entre estos últimos. Igual que los parientes de Raoul de la familia banquera Wallenberg, que no deseaban seguir apoyando la investigación y, de forma humillante, prohibieron a Guy von Dardel buscar información sobre su hermano en los archivos privados de los Wallenberg.

Marie no ha contado los documentos, pero calcula que sacó de la casa de sus padres en Suiza entre cinco mil y ocho mil cartas y memorandos. El acercamiento a

esta parte desconocida de la vida de su padre no se produjo sin dolor. Colocar la nube negra de su familia en cajas del mismo color le pareció lo más apropiado.

—Me sorprendió mucho. Sabía que papá tenía mucho papel, pero no me había dado cuenta de cuánto era. ¡Una cantidad de tiempo tan enorme!

Las cajas negras están colocadas en estanterías blancas. Nos lleva varios días repasar lo más esencial y solo hemos arañado la superficie. Aquí encontramos toda la correspondencia desde 1945. Está claro que Guy von Dardel redobló sus esfuerzos a finales de los años setenta. Igual que su hermana, Nina Lagergren.

No todo es deprimente. Hay también éxitos, algunos tremendos. Hay avances con los que Maj y Fredrik von Dardel nunca habrían soñado. Pero aún no hay respuestas.

Uno de los días, Matilda von Dardel, de ochenta y siete años, viene a Versalles. Es la viuda de Guy von Dardel y la madre de Marie, e intenta ayudar dirigiéndonos lo mejor que puede. Se sienta en una silla y nos sigue con la mirada mientras nos abrimos camino entre los montones de papel y bajamos cajas de las baldas. Aun cuando lo vivió todo, parece ligeramente impresionada por la amplitud de la

colección. Menciona las desorbitadas facturas de teléfono que todo el trabajo sobre Raoul traía consigo.

—Esto debe de haber ocupado a Guy más de lo que incluso a mí me pareció nunca. Ojalá lo hubiese entendido —dice Matilda von Dardel.

«ADIÓS, SEÑOR
WALLENBERG»

Nina Lagergren y Guy von Dardel se habían acostumbrado, como sus padres, al tibio interés del Ministerio de Asuntos Exteriores en su hermano desaparecido. Desde la época de Östen Undén, la causa de Raoul había

consistido, principalmente, en luchar solos contra el viento, encontrándose con miradas desviadas, suspiros afligidos y llamadas de teléfono sin respuesta. Habían aprendido a vivir con ello. Sabían que la batalla por Raoul significaba mucho trabajo y tener que encontrar satisfacción en las excepciones positivas. Después de la muerte de sus padres, esto era a lo que los dos esperaban enfrentarse.

Pero en la primavera de 1979, todo cambió de repente. La élite política del mundo extendió sus alfombras rojas para la familia de Raoul Wallenberg. Durante un tiempo fue casi más fácil para Nina Lagergren y Guy von Dardel reunirse

con ministros estadounidenses o israelíes de lo que había sido para sus padres que les pasasen una llamada en la centralita del Ministerio de Exteriores.

El caso de Raoul Wallenberg se había convertido en política mundial. Después del avance internacional con el testimonio de Abraham Kalinski, en enero de 1979, todo había pasado tan rápido que ni Nina ni Guy habían tenido realmente tiempo para reflexionar sobre ello. En abril de ese mismo año convocaron a Nina Lagergren a una rueda de prensa en Londres con solo dos días de aviso. Algunos políticos británicos comprometidos con los

derechos humanos querían formar una comisión y pedir que la Unión Soviética liberase a Raoul Wallenberg. Poco después hubo nuevas convocatorias de Londres. El primer ministro israelí, Menájem Beguín, había estado allí en visita oficial y recibió preguntas sobre Wallenberg. Informaron a los hermanos de Raoul de que estaban invitados a visitar a Beguín en Israel a comienzos de junio.

No era mera cortesía. A Nina y Guy los recibieron en el aeropuerto de Tel Aviv los Volvo blancos del propio primer ministro Beguín. La visita tuvo la cobertura de la prensa, la radio y la televisión internacionales. Los hermanos

de Raoul Wallenberg disfrutaron de un cuarto de hora a solas con Menájem Beguín, interrumpido solamente, al principio, por un equipo de televisión de la BBC. A Nina Lagergren le preocupaba que los quince minutos transcurriesen sin que se dijese nada sustancial. Pero Beguín los sorprendió. Dijo que tenía previsto convertirse en el primer miembro de la comisión a favor de Raoul Wallenberg que se formaría en Israel. «Entonces, de repente, miró su calendario y dijo: "La cumbre con Carter y Brézhnev comienza en Viena dentro de cinco días. No queda mucho tiempo, pero pediré al presidente Carter que plantee la cuestión a Brézhnev"»,

relatarían más tarde Nina y Guy. Y, ante un reportero de la revista *Vecko-Journalen*, exclamarían: «¡Nunca nos habían dado una oportunidad así!».

Encontraron, asimismo, una enorme respuesta de las personas de a pie durante la visita a Israel. Raoul Wallenberg era una leyenda para muchas familias israelíes. Gente joven se acercaba a Nina y Guy a agradecerles que Raoul hubiese salvado la vida a sus padres. El director de la radio de Israel les contó cómo se había escondido en una de las casas suecas de Raoul Wallenberg y había conseguido con ello escapar al Holocausto. En la conferencia de prensa en Viena, una

periodista israelí se levantó y dijo que Raoul Wallenberg había rescatado a sus padres de un tren repleto destinado a la deportación.

Muchos norteamericanos conmovidos y agradecidos también se comunicaron con ellos. Una mujer que vivía en Canadá contactó con Nina y Guy. Se llamaba Yvonne Maria Singer y había nacido en la Budapest destruida por la guerra, una mañana de noviembre de 1944, en una de las oficinas-vivienda de Raoul Wallenberg.

Fue una época intensa. Apenas había llegado Nina Lagergren a casa desde Israel a mediados de junio, la llamó Annette Lantos desde Estados

Unidos: ¿podía ir Nina a Washington enseguida, antes del final de las sesiones del Congreso? «Por supuesto, tuve que ir, y fuimos de un político a otro, cualquiera que Annette creyese que era importante. Entonces llegó el día en que los senadores formaron una comisión especial sobre Raoul Wallenberg. Hubo artículos a toda página en el *Washington Post* y el *New York Times* y en todas partes», recuerda Nina Lagergren.

El secretario de Estado Cyrus Vance fue uno de los que recibieron a Annette Lantos y Nina Lagergren. Y el presidente Jimmy Carter entregó a Nina la Medalla de Honor por las acciones de rescate heroicas de Raoul durante el

Holocausto. «El increíble valor desinteresado de Wallenberg es uno de los grandes ejemplos, en la época moderna, del buen samaritano. Si aún está vivo, debemos hacer todo lo posible por liberarlo», dijo el nuevo grupo del Senado en una declaración posterior de ese mismo verano.

Nina y Guy se sentían, sin duda, felices y agradecidos por la fuerza de este interés norteamericano recién despertado. La familia había echado de menos este tipo de respuesta. Después de todo, el trabajo de rescate de Raoul había sucedido gracias a la iniciativa

estadounidense y parecía apropiado que Estados Unidos estuviese asumiendo parte de la responsabilidad.

Durante mucho tiempo no estuvo claro si Jimmy Carter había planteado de verdad el caso de Raoul Wallenberg a Brézhnev en la Cumbre de Viena. Lo cierto es que sí lo hizo, aunque al margen de la agenda oficial. Después la Embajada soviética en Washington había especulado sobre el inesperado interés en el sueco desaparecido. ¿Explicaba el ruego de Beguín que América diese prioridad a Wallenberg?, preguntaron a

los estadounidenses. La respuesta era que no. Estados Unidos tenía su propio interés en el asunto.

La noticia de que el presidente Carter había preguntado a Brézhnev por Raoul Wallenberg se mantuvo en secreto. No se reveló hasta varios meses más tarde, en un programa de radio con llamadas de los oyentes. La iniciativa del presidente se convirtió entonces en una gran noticia que ayudó a convertir el caso de Raoul Wallenberg en una cuestión estadounidense fundamental. Se presentó como si la iniciativa de Carter hubiese sido descubierta por accidente, tras la pregunta de un oyente.

El programa se grabó en octubre. Se había pedido a los oyentes que deseaban participar que enviaran su nombre y su número de teléfono en una tarjeta postal al presidente, pero sin mencionar el tema de su pregunta. La idea era que los oyentes se seleccionarían al azar, de entre las postales, para dar al programa espontaneidad.

Un ama de casa de California estuvo entre los afortunados seleccionados de entre 24.000 participantes. Se le dieron dos minutos en la *National Public Radio*, la radio nacional pública, y preguntó al presidente su punto de vista sobre el

destino del sueco Raoul Wallenberg. Jimmy Carter pudo entonces hacer saber a los oyentes de la radio estadounidense que estaba muy implicado en el caso y que, de hecho, había discutido el asunto con Leonid Brézhnev en junio. Cyrus Vance también había mencionado a Wallenberg en su debate con Gromýko, el ministro de Exteriores soviético. El presidente Carter explicó a los oyentes que tenía la intención de continuar presionando a los rusos para aclarar lo que le había sucedido a Raoul Wallenberg.

Esto dio, por supuesto, lugar a titulares en los periódicos, y la Embajada sueca en Washington informó

sobre el programa de radio en su totalidad al Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo. La oyente que llamaba desde California describió a los periodistas la buena suerte que había tenido, lo increíble que era que ella, un ama de casa desconocida, hubiese tenido la oportunidad de hablar dos minutos con el presidente: «Es asombroso todo lo que dijo. Que [Carter] pudiese dar tanta información de buenas a primeras demuestra lo mucho que le preocupan las personas».

Se llamaba Annette Lantos.

El testigo estrella Abraham Kalinski no abandonó; de hecho, redobló sus esfuerzos viajando por toda Suecia y contando su historia para —como él decía— conseguir «la máxima publicidad». No es que pudiese estar disgustado al volver a casa.

El exprisionero polaco centró entonces sus críticas en las contribuciones de Suecia. Kalinski afirmaba, por ejemplo, que Wallenberg «llevaría en casa mucho tiempo» si Suecia hubiese estado a la altura. «Voy a ir a Estocolmo para decirles a los suecos que su política a lo Kissinger, la diplomacia calmada, no ayuda en el asunto Wallenberg», declaró a un

periódico. «Lo único que el Kremlin teme es la publicidad», dijo a otro. Argumentó que «el Gobierno sueco, y la prensa, la radio, la televisión del país, a ser posible con amplia cooperación internacional», debían exigir toda la información a la Unión Soviética.

Kalinski consiguió encontrar una serie de nuevos testigos y los repartió en varias exclusivas mediáticas a lo largo del año. Por desgracia, los nuevos testimonios eran difíciles de verificar, se quejó la Embajada sueca en Moscú. Los diplomáticos suecos arriesgarían la seguridad de los testigos si intentaban investigar sus afirmaciones *in situ*.

Este problema afectaba también a las muy interesantes cartas de Moscú que aparecieron a raíz de una información de Abraham Kalinski durante el verano de 1979. Contenían información indirecta de un anticuario soviético, Yan Kaplán, a quien Kalinski había mencionado ya antes. Se decía que Yan Kaplán había visto a Raoul en una enfermería de la prisión de Butyrka en Moscú en 1975. Por los nuevos documentos, parecía que habían vuelto a encarcelar a Kaplán por haber intentado sacar a escondidas del país un mensaje con datos sobre Wallenberg.

Muchos años más tarde estaría claro que ni siquiera el propio Yan Kaplán había estado prisionero en Butyrka. Pero mientras, todos aquellos datos nuevos, combinados con la atención internacional, añadieron presión sobre el Gobierno sueco. Se formaron comisiones nacionales sobre Raoul Wallenberg en un país tras otro. Las comisiones británica, israelí, germanooccidental y estadounidense se habían formado todas antes que la Asociación Raoul Wallenberg sueca, que no se fundó hasta septiembre de 1979.

La información sobre Kaplán empujó al primer ministro Ola Ullsten a actuar: envió su segunda misiva sobre Raoul Wallenberg aquel año al Gobierno soviético. En ella pedía una nueva investigación soviética e insinuaba de forma muy clara el interés de Suecia en participar en las conversaciones con Kaplán que anticipaba que mantendrían los rusos.

La oficina europea de la CIA registró el aumento de la actividad en Suecia con satisfacción. En un informe al cuartel general se observaba que la nueva carta de Ullsten, una vez que se hiciese

pública, sería un buen gancho para el reportaje televisivo sobre Wallenberg en el *ZDF Magazin* auspiciado por la CIA. Mencionaron que el documental, de media hora de duración, se emitiría probablemente a comienzos de octubre y, en el mejor de los casos, el contacto de Alemania Occidental quizá incluso pudiese conseguir una entrevista con Ola Ullsten. A juzgar por los telegramas de la época, la CIA veía cada vez con mejores ojos allanar el camino de cualquier periodista o escritor que mostrase interés en informar o escribir libros sobre Raoul Wallenberg.

Si la intención de este semioculto interés estadounidense era impulsar al antes pasivo Gobierno sueco, lo habían conseguido por encima de sus expectativas. A la primera petición a la Unión Soviética en catorce años la había seguido otra en un plazo de solo seis meses. Por primera vez en la historia del caso de Raoul Wallenberg, el Gobierno sueco estaba haciendo casi demasiado. Incluso hoy los funcionarios del Ministerio de Exteriores se avergüenzan ligeramente ante la idea de la brusca petición sueca sobre el espía Stig Bergling que el Gobierno cursó en el ambiente agitado del otoño de 1979.

En marzo de aquel año, el funcionario sueco de Naciones Unidas Stig Bergling había sido descubierto y detenido como espía soviético. En otoño estaba esperando su juicio y sentencia. Había contactado, a través de su abogado, con la familia de Raoul Wallenberg. Stig Bergling estaba seguro de que lo condenarían a cadena perpetua y tenía una propuesta. Quería ser intercambiado por Raoul. «No debería quedar sin probar ninguna forma de resolver el destino de Raoul Wallenberg», fue la postura del Gobierno del Partido Liberal cuando se lo informó de la idea de Bergling.

Se ordenó, pues, a los diplomáticos suecos en Moscú que se reuniesen con algunos de sus contactos informales. Suspiraron. Para prevenir y mitigar un posible ridículo, sus superiores más inmediatos les pidieron que transmitiesen la propuesta del intercambio de Wallenberg y Bergling «con humor», como si fuese una «idea propia». El antiguo encargado del caso Wallenberg, Jan Lundvik, era entonces primer secretario en Moscú. La tarea recayó sobre él. Lundvik refunfuñó. «Invité a mi contacto a comer en el restaurante Praga de Moscú, un lugar de encuentro de diplomáticos. Entendió mis intenciones enseguida y supo

exactamente lo que significaba "una idea propia" —recuerda Jan Lundvik hoy—. Como mero gesto de cortesía me prometió transmitir la propuesta a sus superiores. Volvió diez días más tarde con el mensaje: "El problema es que Wallenberg está muerto, así que no se puede llevar a cabo el intercambio".»

Guy von Dardel creía que debían explotar el nuevo respaldo internacional para hacer progresos reales en la investigación. La mayor parte de la documentación del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre el caso seguía clasificada, incluso para la familia, a lo

que Guy objetaba. Ya había intentado estimular el interés del Ministerio de Exteriores por la formación de una comisión de investigación científica suecosoviética que pudiese examinar todos los documentos del caso de Raoul Wallenberg. Guy también había contactado con la Embajada soviética y había pedido permiso para enviar un equipo de investigación informal a Moscú que pudiese examinar los materiales soviéticos más recientes.

Todas esas nuevas conferencias de prensa y esos honores oficiales internacionales surgidos de repente habían sido increíblemente importantes para hacer avanzar el caso de su

hermano. Pero Guy von Dardel era un hombre bastante retraído y tranquilo. Sabía que, personalmente, podría contribuir más si tenía ocasión de investigar en persona. Más documentos y menos fiestas, eso era lo que él prefería.

El Ministerio de Exteriores no había creído en la idea de un equipo de investigación suecosoviético bilateral. Pero el Gobierno había encargado, muy al principio, a la Oficina del Procurador General de Justicia la tarea de examinar todos los documentos del ministerio sobre Raoul Wallenberg para desclasificarlos. Y esa revisión se había completado.

La publicación de los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre Wallenberg en enero de 1980 se convirtió —para tratarse de Suecia— en una apoteosis mediática, en especial porque ocurrió justo después del trigésimo quinto aniversario de la desaparición de Raoul Wallenberg. La Asociación Raoul Wallenberg sueca conmemoró el día encabezando una procesión de antorchas desde el Ayuntamiento hasta la Embajada soviética. Un millar de personas se había reunido ante las puertas de la Embajada, y se leyó en voz alta la carta de la asociación al embajador ante una gran concurrencia de periodistas.

«Recuerde que no callaremos hasta que Raoul Wallenberg se reúna con su familia», leyó Ingrid Gärde Widemar, la presidenta de la asociación.

Los periódicos suecos atizaron las llamas con amplios artículos sobre la vida y los actos de Raoul en Budapest. Colegas agradecidos y quienes habían sido rescatados contaron sus historias de la época de la guerra en la ciudad húngara, y el diplomático sueco desaparecido tomó proporciones humanas para una nueva generación de suecos. «No parecía, en absoluto, un héroe. No como imaginamos un adalid valiente, resuelto y nacido libre. En realidad, parecía más bien soñador y

amable», dijo un excolega de la legación sueca en Budapest. Un húngaro de ochenta y dos años, residente en Israel, que había recibido un pasaporte protegido sueco de Raoul dijo: «Era amable y educado, como un diplomático inglés. Aunque muy modesto, tranquilo y de voz suave, lo rodeaba un aura de respeto. Nunca prometió nada, en realidad; solo actuaba». La comisión estadounidense sobre Raoul Wallenberg consiguió que el trigésimo quinto aniversario coincidiese con el testimonio de un nuevo y notable testigo. Se afirmó entonces que habían visto a Wallenberg vivo en un campo de prisioneros soviético en 1978.

La expectación estaba, por tanto, especialmente exacerbada cuando, el último día de enero de 1980, el subsecretario Leif Leifland publicó casi dos mil documentos sobre Wallenberg, antes clasificados, encuadernados en azul. Era el material de entre 1945 y 1949. El resto se publicaría en lotes.

Fue la declaración de Staffan Söderblom a Stalin en junio de 1946 de que él, personalmente, creía que Raoul Wallenberg había sufrido un accidente, la que atrajo la mayor atención. Las torpes acciones del Ministerio de Exteriores durante los primeros años, cuando se había confirmado que Wallenberg estaba vivo, disgustaron a

mucha gente. No en menor medida a la familia, que no había tenido toda la información hasta entonces. «Envenena y desespera pensar lo poco que se hizo y lo poco entusiastas que fueron las iniciativas. Los papeles hablan por sí mismos. Lo más deprimente es que supusieron que Raoul había muerto», diría más tarde Nina Lagergren en una entrevista para la emisora de radio Sveriges Radio. Para el periódico *Svenska Dagbladet*, declaró: «Es una pesadilla saber que Raoul fue abandonado durante tantos años [...]. Pero intento decirme que no sirve de nada llorar sobre la leche derramada ni

acusar a nadie. Hemos de mirar hacia delante y continuar actuando con la convicción de que Raoul sigue vivo».

En un programa de tarde en la radio preguntaron al ex primer ministro Tage Erlander si no habría sido mejor enfrentarse a la Unión Soviética durante aquellos primeros años, por ejemplo, solicitando el intercambio de Wallenberg por algún prisionero soviético en Suecia:

—No creo que hubiese sido una ruta particularmente inteligente —respondió Tage Erlander—. No creo que hubiese surtido más efecto que el método que se empleó. Undén era una persona extraordinariamente ética y se

negaba por completo a intercambiar una vida por otra, o a mezclar el intercambio de una persona con créditos, envíos de cereales o lo que fuese. Afirmaba que, en ese caso, Suecia tendría que encontrar un nuevo ministro de Exteriores, porque él nunca podría estar de acuerdo.

Esta línea defensiva desapareció cuando pidieron a Erlander que comentase la reunión de Söderblom con Stalin en 1946:

—Toda la conversación fue un desastre —dijo Erlander con un inesperado grado de brusquedad en la VOZ.

Staffan Söderblom, que entonces contaba setenta y nueve años de edad, estaba en un apartamento de Upsala cuando oyó a Tage Erlander echarlo a él, y solo a él, a los lobos. Su mirada se oscureció. «Aunque se disgustó muchísimo, se controló, como de costumbre», recuerda un familiar que escuchó el programa con Söderblom: «No lo entiendo —fue todo lo que dijo—. ¿Podría otra persona haberlo hecho mejor?».

Poco antes del final de año, tropas soviéticas habían invadido Afganistán. Los ochenta comenzaron, pues, con un

alarmante empeoramiento de las relaciones entre las superpotencias. Estados Unidos respondió a la invasión boicoteando los Juegos Olímpicos de 1980 en Moscú. La tensión de la Guerra Fría aumentó en todas las esferas, y las operaciones psicológicas de la CIA siguieron siendo fundamentales para llamar la atención sobre la opresiva naturaleza del régimen soviético.

El interés en el diplomático sueco desaparecido no había menguado. «El caso de Raoul Wallenberg continúa siendo útil para poner de manifiesto los crímenes soviéticos contra la

humanidad», observó el cuartel general de la CIA en un telegrama, en la primavera de 1980.

El mensaje de la CIA era que se debían apoyar todas las iniciativas periodísticas sobre el caso Wallenberg, sin importar lo infructuosas que pareciesen.

Cuando la recién formada Asociación Internacional Raoul Wallenberg planificaba organizar una gran conferencia en Estocolmo sobre Raoul Wallenberg, la CIA intentó mover hilos y trasladar toda la empresa de Estocolmo a Viena. Creían que «esto

permitiría un mayor impacto y una cobertura mediática significativamente mejor».

Pero incluso la influencia de la agencia de inteligencia estadounidense tenía límites. La gran conferencia internacional del 17 de enero de 1981 tuvo lugar, como se había previsto, en el salón de los espejos del Grand Hôtel de Estocolmo. El ponente clave de la reunión fue Marcus Wallenberg, el primo del padre de Raoul Wallenberg, quien, por primera vez, hablaba públicamente sobre su pariente. «Es difícil entender por qué los rusos retuvieron a Raoul Wallenberg. Una superpotencia que es incapaz de admitir

sus errores debe ser condenada», dijo el financiero de ochenta y un años en su discurso. También se dirigieron a la inesperadamente numerosa concurrencia de la prensa Simon Wiesenthal y el autor Elie Wiesel, que más tarde recibiría el premio Nobel.

La agencia de noticias soviética TASS calificó la reunión de Estocolmo de provocación y escribió que «ciertos círculos de Occidente intentan ahora utilizar el caso con propósitos ocultos. Estas fuerzas no solo buscan dañar las buenas relaciones entre Suecia y la Unión Soviética, sino también reavivar sentimientos antisoviéticos en Occidente».

El Gobierno de Estados Unidos actuaba, en realidad, abiertamente y sin reservas a favor de Raoul Wallenberg, sin consideración alguna por la política exterior sueca. La implicación fue bienvenida en muchos sentidos, aunque la situación era formalmente complicada para los diplomáticos suecos. «No podíamos permanecer pasivos cuando el caso Wallenberg surgió, pero tampoco podíamos alegrarnos de que los americanos quisiesen plantearlo como parte de la Guerra Fría —como explica el embajador Jan Lundvik—. Era asunto nuestro y no queríamos, en absoluto, que lo absorbiese la esfera política de las superpotencias.»

Jan Lundvik era el representante sueco en la gran Conferencia Europea de Seguridad que se celebró en Madrid en el otoño de 1980. Recuerda cómo se informó a la delegación sueca, en una fase muy tardía, de que Estados Unidos tenía la intención de plantear el caso de Raoul Wallenberg durante la conferencia. Suecia no tenía tales planes. ¿Cómo debían responder los suecos a la iniciativa americana? ¿Qué dictaba su política neutral habitual?

La discusión en Madrid terminó con los suecos respaldando obedientemente el movimiento

estadounidense en cuanto a Wallenberg, aunque estaban lejos de sentirse satisfechos.

Jan Lundvik recuerda haberse reunido con los delegados soviéticos en la Conferencia de Seguridad. Uno de ellos, Serguéi Kondrashov, era amigable y muy aficionado a los idiomas. Mucho después dijeron a Jan Lundvik que Kondrashov era la persona a quien habían llamado para actuar como intérprete en el último interrogatorio conocido de Raoul Wallenberg, en la prisión de Lubianka, en la primavera de 1947. Pero el ruso no comentó nada de esto a sus colegas suecos.

Con Raoul Wallenberg tan arriba en su lista de prioridades, parecía el momento adecuado para que Estados Unidos llevase el asunto hasta su conclusión lógica y lo hiciese estadounidense. El republicano Ronald Reagan juró como presidente el martes 20 de enero de 1981, en un ambiente de Guerra Fría tan frígido que los historiadores se remontarían a los años finales de la época de Stalin para encontrar una comparación razonable.

Al recién elegido presidente le presentaron una propuesta relacionada con Raoul Wallenberg durante sus dos primeros meses en la Casa Blanca. Procedía de Tom Lantos, que acababa de

ser elegido congresista. El demócrata Lantos tendría una larga e ilustre carrera política, con especial hincapié en la lucha contra la opresión y en el apoyo a los derechos humanos.

El intenso trabajo que él y su esposa, Annette Lantos, habían llevado a cabo para conseguir que Estados Unidos actuase a favor de Raoul Wallenberg había dado su fruto. Se estaban preparando varios libros y Wallenberg había sido honrado con un programa de televisión que tuvo una gran audiencia.

La campaña estadounidense había conseguido auténtico apoyo público. El interés en Raoul Wallenberg no estaba, definitivamente, apoyado solo por las

estrategias políticas de la Casa Blanca. Muchos ciudadanos estadounidenses vivían con persistentes recuerdos del Holocausto. No a todo el mundo le había gustado la serie de 1978 así titulada, pero el efecto del éxito norteamericano y, más tarde, incluso internacional de *Holocausto* fue romper el incómodo silencio que había en torno a los crímenes nazis cometidos durante la Segunda Guerra Mundial. Ese mismo año, Jimmy Carter había decidido crear la Comisión Presidencial sobre el Holocausto para educar al público sobre ese periodo de la historia y honrar a las víctimas de los nazis. La conciencia del público estadounidense sobre este hecho

histórico aumentó y, con ella, su admiración por el enérgico diplomático *amateur* sueco de Budapest, que se había atrevido a enfrentarse a los nazis. En toda la oscuridad que rodeaba el Holocausto, Raoul Wallenberg era un modelo de positividad. Muchos lo consideraban un héroe humanitario intemporal y subrayaban su entrega y su valor desinteresado. Pocos podían evitar sentirse conmovidos por su destino.

Tom Lantos sugirió al Congreso que Raoul Wallenberg debía ser nombrado ciudadano honorario de Estados Unidos, el primero desde Winston Churchill. Su idea era que una

ciudadanía honoraria permitiría a Estados Unidos actuar más enérgicamente para liberar al sueco. La propuesta fue aceptada. El lunes 5 de octubre de 1981, el presidente Ronald Reagan firmó la ciudadanía estadounidense honoraria de Raoul Wallenberg. Los hermanos de Raoul, Nina Lagergren y Guy von Dardel, participaron en la ceremonia, que se celebró en la Rosaleda de la Casa Blanca.

El Gobierno estadounidense honró a Raoul Wallenberg con un discurso: «Esté donde esté, su humanidad arde

como una antorcha [...]. Lo que hizo, lo que consiguió, alcanzó proporciones bíblicas», dijo Ronald Reagan.

El nuevo ciudadano honorario también tenía algunos «compatriotas» creativos y considerablemente más orientados a la acción, como habían demostrado Tom y Annette Lantos.

Uno de estos nuevos estadounidenses motivados era Marvin Makinen, profesor de Biología Molecular en la Universidad de Chicago que en los años sesenta había pasado veinte meses en la prisión de Vladímir, en la Unión Soviética. Cuando leyó uno

de los muchos artículos sobre Raoul Wallenberg a comienzos de la década de 1980, tuvo una iluminación repentina. Se dio cuenta de que Wallenberg debía de ser «Van den Berg», el prisionero sueco sobre el que había oído rumores en Vladímir. Marvin Mäkinen se puso en contacto con Guy von Dardel y le ofreció la información y su ayuda. Comenzaron lo que llegaría a ser una colaboración duradera.

Mäkinen tuvo una ocurrencia atrevida. Sugirió a Guy von Dardel que la familia tomase medidas serias. Debían demandar a la Unión Soviética ante un tribunal. No era una idea tan ridícula como le pareció a Guy la

primera vez que la oyó. Una reciente ley estadounidense permitía a un individuo demandar a una nación extranjera en los tribunales de Estados Unidos. Un abogado de Chicago había conseguido hacía poco liberar al marido de una mujer norteamericana tras demandar a la Unión Soviética. Puesto que Raoul Wallenberg era ciudadano honorario, existía la posibilidad de que funcionase también para él. El problema era que un pleito costaba mucho dinero.

Por fin, dos prestigiosos bufetes de abogados estadounidenses se ofrecieron a ocuparse del caso *pro bono*, calculando, probablemente, que el juicio generaría más en clientela y renombre

comercial de lo que costaría llevarlo. Y así nació la causa de «Guy von Dardel contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas». A comienzos de 1984 presentaron la demanda en un tribunal de Washington, acusando a la Unión Soviética de contravención de las leyes y los acuerdos internacionales por haber encarcelado y retenido a Raoul Wallenberg.

Un año más tarde hubo buenas noticias del tribunal, por una vez. Guy von Dardel había ganado el caso, en parte porque el acusado no se presentó. Las demandas de la familia fueron aceptadas y la Unión Soviética fue condenada a: 1) entregar en un plazo de

sesenta días «la persona de Raoul Wallenberg o sus restos si ha fallecido»; 2) facilitar en un plazo de treinta días todos los documentos que obrasen en posesión soviética relacionados con Raoul Wallenberg; así como 3) pagar una indemnización de treinta y nueve millones de dólares a la familia, un millón por cada año que Raoul Wallenberg había estado desaparecido.

Fue una victoria pírrica, en especial en un entorno diplomático tan perennemente complejo. «Nuestra postura fue, desde el comienzo, que no nos interesaba el dinero: queríamos a Raoul. En realidad temíamos que la Unión Soviética aprovecharse la

oportunidad y nos pagase para librarse de toda la atroz historia», declaró Guy von Dardel más tarde en una entrevista.

Por su parte, había intentado despertar el interés estadounidense para usar la sentencia como base de una nueva táctica de presión política. Pero las negociaciones continuaron, los años pasaron, y pronto la política mundial había dado un giro completamente distinto. Mijaíl Gorbachov surgió como nuevo secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética y adoptó un tono que suavizó incluso a los guerreros fríos más empedernidos del Departamento de Estado estadounidense. Entonces,

Estados Unidos quiso acercarse a la Unión Soviética en términos más amistosos, y Raoul Wallenberg ya no cuadraba tan bien en los programas de política extranjera.

El proceso judicial acabó en torno a 1989, con el Departamento de Estado asegurándose de que se desestimaba la reclamación a la Unión Soviética de la indemnización referida al caso de Raoul Wallenberg. Tampoco se podía contar ya con el Gobierno estadounidense.

Ni siquiera Mijaíl Gorbachov podría haber previsto la fuerza de la liberación política que había puesto en marcha con

su introducción de la glásnost («transparencia») y la perestroika («reconstrucción») en la Unión Soviética. Si hemos de creer a los libros de historia, su intención no era tanto dismantelar el proyecto social comunista como, con varias tácticas claves, devolver el país a lo que pensaba que era el espíritu original del marxismo leninismo. Un debate público algo más libre (glásnost) y una economía algo reformada (perestroika) podían ayudar a conseguirlo. Pero la cosa no terminaría ahí.

Las acciones simbólicas del propio Gorbachov no hicieron nada para frustrar las expectativas. En diciembre

de 1986 llamó al activista de derechos humanos exiliado y galardonado con el Nobel de la Paz Andréi Sájarov, y le dio permiso para abandonar su arresto domiciliario en Gorki (hoy Nizhni Nóvgorod). Sájarov era de repente un hombre libre y podía volver a Moscú.

¿Qué significaría esta nueva evolución soviética para el caso de Raoul Wallenberg? No pasaría mucho tiempo antes de que comenzase la especulación en Suecia. El propio Guy von Dardel experimentó el cambio de actitud en un viaje a Moscú en 1988, asombrado de que los rusos hubiesen

establecido un departamento de «cuestiones humanitarias» en su Ministerio de Asuntos Exteriores.

Tanto Andréi Sájarov como Guy von Dardel eran físicos nucleares. Habían coincidido en congresos internacionales durante la época anterior al exilio interno de Sájarov. Cuando Guy comenzó entonces a viajar a Moscú, dormía a menudo en el sofá de la cocina del pequeño apartamento de su colega. Lo hacía cada vez más a menudo. Con el tiempo, Guy von Dardel descubrió, para su sorpresa, que disfrutaba la compañía de los rusos, más si cabe que la de los suecos. Lo primero que hizo tras su jubilación en 1985 volver a Suiza, entre

otras cosas para estar más lejos del Ministerio de Asuntos Exteriores de su país.

Guy no había abandonado su idea de hacía diez años de un equipo de investigación suecosoviético encargado de examinar todos los documentos suecos y soviéticos del caso de Raoul Wallenberg. Quizá entonces pudiera llegar a ser una realidad. Si era así, Sájarov sería una opción obvia como miembro.

El nuevo Gobierno socialdemócrata sueco tenía una actitud escéptica hacia las nuevas iniciativas relacionadas con Raoul Wallenberg, que se expresó por escrito en un

memorándum interno del Ministerio de Exteriores de 1985. Decía que la probabilidad de que Wallenberg estuviese vivo era tan mínima que «no podemos seguir permitiendo que la cuestión sea una carga para nuestras relaciones con los soviéticos, ni que, como ha sucedido otras veces, las envenene». Al menos, concluía, no mientras no hubiese pruebas creíbles nuevas. La glásnost ayudó, entonces, al Gobierno a ver nuevas posibilidades.

Guy von Dardel y Nina Lagergren continuaron actuando por su cuenta. En marzo de 1989, Guy fue a ver a Anatoli Adamishin, el viceministro de Exteriores soviético, que asistía a una

conferencia sobre derechos humanos en Ginebra. Le presentó su idea de formar un comité científico internacional para examinar el caso de Raoul Wallenberg. Nina Lagergren puso de su parte enviando una carta sobre su hermano a Mijaíl Gorbachov.

De manera retrospectiva es difícil saber qué fue lo que finalmente permitió el avance. Una ola de liberalización barría Europa Oriental e hizo de 1989 el año en que se levantó el telón de acero. De pronto, había buena voluntad. De pronto, los rusos escuchaban. Cuando aquel verano el viceministro de Exteriores Adamishin recibió al nuevo embajador de Suecia en Moscú, Örjan

Berner, sorprendió al sueco mostrando un genuino interés por el caso de Raoul Wallenberg. Adamishin contó a Berner la idea de Guy von Dardel y le sugirió que contactase con el KGB para discutir la posibilidad de acceder a los archivos soviéticos.

Aquel verano, el ambiente era casi revolucionario en Moscú. El debate era más abierto que nunca y el nobel Andréi Sájarov, entre otros, estaba en su centro. Los periódicos soviéticos, alertados por Sájarov, comenzaron a escribir sobre el caso Wallenberg y, hacia finales de agosto, la televisión soviética emitió, por primera vez, un programa sobre el sueco desaparecido.

Alrededor de la misma época, el embajador soviético en Suecia, Borís Pankin, contactó con la Asociación Raoul Wallenberg. Dijo que le habían pedido que invitase a los hermanos de Raoul Wallenberg a Moscú, donde se reunirían con algunos «oficiales superiores del KGB». Según Pankin, el KGB había decidido cooperar y quería mostrar a la familia el original del llamado Informe Smoltsov, es decir, la carta manuscrita de una página, localizada en 1957, de la que se afirmaba que era el certificado de defunción de Raoul Wallenberg. Del Informe Smoltsov se decía aún que era

el único documento que llevaba el nombre de Raoul Wallenberg en los archivos soviéticos.

Poco a poco, el coloso comenzó a moverse. La invitación soviética fue un gran avance, sobrecogedor para la familia. Nina y Guy trabajaron mucho para prepararse, no en menor medida mentalmente. ¿Se les permitiría entrar en los archivos? ¿Se les permitiría visitar las prisiones y las enfermerías? ¿Y qué pasaría si Raoul estaba allí?

Guy von Dardel intentó pensar en una forma de enviar un mensaje o hacerse oír. Quería que su hermanastro entendiese de inmediato la presencia de sus hermanos, aun cuando no se les

permitiese verlo. Tenían que pensar en una señal que alcanzase incluso a un Raoul enfermo o senil. «Recuerdo que papá decía que utilizaría algo de su niñez porque eso era lo que se recuerda mejor. Pensaba en la canción infantil clásica sueca *Bä bä vita lamm*, que todo el mundo conoce. Si iba a alguna prisión u hospital, caminaría por los pasillos cantando *Bä bä vita lamm* porque sabía que Raoul reaccionaría a ella», recordó Marie Dupuy, la hija de Guy von Dardel.

El domingo 15 de octubre de 1989, cuando los hermanos aterrizaron en Moscú, los recibió un enjambre de

periodistas internacionales. Para entonces se había emitido más información sobre Raoul Wallenberg en la televisión nacional. Se había mostrado una fotografía suya alterada para que pareciese que tenía setenta y siete años. Ya no era completamente desconocido ni siquiera en la Unión Soviética.

A Nina Lagergren y Guy von Dardel los acompañaban Per Anger, el antiguo colega de Raoul, y la secretaria de la Asociación Wallenberg, Sonja Sonnenfeld. Estaba previsto que se reuniesen con el KGB el lunes por la mañana. La reunión tendría lugar en el palacete de principios de siglo que el

Ministerio de Exteriores soviético utilizaba en ocasiones oficiales. Tras ser recibidos sobre los suelos de mármol encerado por el vicepresidente del KGB, Vladímir Pirozhkov, y uno de los viceministros soviéticos, condujeron a los hermanos a una sala con una gran mesa de reuniones.

Resultó que los puntos de partida de la conversación divergían notoriamente. Los hermanos habían ido para liberar a Raoul. Al general del KGB le habían asignado la tarea de convencer de una vez por todas a la familia de que Wallenberg estaba muerto.

La colisión se hizo clara desde el principio de la reunión. Nina y Guy habían traído una lista de unos veinte testigos que aseguraban que podían probar que Raoul seguía vivo después de la fecha supuesta de su muerte en 1947. El oficial del KGB les entregó la copia original del informe manuscrito de Smoltsov y afirmó que era prueba de que su hermano había muerto aquel día. Esto no impresionó ni a Guy ni a Nina. Ni la familia ni el Gobierno sueco habían aceptado nunca el Informe Smoltsov como prueba.

Hubo un momento de sorpresa un poco más adelante en la conversación. De repente, el general del KGB se

levantó y fue por una caja de madera, con bisagras y cerradura, que puso en la mesa frente a Nina Lagergren. Según el protocolo de las prisiones soviéticas, las pertenencias del recluso debían devolverse siempre a la familia tras la muerte del prisionero. Este era el procedimiento que estaba teniendo lugar en aquel momento y, según el plan del KGB, ponía fin a cuarenta y cuatro años de discordia.

Pirozhkov abrió la caja. Luego sacó el pasaporte diplomático de Raoul Wallenberg, que habían envuelto en una bolsita de plástico. Lo dejó delante de la caja y continuó con el resto de los artículos, uno tras otro: una agenda, una

libreta de direcciones, algunos rollos de billetes en varias monedas de la guerra y el carné de conducir húngaro de Raoul Wallenberg. Pirozhkov dijo que el personal del archivo del KGB se había topado con las cosas de Raoul tan solo un par de semanas antes, el 22 de septiembre, cuando hubo que limpiar un almacén de archivo en el sótano de la Lubianka. Allí, en una bolsa de plástico sobre una balda, estaban todos aquellos objetos, y la familia podría llevarse ahora, por fin, las pertenencias «del fallecido», siempre y cuando firmasen un recibí por ellas.

Estaba claro que el KGB había esperado lágrimas de gratitud. Después, Nina Lagergren reconocería que el momento había supuesto «un terrible viaje emocional» al ver el pasaporte de Raoul, su fotografía y sus libretas tras tantos años. Su caligrafía. Pero se controló y no tenía intención de sacrificar ni una lágrima. Tampoco una firma.

Pirozhkov le ofreció una pluma y una lista de las cosas de Raoul en ruso. Nina Lagergren deslizó los ojos por las letras cirílicas y alejó la página sin firmar, para evidente irritación del oficial. Enfadado, Pirozhkov volvió a poner todo dentro de la caja, la cerró y

se la llevó. Solo más tarde, cuando los diplomáticos suecos observaron que no creían que los rusos estuviesen actuando realmente de acuerdo con la glásnost, devolvieron la caja a Nina.

Nina Lagergren llevó la caja de madera de las cosas de Raoul con ella en el avión. Cuando volvió a su casa en Djursholm, la guardó en su cómoda de Raoul, junto a la caldera, en el sótano.

La reunión en Moscú había planteado más preguntas de las que había respondido. Si el pasaporte diplomático de Raoul Wallenberg podía aparecer de la nada tras tantos años, quizá se

podiese encontrar más en los archivos soviéticos. La burocracia carcelaria soviética era notablemente exhaustiva. No se podía trasladar de celda a un prisionero sin registrarlo, y todo se recogía en los bien sistematizados archivos. Se habían producido limpiezas periódicas, pero comenzaba a parecer cada vez menos probable que el Informe Smoltsov fuese el único documento que la Unión Soviética pudiese presentar sobre el prisionero político Raoul Wallenberg.

Durante el viaje de octubre a Moscú, Guy von Dardel había conseguido concertar una visita a la prisión de Vladímir, doscientos

kilómetros al este de la capital. Había incluso echado un primer vistazo a las 80.000 fichas de presos de los archivos. No había encontrado el nombre de Raoul, pero una búsqueda inicial había dado como resultado a varios de los testigos que decían haber visto al sueco allí. Más preguntas flotaron en el aire. Ahora que había salido a la luz la copia original del Informe Smoltsov, seguramente se podía probar su autenticidad, ¿por ejemplo, en el laboratorio forense de Suecia en Linköping? Guy, desde luego, quería volver y seguir investigando.

Por fortuna, el humor soviético continuaba siendo afable. A comienzos de la primavera de 1990, el embajador de Suecia en Rusia, Örjan Berner, había pedido (y le habían concedido) una reunión con el presidente del KGB, Vladímir Kriuchkov, un caso excepcional. Kriuchkov hizo dos declaraciones sorprendentes: iba a designar un oficial del KGB especial como contacto para cuestiones archivísticas e iba a aprobar el examen forense del Informe Smoltsov que los suecos deseaban llevar a cabo. Kriuchkov se mostraría, asimismo, dispuesto a ir más allá. Más tarde dijo al embajador sueco que también había

desclasificado a todos los empleados del KGB que sabían algo de Raoul Wallenberg. Los diplomáticos suecos intuyeron la mano del ministro del Interior Vadim Bakatin, de tendencias liberales, tras estas novedades inesperadas.

Hacía tiempo que Guy von Dardel había formado su equipo de investigación internacional. Por desgracia, Andréi Sájarov murió de repente, poco antes de las Navidades de 1989, pero el equipo incluía ahora a Marvin Makinen, así como a un abogado canadiense especializado en derechos humanos, Irwin Cotler, que había ayudado también en el juicio americano.

Y establecer la colaboración con expertos soviéticos no plantearía ya problemas, no en la nueva época de transparencia. Había muchos historiadores e investigadores en la organización de derechos humanos Memorial en Moscú, que trabajaban mucho para ayudar a ciudadanos soviéticos a aclarar el destino de sus familiares en el gulag. Uno de los miembros claves de Memorial era el historiador y experto en prisiones Arseni Roguinski, que había sido prisionero político. Se unió al grupo Von Dardel, igual que el investigador genético y disidente Vadim Birstein.

Hacia finales del verano de 1990, Bakatin, el ministro del Interior, abrió los archivos de la prisión de Vladímir durante toda una semana. Se dio al grupo Von Dardel acceso libre a todos los documentos, y la posibilidad de entrevistar a los prisioneros. El director de Prisiones del Ministerio del Interior manifestó la nueva actitud soviética: «Haremos todo lo posible por apoyarle en la averiguación de lo que sucedió a este gran hombre [...] No queremos terminar en el lado malo de la historia».

Guy von Dardel tenía dos puntos de partida para el trabajo del equipo: 1) los hallazgos «concluyentes» indicaban que Raoul Wallenberg había estado vivo en los cincuenta y los sesenta, y 2) las pruebas «creíbles» indicaban que seguía vivo incluso durante los setenta y los ochenta. «Estoy totalmente convencido de que sigue vivo», declaró Guy von Dardel al periódico *Upsala Nya Tidning* antes de viajar de vuelta a la prisión de Vladímir con Marvin Makinen, Vadim Birstein y Arseni Roguinski, entre otros. Pero, según Vadim Birstein, los investigadores rusos no compartían el optimismo de Von Dardel: no esperaban encontrar a Raoul

Wallenberg vivo en la prisión de Vladímir.

Al terminar la semana, el equipo había separado todos los prisioneros políticos de entre los 80.000 presos de los registros de Vladímir. Si bien no habían encontrado el nombre de Raoul Wallenberg, sabían, por otra parte, que había casos sensibles registrados solo con números. Así pues, habían prestado especial atención a los reclusos numerados. Guy von Dardel había traído una lista de siete testimonios independientes sobre un preso que decían que era Wallenberg. «Ahora que tenemos acceso a los registros, vemos que todo lo que había en su testimonio

se confirma. Todo excepto cuando llegamos a la celda en que se dice que estaba Wallenberg. Para esto, no hay información. Es como un vacío absoluto», observaría más tarde uno de los optimistas investigadores al periódico *Svenska Dagbladet*. Era obvio que no iba a ser tan sencillo.

En los siguientes años, Guy von Dardel volvió otras veces a la prisión de Vladímir. Los investigadores archivísticos rusos no pudieron evitar notar las fuertes emociones que lo impulsaban.

«Veíamos en las acciones de Guy y en su forma de hablar que siempre estaba pensando: "Mi hermano podría

haber estado en esta celda". Se lo tomaba todo muy a pecho. Cuando se trataba de Raoul Wallenberg, hacía todo lo que fuese necesario, trabajaba todas las horas que hiciesen falta. Su credo era no dejar una sola pista sin investigar —dice Nikita Petrov, de Memorial, que acompañó a menudo a Guy von Dardel durante aquellos años—. Guy era un hombre cálido y honrado. Su compromiso era contagioso, y uno quería creer con él que Raoul seguía vivo. Pero, al final, ahí era donde divergían nuestras opiniones.»

El cambio en el clima político persistió. A comienzos de 1991 se dio de repente a Arseni Roguinski y Vadim Birstein, investigadores de Memorial, la posibilidad de revisar material del Archivo Especial Centralizado secreto (*Osoby Arjiv*) de la Unión Soviética. Anatoli Prokopenko, entonces jefe de dichos archivos, les dio la oportunidad de estudiar material de un archivo de prisioneros de guerra, el Fondo número 451.

Roguinski y Birstein tenían una lista de nombres de cuarenta prisioneros, que habían testificado ante las autoridades suecas sobre Raoul Wallenberg durante los años cincuenta.

Solicitaron sus expedientes personales, y Prokopenko les dio diez para comenzar.

El primer descubrimiento llegó pronto. Encontraron un documento de la prisión de Lefórtovo fechado en febrero de 1947. Era una orden para la reubicación de los prisioneros Willy Rödel y Raoul Wallenberg a la celda número 7 de la «prisión interna» de Lubianka. Otros lo seguirían.

Ya habían probado que la «verdad» oficial soviética era falsa. El Informe Smoltsov no era el único documento existente con el nombre de Raoul Wallenberg que había en los archivos soviéticos. Vadim Birstein publicó estos

datos sensoriales en un diario independiente. «No pasó mucho tiempo antes de que me llamasen. El KGB me ordenó interrumpir de inmediato la revisión archivística. Y, por lo que sé, el resto de ese enorme archivo sigue sin ser estudiado en profundidad», afirma Anatoli Prokopenko.

Aunque Guy von Dardel había luchado mucho y durante mucho tiempo por aquello, la propuesta formal provino al final del KGB y el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, a finales de la primavera de 1991: Suecia y la Unión Soviética formarían un grupo de

trabajo bilateral para intentar responder a las preguntas pendientes de los suecos en cuanto a Raoul Wallenberg. Esta reacción no debía interpretarse, sin embargo, como un deseo soviético de reabrir el caso. Los rusos habían indicado enseguida que aún pensaban que era «un hecho indisputable» que Raoul Wallenberg había muerto en julio de 1947. Pero querían librarse de la cuestión de una vez por todas. Por esa razón, podía ser beneficioso estudiar los archivos y «dar lugar a una resolución definitiva».

Con un grupo de trabajo así, el Ministerio de Exteriores podía, por fin, adentrarse en los archivos soviéticos y

averiguar lo que había ocurrido.

La extensa investigación suecorrusa incluyó a seis funcionarios del Ministerio de Exteriores y a Guy von Dardel por la parte sueca. Del lado ruso había funcionarios del Ministerio de Exteriores ruso, el KGB y algunos otros ministerios. Los investigadores internacionales de Guy pasaron a ser «expertos independientes adjuntos».

La cosa empezó bien. Tras el intento de golpe de Estado contra Gorbachov en agosto de 1991, la situación se relajó considerablemente. Cuando Gorbachov regresó de su arresto domiciliario en Crimea, puso al partidario de la glásnost Vadim Bakatin

al frente del KGB. El antiguo embajador en Suecia Borís Pankin fue recompensado con el puesto de ministro de Exteriores por su lealtad durante el golpe de Estado. Estos nombramientos fueron una suerte feliz para los suecos que deseaban acceso a los archivos soviéticos: un jefe del KGB liberal y un ministro de Exteriores con interés personal en desatar nudos históricos entre Suecia y la Unión Soviética.

Pronto fueron apareciendo nuevos documentos uno tras otro. A comienzos del otoño se mostraron a los suecos diarios de interrogatorios de la Lubianka y Lefórtovo en los que aparecía el nombre de Raoul Wallenberg. Aquí y

allí habían tachado su nombre con rotulador grueso, pero los expertos forenses pudieron restaurar el texto original y establecer que era la forma en que el KGB había intentado ocultar las huellas del diplomático sueco.

Hubo cierta tensión. Estaba apareciendo material sensacional. Había documentos históricos originales, incluso del KGB, en diversos expedientes. Pero no se permitía a los suecos hacer copias y no sabían cuándo se les permitiría regresar. Esta oportunidad de oro para progresar en el caso Wallenberg podía acabar en cualquier momento. Örjan Berner, el embajador en aquella época, recuerda

que lo autorizaron aquel otoño para acudir a los archivos del Ministerio de Exteriores él mismo. Lo acompañó su segundo, Hans Magnusson. Los rusos les llevaron archivos seleccionados y comenzaron a leerlos, sin expectativas concretas.

Los diplomáticos suecos encontraron un documento de 1956, firmado por Mólotov, ministro de Exteriores a la sazón. Se trataba de un memorándum interno para el Politburó en torno a su debate sobre la postura que debían tomar los soviéticos en cuanto al testimonio sobre Raoul Wallenberg de los recién liberados prisioneros de guerra alemanes. Como Berner leyó en

el mensaje, Mólotov argumentaba que era «útil informar al Gobierno sueco sobre el destino de Wallenberg». El embajador sueco sintió que el hallazgo era esencial:

«¡Iban a decirnos lo que había pasado realmente con Wallenberg! Era un fuerte indicio de que había sido, de hecho, ejecutado. Me pareció convincente. Por supuesto, mentirían sobre la forma en que había fallecido, pero ahí me convencí de que, de hecho, había muerto cuando decían. Uno no miente en un informe interno al Politburó. Estaba convencido de que el documento era auténtico», dice Berner hoy.

Paradójicamente, Bakatin, jefe del KGB, había elegido al nieto de Mólotov, Viacheslav Níkonov, como contacto de los suecos. A Níkonov no le gustaba, sin embargo, hablar del papel de su abuelo en el caso, del que no sabía nada.

«Para mí [Mólotov] era, en esencia, un abuelo maravilloso. Nunca le pregunté sobre Wallenberg. Le pregunté muchísimo sobre Lenin, Stalin y Roosevelt. En resumidas cuentas, Wallenberg no era tan importante como para estar en la lista», explicaría más tarde Níkonov a la autora.

En el otoño de 1991, Níkonov comenzó a trabajar rápida y eficazmente. El presidente del grupo de trabajo, Hans

Magnusson, notó una disposición personal genuina para encargarse del aparato del KGB. Redactaron una lista de antiguos empleados del servicio de seguridad que podían saber algo de Raoul Wallenberg. Hans Magnusson estaba presente en el despacho de Viacheslav Níkonov mientras este llamaba a individuos que habían trabajado en el KGB en la época de su abuelo. Concertó reuniones con ellos para hablar de Wallenberg.

Sin embargo, a menudo echaban al equipo entrevistador del Grupo de Trabajo Sueco-Ruso sin previo aviso. El diplomático sueco Björn Lyrvall era miembro de dicho equipo y estuvo

presente en unas cuarenta entrevistas, que incluyeron también a miembros del KGB.

«Conducíamos hasta algún barrio de Moscú, hasta viudas solitarias y pobres retirados, que habían sido quizá guardias en la Lubianka en tiempos de Stalin. Estaban marcados por el terror de aquella época. A menudo abrían aterrorizados cuando llamábamos a la puerta, pero cuando nuestros colegas del KGB decían quiénes eran y mostraban su identificación, suspiraban con alivio. No era esa la reacción habitual de los rusos de a pie», recuerda Lyrvall.

El nombre más significativo de todos surgió durante el primer examen de la lista de entrevistas en el otoño de 1991. Se tomó nota de un tal Daniel Kopelianski, que había llevado a cabo dos interrogatorios con Raoul Wallenberg en el verano de 1946, el primero durante dos horas y media, el segundo no tan largo. Kopelianski había sido un joven valor en el servicio de seguridad de aquella época y seguía vivo. Él mejor que nadie debía saber por qué había sido detenido Wallenberg y qué le había sucedido al diplomático sueco.

Björn Lyrvall recuerda que el envejecido intérprete y jefe de interrogatorios estaba en guardia cuando apareció el equipo entrevistador. Tuvieron la impresión de que temía que lo acusaran de algo y notaron que se refirió frecuentemente al *Joint*, la organización de ayuda judía, cuando le preguntaban por Raoul Wallenberg. Se plantearon si estaba, en realidad, intentado decirles algo. Daniel Kopelianski fue entrevistado varias veces, pero siempre negó que hubiese interrogado a Raoul Wallenberg. Dijo que el supervisor que había llevado el interrogatorio debía de haber escrito el nombre de él en vez del propio. Era

posible que Wallenberg hubiese sido un

prisionero al que Kopelianski tuviese que «ablandar» de antemano con té y un sándwich.

El representante del KGB en el equipo entrevistador intentó apelar al patriotismo de Kopelianski. Intentó recurrir a su lealtad hacia la institución para la que trabajó. Pero nada funcionó. Los entrevistadores no consiguieron arrancarle ni una sola palabra sobre Raoul Wallenberg. Su decisión estaba clara. Pese a ello, con cada reunión, el grupo de trabajo se convencía cada vez más de que el hombre tenía mucho que contar. Habían notado que Kopelianski

había palidecido al mostrarle una fotografía del compañero de celda de Raoul Wallenberg, Willy Rödel.

En febrero de 1992, Guy von Dardel y Marvin Makinen fueron al desvencijado apartamentito en el que vivía Kopelianski en el centro de Moscú. Quizá este testigo clave respondería de forma distinta a un ruego de la familia de Wallenberg. Guy subió solo las escaleras. Kopelianski, un hombre de corta estatura, abrió la puerta. Decían que había tenido una mirada penetrante, aunque para entonces estaba ciego de un ojo. «Soy el hermano de Raoul Wallenberg. ¿Puede ayudarme?», comenzó Guy en alemán.

Se inició así una animada conversación que terminó con Kopelianski agarrando una porra y gritando que llamaría a la Policía si Guy no se marchaba.

Daniel Kopelianski murió a comienzos de la década de 2000 llevándose a la tumba los secretos que tuviese.

La Unión Soviética se hundió y el grupo de trabajo suecosoviético se convirtió en suecorruso. Al poco, comenzaron los reveses, a medida que Rusia recaía lentamente en el gobierno autoritario de antaño. Los archivos se fueron cerrando.

Pero los resultados obtenidos hasta entonces habían sido alentadores. Con todos los nuevos documentos, el grupo de trabajo había reconstruido ya una imagen significativamente más completa del tiempo que había pasado Raoul Wallenberg en prisiones soviéticas y de la secuencia de los hechos en la parte soviética. Pese a ello, no se podía decir que se hubiese llegado a la total comprensión del destino del diplomático sueco. En cierta forma, tenían más preguntas ahora que al principio.

Aumentaron las tensiones. Los diplomáticos suecos notaron que las respuestas de los rusos eran cada vez más negativas y no entendían por qué.

¿Era porque no había más documentos, o porque los rusos no querían enseñarlo todo? Una sensación de que no podían seguir avanzando comenzó a extenderse entre los representantes del Ministerio de Exteriores. Tras un tiempo, solo parecía quedarles energía al casi octogenario Guy von Dardel y a sus expertos. Guy se hizo cargo de nombrar dos nuevas investigadoras extranjeras, Susanne Berger y Susan Mesinai, que eran completamente desconocidas para los diplomáticos suecos.

La investigación Wallenberg estaba comenzando a escindirse en grupos más pequeños. Tanto los objetivos como los puntos de vista de sus miembros se

alejaban cada vez más. Cuando el trabajo del grupo suecorruso llevaba cuatro años en marcha, su presidente, Hans Magnusson, comenzó a trabajar en un borrador de informe final. Guy von Dardel y sus expertos señalaron con indignación todo lo que quedaba por hacer. ¿No era «total claridad» sobre el destino de Raoul Wallenberg lo que debían alcanzar?

Seguía existiendo esa desconfianza mutua, con décadas de antigüedad, entre la familia y el ministerio. Las relaciones no mejoraron cuando Guy von Dardel, en un largo artículo titulado «Adiós, señor Wallenberg», acusó al Ministerio de Exteriores de oscurecimiento

delictivo —en el sentido moral del término— de lo que había sucedido hacía cincuenta años. «Reconozco que el delito ha prescrito y que casi todos los implicados han fallecido. Pero eso no significa que la verdad sobre lo que sucedió entonces carezca de trascendencia. Surgirá en algún punto a pesar de todos los obstáculos», escribió Von Dardel en el *Dagens Nyheter* en 1997.

Después de una década de colaboración suecorrusa, llegó el momento. Se programó una rueda de prensa en Estocolmo para el viernes 12 de enero

de 2001 por la mañana. Toda la prensa internacional se reunió temprano en el edificio gubernamental de Rosenbad, concretamente en su auditorio revestido de mármol, Bella Venezia. ¿Qué le había sucedido a Raoul Wallenberg después del 17 de enero de 1945? Su familia estaba sentada en la primera fila, junto a los representantes del KGB (ahora FSB).

El punto de partida de la larga investigación Wallenberg había sido que, después de cincuenta y seis años, la familia debía recibir por fin una respuesta. Pero Nina Lagergren y Guy von Dardel sabían ya que ese no sería el caso. Guy y su experto independiente

celebrarían su propia conferencia de prensa sobre el fracaso, más tarde, en una sala considerablemente menor.

Nina intentaba digerir una experiencia de la noche anterior. El primer ministro Göran Persson había llamado a los dos hermanos. Había encontrado a Guy von Dardel en su habitación de hotel y a Nina Lagergren en casa. Les dijo que deseaba expresar las disculpas del Gobierno por «la falta de implicación» durante los primeros años del caso Wallenberg. Dijo incluso que los errores de entre 1945 y 1947 habían «impedido un resultado más feliz para Raoul Wallenberg y su familia». Los periódicos no tardaron en hacerse

eco de la conversación. Poco después se designó una investigación gubernamental especial para examinar los errores diplomáticos cometidos.

Más tarde, los kremlinólogos interpretarían la acción como lo que era: un primer ministro socialdemócrata había roto, por fin, su silencio, y criticado públicamente al santo del partido Östen Undén. Incluso los primeros ministros Hansson y Erlander tuvieron su dosis de la purga. ¿Había sucedido esto alguna vez antes?

Nina Lagergren no estaba tan impresionada. Y encontraba ofensivo, casi un insulto, que después de todos aquellos años el primer ministro hubiese

expresado su disculpa por teléfono. «Estoy segura de que el primer ministro tenía buenas intenciones, pero una disculpa no puede compensar los graves errores que se cometieron y que fueron críticos para Raoul», dijo a un periodista.

Guy von Dardel subió a la tribuna. Se sentó allí con los presidentes sueco y ruso del grupo de trabajo, Hans Magnusson y Viacheslav Tujnin. La familia de Raoul, Suecia y Rusia: casi todos los actores del largo drama Wallenberg estaban presentes. Solo faltaba Estados Unidos. Y el propio Raoul Wallenberg.

El Grupo de Trabajo Sueco-Ruso había llamado a muchas puertas y revelado numerosos datos sobre el tiempo en prisión de Raoul y sobre las falsas afirmaciones de los soviéticos a lo largo de los años. Pero ahora, en el momento de la verdad, estaban de vuelta en la casilla de salida. No hablaban el mismo idioma. Cada una de las tres partes tuvo su propio informe final.

Los rusos salpicaron su análisis con más preguntas de lo habitual, aunque a pesar de ello siguieron manteniendo que, en su mayor parte, la información reiteraba lo que la Unión Soviética había establecido en 1957: Raoul Wallenberg había fallecido el 17 de

julio de 1947. Decían haber demostrado que el documento Smoltsov era auténtico, si bien era posible que existiese cierta incertidumbre sobre si el médico había dicho la verdad en cuanto a la causa de la muerte. En la rueda de prensa, Tujnin dijo abiertamente que creía que Raoul Wallenberg había sido asesinado. Un rumor persistente indicaba que lo habían fusilado en la Lubianka aquel día.

La conclusión sueca fue distinta. Los minuciosos análisis forenses no habían podido probar que el documento Smoltsov fuese una falsificación, pero tampoco que fuese auténtico. Aún no era posible determinar con certeza si Raoul

Wallenberg había muerto en 1947. Por tanto, no se podía descartar que estuviese vivo. «La responsabilidad de probar que Raoul Wallenberg está muerto incumbe al Gobierno ruso», fueron las palabras concluyentes del informe sueco.

La familia, a su vez, no confiaba en ninguna de las partes. Nina Lagergren y Guy von Dardel estaban profundamente tristes por que pareciese completamente imposible alcanzar el único objetivo al que habían aspirado todos aquellos años: la verdad.

Más tarde, cuando los periodistas se hubieron ido, la familia pudo observar que el nuevo avance más

importante había ocurrido en otro frente. Guy von Dardel había estado trabajando en ello durante un tiempo, y justo antes de Navidad recibió un mensaje. La comisión rusa para la rehabilitación de las víctimas del Terror había decidido ofrecer un desagravio a Raoul Wallenberg y Vilmos Langfelder. El fiscal general ruso expuso que Wallenberg y Langfelder habían sido detenidos y encarcelados sin base legal. Ahí lo tenían en negro sobre blanco. Su hermano Raoul Wallenberg era inocente de todas las acusaciones y víctima de la opresión política de la Unión Soviética.

Nina Lagergren decidió que, en adelante, haría todo lo que pudiese para que el nombre de su hermano siguiese vivo, como modelo para las nuevas generaciones.

Guy y Matti von Dardel se habían registrado en el Hotel Esplanade con sus hijas, Louise y Marie. Algunos miembros rusos del grupo de trabajo también se alojaban allí. La dirección del hotel era Strandvägen 7a y estaba a solo unos pasos del muelle Nybrokajen, donde se atracaban los ferris al archipiélago, entonces congelados.

Por la noche, cuando todo hubo terminado, los rusos invitaron a Guy y su familia a una copa en uno de los salones del hotel. Habían llevado una botella de vodka, que sirvieron en vasos de chupito suecos. Estaban bien informados, y explicaron a Louise von Dardel y Marie Dupuy que el Hotel Esplanade estaba en realidad ubicado en una «casa Wallenberg». Guy von Dardel pudo aportar más detalles. Era en este edificio donde había tenido sus oficinas la Comercial Centroeuropea. Aquí había sido donde Raoul Wallenberg y Kálmán Lauer habían dirigido sus importaciones de oca en la época anterior al viaje de

Raoul a Budapest. También era donde Iver Olsen y el resto de la legación estadounidense habían tenido su sede.

Algo no cuadraba, pensaron las hermanas. Los rusos eran cálidos y amables; continuamente, no obstante, los atormentaban con señales ambiguas. Con el vodka, los Von Dardel volvieron a oír a los anfitriones rusos especular que Raoul no había muerto de un infarto el 17 de julio de 1947, aunque esta era la verdad rusa oficial. Ahora parecían pensar que había sido fusilado un par de meses más tarde, en el otoño de 1947. Incluso afirmaron haber recibido llamadas anónimas de testigos que habían oído los disparos.

¿Qué debía creer la familia? Guy von Dardel sorbía su vodka irritado, intentando controlar su ira. Diez años de investigación y aún no había pruebas sustanciales. Solo más preguntas.

Los rusos del servicio de seguridad, antes conocido como KGB, habían estado esperando de pie en un rincón. De pronto, uno de ellos se armó de valor y se acercó a los Von Dardel. Tenía algo en la mano. Al llegar, sacó una gran caja de bombones rusos de una bolsa y se la tendió sonriendo a la familia de Raoul Wallenberg.

ESTOCOLMO Y MOSCÚ, 2011

Vladimir Putin está en la ciudad. Con gran estruendo, varios helicópteros sobrevuelan el centro de Estocolmo, y en la sala de prensa de Rosenbad, Bella Venezia, un par de cientos de periodistas llevamos más de una hora congregados. Los jefes de Estado ruso y sueco van a conceder una rueda de

prensa conjunta. Se dice que algo así no pasa desde hace diez años. Los niveles de seguridad son extraordinarios.

Tengo un lugar envidiable hacia la parte delantera, justo detrás de los periodistas rusos. Y una única pregunta, a la que el antiguo oficial del KGB Putin debería poder ofrecer una respuesta. Los periódicos lo presentan como un hombre viril: «Cree en la fuerza. Se puede percibir al conocerlo en persona», ha dicho el primer ministro sueco Fredrik Reinfeldt en una entrevista.

Repito la pregunta silenciosamente para mí: «¿Qué le sucedió a Raoul Wallenberg?».

Las perspectivas de una respuesta son mejores hoy de lo que lo han sido desde hace mucho tiempo. Hay un tono más conciliatorio entre los dos países, después de un periodo de frío glacial durante el conflicto de Georgia. También he recibido un dato informal de que se ha mencionado el caso de Raoul Wallenberg durante la discusión de la mañana entre los dos primeros ministros. En realidad, Fredrik Reinfeldt mencionó ya el caso al presidente Medvédev, durante su visita de 2009. Fue la primera vez en mucho tiempo. Debe de haber algo nuevo en marcha.

Tras el informe final del Grupo de Trabajo Sueco-Ruso en 2001, se eliminó el caso de Raoul Wallenberg de la agenda

política exterior. Fue una decisión compartida por suecos y rusos. Las preguntas que quedaban sobre el destino de Raoul Wallenberg (es decir, todas) pasaron a considerarse, en lo sucesivo, de naturaleza histórica más que política. Pero había una condición para la despolitización del caso. Tanto Suecia como Rusia prometieron dar a los investigadores futuros libertad para continuar buscando la verdad.

Son, en parte, los datos contradictorios sobre el «prisionero número 7» los que han provocado que el Gobierno sueco retome el asunto. ¿Estaba Raoul Wallenberg vivo y fue interrogado tras la supuesta fecha de su fallecimiento, el 17 de julio de 1947? Suecia no cree que Rusia

esté cumpliendo su parte del acuerdo. Los investigadores sobre Wallenberg encuentran cada vez más difícil buscar la verdad en los archivos rusos relevantes. Nunca ha existido el acceso libre de verdad.

Por fin se encuentran en la tribuna. El descrito como viril resulta ser una cabeza más bajo que el primer ministro sueco. Putin parece, en realidad, pálido y débil junto al desacostumbradamente bronceado Reinfeldt. Siento que mi valor crece.

En las filas de periodistas se ha comentado que la rueda de prensa está ensayada. Solo se aceptarán cuatro preguntas, y los pocos afortunados ya

saben quiénes son: dos periodistas suecos y dos rusos. Y yo que creía que en Suecia había libertad de prensa.

Se confirman nuestros peores temores. Los dos periodistas rusos suenan como si incluso tuviesen las preguntas por adelantado. El periodista de la agencia de noticias sueca TT es el único que consigue sacar algo de interés del líder ruso. Su pregunta es sobre la crítica de Putin a la participación de Suecia en la intervención de la OTAN en Libia. De pronto, la voz del primer ministro ruso se suaviza y comienza a hablar sobre derechos humanos:

—Me horroriza la facilidad con la que se toman decisiones en el mundo sobre quitar la vida a otras personas —dice Putin.

Y todo acaba. Para mi consternación, veo desaparecer a Vladímir Putin tras las puertas.

¿Qué le sucedió a Raoul Wallenberg? Debo encontrar una respuesta oficial actual. Una entrevista escrita con el jefe de la Segunda División Europea del Ministerio de Exteriores es lo que los funcionarios rusos me ofrecen. Podría ser peor. Durante tres años, Víktor Tatárintsev fue el presidente ruso del Grupo de Trabajo Sueco-Ruso sobre Raoul Wallenberg. Recibo una larga carta. En ella puedo discernir la respuesta oficial rusa, actual a diciembre de 2011. Parece idéntica al memorándum Gromýko

de 1957. Raoul Wallenberg murió de causas naturales el 17 de julio de 1947, explica Víktor Tatárintsev.

«La única prueba fiable de la muerte del diplomático sueco sigue siendo el informe de A. L. Smoltsov [...] que afirma que el "prisionero Walenberg [sic], a quien usted ya conoce, falleció anoche de repente en su celda, muy probablemente como consecuencia de un infarto de miocardio"», escribe, y me doy cuenta de que se requerirá más fuerza de la que yo tengo para hacer algún progreso.

El ministro de Exteriores sueco, Carl Bildt, tiene su despacho en el palacio Arvfursten, a tiro de piedra del palacio de Estocolmo.

Se supone que las concienzudamente renovadas salas deben sugerir el siglo XVIII, pero bajo las arañas de cristal de la sala de reuniones se puede oír el zumbido de las impresoras láser.

Carl Bildt tiene la televisión puesta cuando llego. Esta, la sala de la esquina con vistas al palacio de Estocolmo, ha sido la oficina de todos sus predecesores, incluidos Christian Günther y Östen Undén. Miro a mi alrededor. Altos espejos, marcos dorados y un portátil sobre el antiguo escritorio. Nos sentamos en el sofá.

—¿Qué hace hoy el Gobierno para averiguar la verdad sobre el caso de Raoul Wallenberg?

—Hasta que obtengamos total claridad, sigue siendo un caso. Hoy en día, el asunto sigue figurando a menudo en lo alto de nuestras prioridades. Por ejemplo, se lo planteé al ministro de Exteriores ruso Lavrov justo la semana pasada.

—¿Qué le dijo usted?

—Que hay nueva información y que les pedimos que ayuden a los investigadores. Siempre dicen que lo harán, así que es solo para confirmarlo en los niveles más altos.

—¿Cree que el Gobierno ruso sabe hoy más sobre lo que le sucedió a Raoul Wallenberg que lo que está en el memorándum Gromýko de 1957?

—¿Se refiere a Putin? Bueno, es difícil decirlo. No creo que sea muy probable.

—¿Por qué cree usted que mintieron durante tanto tiempo?

—Mentían sobre casi todo. La Unión Soviética era un Estado construido sobre la mentira, hacia sus propios ciudadanos, hacia el mundo que los rodeaba.

—¿Y usted qué cree que le sucedió?

—Creo que lo más probable es que lo ejecutaran.

—En ese caso, ¿por qué lo harían?

—Puede que haya habido una razón especial para ello; también puede que, sencillamente, pasase. Era un sistema que ejecutaba a muchísima gente a diario.

—¿No deberían ser capaces de reconocerlo después de todos estos años?

—Sí, yo diría que sí.

La respuesta del archivo del FSB de Moscú ha llegado. Les encantará recibirme otra vez para «ver algunos documentos». La lista de prioridades que les había enviado contenía lo obvio: la ficha de presidiario de Raoul Wallenberg, los registros de interrogatorios y el Informe Smoltsov original. Merece la pena otro viaje.

Llego y me enfrento a las mismas salas de reunión escasamente amuebladas, las mismas tazas blancas. Pero, un momento: hay algo. Sobre la mesa de madera vacía, tras un cuenco de

bombones, vislumbro un trozo de cartón gris amarillento, de aproximadamente el tamaño de un sobre A6. Es la ficha de ingreso en prisión de Raoul Wallenberg. La original.

Algo ha impedido venir a Jristofórov, el funcionario de aterciopelados ojos, en el último momento. Su sustituto parece confuso cuando pido permiso para tocar la ficha. «Solo un instante», digo. Asiente.

Recorro con el dedo la rugosa superficie. Se puede ver que la doblaron. La escritura es agradablemente redondeada y el nombre de Raoul Wallenberg está escrito con tinta, quizá incluso con un toque de violeta de genciana. Raoul no ha firmado la tarjeta y la caja para su huella dactilar

está vacía. Detenido: 19 de enero de 1945.
Llegada a la Lubianka: 6 de febrero de 1945.

Tengo un nudo en la garganta, pero me recompongo. ¿Y el registro de interrogatorios de la prisión?

—No puede verlo porque contiene información sobre otros presos —explica mi anfitrión.

¿Y el informe original de Smoltsov?

Me explica que nunca muestran nada más que las copias en los archivos rusos y me refiere a la publicada en el informe del Grupo de Trabajo Sueco-Ruso.

Después me paro un minuto en la plaza de Lubianka. Mirando unas grandes barrederas, me embarga un vacío sin

fondo. Siguen circulando, salpicando agua por la glorieta, en cuyo centro se levantaba la estatua de Félix Dzerzhinski, el fundador del KGB, antes de que la Unión Soviética se desmoronase.

En el bolsillo llevo dos bombones del cuenco de cristal del archivo del FSB. Cuando le quito a uno el papel brillante, me quedo estupefacta: el logotipo del chocolate del FSB son tres antifaces de colores.

EPÍLOGO

DJURSHOLM, VERANO DE 2011

Más libros gratis en www.DDMIX.net

El pequeño Raoul está en la ciudad y voy a conocerlo. Tiene nueve dientes y un chupete celeste, y su nombre completo es Raoul Stig Lago Wernstedt. Acaba de cumplir un año y es el décimo bisnieto de

Nina Lagergren, el primero de la familia en llevar el nombre del hermano que Nina no volvió a ver nunca.

Durante décadas, el nombre de Raoul se ha reservado para el hombre que volvería un día. Pero, poco a poco, algo ha cambiado. De forma casi imperceptible, una convicción ha sustituido a otra. Ahora este bisnieto se tambalea por la cocina de su bisabuela, y si le dicen «¡Raoul!», se para y sonrío de oreja a oreja. Un seductor de un año, que adora jugar con bloques de construcción, es hoy la garantía de que sobrevivan en la familia el nombre y, con él, las famosas iniciales «R. W.».

Nina Lagergren, de noventa y un años, ofrece zumo de piña helado. Es una mañana sin nubes de comienzos de verano, en esa época del año en que Suecia muestra su mejor perfil. Un día en el que no hablaremos sobre la tristeza, sobre las mentiras y las pistas falsas. Las preguntas están, sin embargo, siempre presentes. Sé que Nina aún espera saber la verdad sobre lo que le sucedió a su hermano.

—Es lo menos que podrían hacer, creo yo. ¿Qué daño haría? ¿Qué pueden perder? —preguntó desanimada la última vez que hablamos.

Pero ahora el pequeño Raoul está aquí y la luz del sol inunda el apartamento a través de la ventana de la cocina. Acaba de

empezar a ir a la guardería, me comentan sus padres, Fredrik y Anna Wernstedt.

Raoul lleva una camisa de rayas amarillas y blancas, y gatea por debajo de la mesa, colocando los bloques de construcción en los tarros de su bisabuela. Al ver su sonrisa es difícil no pensar en las descripciones que hacía Maj von Dardel en las cartas del primer año de vida de Raoul Wallenberg, en 1910: «Cuando ríe y se lo ve tan increíblemente feliz, es bastante contagioso».

Su padre, Fredrik, tiene treinta y un años. Como sus hermanos, primos y primos segundos, ha crecido con el caso siempre de fondo y con la persona de Raoul Wallenberg como modelo de

comportamiento. Fredrik me cuenta que está leyendo ahora las cartas de Maj von Dardel por segunda vez. Reconoce en su Raoul muchas de las cosas que ella describe. Comparten su curiosidad, observa Fredrik, y persigue a su hijo que está ya de camino hacia la salita de su bisabuela.

Los demás los seguimos. Hay un cajón sobre la mesa, lleno de antiguas cajas ovaladas del juguetero E. Heinrichsen de Núremberg. Nina quiere mostrar a otro bisnieto los soldaditos de plomo pintados a mano con los que jugó, en su momento, su hermano Raoul, los que este heredó del padre que había muerto antes de nacer él. Tienen más de cien años de antigüedad.

—¡Mira, aquí están todos los soldaditos! —exclama Nina encantada.

Observa a Fredrik colocar una fila de robustos guerreros romanos sobre la mesa. Pronto se les unen unos estilizados húsares de uniformes rojos y azules. El pequeño Raoul agarra una cureña, trepa a un sillón y se la lleva a la boca. Cuando ha investigado la pieza minuciosamente, se la tiende a Nina con una sonrisa contagiosa más.

—Gracias. Gracias, Raoul —dice Nina y lo mira con amor.

Fuera, Suecia se despierta a otro hermoso día. Familias de vacaciones salen en desbandada hacia el sol. Hay plantones que plantar, patatas que acollar. El tráfico es denso, con coches que traen de los viveros

tierra, geranios y tomates. Suecia va a retoñar y cultivar, como debe ser, como ha sido en todos los años pasados y será en todos los años futuros.

Al borde de la carretera, los altramuces se estiran hacia el cielo. Aquí y allí florecen peonías y, en algunos jardines, asoman las delicadas flores azules y amarillas que llevan el más hermoso de todos los nombres suecos:

Förgätmigej.

Nomeolvides.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría, en primer lugar, expresar mi más sincera gratitud a la hermanastra de Raoul Wallenberg, Nina Lagergren, que desde nuestro primer contacto en el verano de 2009 ha pasado horas de entrevista sin fin hablándome de su hermano Raoul y guiándome por los muchos recovecos del drama de su familia. Gracias especialmente también

a la viuda de Guy von Dardel, Matilda von Dardel, que respondió a mis muchas preguntas y me dio acceso al archivo privado de su esposo. Mi investigación no habría sido posible sin la ayuda de los hijos de Nina y Guy, sobre todo Mi Ankarcrona y Marie Dupuy. La fundación Helge Ax:son Johnson, el fondo Writer's Photocopy Fund y el del Ministerio de Exteriores para Investigaciones Independientes sobre Raoul Wallenberg me han concedido sendas becas, y con ello han permitido mis viajes al extranjero.

Me dirigí con el más profundo de los respetos a la amplia cohorte de expertos existentes en la materia. El

embajador Jan Lundvik, decano del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco para el caso de Raoul Wallenberg, respondió de inmediato y me ha comunicado pacientemente su gran conocimiento, tanto sobre Wallenberg como sobre Hungría. Jan Lundvik me facilitó el contacto con Gábor Forgács, quien para entonces era probablemente el único que aún podía describir el trabajo y el ambiente del círculo más íntimo de Wallenberg. Ya no está con nosotros. Mi más sentido agradecimiento a ambos por sus valiosísimas contribuciones a este proyecto.

Molesté a varios exfuncionarios del Ministerio de Exteriores sueco ya jubilados. Entre ellos, quiero dar las gracias en particular a Leif Leifland, que murió en 2015, y a Sven Hirdman.

Muchos investigadores sobre temas centrales para este libro han sacado generosamente tiempo de su ocupada agenda para comunicarme sus hallazgos y responder a mis pesadas preguntas. Mi profundo agradecimiento, sobre todo, a los expertos en Wallenberg: Johan Matz, Göran Rydeberg, Susanne Berger, Gellért Kovács y Georg Sessler, así como al profesor de Economía Håkan Lindgren y al investigador de inteligencia Craig McKay. Mi

agradecimiento colectivo más profundo también al gran número de personas a las que he sometido a intensas entrevistas.

Un proyecto de investigación considerable de este tipo no es posible sin la ayuda de archivistas, entre los cuales deseo destacar en especial al personal de los Archivos Nacionales Suecos y los Archivos Municipales de Estocolmo, así como a Stephan Bergman, del archivo de los periódicos *Dagens Nyheter* y *Expressen*. También tengo una deuda de gratitud con el archivo de las Oficinas Gubernamentales Suecas por la donación de los cuarenta y nueve «libros

azules» que contienen gran cantidad de la documentación sobre el caso Wallenberg.

Gloria von Berg, Anna Végh, Levente Harmatha, Richard Zwillinger y Michael Davies han proporcionado generosamente información sobre los varios ambientes de Budapest en los que pasó Raoul Wallenberg el otoño de 1944. Pero no se puede ir a todas partes, y así, con el tiempo, el número de colaboradores y traductores ha ido creciendo. Gracias de corazón a Katalin Garam (Budapest), María Liudkóvskaia (Moscú), Peter Andreasson (Washington), Katja Lucke (Berlín), Sam Nadonnichols (Ann Arbor) y, por

último, si bien no menos importantes, al eslavista Mattias Ågren, el periodista Fabian Sturm y el traductor Peter Samuelsson, de Estocolmo. También quiero expresar mi reconocimiento a Joshua Prager (por su importante asesoramiento al comienzo del proyecto), Fredrik Laurin (por su experta ayuda con Excel), Mary Anne Drew (por el material de la Facultad de Arquitectura de Ann Arbor), Henrik Berggren (por su valiosa información sobre varios pasajes del manuscrito) y Lena Milton (por todas las peticiones de última hora a los Archivos Nacionales).

Mi grupo de primeros lectores merece un elogio por haber aguantado hasta el final. Tengo una enorme deuda de gratitud con mis padres, Sonja y Per Carlberg, mi hermano, Anders Carlberg, y mi amiga Ewa Stenberg. Entre ellos está también mi amiga Eva Apelqvist, de Wisconsin (Estados Unidos), cuya contribución al libro ha ido mucho más allá del deber: no tengo palabras para expresar lo agradecida que le estoy.

Mi adorada suegra Margareta Nuder consiguió leer cuatro capítulos antes de dejarnos —demasiado pronto— en abril de 2011. Me duele que no llegase a tener la oportunidad de ver completo este trabajo.

La editorial Norstedts ofreció el talento de primera de Jenny Tenenbaum, Per Faustino, Ulla Renström, Lars Molin y, sobre todo, Stefan Hilding, cuyos compromiso y humor me hicieron disfrutar incluso las fases más exigentes del esprint final. Me llenó de orgullo tener a MacLehosePress como editor inglés y me entusiasmó incluso más cuando tuve el placer de trabajar con gente tan comprensiva y profesional como Christopher MacLehose, Katharina Bielenberg y Josh Ireland. La traducción al inglés exigía un traductor extremadamente competente, y estoy agradecida por el gran trabajo de Ebba Segerberg.

Un autor que se lanza a una empresa como esta se convierte inevitablemente en inaguantable para aquellos de su entorno inmediato. Al mismo tiempo, necesita la máxima cantidad de cariño y consideración posibles para terminarla. Debería ser un dilema insoluble, aunque no para mi maravillosa familia. Pär, Johanna y Sara, nunca habría podido hacer esto sin vosotros.

INGRID CARLBERG

*Budapest y Estocolmo,
marzo de 2012 y noviembre de 2015*

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Me he preocupado al máximo por basar la historia central, tanto como ha sido posible, en fuentes primarias. Para el material más amplio y contextual (sobre la época contemporánea en Suecia y Europa, la historia de la familia más lejana, el ambiente histórico, etc.), he recurrido en mayor medida a fuentes publicadas, incluyendo la cobertura

periodística de la época. Se encontrarán notas detalladas (en inglés) al texto en www.maclehosepress.com/wallenbergnc

RESUMEN DE FUENTES PRIMARIAS

PARTE I

El relato de la historia de la familia de Raoul Wallenberg y de su vida antes de viajar a Budapest se basa, principalmente, en cartas familiares tanto del enorme Archivo Raoul Wallenberg privado del Riksarkivet (los Archivos Nacionales Suecos), en

Estocolmo, como de los archivos privados y álbumes fotográficos de miembros de la familia. Las entrevistas con miembros de la familia (en particular, con su hermanastra, Nina Lagergren) han proporcionado, asimismo, una gran cantidad de información valiosa adicional.

Sobre la época de R. W. en el colegio, ha sido fuente abundante el archivo de la Nya Elementarskolan, en el Stadsarkivet (los Archivos Municipales de Estocolmo), así como las notas de sus compañeros de clase.

En lo referente a los años que pasó R. W. en la Universidad de Míchigan, en Ann Arbor, y a su año de prácticas en

Sudáfrica y Palestina, me fue posible consultar cartas y telegramas privados, así como notas y cartas de sus compañeros de carrera, conservadas en la Biblioteca Histórica Bentley. Las copias de sus redacciones originales se conservan en el archivo privado de Nina Lagergren, y sus bocetos arquitectónicos están en el Museo de Arquitectura de Estocolmo.

Para exponer la relación entre la rama de la familia de Raoul y el resto de la dinastía bancaria Wallenberg, las fuentes primarias habituales se han complementado con documentos publicados, agendas de citas, itinerarios de viaje y cartas privadas conservados

en los Archivos Wallenberg de Estocolmo. También pude entrevistar al primo segundo de Raoul Wallenberg, Peter Wallenberg, paterfamilias del grupo Wallenberg hasta la fecha de su muerte en 2015.

Mi investigación sobre los años de Raoul Wallenberg como hombre de negocios se vieron enriquecidas por nuevos hallazgos en dos importantes archivos gubernamentales suecos: la Statens Utlänningskommission (Comisión Nacional de Extranjeros) en el Riksarkivet de Estocolmo, que contiene información detallada sobre la vida de los colegas de R. W.; y los archivos de las Statens

Hästexportberedning, Sveriges Livsmedelskommission y Sveriges Handelskommission (las autoridades suecas responsables del comercio equino y la importación y exportación de productos alimentarios durante la guerra), donde se ha encontrado una enorme cantidad de correspondencia comercial de puño y letra de R. W., hasta ahora desconocida.

El archivo del Bolagsverket (el registro mercantil sueco) contiene documentos de empresa útiles en cuanto a la historia de la Mellaneuropeiska Handelsaktiebolaget (Comercial Centroeuropea) y la AB Banan-Kompaniet. Algunos datos importantes

sobre esta fase de la vida de R. W. proceden de mi entrevista con su primo Lennart Hagströmer, así como de correspondencia comercial inédita entre los primos.

Las invitaciones y notas de agradecimiento a R. W. de sus amigos, encontradas en el archivo de Guy von Dardel, han sido útiles para comprender la vida de R. W. en los meses inmediatamente previos a su partida hacia Budapest. Una fuente primaria importante para reconstruir 1944 ha sido la agenda privada de Raoul Wallenberg, entregada a su familia por el KGB en 1989.

PARTE II

Las fuentes primarias para la narración de los seis meses de R. W. en Budapest han consistido en su mayor parte, además de en la correspondencia privada y otras fuentes generales ya mencionadas, en lo siguiente: telegramas y documentación cotidiana del archivo de la legación de Budapest en el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco (Utrikesdepartementet, U.D.), que se conserva en el Riksarkivet de Estocolmo; el voluminoso archivo del U.D. sobre el caso de Raoul Wallenberg, que es el mayor expediente de todo el archivo del U.D. en el Riksarkivet de

Estocolmo, y no debe confundirse con el enorme Archivo Raoul Wallenberg privado, que también se conserva en el Riksarkivet de Estocolmo; la agenda personal y la libreta de direcciones de 1944 de Raoul Wallenberg; el archivo de Kálmán Lauer en el Riksarkivet de Estocolmo (en el Archivo Raoul Wallenberg privado); documentos y telegramas de la Junta para los Refugiados de Guerra y el Departamento de Estado estadounidense, así como los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y de las autoridades húngaras (incluidos los documentos publicados en el primer libro húngaro sobre R. W., obra de Jenő Lévai).

Para contribuciones más personales he consultado fuentes primarias como el diario y las memorias privadas de Margareta Bauer, y las transcripciones de entrevistas con Per Anger, László Pető, Kazmer Kállay, Thomas (Tamás) Veres, Johnny Moser, Pál Szalai y Giorgio Perlasca, que se conservan en el archivo del Proyecto Raoul Wallenberg, en la Universidad de Upsala. Además de mis propias entrevistas con algunos de los colegas supervivientes de R. W. y personas que se salvaron gracias a sus acciones, ha sido importante el archivo de Rudolph Philipp en el Riksarkivet de

Estocolmo, pues su investigación cubrió parte del tiempo que R. W. pasó en Budapest.

PARTE III

Esta parte de la historia, que trata todo el drama posterior a la guerra y el fracaso diplomático sueco en relación con el caso de Raoul Wallenberg, cubre la época entre 1945 y 2012 (cuando se publicó la edición sueca de este libro). Las fuentes primarias relacionadas con esta parte que merece la pena mencionar son: el archivo sobre Raoul Wallenberg (U.D. P2 Eu1) del Ministerio de Asuntos

Exteriores en el Riksarkivet de Estocolmo, que incluye partes relevantes del archivo de la legación en Moscú (U.D. Hp 80 Ea); el archivo privado de Guy von Dardel (ochenta y cinco cajas), actualmente conservado por su hija, Marie Dupuy; el voluminoso diario de Fredrik von Dardel en el Archivo Raoul Wallenberg (privado), en el Riksarkivet de Estocolmo; y el completo archivo de Rudolph Philipp en el mismo lugar.

La perspectiva soviética queda cubierta por los documentos soviéticos internos sobre la detención de R. W., su estancia en las prisiones de Lubianka y Lefórtovo, y el continuo debate diplomático en cuanto a su desaparición.

Una buena cantidad de los documentos soviéticos relacionados con el caso Wallenberg, aunque ni mucho menos todos, fueron publicados a finales de la década de 1980 y comienzos de la de 1990, gracias al llamado Grupo de Trabajo Sueco-Ruso (U.D. II:52, 2000). La documentación soviética contiene, entre otras cosas, información sobre las horas y las fechas de los interrogatorios a R. W., aunque nunca se ha publicado transcripción alguna de dichos interrogatorios. R. W. no fue nunca juzgado ni condenado por tribunal alguno en la Unión Soviética.

Para la descripción del interés estadounidense en el caso Wallenberg, la principal fuente primaria ha sido el archivo de la CIA «Expediente de Personalidad de Raoul Wallenberg» (Archivo de registro 263) en los Archivos Nacionales de Washington. El interesante juego político que precedió a la nueva nota diplomática sueca en 1979 (Capítulo 22) se reveló mediante la referencia cruzada de telegramas, notas y otra documentación de la época en tres archivos distintos: el del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, el de la CIA (Expediente de Personalidad de R. W.) y el diario de Fredrik von Dardel, que incluye la correspondencia entrante y

saliente de la familia.

Para los detalles sobre la vida de R. W. en prisión, han sido fuente caudalosa los testimonios de los compañeros de prisión de R. W. en la Lubianka y Lefórtovo incluidos en el primer libro blanco publicado por el Ministerio de Exteriores sueco (1957) y en el archivo sobre Raoul Wallenberg del Ministerio de Exteriores sueco. Las reflexiones contemporáneas del primer ministro sueco Tage Erlander y el ministro de Exteriores Östen Undén están basadas en sus respectivos diarios.

ARCHIVOS

ARCHIVOS PÚBLICOS

- Archivos Nacionales (R.A.), Estocolmo
- Archivo del Ministerio de Justicia
- Archivo de la Comisión Nacional de Extranjeros
- Archivo del Comité Nacional Regulador de Exportación de Caballos
- Archivo del Comité Nacional de Alimentación
- Archivo del Ministerio de Exteriores sueco
- Archivo del Comité Nacional de Comercio
- Archivo del Servicio de Seguridad General sueco

Archivo Raoul Wallenberg (RWA)
(archivo individual)

Oficina sueca de Patentes y Marcas

Archivo de la Congregación de
Skeppsholmen, Estocolmo

Fondo Histórico de las Mujeres,
Universidad de Gotemburgo

Archivos Municipales de Estocolmo
(S.A.)

Archivo de la Nya Elementarskolan

Archivo del Comité de Aeropuertos
de Estocolmo

Museo de la Ciudad de Estocolmo

«Inventario del centro urbano»,
«Inventario de Östermalm»

Biblioteca Real (K.B.), Estocolmo

Vardagstryck

Museo de Arquitectura, Estocolmo

Museo del Ejército, Estocolmo

Agenda de Raoul Wallenberg, 1944
(donada por Nina Lagergren)

Libreta de teléfonos y direcciones de
Raoul Wallenberg, 1944 (donada
por Nina Lagergren)

Universidad de Míchigan, Ann Arbor

Biblioteca Histórica Bentley

Facultad de Arquitectura, Ann Arbor

Archivo del Registro Mercantil sueco

Biblioteca de la Universidad de Upsala

Archivo de la Universidad de Upsala
(UUA)

Proyecto Raoul Wallenberg
(RWP)

Serie F2 C/ Registros de
entrevistas

Serie F3 B.1/ Documentos
de archivo en Budapest,
Ministerios húngaros del
Interior y de Exteriores

Archivo del Ministerio de Asuntos
Exteriores [sueco], Oficinas
Gubernamentales

Expediente de Raoul Wallenberg
(U.D. P2 Eu1, y también F1a, vol.
14 y F1b, vol. 1 respectivamente
[el caso de Nanna Svartz])

Los «libros azules», volúmenes 1-49
«Raoul Wallenberg: base de datos de
testimonios y documentos»,
www.wallenbergdatabase.ud.se

(los documentos de los archivos rusos publicados, como el antiguo archivo del KGB, el archivo del antiguo Comité Central, el archivo central del Ministerio de Defensa, el archivo del Ministerio de Exteriores y el Archivo Presidencial)

Politisches Archiv des Auswärtigen Amts (PAAA) [Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores], Berlín

Archivos Nacionales (NA), Washington D. C. y College Park (Maryland)

Archivos de la Agencia Central de Inteligencia (CIAA)

Biblioteca del Congreso, Washington D.
C.

Documentos sobre Ottó Fleischmann

Archivo de Yad Vashem, Jerusalén

MOL, Magyar Országos Levéltár
(Archivo Nacional Húngaro)

KUM, Külügy Minisztérium Arkiv
(Ministerio húngaro de Asuntos
Exteriores y Comercio)

ARCHIVOS PRIVADOS

Elena Anger

Birgit Brulin

Helene Carlbäck

Guy von Dardel

Lennart Hagströmer

Nina Lagergren

Gustaf Söderlund

Archivo familiar de Nathan y Anna Söderblom (depósito sellado, Biblioteca de la Universidad de Upsala, gracias al permiso especial del Dr. Staffan Runestam)

Archivo Raoul Wallenberg (conservado como archivo privado en los Archivos Nacionales Suecos)

Diarios de Fredrik von Dardel, 1952-1978

Fundación para la Investigación Historicoeconómica en Entidades Bancarias y Empresas, o Archivo

Wallenberg (W.A.), Estocolmo
(lamentablemente, sin acceso
público)

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Agrell, Wilhelm, *Stockholm som spioncentral*, Lund, Historiska media, 2006.

Agrell, Wilhelm, *Venona: spåren från ett underrättelsekrig*, Lund, Historiska media, 2003.

Ahlberg, Gösta, *Stockholms befolkningstillväxt efter 1850*, Upsala, Almqvist & Wiksell, 1958.

Älmeberg, Roger, *Hemliga förbindelser. DC-3:an, Sverige och Kalla kriget*, Estocolmo, Norstedts, 2007.

Anger, Per, *Med Raoul Wallenberg i Budapest. Minnen från krigsåren i Ungern*, Estocolmo, Norstedts, 1979.

Åmark, Klas, *Att bo granne med ondskan. Sveriges förhållande till nazismen, Nazityskland och förintelsen*, Estocolmo, Albert Bonniers förlag, 2011.

Arnstad, Henrik, *Spelaren Christian Günther. Sverige under andra världskriget*, Estocolmo, Wahlström & Widstrand, 2006.

Bachner, Henrik, *Judefrågan. Debatt om antisemitismen i 1930-talets Sverige*, Estocolmo, Atlantis, 2009.

Bauer, Yehuda, *Jews for Sale? Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945* [¿Judíos en venta? Las negociaciones judías con nazis, 1933-1945], New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1994.

Beevor, Antony, *El día D: la batalla de Normandía*, trad. de T. de Lozoya y J. Rabasseda, Barcelona, Círculo

de Lectores, 2010.

Berg, Lars G:son, *Boken som försvann. Vad hände i Budapest?*, nueva ed., Arboga, Textab Förlag, 1983.

Berthon, Simon y Joanna Potts, *Amos de la guerra*, trad. de V. Aldea, Barcelona, Destino, 2007.

Bierman, John, *Raoul Wallenberg: en hjälte i vår tid: Biografi om »mannen som räddade 100.000 judar«, hans liv, kamp och försvinnande*, Estocolmo, AWE/Gebers, 1982.

Birstein, Vadim, *SMERSH. Stalin's Secret Weapon* [SMERSH: el arma secreta de Stalin], Londres, Biteback Publishing, 2011.

Björkman-Goldschmidt, Elsa, *Elsa Brändström*, Estocolmo, Norstedts, 1969.

Blanck, Dag, *Sverige-Amerikastiftelsen. De första sjuttio åren. 1919-1989*, Estocolmo, Sverige-Amerikastiftelsen, 1989.

Boheman, Erik, *På vakt. Kabinettssekreterare under andra världskriget*, Estocolmo, Norstedts, 1964.

Bolinder, Jean, *30-tal*, Malmö, Liber Läromedel, 1977.

Bondor, Vilmos, *A Mikó rejtély*, Budapest, Püski, 1995.

Braham, Randolph L., «The Holocaust in Hungary: A Retrospective Analysis» [El Holocausto en Hungría: un análisis retrospectivo], en Randolph L. Braham y Scott Miller (eds.), *The Nazis' Last Victims* [Las últimas víctimas de los nazis], Detroit (Míchigan), Wayne State University Press, 1998.

Braham, Randolph L., *The Politics of Genocide. The Holocaust in Hungary* [La política del genocidio: el Holocausto en Hungría], ed. abreviada, Detroit (Míchigan), Wayne State University Press, 2000.

Brandell, Ulf, *Dagbok med DN*,
Estocolmo: Bokförlaget Trevi,
1976.

Brink, Lars, *När hoten var starka.
Uppkomsten av en väpnad
folkrörelse*, disertación académica,
Gotemburgo, Text & Bild Konsult,
2009.

Broberg, Gunnar, *Statlig rasforskning.
En historik över rasbiologiska
institutet*, Lund, Lunds universitet,
1995.

Browning, Christopher R., *Aquellos
hombres grises: el Batallón 101 y
la solución final en Polonia*, trad.
de M. Batista, Barcelona, Edhasa,
2002.

Browning, Christopher R., *The Final Solution and the German Foreign Office* [La solución final y el Ministerio de Exteriores alemán], Teaneck (Nueva Jersey), Holmes & Meier Publishers Inc., 1978.

Bruchfeld, Stéphane y Paul A. Levine, *... om detta må ni berätta... En bok om Förintelsen i Europa 1933-1945*, ed. revisada, Estocolmo, Forum för Levande Historia, 2009.

Carlback, Helene, *Sverige i ryska arkiv: Guide till ryska källor om svensk historia under 1900-talet*, Estocolmo, Archivos Nacionales Suecos, 1999.

Carlgren, Wilhelm, *Sveriges utrikespolitik 1939-1945*, Estocolmo, Allmänna förlaget, 1973.

Carlsson, E., *Skolgeografi uti två årskurser*, Estocolmo, P. A. Norstedts & Söner, 1887.

Carlsson, Sten, «Sverige under första världskriget», en *Den svenska historien*, nueva ed., Bonniers Lexikon, 1979.

Cartledge, Bryan, *The Will to Survive. A History of Hungary* [La voluntad de sobrevivir: una historia de Hungría], Westminster (Londres), Timewell Press, 2006.

Cassel, Gustav, *Socialism eller framåtskridande*, Estocolmo, Norstedts, 1928.

Cesarini, David, *Adolf Eichmann. Byråkrat och massmördare*, nueva ed., Estocolmo, Mån-pocket, 2006.

Christmas of Raoul Wallenberg 1944 [Las Navidades de Raoul Wallenberg, 1944], Budapest, Kolor Optika Bt, 2004.

Chuev, Felix y Albert Resis (eds.), *Molotov Remembers. Inside Kremlin Politics, Conversations with Felix Chuev* [Mólotov recuerda: política interna del

Kremlin, conversaciones con Félix Chuev], Lanham (Maryland), Ivan R. Dee Publisher, 1991.

Churchill, Winston S. y Randolph Churchill, *Att vinna freden. Tal hållna efter kriget*, Estocolmo, Skoglunds Bokförlag, 1949.

Cornelius, Deborah S., *Hungary in World War II. Caught in the Cauldron* [Hungría en la Segunda Guerra Mundial: atrapados en un hervidero], Nueva York, Fordham University Press, 2011.

Cornwell, John, *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XII*, trad. de J. M. López de Sa, Barcelona, Planeta, 2001.

Dahlberg, Hans, *I Sverige under andra världskriget*, Estocolmo, Bonnier Fakta, 1983.

Dardel, Fredrik von, *Raoul Wallenberg – fakta kring ett öde*, Estocolmo, Proprius förlag, 1970.

Dardel, Maj von, *Raoul*, Estocolmo, Rabén & Sjögren, 1984.

Denham, Henry, *Inside The Nazi Ring: A Naval Attaché in Sweden 1940-45* [En el círculo nazi: un agregado naval en Suecia 1940-1945], Londres, John Murray Publishers Ltd., 1984.

Derogy, Jacques, *Fallet Raoul Wallenberg*, Estocolmo, Berghs förlag, 1980.

Dolgun, Alexander, *Un americano en el Gulag*, trad. de L. M. Badia, Barcelona, Euros, 1975.

Drangel, Louise, *Den kämpande demokratin*, Solna, Liber, 1976.

Dryselius, Mats, *Kappsta – en fristad. En inventering av historiska förutsättningar och framtida möjligheter*, Lidingö, Lidingö kommun, 1984.

Eby, Cecil D., *Hungary at War. Civilians and Soldiers in World War II* [Hungría en guerra: civiles y soldados en la Segunda Guerra Mundial], Pensilvania, The Pennsylvania State University Press, 2009.

Einhorn, Lena, *Handelsresande i liv. Om vilja och vankelmod i krigets skugga*, tercera ed., Estocolmo, Norstedts, 2006.

Ekdahl, Niklas, *Per Albin Hansson*, Estocolmo, Albert Bonniers förlag, 2010.

Ember, Mária, *Ránk akarták kenni*, Budapest, Héttorony könyvkiadó, 1992.

Ember, Mária, *Wallenberg Budapestén*, Budapest, Vársháza, 2000.

Englund, Terje B., *Spionen som kom for sent. Tsjekkoslovakisk efterretning i Norge*, Oslo, Aschehoug, 2010.

Ericsson, Anne-Marie, *M/S Kungsholms inredning: mästerverk i art deco*, Estocolmo, Atlantis, 2005.

Eriksson, Eva, *Den moderna stadens födelse*, Estocolmo, Ordfronts förlag, 1990.

Eriksson, Eva, *Den moderna staden tar form. Arkitektur och debatt 1910-1935*, Estocolmo, Ordfront, 2001.

Erlander, Tage, *Dagböcker 1945-1949*, Möklinta, Gidlunds förlag, 2001.

Erlander, Tage, *Dagböcker 1950-1951*, Möklinta, Gidlunds förlag, 2001.

Erlander, Tage, *Dagböcker 1952*, Möklinta, Gidlunds förlag, 2002.

Erlander, Tage, *Dagböcker 1956*, Möklinta, Gidlunds förlag, 2006.

Erlander, Tage, *Dagböcker 1957*,
Möklinta, Gidlunds förlag, 2007.

Erlander, Tage, *Dagböcker 1961-1962*,
Möklinta, Gidlunds förlag, 2011.

Forgács, Gábor, *Emlék és valóság.*
Mindennapjaim Raoul
Wallenberggel, Budapest, Kolor
Optika Nyomda és Kiadó, 2006.

Franzén, Nils-Olof, *I Sverige under
första världskriget. Undan
stormen*, nueva ed., Estocolmo,
Albert Bonniers förlag, 2001.

Friedel, Robert, *Zipper: An Exploration
in Novelty* [La cremallera:
exploración de una novedad],
Nueva York, Norton, 1995.

Friedländer, Saul, *El Tercer Reich y los judíos: los años del exterminio (1939-1945)*, trad. de A. Herrera, Barcelona, Círculo de Lectores, 2009.

Friman, Helena y Göran Söderström, *Stockholm. En historia i kartor och bilder*, Estocolmo, Bonnier Fakta, 2008.

Gårdlund, Torsten, *Marcus Wallenberg 1864-1943. Hans liv och gärning*, Estocolmo, Norstedts, 1976.

Gersten, Alan, *A Conspiracy of Indifference. The Raoul Wallenberg Story* [Una conspiración de indiferencia: la

historia de Raoul Wallenberg],
Bloomington (Indiana), Xlibris
Corporation, 2001.

Gilbert, Martin, *Israel. A History*
[Israel: una historia], Nueva York,
William Morrow and Company,
1998.

Grafström, Sven, *Anteckningar 1938-
1944*, Estocolmo, Sociedad Real
para la publicación de documentos
relacionados con la historia
escandinava, 1989.

Hadenius, Stig, Björn Molin y Hans
Wieslander, *Sverige efter 1900. En
modern politisk historia*, nueva
ed., Estocolmo, Bonnier Alba,
1993.

Hägglöf, Gunnar, *Svensk krigshandelspolitik under andra världskriget*, Estocolmo, Norstedts, 1958.

Hägglöf, Ingemar, *Berätta för Joen. Mina år med ryssarna*, Estocolmo, Norstedts, 1984.

Hansson, Svante, *Flykt och överlevnad. Flyktingverksamhet i Mosaiska församlingen i Stockholm 1933-1950*, Estocolmo, Hillelförlaget, 2004.

Harmincad Utca 6. A Twentieth Century Story of Budapest [Calle Harmincad 6. Una historia del siglo XX en Budapest], Budapest, Embajada británica, 1999.

Harriman, W. Averell, y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin 1941-1946* [Enviado especial a Churchill y Stalin, 1941-1946], Nueva York, Random House, 1975.

Hasselberg, Per-Erik, *Klippan 12 – en Strandvägsbyggnad*, Estocolmo, Art & Auto Stockholm AB, 2004.

Henrikson, Alf, *Svensk historia*, Östersund, Bonniers, 1966.

Historic Photographs of the University of Michigan [Fotografías históricas de la Universidad de Míchigan], Nashville (Tennessee), Turner Publishing, 2007.

Höjer, Henrik, *Al Capone. Gangstern och den amerikanska drömmen*, Estocolmo, Albert Bonniers förlag, 2009.

Holm, Yngvar, *Den store boken om amerikabåtene. Nasjonens maritime stolthet*, Bergen, Edvardsen forlag, 2004.

Horthy, Miklós [Horthy, Nikolaus von], *Memorias*, trad. de V. Scholz, Barcelona, AHR, 1955.

Isaksson, Anders, *Per Albin. IV, Landsfadern*, Estocolmo, Wahlström & Widstrand, 2000.

Isling, Åke, *Kampen för och mot en demokratisk skola. Samhällsstruktur och*

skolorganisation, Estocolmo,
Sober Förlags AB, 1980.

Jacobi, Jutti, *Zarah Leander. Das Leben einer Diva*, Hamburgo, Hoffmann u. Campe Vlg GmbH, 2006.

Jansson, Herbert, «Victoriaförsamlingen på Tredje rikets tid», en *Svenska Victoriaförsamlingen i Berlin 1903-2003*, Sven Ekdahl (ed.), Berlín, Svenska Victoriaförsamlingen, 2003.

Kasztner, Rezső, *Der Kasztner-Bericht über Eichmanns Menschenhandel in Ungarn*, Reinbek bei Hamburg, Kindler, 1946.

Keane, Douglas y Michael Warner (eds.), *The Intelligence Community 1950-1955* [La comunidad de la Inteligencia, 1950-1955], Washington D. C., Oficina de Publicación del Gobierno de Estados Unidos, 2007.

Kershaw, Alex, *The Envoy* [El enviado], Cambridge (Massachusetts), Da Capo Press, 2010.

Khristoforov, V. S. (ed.), *Tainy diplomati Tretego reija [1944-1955]: Guermanskije diplomaty, rukovodíteli zarubéznyj voiénnyj i politseiskie attaché v sovétskom plenú. Dokumenty iz slédstvennyj del Moskvá, Mezhdunaródnny fond*

Demokratia [Los secretos de la diplomacia del Tercer Reich (1944-1955). Diplomáticos alemanes, dirigentes de las misiones en el extranjero, agregados militares y políticos en prisiones soviéticas: documentos de los expedientes de instrucción; Fundación Internacional Democracia]), Moscú, 2011.

Kissinger, Henry, *Mis memorias*, Madrid, Cosmos, 1979.

Klee, Ernst, *Das Personenlexikon zum Dritten Reich. Wer war was vor und nach 1945*, Fráncfort del Meno, S. Fischer Verlag GmbH, 2003.

Klein, Georg, *Jag återvänder aldrig. Essäer i Förintelsens skugga*, Estocolmo, Albert Bonniers förlag, 2011.

Komarov, Alexéi, «Khrushchev and Sweden» [Jruschov y Suecia], en *Peaceful coexistence? Soviet Union and Sweden in the Khrushchev era* [¿Coexistencia pacífica? La Unión Soviética y Suecia en la era Jruschov], Helene Carlbäck, Alexéi Komarov y Karl Molin (eds.), Baltic and East European Studies 10, Centre for Baltic and East European Studies (CBEES) [Estudios de la Europa Báltica y Oriental 10, Centro de

Estudios de la Europa Báltica y Oriental], Thousand Oaks (California), The Institute of Universal History, 2011.

Korányi, Erwin, *Dreams and Tears: Chronicle of a Life* [Sueños y lágrimas: crónica de una vida], Ontario, General Store Publishing House, 2006.

Korobochkin, Maxim, «Soviet views on Sweden's neutrality and foreign policy, 1945-1950» [Puntos de vista soviéticos sobre la neutralidad y la política exterior de Suecia, 1945-1950], en *Peaceful coexistence? Soviet Union and Sweden in the Khrushchev era*

[¿Coexistencia pacífica? La Unión Soviética y Suecia en la era Jruschov], Helene Carlbäck, Alexéi Komarov y Karl Molin (eds.), Baltic and East European Studies 10, Centre for Baltic and East European Studies (CBEES) [Estudios de la Europa Báltica y Oriental 10, Centro de Estudios de la Europa Báltica y Oriental], Thousand Oaks (California), The Institute of Universal History, 2011.

Kronvall, Olof, «Rolf Sohlman», en *Svenska diplomatprofiler under 1900-talet*, Gunnar Artés y Leif Leifland (eds.), Estocolmo, Probus förlag, 2001.

Kvist Geverts, Karin, «‘Fader Byråkratius’ rädsla för antisemitism. Attityder mot judiska flyktingar inom Socialstyrelsens utlänningsbyrå», en *En problematisk relation. Flyktingpolitik och judiska flyktingar i Sverige 1920-1950*, Lars M. Andersson y Karin Kvist Geverts (eds.), Upsala, Opuscula Historica Upsaliensia 36, 2008.

Lajos, Attila, *Hjälten och offren, Raoul Wallenberg och judarna i Budapest*, Växjö, *Emigrantinstitutets skriftserie* n.º 15, 2004.

Langlet, Nina, *Kaos i Budapest*,
Vällingby, Harriers, 1982.

Langlet, Valdemar, *Verk och dagar i
Budapest*, Estocolmo, Wahlström &
Widstrand, 1946.

Larsson, Lennart Jr, *Ett brokigt liv som
köpman i Stockholm-Budapest-
Hongkong*, Estocolmo, Stenströms,
1993.

Leijonhufvud, Christer, *Stockholm på
1940-talet. Beredskapsår och eft
erkrigstid i unika färger*,
Estocolmo, Trafik-Nostalgiska
Förlaget, 2009.

Lester, Eleonore, *Wallenberg: The Man
in the Iron Web* [Wallenberg: el
hombre en la red de acero], Upper

Saddle River (Nueva Jersey),
Prentice-Hall, 1982.

Lévai, Jenő (ed.), *Eichmann in Hungary. Documents* [Eichmann en Hungría: documentos], Budapest, Pannonia Press, 1961.

Lévai, Jenő, *Raoul Wallenberg – hjälten i Budapest*, Estocolmo, Saxon & Lindströms, 1948.

Lévai, Jenő, *Raoul Wallenberg*, ed. en inglés, Melbourne, WhiteAnt Occasional Publishing, 1989.

Levine, Paul A., *From Indifference to Activism. Swedish Diplomacy and the Holocaust 1938-1944* [De la indiferencia al activismo:

diplomacia sueca y el Holocausto, 1938-1944], Upsala, Studia Historica Upsaliensia, 1998.

Levine, Paul A., *Raoul Wallenberg in Budapest. Myth, History and Holocaust* [Raoul Wallenberg en Budapest: mito, historia y Holocausto], Elstree, Vallentine Mitchell, 2010.

Lindberg, Hans, *Svensk flyktingpolitik under internationellt tryck 1936-1941*, Estocolmo, Allmänna Förlaget, 1973.

Lindgren, Håkan, *Jacob Wallenberg 1892-1980*, Estocolmo, Atlantis, 2007.

Lindorm, Per-Erik, *Gustav V och hans tid, 1907-1918*, Estocolmo, Wahlström & Widstrand, 1979.

Lindorm, Per-Erik, *Stockholm genom sju sekler*, Estocolmo, Sohlman, 1951.

Lindquist, Bosse, *Förädlade svenskar*, Estocolmo, Alfabet, 1991.

Lindström, Ulla, *I regeringen*, Östersund, Bonniers, 1969.

Lindström, Ulla, *Och regeringen satt kvar!*, Östersund, Bonniers, 1970.

Lozowick, Yaacov, *Hitler's Bureaucrats. The Nazi Security Police and the Banality of Evil* [Los burócratas de Hitler: la policía secreta nazi y la banalidad

del mal], Continuum Studies in the Third Reich, Nueva York, Continuum, 2000.

Lundh, Christer y Rolf Ohlsson, *Från arbetskraftsimport till flyktinginvandring*, Estocolmo, SNS Förlag, 1994.

Magnergård, Omar, *I andra världskrigets skugga*, Estocolmo, Svenska Dagbladet, 1985.

Magnusson, Lars, *Sveriges ekonomiska historia*, Estocolmo, Norstedts, 2010.

Marton, Kati, *Wallenberg: Missing Hero* [Wallenberg: héroe desaparecido], Nueva York, Random House, 1982.

Medvedev, Roy A., *All Stalin's Men*
[Todos los hombres de Stalin],
Oxford, Basil Blackwell, 1983.

Medvédev, Zhores A., y Roï A.
Medvédev, *El Stalin desconocido*,
trad. de J. Alfaya, Barcelona,
Planeta, 2006.

Miasnikov, A. L., *Ya lechil Stálina*,
Moscú, Eksmo, 2011.

Möller, Tommy, *Svensk politisk
historia*, Lund, Studentlitteratur,
2007.

Möller, Yngve, *Östen Undén. En
biografi*, Estocolmo, Norstedts,
1986.

Montefiore, Simon Sebag, *La corte del zar rojo*, trad. de T. de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2004.

Müller-Tupath, Karla, *Reichsführers gehorsamster Becher. Eine deutsche Karriere*, Berlín, Aufbau-Verlag, 1999.

Nordisk familjebok, Estocolmo, Uggleupplagan, 1921.

Nylander, Gert, *German Resistance Movement and England* [El movimiento de resistencia alemán e Inglaterra], Estocolmo, Fundación para la Investigación Historicoeconómica en Entidades Bancarias y Empresas, 1999.

Nylander, Gert, y Anders Perlinge (eds.), *Raoul Wallenberg in documents, 1927-1947* [Raoul Wallenberg en documentos, 1927-1947], Estocolmo, The Foundation for Economic History Research within Banking and Enterprise [Fundación para la Investigación Historicoeconómica en Entidades Bancarias y Empresas], 2000.

Odelberg, Axel, *Äventyr på riktigt. Berättelsen om upptäckaren Sven Hedin*, Estocolmo, Norstedts, 2008.

Olsson, Ulf, *Att förvalta ett pund. Marcus Wallenberg 1899-1992*, Estocolmo, Ekerlids, 2000.

Olsson, Ulf, *Finansfursten. K A Wallenberg 1853-1938*, Estocolmo, Atlantis, 2006.

Olsson, Ulf, *I utvecklingens centrum. Skandinaviska Enskilda Banken och dess föregångare 1856-1996*, Estocolmo, Skandinaviska Enskilda Banken, 1997.

Olsson, Ulf, *Stockholms Enskilda Bank and the Bosch Group 1939-1950* [Stockholms Enskilda Bank y el Grupo Bosch 1939-1950], Estocolmo, The Foundation for Economic History Research within Banking and Enterprise [Fundación

para la Investigación Historicoeconómica en Entidades Bancarias y Empresas], 1998.

Palm, Thede, *Några studier till T-kontorets historia*, Estocolmo, The Royal Society for the publication of documents related to the history of Scandinavia [Sociedad Real para la publicación de documentos relacionados con la historia escandinava], volumen 21, 1999.

Parvilahti, Unto, *Los jardines de Beria*, trad. de J. E. Jenkins, Barcelona, Plaza & Janés, 1961.

Perlmutter, Amos, *FDR & Stalin. A Not So Grand Alliance, 1943-1945* [Roosevelt y Stalin: una alianza no

tan grandiosa, 1943-1945],
Columbia (Misuri), University of
Missouri, 1993.

Persson, Carl y Anders Sundelin, *Utan
omsvep*, Estocolmo, Norstedts,
1990.

Perwe, Johan, «Hjälpnätverk och
motstånd 1933-1945», en *Svenska
Victoriaförsamlingen i Berlin
1903-2003*, Sven Ekdahl (ed.),
Berlín, Svenska
Victoriaförsamlingen, 2003.

Petersson, Olof, *Studentexamen*,
Estocolmo, SNS, 2010.

Petersson, Olof, *Svensk politik*,
Sandnes, Publica, 1993.

Pető, László, *Det ändlösa tåget. Requiem*, Arboga, Textab Förlag, 1984.

Petri, Gustaf, *Mina hemvärnsår*, Estocolmo, Kooperativa förbundets bokförlag, 1952.

Petri, Lennart, *Sverige i stora världen. Minnen & reflexioner från 40 års diplomattjänst*, Estocolmo, Atlantis, 1996.

Philipp, Rudolf, *Raoul Wallenberg*, Förlags AB Viken, 1981.

Platen, Gustaf von, *Resa till det förflutna. Lättsinne i allvarstid*, Estocolmo, Fischer & Co, 1993.

Porter, Anna, *Kasztner's Train* [El tren de Kasztner], Londres, Walker & Company, 2007.

Räddningen. Judarna ska deporteras. De svenska hjälpinsatserna. Rapporter ur UD:s arkiv, Estocolmo, Fischer & Co, 1997.

Rayfield, Donald, *Stalin y los verdugos*, trad. de A. Diéguez, Barcelona, Taurus, 2003.

Rönholm, Nils, *Tillägg till Carlssons skolgeografi första kursen*, Estocolmo, P A Norstedts & Söner, 1919.

Roseman, Mark, *La villa, el lago, la reunión: la conferencia de Wannsee y la Solución Final*, trad.

de C. Molinari, Barcelona, RBA Libros, 2002.

Rosenberg, Göran, *Det förlorade landet*, Estocolmo, Albert Bonniers förlag, 1996.

Rosenfeld, Harvey, *Raoul Wallenberg. The Mystery Lives On* [Raoul Wallenberg: el misterio pervive], Bloomington (Indiana), iUniverse, 1982.

Runberg, Björn, *Valdemar Langlet. Räddaren i faran. Wallenberg var inte ensam*, Rimbo, Megilla-Förlaget, 2001.

Ruth, Nancy, *More Than a Handsome Box. Education in Architecture at the University of Michigan 1876-*

1986 [Más que una hermosa caja: educación en Arquitectura en la Universidad de Míchigan, 1876-1986], Ann Arbor, The University of Michigan College of Architecture and Urban Planning, 1995.

Salén, Sven, *Salénrederierna 1915-1965*, Estocolmo, Salénrederierna, 1965.

Sandeberg, Edward af, *Nu kan det sägas. Sanningen om min fångenskap i Sovjet och Berlins fall*, Estocolmo, Saxon & Lindströms, 1946.

Schellenberg, Walter, *Al servicio de Hitler: memorias del jefe del espionaje nazi*, trad. de A. de Miguel, Barcelona, Belacqva, 2005.

Schiller, Bernt, *Varför ryssarna tog Raoul Wallenberg*, Estocolmo, Natur & Kultur, 1991.

Schön, Lennart, *En modern svensk ekonomisk historia*, Estocolmo, SNS Förlag, 2000.

Schüllerquist, Bengt, *Från kosackval till kohandel. SAP:s väg till makten*, Oslo, Tiden, 1992.

Sereny, Gitta, *Albert Speer, su batalla con la verdad*, trad. de A. Leal, Barcelona, Ediciones B, 2006.

Service, Robert, *The Penguin History of Modern Russia* [La Historia Penguin de la Rusia Moderna], tercera ed., Londres, Penguin Books, 2009.

Shackman, Grace, *Ann Arbor in the 20th Century, A Photographic History* [Ann Arbor en el siglo xx: una historia en fotografías], Mount Pleasant (Carolina del Sur), Arcadia, 2002.

Sjöquist, Eric, *Affären Wallenberg*, Östersund, Bonniers, 1974.

Sjöquist, Eric, *Dramat Raoul Wallenberg*, Estocolmo, Norstedts, 2001.

Sjöquist, Eric, *Raoul Wallenberg. Diplomaten som försvann*, Estocolmo, Askild & Kärnekull, 1981.

Söderberg, Margareta (ed.), *Krönika över 20:e århundradet*, Östersund, Bonniers, 1988.

Solzhenitsyn, Alexandr, *Archipiélago Gulag: ensayo de investigación literaria (1918-1956)*, trad. de J. Güell, Barcelona, Tusquets, 1998.

Solzhenitsyn, Alexandr, *El primer círculo*, trad. de J. Güell, Barcelona, Tusquets, 1992.

Stenvång, Eva, *100 år med AB Banan-Kompaniet, 1909–2009*, Estocolmo, AB Banan-Kompaniet y

Kulturhistoriska Bokförlaget, 2009.

Sudoplátov, Pável y Anatoli, *Operaciones especiales*, trad. de P. Fontana, Barcelona, Plaza & Janés, 1994.

Svanberg, Ingvar y Mattias Tydén, *Sverige och Förintelsen. Debatt och dokument om Europas judar 1933-1945*, Copenhagen, Arena, 1997.

Svartz, Nanna, *Steg för steg*, Estocolmo, Albert Bonniers förlag, 1968.

Szabó, Tamás, *Who Was the Man in the Leather Coat?* [¿Quién era el hombre del abrigo de cuero?], libro electrónico, 2011.

Szita, Szabólcs, *Raoul Wallenberggel Moszkváig, Langfelder Vilmos élete és családtörténete*, Budapest, Aura Kiadó, 2011.

Szita, Scabolcs, *Trading in Lives? Operations of the Jewish Relief and Rescue Committee in Budapest 1944-1945* [¿Comerciar con vidas? Operaciones del Comité Judío de Ayuda y Rescate en Budapest, 1944-1945], Budapest, Central European University Press, 2005.

Taubman, William, *Kruschev: el hombre y su época*, trad. de P. Gil, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

Tennant, Peter, *Vid sidan av kriget. Diplomater i Sverige 1939-1945*, Estocolmo, Legenda, 1989.

Tingsten, Herbert, *Gud och fosterlandet. Studier i hundra års skolpropaganda*, Estocolmo, Norstedts, 1969.

Tjerneld, Staffan, *Det romantiska tjugotalet*, Estocolmo, Norstedts, 1963.

Tjerneld, Staffan, *Hundra år på Östermalm*, Estocolmo, Höjerings, 1984.

Tjerneld, Staffan, *Stockholmsliv. Hur vi bott, arbetat och roat oss under 100 år. Norr om Strömmen*, Estocolmo, Norstedts, 1949.

Tschuy, Theo, *Dangerous Diplomacy. The Story of Carl Lutz, Rescuer of 62,000 Hungarian Jews* [Diplomacia arriesgada: la historia de Carl Lutz, rescatador de 62.000 judíos húngaros], Grand Rapids (Míchigan), Wm. B. Eerdmans, 2000.

Ullman, Magnus, *Seglare, redare, sångare: en bok om Sven Salén*, Estocolmo, SNS, 1991.

Undén, Östen, *Anteckningar 1918–1952*, Estocolmo, The Royal Society for the publication of documents related to the history of Scandinavia [Sociedad Real para

la publicación de documentos relacionados con la historia escandinava], 2002.

Ungváry, Krisztián, *Battle for Budapest. 100 Days in World War II* [La batalla de Budapest: 100 días de la Segunda Guerra Mundial], Londres, I.B. Tauris, 2010.

Vaksberg, Arkady, *Aleksandra Kollontaj*, Estocolmo, Norstedts, 1996.

Vaksberg, Arkady, *Gifflaboratoriet. Från Lenin till Putin – 90 år av politiska mord*, Estocolmo, Norstedts, 2007.

Vaksberg, Arkady, *Skjut de galna hundarna*, Estocolmo, Norstedts, 1990.

Villius, Elsa y Hans, *Fallet Raoul Wallenberg*, Estocolmo, Gebers, 1966.

Wallenberg, Gustaf y Raoul Wallenberg, *Älskade farfar*, Östersund, Bonniers, 1987.

Wallenberg, Raoul, *Några förslag till ett friluftsbad å Riddarholmen*, Estocolmo, Kungl. boktr., 1935.

Wallenberg, Raoul, *Letters and Dispatches 1924-1944* [Cartas y despachos, 1924-1944], Nueva York, Arcade Publishing, 1987.

Wästberg, Per, *Carlssons skola 1871-1971: en minnesskrift*, Östersund, Bonniers, 1971.

Werbell, Frederick E., y Thurston Clarke, *Raoul Wallenberg – en försvunnen hjälte*, Estocolmo, Wahlströms, 1985.

Wyman, David S., *The Abandonment of the Jews. America and the Holocaust, 1941-1945* [El abandono de los judíos: Norteamérica y el Holocausto (1941-1945)], nueva ed., Nueva York, The New Press, 2007.

Zetterberg, Kent, «Staffan Söderblom», en *Svenska diplomatprofiler under 1900-talet*, Gunnar Artés y Leif

Leifland (eds.), Estocolmo, Probus förlag, 2001.

Zubok, Vladislav M., *Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la Guerra Fría*, trad. de T. de Lozoya y J. Rabasseda, Barcelona, Crítica, 2008.

Zwack, Anne Marshall, *If You Wear Galoshes, You're An Emigre, Peter Zwack. A Memoir* [Si llevas chanclos, eres un exiliado, Peter Zwack: unas memorias], Budapest, Hungarian Ab Ovo Publishing House, 2001.

ARTÍCULOS SELECCIONADOS

Berger, Susanne y Vadim Birstein,
«Latest Wallenberg Development»
[Últimos datos sobre Wallenberg],
19 de marzo de 2012,
www.vadimbirstein.se.

Birstein, Vadim, «The Secret of Cell
Number Seven» (o) «Taina kamery
nomer sem'» [El secreto de la
celda n.º 7], en *Nezavisimaya
gazeta*, 25 de abril de 1991,
www.vadimbirstein.com.

Birstein, Vadim, y Susanne Berger,
«Surprised Again – New
Documentation about Raoul
Wallenberg's Cellmate Surfaces»
[Otra sorpresa: aparece nueva

documentación sobre el compañero de celda de Raoul Wallenberg], www.vadimbirstein.com.

Birstein, Vadim J., «The Mystery of Raoul Wallenberg's Death» [El misterio de la muerte de Raoul Wallenberg], publicado originalmente en la revista rusa *Evereiskie novosti*, n.º 2, julio de 2002, www.vadimbirstein.com.

Gellértfy, Péter, «A magyar tengerészet története Trianontól a második világháborúig» [Historia de los marineros húngaros del Tratado de Trianon a la Segunda Guerra Mundial], www.portfiume.gportal.hu.

Hoff, George, «The Manfréd Weiss–SS Deal of 1944. Excerpts from the Memoirs of George Hoff» [El trato de 1944 entre Manfréd Weiss y las SS: fragmentos de las memorias de George Hoff], en *Legal Council Hungarian Studies* 711–2 1991/92.

Lindgren, Håkan, «The Long Term Viability of the Wallenberg Family Business Group. The Role of “A Dynastic Drive”» [La viabilidad a largo plazo del grupo comercial de la familia Wallenberg. El papel del «impulso dinástico»], *Biographies of the Financial World. International Symposium at the Stockholm School of Economics*

[Biografías del mundo financiero. Simposio internacional celebrado en la Facultad de Económicas de Estocolmo], 20 y 21 de agosto de 2010.

Lindgren, Håkan, «Esse non videri. Om värderingar och självbilder i den wallenbergiska familjetraditionen», Handelshögskolan, Estocolmo, 2003.

Löfgren, Svante, «Moder Sveas smidde guldgosse», en *Allt*, mayo de 1949.

Matz, Johan, «Sweden, The United States and the Bureaucratic Politics of the Raoul Wallenberg Mission to Hungary in 1944» [Suecia, Estados Unidos y la política burocrática de

la misión de Raoul Wallenberg en Hungría en 1944], en *Journal of Cold War Studies*, vol. 14, n.º 2, 2012.

Ribbing, Seved, «Per Johan Wising. Minnesteckning», en *Hygiea. Medicinsk och Farmaceutisk Månadsskrift*, 1913.

Wallenberg, Raoul, «Sydafrikanska intryck», en *Jorden Runt*, n.º 8, 1936.

PERIÓDICOS Y REVISTAS SUECOS

Aftonbladet

Aftontidningen

Arbetaren

Arbetet

Byggmästaren

Dagens Nyheter

Folkets Dagblad

Göteborgs Handels- och

Sjöfartstidning

Göteborgs-Posten

Helsingborgs Dagblad

Nya Dagligt Allehanda

Social-Demokraten

Stockholms-Tidningen

Svenska Dagbladet

Upsala Nya Tidning

Vecko-Journalen

DOCUMENTOS PÚBLICOS

Libro blanco, Ministerio de Exteriores sueco, 1957, U.D. II:9.

Archivo de documentos del Ministerio de Exteriores sueco en cuanto a Raoul Wallenberg, 1965.

Recopilación de documentos públicos del Ministerio de Exteriores sueco, los «libros azules», volúmenes 1 a 49.

S.O.U. 1999:20

«Raoul Wallenberg. Redovisning av den svensk-ryska arbetsgruppen», informes del Ministerio de Exteriores sueco, serie II:52, 2000

(también el archivo de la investigación, en el Ministerio de Exteriores sueco).

«Ett diplomatiskt misslyckande», S.O.U. 2003:18 (también el archivo de la investigación, en los Archivos Nacionales).

«Rapport om verksamheten i den rysk-svenska arbetsgruppen för fastställande av Raoul Wallenbergs öde (1991–2000)», 2004.

MEMORANDOS
SELECCIONADOS

E

INFORMES

Berger, Susanne, «Stuck In Neutral. The Reasons behind Sweden's Passivity in the Raoul Wallenberg Case» [Atrapado en la neutralidad: las razones tras la pasividad sueca en el caso de Raoul Wallenberg], 2005, memorándum de la investigación publicado en www.raoulwallenberg.eu.

McKay, Craig G., «What happened in Cairo» [Lo que sucedió en El Cairo], informe presentado en un simposio del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre Raoul Wallenberg, 28 de enero de 2011.

McKay, Craig G., «Work on the Dutch Connection» [Trabajo sobre la conexión neerlandesa], informe presentado en un simposio del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre Raoul Wallenberg, 28 de enero de 2011.

McKay, Craig G., «A friend indeed. The secret service of Lolle Smit» [Un verdadero amigo: el servicio secreto de Lolle Smit], <http://www.raoul-wallenberg.eu/general/a-friend-indeed-the-secret-service-of-lolle-smit>.

McKay, Craig G., «Excerpts from McKay's Notes on Raoul Wallenberg» [Fragmentos de las notas de McKay sobre Raoul Wallenberg], www.raoul-wallenberg.eu.

Memorándum con fragmentos de los diarios inéditos de Tage Erlander, por Ulf Larsson, 4 de septiembre de 2002, como base para la investigación S.O.U. 2003:18.

«Raoul Wallenbergs kabinettspass och utrikesresor 1941-1942», memorándum interno por Sven Johansson, Ministerio de Exteriores sueco, 1997.

«Debriefing av Jan Lundvik angående fallet Raoul Wallenberg. I samtal med Harald Hamrin, Krister Wahlbäck och Göran Rydeberg», memorándum, 10 de febrero y 3 de marzo de 2009, Ministerio de Exteriores sueco.

«Raoul Wallenberg: Material i Bundesarchiv, Bern», memorándum interno del Ministerio de Exteriores sueco escrito por Jan Lundvik, 26 de octubre de 1999.

«Hur kan Moskva tänkas ha uppfattat det svenska agerandet i Raoul Wallenbergärendet», memorándum interno de Jan Lundvik, 9 de junio de 2000, U.D.

«Söderblom, Undén och Wallenberg-
ärendet», memorándum interno del
Ministerio de Exteriores sueco
escrito por Krister Wahlbäck, 9 de
enero de 2001.

«Specialberättelser» en cuanto a los
acontecimientos en la legación
sueca de Budapest en diciembre de
1944 y febrero de 1945, publicado
por Per Anger, Ivan Danielsson,
Lars G:son Berg, Denez Mezey...,
2 de mayo de 1945, U.D.

Kovács, Gellért, «Raoul Wallenberg.
Forskning i hans fotspår i Budapest
1944–45. En kartläggning av Raoul
Wallenbergs verksamhet och

kontaktnät», informe del Ministerio de Exteriores sueco, Estocolmo, 2011.

Kronvall, Olof, «Östen Undens Sovjetsyn och Sovjetpolitik 1945-1962», informe de trabajo n.º 13 del programa de investigación «Sverige under kalla kriget», 2003.

Rydeberg, Göran, *Raoul Wallenberg. Ett öde. Historik och nya forskningsfält*, manuscrito basado en el informe de Rydeberg para el Ministerio de Exteriores sueco, www.raoul-wallenberg.eu.

Sessler, Georg, «PM. En genomgång av Attila Lajos avhandling Hjälten och offren, Raoul Wallenberg och

judarna i Budapest», informe del Ministerio de Exteriores sueco, Estocolmo, 2011.

FUENTES INÉDITAS SELECCIONADAS

Bauer, Margareta, *Minnesanteckningar från krigsåren i Budapest 1943-1945*, 1996.

Notas del diario de Margareta Bauer, según se recoge en un memorándum de Jan Lundvik, Ministerio de Exteriores sueco, 19 de marzo de 1997.

Diario de Fredrik von Dardel en el Archivo Raoul Wallenberg, Archivos Nacionales.

Álbum de fotografías privado de Maj von Dardel.

Ember, Mária, Jan Lundvik y Gábor Forgács, *Identifizierung von Namen in Raoul Wallenbergs Notizbüchern*, documento de trabajo interno para el Ministerio de Exteriores sueco, 2000–2002.

Fragmento de las notas del diario de Rolf af Klintberg, puesto a disposición de la autora por su hijo, Bengt af Klintberg.

Lutz, Carl, *Bericht über die Geschehnisse bei der Schweizerischen Gesandtschaft in Budapest, der Schutzmachtabteilung und den unter ihren Schutz stehenden Bureaux und Gebäuden (Oktober 1944-April 1945)*, memorias privadas, regalo a Per Anger, del Ministerio de Exteriores sueco, en 1969. Copia puesta a disposición de la autora por Jan Lundvik.

OTRAS

«A Tribute to The Lost Hero of the Holocaust» [Homenaje al héroe perdido del Holocausto], el centro Simon Wiesenthal recuerda a Raoul Wallenberg, Simon Wiesenthal Center, 1985.

«FSB Headquarters, Lubyanka» [Cuartel general del FSB, Lubyanka], www.agentura.ru.

Ljubljanka – Lefortovskaja – Vladimir. Vad vi vet och inte vet om Raoul Wallenberg, documental de TV de Hans Villius, Sveriges Television, 2 de febrero de 1965, prod. n.º 4309/64.

«På denna plats: en vandring genom krigets Stockholm 1933-1945», Forum för levande historia, 2008.

«Vittnesmål för svensk-sovjetiska kompetenta myndigheter angående svenske diplomaten Raoul Wallenberg», nedtecknat och översatt av dåvarande doktoranden i historia, Helene Carlbäck-Isotalo, 12 de octubre de 1989, puesto a disposición de la autora desde el archivo privado de la profesora Helene Carlbäck.

«30 år i täten», folleto de la AB Banan-Kompaniet, 1939.

«AB Banan-Kompaniet 90 år: 1909-1999», folleto de la AB BananKompaniet, 1999.

Berger, Susanne, «Jacob Wallenberg's Initiative» [La iniciativa de Jacob Wallenberg], 5 de mayo de 2005, www.raoul-wallenberg.eu.

Conway, John S., «The first report about Auschwitz» [El primer informe sobre Auschwitz], Simon Wiesenthal Center, motlc.wiesenthal.com.

«Csepel Hungaro-Swedish Shipping Co. Ltd. – Budapest – 1941-1945» o «Csepel Magyar-Svéd Hajózási RT. – Budapest – 1941-1945» [Naviera húngarosueca Csepel S.

L.], fragmento de Dr. Juba Ferenc, *A magyar tengerészeti nagyjai* [Grandes personajes de la marina húngara], publicado en www.hajoregiszter.hu.

«Direkt, Studio 13», Sveriges Radio, 31 de enero de 1980.

«Globus Produkter», folleto comercial, división de objetos coleccionables de la Biblioteca Real, 1942.

Kern, Gary, «How ‘Uncle Joe’ bugged FDR» [Las escuchas del «tío Joe» a Roosevelt], *Studies in Intelligence* [Análisis de Inteligencia], Central Intelligence Agency [CIA], www.cia.gov.

El «libro rojo», guía de teléfonos de
Estocolmo, Biblioteca Real.

ENTREVISTAS

Jan Anger

Sverker Åström

Margareta Bauer

János Beer (por correo electrónico)

Gloria von Berg

Susanne Berger

Örjan Berner

Tomas Bertelman

Carl Bildt

Alice Breuer

Birgit Brulin

Helene Carlbäck

Caroline Grinda Christensen

Louise von Dardel

Matilda von Dardel

John Drakenberg

Marie Dupuy

Stuart Eizenstat

Gábor Forgács

Katalin Garam

Lennart Hagströmer

Sven Hagströmer

Sven Hirdman

Ann Ighe

Vasili Jristofórov

Gustav Kadelburger

Gabriella Kassius

Georg Klein

Rolf af Klintberg

Nina Lagergren

Annette Lantos

Leif Leifland

Håkan Lindgren

Jan Lundvik

Björn Lyrvall

Hans Magnusson

Viacheslav Níkonov

Staffan Paues

Thage G. Petersson

Nikita Petrov

Attila Pók

Anatoli Prokopenko

Arseni Roguinski

Louise Schlyter

Eric Sjöquist

Gustaf Söderlund

Michael Sohlman

Gunvor Svartz

Szabó Ics Szita

Víktor Tatárintsev (por correo
electrónico)

Yuri Trambitski

Frank Vajda

Marianne Vaney (por correo
electrónico)

Anna Végh

Kate Wacz

Gitte Wallenberg

Peter Wallenberg

Péter Zwack (por correo electrónico)

Fritz Ludvig von Dardel
[1817-1901]
∞ Augusta Silfverschiöld

Fritz August von Dardel
[1847-1931]
∞ Sofia Matilda Norlin

Per Wising
[1842-1912]
∞ Sophie Henriette
Benedicks

Elsa von Dardel
[1882-1962]

Nils von Dardel
[1888-1943]

**Fredrik
von Dardel**
[1885-1979]

Maj Wising
[1891-1979]
m. 1911
m. 1918

Guy von Dardel
[1919-2009]
∞ Matilda
Jungstedt

**Nina
von Dardel**
[1921-]
∞ Gunnar
Lagergren

**Louise
von Dardel**
[1950-]

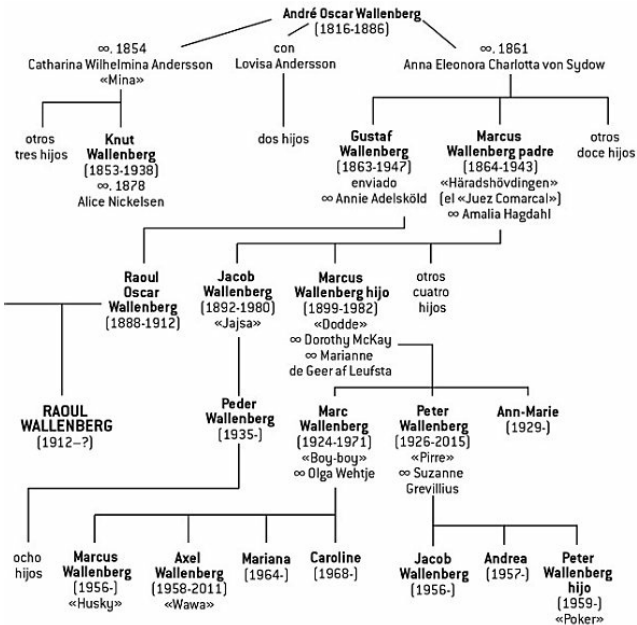
**Marie
Dupuy**
[1952-]

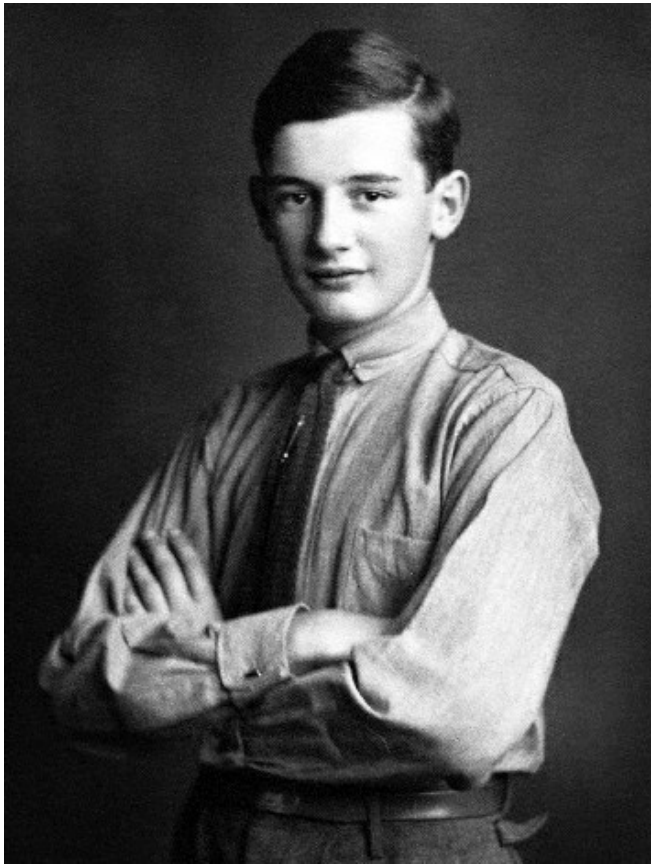
**Nane
Annan**
[1944-]

**Mi
Ankarcrona**
[1946-]

**Bengt
Lagergren**
[1948-]

**Astri
Lidman**
[1955-]





1924. Raoul Wallenberg tiene doce años y estudia en la Nya Elementarskolan de Estocolmo. Su vida se ha visto fuertemente marcada por una tragedia familiar. Tres meses antes de nacer Raoul, su padre, Raoul Oscar Wallenberg, murió de cáncer. De niño, los compañeros de clase de Raoul lo consideraban un poco miedoso. Él mismo se tachó a menudo de cobarde, incluso ya de mayor. © Archivo privado/Nina Lagergren





Raoul Oscar Wallenberg y Maj Wising se casaron en septiembre de 1911. Raoul Oscar murió en mayo de 1912, unos tres meses antes del nacimiento de su hijo Raoul Gustaf Wallenberg. © Archivo privado/Nina Lagergren





La recién enviudada Maj Wallenberg pasó de luto los primeros meses de la vida de su hijo. Durante los primeros años, Maj crió a Raoul

sola. En octubre de 1918 se casó con Fredrik von Dardel. © Archivo privado/Nina Lagergren





Raoul Wallenberg nació el 4 de agosto de 1912, en el segundo piso de la casa de veraneo de Per y Sophie Wising, Kappsta, en la isla de Lidingö. Kappsta era una propiedad costera de

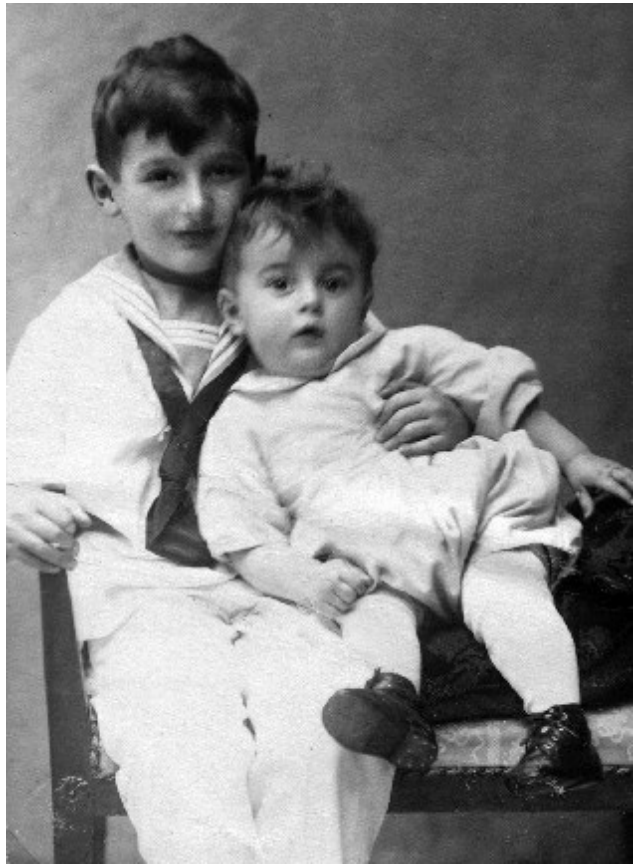
trece acres, adquirida a finales del siglo XIX. En la fotografía vemos a Sophie Wising ante la casa. © Archivo privado/Nina Lagergren





Raoul no conoció a su abuelo Gustaf Wallenberg hasta los cuatro años. Gustaf sería, hasta su muerte, en 1937, la exigente figura paterna de la vida de Raoul. © Archivo privado/Nina Lagergren









Los primos de Raoul, Gösta, Anders y Lennart Hagströmer, fueron muy importantes para él durante su infancia. Unas imágenes antes aparecen retratados con gorra junto a Raoul. Su hermanastro Guy nació cuando Raoul tenía siete años. Su madre, Maj, lo felicita por su graduación en mayo de 1930. Vemos también a Raoul, a los diecisiete años, vestido de traje. ©
Archivo privado/Nina Lagergren

IMMIGRANT IDENTIFICATION CARD
UNITED STATES
DEPARTMENT OF LABOR

Wallenberg

SURNAME

Raoul Gustaf

GIVEN NAME

Sweden

COUNTRY OF BIRTH

August 4; 1912

DATE OF BIRTH

Swedish

NATIONALITY

Brown

COLOR OF EYES

NEW YORK

PORT OF ARRIVAL

KUNGSBOLN

TREATY PORT

21 SEP 1951

DATE ADMITTED

Immigrant

STATUS OF ADMISSION

ORIGINAL

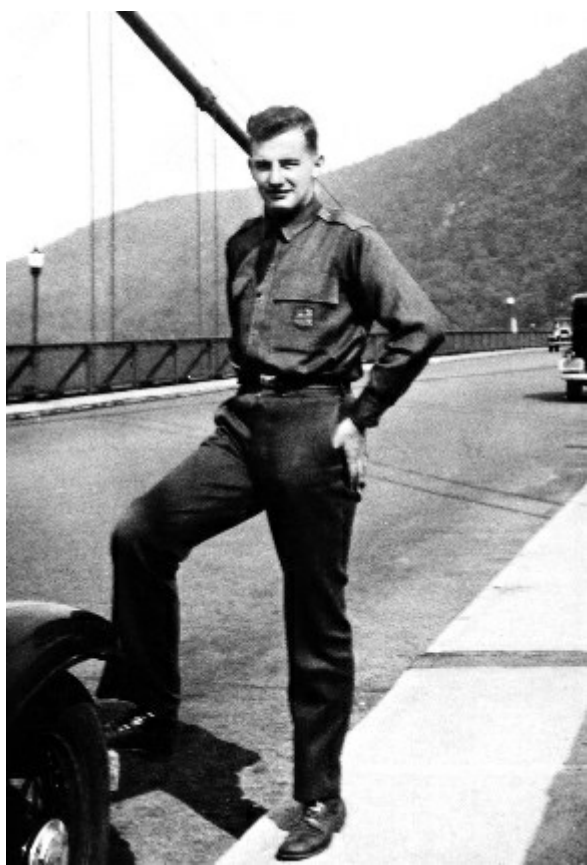
IMMIGRANT INSPECTOR



Form 9-16-34
R.L.M.

Handwritten signatures and stamps:
A large circular stamp is partially visible in the background.
A signature is written over the "DATE ADMITTED" field.
The word "Immigrant" is written in large cursive over the "STATUS OF ADMISSION" field.
Another signature is written over the "IMMIGRANT INSPECTOR" field.





En el otoño de 1931, Raoul Wallenberg viajó a Estados Unidos para estudiar durante tres años y medio en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Míchigan, en Ann Arbor.

Durante sus vacaciones recorrió el país haciendo autostop; por razones de seguridad, solía vestir la camisa del uniforme del Cuerpo de Entrenamiento para Oficiales de la Reserva.

© Archivo privado/Nina Lagergren



Durante sus años de estudiante en Ann Arbor, Bernice Ringman y Raoul fueron amigos íntimos; de hecho, se los tenía por pareja.



Tras la graduación, Raoul viajó al extranjero para adquirir experiencia profesional. Fue y volvió de Sudáfrica en barco, y luego pasó medio año en el puerto palestino de Haifa.



En la foto del barco, Raoul se ha marcado con una X. © Archivo privado/Nina Lagergren





Nochebuena en casa de la abuela Matilda von Dardel, en Humlegårdsgatan, en 1938. De izquierda a derecha: Matilda, Maj y Elsa, la hermana de Fredrik; Raoul, Fredrik y Guy. Detrás de Guy von Dardel, se entrevé al tío de Fredrik, Nils. El club de senderismo organizaba viajes para esquiar en invierno. Raoul está

delante del todo, a la derecha, con su amigo
Lars Pilz. A la izquierda, con una capucha
blanca, Nina von Dardel, hoy Lagergren. ©
Archivo privado/Nina Lagergren

Cocktails lördag den 2 december 1943

- | | |
|---|-----------------------------------|
| ♂ Ungeriska Minister-
Dr. Ullén-Roviczky | ♂ Fru Ullén-Roviczky |
| ♂ Axel Wallenberg | ♂ Elsa Wallenberg |
| ♂ Överintendenten von Dardel | ♂ Fru Maj von Dardel |
| ♂ Direktör Svan Salén | ♂ Fru Dagmar Salén |
| ♂ Raoul Wallenberg | ♀ Ulka Collett |
| ♂ Förvaltningschef Gunnar Lagergren | ♂ Fröken Nina von Dardel |
| ♂ Bankdirektör Jacob Wilhelm | ♂ Fröken Margareta Benne |
| ♂ Sten Leijonhufvud | u. Essie
Fru Emma Hermin Feser |
| ♂ Ivo Douglas | Margit von Rosen |
| ♂ Dr. Koloman Lauer | ♂ Fru Marikka Lauer |
| Bankdirektör Björkman | ♂ Elna Boek |
| ♂ Direktör Bo André | ♂ Fru André |
| ♂ Fru von Dardel | Fru Anna Kinberg |
| Fru von Dardel | ♂ Fru ^{Janne} Wallén |
| Fru Brönner | |
| ♂ Flamma Wallenberg - fru | |
| ♂ Hen Nordenström | |
| ♂ Die H.M. Lidqvist | ♂ Fru Lidqvist f. Nocker |
| ♂ Gustaf von Platen | ♂ Fru Platen |
| ♂ Byråchefen Hans von Dardel | ♂ Fru Margareta von Dardel |

Raoul Wallenberg solía recibir en su apartamento de Bragevägen 12. Estas listas son las de los invitados a un cóctel en 1943 y a tomar el té, muy posiblemente ese mismo año. Los documentos se han conservado en los archivos privados de Guy von Dardel. ©
Archivo privado/Guy von Dardel

The 2 1/2 Hours

✓ Anna Nissen ✓ Greta Dackel

✓ Fanne ✓ Greta Dackel

✓ Tora Zöler ✓ Matt. v. Dackel

✓ Faste Amundsen

nej Greta Ferrell

nej Siri Oros-Ån

Faste Kily

✓ Mamma

Pappa

nej Karin

✓ Nita

Joan Bergshulte

✓ Jany

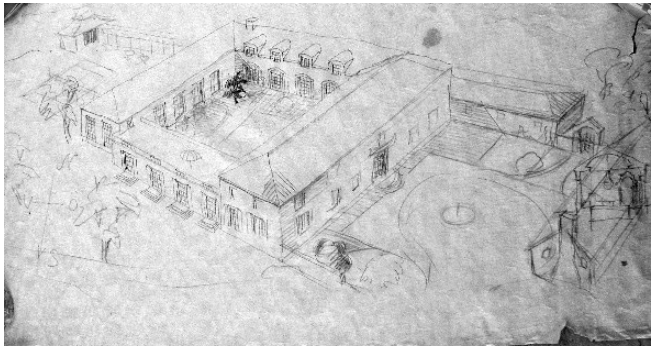
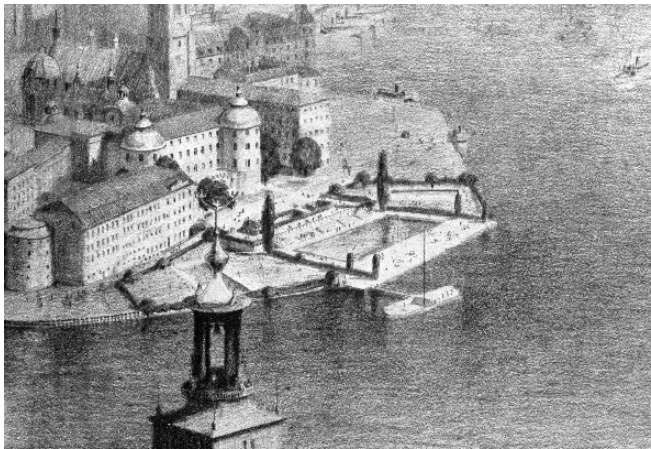
nej Viveka Killebroök







Hacia finales de la década de 1930, Raoul Wallenberg pasaba mucho tiempo con su primo Lennart Hagströmer. Navegaban por el archipiélago de Estocolmo en el *Nunne*, el barco de Lennart. En estas fotos los acompañan la novia de su primo Anders, Madeleine, y la de Lennart, Gunnel. La autora encontró estas imágenes, hasta ahora inéditas, en el archivo del fallecido Lennart Hagströmer. © Archivo privado/Nina Lagergren



En la primavera de 1935, el arquitecto recién graduado Raoul Wallenberg presentó una propuesta para un centro de natación al aire libre en Riddarholmen. Continuó dibujando siempre que podía. Abajo se muestra la «casa de sus sueños», abocetada durante una cena con Caroline Jacobsen. © Imagen de las colecciones del Centro Sueco de Arquitectura y Diseño/ Arkitekturmuseet y © Archivo privado/Caroline Jacobsen



Bevisets löpande nummer.

1944 Nr 1369 Vap.I.

TILLSTÅNDSBEVIS

Sekreteraren Raoul Gustaf Wallenberg,

som är född den 4 augusti 1912 och äger hemvist i Stockholm,
Bragevägen 12,

har av

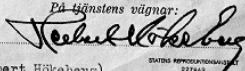
överståthållarämbetet denna dag meddelats tillstånd att för skyddsändamål innehava
en från Aktiebolaget Georg A. Bastman, Nybrogatan 1, Stockholm, genom
köp förvärvat browningpistol, kaliber 9 mm, av Husqvarna fabrikat med
tillverkningsnummer 104972 ävensom att från samma bolag förvärva 200 st.

patroner, kaliber 9 mm; gällande tillståndet att förvärva ammu-
nitionen tillsvidare under en månad, räknat från och med denna
dag.

Stockholm i överståthållarämbetet den 4 juli 1944.

Stpl. 1 kr.

På tjänstens vägnar:



(Herbert Hökeberg)

STATENS REPOSCITIONSGÄLLT
227442

Durante la década de 1940, el sargento Raoul Wallenberg sirvió como instructor de la Milicia Nacional sueca en su tiempo libre. Tres días antes de partir hacia Budapest compró una pistola en una armería de Nybrogatan, en Estocolmo. © Archivo privado/Nina Lagergren y © Archivo privado/Nina Lagergren – reproducción de Karl Gábor



Tillverkare:

Erste Ungarische Conservenfabrik
und Metallwarenfabrik des

MANFRED WEISS A.G.
BUDAPEST - UNGARN



Generalagent för Sverige

A.-B. BANAN-KOMPANIET







Por fin, Raoul Wallenberg fue contratado como director de operaciones internacionales en la Comercial Centroeuropea, que importaba productos alimentarios de Hungría. Las oficinas de la empresa estaban en Strandvägen, en Estocolmo, y eran propiedad de Sven Salén (a la derecha), que vendía también comida

enlatada de la marca húngara Globus. El húngaro Kálmán Lauer fue jefe y colega de Raoul. © Förlaget Nordisk Konst, © Banan-kompaniet, Vardagtryck, KB y © Scanpix







Los hermanastros Raoul Wallenberg y Nina von Dardel se llevaban nueve años. Su relación se hizo más cercana a comienzos de la década de 1940. Una de las últimas fotografías de Wallenberg es de una solicitud de visado para Hungría en 1943. El Gobierno de coalición sueco durante la guerra estuvo liderado por Per Albin Hansson (con maletín). Christian Günther (a la izquierda de Hansson) fue su ministro de Asuntos Exteriores. © Archivo

privado/Nina Lagergren, © Archivos
Nacionales de Hungría y © Colección de Karl
Sandel/IBL

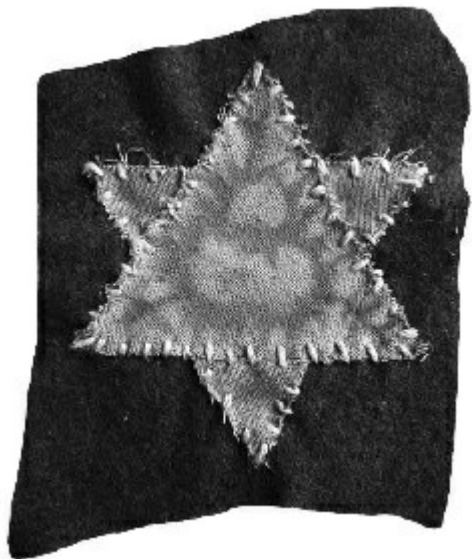
De inclinaciones artísticas, Raoul Wallenberg creó un nuevo pasaporte protegido sueco cuando las autoridades húngaras protestaron contra los muchos documentos provisionales extraños que circulaban por Budapest en el verano de 1944. Se consideraba el *skyddspass* de Raoul el más creíble de todos los documentos de nueva creación en Budapest aquel otoño. Pero las coronas del escudo sueco estaban mal colocadas por descuido. Nótese la apresurada firma de Raoul Wallenberg en la esquina inferior izquierda. © Archivo privado/Nina Lagergren – reproducción de Posten Frimärke



El regente húngaro Miklós Horthy, con Adolf Hitler, en un desfile en Berlín, en 1938.

Hungría fue aliada de Alemania durante la guerra. Aunque el país adoptó muchas medidas antisemitas, se opuso a las exigencias de Hitler de deportar a los judíos húngaros. Al final, Hitler perdió la paciencia. El domingo 19 de marzo de 1944, tropas alemanas invadieron Hungría. © *Süddeutsche Zeitung*-Photo/IBL

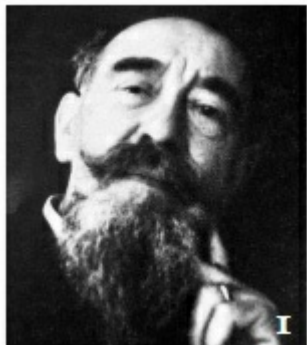






Adolf Eichmann no tardó en llegar a Budapest y comenzó a planificar el mayor proyecto de deportación de la Segunda Guerra Mundial. En siete semanas, más de 400.000 judíos húngaros fueron transportados en vagones de ganado a Auschwitz. Abajo: llegada de uno de esos trenes al campo. Arriba: la insignia amarilla que obligaban a los judíos a llevar, claramente

visible, en la pechera izquierda de la prenda más externa. © Scanpix, © Geschichte in Chronologie y © Roger-Viollet/IBL







Je soussigné déclare par le présent que
la photographie collée sur ce passeport repré-
sente et est l'œuvre du passager, et que
sa signature est autographe.

Stockholm au Ministère des Affaires
Étrangères le 23 juin 1911



G. R. Rensel
Chef de Section

Signature.

Nom Rensel

Prénoms Gustave

Age quarante ans

Profession

État suédois

Signes particuliers

à 4/9 1911 à Stockholm



Utgifter i RM

Biljett Wien-Budapest	48:40
Polletten " "	11:90
Bärsare, Berl	4:-
" Wien	2:-
Inlämning	0:90
Taxi, Wien	7:00
Drickspenar f. leg.-vertustan	5:00

RM 74 20

SKANDINAVISKA BANKEN

Jägerhous Porties
Kosovitz, Karl

M. Stenberg Paul Jung
" " Jane ad
Magyar 27 II min us 1
Laenad arbetade ii Diktung
6/9/44 als "Kriegsgesange?"
Kraslich ut 17, LINUM, wo es
frische "Dischter".
Soll zusammen mit anderen
Techniker seit 4/9/44 sich in
Ugdel in sine Interwings-
Lager sein "in von der andere
gestaltet zu sein" es wurde
mitbeweisen durch eine sog.
"SAS" Aufnahme.
Rittmeister von Boeg, ehemaliger
Mann von Team 1, ist seit 3 Wochen

SKANDINAVISKA BANKEN

El pasaporte diplomático de Raoul Wallenberg fue emitido solo una semana antes de que partiese hacia Budapest. Tanto el gran rabino de la comunidad judía de Estocolmo, Marcus Ehrenpreis (1), como el embajador estadounidense en Suecia, Herschel Johnson (2), participaron en las negociaciones que llevaron a la designación de Raoul. Marcus

Wallenberg hijo (3) y Jacob Wallenberg (4) eran primos del padre de Raoul. Pusieron a prueba a este en varios proyectos pequeños, pero nunca cumplieron su promesa de un cargo permanente. Raoul registraba meticulosamente todos sus gastos, incluso durante la última fase de su viaje a Budapest, como muestra su libreta. © Riksarkivet – Pasaporte propiedad de Nina Lagergren. Fotografiado por Riksarkivet Stockholm. Archivo del Utrikesdepartementet para el año 1920, HP 109, © RiKu Public Affairs Section, © Embajada de Estados Unidos en Estocolmo, © SFEHF – Fundación para la Investigación Historicoeconómica en Entidades Bancarias y Empresas, Estocolmo y © Armémuseum (depósito de Nina Lagergren)



Hasta el 15 de octubre de 1944, Raoul Wallenberg mantuvo su oficina principal en la calle Minerva 1a (hoy Minerva 5). En la calle se formaban largas filas de judíos en busca de ayuda. El chiquillo que mira a la cámara junto al portón es Gustav Kadelburger. © Archivo privado/Thomas (Tamás) Veres







La legación sueca en Budapest se encontraba en la mansión del barón Bayer-Krucsay, en la calle Gyopár 8 (hoy Minerva 3a). Per Anger, de treinta años, fue primer secretario en la legación, cuyo enviado era Ivan Danielsson, aquí en una instantánea tomada por Per Anger

en un partido de fútbol Hungría-Suecia de
1943, con el regente húngaro Miklós Horthy a
su lado. Suecia ganó 7-2. © Archivo
privado/Nina Lagergren – reproducción de Karl
Gábor, © Scanpix y © Archivo privado/Elena
Anger





U. M. M. M. M.
U. M. M. M. M.
U. M. M. M. M.

Einzelne
Einzelne
 ...

Einzelne
Einzelne
 ...

Einzelne
 ...

Einzelne
Einzelne

Einzelne
Einzelne

Einzelne
 ...

Einzelne
 ...

Einzelne
 ...

Einzelne
 ...

Einzelne
 ...



El diplomático suizo Carl Lutz (arriba a la izquierda) dirigió otra considerable operación de rescate y colaboró estrechamente con Raoul Wallenberg. El personal de la división humanitaria aumentó enormemente tras el golpe de Estado de la Cruz Flechada y la creación del gueto internacional. A finales de noviembre, Raoul fue fotografiado en su escritorio de la avenida Üllöi, rodeado por colegas. Delante: Hugó Wohl, Vilmos Forgács,

Pál Hegedüs y Ottó Fleischmann. Detrás:
Dezsö Donnerberg, desconocido, y Tibor
Vandor. © Archivo Lutz, Münchenbuchsee, ©
Ministerio de Asuntos Exteriores sueco
(Utrikesdepartementet) y © Archivo privado/
Thomas (Tamás) Veres

Elias Jozsef, Kigã ⁵ 118-152
Da. 271, Volcanos S.-u 8 188-299

Elmants, Ober Yangue, F. Leg.

Berkeyo - 2 5 Bost. 154-861

Engelma Elek - 4 98

Eidman U. 357-513 } K. 165-569

Swabey, Melinda 222 165-023

E
F
G
H
J
K
L
M
N
O
P





Raoul Wallenberg tenía tres números de Adolf Eichmann anotados en su agenda de teléfonos. © Armémuseum (depósito de Nina Lagergren). El enviado alemán Edmund Veessenmayer y el enviado especial de Heinrich Himmler, Kurt Becher, fueron otras dos figuras nazis centrales en la Budapest de 1944. La foto fue tomada en octubre de 1945. © MTI Photo, Budapest. Parte del personal de la legación sueca aquel

otoño, reunido en el balcón de su sede; de izquierda a derecha: Birgit Brulin, Per Anger, Margareta Bauer, Göte Carlsson y Asta Nilsson, de la Cruz Roja sueca. © Archivo privado/Nina Lagergren – reproducción de Karl Gábor





SEPTEMBER 1944

Torsd. SÖNDAG 10

Daags HÅNDAG 11

Tista TISDAG 12

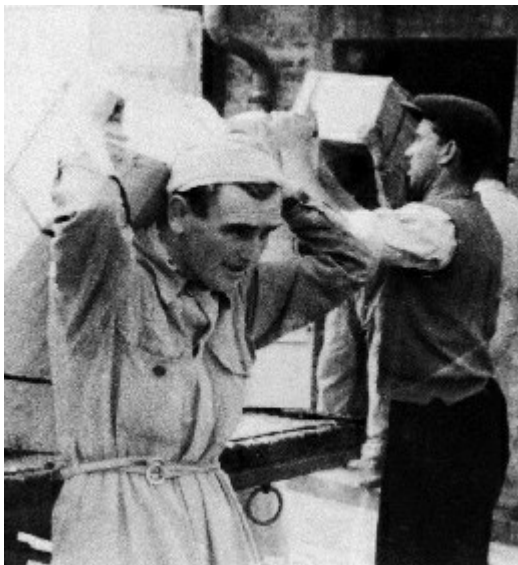
Amj3m ONSDAG 13

SKANDINAVISKA BANKEN

SEPTEMBER 1944

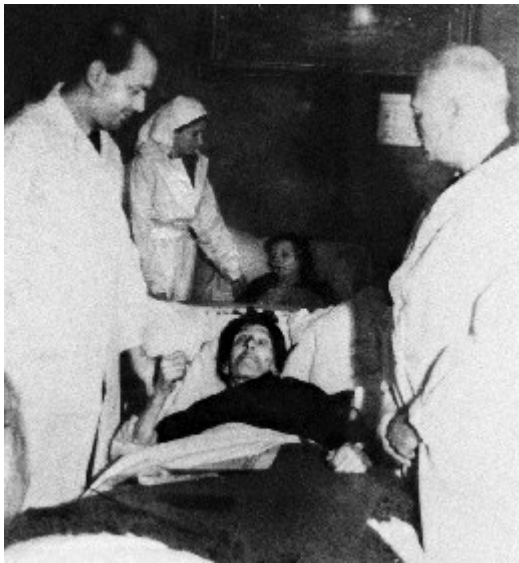
0900 ~~1000~~ ~~1100~~ ~~1200~~ ~~1300~~ ~~1400~~ ~~1500~~ ~~1600~~ ~~1700~~ ~~1800~~ ~~1900~~ ~~2000~~ ~~2100~~ ~~2200~~ ~~2300~~ ~~2400~~ ~~2500~~ ~~2600~~ ~~2700~~ ~~2800~~ ~~2900~~ ~~3000~~ ~~3100~~ ~~3200~~ ~~3300~~ ~~3400~~ ~~3500~~ ~~3600~~ ~~3700~~ ~~3800~~ ~~3900~~ ~~4000~~ ~~4100~~ ~~4200~~ ~~4300~~ ~~4400~~ ~~4500~~ ~~4600~~ ~~4700~~ ~~4800~~ ~~4900~~ ~~5000~~ ~~5100~~ ~~5200~~ ~~5300~~ ~~5400~~ ~~5500~~ ~~5600~~ ~~5700~~ ~~5800~~ ~~5900~~ ~~6000~~ ~~6100~~ ~~6200~~ ~~6300~~ ~~6400~~ ~~6500~~ ~~6600~~ ~~6700~~ ~~6800~~ ~~6900~~ ~~7000~~ ~~7100~~ ~~7200~~ ~~7300~~ ~~7400~~ ~~7500~~ ~~7600~~ ~~7700~~ ~~7800~~ ~~7900~~ ~~8000~~ ~~8100~~ ~~8200~~ ~~8300~~ ~~8400~~ ~~8500~~ ~~8600~~ ~~8700~~ ~~8800~~ ~~8900~~ ~~9000~~ ~~9100~~ ~~9200~~ ~~9300~~ ~~9400~~ ~~9500~~ ~~9600~~ ~~9700~~ ~~9800~~ ~~9900~~ ~~10000~~ ~~10100~~ ~~10200~~ ~~10300~~ ~~10400~~ ~~10500~~ ~~10600~~ ~~10700~~ ~~10800~~ ~~10900~~ ~~11000~~ ~~11100~~ ~~11200~~ ~~11300~~ ~~11400~~ ~~11500~~ ~~11600~~ ~~11700~~ ~~11800~~ ~~11900~~ ~~12000~~ ~~12100~~ ~~12200~~ ~~12300~~ ~~12400~~ ~~12500~~ ~~12600~~ ~~12700~~ ~~12800~~ ~~12900~~ ~~13000~~ ~~13100~~ ~~13200~~ ~~13300~~ ~~13400~~ ~~13500~~ ~~13600~~ ~~13700~~ ~~13800~~ ~~13900~~ ~~14000~~ ~~14100~~ ~~14200~~ ~~14300~~ ~~14400~~ ~~14500~~ ~~14600~~ ~~14700~~ ~~14800~~ ~~14900~~ ~~15000~~ ~~15100~~ ~~15200~~ ~~15300~~ ~~15400~~ ~~15500~~ ~~15600~~ ~~15700~~ ~~15800~~ ~~15900~~ ~~16000~~ ~~16100~~ ~~16200~~ ~~16300~~ ~~16400~~ ~~16500~~ ~~16600~~ ~~16700~~ ~~16800~~ ~~16900~~ ~~17000~~ ~~17100~~ ~~17200~~ ~~17300~~ ~~17400~~ ~~17500~~ ~~17600~~ ~~17700~~ ~~17800~~ ~~17900~~ ~~18000~~ ~~18100~~ ~~18200~~ ~~18300~~ ~~18400~~ ~~18500~~ ~~18600~~ ~~18700~~ ~~18800~~ ~~18900~~ ~~19000~~ ~~19100~~ ~~19200~~ ~~19300~~ ~~19400~~ ~~19500~~ ~~19600~~ ~~19700~~ ~~19800~~ ~~19900~~ ~~20000~~ ~~20100~~ ~~20200~~ ~~20300~~ ~~20400~~ ~~20500~~ ~~20600~~ ~~20700~~ ~~20800~~ ~~20900~~ ~~21000~~ ~~21100~~ ~~21200~~ ~~21300~~ ~~21400~~ ~~21500~~ ~~21600~~ ~~21700~~ ~~21800~~ ~~21900~~ ~~22000~~ ~~22100~~ ~~22200~~ ~~22300~~ ~~22400~~ ~~22500~~ ~~22600~~ ~~22700~~ ~~22800~~ ~~22900~~ ~~23000~~ ~~23100~~ ~~23200~~ ~~23300~~ ~~23400~~ ~~23500~~ ~~23600~~ ~~23700~~ ~~23800~~ ~~23900~~ ~~24000~~ ~~24100~~ ~~24200~~ ~~24300~~ ~~24400~~ ~~24500~~ ~~24600~~ ~~24700~~ ~~24800~~ ~~24900~~ ~~25000~~ ~~25100~~ ~~25200~~ ~~25300~~ ~~25400~~ ~~25500~~ ~~25600~~ ~~25700~~ ~~25800~~ ~~25900~~ ~~26000~~ ~~26100~~ ~~26200~~ ~~26300~~ ~~26400~~ ~~26500~~ ~~26600~~ ~~26700~~ ~~26800~~ ~~26900~~ ~~27000~~ ~~27100~~ ~~27200~~ ~~27300~~ ~~27400~~ ~~27500~~ ~~27600~~ ~~27700~~ ~~27800~~ ~~27900~~ ~~28000~~ ~~28100~~ ~~28200~~ ~~28300~~ ~~28400~~ ~~28500~~ ~~28600~~ ~~28700~~ ~~28800~~ ~~28900~~ ~~29000~~ ~~29100~~ ~~29200~~ ~~29300~~ ~~29400~~ ~~29500~~ ~~29600~~ ~~29700~~ ~~29800~~ ~~29900~~ ~~30000~~ ~~30100~~ ~~30200~~ ~~30300~~ ~~30400~~ ~~30500~~ ~~30600~~ ~~30700~~ ~~30800~~ ~~30900~~ ~~31000~~ ~~31100~~ ~~31200~~ ~~31300~~ ~~31400~~ ~~31500~~ ~~31600~~ ~~31700~~ ~~31800~~ ~~31900~~ ~~32000~~ ~~32100~~ ~~32200~~ ~~32300~~ ~~32400~~ ~~32500~~ ~~32600~~ ~~32700~~ ~~32800~~ ~~32900~~ ~~33000~~ ~~33100~~ ~~33200~~ ~~33300~~ ~~33400~~ ~~33500~~ ~~33600~~ ~~33700~~ ~~33800~~ ~~33900~~ ~~34000~~ ~~34100~~ ~~34200~~ ~~34300~~ ~~34400~~ ~~34500~~ ~~34600~~ ~~34700~~ ~~34800~~ ~~34900~~ ~~35000~~ ~~35100~~ ~~35200~~ ~~35300~~ ~~35400~~ ~~35500~~ ~~35600~~ ~~35700~~ ~~35800~~ ~~35900~~ ~~36000~~ ~~36100~~ ~~36200~~ ~~36300~~ ~~36400~~ ~~36500~~ ~~36600~~ ~~36700~~ ~~36800~~ ~~36900~~ ~~37000~~ ~~37100~~ ~~37200~~ ~~37300~~ ~~37400~~ ~~37500~~ ~~37600~~ ~~37700~~ ~~37800~~ ~~37900~~ ~~38000~~ ~~38100~~ ~~38200~~ ~~38300~~ ~~38400~~ ~~38500~~ ~~38600~~ ~~38700~~ ~~38800~~ ~~38900~~ ~~39000~~ ~~39100~~ ~~39200~~ ~~39300~~ ~~39400~~ ~~39500~~ ~~39600~~ ~~39700~~ ~~39800~~ ~~39900~~ ~~40000~~ ~~40100~~ ~~40200~~ ~~40300~~ ~~40400~~ ~~40500~~ ~~40600~~ ~~40700~~ ~~40800~~ ~~40900~~ ~~41000~~ ~~41100~~ ~~41200~~ ~~41300~~ ~~41400~~ ~~41500~~ ~~41600~~ ~~41700~~ ~~41800~~ ~~41900~~ ~~42000~~ ~~42100~~ ~~42200~~ ~~42300~~ ~~42400~~ ~~42500~~ ~~42600~~ ~~42700~~ ~~42800~~ ~~42900~~ ~~43000~~ ~~43100~~ ~~43200~~ ~~43300~~ ~~43400~~ ~~43500~~ ~~43600~~ ~~43700~~ ~~43800~~ ~~43900~~ ~~44000~~ ~~44100~~ ~~44200~~ ~~44300~~ ~~44400~~ ~~44500~~ ~~44600~~ ~~44700~~ ~~44800~~ ~~44900~~ ~~45000~~ ~~45100~~ ~~45200~~ ~~45300~~ ~~45400~~ ~~45500~~ ~~45600~~ ~~45700~~ ~~45800~~ ~~45900~~ ~~46000~~ ~~46100~~ ~~46200~~ ~~46300~~ ~~46400~~ ~~46500~~ ~~46600~~ ~~46700~~ ~~46800~~ ~~46900~~ ~~47000~~ ~~47100~~ ~~47200~~ ~~47300~~ ~~47400~~ ~~47500~~ ~~47600~~ ~~47700~~ ~~47800~~ ~~47900~~ ~~48000~~ ~~48100~~ ~~48200~~ ~~48300~~ ~~48400~~ ~~48500~~ ~~48600~~ ~~48700~~ ~~48800~~ ~~48900~~ ~~49000~~ ~~49100~~ ~~49200~~ ~~49300~~ ~~49400~~ ~~49500~~ ~~49600~~ ~~49700~~ ~~49800~~ ~~49900~~ ~~50000~~ ~~50100~~ ~~50200~~ ~~50300~~ ~~50400~~ ~~50500~~ ~~50600~~ ~~50700~~ ~~50800~~ ~~50900~~ ~~51000~~ ~~51100~~ ~~51200~~ ~~51300~~ ~~51400~~ ~~51500~~ ~~51600~~ ~~51700~~ ~~51800~~ ~~51900~~ ~~52000~~ ~~52100~~ ~~52200~~ ~~52300~~ ~~52400~~ ~~52500~~ ~~52600~~ ~~52700~~ ~~52800~~ ~~52900~~ ~~53000~~ ~~53100~~ ~~53200~~ ~~53300~~ ~~53400~~ ~~53500~~ ~~53600~~ ~~53700~~ ~~53800~~ ~~53900~~ ~~54000~~ ~~54100~~ ~~54200~~ ~~54300~~ ~~54400~~ ~~54500~~ ~~54600~~ ~~54700~~ ~~54800~~ ~~54900~~ ~~55000~~ ~~55100~~ ~~55200~~ ~~55300~~ ~~55400~~ ~~55500~~ ~~55600~~ ~~55700~~ ~~55800~~ ~~55900~~ ~~56000~~ ~~56100~~ ~~56200~~ ~~56300~~ ~~56400~~ ~~56500~~ ~~56600~~ ~~56700~~ ~~56800~~ ~~56900~~ ~~57000~~ ~~57100~~ ~~57200~~ ~~57300~~ ~~57400~~ ~~57500~~ ~~57600~~ ~~57700~~ ~~57800~~ ~~57900~~ ~~58000~~ ~~58100~~ ~~58200~~ ~~58300~~ ~~58400~~ ~~58500~~ ~~58600~~ ~~58700~~ ~~58800~~ ~~58900~~ ~~59000~~ ~~59100~~ ~~59200~~ ~~59300~~ ~~59400~~ ~~59500~~ ~~59600~~ ~~59700~~ ~~59800~~ ~~59900~~ ~~60000~~ ~~60100~~ ~~60200~~ ~~60300~~ ~~60400~~ ~~60500~~ ~~60600~~ ~~60700~~ ~~60800~~ ~~60900~~ ~~61000~~ ~~61100~~ ~~61200~~ ~~61300~~ ~~61400~~ ~~61500~~ ~~61600~~ ~~61700~~ ~~61800~~ ~~61900~~ ~~62000~~ ~~62100~~ ~~62200~~ ~~62300~~ ~~62400~~ ~~62500~~ ~~62600~~ ~~62700~~ ~~62800~~ ~~62900~~ ~~63000~~ ~~63100~~ ~~63200~~ ~~63300~~ ~~63400~~ ~~63500~~ ~~63600~~ ~~63700~~ ~~63800~~ ~~63900~~ ~~64000~~ ~~64100~~ ~~64200~~ ~~64300~~ ~~64400~~ ~~64500~~ ~~64600~~ ~~64700~~ ~~64800~~ ~~64900~~ ~~65000~~ ~~65100~~ ~~65200~~ ~~65300~~ ~~65400~~ ~~65500~~ ~~65600~~ ~~65700~~ ~~65800~~ ~~65900~~ ~~66000~~ ~~66100~~ ~~66200~~ ~~66300~~ ~~66400~~ ~~66500~~ ~~66600~~ ~~66700~~ ~~66800~~ ~~66900~~ ~~67000~~ ~~67100~~ ~~67200~~ ~~67300~~ ~~67400~~ ~~67500~~ ~~67600~~ ~~67700~~ ~~67800~~ ~~67900~~ ~~68000~~ ~~68100~~ ~~68200~~ ~~68300~~ ~~68400~~ ~~68500~~ ~~68600~~ ~~68700~~ ~~68800~~ ~~68900~~ ~~69000~~ ~~69100~~ ~~69200~~ ~~69300~~ ~~69400~~ ~~69500~~ ~~69600~~ ~~69700~~ ~~69800~~ ~~69900~~ ~~70000~~ ~~70100~~ ~~70200~~ ~~70300~~ ~~70400~~ ~~70500~~ ~~70600~~ ~~70700~~ ~~70800~~ ~~70900~~ ~~71000~~ ~~71100~~ ~~71200~~ ~~71300~~ ~~71400~~ ~~71500~~ ~~71600~~ ~~71700~~ ~~71800~~ ~~71900~~ ~~72000~~ ~~72100~~ ~~72200~~ ~~72300~~ ~~72400~~ ~~72500~~ ~~72600~~ ~~72700~~ ~~72800~~ ~~72900~~ ~~73000~~ ~~73100~~ ~~73200~~ ~~73300~~ ~~73400~~ ~~73500~~ ~~73600~~ ~~73700~~ ~~73800~~ ~~73900~~ ~~74000~~ ~~74100~~ ~~74200~~ ~~74300~~ ~~74400~~ ~~74500~~ ~~74600~~ ~~74700~~ ~~74800~~ ~~74900~~ ~~75000~~ ~~75100~~ ~~75200~~ ~~75300~~ ~~75400~~ ~~75500~~ ~~75600~~ ~~75700~~ ~~75800~~ ~~75900~~ ~~76000~~ ~~76100~~ ~~76200~~ ~~76300~~ ~~76400~~ ~~76500~~ ~~76600~~ ~~76700~~ ~~76800~~ ~~76900~~ ~~77000~~ ~~77100~~ ~~77200~~ ~~77300~~ ~~77400~~ ~~77500~~ ~~77600~~ ~~77700~~ ~~77800~~ ~~77900~~ ~~78000~~ ~~78100~~ ~~78200~~ ~~78300~~ ~~78400~~ ~~78500~~ ~~78600~~ ~~78700~~ ~~78800~~ ~~78900~~ ~~79000~~ ~~79100~~ ~~79200~~ ~~79300~~ ~~79400~~ ~~79500~~ ~~79600~~ ~~79700~~ ~~79800~~ ~~79900~~ ~~80000~~ ~~80100~~ ~~80200~~ ~~80300~~ ~~80400~~ ~~80500~~ ~~80600~~ ~~80700~~ ~~80800~~ ~~80900~~ ~~81000~~ ~~81100~~ ~~81200~~ ~~81300~~ ~~81400~~ ~~81500~~ ~~81600~~ ~~81700~~ ~~81800~~ ~~81900~~ ~~82000~~ ~~82100~~ ~~82200~~ ~~82300~~ ~~82400~~ ~~82500~~ ~~82600~~ ~~82700~~ ~~82800~~ ~~82900~~ ~~83000~~ ~~83100~~ ~~83200~~ ~~83300~~ ~~83400~~ ~~83500~~ ~~83600~~ ~~83700~~ ~~83800~~ ~~83900~~ ~~84000~~ ~~84100~~ ~~84200~~ ~~84300~~ ~~84400~~ ~~84500~~ ~~84600~~ ~~84700~~ ~~84800~~ ~~84900~~ ~~85000~~ ~~85100~~ ~~85200~~ ~~85300~~ ~~85400~~ ~~85500~~ ~~85600~~ ~~85700~~ ~~85800~~ ~~85900~~ ~~86000~~ ~~86100~~ ~~86200~~ ~~86300~~ ~~86400~~ ~~86500~~ ~~86600~~ ~~86700~~ ~~86800~~ ~~86900~~ ~~87000~~ ~~87100~~ ~~87200~~ ~~87300~~ ~~87400~~ ~~87500~~ ~~87600~~ ~~87700~~ ~~87800~~ ~~87900~~ ~~88000~~ ~~88100~~ ~~88200~~ ~~88300~~ ~~88400~~ ~~88500~~ ~~88600~~ ~~88700~~ ~~88800~~ ~~88900~~ ~~89000~~ ~~89100~~ ~~89200~~ ~~89300~~ ~~89400~~ ~~89500~~ ~~89600~~ ~~89700~~ ~~89800~~ ~~89900~~ ~~90000~~ ~~90100~~ ~~90200~~ ~~90300~~ ~~90400~~ ~~90500~~ ~~90600~~ ~~90700~~ ~~90800~~ ~~90900~~ ~~91000~~ ~~91100~~ ~~91200~~ ~~91300~~ ~~91400~~ ~~91500~~ ~~91600~~ ~~91700~~ ~~91800~~ ~~91900~~ ~~92000~~ ~~92100~~ ~~92200~~ ~~92300~~ ~~92400~~ ~~92500~~ ~~92600~~ ~~92700~~ ~~92800~~ ~~92900~~ ~~93000~~ ~~93100~~ ~~93200~~ ~~93300~~ ~~93400~~ ~~93500~~ ~~93600~~ ~~93700~~ ~~93800~~ ~~93900~~ ~~94000~~ ~~94100~~ ~~94200~~ ~~94300~~ ~~94400~~ ~~94500~~ ~~94600~~ ~~94700~~ ~~94800~~ ~~94900~~ ~~95000~~ ~~95100~~ ~~95200~~ ~~95300~~ ~~95400~~ ~~95500~~ ~~95600~~ ~~95700~~ ~~95800~~ ~~95900~~ ~~96000~~ ~~96100~~ ~~96200~~ ~~96300~~ ~~96400~~ ~~96500~~ ~~96600~~ ~~96700~~ ~~96800~~ ~~96900~~ ~~97000~~ ~~97100~~ ~~97200~~ ~~97300~~ ~~97400~~ ~~97500~~ ~~97600~~ ~~97700~~ ~~97800~~ ~~97900~~ ~~98000~~ ~~98100~~ ~~98200~~ ~~98300~~ ~~98400~~ ~~98500~~ ~~98600~~ ~~98700~~ ~~98800~~ ~~98900~~ ~~99000~~ ~~99100~~ ~~99200~~ ~~99300~~ ~~99400~~ ~~99500~~ ~~99600~~ ~~99700~~ ~~99800~~ ~~99900~~ ~~100000~~ ~~100100~~ ~~100200~~ ~~100300~~ ~~100400~~ ~~100500~~ ~~100600~~ ~~100700~~ ~~100800~~ ~~100900~~ ~~101000~~ ~~101100~~ ~~101200~~ ~~101300~~ ~~101400~~ ~~101500~~ ~~101600~~ ~~101700~~ ~~101800~~ ~~101900~~ ~~102000~~ ~~102100~~ ~~102200~~ ~~102300~~ ~~102400~~ ~~102500~~ ~~102600~~ ~~102700~~ ~~102800~~ ~~102900~~ ~~103000~~ ~~103100~~ ~~103200~~ ~~103300~~ ~~103400~~ ~~103500~~ ~~103600~~ ~~103700~~ ~~103800~~ ~~103900~~ ~~104000~~ ~~104100~~ ~~104200~~ ~~104300~~ ~~104400~~ ~~104500~~ ~~104600~~ ~~104700~~ ~~104800~~ ~~104900~~ ~~105000~~ ~~105100~~ ~~105200~~ ~~105300~~ ~~105400~~ ~~105500~~ ~~105600~~ ~~105700~~ ~~105800~~ ~~105900~~ ~~106000~~ ~~106100~~ ~~106200~~ ~~106300~~ ~~106400~~ ~~106500~~ ~~106600~~ ~~106700~~ ~~106800~~ ~~106900~~ ~~107000~~ ~~107100~~ ~~107200~~ ~~107300~~ ~~107400~~ ~~107500~~ ~~107600~~ ~~107700~~ ~~107800~~ ~~107900~~ ~~108000~~ ~~108100~~ ~~108200~~ ~~108300~~ ~~108400~~ ~~108500~~ ~~108600~~ ~~108700~~ ~~108800~~ ~~108900~~ ~~109000~~ ~~109100~~ ~~109200~~ ~~109300~~ ~~109400~~ ~~109500~~ ~~109600~~ ~~109700~~ ~~109800~~ ~~109900~~ ~~110000~~ ~~110100~~ ~~110200~~

Kiscell, Budapest, © Archivo privado/Barbara
Everingham y © Armémuseum (depósito de
Nina Lagergren)





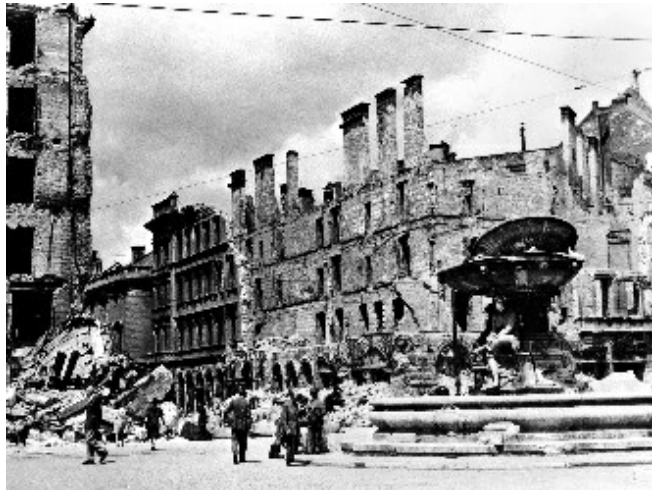


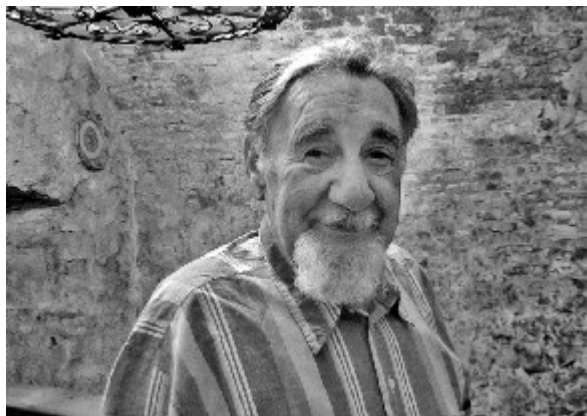


La división humanitaria de Raoul tuvo mano en la organización de casi todo. La comida se distribuía desde varios almacenes repartidos por Budapest, y una cocina central preparaba desayunos, almuerzos y cenas para 1.500 personas cada día. Unos cuarenta médicos

atendían a los enfermos graves en el Hospital Sueco, donde las camas se apiñaban para maximizar el número de pacientes. Estas imágenes fueron tomadas allí y enviadas por valija al Ministerio de Asuntos Exteriores sueco en diciembre de 1944. © Ministerio de Asuntos Exteriores sueco (Utrikesdepartementet)







Raoul Wallenberg trasladó su cuartel general a Pest tras el golpe de Estado de la Cruz Flechada, a las oficinas abandonadas de una aseguradora neerlandesa en Üllői 2-4, en la esquina de la plaza Kálvin. El balcón del primer piso corresponde, probablemente, al exterior de la oficina de Raoul Wallenberg. A comienzos de enero, el vecindario fue bombardeado y las oficinas quedaron completamente destruidas. Alice Breuer (fotografiada en 2006) y el chico de los recados Gábor Forgács (fotografiado en 2010) se escondieron en el sótano de la avenida Üllői durante los peores momentos de enero. Los dos sobrevivieron gracias a los documentos de protección suecos. © Museo Kiscell, Budapest, © MTI Photo, Budapest, © Jan Herdevall y © Ingrid Carlberg







El jefe de la Cruz Flechada, Ferenc Szálasi, jura como nuevo primer ministro de Hungría tras el golpe de Estado del 15 de octubre de 1944.

Esperaba a los judíos húngaros un nuevo periodo de brutal opresión, deportaciones y ejecuciones. A veces, el propio Raoul Wallenberg actuaba sobre el terreno; en esta

foto se le puede ver con sombrero y las manos agarradas a la espalda, muy probablemente en la estación de ferrocarril de Józsefváros, el 28 de noviembre de 1944. El técnico de máquinas de escribir Károly Szabó ofreció ayuda valiosa a Raoul Wallenberg durante sus últimos meses en Budapest. © MTI Photo, Budapest, © Archivo privado/Thomas (Tamás) Veres



lertid tyvärr nast avryttas sedan tykarna i Elekmankeessadet
hotat med valdshatkrider.

Hittills ha skyddspassjudarna klarat sig förhållandevis
bäst av alla utländska makters skyddselingar. Endast 8-10
terde till dato ha skjutits i Budapest med omgivningar.

Budapest den 3.12.1944



Legationssekretären



Un grupo de judíos vuelve aliviado tras haber escapado de la deportación, aquí muy probablemente desde la estación de Józsefváros, el 28 de noviembre de 1944. El fotógrafo fue el joven Tamás Veres, a quien Raoul Wallenberg había pedido documentar en secreto la operación de rescate. Los últimos informes de situación firmados por Raoul Wallenberg se enviaron por valija el 8 de diciembre de 1944. Como regalo de Navidad, Raoul recibió un libro humorístico sobre la «historia del *Schutzpass*», escrito a mano e ilustrado por sus colegas. Esta imagen muestra a san Jorge y el dragón con un pasaporte protegido. © Riksarkivet, © Archivo privado/Nina Lagergren y © Corbis/Scanpix

1. Фам. Вилленберг

2. Имя Гайль

3. Отч. Густав

4. Год рож. 1918 5. Место рож. Стокгольм

6. Адрес Буданшигт ул Денгун 3

7. Проф. (спец.) гематологический надзор

8. Место работы, должн. посольство в Буданшиге

9. Парт. н/п 10. Нац. швед 11. Гражд. швед

12. Арестован 1945 г. 13. Характер преступ-
ления

14. Ст. ст. УК _____ 15. Карточка заполнена _____

Орган НКВД СССР
НКВД СССР
без сокращения
Отдел _____

Сл. _____

Арх. _____

Сл. _____

Арх. _____

Дакто _____

ВНУТРЕННЯЯ ТЮРЬМА НКВД СССР Гор. Москва

6-й

УКАЗЫТЬ НАЗВАНИЕ ТЮРЬМЫ, КТО, ДАТА И КОТОРЫЙ
1945г

Вилленберг

УКАЗАТЕЛЬНЫЙ
ПАСС. ПРАВОЙ РУКА

ФАМИЛИЯ ОСТАВЛЕНА. КАРТОЧКА



Ficha de ingreso de Raoul Wallenberg en la prisión de Lubianka el 6 de febrero de 1945. La autora pudo ver el original en su visita al archivo del FSB en Moscú. El chófer de Raoul, Vilmos Langfelder, corrió la misma suerte que su jefe. El resto de los suecos de la legación de Budapest fueron recibidos con ramos de flores en el muelle de Skeppsbron en Estocolmo, en abril de 1945. © Archivo del FSB, Moscú
(fotografía de Ingrid Carlberg)







El enviado de Suecia en Moscú entre 1944 y 1946, Staffan Söderblom, con sus cartas credenciales, en julio de 1944. A su derecha está el viceministro de Asuntos Exteriores ruso Vladímir Dekanózov. La residencia y las oficinas de Söderblom se encontraban en el

llamado palacete Míndovski, en la calle Voróvskogo, hoy Povarskaya, en el centro de Moscú. En una oportunidad histórica, Söderblom fue recibido en audiencia por Iósif Stalin y le mencionó el caso de Raoul Wallenberg. El embajador Rolf Sohlman con su esposa, Zina, su hijo Mischa (Michael) y el perro *Tarras*, en su casa de Moscú, en 1953. © Scanpix, © Roger-Viollet/IBL y © Scanpix

В.В. Савицкий

Министерство Государственной безопасности
Внешних Связей СССР - Ленинград-интервенция
ул. Общественный 13/8.

Вашему

Благодарю вас за письмо. Вам заслужено
Ваше письмо сейчас лежит в календаре. Впервые
сказавшееся психологическим образом. Впервые
каждому человеку. Впервые. Впервые.
А здесь в календаре вы Вас распустили
и теперь вы будете у вас. Впервые. Впервые.
Впервые. Впервые. Впервые. Впервые.
Впервые. Впервые. Впервые. Впервые.

Впервые. Впервые. Впервые.
Впервые. Впервые. Впервые.

Впервые. Впервые. Впервые.

Впервые. Впервые. Впервые.
Впервые. Впервые. Впервые.
Впервые. Впервые. Впервые.
Впервые. Впервые. Впервые.

Впервые. Впервые. Впервые.



El compañero de celda de Raoul Wallenberg durante dos años, el diplomático alemán Willy Rödel, fue funcionario de legación en Rumanía durante la guerra. Se dice que murió de «paro cardíaco» en octubre de 1947.



Se afirmó durante mucho tiempo que el Informe Smoltsov (arriba a la izquierda) era el único documento que se había encontrado en los archivos rusos. El temperamental autor Rudolph Philipp (con chaqueta oscura) se convirtió, para bien o para mal, en el investigador privado de Maj y Fredrik von Dardel. El trío aparece aquí (abajo) charlando

en el jardín de los Von Dardel en 1956. ©
Archivo privado/Guy von Dardel y © Lennart
Nilsson/Scanpix

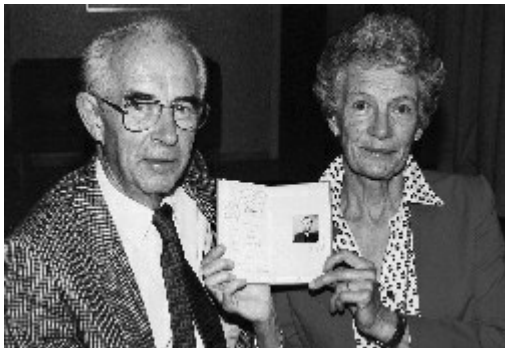




La profesora Nanna Svartz saluda al líder soviético Nikita Jruschov durante la visita de este a Suecia en 1964, en la que la conversación estuvo dominada por la nueva información sobre el caso de Raoul Wallenberg que ella había obtenido tres años antes. Durante esta visita, el periódico *Expressen* publicó el titular: «¿Dónde está Raoul Wallenberg?».

Östen Undén fue ministro de Exteriores de Suecia entre 1924 y 1926 y, de nuevo, entre 1945 y 1962. Tage Erlander fue primer ministro de Suecia entre 1946 y 1969. © Scanpix, © Expressen y © Aftonbladet/IBL





Guy von Dardel, aquí en el exterior de la Lubianka, en su visita a Moscú en octubre de 1989, cuando él y su hermana, Nina Lagergren,

acudieron invitados por el KGB. Les entregaron una caja con las pertenencias de Raoul, entre ellas su pasaporte diplomático. En 2012 el aniversario del nacimiento de Raoul Wallenberg se conmemoró con un sello, entre otros artículos. © Lars Nyberg/Scanpix, © Jan Collsiöö/Scanpix y © Posten Frimärke



La autora, con la hermanastra de Raoul, Nina Lagergren, en 2009. Están sentadas en los cimientos de la casa en la que nació Raoul, Kappsta, en Lidingö, que se quemó en la década de 1930. © Ingrid Carlberg



Nina Lagergren, hermanastra de Raoul Wallenberg, muestra al presidente Barack Obama el pasaporte diplomático, la agenda y la libreta de direcciones de su hermano, en la Gran Sinagoga de Estocolmo, el 4 de septiembre de 2013. Entre los participantes, el primer ministro sueco Fredrik Reinfeldt; Gustav Kadelburger, recadero de Wallenberg en Budapest, y Kate Wacz, su hermana, que vivieron en casas seguras en Budapest; Alice

Breuer, salvada por Raoul Wallenberg en 1944 y 1945; y Gabriella Kassius, que trabajó con Wallenberg en Budapest emitiendo pasaportes protegidos. © Thomas Karlsson/*Dagens Nyheter*/Scanpix



El presidente Barack Obama saluda a Nina Lagergren tras pronunciar su discurso en el Memorial del Holocausto de la Gran Sinagoga

de Estocolmo, el 4 de septiembre de 2013. ©
Pete Souza/Fotografía oficial de la Casa Blanca

Notas

* La traducción de estos versos de Tomas Tranströmer, así como la del título de esta biografía en sueco que figura en la página de créditos y la traducción de la esquila de Fredrik von Dardel y Maj von Dardel, son obra de Carmen Montes Cano, a la que debo agradecer, asimismo, su inestimable ayuda para la comprensión de la geografía de la ciudad de Estocolmo descrita en la obra y de otros aspectos culturales suecos. (*N. de la t.*)

* Por fin conseguimos localizar a Judith, Weiszmann por matrimonio, en Winnipeg (Canadá), en 2013. Murió en 2014.

** Al respecto de los nombres, referencias y expresiones rusas que aparecerán a lo largo del texto, me gustaría agradecer también a Marta Sánchez-Nieves la enorme y desinteresada ayuda que me ha prestado para su transcripción y vertido al castellano. (*N. de la t.*)

*** El hermanastro de Raoul Wallenberg murió el 28 de agosto de 2009, dos días después de su nonagésimo cumpleaños.

* Raoul Wallenberg se llamaba como su padre. Por mor de la claridad, nos referiremos al padre de nuestro protagonista como Raoul Oscar Wallenberg a lo largo del texto.

* Victor Borge era un pianista y artista estadounidense de origen danés al que el *New York Times* nombró, en 1956, «el hombre más divertido del mundo».

* Las representaciones diplomáticas suecas en el extranjero se denominaban «legaciones». No fueron «embajadas» hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

* Es algo así como decir que vivían en Guatemala, al lado de Guatepeor. (*N. de la t.*)

* Nota manuscrita añadida por Raoul Wallenberg en sueco, al final de la carta y en el margen izquierdo.

* Aunque hasta 1946 el título formal de este cargo en la Unión Soviética era vicecomisario del Pueblo de Asuntos Exteriores (siendo el ministerio conocido como Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores), para evitar confusiones he utilizado «ministro de Exteriores» y «Ministerio de (Asuntos) Exteriores» en todo el texto.

* Se trataba del mejor papel de la Administración estalinista. (*N. de la t.*)

* Nuestros amados

Fredrik von Dardel

n. 28 de agosto de 1885

† 12 de febrero de 1979

Maj von Dardel

n. 2 de mayo de 1891

† 14 de febrero de 1979

RAOUL

GUY y MATTI

NINA y GUNNAR

sus nietos

y bisnietos

Nada hay imposible para un corazón
valiente.

Entierro en paz y silencio. Piensa en
Amnistía Internacional
giro postal: 4 59 77-6

Raoul Wallenberg

Ingrid Carlberg

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Raoul Wallenberg*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Laski Diffusion/Hulton / Getty Images

© Ingrid Carlberg, 2012, 2015

Publicado originalmente en inglés por MacLehose Press, un sello de Quercus Editions Limited, 2016

Este libro apareció primero en sueco, con el título *Det står ett rum här och väntar på dig...: Berättelsen om Raoul Wallenberg* («Aquí hay un lugar esperándote: la historia de Raoul Wallenberg»), publicado por Norstedts (Estocolmo), en 2012.

En Gran Bretaña lo publicó por primera vez, en 2016, Editions Limited.

© de la traducción del inglés, Itziar Hernández Rodilla, 2018

© de la introducción, Kofi A. Annan, 2015

© de la introducción, Kofi A. Annan, 2015

© del árbol genealógico, Stig Söderlind

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los posibles titulares de los derechos de autor, si los hubiere. En caso de omisión, sea por el motivo que fuere, se deberá contactar directamente con los editores.

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2018

Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro digital (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-9942-673-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com